
El asesinato del emperador Cómodo hizo que el Imperio fuera vendido al mejor postor. La nueva novela de Alberto Monterroso tras *El amo de Roma*.

LA SUBASTA DE ROMA

ALBERTO MONTERROSO

ALMUZARA

alberto monterroso

La subasta de Roma

NOVELA HISTÓRICA

Editorial Almuzara • Colección Novela histórica
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición de Javier Ortega
Conversión a epub de Rosa García Perea
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com
Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005, Córdoba
ISBN: 978-84-11318-58-7

A Isabela
A Paula
bajo el mismo sol de Andalucía y Mallorca

El tiempo es un río y
una corriente impetuosa de acontecimientos.
Marco Aurelio, *Meditaciones*, IV.43

¡No te dejes zarandear!
Marco Aurelio, *Meditaciones*, IV.22

PERSONAJES PRINCIPALES DE LA NOVELA

Personajes de ficción

HERODIANO. Liberto, atriense de Pértinax y su hombre de máxima confianza.

CLODIA. Liberta y persona de confianza de Claudio Pompeyano.

SERVILIA. Hetera del harén de Cómodo, concubina intrigante hermana de Clodia.

BELLÁTOR y VÍRUX. Son dos soldados pertenecientes a la guardia pretoriana.

ARNUFIS. Adivino de la corte de Juliano.

Personajes históricos citados o sobre los que se habla

LUCIO AURELIO CÓMODO. Emperador romano hijo de Marco Aurelio, último miembro de la dinastía hispana antonina (161-192 d. C.). Aportó un triste final a una serie excelente de césares. Fue el primer emperador nacido para la púrpura, es decir, nació como primogénito cuando su padre ocupaba el trono de Roma. Era, por tanto, primero en la línea de sucesión. Llegó a ser uno de los peores tiranos de la historia de Roma.

MARCO AURELIO. Emperador romano conocido como el Sabio o el emperador filósofo (121-180 d. C.). Fue un magnífico gobernante oriundo de Hispania y una de las figuras más importantes del estoicismo filosófico. Está considerado modelo de buen gobernante.

NARCISO. Liberto griego, gladiador y atleta que tenía acceso a las habitaciones de Cómodo y con quien el emperador se entrenaba a menudo. Fue quien, en la última conspiración, lo estranguló mientras el emperador estaba tomando un baño.

CLEANDRO. Marco Aurelio Cleandro, liberto frigio (procedente de Asia Menor, hoy Turquía) que fue camarlengo y jefe de los pretorianos con Cómodo.

DEMOSTRATIA. Esposa de Cleandro y concubina del emperador Cómodo.

LUCIO VERO. Hermano de Marco Aurelio. Fue coemperador junto a él hasta su muerte en 169.

LUCILA. Hermana de Cómodo, Augusta y emperatriz. Su padre Marco Aurelio la casó con Lucio Vero y, a su muerte, con Claudio Pompeyano.

AVIDIO CASIO. General Romano vencedor de Persia. En el año 175 dio un golpe militar contra Marco Aurelio. Murió asesinado por sus propios soldados antes de que el emperador pudiera hacerle frente.

DOMICIANO. Tito Flavio Domiciano, último emperador de la dinastía Flavia, que gobernó desde el 81 al 96 d. C. Los historiadores de la época posterior lo describen como un tirano cruel y despiadado.

NERÓN. Lucio Domicio Claudio Nerón fue un emperador romano (37-68) asociado a la tiranía y el autoritarismo. Después de los primeros años de prosperidad gracias al buen gobierno de Séneca, su carácter se tornó autócrata y criminal.

Personajes históricos que intervienen en la novela

MARCIA. Influyente concubina y amante de Cómodo a quien este trataba como si fuese la emperatriz.

PÉRTINAX. Publio Helvio Pértinax (126-193) fue antiguo general de Marco Aurelio. Llegó a ser emperador romano durante los primeros ochenta y siete días del año 193. Sucedió a Cómodo y fue asesinado por la guardia pretoriana. El crimen dio paso a la subasta del Imperio y una posterior guerra civil que acabaría con la llegada al trono de Septimio Severo.

JULIANO. Didio Juliano fue un famoso cónsul y gobernador romano, hijo del ilustre jurista Publio Salvio Juliano. Juliano llegó a ser emperador en virtud de la "subasta del Imperio". Murió asesinado en el año 193, a los sesenta y seis días de reinado.

ECLECTO. Fiel camarlengo del emperador Pértinax y último de Cómodo, en cuyo asesinato participó.

LETO. Quinto Emilio Leto fue prefecto del pretorio en los últimos años del reinado de Cómodo y los primeros días del de Pértinax. Fue asesinado por el emperador Didio Juliano.

CLAUDIO POMPEYANO. Tiberio Claudio Pompeyano (125-c.195) fue un importante general y senador natural de Antioquía, capital de la Siria romana. Pertenecía al *consilium* de Marco Aurelio y fue dos veces cónsul. Se convirtió en yerno del emperador filósofo tras casarse con su hija Lucila, Augusta y viuda del emperador Lucio Vero.

GLABRIÓN. Manio Acilio Glabrión fue dos veces cónsul. Patricio de alta cuna, era uno de los senadores más distinguidos de la Curia y había sido consejero de Marco Aurelio.

FALCÓN. Senador de tiempos de Pértinax que impulsó una conjura contra él.

CINGIO SEVERO. Senador y pontífice máximo en tiempos de Pértinax.

CLODIO ALBINO. Décimo Clodio Ceyonio Septimio Albino (147-197) fue un famoso general que sirvió como gobernador de la Galia y Britania. Tras el asesinato de Pértinax fue un serio aspirante al trono en la guerra civil que lo enfrentó a Septimio Severo.

PESCENIO NÍGER. Gayo Pescenio Níger (135-194) fue cónsul, famoso general y gobernador de Siria antes de ser pretendiente al trono en la guerra civil en que fue derrotado y muerto por Septimio Severo.

SILIO MESALA. Cónsul durante el reinado de Juliano.

PLAUCIO QUINTILO. Excónsul y augur en tiempos de Juliano.

LOLIANO TICIANO. Prefecto del pretorio nombrado por Juliano.

JULIO FLAVIO GENIAL. Prefecto del pretorio nombrado por Juliano.

TULIO CRISPINO. Prefecto del pretorio nombrado por Juliano.

VESPRONIO CÁNDIDO. Senador enviado por Juliano para sustituir a Severo en el mando.

VALERIANO CATULINO. Senador enviado por Juliano para negociar con Severo.

AQUILIO. Centurión enviado por Juliano para asesinar a Severo.

MALIA ESCANTILA. Esposa de Juliano.

DIDIA CLARA. Hija de Juliano.

CORNELIO REPENTINO. Yerno de Juliano, a quien nombró prefecto de Roma.

FALCÓN. Senador romano de tiempos de Pértinax.

SULPICIANO. Suegro de Pértinax, a quien nombró prefecto de Roma.

FLAVIA TICIANA. Esposa de Pértinax.

TRIARIO MATERNO LASCIVIO. Senador de noble familia a quien los pretorianos intentaron nombrar césar en sustitución de Pértinax. Escapó desnudo, lo reveló todo a Pértinax y se marchó de Roma.

LOLIANO GENCIANO. Excónsul que participó en el Senado en tiempos de Pértinax.

TAUSIO. Soldado de los tongros, pueblo de Bélgica, que arrojó una lanza contra el pecho de Pértinax en la sublevación de la guardia pretoriana que acabó con su reinado.

LIBRO I

1. EL FIN DE CÓMODO

Pasaba el tiempo y Narciso no había vuelto, ni se oía revuelo entre la guardia pretoriana, ni había ruido alguno en las estancias de Cómodo. Leto y Eclecto no podían aguantar más. La incertidumbre les provocaba ansiedad; el terror les aceleraba el pulso y la respiración. Se plantaron delante de las anchas puertas de roble que daban acceso a las habitaciones privadas del emperador y preguntaron acobardados desde el portón entreabierto:

—César, amo y dios, ¿estás ahí?

Solo obtuvieron por respuesta un espeso silencio que los puso más nerviosos aún. Los guardias pretorianos no notaron nada. Seguían plantados delante de las puertas, amodorrados e impasibles, confiados ante la presencia de Leto, su jefe inmediato, el prefecto de la guardia, que además iba acompañado de Eclecto, el camarlengo del emperador. Este último insistió temblando de miedo:

—¿Estás ahí con Narciso, amo y señor?

—Sí. Pasad —respondió Narciso con el acento propio de su Grecia natal, con esa voz dulce que brotaba de sus labios espesa como la miel, sin hacer sospechar a nadie de la fuerza prodigiosa que albergaba aquel cuerpo de titán.

Leto y Eclecto franquearon el umbral de la estancia y cerraron las puertas. Nada sospecharon ni tenían que sospechar los guardias apostados fuera. Era normal entrar con reservas en las habitaciones de Cómodo, incluso para sus concubinas o su camarlengo; era perfectamente normal temblar de miedo, sentir pavor e incluso pánico, cuando se traspasaba aquel acceso y se penetraba en unas estancias de las que nadie sabía si saldría vivo o no. Muchos sufrieron la ira de Cómodo, cuando montaba en cólera porque le llevaran la contraria, o porque sufriera un súbito ataque de agresividad a consecuencia de las drogas o el vino. Más de una vez lo oyeron coger la maza y golpear furibundo a sus invitados, que escapaban despavoridos entre gritos de dolor. Habían visto salir por aquellas puertas a mujeres maltratadas, hombres que huían ensangrentados, cojeando o heridos por el golpe de la maza. Efectivamente, era normal que incluso sus más íntimos cruzaran el umbral de aquella estancia con miedo, como quien penetra en la guarida de un animal salvaje, sin saber en qué estado o de qué humor iban a encontrar dentro al césar. De este modo y no otro, entraron aquella noche el prefecto y el camarlengo, sin saber todavía lo que encontrarían en su interior. Y vieron a Narciso, sereno, al pie del baño, con su cuerpo relajado y el

semblante iluminado, con Cómodo derrumbado a sus pies, junto al borde de la bañera volcada. El césar estaba quieto, con los ojos muy abiertos, estupefacto, como sorprendido por la muerte, sin haberse percatado de la fuerza poderosa de aquellos dedos hercúleos que habían sujetado su cuello como tenazas.

—¿Está muerto? —preguntó Eclecto mirando al griego.

Narciso no respondió. Miró a su interlocutor con ojos impasibles y sonrió. Leto se arrojó al suelo y puso su mano sobre el cuello del cadáver. Lo notó frío y esa gelidez le infundió ánimos. Expiró hondo al comprobar que el césar no respiraba y miró a Eclecto con un asentimiento cómplice.

—¡Está muerto! —aseveró.

Ambos se tranquilizaron y sus nervios se distendieron por fin. Eclecto fue el primero en reaccionar:

—Hay que ocultar el crimen a la guardia de palacio.

—¿Cómo? —preguntó Leto.

—Tenemos que esconder primero al ejecutor y luego al cadáver —respondió Eclecto.

El camarlengo se giró con rapidez hacia el griego, con una sonrisa de satisfacción:

—Narciso —le dijo mirándolo como a un titán—, sal de la estancia con naturalidad, como tantas veces has hecho en estos últimos años, y déjanos solos con el muerto. Nosotros nos encargaremos de todo. Márchate a la villa Quintiliana. Desde ahí partirás mañana a Siria, a las posesiones de Claudio Pompeyano, lejos de Roma. Allí te quedarás una larga temporada, y así te librarás de la ira de los soldados. Nadie debe saber lo que ha ocurrido aquí.

Sin ni tan siquiera dirigirles la palabra, sin miedo ninguno a la ira ni a la venganza de nadie, Narciso se marchó de aquella estancia sin mirar atrás. Los dos hombres lo miraron mientras abandonaba la sala con una mezcla de admiración y sorpresa. Apenas hubo salido, Leto preguntó:

—Ha sido muy fácil que Narciso salga, lo ha hecho por su propio pie y sin levantar sospechas. Pero ¿cómo vamos a esconder nosotros el cadáver? ¿Cómo lo vamos a sacar de aquí, delante de las narices de los guardias?

—Lo difícil era acabar con este canalla. Todo lo demás será más fácil ahora. Ayúdame a enrollar el cuerpo en esta sábana. Lo primero que hay que hacer es ocultarlo a la vista.

Ambos colocaron el cadáver sobre el lienzo que habían desplegado en el suelo y comenzaron a envolverlo haciéndolo girar sobre sí mismo.

—Ahora toca sacar el cuerpo de palacio —continuó el prefecto—, llevarlo lejos y ocultarlo hasta que seamos dueños de la situación.

Necesitamos gente que nos ayude.

—Gente muy leal —apostilló Eclecto.

—Pero no pueden ser pretorianos —aclaró el prefecto—. Hasta el último de ellos adoraba a Cómodo. Si uno solo se entera, lo sabrán todos y nos pasarán a cuchillo esta misma noche.

—Espera —dijo Eclecto—. Tengo dos esclavos de la máxima confianza. Ellos sacarán el cadáver envuelto en una manta.

—¿Estás loco? Nos descubrirán.

El camarlengo no contestó. Había perdido el miedo desde que vio en el suelo el cuerpo sin vida de Cómodo. La muerte del tirano le había infundido ingenio y valor. Dio dos palmadas suaves y amistosas en el hombro del prefecto y lo tranquilizó con un gesto y una sonrisa. Se dirigió a la puerta y la abrió lo justo para sacar la cabeza y gritar:

—Zelón, llama a Marcio y venid los dos. El césar quiere desprenderse de unas alfombras viejas.

Volvió a cerrar las puertas y miró de nuevo a Leto, que ahora sí sonrió ante el ingenio del camarlengo.

—Vamos a elegir seis alfombras —continuó Eclecto—, todas más o menos del mismo tamaño, no muy grandes ni pesadas. Vamos a llevarnos toda esta basura a la villa Quintiliana.

—Jaja —sonrió ahora por primera vez el prefecto no tanto por el ardid de su compañero de crímenes como por la palabra *basura*, que, a sus ojos, encajaba a la perfección con la difícil situación que estaban empezando a resolver.

Terminaron de envolver bien el cuerpo de Cómodo en aquella vieja sábana, atando con cuidado los extremos para que no se moviera, y volvieron a enrollarla, a su vez, en una alfombra oscura hasta conformar un bulto compacto que entregaron a aquellos dos esclavos de confianza. Solo estos sabían que llevaban un cuerpo dentro. Los demás siervos que participaron en la operación creían que sacaban efectivamente enseres pequeños y otras alfombras viejas, como si el emperador hubiera dado orden de querer desprenderse de cierto mobiliario y objetos que ya no le eran necesarios en sus estancias. Los dos esclavos que transportaban el fardo más peligroso lo sacaron por mitad de los guardias con completa naturalidad, ocupando el centro de la comitiva que trasladaba todos aquellos enseres. Nadie sospechó nada. Menos aún los pretorianos apostados en las puertas, que estaban, amodorrados por el vino algunos, vencidos por el sueño otros, apoyados todos en las lanzas que tenían en sus manos. No se preocuparon en ningún momento de lo que pudiera contener aquel fardo que sacaban de la habitación los dos esclavos de Eclecto, y menos aún delante de Leto, el prefecto de la guardia pretoriana, su máximo jefe y hombre de confianza en quien descansaba la seguridad del emperador. Sin que nada molestara su paso, el cadáver de Cómodo

salió por la puerta de roble sin que nadie se percatara de ello, avanzó por el amplio vestíbulo que vigilaban los soldados, recorrió los anchos pasillos de palacio y fue cargado a la salida en un carro, en plena noche, para ser transportado a las afueras de la ciudad.

Ya en el exterior del palacio, en un rincón apartado, Leto y Eclecto dieron instrucciones a los esclavos sobre dónde llevar y almacenar los viejos *enseres* que estaban trasladando. Ellos se encargarían de vigilarlos hasta recibir nuevas órdenes.

—Deberíamos custodiar este carro hasta la villa Quintiliana —aconsejó Leto.

—Despertaríamos sospechas —respondió el camarlengo.

—El cargamento es peligroso. Si se descubre, estamos muertos.

—Mis esclavos son eficaces y de la máxima confianza. Ellos se encargarán de todo. Nosotros debemos resolver ahora este vacío de poder lo más rápido posible.

—Sí. Solo hemos ganado tiempo —reconoció Leto.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el camarlengo.

—Necesitamos un sucesor.

Leto inspiró hondo y se pasó la mano por la parte superior de la cabeza aplastando con saña el pelo corto que le cubría el cráneo, pensando rápidamente, con intensidad.

—Un sucesor que nos convenga —continuó—. Cuando lo tengamos, divulgaremos la noticia de que Cómodo ha sufrido un ataque de apoplejía, un derrame cerebral. Todos lo creerán, pues conocen la vida de vicio y borracheras que ha llevado siempre el césar. Lo han visto beber y consumir drogas de forma insaciable, cometer todo tipo de excesos. Muchas veces, en las orgías, se ha cogido con ambas manos la cabeza y ha gritado que le iba a estallar. Todos creerán que le ha estallado, por fin.

—Pero, antes de divulgar la noticia, debemos buscar un sucesor adecuado, como bien dices —recondujo Eclecto—. Uno que sea creíble, que goce del agrado del Senado y el pueblo.

—Y uno a quien respete también el ejército —matizó el prefecto.

—Debe ser un hombre de edad avanzada —continuó el camarlengo—, un varón moderado que serene un poco la situación, que detenga la violencia, uno que no haya sido enemigo de Cómodo, para que lo respeten los pretorianos, pero que también recuerde los tiempos gloriosos de Marco Aurelio, para que lo acepte el Senado.

—¡Pértinax! —soltó Leto de pronto como una revelación.

—¿Pértinax? —preguntó sorprendido Eclecto.

—Sí. Ha nacido en Italia. Ha ganado renombre en muchos puestos, tanto militares como civiles. Ha conseguido muchas victorias contra los germanos y los bárbaros de Oriente, tanto a las órdenes de Marco Aurelio como a las de Cómodo. El ejército lo respeta.

—Sí. Es cierto —admitió el camarlengo—. Es un hombre que ha vivido ambos reinados y se ha ganado el reconocimiento de todos.

—Solo tiene un fallo —torció el gesto Leto—. Es de origen humilde y el Senado lo despreciará por ello.

—No creas, prefecto. Es cierto que es hijo de un liberto, que su padre fue un esclavo que ganó la libertad, pero es un varón que se ha hecho a sí mismo, en el mundo de la cultura y de las armas. Además, es el único que queda con vida de los consejeros de Marco Aurelio. Y ya sabes cómo adoraban los senadores al emperador filósofo…

—Sí —lo interrumpió Leto comenzando a vislumbrar por fin una salida—. Y además ha servido siempre a Cómodo con lealtad, gracias a eso el césar no lo ha ejecutado como al resto.

—Es el único candidato viable que puede evitar nuestra caída y frenar una guerra por la sucesión —concluyó el camarlengo. Ante el gesto de asentimiento del prefecto del pretorio, Eclecto continuó—. Además es un hombre con prestigio en el Senado y también entre el pueblo, porque ha desempeñado muchos cargos y no se ha enriquecido con corruptelas.

—Eso puede suponer un problema —arrugó el ceño el pretoriano—. No nos conviene un sucesor demasiado honesto al mando del Imperio. Con un puritano en el trono, corre riesgo nuestro tren de vida y también el de los soldados y libertos de palacio.

—No te preocupes, Leto —soltó en una carcajada—. Un hombre pobre como Pértinax sentirá deseos irrefrenables de ser riquísimo cuando ostente la cumbre del poder.

—Exactamente, camarlengo —se le iluminaron los ojos al pretoriano—. Sentirá deseos de poder, de dominio, de dinero: es propio de la naturaleza humana. Y si ese viejo no siente deseos, ya le despertaremos nosotros el ansia, ya se los fomentaremos como hemos hecho con el estúpido de Cómodo. Ya le ofreceremos en bandeja lujos, riqueza, vicios y placeres. Descubriremos cuáles son sus deseos y sueños más íntimos para colmarlo de ellos. Todo en nuestro beneficio.

—Así es —secundó el camarlengo—. Por muy virtuoso que se las quiera dar el viejo, caerá en nuestras redes, se dejará llevar como todos. Tú lo has dicho: es propio de la naturaleza humana.

Ambos estaban exultantes, satisfechos, viendo por fin la luz al final del túnel. Entonces Leto volvió sus ojos hacia el carro, que ya se alejaba en dirección a la villa Quintiliana. Aquella imagen lo devolvió a la realidad.

—Espera aquí un momento. Volveré con una docena de pretorianos fuertemente armados.

—¿A dónde vamos?

—A casa de ese viejo —contestó Leto—, a ofrecerle el Imperio.

—¿Y si no lo acepta?

—Mira mis manos.

El camarlengo observó intrigado cómo el pretoriano levantaba sus anchas y ásperas palmas hacia arriba, ambas manos, la derecha y la izquierda a la misma altura.

—Llevo dos cosas en mis manos, Eclecto —continuó—. En una porto el Imperio, en la otra la muerte. A Pértinax, a ese anciano que nos va a sacar de este apuro, le ofreceremos primero el Imperio. Si no lo acepta, solo tú y yo sabremos lo que esconde mi otra mano.

2. EN CASA DE PÉRTINAX

Era de madrugada cuando las ocas comenzaron a graznar con estrépito antes de que aquel grupo de soldados coronara el cerro en que se encontraba la villa de Pértinax. El atriense de la casa subió precipitadamente las escaleras que conducían a las habitaciones de su señor y entró de golpe, sin llamar. Lo encontró de pie frente a la ventana, vestido con un peto de cuero y el *gladius* en la mano derecha. Fue la segunda vez que se vio sorprendido aquella noche. No sería la última.

—Señor…

—Ya lo he oído, Herodiano.

—Creo que vienen con armas.

—Los veo desde aquí, son unos quince pretorianos y avanzan armados hasta los dientes.

—Señor, puedo equipar a los esclavos… —comenzó el atriense nervioso.

—No vas a dar armas a nadie —interrumpió muy tranquilo Pértinax—. Ni tenemos suficientes esclavos, ni unos cuantos hombres inexpertos pueden oponerse a una docena de veteranos. Y lo más importante: no es mi intención presentar batalla a quienes veo comandados por Leto, el prefecto del pretorio.

—¿Leto?

—Sí. Y si él los dirige, vienen por orden de Cómodo. Y si lo hacen a estas horas de la noche, es porque buscan mi muerte.

—Señor… —quiso replicar con las pupilas llenas de rabia.

—Me has servido bien, Herodiano —lo volvió a interrumpir, mirándolo ahora profundamente a los ojos—. Todos los que vivís conmigo en esta casa, esclavos y libertos, me habéis servido bien. Tú el primero. Estos hombres vienen esta noche a matarme y solo me matarán a mí. Escucha mis órdenes —fue oír la palabra órdenes y Herodiano se cuadró como si fuera un tribuno en presencia de Marco Aurelio. Las órdenes de Pértinax no se discutían, se acataban: no solo por respeto a la jerarquía, sino por un pacto de honor y fidelidad que iba más allá de la severa disciplina militar—: cuando llamen a las puertas, se las abrirás de par en par. No habrá nadie contigo. Todo el personal de la casa aguardará encerrado en sus habitaciones. Tú indicarás a los pretorianos dónde están mis aposentos y los conducirás aquí, dejando el paso expedito y los accesos abiertos. Les dirás que los espero en mi propio lecho y les abrirás tú mismo las puertas de mi habitación. Te quedarás fuera y no intervendrás, pase lo que pase aquí

dentro. No arrugarás la frente, ni mirarás con insolencia, ni siquiera te encolerizarás cuando saquen mi cabeza clavada en una pica.

—Señor…

—Bajarás la mirada y los dejarás marchar —sentenció Pértinax—. Esas son mis órdenes, Herodiano. Inapelables. Ya están dictadas como los dioses dictan el destino de los hombres. Ahora baja a abrir la puerta, que ya están cerca. Y no te preocupes por mi tránsito al más allá. Enviaré antes al inframundo al propio Leto para que él me vaya abriendo las puertas del Hades. Al menos, antes de cumplir con mi destino, libraré a Roma de un sicario del emperador.

El atriense bajó las escaleras sin demora, pero los pretorianos ya estaban llamando violentamente a las puertas de la villa. Mientras Herodiano se disponía a franquearles el paso, dio orden de que todos permanecieran en sus cubículos. Abrió entonces las puertas sin esperar a que los pretorianos golpearan las anchas hojas de roble por segunda vez.

—Atriense —gritó Leto que encabezaba aquel grupo de hombres armados—, anuncia a Pértinax que lo visita el prefecto del pretorio por un asunto de la máxima urgencia.

Herodiano ladeó la cabeza en señal de sumisión mientras observaba que entre aquellos militares también se encontraba Eclecto, el camarlengo del emperador. Se demoró, apenas dos segundos escasos, en echarse a un lado para que los soldados pasaran. En el gesto, pudo comprobar que aquellos pretorianos no lo habían empujado ni entrado por la fuerza. Habían esperado ese mínimo espacio de tiempo a que él les dejara pasar y supo, desde ese mismo instante, que no todo estaba perdido aquella noche.

—Ilustre prefecto del pretorio y camarlengo del emperador — dijo mirando ahora también a Eclecto, que había avanzado hasta la primera fila para situarse junto a Leto—, el anciano Pértinax os espera en sus estancias. Está cansado. Ha preferido recibiros en la intimidad de su habitación y hablaros desde el lecho.

Leto y Eclecto cruzaron una fugaz mirada de sorpresa. No esperaban que Pértinax estuviera despierto. El prefecto fue el primero en hablar:

—Guíanos hasta él.

El atriense volvió a comprobar que aquellos hombres armados respetaban el protocolo. Eso le infundió esperanzas de nuevo. Se colocó delante de ellos y comenzó a subir con parsimonia las escaleras para dar más tiempo de reacción a Pértinax, pero Leto se había dado cuenta de la maniobra y se estaba impacientando.

—No podemos perder el tiempo, atriense. Tenemos un asunto muy urgente que tratar con Pértinax. Vamos. Rápido.

Herodiano supo que debía darse prisa y no poner más nervioso al

prefecto. Apretó el pasó y subió el último tramo de la escalera con agilidad. Empujó con fuerza las puertas que daban a la habitación de Pértinax y que se encontraban justo coronando la escalera. Las abrió de par en par y gritó:

—¡Señor, Leto y Eclecto tienen urgencia en hablar con vos!

Ambos entraron en la estancia acompañados de varios pretorianos. El resto quedó fuera, custodiando aquellas puertas y desplazando a un lado al atriense. Herodiano había cumplido su misión a la perfección. Nada le quedaba ya por hacer sino aceptar el destino tal como se presentara. Así se lo había ordenado Pértinax, el hombre a quien debía la fidelidad más pura y la lealtad más firme. No le fue posible ver nada más. Solo oír cómo entraban los soldados con Leto al frente y este comenzaba a hablar con Pértinax. El atriense no pudo contemplar cómo el anciano general de los ejércitos de Marco Aurelio se había quedado en la cama, sentado sobre el duro colchón, la pierna izquierda sobre el borde del lecho, a pocos centímetros del suelo, con la manta tapándole la mano derecha y el costado, descubierto el lado izquierdo en que se veía el peto de cuero que lo protegería de un primer asalto. Herodiano no pudo ver el *gladius* que escondía Pértinax bajo la manta, firmemente asido por su mano derecha, dispuesto a descargar un golpe mortal sobre Leto o sobre el primero de aquellos desgraciados que se atreviera a acercarse. No pudo ver, ni siquiera intuir, cómo miraba Pértinax a aquellos hombres, con fuego en los ojos, con el gladio bajo la manta, dispuesto a morir matando, como un viejo león.

3. EL OFRECIMIENTO

—No esperábamos encontrarte despierto, Pértinax —comenzó Leto a modo de saludo para iniciar la conversación de alguna manera.

El prefecto del pretorio no se había repuesto aún de la reacción del atriense ni esperaba encontrar al anciano preparado y dispuesto a esas horas de la madrugada. Le daba la impresión de que lo estaban esperando y eso lo hacía sentirse nervioso.

—Cierto, Leto —respondió Pértinax desde el lecho—. Es normal que no lo esperaras.

El pretoriano se dio cuenta de que había perdido la iniciativa. Notó cómo Pértinax lo observaba con una mirada gélida, inexpresiva, pero profunda. Se sintió incómodo. No era ese el tono con que pretendía que discurriera la conversación y quiso reconducirla como debía, pidiendo ante todo excusas por la interrupción.

—Claro, Pértinax. Siento las molestias que te estamos ocasionando. Lo primero que deseo es pedirte disculpas por incomodarte a estas horas de la noche. Quizá te hemos alarmado.

—No tanto como a mis ocas —contestó el anciano sin dejar de mirar con asombro a aquellos hombres que habían entrado en sus aposentos privados.

A Pértinax le extrañaba que unos pretorianos veteranos, comandados por el prefecto, no se hubieran precipitado ya sobre el lecho para darle muerte. Era poco previsible que soldados como aquellos, con gran experiencia en dar un golpe mortal, se tomaran tanto tiempo en cumplir su tarea, dilatando el desenlace, ahora que estaban solos y el atentado les resultaría fácil de ejecutar. Seguía extrañado, aunque alerta, apretando firmemente el *gladius* escondido debajo de la manta. Leto, por su parte, estaba indeciso, pero había comenzado a reaccionar: decidió continuar la conversación para serenar un poco aquella tensa situación.

—Sí, he oído a unos gansos cuando nos acercábamos a tu casa.

—Los gansos, Leto, salvaron una vez a Roma de la invasión de los bárbaros. Recuerda que cuando los galos invadieron la ciudad en los principios de nuestra historia, fueron rechazados del Capitolio, pero unos cuantos enemigos, tras descubrir un camino secreto por donde escalar las murallas, subieron sigilosos por la parte de los muros que daban al templo de Juno.

—Sí, recuerdo perfectamente ese episodio histórico.

—Cuando el primer galo —continuó Pértinax como si no lo hubiera oído— estaba llegando a lo alto de la muralla y los demás seguían

subiendo por la misma escala, se escucharon los gritos estridentes de las ocas del Templo de la diosa en el silencio de la noche. Los defensores acudieron alertados y llegaron justo en el momento en que los bárbaros coronaban la cima. Fue el propio excónsul Mario Manlio quien se lanzó como un viejo león contra el primer galo que escalaba los muros y lo golpeó violentamente con su escudo. Cayó por la escalera arrastrando a quienes subían tras él y la ciudad se salvó del saqueo y la destrucción a manos del enemigo. Hoy, cinco siglos después, las ocas me han alertado de nuevo del peligro. Pero ahora venís a matarme no bárbaros, sino romanos, aunque con mi muerte no se salvará Roma: la hundiréis aún más.

—No, Pértinax, estás equivocado —quiso corregir Leto el rumbo de aquella conversación.

—Llevo equivocado toda mi vida, desde que estudié gramática en mi ciudad natal para servir a un Imperio en el que la cultura era una de sus señas de identidad. Llevo equivocado desde que decidí honrar en todo momento la memoria de Marco Aurelio, la dignidad, la honestidad, el cumplimiento del deber. Llevo equivocado desde que elegí no reírle las gracias a Cómodo, no participar de sus vicios y sus orgías, no secundar su vida de depravación, que nos avergüenza a todos…

—Escucha, Pértinax… —quiso intervenir Leto.

—No. Escucha tú —lo detuvo el anciano con su áspera voz de mando, curtida durante tantos años en el frente de batalla—. Desde hace mucho tiempo llevo todas las noches esperando el fin de mis días. Solo quedo yo de los consejeros de su padre. Me sorprende que Cómodo haya tardado tanto en ordenar mi muerte. No le habrá tentado hasta ahora, porque no he acumulado fortuna como vosotros y sabía que no iba a enriquecer a su soldadesca con mi patrimonio, que es muy escaso, ni podría pagarse los vicios y los lujos a los que está acostumbrado y son la vergüenza de todo el Imperio. Sé a lo que has venido —dijo ahora atemperando la voz—. Cumple tus órdenes, Leto. ¿A qué esperas?

El prefecto del pretorio captó inmediatamente el desafío que entrañaban las últimas palabras de Pértinax. A pesar de la distancia, percibió, ahora de una forma muy evidente, el brillo hostil que irradiaban las pupilas grises del viejo general. Observó su brazo derecho bajo la manta, ligeramente flexionado, pero en tensión, con los músculos preparados, alerta. La pierna izquierda cerca del suelo, dispuesta a saltar del lecho y avanzar con rapidez, si era necesario. Detrás de aquel anciano recostado en su cama, se ocultaba la amenaza de un peligroso enemigo. El pretoriano supo que debía contar, por fin, el verdadero motivo que le había llevado hasta aquella estancia. Y debía hacerlo con rapidez, antes de irritar más a aquel viejo león.

—Nadie ha venido a matarte, Pértinax. El tirano ha muerto. Estamos aquí porque queremos poner el Imperio en tus manos.

Aquellas frases breves y contundentes ejercieron su efecto. La sorpresa se dibujó en el rostro arrugado de Pértinax, pero, mientras Leto hablaba, el viejo general seguía desconfiando, sin dejar de mirar a un lado y otro de la habitación esperando el engaño, recelando de aquel ardid, sin creer lo que estaba oyendo y sin saber por qué aquellos soldados se demoraban tanto en su misión. Sin bajar la guardia, Pértinax siguió escuchando.

—Hemos pensado que eres el candidato idóneo. Eres el hombre más honorable del Senado y uno de los pocos consejeros vivos que en su día tuvo Marco Aurelio.

—¿Y Cómodo? —preguntó Pértinax sin dejar de desconfiar.

—Ha recibido el fin que merecía. Hoy mismo tenía prevista nuestra ejecución: la de Eclecto, aquí presente, la tuya y la mía, también la de otros senadores como Claudio Pompeyano, incluso la de su propia concubina Marcia. Nos hemos adelantado y le hemos dado muerte nosotros. Ahora estamos aquí para poner el Imperio en tus manos. Eres el más respetado por el Senado y el pueblo. Yo te garantizaré el respeto del ejército…

A Pértinax le parecía aquello una más de las burdas comedias a las que era tan aficionado Cómodo. Aquel tirano no solo disfrutaba con la muerte de sus más cercanos, también le gustaba confundirlos, engañarlos, crearles falsas esperanzas y burlarse así de ellos, para matarlos luego con sadismo y crueldad. Por eso habló sin tapujos:

—¡Ya está bien, Leto! ¿Piensas que soy tan crédulo como para tragarme tus patrañas? ¿O es que el tirano se cree que puede jugar conmigo a estas alturas? ¿Qué ocurre? —y volvió a retarlo—. ¿Tienes miedo de un viejo que espera la muerte en su cama y con mentiras quieres que se confíe para asestar el golpe sin peligro?

—Te decimos la verdad, Pértinax —intervino Eclecto ahora por primera vez—. Observa esta tablilla. Es una prueba de que no mentimos. En ella reconocerás fácilmente la letra de Cómodo y verás que firma nuestra muerte junto a un gran número de notables, entre quienes también aparece tu nombre. Marcia, Leto y yo nos hemos adelantado pensando en nuestra salvación.

La intervención de Eclecto hizo dudar por primera vez a Pértinax. El camarlengo era un hombre serio, que no solía participar de las bufonadas de Cómodo. Venía completamente desarmado y sus modos inspiraban confianza. Pértinax lo miró a los ojos sin dejar de observar de reojo a Leto y el resto de pretorianos, que no se habían movido de su sitio. El camarlengo avanzó despacio unos pasos y le alargó desde lejos, como si hiciera una reverencia, la tablilla donde Cómodo había firmado la sentencia de muerte de todos ellos. El viejo general

extendió la mano izquierda sin dejar de apretar el gladio bajo la manta con la derecha y, al tomar la tablilla, miró fijamente a los ojos de Eclecto y pudo leer en ellos la sinceridad que ya le había inspirado el tono de sus palabras. El camarlengo entregó el documento y retrocedió con respeto al lugar que antes había ocupado. Pértinax observó entonces la tablilla y reconoció al momento la letra de Cómodo, pues tenía costumbre de leer escritos suyos. Comenzó a confiar en lo que aquellos hombres le estaban diciendo. Sabía que aquel documento era demasiado serio como para falsificarlo. La broma no podía ir tan lejos. Por otro lado, no tenía sentido que demoraran tanto tiempo el crimen, si es que era esa, realmente, la intención de aquellos pretorianos. Había que asegurarse de si decían la verdad. Pértinax, en aquel momento trascendental, debía confirmar cuanto antes si era cierto o no que habían asesinado a Cómodo y que le estaban ofreciendo el Imperio. El anciano general supo que debía arriesgarse para comprobarlo. Por eso, cambió radicalmente de actitud. Soltó el *gladius* que quedó oculto por la manta. Se levantó del lecho desarmado y se acercó a Leto para jugarse el todo por el todo.

—Leto, Eclecto, dejad que me acerque a vosotros para que me deis más información sobre los hechos.

Los pretorianos, con el prefecto a la cabeza, se tranquilizaron de inmediato al verlo avanzar despacio desde el lecho, totalmente desarmado, en actitud pacífica y amistosa.

—Claro, Pértinax —dijo al instante Leto, que expiró hondo y relajado por primera vez desde que llegó a casa del viejo general.

El anciano se acercó a ambos y colocó amistosamente sus brazos sobre los hombros de aquellos dos hombres, descubriendo sus costados y su pecho ante los pretorianos que lo rodeaban. Sonrió y los miró de cerca. Apartó la vista por un instante y la dirigió hacia la puerta. Herodiano había cumplido las órdenes a la perfección. Sabía que estaba allí, afuera, esperando, pero sin intervenir. A Leto le extrañó que Pértinax permaneciera unos segundos en esa posición, sin decir nada, y pensó que el anciano desvariaba un poco. Pero no sabía que el viejo general estaba confirmando, de la manera más rápida y eficaz posible, si era verdad lo que le decían, si aquellos hombres habían venido o no a matarlo. La única forma de averiguarlo era descubrir los flancos, a pocos metros de los pretorianos, a escasos centímetros de las dagas y puñales que portaban aquellos soldados, a quienes les resultaría muy fácil apuñalar así, en esa postura, con los brazos levantados, a un anciano desarmado y desprotegido. El tiempo parecía haberse detenido. Pértinax esperó sin miedo. Recordó en esos instantes la mirada serena de su emperador Marco Aurelio y aguardó, sin temor ni deseo, lo que el destino le tuviera preparado aquella noche.

4. LA COMPROBACIÓN

Pasaron unos segundos con Pértinax desarmado, desprotegido, entre aquellos pretorianos armados hasta los dientes, pero nadie intentó nada. Al fin, Pértinax había comprobado que aquellos hombres no habían venido a asesinarlo. Si fuera así, lo habrían hecho en ese momento. Retomó la conversación ahora con mucha más confianza:

—Si habéis acabado con ese canalla de Cómodo, habéis hecho bien —proclamó en voz alta para que todos lo oyeran—. Pero, primero, debo confirmar los hechos.

—No te basta nuestra palabra —preguntó Leto, sin orgullo.

—Aprecio vuestra palabra —contestó Pértinax al instante—. Pero si hablamos de sucesos tan importantes, debo comprobar hasta el último detalle. ¿Dónde está el cuerpo?

Eclecto contestó el primero:

—Lo hemos llevado a la villa Quintiliana.

—¿Dónde se ha producido el asesinato?

—En sus estancias privadas.

—¿Quiénes lo saben?

—Solo los aquí presentes.

—¿Y habéis conseguido sacar el cadáver sin que se den cuenta los pretorianos?

—Sí, envuelto en una vieja alfombra.

Pértinax sonrió. Si aquello era cierto, se había hecho un buen trabajo.

—Eclecto, tú conducirás a mi hombre de máxima confianza al lugar en que permanece el cuerpo. En cuanto volváis y él me lo corrobore, comenzaremos a dar todos los pasos necesarios para asegurar la sucesión.

Mientras el camarlengo hacía un gesto de asentimiento, Pértinax se dirigió hacia la puerta con total confianza, dando la espalda a los soldados y a Leto, al tiempo que gritaba:

—¡Herodiano!

El atriense apareció de inmediato en el umbral de las anchas puertas de roble, obediente y dispuesto.

—Sí, señor.

—Ya lo has oído. Irás con Eclecto. Comprobarás que efectivamente Cómodo está muerto. Volverás lo más rápido posible a confirmármelo.

—Así lo haré.

Sin esperar un instante se aproximó a Eclecto y le dijo:

—Cuando queráis.

—¿No necesitas cambiarte de ropa o preparar…?

No lo dejó terminar:

—Ya estoy preparado. Ahora soy yo el que tiene prisa.

Salieron sin decir más y en aquella habitación quedaron Leto, Pértinax y seis pretorianos.

Pértinax se acercó de nuevo a Leto, ahora su actitud era muy amistosa.

—En cuanto regresen, comenzaremos a dar todos los pasos para garantizar la estabilidad del Estado y la propia seguridad de todos nosotros.

—A tus órdenes, Pértinax.

El anciano general sabía que había sido demasiado desconfiado y hostil con el prefecto del pretorio. Ahora debía ganarse su confianza y, por eso, quiso acercarse a él, hablarle con sinceridad, descubrir sus intuiciones e intenciones.

—Agradezco tus esfuerzos, Leto y, sobre todo tu paciencia a la hora de vencer mi desconfianza —y el prefecto lo miró ahora con otros ojos, entendiendo que aquel hombre podía ser duro y respetuoso a la vez. Sabía ser cercano y disculparse cuando era necesario, a pesar de que estaba llamado a ser el siguiente emperador.

—Es normal, Pértinax… presentarse aquí, de este modo, a estas horas de la madrugada…

—Las circunstancias así lo exigían. Ahora sé que puedo confiar en ti.

Aquellas palabras tranquilizaron completamente a Leto. Efectivamente, Pértinax podía y debía confiar en él. Con esta actitud, su posición como prefecto del pretorio estaba asegurada, más aún teniendo en cuenta que el próximo emperador le debería a él el Imperio y que él mismo, como jefe del pretorio, era una pieza clave para mantener a raya al cuerpo armado que controlaba el palacio imperial y toda Roma.

—Gracias, señor.

Pértinax vio como el prefecto se relajaba. Quiso ir más allá: establecer una línea de confianza con él. Responder a sus dudas. Hablar con completa sinceridad para que ambos pudieran conocerse mejor. En poco tiempo tendrían que colaborar hombro con hombro.

—Puedes tratarme, Leto, con total franqueza. A partir de ahora seremos amigos y trabajaremos por un objetivo común.

—Así será, Pértinax.

—Por eso —continuó el anciano— puedes preguntarme cualquier duda que se te presente, con completa confianza. Lo digo porque observo en tu mirada que te invade alguna preocupación.

El prefecto lo miró sorprendido. Estaba comprobando que aquel hombre era muy sagaz e inteligente. Nada que ver con el estúpido de

su predecesor. Y eso lo hacía más peligroso, menos manejable. De hecho, el anciano había intuido los pensamientos que ahora lo asaltaban. Contestó, no obstante, con familiaridad, sabiendo que con aquella persona se podía hablar de tú a tú.

—Llevas razón, Pértinax. Sabes leer las mentes. No es preocupación —mintió—, pero sí se me ocurren un par de curiosidades.

—Pregunta sin pudor.

—No querría ser demasiado directo o maleducado.

—A partir de ahora colaboraremos juntos. No me molestarán tus preguntas. Dispara.

—¿Es cierto que hay un arma debajo de aquella manta? —preguntó a bocajarro mirando al lecho.

—Jaja —rio Pértinax—. No me extrañaría en absoluto, Leto, porque en estos tiempos que corremos siempre conviene dormir con un *gladius* bajo la almohada.

El prefecto sonrió ante la inteligente respuesta del viejo general. No pudo sino admirar la forma en que Pértinax le había contestado. Además, le parecía bien que aquel hombre durmiera con un arma bajo la almohada. Leto se encontraba a gusto con la conversación, porque aquel comentario y aquella actitud cuadraban perfectamente en su mentalidad castrense.

—Había otra pregunta, ¿verdad? —insistió Pértinax.

El prefecto había quedado satisfecho con la primera respuesta y pasó directamente a la segunda cuestión:

—Una última curiosidad, Pértinax. No dejará uno nunca de aprender de una persona de tu experiencia. Perdona mi sinceridad. Has enviado a tu atriense a comprobar que Cómodo está muerto, ¿no es así?

—Así es, Leto.

—¿Y cómo estarás seguro, cuando vuelva ese hombre, de que dice la verdad? ¿Cómo podrás confiar plenamente en su palabra? Todas las personas son corruptibles. Todo el mundo tiene un precio. Cualquiera, sea quien sea, puede traicionarte por una cantidad de oro, por ambición, por amenazas, por ver peligrar su vida… Ese hombre es un simple liberto. No entiendo cómo puedes confiar plenamente en él. Yo, en tu caso, no tendría completa seguridad en algo, a no ser que lo viera con mis propios ojos.

—Hay cosas, Leto, que uno no ve con sus propios ojos y eso no quiere decir que no existan. Es más, te diré que las más seguras son las que no se ven, pero sí se sienten. Suelen ser las más valiosas, como el amor, la dignidad o la lealtad.

—¿Crees acaso que ese hombre no puede traicionarte?

—Tengo plena confianza en Herodiano. Sé que no me traicionará. Antes morirá que mentirme.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque Herodiano responde ante mí como yo siempre respondí ante Marco Aurelio. Al igual que yo habría estado dispuesto a morir antes que traicionar al emperador filósofo, tengo la completa certeza de que Herodiano dará su vida antes de engañarme. No hay dinero, poder o amenaza en el mundo que pueda quebrar esa lealtad.

Leto calló. No podía entender esa fidelidad inexpugnable ni llegaría nunca a conocerla. Aquella segunda respuesta no le había satisfecho tanto como la primera, es más, le inquietaba, porque sabía que las lealtades inquebrantables son mucho más peligrosas que el filo oculto de cualquier espada.

Herodiano tenía prisa en cumplir su misión y los jinetes que lo acompañaban, con Eclecto al frente, tardaron poco en llegar a la villa Quintiliana, donde los conspiradores habían ocultado el cadáver de Cómodo. Apenas bajaron de los caballos se dirigieron al interior, bien custodiado y con varios guardias en cada entrada. El acceso se hizo aquí un poco más lento, porque las órdenes de Eclecto eran asegurarse de que nadie excepto él o Leto pudieran entrar a la sala *donde se guardaban las alfombras viejas*. Durante todo el camino, Eclecto había observado el celo de Herodiano, su profesionalidad a la hora de cumplir rápidamente su misión. Entonces no se había precipitado. Ahora que se imponía esperar un poco, tampoco lo hacía. Le gustaba la actitud de aquel atriense, su competencia y capacidad, la gestión hábil que había mostrado en casa de Pértinax, desde que les abrió la puerta, los condujo al interior, la forma de subir las escaleras, todo su comportamiento, ahora que reparaba en ello, le parecía fruto de una equilibrada mezcla de inteligencia y voluntad.

—Me ha llamado la atención, Herodiano —dijo con sinceridad, sin dobleces—, la gran confianza que tiene Pértinax en ti.

Herodiano sabía evaluar a las personas a simple vista. No era hombre que se dejara llevar por las primeras impresiones, por los prejuicios o detalles anecdóticos. Ponderaba con rapidez multitud de datos, que le aportaban una información muy valiosa sobre las personas que se acercaban a Pértinax. Respecto a Eclecto, le había parecido que era muy diferente a Leto, el prefecto del pretorio, aunque ambos hubieran colaborado juntos en el asesinato de Cómodo. Sabía que las palabras del camarlengo eran sinceras, y muy respetuosas, a pesar de que desempeñaba uno de los puestos más elevados del Estado. No había soberbia en su forma de dirigirse a él, tampoco miedo a ser desbancado por el hombre de confianza de quien estaba llamado a ser el próximo emperador. Esa actitud le animó a responder con franqueza:

—Le sirvo con lealtad y él sabe que nunca lo defraudaré. Creo que en la vida hay que ser fieles a algo, a una persona, a una idea. Si no es así, vagamos perdidos, como el barco que desconoce su rumbo y viaja a la deriva.

No esperaba Eclecto que el guardián de las puertas de Pértinax tuviera también arranques de poeta. Le gustó esa metáfora, una nave a la deriva, pero aquellas palabras le dejaron también un regusto amargo. Durante los doce años del reinado de Cómodo, él se había

sentido, efectivamente, como una nave a la deriva, sin rumbo, sin metas. Su único objetivo había sido sobrevivir al tirano y engordar sus propios vicios y bolsillos. Ahora se abría una nueva etapa, pero él, conocedor también como Herodiano del alma humana, desconfiaba de las lealtades absolutas, pensaba que, en esta Roma corrupta, todo se compra y se vende, como una mercancía más. También las personas.

—La nave del Estado, de la que ya hablaba Sófocles en sus tragedias —respondió manteniendo el tono intelectual, él, que leía con asiduidad—, ha sido un barco a la deriva en estos últimos doce años. Mi experiencia sobre lealtades humanas ha sido catastrófica, durante todo ese tiempo.

El camarlengo había hablado como si lo hiciera consigo mismo, con la verdad desnuda de quien saca de sí la amarga experiencia de la que no pudo hablar con nadie los años que había sido chambelán de Cómodo. Herodiano confirmó su primera intuición. Aquel hombre era diferente a Leto. En los ojos del prefecto había leído la ambición y la impostura, pero las palabras de Eclecto mostraban otras preocupaciones, otra reflexión sobre la vida y el poder.

—Pero la lealtad existe, como existen la amistad o el amor —contestó.

—Mira, Herodiano —replicó el camarlengo—, sé que no eres un ingenuo. Eso salta a la vista. Por eso te voy a hablar con total confianza. He sido camarlengo de palacio durante varios años. Y nunca en mi vida he visto lealtades completas. El poder corrompe, nos corrompe a todos —confesó—. Cuando el dinero, el control o nuestra propia supervivencia están en juego, se acaban todas las lealtades.

—No todas.

—Vamos, Herodiano —dijo en tono sincero, como en una confidencia—, ¿de verdad has conocido a alguien que sacrificara su tiempo, su dinero, su poder e incluso su propia vida por lealtad?

—¿Has conocido tú a Marco Aurelio?

Aquella pregunta de Herodiano, con la que había respondido a la cuestión planteada por el camarlengo, cayó como una losa sobre él. Eclecto entendió que aquel hombre, el guardián de las puertas de Pértinax, hablaba de palabras mayores.

—Has apuntado muy alto.

—Si una persona puede hacer algo, tú también puedes.

Eclecto quiso replicar de algún modo. Él también era un hombre versado en literatura y filosofía. Pensó en cambiar de rumbo aquella conversación, en la que él también parecía ir un poco a la deriva.

—Marco Aurelio fue un varón excepcional, convertido en dios a su muerte. Un emperador irrepetible, ahora divinizado, pero toda su vida tuvo que luchar en la frontera. Su reinado fue como *La Ilíada* de Homero, una historia de guerras, muerte y destrucción.

—No solo fue eso, Eclecto —replicó Herodiano—. No solo hubo guerras, como en *La Ilíada*. Por eso, ese poema de Homero, el primero de la literatura grecorromana, se estudia en las escuelas como libro de texto.

—Y aquellos que hemos realizado estudios superiores lo conocemos casi de memoria —confirmó Eclecto.

—Así es. El libro cuenta la guerra de Troya, la muerte de Patroclo y Héctor.

—Exacto —dijo el camarlengo—, una historia de muerte y destrucción.

—Y de crueldad —aceptó Herodiano—. Recuerda el episodio en que Aquiles humillaba el cadáver de Héctor atándolo a su carro y arrastrándolo por el suelo, dando vueltas a los muros de Troya, para que todos vieran la vejación del gran héroe, incluso después de muerto.

—Así son la vida —continuó Eclecto, que creía haber convencido al atriense— y la condición humana: muerte, destrucción, crueldad. Las mismas que hubo en tiempos de Marco.

—Pero no solo hubo eso, Eclecto. *La Ilíada,* como el reinado del emperador filósofo, no se resume en las guerras, eso es solo la estupidez humana. ¿Recuerdas cómo acaba el poema, la obra épica más importante de la literatura?

El camarlengo torció el gesto. Comprendió que había caído en las redes del atriense, en esta especie de diálogo socrático al que lo había conducido sin que él se diera cuenta. Y Herodiano leyó en sus ojos la perfecta comprensión de lo que quería decirle. Claro que Eclecto sabía cómo acababa el poema. Su interlocutor había entendido que ese era el fragmento que debía leer, la conclusión, la verdadera enseñanza sobre la condición humana. Por eso, ante el silencio del camarlengo, continuó, ya sin freno:

—Claro que lo recuerdas, Eclecto. El rey Príamo, al ver humillado y sin sepultura el cadáver de su hijo Héctor, marcha solo, como un mendigo, de noche, al campamento enemigo y entra a la tienda de Aquiles, el asesino de su hijo. Le suplica que le entregue el cadáver, le ruega que permita a un padre anciano enterrar lo único que le queda, que se vengue en sus viejas carnes, ahí tiene al rey vencido, pero que, por favor, no humille al cadáver ni lo prive de sepultura.

—Claro que lo recuerdo. Es una escena magistral.

—Es la cumbre de todo el poema —fue más allá Herodiano—. Es la genial conclusión de una historia de guerra, crueldad y destrucción. Es el triunfo de la inteligencia.

—Sí —y ahora continuó Eclecto, entusiasmado, convencido del mensaje, haciéndolo suyo—. Aquiles se queda impactado al ver a Príamo, llorando ante el cadáver de su hijo. Y no piensa en matarlo,

en vengarse del viejo rey. Es otro pensamiento el que le viene a la mente en ese momento. Cuando ve al anciano, se acuerda de su padre, que le espera en Grecia y que tiene la certeza de que nunca volverá a ver a su hijo. Aquiles conoce, como también lo sabe su propio padre, que su destino es morir en Troya. Y entonces, al contemplar las lágrimas y el dolor de aquel anciano, recuerda las que en ese momento debe estar vertiendo su propio padre. Entiende que todos estamos hermanados en esta vida, que los padres sufren todos por igual la muerte de sus hijos, la crueldad y el dolor. Ese sentimiento de solidaridad, esa empatía, esa compasión humana es lo que le impulsa a devolver a aquel pobre anciano el cadáver de Héctor. Ahí acaba la obra.

—Y esa victoria del viejo rey Príamo, vencido, es lo más hermoso de la condición humana: nuestra capacidad de solidaridad, de sentir, de pensar con la cabeza y el corazón. Ese es el legado de Marco Aurelio, no su reinado de guerras y traiciones.

Se produjo un profundo silencio. Eclecto ya no sabía qué decir. Había aprendido la lección, él que se creía versado en los secretos de la ciencia y la literatura, que conocía de memoria los fragmentos más importantes de los mejores libros de la cultura griega y romana. Entendió que Herodiano hablaba también con la cabeza y el corazón. No le quiso dar la razón de modo explícito, pero había captado el mensaje como el alumno aventajado que hace suya la lección ética y estética del profesor.

—Me ha agradado la conversación, Herodiano. Pero pasemos ahora a esta sala de alfombras viejas para que puedas cumplir tu misión.

6. LOS EMISARIOS

Cuando Herodiano regresó a confirmar que Leto y Eclecto le habían dicho la verdad y que él había visto con sus propios ojos el cadáver de Cómodo, entonces Pértinax decidió trasladarse en secreto al campamento pretoriano. No había tiempo que perder. Faltaban pocas horas para el amanecer del nuevo año y había que nombrar cónsules y después preparar todos los festejos y ceremonias propios de aquel día tan importante. El viejo general era un hombre que conocía perfectamente los entresijos del poder. También era previsor. Antes de que volvieran los emisarios, ya se había colocado su uniforme militar y ordenado que tuvieran listo su caballo. Nada más hablar con Herodiano, se dirigió directamente a Leto:

—Lo primero, prefecto, es comunicar el hecho a los soldados. Este es el asunto más delicado. Si ellos me aceptan como emperador, no habrá vacío de poder. Podremos convocar luego al Senado y organizar la sucesión. No temo la reacción del pueblo, sino la de los pretorianos.

A Leto le pareció que el viejo general estaba muy bien informado de la situación política. En efecto, quien tenía el poder real era la guardia pretoriana. Ese era el estamento que había que ganarse en primer lugar. El Senado aceptaría cualquier sustituto y se vería feliz de haberse librado de su peor pesadilla, pues Cómodo no había dejado de condenar a muerte a los senadores durante sus doce años de reinado y los había masacrado por capricho y sin piedad. El pueblo también apreciaba a Pértinax, no solo por aborrecer ya desde hace tiempo las locuras y extravagancias de Cómodo, sino porque el general había sido hasta ahora prefecto de Roma y había defendido a la plebe en todo momento, especialmente cuando Cleandro mandó sobre ellos a la guardia del emperador, para sofocar una revuelta. Leto asintió, reconociendo que Pértinax llevaba razón. Aquel hombre sabía de lo que hablaba. El estamento que había que ganarse en primer lugar, como fuera, era la guardia pretoriana.

—Ese será mi cometido, Pértinax —respondió con seguridad—. Me encargaré de que te acepten como césar. Te garantizo la fidelidad del cuerpo como jefe inmediato suyo que soy.

Pértinax agradeció de corazón el gesto del prefecto del pretorio, pero, como hombre con experiencia en el mando y en el poder, sabía que no había que confiarlo todo a una carta, que no existen garantías ni seguridades completas. No se fiaba en absoluto de los pretorianos: aquellos soldados estaban acostumbrados al vicio y al lujo en que habían estado enfangados durante el reinado de Cómodo, y no iban a

olvidar fácilmente a aquel césar depravado que les había costeado su tren de vida, los había colmado de honores e incluso les había prestado a sus propias prostitutas. Pértinax dudó y Leto supo leer también ese atisbo de duda en quien iba a ser ahora su emperador. Por eso concretó algo más:

—Es cierto que los pretorianos adoraban a Cómodo. Por eso no les diremos que ha sido asesinado, sino que ha muerto de un derrame cerebral, de un ataque de apoplejía, y que tú serás el sucesor…

—¿Será eso suficiente? —preguntó Pértinax.

—Eso y doce mil sestercios por cabeza.

El general era conocedor de que, con el cambio de emperador, se acostumbraba a abonar un generoso *donativum* a cada soldado pretoriano. Una costumbre que se había convertido en obligación y que permitía al nuevo césar tener la certeza de que sería apoyado por aquel cuerpo de guardia del que dependían su seguridad y su propia vida. Pértinax sabía que había que tener contentos a los pretorianos, pero aquella cantidad le parecía excesiva.

—Es mucho dinero.

—Con todos los respetos —replicó Leto—, conozco perfectamente a mis subordinados. Sé de lo que hablan cuando creen que nadie los escucha, conozco cuáles son sus deseos y ambiciones. Te aseguro, Pértinax, que por menos dinero no te nombrarán emperador. Son soldados codiciosos, acostumbrados a muchos lujos y a un tren de vida al que no renunciarán por nada del mundo. Si no les llenamos los bolsillos, peligrará nuestra seguridad. Créeme, doce mil es lo mínimo.

Pértinax sabía que Leto llevaba razón. En cada circunstancia, había que hacer caso a los expertos en su materia. Y el prefecto del pretorio sabía perfectamente cuál era su trabajo. Pero él también conocía el suyo. Por eso quiso ir más allá.

—Acepto, Leto. Serán doce mil. Pero también nos aseguraremos de que los pretorianos venzan sus dudas con un poco de presión.

—¿Un poco de presión?

—El pueblo —aclaró—. Sabemos que los pretorianos desprecian al Senado, pero temen las revueltas del pueblo. Mandarás a algunos de tus hombres por delante para que difundan por el campamento el rumor de que Cómodo ha muerto de muerte natural. Les dirán también que Pértinax viene de camino para ser nombrado emperador en los *castra praetoria*. Al mismo tiempo, otro grupo se dirigirá a Roma. Allí difundirán entre el pueblo la misma noticia y añadirán que, en el campamento, se encuentra Pértinax solicitando a los pretorianos su aceptación como nuevo césar.

—Pero ¿es conveniente que el pueblo conozca ya la noticia? — intervino Eclecto.

—Sí. Es buena idea —respondió Leto adelantándose—. En cuanto la

plebe sepa lo que ha ocurrido, apoyará el nombramiento de Pértinax. El pueblo es quien más tiene que ganar en esto. Seguramente marchará en masa al campamento para vitorearlo. Y ese griterío decidirá los ánimos de los soldados, si es que el dinero no los ha convencido ya.

—No perdamos entonces más tiempo —ordenó Pértinax—. Vamos al campamento y, mientras tanto, que el rumor corra entre los soldados y el pueblo.

Los emisarios llegaron al campamento bien entrada la madrugada. Esperaban encontrarlo con apenas movimiento, en la idea de que la mayoría de los pretorianos estarían descansando, aguardando el momento en que hubiera que poner en marcha a toda la tropa para preparar los actos y el desfile de las calendas de enero. Pero, por el contrario, aquel campamento bullía ya en plena actividad. Eran muy numerosos los soldados que circulaban de un lado para otro y más aún los que seguían bebiendo en grupos, continuando la fiesta que había empezado la noche anterior. Muchos pretorianos no se despertaron con la llegada de los emisarios simplemente porque aún no se habían acostado. Entre ellos estaban el belga Tausio y los germanos Vírux y Bellátor, que jugaban a los dados en una esquina bien iluminada del campamento, cercana a las puertas, recordando la última y espectacular orgía de Cómodo mientras bebían vino endulzado con miel.

—Bebamos, camaradas —gritó Tausio mientras levantaba su copa.

Sus compañeros asintieron entre risas y bebieron con ansia el licor de Baco mientras el belga arrojaba los dados una vez más.

—Triple seis —gritó exultante—. Soy el más afortunado.

—Vaya suerte —aceptó sin resentimiento Bellátor.

—Todos tenemos suerte, camaradas —corrigió Tausio mientras levantaba su copa. Bebió y el vino le soltó de nuevo la lengua—. Cómo iba a imaginar yo, cuando vivía al otro lado de la frontera romana, que iba a disfrutar de estos placeres, del lujo de las orgías de Cómodo, de las concubinas, del vino, del poder…

—Hay que aprovechar la buena suerte —intervino ahora Vírux—. Ninguno de los tres teníamos grandes esperanzas entonces. Éramos soldados de frontera, mercenarios, a los que nos daba igual luchar a favor o en contra de los romanos, pero cuando vimos brillar el oro de Cómodo y le juramos fidelidad, todo cambió…

—Todo cambió —continuó Tausio mientras recogía los dados y el dinero—. Todo cambió para bien, para mejor. Ahora, sin tener que jugarnos la vida en el combate, somos los amos de Roma. Doble paga y grandes privilegios por escoltar a Cómodo entre una panda de senadores cobardes y populacho inmundo, que no saben ni siquiera cómo coger una daga. Trabajo fácil. Sin peligro. Una vida de lujo…

—Y seguiremos disfrutando de esta vida durante muchos años, camaradas —explicó Vírux pensando en el futuro—, porque Cómodo es un césar joven. Le quedan muchos años de vida, suficientes para que nosotros tres lleguemos a la *missio praetoria* hartos de todos los placeres. Con mucho dinero, sin apenas esfuerzo.

—Así es —repitió Tausio—, una vida fácil. Sin peligro. No solo nos teme el populacho: cuando nos ven se apartan acobardados, pero si desenfundamos el *gladius* huyen como conejos —rio abriendo exageradamente la boca y mostrando sus dientes negros—. También los senadores nos temen. Y, a cambio de proteger a este césar, disfrutamos de placeres que nunca imaginé…

—¿Cómo ibas a imaginar esto, Tausio? —dijo Bellátor mientras le ponía el brazo sobre el hombro y le acercaba a la cara su aliento de borracho—. ¿Cómo ibas a imaginar el vino abundante de cada noche, el juego y las mujeres? ¿Cómo ibas a imaginar la orgía de ayer por la tarde? —explotó en una carcajada espurreando su baba de vino sobre el mantel de los dados.

Los tres rieron como salvajes recordando la última de las espectaculares orgías de Cómodo donde trescientos hermosos jóvenes y las trescientas mujeres más bellas del Imperio entretenían al césar con la práctica y el espectáculo de placeres nuevos e inesperados.

—El césar es generoso —dijo Vírux ahora que se estaba apagando la explosión de risas—. Es muy generoso. No solo nos ofrece el magnífico espectáculo de los cuerpos más hermosos del Imperio —y añadió con una mueca lasciva—. ¡También nos regala las sobras de su banquete de sexo cuando la orgía ha terminado!

Volvieron las risas, ahora más salvajes aún, mientras aquellos tres pretorianos recordaban la noche anterior con gestos obscenos y gritos simulados de placer. Bellátor se puso de pie para escenificar con más facilidad aquella vulgar pantomima. En ese momento observó que se abrían las puertas del campamento y entraban los emisarios de Leto.

—¡Cómodo ha muerto! —se oyó que gritaban—. ¡Cómodo ha muerto!

7. LA INQUIETUD DE LOS PRETORIANOS

El rumor de la muerte de Cómodo se propagó con gran rapidez por cada rincón del campamento pretoriano, produciendo una gran inquietud entre los soldados. Se amortiguó el griterío de repente y cesaron las risas previas a la llegada de los mensajeros. Al poco tiempo, sonaron las tubas para que cada soldado acudiera a su unidad. En pocos minutos, aquel sentimiento festivo que dominaba los *castra praetoria* se había transformado por completo en una tensa agitación con la llegada de las nuevas noticias. Al momento las cohortes fueron convocadas por los tribunos para que los centuriones pudieran divulgar los hechos con más rapidez y organización. Casi todos sabían ya que Cómodo había muerto, pero no tenían más información. Ahora los mandos aclaraban que la muerte se había producido por causas naturales y que el prefecto se presentaría en breve para aclarar la situación. Los mandos comunicaban a los pretorianos que Leto vendría acompañado del camarlengo de Cómodo y de Helvio Pértinax, prefecto de Roma, para nombrarlo sucesor. Estaban divulgando entre los soldados esta última noticia justo cuando Leto y Pértinax llegaban ya a las puertas del campamento, abiertas de par en par. Aquella fortificación estaba situada a las afueras de Roma y protegida por sólidos muros de piedra a lo largo de un perímetro inexpugnable de casi medio kilómetro de lado. Prácticamente albergaba a una legión completa, que protegía al emperador de cualquier revuelta popular que pudiera producirse, por grave que fuera. Aquel campamento militar contaba con murallas de casi diez metros de altura y dos de espesor, donde permanecían acantonadas no tropas normales, sino las cohortes pretorianas, el cuerpo de élite destinado a defender la vida del emperador, pero también la fuerza militar poderosa que podía poner y quitar césares.

Mientras Leto y Pértinax entraban por las puertas, a la cabeza de la escasa comitiva que les seguía a corta distancia, el nerviosismo comenzó a respirarse en cada esquina de los *castra praetoria*. Ambos hombres habían estado muchas veces allí y conocían perfectamente aquella fortaleza, que era el cuartel general de la Guardia Pretoriana, campamento inexpugnable, permanente protegido, ubicado estratégicamente en la parte inferior de la colina del Viminal. Avanzaron por la calle principal dejando a derecha e izquierda las barracas militares, dispuestas en varios pisos, extendidas hasta casi las construcciones militares que se apoyaban directamente sobre las murallas de la ciudad. Se detuvieron en el centro del *castrum*, junto a

la imponente morada del prefecto del pretorio, el *praetorium* en otro tiempo tienda pretoria, ahora un palacete de piedra rodeado de elegantes columnas en medio de aquel conjunto de defensas y fortificaciones donde Leto era como el rey de un Estado en miniatura, pequeño pero perfectamente armado, con la capacidad de controlar la propia Roma, lo que lo convertía en uno de los hombres más poderosos del Imperio

Los tribunos se habían adelantado para recibir las órdenes. Leto les indicó que formaran a los soldados en la explanada que se abría ante ellos, porque iba a dirigirle unas palabras a la tropa. Cuando los pretorianos vieron a su jefe se serenaron. Allí se encontraba también el camarlengo de Cómodo, junto a Pértinax y los principales mandos de aquella legión acuartelada a las puertas de Roma. Todos callaron cuando Leto comenzó la arenga:

—Soldados. Tengo que anunciaros que Cómodo, nuestro emperador, ha fallecido de apoplejía. Nadie ha precipitado su caída. Él ha sido el único responsable de su muerte. Nunca prestó oídos a nuestros consejos, cuando le recomendábamos que cuidara de su salud y evitara los excesos del vino y las drogas.

—El vino no ha matado nunca a nadie —susurró Tausio al oído de Bellátor, sin atreverse a interrumpir el discurso de su superior.

—Muchas veces, en las orgías —siguió diciendo Leto—, lo oísteis gritar que le iba a reventar la cabeza. En los banquetes ha perdido muchas veces la conciencia a causa del atracón de comida o el exceso de vino. Pero todos vosotros lo conocisteis. Era un hombre que disfrutaba de la vida sin moderación, sin miedo a la Parca, que hoy, repentinamente, ha decidido llevárselo al Hades. Cómodo ha cumplido el destino que los dioses le tenían reservado. Y Roma tiene que cumplir también su destino, que no es otro que continuar el legado del Imperio y nombrar sucesor.

En ese momento Pértinax, como si aquello fuera un acto ensayado, dio, por instinto, un paso al frente y se situó junto a Leto. Los pretorianos miraron indecisos al viejo general y algunos comenzaron a cuchichear entre dientes. Entre ellos Bellátor, que lo conocía por haber servido bajo sus órdenes en Britania.

—¡Ese es más duro que el pedernal!

—Nos hizo la vida imposible en Britania —confirmó Vírux.

Los rumores cesaron de inmediato. Las palabras del prefecto del pretorio no dieron tiempo a más:

—Por eso he venido con Pértinax, a quien todos conocéis, nombrado por Cómodo prefecto de Roma, gran general a las órdenes de Marco Aurelio y también del propio Cómodo. Un hombre respetado por el Senado y el Pueblo de Roma, venerable por su edad, moderado en su vida y que ha forjado su valor en los frentes más duros de

combate. Todos conocéis sus cualidades, muchos de vosotros, veteranos, habéis tenido experiencia directa de sus hazañas bélicas, otros lo habéis servido y admirado durante los años que ha desempeñado el cargo de prefecto urbano. La fortuna nos ofrece ahora no solo un emperador, sino también un padre de la patria. Su gobierno será refrendado, sin dudar, no solo por vosotros, pretorianos de Roma, sino por los soldados de los ejércitos que guardan las fronteras, aquellos que están acampados en las riberas de los ríos y las cumbres de los montes, para proteger los límites del Imperio romano. Todos ellos han sido también testigos de su valor. Saben que, a partir de ahora, no tendrán que ganarse a los bárbaros con oro, sino que podremos imponer sobre el enemigo el respeto que se debe a Roma. Ahora se someterán por miedo, no por dinero, al recordar y tener experiencia de las derrotas que sufrieron a manos de Pértinax, cuando él tenía el mando.

En ese momento, Leto le cedió la palabra al viejo general, pero el prefecto no había conseguido vencer por completo los ánimos de los pretorianos, que permanecían aún indecisos y a la expectativa. Aquel discurso no los había persuadido, como él pretendía. Y a Pértinax no le pasó desapercibido aquel hecho. Había estado observando con atención la reacción de los soldados, lo suficiente como para saber que, solo de él, iba a depender que lo aceptaran como emperador.

—Soldados —gritó con la voz áspera y autoritaria de tantos años comandando tropas en el frente del Danubio—. Soldados —volvió a gritar—, sobre vuestras espaldas recae el peso de Roma.

Pértinax sabía que una arenga militar no era lo mismo que un discurso en el Senado. Los soldados requerían pocas palabras, claras, contundentes. Aquellos hombres se perdían con explicaciones largas, con argumentos elaborados, que sí eran precisos en el Senado, donde los varones más preparados de Roma tenían que ser convencidos con la más refinada oratoria. Aquí sobraba retórica y faltaban hechos, y mucha épica. Por eso aquella frase había captado de inmediato la atención de los pretorianos. Aquellos duros soldados estaban acostumbrados a llevar sobre sus espaldas el peso de su impedimenta, el de los materiales para construir un campamento. Sabían de pesos y de espaldas. Por eso, a pesar de la metáfora, entendieron perfectamente aquello de que sobre sus espaldas descansaba el peso de Roma.

—Sois el sostén del Imperio —continuó Pértinax—. Por eso necesitáis un césar que os dirija, que ocupe el lugar del tristemente fallecido Cómodo. Vuestro prefecto me ha traído aquí para esa misión, que yo acepto gustoso. Lo primero que haré será celebrar mi nombramiento con el habitual *donativum*.

Guardó silencio para que la palabra *donativum* siguiera flotando un

tiempo sobre todas aquellas cabezas codiciosas que ahora ya no se atrevían a cuchichear, esperando ansiosos la cantidad, deseosos de saber cuánto dinero les iba a dar el nuevo emperador.

—Doce mil sestercios para cada hombre —gritó al fin.

Y los soldados respiraron tranquilos, asintiendo la mayoría de ellos. No era una cantidad excesiva, pero esperaban menos del tacaño de Pértinax, a quien todos criticaban su sobriedad y su espíritu de ahorro.

—Esa será la paga con que celebraré el inicio de mi reinado —continuó ahora para que la mención a la cantidad no fuera lo último que flotara en el ambiente, aunque el nuevo césar sabía que, sin lugar a dudas, era lo único importante para aquellos pretorianos.

Se supone que ahí debería haber acabado el discurso de Pértinax. Los soldados no estaban entusiasmados, pero sí dispuestos a aceptar la situación. No obstante, el viejo general quiso finalizar con la clave principal de su nuevo gobierno:

—Vivimos, camaradas, tiempos difíciles. Pero sé que contaré con vuestra ayuda. Hay muchas cosas que cambiar en la situación actual. He venido aquí a corregir el desorden.

Esas tres últimas palabras fueron las que quedaron en la mente de muchos pretorianos, *corregir el desorden*. Pero ¿qué desorden había? ¿Qué desorden era el que quería corregir este hombre? Muchos entendieron que se refería a la vida de lujo e indisciplina que caracterizaba, desde hacía años, el día a día de aquellos soldados. Sospecharon entonces por primera vez, y ya no dejarían de sospecharlo nunca, que Pértinax quería privarles de los privilegios que les había concedido Cómodo, de la vida fácil de que disfrutaban, de los lujos, el dinero, la bebida, las prebendas, de los días de vicio y borracheras, de mujeres y juego. Sentían pánico al pensar que se les podía acabar todo aquello.

Con esas tres últimas palabras, Pértinax se había ganado la ira de muchos de aquellos pretorianos, que lo comenzaron a mirar con un brillo criminal en sus ojos. Muchos otros permanecían vacilantes, a la expectativa, sin reaccionar, hasta que comenzaron a escucharse voces al otro lado del campamento.

Ya hacía más de una hora que los fieles de Leto habían divulgado por las calles de Roma la noticia de que Cómodo había muerto y que Pértinax estaba en el campamento para pedir el apoyo de los pretorianos a fin de ser proclamado emperador. La primera reacción del pueblo fue de entusiasmo. Los hombres salieron a la calle como poseídos, corriendo de un lado a otro, visitando a sus patronos o familiares para compartir la buena noticia. Si eran personas ricas o importantes con mayor motivo, porque estas habían corrido aún más peligro en tiempos de Cómodo, que asesinaba y confiscaba bienes cuando las arcas estaban vacías, lo que ocurría a menudo, por los

gastos desmesurados de su corte y las cantidades ingentes de dinero que exigía su vida de vicio y derroche. Se propagó el rumor por toda Roma y las gentes acudían a los templos y altares de los dioses para dar gracias. Una gran cantidad de personas se dirigió al campamento para apoyar la candidatura de Pértinax. Tenían miedo de que los pretorianos no lo aceptaran, porque sabían que aquel hombre representaba la moderación y era contrario a la vida de lujo, tiranía, rapiña y violencia que había caracterizado el reinado de Cómodo.

Ese era el ruido que habían comenzado a escuchar los pretorianos fuera de su campamento. Allí comenzaba a agolparse el pueblo en masa, para forzarlos a que nombraran a Pértinax emperador. Los soldados que estaban más descontentos con el candidato miraron a su alrededor y entendieron, al instante, que iba a ser muy difícil convencer a sus otros compañeros para que renunciasen a doce mil sestercios y se rebelaran contra su prefecto del pretorio, menos aún con el pueblo a las puertas del campamento gritando lo que cada vez era un sonido más atronador:

—Pértinax Imperator, padre del pueblo, Imperator…

8 LA SINCERIDAD DE PÉRTINAX

Los pretorianos se mantuvieron firmes y erguidos a pesar del griterío atronador del pueblo, apilado junto a las puertas del campamento. Pero, aun así, Leto percibió con claridad el efecto psicológico que estaba causando aquel estrépito en la tropa. Tuvo que reconocer para sus adentros que la idea de Pértinax había salvado la situación. Ahora la voluntad de los soldados se decantaría a su favor sin dudarlo. El dinero y la presión popular, empujando juntos, multiplicaban su fuerza y se volvían inapelables. No obstante, el prefecto del pretorio no pudo evitar pensar que aquel hombre, a quien él iba a convertir en emperador, había sido torpe, muy torpe, al decir aquello de que quería corregir la situación actual. ¡Qué estupidez! Los pretorianos no querían que se corrigiera nada, deseaban seguir como estaban, disfrutando de sus privilegios, de sus lujos y placeres. Pértinax no había entendido que aquel reinado suyo debía ser de completa continuidad, pero ya tendría tiempo de aclarárselo a ese anciano. Ahora, con el ruido de fondo de aquel griterío popular, era el momento de darle a los pretorianos la última consigna:

—Por eso estamos aquí, soldados, para nombrar nosotros al nuevo emperador —gritó con fuerza enfatizando la palabra *nosotros*.

Y los soldados inspiraron hondo, calculando lo que cada uno se jugaba en aquel envite. Por de pronto, doce mil sestercios. El prefecto no les dio tiempo a pensar mucho más:

—Con vuestro apoyo proclamaré a Pértinax como Augusto — continuó— y lo propondré al Senado para que le otorgue el calificativo de *Pater patriae*, padre de la patria, y lo honren con todos los títulos. Pretorianos —dijo ahora a voz en grito—, os pido vuestra aclamación.

Los soldados se desgañitaron ahora con violencia para montar sus voces sobre el ruido que hacía el populacho fuera de los *castra praetoria*. Aclamaron a Pértinax como Imperator y lo saludaron como Augusto. No les movía el entusiasmo, sino el deseo de paga y la presión de la multitud que se agolpaba a las puertas. Por todas partes los rodeaba el pueblo y ellos estaban en inferioridad numérica y sin armas, por ser un día preparatorio para las fiestas y haber acudido a la arenga de su general en jefe. Aunque a regañadientes, entendieron que aquella era la mejor opción. Lo proclamaron *Imperator* e hicieron los habituales juramentos y sacrificios en honor a Pértinax. Leto respiraba ahora tranquilo porque todo había salido bien, pero, mientras contemplaba desde el alto estrado a las cohortes pretorianas

cumpliendo los ritos de proclamación, no pudo dejar de pensar en aquella torpeza, en aquellas tres palabras desafortunadas que habían cerrado la arenga de Pértinax: *corregir el desorden*.

Pértinax permanecía de pie, apenas a tres metros de su prefecto del pretorio, y había dado dos pasos atrás para observarlo todo desde una mejor perspectiva. En esa posición, se dio cuenta del gesto de contrariedad de Leto y leyó en su semblante la insatisfacción, incluso el enojo, a pesar de haber cumplido los objetivos. Sabía que la causa de aquel disgusto eran las palabras que había pronunciado al final, aquella intención suya de *corregir el desorden*. Leto no lo había entendido. No había sabido percibir que aquello no había sido fruto de ningún descuido y mucho menos de una estupidez. Cuando él terminó su arenga diciendo que había que corregir, y que corregiría, muchas cosas, lo había hecho con toda la intención, previendo las consecuencias, entendiendo que esas últimas palabras no iban a gustar a aquella panda de vividores prepotentes en que se había convertido el mejor cuerpo de élite del Imperio. Sabía muy bien que los pretorianos sacarían los dientes, heridos por la alusión. Y estaba dispuesto a afrontar las consecuencias. Aquellas tres palabras no eran un descuido de orador: iban directamente dirigidas contra ellos. Porque él siempre había hablado claro. Nunca había engañado a nadie. Y en esos momentos, en que no solo el Imperio sino su propia vida estaban en manos de los pretorianos, no quiso ser cobarde ni disimular sus verdaderas intenciones. Él daba un paso hacia adelante, asumía el Imperio, pero con la intención de corregir la situación, de revertir la degeneración reinante, de enderezar el rumbo de aquella Roma que se encaminaba hacia el desastre y la anarquía militar. Llevaba años viendo cómo Cómodo atiborraba a los pretorianos de mujeres y vino, de uniformes de gala, de lujos y placeres. Por si no fuera suficiente, les había doblado el sueldo. Aquellos soldados se habían convertido en el cuerpo del ejército mejor pagado y más mimado de la historia. Así, el tirano se aseguraba su fidelidad, compraba sus voluntades, los usaba para la amenaza y el crimen. Podía seguir masacrando senadores y extorsionando al pueblo a su antojo, mientras aquellos pretorianos estuvieran contentos y se pasearan ufanos por las calles de Roma sembrando el pánico con su violencia. Pértinax sabía perfectamente de lo que hablaba; había asistido en persona a aquellos años de abusos y degeneración: por eso quiso avisar desde el principio, explicar en tres palabras que no estaba dispuesto a seguir así; que él no les tenía miedo, como no lo tuvo Marco Aurelio tras la victoria sobre los Ubios. Pocos años atrás, a las órdenes de Cómodo, Pértinax no se arredró ante la indisciplina militar que encontró en Britania. Allí abortó todo intento de motín, a riesgo de su propia vida. Un día los propios legionarios atentaron contra su

unidad y fue abandonado entre los muertos. Pero el viejo general solo estaba inconsciente. Salió de aquella tumba de cadáveres para vengarse de todos los que se habían rebelado contra él. Sofocó la revuelta e impuso la disciplina. Sin contemplaciones. Y ahora, de nuevo como antaño, había llegado hasta allí para corregir el desorden, para imponer otra vez la disciplina en las filas del ejército. No había habido en aquellas tres palabras error ni torpeza. Pértinax nunca en su vida ocultó sus intenciones, porque eran honestas. Y ahora, si aceptaba ser nombrado emperador, era porque estaba dispuesto a corregir aquella desastrosa situación, y no quería engañar a nadie, ni siquiera a aquellos soldados de fortuna.

Por eso se había atrevido a dejar las cosas claras ante la tropa, sin miedo, como siempre hizo en su vida, pero también con inteligencia, porque sabía que el pueblo no tardaría en llegar, que las puertas del campamento permanecían abiertas por orden suya y que aquellos soldados no estaban formados en línea de combate, como si se dispusieran a la batalla, sino alineados con sus uniformes de gala, después de una noche de borrachera, dispuestos a seguir la fiesta en ese día de las calendas de enero, en que había que nombrar cónsules y escoltar al emperador por las calles de Roma. Y aquellos hombres, más preparados aquella noche para la diversión que para la lucha, aquellos feroces pretorianos que ocupaban en ese momento la explanada del campamento, iban a tragarse las verdaderas intenciones de quien estaba destinado a ser su próximo emperador.

Por eso el griterío del pueblo había llegado en el momento oportuno. La plebe amaba sinceramente a Pértinax. Y le sería fiel desde el primer día de reinado hasta el último. Era aquel un hombre tocado por la luz mágica de Marco Aurelio, que impregnaba de humanidad aquellas almas buenas de las que se rodeaba. Incluso la propia Marcia, la última concubina de Cómodo, había aprendido también a amarlo en silencio, desde el primer momento en que lo conoció. Un amor de veneración, de admiración, un sentimiento suave, cálido, pero no como el deseo abrasador que sentía por Narciso, que era puramente carnal, fruto de un impulso violento de su cuerpo, de sus nervios, de su piel, que se le erizaba cada vez que lo recordaba recorriendo la arena victorioso o luciendo su cuerpo de vértigo en las refinadas orgías de Cómodo, donde la concubina del emperador no podía mostrar su ansia ni dejar traslucir su pasión hacia él; no podía mirarlo con intensidad, como tampoco podía dejar de mirarlo. Aquella mujer había aprendido desde el principio a disimular sus sentimientos: ¡corrían peligro tantas vidas! La atracción que había sentido por Pértinax siempre había sido muy diferente a la que sintió por Narciso: menos urgente, pero más profunda. No le llamaba la atención su larga barba o el cabello rizado, sino su porte venerable y digno; no se fijaba

en su vientre obeso y algo abultado, sino en su rostro amable, su boca elocuente, su simpatía y educación a la hora de dirigirse ya a un senador, ya a la propia concubina de Cómodo. Porque en aquellos momentos en que Marcia ocupaba el lecho del césar y se sentaba junto a él en el trono, en aquellos días en que todos la trataban como si fuera la emperatriz, le resultaba muy fácil descubrir la impostura de quienes la rodeaban: los senadores la trataban con respeto fingido, temiendo la venganza del césar, pero por dentro la despreciaban. Ella lo sabía. Los demás la miraban también así, con una mezcla de asco y miedo, de desdén y cobardía. Muchos apartaban rápidamente sus ojos de los suyos, desviando las pupilas mientras apretaban los dientes de humillación e ira. Todos la consideraban una vulgar prostituta venida a más. Pero, a pesar de despreciarla por hetera, la temían por su poder. Que me odien, con tal de que me teman, pensaba ella, sin saber que el miedo pasa, pero el odio permanece. Desde el primer día, la concubina de Cómodo se dio cuenta de que todos la observaban con desprecio menos Pértinax, que la miró a los ojos con ternura, con sincero afecto, con el respeto con que nadie la había mirado nunca, desde la compresión exacta de sus obligaciones y sus miedos. Y esa mirada calmó sus inquietudes como tantas veces lo hizo la mirada serena de Marco Aurelio entre quienes lo trataron. Ese amor que comenzó a sentir por Pértinax era muy diferente al deseo que sentía por Narciso, el hombre más hermoso y viril de Roma. Ese otro amor brotaba de otra fuente o de otro origen, y era capaz de aportarle la serenidad y la plenitud de espíritu que necesitó en esos momentos, para no sucumbir en aquella corte desquiciada y degenerada en que vivía.

Pero no olvidaba que ella, en su situación, ante el control omnímodo de Cómodo, no podía mostrar sentimientos: solo fingirlos. Por eso Marcia admiraba tanto a Pértinax, porque él no era amigo de fingimientos. Por eso lo amaba, porque representaba todo lo contrario a Cómodo. Y ese amor callado, platónico, la salvó de la locura durante los años del terror. Pértinax era un puerto seguro al que asirse en mitad de la tormenta, un escollo en el que naufragaba la demencia del césar, un oasis de dignidad en medio de aquel mundo de barbarie. Todo el mundo conocía su honradez y sinceridad. Nadie puso nunca su palabra en duda. En cambio, Cómodo era tan diferente, tan falso, tan sádico y traidor que, cuando aquella madrugada del año nuevo corrieron por toda Roma los rumores de su muerte, todos sospecharon que él mismo se había inventado la historia de su asesinato para comprobar la actitud del pueblo y el Senado, para descubrir quién se alegraba de la noticia y quién no. Pensaban que aquella era una muerte fingida y simulada por el propio Cómodo para masacrar a sus opositores. Tal era la atmósfera de terror que, cuando la noticia de su

fallecimiento llegó a los gobernadores de las provincias, aquellos hombres encarcelaron preventivamente a los mensajeros, no porque no desearan con toda su alma que aquel asesinato fuera cierto, sino por miedo a parecer que hubieran deseado el fin de aquel tirano, por el temor de que aquello fuera una trampa. Era una reacción natural entre todos los mandos, que vivían en un clima de tensión, sometidos a los volubles caprichos de aquel déspota desquiciado. Por eso, aunque no estaban en contacto, los gobernadores de las provincias y los mandos del ejército en la frontera tomaron la misma decisión en un primer momento: desconfiar de la noticia de la muerte de Cómodo y el nombramiento de Pértinax. No lo hicieron por ofender al nuevo césar: preferían ser groseros con él antes que mostrar la más leve oposición ante Cómodo. Con el hijo de Marco Aurelio todos tenían motivos para tener miedo, aunque fueran inocentes. Pero, bajo Pértinax, sabían, y pudieron comprobarlo después, que nadie, incluso aunque hubiera cometido una falta, tenía nada que temer.

Lo cierto es que esa misma noche, pocas horas antes del amanecer, el anciano general había salvado el escollo más difícil para su nombramiento como emperador: la aprobación militar. Los pretorianos, puestos en aquella tesitura, no tuvieron mejor opción que encubrir su disgusto y aceptar el dinero. Al principio, eran unos pocos los que habían comenzado a proclamarlo emperador, pero muy pronto le siguió la masa de soldados y lo eligieron todos al fin. La alegría de la plebe fue unánime. Ambos, ejército y pueblo, lo acompañaron al palacio imperial dando vítores, la plebe con ramas de laurel, los soldados con sus uniformes de gala. Al principio, habían pensado en conducirlo directamente al Senado, pero Pértinax no quería presentarse en la Curia marchando desde el campamento pretoriano. No deseaba trasmitir la imagen de un emperador elegido por el ejército e impuesto a los senadores desde el ámbito militar. Hombre sereno y ducho en el arte de la política, sabía que las formas importan. Aunque, en la realidad, era el ejército quien había nombrado al emperador, él quiso que aquello no pareciera nombramiento sino propuesta. Por eso, ordenó ser conducido primero al palacio y luego, desde allí, dirigirse a la Curia para pedir a los senadores que fueran ellos los que eligieran un nuevo emperador.

La ingente comitiva que escoltaba a Pértinax se detuvo a las puertas del palacio imperial donde solo penetraron el nuevo césar, Leto y Eclecto acompañados de un numeroso grupo de pretorianos. Los guardias que custodiaban los amplios pasillos se cuadraban y saludaban al paso del emperador, informados ya de todos los detalles que debían conocer. Los libertos de palacio se apartaban, abriendo las puertas de las estancias que atravesaba Pértinax y ofreciéndoles sus servicios, como pocas horas antes se los habían ofrecido a Cómodo. Estaban deseosos de servir al nuevo césar, a quien conocían por su brillante trayectoria política. Y lo servían con afán sincero, porque Leto y Eclecto ya los habían tranquilizado, diciéndoles que aquel nuevo reinado sería de continuidad, y respetaría todos los privilegios y el *statu quo* propios de la corte.

—¿Cuánto tiempo deseas permanecer en el palacio imperial, dómine? —inquirió respetuosamente el prefecto.

—Ni un minuto más del necesario —respondió Pértinax—. Esperaremos a que el pueblo se disperse y vuelva tranquilo a sus casas o manifieste su alegría por las diferentes calles de Roma. Los pretorianos no deben molestar a la plebe, ni intimidarla con sus armas o su violencia. Es prioritario que esa orden se cumpla de inmediato.

—Así se hará, césar.

—Aguardaremos lo justo —continuó Pértinax—. A partir de ahora solo quiero una discreta escolta de pretorianos. Muy pronto partiremos hacia el edificio del Senado y allí aguardaré a que se reúna la Curia. Falta poco para el amanecer. No deseo demorarme más tiempo en el palacio imperial: solo quiero que conste que he partido desde aquí en dirección al Senado y no desde el campamento pretoriano.

—Entiendo perfectamente —acató Leto, apreciando en el nuevo emperador su inteligente sentido de la diplomacia.

El prefecto del pretorio sabía que los patricios tenían cada vez menos mando efectivo, menos influencia política, mínima en comparación con el ejército. Pero sí era cierto que ejercían aún ciertas parcelas de poder en la sociedad romana, a través de sus amplias clientelas y de su capacidad de movilizar a la plebe. Amenazas estas fáciles de reprimir por el ejército a su mando, pero amenazas al fin. Y Leto sabía que la postura más inteligente siempre era evitar problemas. Se había dado cuenta de que, en efecto, Pértinax conocía muy bien las sensibilidades de los senadores. No suponía ningún

esfuerzo halagarlos, ofrecerles su papel en la sucesión imperial, dejar que continuaran soñando despiertos, que se creyeran la torpe falacia de que seguían constituyendo el honorable cuerpo político que fue antaño, en tiempos de Marco Aurelio. No costaba ningún trabajo dejar que pensaran que iban a recuperar el poder de aquellos tiempos. Y los beneficios serían muchos. Sí, sin duda aquel Pértinax sabía hacer bien su trabajo. Entendía definitivamente las sensibilidades de los senadores. En cuanto a las del ejército, ya aprendería a conocerlas mejor: él se encargaría de enseñarle el camino. Había tiempo. Por el momento ya había conseguido lo que quería, lo que era más urgente. Había negociado con Pértinax la necesidad de mantener a todo el personal en sus puestos, no solo él o el camarlengo, también todos los mandos y libertos de palacio que habían sido nombrados por el anterior emperador. Así se aseguraba la continuidad del poder y se evitaban desórdenes, le había dicho al nuevo césar para ocultar sus verdaderas intenciones. Pero, en realidad, ambos sabían que Leto estaba salvaguardando su vida y sus intereses, después de haber perpetrado el asesinato de Cómodo. Aun así, Pértinax había aceptado todos los términos. Mientras pensaba en todo esto, el prefecto sonrió satisfecho. La situación había dado un vuelco espectacular: de figurar aquella noche entre los primeros destinados a la ejecución, no solo había salvado la vida, también había eliminado al propio césar, que buscaba su muerte, y lo estaba sustituyendo ahora por otro más razonable, más manejable, más anciano, que estaba dispuesto a respetar sus privilegios, su poder y su cargo. Por eso, el prefecto del pretorio entendió, a aquellas alturas de la madrugada, que, dadas las circunstancias, las cosas estaban saliendo razonablemente bien.

Cuando el pueblo se hubo marchado pacíficamente de la explanada que se extendía al pie del palacio imperial, Pértinax dispuso su marcha hacia el Senado. Aún era de noche, pero quería llegar allí antes del amanecer y esperar la asistencia de los senadores, convocados al alba. Al llegar al imponente edificio, dio orden de que abrieran la Curia, pero Leto y Eclecto no encontraban por ningún lado al guardián nocturno encargado de custodiar las puertas.

—Señor, no encontramos al guardián para que nos abra las puertas del Senado —comentó Leto con preocupación.

—Eclecto —llamó Pértinax al camarlengo—, ¿sabes por qué ese hombre no está en su puesto?

Como ayudante de cámara del emperador, a él le concernían especialmente las relaciones entre el césar y el Senado. El interpelado entendió que, aquella misma noche en que iban a nombrar a un nuevo emperador, él ya estaba fallando en su misión. Pértinax leyó la preocupación en sus ojos y no esperó la respuesta del camarlengo.

—Es cierto que el revuelo que se ha armado entre el pueblo, con la

gente corriendo por las calles de Roma, acudiendo en tropel a templos y hogares, en total desorden, habrá alertado al guardián, pero quizá sea mejor así…

—¿Mejor así, dómine? —preguntó Eclecto aliviado.

—Sí. Eso me dará el tiempo que necesito para hablar con mi amigo Claudio Pompeyano antes de la sesión del Senado.

Los pretorianos presentes, junto a Eclecto, Leto y el atriense de Pértinax, aquel Herodiano que les había abierto las puertas de la villa hacía pocas horas, permanecían atentos a las palabras del nuevo césar.

—Sí. Esto no es un inconveniente, sino una ayuda del destino —concluyó.

Todos respiraron aliviados, satisfechos de que aquella contrariedad no hubiera irritado al césar, como estaban acostumbrados cada vez que Cómodo encontraba el más mínimo reparo en algo. Pensaron que habían tenido suerte de que el nuevo césar no hubiera montado en cólera. Pero Herodiano sabía que no era cuestión de suerte. Conocía en profundidad a su señor y sabía que, para consolidar su poder, debía ser efectivo y resoluto. Las palabras de Pértinax, aunque no lo parecieran, estaban bien calculadas y medidas. Y no era un gran esfuerzo el que debía hacer el viejo general en estas circunstancias, pensó el atriense. Aquel hombre que estaba destinado a ser el próximo emperador, que había visitado todos los frentes y gozaba de una experiencia rica y dilatada, estaba acostumbrado a sacar el mejor partido en las peores situaciones. Herodiano lo conocía bien. Y a Pértinax también le bastó una leve mirada a su atriense para leer en sus ojos la perfecta comprensión de lo que allí estaba pasando. Se sintió feliz por que aquel hombre de confianza lo acompañara en aquellos momentos. Habría encargos que, por ahora, solo podría confiarle a él. En ese momento no quiso esperar más y dio las órdenes oportunas.

—Leto, los pretorianos deben custodiar el Senado. Todos esperarán fuera a la llegada de los senadores, con su uniforme de gala y máximo respeto a los *patres*. Cuando los senadores entren a la Curia, no quiero ni un solo soldado dentro. Todos aguardarán en el exterior, custodiando el edificio como si fuera un Templo, el templo sagrado que es de la política romana.

—A la orden.

Al decir la palabra *templo*, Pértinax pretendía ser muy claro sobre su forma de gobernar. Cuando mandos y pretorianos lo oían hablar, escuchaban pocas palabras, pero las justas para que el mensaje calara, para que aquellos soldados entendieran lo antes posible cuáles eran las nuevas consignas que pretendía imprimir a su gobierno. Con aquella metáfora, el templo de la política pretendía explicar que el estamento militar debía respetar el poder civil, el Senado, como si se tratara de

algo sagrado. En aquel reinado que aún no había comenzado oficialmente, lo prioritario sería el respeto a la política, a los derechos del Senado y el pueblo romano. Había que restaurar cuanto antes la fructífera concordia que existió en tiempos de Marco Aurelio. Por eso, al decir templo y buscar la concordia, Pértinax no pudo evitar dirigir la mirada a la parte oeste del Foro, donde se alzaba el imponente Templo de la diosa Concordia.

—Eclecto —dijo ahora mirando al camarlengo—, buscarás sin prisa al guardián del Senado para que abra el edificio. Sin reproches. Ese hombre ha actuado correctamente. Informarás también a los senadores de que los espero al amanecer para la primera sesión de este nuevo año, donde habrán de nombrar un nuevo emperador.

—¿Esas son las palabras textuales que he de emplear, césar? — preguntó el camarlengo que conocía a la perfección su trabajo.

—Esas —respondió—. Justamente esas: *donde habrán de nombrar un nuevo emperador*.

—A la orden —respondió el camarlengo.

—Yo, mientras tanto —continuó Pértinax—, estaré esperando en el Templo de la diosa Concordia. Allí quiero hablar con mi amigo Claudio Pompeyano antes de que comience la sesión. Será una amena entrevista entre dos viejos amigos. No tengáis prisa en convocar al Senado. Decidles que no se abrirá la sesión hasta el amanecer.

—Muy bien —repitieron entendiendo que Pértinax no dejaba ningún cabo suelto.

—Herodiano —dijo ahora mirando al atriense—, tú serás el encargado de ir a casa de Pompeyano y decirle que debe venir de inmediato al Templo de la Concordia. Se lo pide su amigo Pértinax, que lo necesita urgentemente.

—Así se hará, señor —respondió el fiel liberto.

De aquellos tres acatamientos, el de Leto, Eclecto y Herodiano, fue este último el que dio más seguridad a Pértinax de que iba a ser cumplido a su entera satisfacción.

10. LOS AUGURIOS

Desde la explanada del Foro, Pértinax se dirigió sin prisas al Templo de la diosa Concordia, en su parte más occidental, al pie de las primeras pendientes de la Colina Capitolina. Poco antes de llegar a los anchos peldaños que daban acceso a las seis columnas monumentales de la fachada principal, los sacerdotes del Templo abrieron las lentas puertas de bronce invitando al nuevo césar a pasar al interior del recinto, si esa era su intención. Pértinax fue ascendiendo lentamente los alargados escalones que comunicaban con el *Area Concordiae*, en el pronaos, delante del imponente templo de columnas corintias presidido por la estatua sedente de la diosa Concordia, que brillaba como el sol a la luz de las numerosas antorchas que iluminaban todo el espacio. Sentada en su trono, sostenía el cuerno de la abundancia, *cornu copiae*, flanqueada por las diosas Salus y Fortuna.

—Pasad al interior del Templo, Imperator —se atrevió el sacerdote principal, un anciano de barba blanca y rizada, bien cuidada, que le recordó al aspecto de Marco Aurelio en sus últimos años.

—No seré oficialmente *Imperator* hasta que el Senado confirme mi nombramiento —quiso corregir el viejo general, con prudencia.

—Los dioses ya hace tiempo que hablaron, Pértinax. Y ahora vienes al Templo de la Concordia que es tu casa, la que en tiempos antiguos también fue sede del Senado. En este templo fue donde Cicerón pronunció las *Catilinarias*, que lograron conjurar un momento de máximo peligro para Roma.

—Lo sabía, venerable anciano —respondió—. Por eso, al encontrar cerradas las puertas del Senado, he pensado que no había en el Foro mejor lugar que este para esperar a los padres de la patria. Pero dime, sacerdote, ¿por qué has comentado que los dioses hace tiempo que hablaron? Soy hombre muy respetuoso con las divinidades, sus prodigios y presagios. ¿Qué sabes que desconozco?

—Tú mismo acabas de decir, Pértinax, que eres hombre que escucha a los dioses, como también lo fue tu padre, que el día de tu nacimiento asistió a un prodigio cuyo sentido tuvo que revelarle un adivino caldeo.

—Es cierto —confesó el viejo general, que sabía que aquella anécdota era bien conocida en toda Roma—. Decía mi progenitor que, el día en que nací, un potro negro subió al tejado de nuestra casa familiar en los Apeninos y desde allí cayó muerto. Siempre me ha conmovido aquel presagio, que finalmente interpretó un astrólogo contratado por mi padre con ese fin. Le dijo que aquel augurio

confirmaba que su hijo estaba llamado a grandes cosas, pero que marcharía de aquella casa familiar para no volver más.

—Interpretó bien el adivino —avaló el anciano—. Los dioses hablan de tu destino a través de la figura del caballo, el mismo caballo de color negro que siempre llevaste a la batalla cuando luchabas con Marco Aurelio o en aquellos tiempos en que estuviste a punto de perder la vida en Britania.

Pértinax asintió. Todo el mundo conocía su costumbre de cabalgar siempre a lomos de un corcel negro. Desde que conoció el augurio del día de su nacimiento, nunca quiso montar otro caballo que no fuera de ese color. Mientras el viejo general asentía, el sacerdote continuó:

—Negro era también el caballo que ganó una carrera en Roma, montado por los Verdes, la facción del hipódromo favorita de Cómodo. Aquello ocurrió mientras estabas en Britania, por eso no conoces aquel otro augurio.

—Cuéntame qué pasó —pidió Pértinax con verdadero deseo.

El viejo sacerdote no se demoró:

—Aquel caballo llevaba por nombre Pértinax, como tú, el pertinaz, el obstinado. Era uno de los favoritos de Cómodo. Ya sabes que a él le gustaba poner nombres de personas a los caballos por los que apostaba en las carreras.

—Sí —asintió Pértinax, que conocía bien las burlas del anterior emperador. No quiso añadir más, pero pensó que aquellas bromas y ofensas siempre fueron mejor que los crímenes que cometía cuando estaba de peor humor.

—Pues bien —prosiguió el sacerdote—, aquel caballo ganó una carrera cuando tú estabas lejos, en Britania. Y los partidarios de Cómodo, sorprendidos, gritaron «Es Pértinax». Entonces, otro grupo de senadores contrarios a la tiranía gritaron «Ojalá lo fuera», queriendo decir que deseaban vivamente que tú estuvieras aquí en persona y ocuparas el trono en lugar del déspota de Cómodo, aquel césar cruel que no respetó ni a hombres ni a dioses.

—Es una simple anécdota…

—No —corrigió el sacerdote—. No es solo eso, Pértinax. Hace pocos días, el caballo que lleva tu nombre fue retirado de las pistas de carreras por la edad. Entonces Cómodo lo exhibió en el circo tras haber dorado sus cascos y adornado el lomo con una piel también del color del oro. Cuando el pueblo, aglomerado en el circo, vio al viejo caballo así engalanado, gritó: «Es Pértinax». Y ese clamor unánime fue, sin duda, un presagio de lo que había de ocurrir, pues sucedió justo la última carrera de aquel año y al día siguiente Cómodo fue asesinado. Y hoy, Pértinax, no lo dudes — dijo el sacerdote levantando su cabeza para fijar su mirada en los ojos grises de su interlocutor—, no lo dudes —repitió—, hoy vas a ser nombrado emperador por el

Senado.

El viejo Pértinax, detenido en el umbral del imponente Templo de la diosa Concordia, escuchó con respeto y veneración las palabras de aquel sacerdote. Echó una mirada rápida a dos grandes bloques de mármol que flanqueaban la entrada, para detenerse algo más en los imponentes capiteles corintios del interior, los cuales, en lugar de volutas, lucían vivísimas cabezas de carnero que parecían querer embestir al aire de aquella nave sagrada decorada como un museo, con finas obras de arte y preciosas esculturas griegas y romanas. Allí contempló por un instante, emocionado por el ambiente sagrado y las palabras decididas del augur, la estatua de la diosa Vesta, de Marte y Juno al fondo, la de Latona a su derecha, con Apolo y Diana niños, el dios Esculapio a su izquierda, con Ceres, Minerva y Casandra, protegidas por cuatro elefantes de obsidiana que en su día fueron dedicados al Templo por el propio Augusto. Pértinax pensó que, efectivamente, los dioses manejan los hilos del destino. Aquella noche, él quería ir sin más al Senado, a presentarse ante los *patres*, a pedir su conformidad para ostentar el Imperio, pero los dioses lo habían conducido a aquel Santuario. Desde que nació, desde que entró al servicio del gran Marco Aurelio, desde sus inicios hasta el día de hoy, él solo había sido un instrumento del destino. Ahora lo veía con más claridad que nunca. Hacía pocas horas esperaba la muerte en el lecho, en su casa, cercada por una docena de pretorianos armados hasta los dientes. Esperaba a la Parca en su villa como la esperó muchas veces en el frente del Danubio, en las emboscadas del enemigo, en las comilonas de Cómodo, donde muchos cayeron envenenados. A veces, había visto en la corte, en palacio, un movimiento brusco detrás de sí y ni siquiera se había alarmado. Aguardaba el fin sin tensión, sin angustias. Eran ya muchos los antiguos consejeros de Marco Aurelio que habían sucumbido bajo la ira o el odio o el capricho de Cómodo. Él, que pocas horas atrás esperaba la muerte en su habitación, ahora estaba postulándose para el Imperio. Sin duda, los dioses tejen el destino de los hombres, pensó de nuevo. Por eso había encontrado la Curia cerrada y un impulso desconocido lo había llevado a dirigir su mirada hacia aquel templo, el de la Concordia, el lugar adonde las divinidades lo conducían en ese momento trascendental, para que recordara que aquel espacio sagrado, dedicado a la diosa Concordia, era el símbolo de la unidad del pueblo romano. Los dioses lo habían forzado a dirigir allí la mirada para que entendiera que aquel recinto religioso había sido construido para celebrar la paz entre patricios y plebeyos, entre el Senado y el pueblo de Roma, SPQR, como símbolo de reconocimiento de los derechos de la plebe y de las prerrogativas del Senado.

Al subir los primeros escalones, detrás de las columnas de la

entrada, había contemplado con admiración la estatua de la diosa Concordia, flanqueada por las diosas Salud y Fortuna. Ahora podía ver, un poco más atrás, las efigies de Mercurio, que portaba el caduceo de la paz, y al otro la de Hércules civilizador, apostados uno y otro a derecha e izquierda de las diosas como si fueran los guardianes del Santuario. El frontón del templo mostraba las imponentes estatuas de la Tríada Capitolina: Júpiter, Juno y Minerva. Pértinax, mientras contemplaba la entrada de la cella, apreció aquellos dos grandes bloques de mármol del umbral, donde habían sido grabados sendos caduceos, como emblema de armonía y reconciliación. Ese era el mensaje que las divinidades le enviaban. Esa era la carrera que él, caballo ganador, tenía predestinada por los dioses. Y a ello debía encomendar los pocos años de vida que le quedaban, antes de caer fulminado, como aquel caballo negro que se precipitó desde el tejado de su casa el día de su nacimiento.

Cuando Claudio Pompeyano llegó a las anchas escalinatas del Templo de la Concordia, Pértinax quiso recibirlo en el pronaos, delante del Santuario, a los pies de la diosa. Allí sacaron los sacerdotes tres cómodas *sellae* de cuero repujado, para que tomaran asiento, porque el viejo Pompeyano venía acompañado de una mujer.

—Pértinax —se apresuró a decir Claudio Pompeyano—, ¿es cierto que ha muerto Cómodo? Toda Roma anda diciendo que ha fallecido y que tú eres el nuevo emperador.

El anciano levantaba ansioso el rostro, mientras salvaba el último escalón con ayuda de la joven que lo acompañaba. Ahora estaban los tres en el atrio del Templo. La mujer, discreta, a una respetuosa distancia.

—Es cierto lo primero, pero no tanto lo segundo —respondió Pértinax.

—¿Ha muerto Cómodo? —volvió a preguntar.

—Sí. Ha cumplido su destino.

Claudio Pompeyano, el anciano general que un día estuvo casado con Lucila y fue, por tanto, cuñado de Cómodo, bajó la mirada triste, apenada. Con un sentimiento sincero de dolor arrugó el rostro y dijo con voz mortecina:

—Con él muere lo poco que nos quedaba de Marco Aurelio...

—Poco había de Marco Aurelio en Cómodo —se atrevió.

—Sí, poco —concedió Pompeyano.

En ese momento Pértinax dirigió una mirada fugaz a la mujer que acompañaba a su interlocutor. Ella lo percibió al instante. Cruzó las manos sobre su regazo, mantuvo la mirada baja y retrocedió un paso atrás, para dejar aún más intimidad a los dos ancianos. Claudio Pompeyano respondió a aquella mirada sin necesidad de que su interlocutor formulase ninguna pregunta:

—Se llama Clodia, mi liberta, mi único apoyo. Es de plena confianza.

El general volvió a mirarla y asintió con el gesto. Aquellas palabras, medidas y contundentes, le bastaron para saber que aquella mujer era algo más que una simple liberta. Mucho más. Por eso, tras aquella aclaración, los tres tomaron asiento por indicación de Pértinax, a quien ya no le importaba que Clodia escuchara toda la conversación:

—Querido Claudio Pompeyano. Es cierto. Cómodo ha muerto. Esos son los hechos. Nuestro deber ahora es levantar todo este edificio ruinoso en que se ha convertido Roma, devolverle el esplendor que

tuvo en tiempos de Marco Aurelio.

—Ese será tu cometido. Sabes que cuentas con mi pleno apoyo.

—No soy el más indicado para ser emperador —soltó Pértinax a bocajarro.

—Claro que sí. Los pretorianos te han nombrado y el Senado secundará sin dudar ese nombramiento.

—Quiero ofrecerte a ti el Imperio, Pompeyano —le dijo mirándolo profundamente a los ojos—. Tú eres el hombre indicado.

—Pero los soldados te han nombrado a ti, no a mí.

—Y yo pongo ese cargo a tus pies.

Claudio Pompeyano apoyó las manos sobre sus rodillas para no dejarse caer como un viejo fardo sobre la silla en que descansaba. Hacía tiempo que le faltaban las fuerzas, las del cuerpo y las del alma. Levantó triste la mirada para contemplar de frente a Pértinax y lo hizo de tal modo que pudo observar con claridad el reflejo de su figura en las pupilas de su interlocutor. Aquel le sostenía la mirada con cariño, con la amistad acendrada que había envejecido como ellos, a prueba de todos los peligros y ambiciones. Claudio Pompeyano comprendió que su amigo era completamente sincero, que su ofrecimiento era leal, pero sabía muy bien cuál iba a ser su respuesta.

—Querido amigo, sabrás que ya Marco Aurelio, cuando murió su hermano Vero, me casó con su hija Lucila para ofrecerme cogobernar con él.

—Sí. Eso dicen.

—Pues es cierto. Pero entonces no podía aceptar porque otros generales ambiciosos habrían odiado al emperador por esa elección. Ellos solo cederían si el sucesor de Marco era uno de sus hijos, porque los soldados no entienden de cálculos políticos, sino de la fuerza de la sangre, la misma que derraman todos los días en el frente de batalla. Aunque mi cogobernanza solo estaba destinada a asegurar el reinado del joven Cómodo, los generales como Avidio Casio lo habrían interpretado como una afrenta personal y el Estado habría corrido el riesgo de una guerra civil. Por eso no acepté entonces.

—¿Y ahora?

—Ahora tampoco puedo aceptar, querido Pértinax. Han pasado veinte años. Si entonces le puse a Marco como excusa que yo era ya un hombre mayor, casi ciego, falto del nervio y de la fuerza que se exigen en un césar, ¿cómo no te voy a presentar esos mismos argumentos ahora, que he tenido que subir estas escaleras ayudado por mi fiel Clodia? ¿Cómo voy a aceptar ahora un nombramiento que te corresponde por derecho, cuando han pasado veinte larguísimos años en que mi cuerpo se ha derrumbado hasta ser solo una sombra de aquel Claudio Pompeyano que conociste en las fronteras del Danubio, cuando luchábamos hombro con hombro contra los bárbaros?

—Acepta el trono, Pompeyano. Eres el hombre más honesto, cuñado de Cómodo, candidato de Marco Aurelio.

—No soy nada más que un viejo que no puede ocuparse ni de sí mismo, cuanto menos de las labores de gobierno. Te agradezco la oferta, querido amigo, pero mi respuesta es no.

Pértinax observó la determinación en el gesto del anciano y supo que aquella era su última palabra. No pudo disimular la decepción, porque creía firmemente que aquel hombre tenía mayores garantías de ser aceptado por todos los estamentos, y en especial por el Senado.

—¿Estás seguro? —quiso insistir.

—Completamente seguro. Renuncié a la púrpura una vez con Marco Aurelio, y ahora renuncio por segunda vez. Es mi decisión definitiva.

Al pronunciar estas palabras, Pompeyano entendió que había sido muy categórico en su respuesta; no quería ofender a su amigo y quiso suavizar el tono:

—Tú serás un gran emperador, Pértinax. Por supuesto contarás con todo mi apoyo. De verdad, siento no poder acceder a tus deseos.

El viejo general había entendido perfectamente la situación. Si su amigo había renunciado a la púrpura veinte años atrás de manos de Marco Aurelio, con más motivo la debía rechazar ahora, en una situación tan difícil, anciano y casi ciego, sin fuerzas ni ganas para afrontar el tremendo esfuerzo que suponía corregir la debacle de vicio y anarquía que se había afianzado en Roma como si se tratara de una nueva peste, que asolara no ya los cuerpos individuales, sino el propio cuerpo del Imperio.

—Lo entiendo, Pompeyano. Lo entiendo.

El anciano respiró aliviado, sabiendo que su amigo comprendía sus argumentos. No quería ofenderlo y menos ahora, que se encontraba cada vez más débil, sin apoyos. Entendió que debía contar, en estos momentos más que nunca, con la ayuda de su amigo, que iba a convertirse en el próximo emperador. No por él, pues el gran Pompeyano nunca pensó en sí primero, sino, antes, en los demás.

—Gracias, querido amigo —le dijo—. De poco te iba a servir de todas formas. Soy ya muy anciano y me acosan las enfermedades. Los dioses pronto reclamarán este préstamo que nos hacen al nacer. Mi vida ha sido larga y sería ingrato pedir muchos años más a este cuerpo que se deshace por momentos, pero sabes que los que habremos de partir pronto no nos preocupamos tanto de nosotros como de los que han de quedar aquí, en esta Roma de incertidumbre y peligros…

Pértinax entendió que Pompeyano había dejado caer aquel pensamiento para pedirle un último favor. Quiso saber de qué se trataba:

—¿Qué te preocupa, querido amigo?

—Clodia —respondió sin dudar.

La joven casi dio un salto de la silla en que aguardaba, en silencio, escuchando con respeto el diálogo que se producía entre aquellos dos grandes hombres. Se ruborizó de inmediato. No esperaba entrar de forma tan abrupta en la conversación.

—¿Clodia? —preguntó Pértinax.

Y la joven respiró despacio para calmar su inquietud, sin atreverse a levantar la mirada, esperando que su amado Pompeyano aclarara lo que quería decir.

—No me quedan muchos años de vida, querido amigo. Y no me lamento. Pero, tras mi muerte, me duele dejar desprotegida a Clodia. No le bastará la herencia que le corresponda, porque sabes bien que el dinero no es garantía de nada y menos en esta Roma tan diferente a aquella en que servíamos a las órdenes de Marco Aurelio. Aquellos tiempos de oro y virtudes se han tornado hoy en una época oscura de egoísmos y codicia. Cuando miro al futuro, Pértinax, lo hago con temor. Me genera tristeza e inseguridad saber que dejo en este mundo a un alma pura, como la de Clodia, en medio de una manada de lobos, de hombres y mujeres dispuestos a todo por dinero, por alcanzar el poder, por satisfacer sus instintos más primarios. Hasta ahora he soportado los años y la enfermedad con entereza, y así seguiré haciéndolo hasta el último día, no por mí, que soy anciano, sino por Clodia. Porque sé que, en este viejo, también vive una joven que necesita abrirse camino en la vida y más me cuido yo, porque sé que, cuidándome, velo también por ella.

—Es un sentimiento muy noble —arguyó Pértinax.

—¿Pero qué pasará cuando yo ya no esté? —preguntó el anciano—. Necesito calmar esa inquietud. Y ese será el único favor que te pida, querido amigo. Ahora que vas a ser emperador, cuídala, cuando yo falte, sé como un padre para ella, que quedará huérfana cuando yo ya no esté. Sé tú, Pértinax, el brazo en que se apoye esta joven, como yo me apoyo cada día en ella para seguir viviendo.

—Tienes mi palabra, Pompeyano —zanjó quien estaba destinado a ser el próximo emperador.

Ahora sí, por los ojos húmedos de aquel triste anciano resbalaron dos gruesas lágrimas de felicidad que mudaron el rostro decrépito y depauperado de hacía unos instantes en una faz abierta, feliz, plena, que llenó de aire fresco el atrio generoso de aquel templo monumental dedicado a la diosa Concordia.

12. EN LA CURIA

Pértinax y Pompeyano aún se encontraban en el atrio del Templo de la Concordia cuando llegó Eclecto, deseoso de servir, como debía, a quien iba a ser nombrado nuevo césar.

—El guardián del edificio del Senado ya ha abierto las puertas —comunicó formalmente—. Y los senadores han sido convocados al amanecer.

El primer atisbo de claridad asomaba tímidamente por la parte oriental del Foro romano. Ningún rayo de luz se había manifestado aún, pero un leve resplandor púrpura invadía ya la negra espesura de aquella larga y tensa noche en que acababa un régimen y comenzaba otro, aquella madrugada del uno de enero de 193, que daba paso a un año incierto; urgía consolidar la sucesión al Imperio, pero los conjurados no sabían aún qué hacer con el cadáver de Cómodo ni si el Senado iba a aceptar o no, como tal, al emperador que habían propuesto. Los pretorianos ocupaban la plaza completa y habían establecido controles en todas las entradas y salidas al Foro. El Senado y los edificios principales estaban bien custodiados. Leto sabía hacer bien su trabajo. Esperó instrucciones mientras observaba a lo lejos cómo el anciano Pompeyano, desde el Templo de la Concordia tomaba al nuevo césar del brazo y le dirigía la palabra:

—Pértinax —le habló con firmeza—, vámonos a la Curia antes de que comiencen a llegar los senadores. Nos encontrarán a ambos, allí, esperándolos. Ese gesto y mi compañía les aportarán la confianza que necesitan para esta primera sesión del año, que será inicio de tu reinado.

Ambos bajaron las escaleras del Templo, pero ahora era Pértinax quien ofrecía el brazo a su amigo, para que se apoyara y pudiera descender sin demasiada dificultad. Clodia les seguía a distancia, salvaguardando la intimidad necesaria para que aquellos dos grandes hombres pudieran hablar con confianza. Mientras se dirigían al Senado, el nuevo césar no perdió la ocasión de consultar a su viejo amigo. Sabía que aquel varón no solo conocía a la perfección los entresijos de la política. Había pertenecido a la familia imperial. Su experiencia y sabiduría no eran nada desdeñables en las actuales circunstancias.

—Tengo dudas, Pompeyano.

—Si es sobre tu misión, no debes tenerlas. Has de hacerte cargo del Imperio y procurar llevar a cabo tus planes.

—No es eso, viejo amigo. Me preocupa la reacción de los senadores.

Pompeyano sabía que el Senado era un hervidero de intrigas y peligrosas ambiciones. Los temores de su interlocutor estaban más que justificados.

—Te entiendo, Pértinax. Las cosas nunca son fáciles.

—Y menos en el Senado —insistió.

—La clave está en los gestos, césar —Pértinax iba a protestar, pero el anciano levantó su mano para seguir hablando—. A partir de ahora te llamaré césar, porque eso es lo que vas a ser desde este día. Entre nosotros, en privado, seguiremos hablando tan claro como cuando compartíamos el frente y luchábamos hombro con hombro contra los bárbaros.

—Bien —aceptó Pértinax.

—Lo dicho. La clave está en los gestos. Lo primero: las tropas quedarán fuera del edificio.

—Pensaba hacerlo así.

—Otro detalle —continuó Pompeyano—. Entrarás al recinto sin que te preceda el fuego sagrado, sin pompa ni ceremonia alguna, como si fueras un senador más.

—Buena idea.

—Una vez dentro, presentarás tu renuncia.

—¿Cómo?

—Es una maniobra, una *captatio benevolentiae*, una humildad fingida. Propondrás como césar a Glabrión.

—¿Glabrión?

—Sí. Es el patricio de más alta cuna. Consejero de Marco Aurelio en su día. El varón con más prestigio del Senado. Su linaje se remonta hasta Eneas, hijo de Venus y de Anquises. Ha desempeñado el consulado dos veces. Si él renuncia en tu favor, nadie se atreverá a discutir tu nombramiento.

—¿Y si acepta?

—No aceptará. Es un hombre honesto como nosotros. E inteligente. Sabe que el ejército no lo toleraría. Es uno de los pocos que está dispuesto a pensar antes en el bien del Estado que en el suyo propio.

—Pero, un error en estos momentos…

—No cabe error. Yo ya habré hablado con él cuando tú le ofrezcas el Imperio.

Pértinax sabía que Pompeyano era un hombre resoluto y hábil, sagaz y muy avispado, a pesar de su edad. Cómodo y su banda de viciosos siempre lo habían despreciado, había sido motivo de burlas en palacio, humillado por su esposa infiel, por su cuñado criminal, por todos los que pensaban que era un viejo estúpido y pusilánime. No era así: aquel era uno de los hombres más honestos e inteligentes de Roma.

Al llegar al edificio les salió al paso Leto, con su uniforme de gala.

Había dispuesto la guardia de forma estratégica y eficaz. Cuando Pompeyano le dirigió la mirada, él hizo una reverencia respetuosa y antes que nada informó al emperador:

—César, las tropas están dispuestas. Todo preparado para iniciar la sesión del Senado.

En ese momento dirigió la vista a su acompañante para decir:

—Salud, noble Claudio Pompeyano. A vuestra disposición.

Al anciano le agradó observar a un Leto algo distinto a lo habitual. Más educado, menos soberbio.

—Gracias, prefecto.

Lo había mirado por un instante para estudiar a aquel militar, analizar su actitud. Se dio cuenta de que el oficial se jugaba mucho aquel día. Le convenía ser obediente y conciliador. Por eso no le importó que estuviera presente y se atrevió a recordarle a Pértinax la importancia de tener controlada a la guardia.

—César, ¿algunas instrucciones antes de que entremos a la Curia?

—Solo una más, Pompeyano —respondió entendiendo perfectamente la intención—. Una de la que será responsable nuestro prefecto del pretorio. Ya sabes, Leto. Esta reunión es decisiva para serenar la situación. Las tropas deben permanecer siempre fuera, vigilando los edificios públicos, protegiendo a los padres de la patria. Pero no quiero ni un solo soldado dentro del Senado. Cuando lleguen los senadores se les tratará como merecen, con el máximo respeto y protocolo. Respecto al pueblo, es muy importante que noten un cambio de actitud radical. Pondremos fin, desde hoy mismo, a la represión sobre la plebe. Queda prohibido que los pretorianos lleven hachas y golpeen a los transeúntes. El pueblo podrá gritar, expresarse y manifestarse como quiera. Seguramente querrán venganza, ofenderán la memoria de Cómodo. Mientras no peligre la seguridad de los senadores no habrá ningún movimiento. Los pretorianos deben entender perfectamente que están al servicio del Senado y el Pueblo de Roma. ¿Queda claro?

—Así se hará, césar —contestó el prefecto cuadrándose.

Pértinax y Pompeyano entraron al Senado. El primero se sentó en el solio imperial y su amigo a la derecha. Fuera de la Curia se iban reuniendo los senadores, para acceder en grupos y sentirse así más arropados. Llevaban años haciéndolo de este modo, temerosos de lo que Cómodo les podía tener preparado. Uno de los primeros en entrar fue el anciano Glabrión, acompañado con un grupo de varios patricios de su misma edad. Entonces Pértinax y Pompeyano se levantaron en señal de respeto y este último se dirigió a Glabrión para saludarlo, apoyándose en su antebrazo, como si necesitara ayuda para sostenerse. Aprovechó la ocasión para llevarlo a una esquina de la Curia mientras los demás senadores seguían entrando y ocupaban sus

escaños. Pértinax los recibía de pie, con gesto afable y amistoso. Algunos les devolvían un gesto de amabilidad, otros miraban hoscos y desconfiados, entre ellos Falcón y Juliano.

En cuanto el nuevo césar observó que también Glabrión y Pompeyano habían tomado asiento, dio un paso al frente y comenzó a hablar:

—Os saludo, senadores —y se produjo un profundo silencio—. He venido hasta aquí para anunciaros que he sido proclamado emperador por el ejército, pero que estoy dispuesto a renunciar al cargo de inmediato, si así lo decidís.

En este primer discurso ante el Senado, Pértinax había sido tan categórico como con los soldados. Quizá, en este ámbito, los padres de la patria habrían requerido un discurso más elaborado, más argumentado, pero el impacto que buscaba el nuevo césar se había conseguido por completo. Los senadores estaban confusos, no podían evaluar, en tan poco tiempo y con tan pocas palabras, si aquella renuncia era sincera o no. El murmullo que se produjo entre sus filas mostraba a las claras el desconcierto de los padres de la patria. Bastó una mirada de Pompeyano para que Pértinax entendiera que tenía que continuar.

—Es el Senado el que va a elegir hoy emperador, no el ejército —gritó ahora y todos callaron al momento, atentos como no lo habían estado en años—. Por eso he venido hasta aquí a poner el cargo de emperador en vuestras manos. Para que sea el Senado el que elija conforme a derecho, como cuando reinaba Marco Aurelio, que siempre respetó la dignidad y las prerrogativas de todos los senadores.

Los padres de la patria respiraron aliviados cuando escucharon salir de los labios de Pértinax el nombre de Marco Aurelio. Aquel hombre, aunque rudo y de oscuro linaje, siempre había sido fiel general del emperador filósofo. Que ahora lo citara como referente era un buen inicio.

—Pensad, padres de la patria —continuó Pértinax—, en el mejor candidato. No soy yo. Mi edad, mi salud y las dificultades por las que atraviesa el Estado requieren otro más joven.

—Cómodo era joven y nos ha masacrado —clamó un anciano amigo de Pompeyano que se había puesto en pie.

—Aquel hijo indigno del gran Marco Aurelio asesinó a propios y extraños —concluyó.

Un murmullo de aprobación indicó a Pértinax que todo iba según lo planeado. La mirada cómplice de Pompeyano le animó a seguir:

—Quiero decir —aclaró tomando de nuevo la palabra— que el trono de Roma requiere a otro hombre más preparado y más digno que yo, de más abolengo y alcurnia.

Los patricios asistían expectantes y la mayoría quedó pendiente de

las siguientes palabras de Pértinax, pero él quiso hacer una pausa, usar aquel momento de silencio como un recurso más del gran orador que era. Se detuvo unos instantes y muchos senadores murmuraron, asintiendo, mirando confiados a Pértinax y, a su lado, al fiel Pompeyano. Pensaron que este último sería el candidato del orador. Falcón y Juliano aprovecharon aquel compás de espera para criticar la maniobra.

—No sé adónde quiere llegar este viejo palurdo —susurró Juliano al oído de Falcón.

—Quizá quiera proponer a Claudio Pompeyano.

—¿Ese, que es más viejo que él, casi ciego y sin dientes? A ese no lo respetaba en su día ni su mujer.

—En una cosa lleva razón —prosiguió Falcón—, él no vale para emperador. Es hijo de un liberto. Su padre fue esclavo. Roma no puede caer tan bajo.

—Así es —Juliano se acercó aún más, con los ojos encendidos—. Ese viejo palurdo no vale para nada, cualquiera de nosotros tiene más abolengo que él para ser césar.

—Y más dinero. Hoy en Roma nada se mueve sin dinero…

Falcón iba a continuar, pero las palabras de Pértinax lo dejaron sin habla:

—Propongo como emperador a Manio Acilio Glabrión.

Un silencio sepulcral invadió toda la Curia, que escuchó con la máxima atención el resto del discurso.

—He ofrecido primero el Imperio a Claudio Pompeyano, cuñado del anterior emperador, yerno del Gran Marco Aurelio, pero ha rehusado. Su edad y su salud le impiden hacerse cargo de esta responsabilidad. Es cierto que la tarea que nos queda por delante, *patres*, es dura y difícil. Por eso he decidido ofrecer el trono de Roma al hombre que por nacimiento y virtudes más lo merece, y ese no es otro que Acilio Glabrión.

Entonces Pértinax miró con veneración al anciano e hizo una sincera reverencia de reconocimiento hacia la bancada que ocupaba. Se acercó respetuoso y le ofreció su mano para que fuera él quien se sentara en el trono.

Todos los senadores, sin excepción, fijaron sus miradas en Glabrión, que mostraba un rostro de aparente sorpresa, rodeado de sus fieles, idolatrado por todos. Tomó la mano de Pértinax y se levantó lentamente de su asiento. El silencio más sagrado invadió las paredes de la Curia y el anciano avanzó despacio, sin prisa, respirando hondo y mirando hacia lo alto de las filas de sus compañeros como si estuviera viendo algo más allá de las bancadas que ocupaban. Se situó en el centro de aquella sala para responder al fiel general:

—Llevas razón, Pértinax —y todos callaron mientras observaban la

reacción de quien había sido nombrado césar por el ejército—. En esta tesitura, el Imperio necesita un hombre fuerte, maduro, sabio… Pero en una cosa te equivocas. Roma no se salvará con el brillo de un nacimiento ilustre. El linaje de Cómodo procedía del propio Trajano, aquel era hijo del mismísimo Marco Aurelio. Y, ¿de qué le sirvió pertenecer a una de las familias más ilustres de Roma? ¿Ese rancio abolengo lo convirtió en un buen emperador? ¡No, Pértinax! Aquel joven, de sangre noble, fue el tirano más atroz que hemos visto en un siglo. Fue asesino de sus hermanos y cuñados, criminal en el Senado, lujurioso, vicioso, cruel. Esas son las credenciales de Cómodo. Con él hemos caído hasta lo más bajo. Y ahora nos toca remediar todo el mal que se ha hecho, revertir esta Roma de vicio y podredumbre y devolverle el esplendor del que ha gozado durante más de un siglo. Y para esa tarea no necesitamos la nobleza de sangre, que sin duda tuvo Cómodo. Necesitamos un varón sencillo y virtuoso, gran general de Marco Aurelio, humilde pero trabajador. Necesitamos un buen emperador. Roma te requiere a ti, Pértinax, no a mí ni a ningún otro senador, a quien no respetará el ejército. Tú eres nuestro mejor candidato, Pértinax. Nos conmueve que no te creas digno de ostentar ese cargo por tus humildes orígenes, pero ahora no precisamos de un emperador que sea de noble linaje, sino de un césar que sea noble de espíritu, fuerte y maduro como tú.

—Pero —quiso insistir una vez más— las guerras y la edad han hecho mella en mí. Ya no soy aquel general que batallaba en el Danubio hombro con hombro junto a Marco Aurelio. Aquellas luchas me dejaron muchos años encima y una leve cojera que a veces me hace arrastrar una de mis piernas…

Glabrión vio que era el momento decisivo, la ocasión de interrumpir al nuevo césar y acabar de una vez, de forma atronadora, contundente:

—Escucha, Pértinax. Te habla Manio Acilio Glabrión, el hombre más anciano e ilustre del Senado. Te habla quien ha sido augur y pontífice máximo, dos veces cónsul. Escucha bien. Yo renuncio al trono como ha renunciado Claudio Pompeyano. Y ambos renunciamos a tu favor. Ni tu edad ni tu cojera serán impedimento alguno. Tú te convertirás en nuestro nuevo emperador y nosotros seremos tus piernas y tus brazos. Nosotros, los senadores —clamó ahora mirando al auditorio—, que somos muchos y llegamos a muchos lugares, seremos tus piernas y tus brazos y te llevaremos hasta donde sea preciso…

Y en ese momento, con las manos levantadas al cielo, mirando a toda la curia, con los ojos encendidos como ascuas y todos los nervios del anciano en tensión, gritó con una fuerza desacostumbrada en él:

—Propongo a Pértinax como emperador.

Los aplausos y los vítores atronaron todo el edificio del Senado aquella madrugada del día uno de enero de 193.

Falcón y Juliano no aplaudían. Algunos de su círculo tampoco, sin apenas disimular el malestar y la envidia, pero la mayoría del Senado aceptó de buen grado el nombramiento de Pértinax. Sabían que aquel hombre regiría el Imperio de una forma diametralmente opuesta a la de Cómodo. Cuando todos se hubieron sentado y volvió el silencio, el viejo general tomó la palabra:

—Agradezco, senadores, la confianza puesta en mí. El honor que depositáis sobre mis espaldas supone para mí una gran responsabilidad. Por eso quiero corresponder desde el primer día a vuestro voto de confianza. ¡Os juro por los dioses que me dejaré la vida en el empeño de volver al reinado de oro de Marco Aurelio!

En ese momento, los senadores estallaron en una sonora ovación. Falcón y Juliano se retorcían en sus asientos. Es cierto que habían corrido peligro, como todos, bajo la tiranía de Cómodo, pero se consideraban más ricos y honorables que la mayoría de los senadores y mucho más que Pértinax, al que despreciaban por sus bajos orígenes. La envidia los podría por dentro mientras veían como aquel hombre iba a alzarse con el Imperio. Les molestaba aquella ovación cerrada, casi unánime, cuyo clamor había traspasado las puertas de la Curia y había llegado a la plaza del Foro, donde comenzaba a aglomerarse la plebe, entusiasmada por la muerte de Cómodo y satisfecha con el nombramiento de Pértinax. Al escuchar aquella aclamación que se producía en el interior del Senado, los ciudadanos que se agolpaban a las puertas de la Curia estallaron de gozo y alegría por ver cómo los padres de la patria aceptaban el nombramiento de Pértinax, aplaudían y vitoreaban. Sabían que el ejército lo había nombrado emperador. Y ya se notaba el cambio de actitud de los pretorianos. Se habían limitado a proteger los edificios públicos, pero no habían molestado a un solo plebeyo. Se mantenían firmes, en sus puestos, pero respetuosos con la población. No portaban, como en tiempos de Cómodo, como hasta ayer mismo, las hachas con las que amenazaban y golpeaban a los transeúntes a su antojo, solo para provocar pánico y burlarse de los plebeyos. Se notaba que las cosas iban a cambiar. El ejército volvía a estar sometido al poder civil, a las órdenes de un emperador, Pértinax, a quien ya llamaban *el emperador del pueblo*. Y entonces, de forma espontánea y verdaderamente sincera, comenzaron a vitorear al nuevo césar, a gritar su nombre, primero de forma caótica, después más ordenada, hasta que en la plaza del Foro se fue levantando un grito atronador que se escuchó dentro del propio Senado y que repetía una

y otra vez *Pértinax, Imperator… Pértinax, Imperator.*

Los senadores callaron, asombrados por el griterío que se producía afuera. Fue el momento que aprovechó el gran general para continuar su discurso:

—El pueblo os necesita. ¿Lo oís? Cuando gritan *Pértinax* están gritando "senadores, padres de la patria, ayudadnos, mostradnos el camino, guiadnos hacia la virtud". Y ese será mi objetivo. Ese será mi único referente: la virtud, el trabajo, el respeto a todos y cada uno de los senadores de Roma, el cuidado del pueblo y de la patria. Dedicaré el resto de mi vida a la búsqueda del bien común. El interés público será el faro que guíe mi conducta. El Senado y el pueblo encontrarán respeto y justicia. Y así, con vuestra ayuda, podremos corregir estos años de anarquía y egoísmo, de crímenes y despotismo. Estamos a tiempo de hacerlo. Solo encontraremos un obstáculo. El de aquellos que están acostumbrados a gozar de los lujos de la tiranía. Cuando procuremos imponer una administración más prudente, moderar los gastos, forzados por la escasez de recursos, no querrán renunciar a sus vicios, dirán que nuestra economía no es inteligente ni nuestro gobierno moderado ni responsable, sino que lo calificarán de cicatero y mezquino. No entienden o no quieren entender que el derroche indiscriminado solo lo pueden sustentar el robo y la violencia, como ha hecho Cómodo en estos años, mientras que una buena administración, el respeto a la ley y la justicia redundan siempre en beneficio de todos.

Estas palabras de Pértinax agradaron a casi todo el Senado. La mayoría alabó su discurso. Les agradó saber que, a partir de ahora, el nuevo césar se sentaría no en un trono, sino en un escaño de senador, rodeado por Pompeyano y Glabrión a su derecha e izquierda. Era una señal de humildad y respeto hacia todos los senadores. A continuación, Pértinax hizo entrar a Leto y quiso finalizar su discurso con los agradecimientos:

—Para terminar, solo quiero dar las gracias a todo el Senado y también al prefecto del pretorio, aquí presente, por haber tenido la valentía de perpetrar el tiranicidio y haber pensado en mí para postularme ante el Senado y el ejército.

Todos y cada uno de los senadores sabían que Pértinax había cambiado el orden de aquellos dos estamentos por pura cortesía hacia ellos. Leto había presentado el emperador primero al ejército, que era quien en la práctica tomaba las decisiones políticas desde que Cómodo se apoyó en ellos para gobernar a su antojo. Eran los pretorianos los que ejecutaban la violencia y el crimen según los dictados del tirano. Por eso, al decir *el Senado y el ejército*, los senadores agradecieron la deferencia, pero a ninguno le pasó por alto que el verdadero poder lo ostentaban los soldados. Con Pértinax todo eso podría cambiar. La

Curia tendría ahora la oportunidad de volver a regir, desde la política, los designios de Roma, acabando con el crimen y la anarquía del reinado anterior. La mayoría agradeció el gesto del nuevo césar, pero Falcón estaba herido en su orgullo, por considerarse superior a aquel hombre, por creerse más dotado para el Imperio, más rico y capaz, de sangre más pura. Habló entonces con arrojo, incluso con temeridad. Pero lo hizo así porque sabía que Pértinax no se vengaría de sus palabras como sí habría hecho Cómodo, que no habría dudado en ordenar que rodara su cabeza antes de que hubiera terminado de hablar.

—Una última cuestión, Pértinax —dijo levantándose de su asiento—. ¿Quiénes serán tus colaboradores en palacio?

El césar no esperaba esa pregunta. Había pactado con Leto dejar en sus funciones a todos los cargos importantes, especialmente a él al mando de la guardia pretoriana.

—Los libertos, el camarlengo y el prefecto continuarán en sus puestos de responsabilidad —respondió con la verdad.

—Pues ya sabemos entonces, por este simple detalle, qué tipo de emperador serás —contestó a bocajarro—. Basta observar qué cargos siguen al tuyo. Basta ver que tus apoyos en el mando serán Marcia y Leto, los mismos que hace poco fueron los instigadores de los crímenes de Cómodo.

Aquella frase, afilada como una daga, fue una puñalada por la espalda que Pértinax no esperaba en el Senado. Sí quizá en el campamento pretoriano. Sabía que allí los pretorianos le enseñarían los dientes, se resistirían. Esperaba cualquier traición por parte de ellos, pero no de manos de los senadores, que habían sido humillados por Cómodo y que habían visto peligrar sus vidas. Era muy ingrato que Falcón le hablara en esos términos, pero Pértinax era un hombre que sabía combatir en el frente de batalla, en los *castra praetoria* y también entre senadores corruptos y ambiciosos como aquel joven descarado.

—Eres muy bisoño aún, Falcón, y no entiendes que estas personas obedecían a Cómodo contra su voluntad. Ellos tenían miedo, como tú lo has tenido hasta ayer mismo.

El joven se ruborizó ante una alusión tan directa. No pudo rebatirlo, porque todo el mundo sabía que aquello era verdad. Calló estupefacto y Pértinax prosiguió:

—El tirano ha sido el único responsable de todos aquellos crímenes, pero, Marcia y Leto, cuando han podido, se han rebelado contra la injusticia. Han acabado con él. Han demostrado cuáles eran desde siempre sus verdaderas intenciones.

—Le han reído los crímenes al tirano —dijo Falcón sin saber ya qué argumentar.

—Por miedo —respondió el césar—. Lo han hecho por miedo. Como tú, Falcón. Tú también sonreías a Cómodo cada vez que se sentaba en este trono de oro. Y le aplaudías a todo lo que decía.

Con esta última frase el Senado al completo apreció la diferencia que había entre los elogios entusiasmados que hacía Falcón cuando hablaba el necio y criminal Cómodo, y su actitud de ahora, su falta de aplausos y el rostro avinagrado que había mantenido durante el discurso de Pértinax. El joven senador había quedado en evidencia. Permaneció sentado en su escaño sin reaccionar. Sostuvo la barbilla en su mano derecha mientras apoyaba fuertemente la izquierda sobre sus rodillas, en un rictus tenso, con las mandíbulas apretadas, su pelo negro en contraste con el color rojo que ruborizaba todo su rostro, no de pudor, como debía haber sido, sino de ira por sentirse humillado delante del Senado, por haber querido dejar en ridículo a aquel viejo plebeyo que conocía mejor que él los recursos de la retórica.

—Y no te culpo por ello —continuó Pértinax con una habilidad oratoria y elegancia que sorprendieron a los senadores—. Nadie te culpa por ello, Falcón. Todos teníamos miedo como tú. Entonces tú también le reíste las gracias a Cómodo —insistió en un vaivén retórico que desconcertó a sus enemigos—. Lo hacías por miedo, como lo hacíamos todos, porque queríamos sobrevivir, seguir viviendo para poder levantar un día a Roma de este hundimiento. Nos tragamos nuestro orgullo porque queríamos ver brillar de nuevo la luz de la virtud sobre nuestra amada Roma. No te culpo, Falcón. Nadie te culpa. Pero piensa que Marcia y Leto no hicieron nada que no hicieras tú antes, nada que no hiciéramos todos nosotros. Ellos obedecieron al tirano para poder hoy ofrecernos una esperanza, un cambio hacia la dignidad. Debemos ser conscientes de eso, senadores —dijo ahora mirando a las bancadas y dejando a un lado a Falcón, hundido en su escaño, sin posibilidad de réplica—. Y debemos sentirnos afortunados por este cambio benéfico que se ha producido. Las palabras de este joven senador son una muestra de que todo ha cambiado, *patres*. Nos habéis visto discutir con completa libertad, sin rencores, expresando sin límites nuestra opinión y nuestros reproches. Un senador ha hablado con completa libertad, sin miedo a ofender a un césar. Esto no ocurría desde hace doce años. Y el joven lo ha hecho porque sabe que no habrá rencores ni venganzas. Sabe que contaré con él para el gobierno de Roma como contaré con todos y cada uno de vosotros. Sabe, como sabéis todos, que cualquiera puede hablar y actuar con completa libertad, que, durante mi reinado, no se condenará a muerte a ningún senador, por graves que sean sus delitos. A partir de ahora, el Senado vuelve a regir los destinos de Roma.

Los padres de la patria prorrumpieron en una cerrada ovación aprobando todas y cada una de las palabras de Pértinax. El propio

Falcón, para no humillarse más, se vio obligado también a aplaudir. Los senadores corroboraron, en el mismo acto, el nombramiento de Pértinax como emperador y la condena de Cómodo como enemigo público. Cuando se votó la *damnatio memoriae*, la condena de la memoria, los senadores volvieron a reclamar venganza y reparación al nuevo césar. Juliano vio en ello una nueva ocasión para desestabilizar al anciano general y fue el primero que quiso encender la mecha:

—Propongo que se le quiten todos los honores a Cómodo, enemigo de la patria, el parricida, que se arrastre su cadáver por las calles de Roma.

Pértinax no podía comenzar su reinado con un acto tan salvaje como este, típico del reinado de Cómodo, como en aquella ocasión en que el pueblo arrastró por las calles los cadáveres despedazados de Cleandro y Demostratia para arrojarlos finalmente al río Tíber. Él no podía satisfacer la ira del Senado y el pueblo de ese modo. Juliano lo sabía, por eso continuó:

—Que sea despedazado su cadáver. ¡Enemigo de los dioses! ¡Verdugo del Senado!

No había ninguno de aquellos senadores que no hubiera sufrido de uno u otro modo los crímenes de Cómodo. Todos tenían familiares que habían sido asesinados o exiliados por el tirano. Todos habían sufrido la coacción o el miedo, el robo de su dinero o propiedades, la humillación, la violencia o el asesinato. Por eso, la cascada fue ya imparable.

—¡Gladiador! ¡Canalla! ¡Enemigo de los dioses! —secundó un senador.

—¡Enemigo de los dioses y parricida del Senado! —gritó otro.

—¡Que el asesino de senadores sea arrastrado por las calles!

—¡Que lo enganchen con un garfio y lo arrojen al Tíber!

Los senadores, exaltados, se contagiaron de aquella marea de odio y sacaron de sus almas todo el resentimiento y la ira que llevaban acumulados. Juliano quiso insistir:

—¡César, que arrastren al parricida por las calles! ¡Y los delatores, a los leones!

Pértinax supo que tenía que detener aquella espiral de odio antes de que se le fuera de las manos. Por eso comenzó dándoles la razón.

—Escuchadme, *patres* —gritó con la misma voz áspera que tantas veces usó en el frente de batalla, levantando ahora los brazos al cielo para hacerse ver y oír—. ¡Condenaremos al olvido al parricida, al gladiador, al enemigo de la patria!

Los senadores escucharon a Pértinax, complacidos por que usara los mismos términos con que ellos se habían referido al tirano. Así captó su atención y pudo continuar entre signos de asentimiento:

—¡Echaremos abajo todas las estatuas del parricida! ¡Por todo el

Imperio!

—Sí… Sí…

Las aclamaciones y aplausos estaban ahora coordinados, se repetían con cada frase del césar, y eso le permitía ahora reconducir aquel caos que se había originado en un principio.

—Lo condenaremos al olvido, *damnatio memoriae*, borraremos su rostro de cada una de las monedas.

Aunque no remitía, la ira parecía reconducida al menos.

—Se borrará su recuerdo —continuó Pértinax—. Se anularán todos sus edictos, todas las condenas.

Pero el Senado quería más y Juliano lo sabía. Por eso aprovechó para encender más aún los ánimos:

—No es suficiente, césar. ¡Que se arrastre por el suelo el cadáver del matarife del Senado! Ha sido más cruel que Domiciano, más impuro que Nerón.

—Ese canalla cometió una matanza general —dijo otro—. No perdonó ni a los suyos. Saqueó templos. Robó testamentos. Hemos servido como esclavos. Nos ha robado, humillado o matado. ¡Que arrastren su cadáver por las calles! Él lo habría hecho con nosotros.

Y Pértinax citó en ese momento al emperador filósofo:

—Decía Marco Aurelio que la mejor venganza contra el enemigo es no parecérsele.

Pero apenas lo oyeron, exacerbados como estaban los ánimos de los senadores, casi fuera de sí.

—César, ¡acuérdate de los inocentes! —gritó ahora Juliano sabiéndose dueño de la situación.

Aquello acabó de exasperar la cólera de los asistentes a aquella reunión, que a Pértinax se le estaba yendo de las manos.

—Pídenos nuestros votos —gritó un viejo senador—. Pídenoslos. Todos votaremos que lo arrastren con el garfio.

Aquel anciano creía que Pértinax se mostraba remiso a cometer aquella salvajada por miedo a tomar personalmente una decisión de tal trascendencia. Y le ofrecía los votos del Senado para que él pudiera justificar la medida. Pero pocos sabían que el nuevo césar estaba comprometido verdaderamente con la justicia y la moderación. No podía iniciar su reinado con un acto de ese tipo, no porque el tirano no lo mereciera, sino porque quería resucitar la ética de Marco Aurelio, infundir en el Senado y el pueblo el respeto a los límites, la moderación, el sentido de la justicia, no de la venganza y el odio. El odio engendra a su vez odio y corrupción, crimen y revancha. Pértinax no tenía miedo a tomar ninguna medida drástica, pero sabía que debía poner la justicia y la inteligencia por delante de las pasiones.

—Los inocentes están aún sin sepultar —remató Falcón, que se encontraba ahora de nuevo con fuerzas para reanudar la lucha—.

¡Que arrastren el cadáver de Cómodo por las calles!

—El cadáver de Cómodo… —comenzó Pértinax.

Y ahora los senadores callaron para escuchar, por primera vez, lo que les interesaba: no las medidas del nuevo césar para resarcir a las familias expoliadas, a los inocentes masacrados, la *damnatio memoriae* o la destrucción de las estatuas. Lo que verdaderamente querían era vejar el cuerpo del tirano, vengarse de él, humillarlo y saciar toda la ira acumulada estos años. Pértinax había captado la atención, porque veía cómo los rostros de los senadores quedaban pendientes de sus palabras.

—El cadáver de Cómodo… —repitió ahora más despacio— ya ha sido enterrado.

Aquella afirmación cayó como una losa sobre los senadores ansiosos de venganza. Primero quedaron mudos. Luego volvió la ira.

—¿Por orden de quién lo han sepultado? —volvió Juliano al ataque.

—¡Que lo desentierren y lo arrastren por las calles! —clamó Falcón.

El anciano general guardó silencio, pero ahora fue Cingio Severo, el pontífice máximo, el que intervino:

—Como pontífice denuncio que se le ha sepultado de forma ilegal.

Pértinax tomó la palabra de nuevo, para hablar como siempre lo hizo, alto y claro:

—Senadores, padres de la patria, pontífice máximo, ¿acaso está entre nuestras sagradas tradiciones desenterrar y vejar un cadáver? ¿Es eso acorde con nuestra civilización y nuestra cultura? ¿Qué estamos defendiendo aquí? ¿Qué me estáis pidiendo? ¿Actuar como lo hacen los tiranos? ¿Poner la venganza por delante de la virtud? ¿Dejarnos llevar por la ira antes que por la razón? Yo os diré quién ha ordenado sepultarlo —y todos lo escuchaban con atención, Juliano y Falcón los primeros—. Lo han sepultado los mismos que se han atrevido a matarlo y ocupar su puesto. Los que se han arriesgado a morir, a sufrir la más horrorosa de las torturas, esos mismos que están dispuestos a tomar el relevo, a correr todos los peligros, esos mismos son quienes han ordenado inhumar el cadáver —el silencio era ahora completo. Muchos bajaban los rostros avergonzados por haberse enfurecido hasta la irracionalidad—. ¿No se ha hecho de forma legal, pontífice? —dijo girándose para mirar cara a cara a Cingio Severo—. ¡Cuidado! No nuble tu criterio un arranque de rabia, sacerdote. No podemos afirmar que el entierro en sí haya sido legal ni ilegal. Es cierto: no se ha pedido permiso al Senado para enterrar el cadáver, igual que no se ha pedido permiso a la Curia para matar al tirano. ¿Entonces, si la inhumación no se ha hecho de forma legal, el crimen tampoco lo es? Padres de la patria —dijo ahora dirigiéndose a todos y suavizando el tono—, aquí no ha habido legalidad ni ilegalidad. Ha

habido un providencial tiranicidio y se han tomado las decisiones oportunas. A partir de este momento, sí se impondrá la legalidad. Ahora que el Senado ha hablado, que ha sido nombrado un césar con todas las garantías y en libertad. Ahora, a partir de ahora, comienza la legalidad. Y yo, como césar, nombrado hoy por vosotros, sí puedo abolir legalmente todas las disposiciones del tirano, quitarle todos los honores, derribar sus estatuas, raer su nombre de todos los monumentos públicos y privados y devolver la dignidad al Senado y el Pueblo de Roma, SPQR.

Los senadores, vencidos por los argumentos racionales de Pértinax, supieron abandonar todo rastro de irracionalidad. Aplaudieron de nuevo avergonzados. Lo escoltaron hasta el templo de Júpiter y allí cumplieron con los sacrificios y ritos oportunos para conducirlo, por último, al palacio imperial.

14. LA REACCIÓN DE LA PLEBE

Cuando los senadores salieron de la Curia acompañando en comitiva a Pértinax, la alegría del pueblo fue rotunda. Muy pronto se divulgaron las ideas centrales de su discurso y la mayoría de los ciudadanos se llenó de ilusión por tener un césar respetado por los diferentes estamentos y favorable a la plebe, deseosa de un cambio de rumbo. Conocían a aquel hombre y sabían que era amante de la honradez y el orden. Había mostrado un carácter afable y pacífico cada vez que había aparecido en público y en los tribunales. Los más viejos lo relacionaban con el reinado de Marco Aurelio, y eso los entusiasmaba. Los demás se veían libres, por fin, del yugo de la tiranía y quisieron expresarse con libertad, como hacía tiempo que no podían hacerlo.

—¡Que arrastren con un garfio a Cómodo, el asesino de la plebe! —gritaban unos.

—¡Y que tiren sus restos al Tíber! —clamaban otros—. ¡Que arrojen al río al emperador prostituta!

Aquellos hombres recordaban el día en que el propio Cómodo apareció en el Coliseo vestido con ropas de colores chillones y extravagantes, como suelen hacerlo las rameras para llamar la atención de sus clientes. Se burlaron entonces de aquella estrambótica apariencia y Cómodo, aunque casi siempre estaba adormecido por las drogas o el vino, aquella tarde se dio cuenta de que se estaban mofando de él. Ordenó a los pretorianos disparar flechas contra la plebe, contra un sector del público que había visto reírse y allí murieron más de quinientas personas. Todo aquello les vino al recuerdo mientras observaban al nuevo césar rodeado de senadores a quienes pedían venganza por los crímenes de Cómodo.

En cambio, muchos pretorianos, entre los que se encontraba Tausio y sus amigos, no tenían la misma experiencia que la plebe. Avanzaban molestos por aquellos comentarios y obedecían de mala gana las órdenes del césar de no incordiar a los plebeyos.

—Si viviera Cómodo, estos desgraciados no se atreverían — comentó Vírux.

—Ese sí que sabía entender bien a estos desarrapados —confirmó Tausio.

Bellátor no habló, pero dirigió su mirada asesina a los que gritaban delante de él. Las órdenes eran claras. Debían limitarse a escoltar al césar y los senadores, sin violencia de ningún tipo contra los plebeyos, pero algunos como él no podían disimular su disgusto por las palabras que oían.

—No los mires así, Bellátor —quiso hacer un chiste Vírux—, no vaya a ser que alguno se muera del susto y nos eche la bronca el prefecto.

—Son basura —dijo Bellátor para sí.

—El prefecto está con nosotros —dijo Tausio—. Mira cómo cabalga al frente, incómodo por las burlas de todos estos desgraciados. Igual de molesto que nosotros. Leto siempre ha sabido reprimir a esta chusma. Incluso lo he visto aconsejarle a Cómodo mano dura contra esta gentuza. La culpa es de este viejo césar aburrido que se ha buscado. No ha sido una buena elección.

—No me ha gustado el discurso de ese viejo —soltó con desprecio Bellátor.

—Y como el aburrido este le ha dicho que no mate plebeyos — respondió Tausio sin escucharlo—, pues Leto está aquí, amargado como nosotros, aguantando toda esta mierda.

—Estoy loco por cobrar y emborracharme de una vez —intervino Vírux.

—Le conviene pagar pronto —respondió Tausio—. A ver si por lo menos este vejestorio sirve para eso, para pagar pronto…

Mientras los pretorianos masticaban su odio, el pueblo expresaba su alegría cantando y bailando. Ver en el trono de Roma a un plebeyo como ellos les había llenado de ilusión. No les importaba que aquel emperador estuviera dispuesto a defender los intereses del Senado como el que más. Lo que más les agradaba era que los ensoberbecidos patricios no lo hubieran despreciado; les llenaba de orgullo que hubieran ovacionado a aquel anciano, hombre honesto y humilde que se había hecho a sí mismo, que siempre que desempeñó un cargo lo hizo con respeto y cariño hacia el pueblo. Ese sentimiento unió más a la plebe y al Senado, hasta el extremo de que los ciudadanos aplaudían a los patricios que formaban parte de la comitiva de Pértinax. Se sentían agradecidos. Muchos gritaban:

—Habéis vencido, senadores. ¡Ánimo! ¡Ánimo!

—¡Estáis a salvo! Habéis vencido al tirano —gritaban otros.

Aquella lenta marcha por las calles principales de Roma se había convertido en una verdadera fiesta en la que el pueblo, liberado de todo miedo, fiado en la seguridad del momento, comenzó a expresarse libremente. Algunos comenzaron a improvisar letrillas nuevas para las canciones que entonaban cuando Cómodo entraba en el anfiteatro. Las tarareaban siempre como una más de las numerosas adulaciones hacia su persona. Pero ahora, aunque la música era la misma, alteraban la letra para insultar al tirano, para burlarse de él con completa libertad. Bastaba cambiar varias palabras para convertir aquellos lemas adulatorios en burlas descarnadas; lo hacían con verdadero gozo, porque se habían librado de todo terror y, ahora, disfrutaban con la

burla y la insolencia.

Cerrando la comitiva, tras el césar y los senadores, marchaban juntos Eclecto y Leto, ambos satisfechos y felices: el primero, camarlengo del emperador, había cumplido su misión favoreciendo el nombramiento del Senado. El segundo, prefecto de la guardia, había convencido a los soldados; ambos habían salvado la vida y sus puestos. Se habían librado de la condena de Cómodo y habían triunfado en la conspiración para acabar con él. Habían sabido sacar el cadáver, ocultarlo y enterrarlo sin que nadie se enterara. Aquellos dos hombres estaban verdaderamente felices y exultantes:

—Hemos triunfado —dijo Eclecto mirando a Leto a los ojos.

El prefecto le devolvió la sonrisa erguido en su caballo, mirando con altivez desde esa atalaya de poder, desde la seguridad y la soberbia de pensar que había matado a un césar y colocado en el trono a otro. Él, Leto, que había comenzado siendo un soldado raso y ahora era prefecto de la guardia pretoriana, el hombre poderoso que ponía y quitaba emperadores, volvió a mirar al camarlengo y confirmó:

—Hemos triunfado, Eclecto. Y además hemos conseguido de Pértinax la ratificación de todos los cargos, pagas y concesiones que Cómodo había otorgado a libertos y soldados. Seguimos ostentando el mando del Imperio, pero ahora no dependemos de un loco asesino, impredecible, caprichoso. Ahora tenemos en el trono a un viejo débil que no se atreverá a mermar nuestros privilegios.

—Así es —afirmó su compañero—. La tuya ha sido una idea magnífica.

Leto no respondió, porque una sombra de duda sobrevoló su rostro ensoberbecido. Era cierto que había sido una buena idea. Aquel varón era respetado y respetable. Los soldados lo habían aceptado a regañadientes, pero lo habían aceptado. Por otra parte, los senadores lo adoraban y eso añadía estabilidad, es decir, reforzaba su propia posición y poder en palacio. Pero había algo que no había gustado al prefecto del pretorio, un hombre acostumbrado a no encontrar disidencias ni oposiciones, a cortar de raíz cualquier peligro. No le preocupaba que Falcón lo hubiera acusado de complicidad con los crímenes de Cómodo. Pértinax lo había defendido bien. Él, como prefecto del pretorio, había salido reforzado del Senado. No era eso, pero había algo que lo incomodaba. No sabía exactamente qué, pero había algo. Eclecto se dio cuenta de que su compañero apretaba las riendas con fuerza, como si fuera un tic nervioso, como un gesto involuntario que denotaba su preocupación. Pero no quiso preguntar. Supuso que aquella noche, llena de sorpresas, terror y tensión, había pasado factura a todos. Siguió mirando aquella marcha que discurría como un desfile triunfal en dirección al palacio imperial. Y Leto se

sumergió en sus propios pensamientos. ¿Qué era lo que le turbaba? Profundizó en ese sentimiento y fue consciente de sus dudas. Le inquietaba la posibilidad de que aquel anciano no fuera tan fácil de manipular como él creía, de que las palabras que había dirigido al Senado no fueran una mera impostura del poder, sino un sentimiento sincero. Le preocupaba que estuviera investido de verdadera honestidad, porque eso perjudicaba sus intereses. Pero, por Zeus, ¡no importaba! Si realmente aquel viejo general quería jugar a ser un segundo Marco Aurelio, si de verdad la virtud y el honor, el cumplimiento honesto del deber, guiaban la vida de aquel varón, él, Leto, el prefecto del pretorio, el militar con el poder real en Roma, con los soldados bajo su mando, sabría reconducir a aquel anciano por donde él quisiera. Sabría manejarlo, acobardarlo si era preciso. Nadie iba a quitarle su poder después de tanto trabajo y peligros. Y menos ahora, que se sentía el verdadero amo de Roma.

Lejos de aquellos hombres que cerraban la comitiva imperial, más allá de los grupos de plebeyos que los seguían y de los que cantaban y bailaban en torno al césar, caminaban Clodia y Herodiano, la mujer en quien Pompeyano se apoyaba y el atriense que había abierto las puertas de la villa de Pértinax a los conjurados. Ellos se conocían bien. Habían coincidido muchas veces en los actos y frecuentes visitas que se hacían mutuamente sus patronos, grandes amigos. Estaban felices aquella tarde en que el pueblo y el Senado celebraban el nombramiento de Pértinax y aprovechaban para charlar amistosamente, lejos de las miradas de los pretorianos o del propio Leto y Eclecto.

Eran muchas las ocasiones en que habían hablado antes. Si Pértinax y Pompeyano eran buenos amigos, también Herodiano y Clodia lo eran, porque los unía un destino común, una misma vocación de servicio, la veneración hacia aquellos dos grandes varones que les recordaban lo único bueno que quedaba de la época de Marco Aurelio. Ambos, desde su clara generosidad e inteligencia, comprendían, en su verdadera magnitud, los peligros a los que se enfrentaban aquellos dos venerables ancianos. Herodiano, después de unas primeras palabras de cortesía, fue el primero que habló con total sinceridad:

—Cualquiera en nuestra situación, Clodia, estaría contento, pero…

Dejó caer la frase con un cierto tono de preocupación para que su amiga lo recogiera, sabedor como era de su buen juicio e inteligencia.

—Pero las altas dignidades no están exentas de peligro —concluyó la joven.

—Efectivamente.

Con pocas palabras se entendían a la perfección. Las pronunciaban cuando no había nadie alrededor que pudiera escucharlos. Aquellos dos sirvientes eran los ojos y oídos de Pértinax y Pompeyano. Se

sabían astutos y leales. Con una fidelidad a prueba de todo.

—Pértinax es un gran hombre —prosiguió Clodia—. Ha aceptado el trono como una responsabilidad, por puro desempeño del deber.

—Así es.

—No lo tendrá fácil —sentenció la joven.

Herodiano asintió con el gesto. Inspiró hondo y escuchó muy atento las siguientes palabras que le dirigió Clodia:

—Tiene suerte de contar contigo.

Aquella afirmación era sincera, sin dobles intenciones, con la expresión pura de la verdad, desde el conocimiento exacto de que Herodiano era tan fiel a Pértinax como ella a Pompeyano. Aquella era una simple afirmación objetiva. El atriense la agradeció con el gesto. Sabía que aquella mujer y él eran almas gemelas, vidas paralelas destinadas a apoyar a aquellos dos grandes hombres. Habló con el corazón en la mano:

—Daría mi vida por él, si fuera necesario.

La joven lo miró directamente a los ojos. No tuvo que pensar la respuesta, que salió espontánea y sincera:

—Te entiendo perfectamente. Yo haría lo mismo por Claudio Pompeyano.

LIBRO II

15. LA BANCARROTA

Cuando Pértinax supo que en el tesoro imperial solo había un millón de sestercios y que eso no era ni la décima parte del dinero que había prometido a los pretorianos, entendió que, si no remediaba pronto aquella ruina, su gobierno se hundiría sin remedio. A los soldados no les importaban las cuentas del Estado: solo querían su dinero. Por eso el césar llamó a sus asesores, Leto y Eclecto, para buscar una solución. La orden de convocarlos solía corresponderle a Herodiano, aquel que había sido atriense en los tiempos en que Pértinax vivió en su casa como un particular y que ahora, en palacio, era el encargado de abrir y cerrar las puertas de las estancias en que el emperador se reunía con sus asesores. Aquel Herodiano era uno de los pocos hombres en quien Pértinax confiaba, por eso tenía precisamente ese encargo, porque quien cierra y abre las puertas está atento a circunstancias que pueden pasar desapercibidas a otros.

Cuando Leto y Eclecto entraron aquella tarde a la sala de reuniones, el atriense cerró la enorme hoja de roble y se quedó fuera, junto al acceso. Siempre lo hacía así. Recibía órdenes de Pértinax, que buscaba con ello cumplir dos objetivos que se había planteado desde el primer día que comenzó a vivir en el palacio imperial: primero que Herodiano, que poseía un excelente oído, pudiera percibir lo que allí dentro se decía. En el mismo acto, evitaba también que cualquier otro se acercara a las puertas y pudiera escuchar. Además de esto, el atriense estaba muy atento a lo que ocurría en el exterior y tenía costumbre de visitar la casa de Claudio Pompeyano para que ambos hombres estuvieran en contacto continuo. Si había algún mensaje urgente que el césar quisiera enviarle a su amigo, era Herodiano, quien, en persona o por medio de Clodia, transmitía la noticia de la forma más rápida y fiable. Aquel liberto solo vivía para hacer bien su trabajo, para proteger a Pértinax y para tener los ojos y oídos bien abiertos en todo momento.

Una vez que se cerraron las puertas, el césar se dirigió primero al prefecto del pretorio.

—Leto, no hay dinero en el erario con que pagar a los soldados.

—César —comenzó el prefecto con displicencia—. Los pretorianos están nerviosos. Ha costado mucho convencerlos. Si no reciben su dinero, no respondo de las consecuencias.

A Pértinax no le gustaron en absoluto aquellas últimas palabras, pero sabía que no podía discutir con Leto. Lo necesitaba. Prefirió hablar con Eclecto.

—¿Cómo se ha resuelto esto antes?

—Dómine —respondió respetuosamente el camarlengo—. En los últimos años el Estado ha quebrado en varias ocasiones. El derroche, los gastos, el tren de vida de Cómodo eran un pozo sin fondo. Las provincias no podían mandar sus tributos porque en todo el Imperio reinan la anarquía y la pobreza. La solución de Cómodo era siempre la misma.

—¿Cuál? —pregunto el césar.

Eclecto trató saliva. Sabía que aquella respuesta no iba a gustar a Pértinax.

—En ocasiones anteriores, Cómodo, ante la falta de efectivo, se dedicaba a asesinar y robar a los senadores más ricos —soltó de golpe.

—Imposible. Eso está fuera de lugar. Me ofende.

—Lo siento, césar —se disculpó el camarlengo—. Solo pretendía responder a vuestra pregunta.

—Sí, sí, Eclecto —dijo Pértinax más calmado—. Lo entiendo. Pero no podemos hacer ahora lo mismo. Bajo ningún concepto estoy dispuesto a resolver el derroche con el crimen de otros. No puedo entender cómo se puede tirar tanto dinero.

Se produjo un espeso silencio. Pértinax sabía que había que pensar en algo. Y pronto.

—¿No hay moneda, Leto? —preguntó ahora al prefecto.

—No.

—¿Ni lingotes en oro?

—No queda ninguno —volvió a responder Leto—. Los últimos se mandaron hace días en dirección a las fronteras para pagar a los bárbaros del Danubio y el Rin.

En ese momento Pértinax recordó que Cómodo pagaba a los bárbaros con oro para que no atacaran las fronteras. La siguiente pregunta fue fulminante:

—¿Cuánto?

—Veinte millones —respondió Leto.

—¿Han salido ya de nuestras tierras?

—No, aún están de camino a la frontera: tardarán todavía tres o cuatro días en llegar a su destino.

—Detenedlos de inmediato. Que devuelvan hasta el último lingote. Los emisarios germanos llegarán al Rin y al Danubio sin un sestercio en el bolsillo. Deberán informar a sus tribus de que ahora es Pértinax quien gobierna el Imperio. Me conocen bien, por las derrotas que sufrieron cuando cabalgaba junto a Marco Aurelio. Les dirán que la paz es un deber sagrado y que, a partir de este momento, con Pértinax al frente, no recibirán ni un solo sestercio por mantenerla. A ellos les convendrá más que a nadie tener una buena relación de vecindad con Roma.

—Así se hará, césar —exclamó Leto con alegría.

—Con eso no bastará —pensó Pértinax en voz alta mientras Eclecto buscaba agasajar al césar pidiendo copas de vino puro y deliciosos pastelillos de miel.

—Tomad un poco de vino y algo de comer, césar. Lleváis toda la tarde estudiando las cuentas y debéis de estar agotado.

—Sí. Es cierto.

Leto aprovechó la ocasión para apretar un poco más.

—Con veinte millones no tenemos ni la cuarta parte de lo que necesitáis para pagar a los pretorianos, césar. El Senado podría…

—El Senado no pondrá ni un sestercio —zanjó abruptamente Pértinax—. No podemos decirles que vamos a iniciar un nuevo régimen y robarles como hizo Cómodo.

—Tendrán que ponerlo o...

—O nada. Basta, Leto —cortó de nuevo con más violencia aún—. Vía muerta. Buscaremos otra salida.

Leto estaba incómodo. Aquel viejo emperador tenía ideas propias y temperamento suficiente como para imponerlas. Disimuló su disgusto en el momento en que se desplazaban las puertas de roble. No era ahora Herodiano quien las abría, porque la dignidad de quienes penetraban en la estancia no lo merecía, pero allí estaba el atriense junto a la entrada, dando instrucciones a los siervos y controlando los accesos. Entraron doce esclavos bellísimos y tres heteras deslumbrantes que se acercaron al emperador con ropajes de seda, oliendo a perfumes exquisitos que inundaron de lujo y placer toda la sala. Pértinax estaba asombrado por aquel exagerado despliegue. Solo quería una copa de vino, sin más. Se acercaron tres efebos con licores de la mejor calidad para servirlos en copas de oro puro con esmeraldas engastadas. Otros le ofrecían deliciosos pastelillos de miel en bandejas de oro y sonreían con rostros y dientes hermosísimos. Las tres concubinas se sentaron a su alrededor, mostrando sus rostros perfectos, sus cuerpos esculturales, sus sonrisas sensuales y luminosas como un bello amanecer. Pértinax preguntó a Leto:

—¿Tanta gente para traerme una copa de vino?

Al prefecto le agradó ver cómo Pértinax se asombraba de aquel lujo y creyó que aquel viejo iba a caer muy pronto en las redes del placer exuberante que destilaba cada rincón del palacio imperial.

—El césar es el hombre más afortunado del mundo. Están aquí para darte placer.

—¿Y esas mujeres? —preguntó admirando la belleza impresionante de las heteras.

—Por si queréis solazaros, césar.

Aunque Leto y Eclecto pensaran lo contrario, Pértinax no estaba interesado en solazarse. Seguía pensando en las finanzas del Imperio.

—¿Cuántos esclavos tengo en palacio?

—Más de mil —respondió inmediatamente Eclecto.

—¿Y concubinas?

—Al menos quinientas, césar.

—¡Por Zeus! —clamó Pértinax—. ¿Creéis que tengo cuerpo y edad para quinientas concubinas?

Leto y Eclecto se sintieron tentados de reírse de aquella última observación, pero prefirieron ser prudentes y guardar silencio. Quien sí reía era Pértinax, que había visto por fin una salida.

—Quiero un inventario de todos los bienes de palacio. Los sacaremos a subasta.

—Pero, césar —dijo el camarlengo—. Vuestra dignidad exige…

—La dignidad está en el cargo y en el trabajo bien hecho. En cumplir mis compromisos con el pueblo y el ejército, en sanear las finanzas y levantar el Estado sacándolo de esta postración.

Eclecto bajó la cabeza y fue el prefecto el que quiso insistir:

—Pero, césar, vos habéis sido predestinado por los dioses para gozar de todos estos lujos, para disfrutar…

—Yo disfruto con la virtud —interrumpió Pértinax— y con el ejemplo de los grandes hombres como Marco Aurelio. ¿No recuerdas lo que hizo cuando los bárbaros asaltaron de golpe las fronteras, sin su ejército, que combatía en Persia, sin soldados, sin nada ni nadie con que defender Roma?

Leto recordaba perfectamente el momento en que Marco Aurelio, en una situación desesperada, armó un formidable ejército sin gravar al pueblo con nuevos impuestos ni expoliar a los patricios: sacó a subasta los tesoros de palacio, los vestidos de seda de su esposa, los utensilios de oro y plata, los regalos de las embajadas de China, de Persia, todos los objetos decorativos, de valor, sus carruajes de lujo. Y con ese dinero equipó un ejército que detuvo a los bárbaros en el Rin hasta que llegó su hermano Lucio Vero con las tropas que habían combatido en Persia y le ayudó a sujetar todas las fronteras.

—Recuerdo, césar —tuvo que admitir el prefecto.

—Leto —dijo dirigiéndose ahora al camarlengo—, sacaremos a subasta pública los bienes de Cómodo, incluso sus esclavos y concubinas. Venderemos a todos los payasos que lo divertían, los actores, músicos y libertos.

—Pero césar. Son para vuestro placer…

—Mi placer es la salud de la República —atajó—. Soy un hombre de gustos moderados.

Y mientras hablaba, Pértinax veía pasar por su mente todos los objetos de lujo de Cómodo, todo el derroche, todos los vicios de que se había rodeado en estos doce años de vergüenza y degeneración. Por eso continuó, y ahora ya no había nadie que pudiera pararlo:

—Venderemos sus vestidos de seda bordados en oro, las túnicas normales, las pénulas, lacernas, quiridotas dálmatas, sayones militares bordados, las clámides de púrpura, los capuchones castrenses, sus capotes militares, sus armas de gladiador recamadas de oro. Sacaremos a pública subasta sus objetos de lujo, sus piedras preciosas, las espadas de oro, los collares de gladiador, sus vasos de electro, de oro, de marfil, de plata, de vidrio, las copas decoradas con piedras preciosas y oro, los vasos de Samnio que usaba para calentar resina y pez y así poder depilarse y suavizar su piel.

Pértinax estaba feliz, desatado, haciendo el cálculo mental de lo que podría reportar para el Estado la venta de todo aquel conjunto de bienes de lujo inútiles de los que se había rodeado Cómodo en sus años de gobierno. Leto y Eclecto lo escuchaban atónitos, sorprendidos de que tuviera un conocimiento tan exacto del patrimonio imperial.

—Venderemos también los carruajes de ruedas compuestas y de asientos circulares, diseñados para evitar el sol o poder tomar el aire en ellos solo con darles un giro. Y sacaremos a subasta también esos que miden las distancias recorridas y que indican la hora del día, así como los que están fabricados para hacer una pequeña orgía en su interior. Venderemos todos esos carros, carruajes, dispositivos para vicios inútiles… A partir de ahora, reduciremos los gastos de banquetes imperiales y… Eclecto, ¿cuánto costaba al erario cada vez que Cómodo salía a la arena del Circo?

—Un millón de sestercios.

—Ya no se hará más. Nos quedaremos con los gastos habituales del Circo en tiempos de Marco Aurelio. Con la venta de todo esto tendré como mínimo para pagar la mitad de la cantidad adeudada a los pretorianos y al menos cien denarios por cabeza al pueblo de Roma.

—¿La mitad, césar? —preguntó el prefecto, que solo pensaba en la paga de los pretorianos.

—La mitad ahora, el resto a fin de año. No necesitan todo el dinero de golpe.

—Pero césar…

—Doce mil sestercios es mucho dinero. Les dirás que así no se lo gastarán todo de una vez.

—Pero esperan doce mil.

—Y los tendrán. Hasta el último sestercio. Les prometí doce mil y tendrán doce mil. Pero no me comprometí a dárselo todo de golpe. No se habló en ningún momento de plazos. Les daré seis mil ahora y otros seis mil a final de año. Eso es lo que hay. Durante estos meses, las arcas se repondrán y habrá dinero de sobra en el erario para afrontar después todos los gastos pertinentes.

Los efebos y las tres heteras que rodeaban a Pértinax habían escuchado atónitos las últimas disposiciones del césar y estaban

temblando al ver que se les acababa la cómoda vida de lujo y vicio que llevaban desde hacía años. Todos callaron disimulando el pánico que les infundían las decisiones del nuevo césar. Todos menos una de las concubinas, una mujer deslumbrante y hermosa vestida con un corpiño de seda semitransparente, sin duda la más temeraria y osada.

—César —se atrevió a decirle ahora que todo el mundo callaba—, ven a mis brazos y te convencerás de que no te conviene desprenderte de todas tus heteras. ¿Puedo acercarme?

Incluso Leto y Eclecto se quedaron atónitos ante la osadía de aquella mujer. En tiempos de Cómodo, aquella intervención habría sido una jugada a cara o cruz: aquel césar degenerado igual podría haberse arrojado como un sátiro sobre aquella concubina, para gozar con ella, si hubiera estado de buen humor, que podría haber ordenado que le cortaran la cabeza, allí mismo, delante de todos. Pértinax estaba verdaderamente asombrado, aun así su respuesta fue inmediata.

—No. No puedes. ¿Cómo te atreves?

—Puedo proporcionaros, amo…, placeres dignos de un dios.

—¡Maldita sea! —gritó Pértinax verdaderamente irritado—. Serás puesta en venta como todos los instrumentos de vicio de los que se rodeó Cómodo, como todas las personas que lo habéis arrojado a la depravación y el crimen, como todos los objetos de lujo que ha acumulado con la sangre de ciudadanos y senadores. ¡Maldita sea! —volvió a repetir rojo ya de ira—. Lleváosla de mi presencia.

Dos pretorianos la agarraron del brazo, pero aquella hetera, la bella Servilia, la mujer hermosa e inteligente que supo sobrevivir tantos años entre las orgías de Cómodo, no se estaba arriesgando en vano. Tenía una información que desconocían los demás. Estaba al corriente de la conversación que habían mantenido Pompeyano y Pértinax la noche anterior delante del Templo de la diosa Concordia. Y no solo eso:

—Soy la hermana de Clodia —gritó cuando la levantaban a la fuerza.

La mano derecha de Pértinax, con su palma vuelta directamente hacia los pretorianos, los detuvo de repente. Los soldados, acostumbrados a los gestos militares, entendieron de inmediato que debían detenerse, respetar a aquella mujer, aflojar la presión de sus dedos, dejarla hablar.

—¿Qué Clodia? —preguntó Pértinax, ahora completamente calmado, aunque sabía muy bien de qué Clodia estaba hablando.

—Clodia, la amante de vuestro amigo Claudio Pompeyano.

—No es su amante, es su ayudante —matizó el emperador.

—Perdonad, césar. Así es. Como decís. La ayudante de vuestro amigo Claudio Pompeyano —se corrigió la hetera, hábil, astuta,

comprobando cómo de nuevo salvaba la vida y su fortuna.

Pértinax recordaba perfectamente la conversación de la noche anterior con Claudio Pompeyano, y no la olvidaría jamás. Había conocido entonces a Clodia, una mujer inteligente y respetuosa, amable y educada. Muy diferente a su hermana, como había podido comprobar hacía unos instantes. Le pareció escuchar de nuevo, en este momento, las palabras que pronunció Pompeyano, la única petición que su anciano amigo le había hecho nunca: lo que le dijo de Clodia: «Cuídala, cuando yo falte, sé como un padre para ella, que quedará huérfana cuando yo ya no esté. Sé tú, querido amigo, el brazo en que se apoye esta joven, como yo me apoyo cada día en ella para seguir viviendo».

—¿Cómo te llamas? —preguntó el césar.

—Servilia.

—¿Eres su hermana?

—La hermana pequeña.

Con otro gesto de Pértinax, los pretorianos soltaron a la concubina y retrocedieron un poco.

—Su única hermana, amo —añadió ahora Servilia.

—No me llamarás nunca más amo, sino césar —ordenó con firmeza Pértinax.

—Así será, césar.

—No serás vendida. Te convertirás en liberta, pero cambiarás de oficio.

Ahora sí, la hetera quedó paralizada por la sorpresa. No esperaba nunca, como no podía esperarlo del anterior césar, libidinoso y cruel, que le regalaran la libertad. Aquello no tenía sentido. Siendo liberta no tendría que someterse a las vejaciones, al dominio de que había sido objeto hasta ahora. No podía creer lo que estaba pasando, pero ella, entrenada para esconder sus sentimientos y decir en cada momento, casi de forma autómata, lo más conveniente a sus intereses, respondió ahora también con rapidez.

—Gracias, césar.

La joven ya no posaba con actitud lasciva, como hacía unos momentos. Ni tenía la pierna derecha más avanzada que la izquierda, como antes, para mostrar, con el corte de la fina gasa de su vestido de seda, abierto hasta la cintura, los muslos poderosos y blancos, las caderas perfectas, su cuerpo escultural, que provocaba el vértigo a su alrededor. Era una mujer inteligente, que ahora se mantenía firme y respetuosa, comedida y un poco inclinada hacia adelante, como actitud de respeto, pero también para disimular la contundencia de sus senos perfectos bajo la gasa transparente de seda.

—Se te buscará un oficio en palacio, decoración, mantenimiento, algo así, lejos de las orgías y fiestas depravadas de antaño. Y el día

que ofrezcas tu cuerpo, dijo Pértinax sin poder evitar una mirada de admiración, lo harás porque ames de verdad a un hombre, no por coacción u oportunismo.

—Así se hará, césar —respondió en el mismo tono, obediente, comedido.

Durante todos estos minutos, Leto y Eclecto habían permanecido mudos, asombrados por el curso que había tomado la conversación. A ninguno de los dos les pasó desapercibida la astucia de la hetera, su capacidad para controlar la situación, para salvarse y ganar la libertad en un instante. Estaban estupefactos. En ese momento, Pértinax se levantó de su asiento y dio la espalda a todos para decirles a sus subordinados:

—Ya tenéis las órdenes.

Leto y Eclecto hicieron una reverencia mientras Pertinax abandonaba la sala por la puerta que daba a sus estancias privadas. Los efebos comenzaron a salir por donde habían entrado. El camarlengo fue el primero en decir a Leto:

—Nombraré a esa mujer jefa de decoración de las estancias de palacio.

Se miraban todavía con asombro. A ninguno de los dos se les había pasado por alto el poder que aquella hetera había ejercido sobre Pértinax. Leto fue el primero que lo percibió, desde el primer instante. Aquel anciano, sin fisuras, sin debilidades, firme como una roca, se había desmoronado ante las palabras de aquella mujer. Era la primera vez que ocurría algo parecido. Aquello era inaudito, y suponía una ventaja que él tenía que aprovechar y aprovecharía para sus propios intereses. Por eso había memorizado todos y cada uno de los pormenores de aquella conversación, todos los nombres. Contestó sin dudar.

—Yo me encargaré de darle la noticia a Servilia.

Ninguno de esos detalles pasó desapercibido a Herodiano mientras ordenaba abrir y cerrar las puertas.

Aquella misma tarde, Pértinax planteó al Senado varias iniciativas más. El primer proyecto fue combatir la pobreza y poner en producción las tierras baldías propiedad del Estado en Italia y las provincias. Así dispuso repartir en lotes, según las necesidades y familia de los peticionarios, todas las tierras sin cultivar que fueran de propiedad imperial. Estas se adjudicarían a quienes se comprometieran a cultivarlas, concediéndoles a los campesinos la completa exención de impuestos durante diez años y la permanente garantía de dominio de aquellas tierras para sí y sus descendientes. Decretó también la abolición de todos los tributos que Cómodo había impuesto sobre el tráfico en los ríos, en los puertos de las ciudades, vías y caminos. De este modo, Pértinax restauró la antigua libertad de tasas y consiguió dinamizar la economía. Prohibió las denuncias anónimas para que se respetara la ley y nadie fuera calumniado ni sometido a acusaciones falsas. Los senadores estaban recuperando el prestigio que tuvieron en tiempos de Marco Aurelio. Eran respetados y vivían libres de temor. Las medidas que adoptó el césar para beneficiar al pueblo les beneficiaban también a ellos y calmaban las inquietudes de la plebe. Además, Pértinax quiso volver a poner en marcha los *alimenta*.

—No es solo una medida para acabar con la pobreza infantil, senadores —de paso conseguiremos poner en funcionamiento las tierras baldías.

Los padres de la patria asentían. Las instituciones alimentarias, *alimenta*, ofrecían a los propietarios de tierras préstamos del Estado a bajo interés, cuyos réditos se destinaban a la manutención de niños y familias pobres. Así se conseguía financiar a los propietarios a la vez que se paliaba la pobreza infantil.

—Secundo la propuesta —dijo Glabrión— y, además, someto a votación que se otorgue a Pértinax el título de *Príncipe del Senado*, como en tiempos de Augusto.

Los senadores aprobaron ambas mociones por unanimidad. Ni Falcón ni Juliano podían oponerse a medidas tan provechosas incluso para ellos mismos. Es cierto que los intereses de aquellos préstamos irían a parar a los huérfanos de cada una de las ciudades del Imperio, pero los propietarios de las tierras, que eran clientes de los patricios e incluso amigos y familia de senadores, se beneficiaban más, al tener acceso a un tipo de interés mucho más bajo que el oficial.

—Más dinero para los niños huérfanos y pobres —se quejó Falcón.

—Sí, pero no podemos oponernos —contestó Juliano—. Todos se nos echarían encima. Los intereses son tres veces menores que los oficiales. Tendremos dinero para invertir y, a la larga, se genera más y mejor mano de obra para el campo.

—Sí. Es cierto —respondió—. Este viejo correoso es difícil de atacar.

—Me molesta como a ti tener que otorgarle títulos a este plebeyo —continuó Juliano—, pero ese es el camino para hundirlo.

—¿Cómo?

—¿No recuerdas como cuantos más títulos y honores recibía Cómodo, más lo acabábamos odiando todos?

—Sí.

—Como cuando votamos cambiar los nombres de los meses por sus apodos y llamar a Roma «Colonia Comodiana».

—Sí, hasta la plebe iba a reventar de ira.

—Pues eso haremos con Pértinax —rio Juliano—. Haremos que reviente de títulos, que se atragante de éxitos, hasta que él acabe creyéndoselo y los demás aborreciéndolo.

Falcón observaba a Juliano con admiración. Veía cómo aquel riquísimo senador sabía tender las trampas oportunas, dejar que los plebeyos como Pértinax, esa chusma, cayera en el barro, volviera al lodazal del que había venido.

—Propongo también, senadores —Juliano se había levantado despacio para ocupar el centro de la sala. Todos lo escuchaban—, otorgar al césar el título de *Emperador del Pueblo*. Ha sabido serenar el ambiente de revuelta popular que nos ponía en peligro a todos y al propio Estado, con iniciativas que han calmado sus necesidades.

Los senadores lo aprobaron sin dudar. Juliano sonrió de modo imperceptible. Había más títulos que proponer. Atiborraría de títulos a aquel viejo palurdo, que los aceptaría hasta atragantarse, más y más, hasta sufrir un espantoso cólico imperial.

—Hemos iniciado un camino de prosperidad que debemos mantener y afianzar. Por eso os invito también a pensar en el futuro, padres de la patria.

Pértinax era un hombre muy respetuoso con los senadores y se sentía muy feliz de que la Curia aprobara sus iniciativas y lo apoyara sin dudar. Se sentía agradecido de que él, una persona de humildes orígenes, fuera objeto de tanto respeto y cariño de parte de aquellos próceres de la patria, patricios de gran abolengo, hombres ricos y poderosos que durante siglos habían llevado las riendas de Roma.

—La primera medida —prosiguió Juliano— será nombrar Augusta a la esposa del césar, con los títulos y dignidades que exige la ocasión.

Los senadores, convencidos, quisieron aprobar también esa propuesta, pero Pértinax pidió antes la palabra. No por desconfianza.

Creía que los patricios querían hacerle ese honor de corazón y no había percibido la fina trampa que le tendían bajo sus pies, pero habló confiado, sabiendo lo que iba a decir, porque tenía muy claros los pasos que debía dar, desde el primero hasta el último.

—Agradezco el honor, *patres*, pero no es necesario ni conveniente nombrar Augusta a mi esposa. Llevamos vidas separadas y no quiero dar la impresión de que ansío perpetuarme en el poder.

Lo dijo desde la sinceridad desnuda, sin segunda intención ni posible reproche hacia Juliano, pues no se había dado cuenta de sus insidias, sino que confiaba en su honesta intención. El propio Juliano se quedó sin palabras, sin saber qué decir. Ante todo, por las palabras tan abiertas y honestas del césar, que reconocía que su matrimonio no marchaba bien. Corrían en Roma rumores de que su mujer tenía un amante, un músico que tocaba la cítara, y más de uno hacía chistes con aquel Apolo que deleitaba a la esposa del emperador tocándole la lira. Ahora, Pértinax, con la humildad y la verdad por delante, sin miedo al ridículo, mostrando las cosas tal cual eran, había deslavazado por completo la propuesta de Juliano. El riquísimo senador no se desalentó, tenía más munición:

—Pensemos entonces en el futuro, césar, en el bien del Imperio y en su estabilidad. Propongo nombrar sucesor al hijo de Pértinax —dijo ahora mirando a todos los senadores.

—¿Mi hijo? —preguntó directamente el césar.

—Sí. Tu hijo —le respondió Juliano.

—Cuando lo merezca.

El senador bajó la cabeza vencido. Se había dado cuenta de que aquellas tres palabras «cuando lo merezca» habían anulado por completo su propuesta. Durante años, los padres de la patria se habían quejado del tirano, de Cómodo, del hijo de Marco Aurelio, del emperador filósofo, a quien solo achacaban una debilidad: haber nombrado sucesor a su joven hijo. Y los senadores repetían día tras día, como si fuera una plegaria a los dioses, siempre la misma queja: ¿por qué Marco no había buscado otro sucesor? ¿Por qué no había nombrado césar a alguien que realmente lo mereciera? O, al menos, ¿por qué no había esperado a que lo mereciera? Aquellas tres palabras «cuando lo merezca» plasmaban a la perfección el pensamiento de todos y cada uno de los senadores. Pértinax estaba demostrando que era un hombre modesto y sin pretensiones, con la experiencia necesaria para no cometer los errores del pasado, conocedor de las causas de la tiranía. Y no estaba dispuesto a nombrar sucesor a su hijo por dos motivos: en primer lugar, porque quería alejarlo del peligro que implicaba la inestabilidad presente; en segundo, porque quería dar confianza a los senadores de que su sucesor sería un buen emperador, no un joven inexperto que pudiera llevar de nuevo al

naufragio a la nave del Estado.

Por eso no llevó a su hijo a vivir al palacio, sino que lo dejó en la casa de la familia, para que asistiera a las escuelas y a los gimnasios que solía frecuentar antes de que su padre alcanzara el Imperio, como un ciudadano particular más. Lo alejó de la corte y la política. Dio orden de que fuera educado como cualquiera de los demás muchachos y realizara las mismas actividades que había estado haciendo hasta ahora, sin ninguna vanidad ni pompa imperial. Lo mandó a vivir con el abuelo y, cuando iba a visitarlo, lo hacía como padre, no como emperador.

17. LOS VESTIDOS DE SERVILIA

El nuevo césar había diseñado un buen plan económico de gobierno que agradó a todos los ciudadanos, a los senadores y a los provinciales. A los únicos que no complacía el emperador era a los pretorianos, y al frente de ellos a Leto, el prefecto que comandaba la guardia imperial; no tanto porque tuvieran que esperar casi un año para recibir la otra mitad de la cuantiosa paga que habían conseguido de Pértinax, sino porque la moderación y el orden que les imponía el nuevo césar los apartaba de los robos y violencias que habían perpetrado durante el reinado anterior. Leto lo había elegido en un principio porque así salvaba el cuello, con una opción que respetarían todos los estamentos. Pensaba, además, que aquel anciano era un hombre débil y pusilánime, que podría engolfarlo fácilmente en la vida de lujo y vicio que caracterizaba el palacio imperial. Pero no era sí. Aquel veterano era duro y correoso. Estaba curtido en las batallas del Danubio y de la vida. Había aprendido virtud en la escuela de Marco Aurelio. Definitivamente, Leto había descubierto que no le convenía aquel emperador insobornable y sobrio. Había que sustituirlo. Y él podría hacerlo, porque era el prefecto de la guardia pretoriana. Ya había quitado y puesto a un césar en un solo día. Si se le antojaba, podría cambiar a aquel vejestorio por otro hombre más afín a él, otro que les costeara de nuevo sus vicios y no pusiera freno a sus placeres. Los pretorianos tardaron algo más en cerciorarse, pero llegaron a la misma conclusión: la tan cacareada virtud del nuevo emperador, que elogiaban continuamente la plebe y el Senado, suponía un perjuicio y un deshonor para ellos, porque ponía coto a sus desmanes. Las borracheras y las orgías eran cada vez más escasas y ya no estaban financiadas por el césar. Por eso se resistían a aquella disciplina. Obedecían a regañadientes, mostrándose remisos y lentos a la hora de acatar las órdenes de sus superiores. Leto, como buen estratega, buscaba una fisura en Pértinax, una falla, una debilidad. Y aquella tarde había visto una muy grande: esa hetera llamada Servilia, hermana de una tal Clodia, que había conseguido el perdón y la libertad del emperador con apenas dos frases. Por eso quiso ser el primero en contactar con ella, en ganársela para su causa, con cautela, sin precipitación.

—Dama Servilia —le dijo dirigiéndose a ella respetuosamente.

La concubina, que nunca había oído a nadie interpelarla en esos términos, miró hacia atrás pensando que aquel hombre quería hablar con otra persona.

—Mi nombre es Leto —le dijo de nuevo mirándola respetuosamente a los ojos—, prefecto de la guardia pretoriana. Es un placer.

—Gracias.

Servilia no acertó a responder nada más. Aún estaba confusa. No esperaba que mencionar a su hermana delante del emperador le hubiera dado tan buenos resultados. No solo había salvado la vida, también había ganado su libertad. Pero ahora le volvía a sorprender que el prefecto de palacio, el militar que comandaba la guardia pretoriana, se dirigiera a ella con tal respeto.

—En primer lugar, quiero felicitarla por su categoría de liberta. El camarlengo y yo hemos pensado que podría desempeñar en palacio la función de jefa de decoración de las estancias imperiales.

Servilia estaba acostumbrada a reaccionar con rapidez ante cualquier circunstancia, pero aún se encontraba como en una nube, saboreando su libertad, entendiéndose realmente afortunada, complacida de comprobar que además le daban un trabajo muy bien remunerado, fácil y agradable de realizar. Su suerte había cambiado definitivamente a raíz de las palabras dirigidas a Pértinax. En ese momento, había decidido jugarse el todo por el todo. Y había ganado. Y ahora se sentía plena, feliz, poderosa.

—Acepto el puesto.

Servilia respondía con frases muy breves, porque, pasados los primeros instantes de asombro y gozo ante la nueva coyuntura, había comenzado a evaluar la situación. Su instinto la había avisado de que aquel hombre, el más poderoso de palacio, buscaba algo de ella. Se había dado cuenta al instante. Durante los últimos años, había logrado sobrevivir en la corte de Cómodo, gracias a que era rápida a la hora de evaluar las necesidades de los demás. Y sus debilidades... Tras la respuesta, seguía mirando a Leto, descifrándolo.

—Pues, bienvenida entonces —dijo el prefecto para mantener de algún modo aquella conversación que no sabía bien cómo trenzar.

Servilia no dejaba de observar al pretoriano, intrigada por saber qué quería de ella, qué interés, que servicio buscaba. Porque de algo estaba completamente segura. Aquel hombre quería algo de ella. Mientras el prefecto hablaba, ella había sacudido su rubia melena de mechones rizados, espolvoreados en oro, brillantes como el Sol, para dejar, en ese giro, a la vista del soldado, sus senos rotundos tras el generoso escote, haciendo vibrar la fina gasa de su vestido, que dejaba soñar con su cuerpo de vértigo. Había comprobado, en ese momento, la reacción del varón: a aquel hombre le gustaba lo que veía, pero no era sexo lo que buscaba. No por ahora.

—Me siento bienvenida a este puesto, a esta corte, y muy amada…

Leto tragó saliva. No quería que aquella hetera se llevara una

impresión equivocada. Necesitaba su ayuda para hundir a Pértinax, no para otra cosa. Aun así, no pudo evitar admirar aquellos labios finos y bien dibujados, los ojos azules como el mar sobre las mejillas sonrosadas, la boca jugosa, los dientes perfectos. En este momento no supo cómo responder. En cambio, Servilia, ya tenía todas las claves. Se había dado cuenta de que le gustaba. Era evidente. Ella sabía leer el deseo en los ojos de los demás. Era su oficio. Gracias a esas cualidades había sobrevivido hasta ahora. Pero ella estaba llamada a más. Por eso supo, de inmediato, que aquel hombre, aunque admiraba su belleza, quería otra cosa más. ¿Qué sería? Deseaba averiguarlo, y lo descubriría. Sin precipitación. Despacio.

—Lástima que no pueda quedarme al menos con este vestido.

La joven abrió los brazos y, en el gesto, sus senos perfectos asomaron por el generoso escote de seda. Giró su cuerpo apenas noventa grados y el vuelo del vestido dejó ver a contraluz las formas sensuales de aquella concubina. Leto estaba acostumbrado a contemplar mujeres hermosas, pero aquella visión le pareció la de Afrodita salida del mar. Ahora sí. No pudo evitar mirarla con deseo, observar sus caderas bien formadas, sus piernas esculpidas como las de una diosa, el pubis adivinado tras la gasa de seda y oro. El prefecto lo entendió al instante. Si a Servilia le gustaban los vestidos, él se los regalaría.

—Bueno, las órdenes del césar han sido tajantes, pero…

La joven había leído al instante la mirada de deseo que había provocado su irresistible atractivo físico, y le agradó saber que al pretoriano le gustaba lo que veía. No importaba que se tratara del inaccesible prefecto de la guardia. Para ella ya no era un hombre inaccesible. Lo tendría en su cama, a sus pies, cuando quisiera. Lo sabía. Con certeza. Igual que sabía que aquel soldado deseaba algo más de ella. Algo diferente. Pero no podía sospechar qué. Por eso continuó tirando de la cuerda, para descubrir qué quería el prefecto y qué podría ella obtener a cambio.

—¿Pero qué? —preguntó con mirada traviesa.

—¿Os gustan los vestidos de seda y oro, Servilia?

El prefecto había decidido traspasar el umbral, acercarse un poco más a aquella mujer, adoptar un tono más cercano, más íntimo. Intuía que la concubina, como era lógico, tendría un precio, para los servicios a que estaba acostumbrada o para otros que se le requirieran, siempre que la paga fuera la adecuada.

—Me gustan muchísimo estos vestidos.

—El césar ha ordenado subastarlos todos.

—Una verdadera lástima —respondió Servilia esperando a que Leto siguiera desvelando sus intenciones.

—El césar no entiende que hay bienes, objetos preciados, vestidos o

caprichos que gustan a mujeres tan valiosas como vos.

—Como tú.

—¿Como yo?

—Quiero decir —explicó Servilia acercándose aún más al prefecto—, que me hables de tú, que me tutees. Porque nos hemos caído bien, Leto, y es bueno que haya confianza entre nosotros.

El pretoriano quedó admirado de la habilidad de la hetera. Se había acercado a él, de forma apenas perceptible. Él, soldado avezado en el combate, acostumbrado a controlar la distancia con el enemigo, el radio de acción de los *pila*, de las flechas, el espacio necesario para el combate cuerpo a cuerpo, se sorprendía de que aquella mujer se le hubiera aproximado de forma tan discreta y hábil, hasta encontrarse ahora apenas a un palmo de su cuerpo, fascinado por que sus cabellos rizados estuvieran tan cerca de su boca.

—Por supuesto, Servilia. Te lo agradezco.

El prefecto parecía algo perdido, por eso la hetera recondujo de nuevo la conversación:

—Has dicho que el césar no entiende que a las mujeres nos gusten estos vestidos tan maravillosos.

—Exacto.

—Y que yo era una mujer valiosa.

—Sí.

—¿Valiosa para qué?

Leto estaba admirado. Aquella concubina era como su segundo yo, hábil, certera, eficaz, acostumbrada a conseguir lo que se proponía. No quiso responder a una pregunta tan directa y prefirió seguir aquella conversación de la que estaba disfrutando cada vez más.

—Valiosa. Así es —respondió—. Y una mujer valiosa como tú debe llevar vestidos valiosos, de plata y oro, de seda bordada; debe llevar gemas, joyas. Debe rodearse de lujo y placer, precisamente por eso, porque eres valiosa.

—Pero el césar no entiende…

—Entenderá.

—¿Quién le hará entender? —preguntó la joven con una mirada sensual y de profunda inteligencia a la vez.

—Los dos, Servilia. Tú y yo. Pero, lo primero que haremos será salvar de ese lote media docena de los mejores vestidos para que, a partir de hoy mismo, formen parte de tu guardarropa.

La joven sonrió complacida y se dispuso a retirarse. Todo estaba ya bien claro. Mientras se marchaba, dijo a modo de despedida:

—Nos entenderemos bien, Leto. Tú y yo nos entenderemos bien.

18. LA SUBASTA

Leto y Eclecto empezaban a estar en desacuerdo respecto a algunas cosas. Habían colaborado en el asesinato de Cómodo y la entronización de Pértinax. Pero, una vez colocado aquel hombre en el poder, los sentimientos de ambos comenzaban a variar. Mientras al camarlengo le parecían adecuados los pasos que daba el nuevo césar, a Leto le empezaban a hastiar todas y cada una de sus medidas.

—Ha exigido a los libertos devolver los regalos y bienes que les dio Cómodo —protestó el prefecto.

—De algún modo tendrá que recaudar dinero. Sabes que esos libertos son como parásitos.

—Ellos no me importan. Pero primero serán ellos y luego correrán peligro las riquezas que hemos atesorado tú y yo estos últimos años.

—No creo que Pértinax nos reclame unos regalos de los que no hay constancia alguna. Nuestros bienes y privilegios no corren peligro. Yo no me preocuparía mucho de eso, Leto.

El camarlengo llevaba razón, pero el prefecto solo pensaba en la forma de desgastar y derribar a Pértinax. Sabía que no podría contar con Eclecto, a partir de ahora. Pero sí con Servilia, que tenía muchísimo poder sobre el césar, siempre, claro está, que lograra salvar de la subasta aquellos seis vestidos de seda y oro.

En los amplios salones de palacio estaban expuestos los objetos de lujo, las túnicas y clámides de púrpura, los vestidos en todo su lujo y esplendor. Las copas de oro y plata, las joyas y gemas, las piedras preciosas, los vasos del más fino cristal, de electro, de oro, de plata y de marfil. En otros salones se exhibían las armas: las espadas de oro, las hombreras de plata con esmeraldas engastadas, las grebas y yelmos de oro finamente labrado, las corazas de cuero repujado, los brazaletes de oro y plata, los puñales de mango de marfil. En los amplios patios abiertos se habían colocado las mejores carrozas y carruajes, de una sofisticación y lujo desconocidos hasta entonces. Solo los senadores y patricios podían visitar aquellas estancias, para observar de cerca el impresionante lujo y la valía de los objetos por los que luego iban a pujar sus libertos, debidamente acreditados. Los objetos de mayor calidad eran los que estaban expuestos, todos de forma bien organizada, por temas: vestidos, armas, carruajes, joyas…, de manera que resultaba muy fácil encontrar lo que cada uno deseara. El resto de objetos, los que no podían ser mostrados por falta de espacio, figuraban en amplios catálogos que podían ser consultados de forma pública.

Aquella exhibición apabullante de lujo estaba solo al alcance de las grandes fortunas. Solo los muy ricos podían permitirse admirar aquellos bienes y pujar por ellos. Pero era poco habitual que acudieran en persona a examinar los objetos, ya los conocían bien por haber visto a Cómodo pavonearse como un dios en los desfiles o los suntuosos banquetes que celebraba a menudo. Solían mandar a sus libertos, para que hicieran un estudio y valoraran lo que cada cual podía pagar en la subasta que se produciría pocos días después. Por eso a Leto y Eclecto les sorprendió que apareciera allí, en aquel patio del palacio imperial, el senador Juliano, posiblemente el hombre más rico de Roma.

Juliano no estaba acostumbrado a perder el tiempo. Miró con displicencia aquel ancho patio donde figuraban los doce mejores carruajes de Cómodo, y se encaminó directamente al camarlengo del emperador:

—Eclecto —se dirigió a él levantando un dedo, como quien llama a un subalterno.

—Bienvenido a palacio, Juliano. No esperaba veros en persona.

El patricio se había dado cuenta de la presencia de Leto, conocía muy bien a aquel hombre, poderoso y temido en tiempos de Cómodo, pero las circunstancias habían cambiado y él, fiado de su fortuna y poder, siempre había sabido sobrevivir incluso en los peores momentos. Hizo un gesto hacia el prefecto, que Leto le devolvió amablemente.

—Mi hija se casa —sentenció el senador—. Quiero aprovechar la subasta para comprar el mejor carruaje y el mejor vestido para su boda.

Al oír la palabra vestido, Leto reaccionó impulsivamente, temeroso de que Eclecto no hubiera apartado los seis de Servilia. Aunque lo dijo en voz baja, al riquísimo senador no le pasó aquello inadvertido.

—Hay que apartar seis que no van en la subasta— dijo el prefecto a Leto.

—No creo que podamos hacerlo.

—Hay que hacerlo —replicó nervioso.

Eclecto miró a Juliano y ambos callaron. Leto se había dado cuenta de que debía buscar un momento de mayor intimidad para solucionar aquel asunto en el que tanto se jugaba. Pero el rico patricio, acostumbrado al negocio y la usura, se había percatado de la necesidad de Leto, de su precipitación, de su deseo. Y supo al instante que aquel asunto era de la máxima importancia para el prefecto. Seis vestidos, ¿quizá para una amante? ¿Quizá para un soborno? Su instinto depredador se despertó de repente. Había encontrado una presa, una forma de ganarse a Leto, algo con lo que negociar más tarde, cuando lo necesitara, cuando algo verdaderamente más

importante que seis vestidos de lujo estuviera en juego. Él había sabido invertir toda su vida con ganancias desproporcionadas y se había dado cuenta de que este asunto le reportaría grandes beneficios. No solo dinero. El dinero también compra posibilidades de hacer, más tarde, mucho más dinero. Por eso cambió de interlocutor. Se dirigió ahora al prefecto, que miraba al suelo, consciente de su error:

—Pero, sin duda, el prefecto del pretorio, versado en el arte de la guerra, armas y cuadrigas, sabrá asesorarme sobre cuál es el mejor carruaje para la boda de mi hija.

Leto se tranquilizó al comprobar que el senador seguía pensando solo en la boda de su hija. También le gustó que se dirigiera a él, que valorara su opinión. Antes de poder responder, el propio Juliano volvió a interpelarlo:

—¿Me haríais ese favor, estimado prefecto?

No entendía Leto cómo era posible que aquel hombre poderoso, senador y, por tanto, receloso de los pretorianos, le hablara con ese respeto y amabilidad, verdaderos, sentidos. Contestó sin dudar:

—Por supuesto, estimado Juliano. Estoy a vuestra disposición.

Aquel saludo militar, meramente protocolario, «estoy a vuestra disposición», Juliano lo tomó al pie de la letra. Así sería, a partir de ahora. El prefecto estaría a su disposición. Y él sabía ya cómo conseguir su sumisión y mantenerlo en esa posición de servidumbre.

—Decidme, Leto, ¿cuál es el mejor carruaje?

—Sin duda, señor, aquel del centro, recamado en oro y púrpura, con ejes de plata, tapizado en las mejores sedas traídas de la lejana China.

—Me lo quedo, dijo sin dudar.

—Pero, señor —intervino Leto—, han de salir primero a subasta.

—¿Por cuánto sale ese a subasta, camarlengo? —preguntó como quien pregunta el precio de las lechugas en el mercado.

—Un millón de sestercios.

—Y, dime camarlengo… ¿qué precio crees que alcanzará en la subasta?

Eclecto pensó por un momento. Conocía perfectamente el valor de los objetos y el máximo recorrido que podían alcanzar en la subasta. No tardó en responder:

—Las cantidades están muy ajustadas, dómine. Sabéis que el Estado necesita ingresos y los precios son los de mercado, aproximadamente. En todo caso, los carruajes no llegarán en ningún caso al doble de su precio de salida.

—¿O sea, este que cuesta un millón no llegará a dos?

—Exactamente —corroboró Eclecto.

—Bien. Apártamelo. No soy hombre que acuda a subastas. Quiero ese carruaje y basta. Pagaré diez veces su precio de salida.

Leto y Eclecto se miraron estupefactos. Nunca en su vida habían visto nada igual. Aquellos dos varones no reaccionaban. Por eso, Juliano, gritó divertido:

—Ea, diez millones. Vendido.

El prefecto del pretorio dejó de mirar al camarlengo para posar sus ojos en las pupilas grises de Juliano, abiertas como las mandíbulas de un lobo, hipnóticas, plenas. Lo miró con admiración. ¿Cómo era posible que alguien tuviera tanto dinero y tanta facilidad para desprenderse de él? ¡Con qué eficacia había callado a Eclecto metiéndole en la boca diez millones de sestercios! ¡Eso era tener poder!

El rico senador leyó la ambición en los ojos del prefecto y supo que se había ganado a aquel hombre, pero debía afianzar ese dominio, hacer más profunda la admiración y la dependencia hacia él, hasta convertirla en total, sin fisuras. Por eso pasó a la segunda parte del plan.

—Y ahora vamos a ver esos vestidos, Eclecto.

Lo había dicho sin dejar de mirar los ojos del prefecto. Y advirtió un temblor en sus pupilas. No sabía por qué, pero aquel asunto era de gran interés para el pretoriano. Juliano sabía lo que debía hacer.

Eclecto, como si fuera el siervo que le ofrece todas las tardes su copa de vino a Juliano, lo llevó a las estancias en que se exponían aquellos vestidos de seda y oro, azules, rosas, púrpuras, con joyas incrustadas y perlas únicas. El prefecto quería hablar en privado con Eclecto, pero Juliano, que lo imaginaba, se había cogido del brazo de ambos hombres, uno a su izquierda, Leto a su derecha, para ser conducido a aquella rica estancia donde los vestidos brillaban como el oro.

—Leto, supongo que también entendéis de vestidos. ¿Cuál es el mejor para la boda de mi hija?

Antes de que el prefecto pudiera responder, el camarlengo hizo ademán de hablar, pero a Juliano no le interesaba lo que aquel hombre podía decir. Por eso lo atajó, de forma inapelable, con lo que sabía que lo callaría por completo.

—Por supuesto, los vestidos que compre, van a diez veces su valor.

Eclecto ya cerró la boca y no dijo más. Juliano volvió a mirar entonces al prefecto del pretorio con una sonrisa, esperando su respuesta.

Leto tragó saliva rogando a los dioses que aquel hombre comprara solo un vestido y no se le ocurriera llevarse los doce.

—Dómine —dijo ahora con un respeto reverencial—, para una boda el mejor es aquel blanco y rosa con hilos de púrpura y oro.

—¿Y para una fiesta?

—El mejor para una fiesta es aquel todo de seda y rojo intenso,

ornado en oro y esmeraldas.

—¡Fantástico! —clamó el prócer con verdadero placer—. Estoy muy satisfecho y agradecido por tus consejos, Leto. No puedo irme sin tener un mínimo gesto contigo.

—No es necesario, dómine.

—Sí lo es. Debo hacerte un regalo. No puedes negarte.

—Dómine…

—Un hombre como yo siempre agradece y devuelve los favores. ¿Aceptarás mi regalo?

—Como ordenéis, dómine —acató el prefecto, sabiendo que los regalos de aquel patricio serían sustanciosos. No imaginaba cuánto.

—Eclecto —gritó ahora al camarlengo para darle las últimas instrucciones—, atiende bien.

Y aquel hombre se inclinó hacia el senador como un lacayo, para escuchar sus indicaciones.

—Ya sabes que me quedo con el mejor carruaje. Diez veces su valor.

—Sí, dómine.

—En cuanto a los vestidos, el blanco y rojo son para mi hija. Los otros diez se los regalo a Leto. Todos, los doce, por diez veces su valor.

Leto abrió tanto los ojos que hasta el camarlengo lo notó. Eclecto, por su parte, estaba también asombrado por la forma de proceder de aquel caprichoso y riquísimo patricio. Pero aquella tarde había hecho una venta fabulosa. Iba a ingresar una enorme cantidad de dinero de inmediato, lo que le permitiría afrontar la subasta y los gastos urgentes del Estado sin apremio alguno. El césar estaría más que contento. La respuesta fue inmediata, sin dilación:

—De acuerdo, dómine.

—Liberto —gritó Juliano—, la carta de pago.

Mientras el liberto de Juliano ajustaba cuentas con el camarlengo de palacio, el rico senador y Leto salían de aquella suntuosa estancia hacia la puerta principal del palacio imperial.

—No sé cómo agradeceros este gran gesto de generosidad, dómine —las palabras del prefecto eran sinceras. Aquel senador le había resuelto con creces el problema de los vestidos, sin necesidad de recurrir a Leto, ni enfrentarse al emperador. La respuesta de Juliano, mientras salían de aquel rico salón, no carecía de la habilidad y el poderío que había mostrado dentro.

—Estoy pagado con tu amistad, Leto. En estos tiempos de zozobra los amigos tenemos que ayudarnos mutuamente.

El prefecto entendió que, desde aquella tarde, había establecido una alianza estratégica con aquel senador, una alianza que podía cambiar el curso de sus vidas.

—Lo que necesitéis, dómine… Estoy en deuda con vos.

—No habrá deudas entre nosotros, Leto, como no las hay entre los amigos. Nos apoyaremos juntos en este difícil camino que se le plantea a Roma.

—Así será.

—Hay una cosa —dijo Juliano pensativo…

—Decid, dómine.

—Sabes que mi hija se casa. Si pudiéramos tener una entrevista privada con el césar, para presentarle a mi hija y mi futuro yerno, me sentiría muy honrado.

—Dad por concedida esa entrevista, dómine. Me encargaré personalmente.

Se despidieron y Leto lo vio marchar, rodeado por una comitiva de esclavos que lo protegía en todo momento. Mientras se alejaba, le parecía cada vez más un hombre excepcional, como si Juliano fuera un césar menor, custodiado por una escasa guardia personal.

19. EL CUERVO

La última sesión del Senado no fue un trago agradable para Pértinax. Había tenido que reconocer que el Estado estaba en bancarrota y que necesitaba cobrar los tributos que impuso Cómodo, aunque en un principio se había comprometido a quitarlos. Los patricios, siempre avariciosos y nunca dispuestos a sufragar con su dinero la falta de recursos, le habían recriminado aquel cambio de actitud. De forma áspera. El más duro había sido Loliano Genciano, que lo había acusado de incumplir sus promesas. A todo ello había asistido Eclecto, que acompañaba siempre al emperador con un reducido grupo de hombres que hacían las veces de guardia personal. Pértinax y él así lo habían acordado con Leto, para que no considerara aquello una intromisión en sus competencias. El césar no quería que los senadores se sintieran intimidados con la presencia de pretorianos. Por eso habían convenido en que Leto esperara en el exterior de la Curia y fuera Eclecto el que lo acompañara en todo momento. El prefecto del pretorio entendía que a Pértinax le importaban mucho las formas, parecer un senador más, evitar por todos los medios que los patricios se sintieran coaccionados por los pretorianos. Pero, en el fondo, le molestaba que el camarlengo estuviera usurpando una función que solo le correspondía a él. Esa queja, que disimulaba como otras, estaba separando cada vez más a aquellos dos hombres que planearon juntos el asesinato de Cómodo. Al menos, pensaba Leto, el césar lo mantenía informado de todo. Celebraba siempre una reunión con el camarlengo y con él cada vez que había sesión del Senado, para que pudiera conocer las circunstancias de gobierno y así aconsejarlo con garantías.

—Ha sido muy desagradable, Leto —le habló con plena sinceridad Pértinax—. Eclecto te podrá dar más detalles.

El camarlengo se vio forzado a intervenir y citó las palabras textuales de la alocución de Genciano. Su memoria era prodigiosa.

Leto, acostumbrado a resolver las cosas de forma drástica, no pudo evitar el primer comentario que se le vino a la cabeza:

—César, si algún senador os ofende…

—No, no, Leto —se apresuró a detenerlo Pértinax—. La mejor garantía de libertad es la libre expresión. Nunca emplearé la fuerza contra ningún senador. Antes que eso, es preferible siempre un césar impunemente ofendido.

Leto no entendía aquellos escrúpulos. Los interpretaba como una debilidad. Aquel anciano era duro con él, inflexible a la hora de imponerle sus planes y proyectos, pero con los senadores era blando.

Los respetaba demasiado. Definitivamente, no estaba hecho para el Imperio. Un césar debe imperar con mano de hierro, inspirar temor, incluso desear que lo odien con tal de que lo teman, como decía Calígula. Pero aquel hombre no entendía los mecanismos del poder. Solo pensaba en el trabajo y la disciplina. Los pretorianos estaban hartos de aquellas costumbres que había impuesto y echaban de menos los tiempos de lujo y placer, de borracheras y prostitutas, de imperar por las calles de Roma paladeando a cada momento el miedo en los ojos de la plebe. En cambio, ahora, con Pértinax a la cabeza ya no había dinero ni diversión, apenas tiempo para el juego y las orgías. ¡Qué diferencia tan abismal con aquel senador generoso, Juliano, que le había regalado los vestidos, que sabía valorar la importancia del ejército, cuidar a su máximo jefe, resolver inmediatamente los problemas con sus riquezas! Ese era el tipo de hombre que debía ejercer el mando en el Imperio. Pértinax, en cambio, era tacaño y aburrido. Había que sustituirlo. Desde ese momento urdiría una conspiración contra él, pero esta vez a espaldas de Eclecto. Mientras llegaba ese momento, lo más inteligente era darle la razón:

—Decís bien, césar. Hay que tener paciencia.

El camarlengo lo miró con sorpresa. Conocía bien a Leto y sabía que aquel pretoriano no estaba acostumbrado a soportar con paciencia ni siquiera el más mínimo desaire. El prefecto era un hombre cruel y vengativo, que no perdonaba nunca ofensas, que buscaba la forma de devolver el golpe, en el momento decisivo, de forma inapelable, sin posibilidad de réplica.

—Paciencia —repitió Pértinax complacido, creyendo, en su ingenuidad, que el prefecto estaba dispuesto a aprender aquellas lecciones de ética—. Eso es, Leto: *patientia maxima virtus*, la paciencia es la más grande virtud.

Estaba claro que era más útil seguirle la corriente a aquel viejo estúpido que ponerse a discutir con él. No valía la pena. Había que jubilarlo ya. Cuanto antes.

—No te ofende quien no puede ofender —continuó Pértinax intentando ilustrarlo, como a un alumno díscolo—. En la vida, no podemos impedir que otros digan o piensen cosas que no nos gustan, Leto, pero sí podemos elegir la forma de interpretarlo. ¿Crees que no sé que me llaman el cuervo imperial?

El prefecto del pretorio miró ahora sorprendido. Efectivamente, los senadores le llamaban el cuervo, porque era tacaño, viejo y feo. Decían que se lo llevaba todo, hasta las sobras de los banquetes.

—Pero no me importa —continuó Pértinax—. Son necios que no entienden que hay que hacer economías, que el Estado está en bancarrota. Por eso no he podido renunciar a cobrar esos impuestos.

Leto sabía aprovechar las ocasiones y esta era idónea para

conseguir uno de sus primeros objetivos.

—Así es, césar. Por esa razón hay que valorar como se merecen los esfuerzos de aquellos que sí se responsabilizan del Estado, como Juliano. Ese hombre me ha dado muy buena impresión esta mañana. Te lo podrá corroborar Eclecto.

El camarlengo se dispuso a hablar, pero Leto no lo dejó:

—Ha pagado por un carruaje y vestidos de palacio diez veces su valor.

—¿Diez veces? —preguntó Pértinax sorprendido.

—Así es —corroboró Eclecto.

—Me ha parecido un gran gesto para con la República, césar —continuó el prefecto—. Precisamente su hija se casa y ha aprovechado la ocasión para comprar un carruaje de boda y unos vestidos ¿por valor todo de…? —preguntó mirando a Eclecto.

El camarlengo respondió sin dudar:

—Doce millones de sestercios.

—¡Doce millones! ¡Es una gran noticia! —clamó Pértinax, a quien ya se le había olvidado la desagradable sesión del Senado.

—Si hubiera más senadores como él —prosiguió Leto—, los problemas económicos terminarían pronto.

—Así es. Así es —dijo Pértinax pensativo—. Has dicho Juliano, ¿verdad?

—Sí, Didio Juliano —se apresuró a responder el prefecto.

—Lo conozco bien. Es un hombre muy rico. Me sucedió como cónsul hace unos años.

—Y os admira, césar —mintió.

Pértinax miró con sorpresa. Sabía que Juliano solo admiraba sus riquezas, pero no estaba en posición de criticar al único senador que se había mostrado dispuesto a ofrecer su dinero para evitar la bancarrota. La mayoría esperaba comprar objetos de lujo a bajo precio, para especular con ellos e incluso lucrarse de la difícil situación que atravesaba el Estado. Mientras pensaba, Leto lanzó el ataque final:

—Sé que quiere quedar bien con su futuro yerno y su hija. Bastaría con que los recibierais en palacio a los tres. Serían solo unos minutos y ganaríais un importante aliado en estos difíciles momentos.

Eclecto estaba totalmente descolocado. Él era el camarlengo, el más apropiado para aconsejar al césar, pero Leto estaba usurpando completamente ese papel. Y lo peor de todo es que lo estaba haciendo muy bien. Le molestó que se tomara tantas libertades, que ocupara esferas de influencia que solo estaban reservadas a él. Pensó que quizá fuera una refinada venganza por haber asumido él, a su vez, la prerrogativa de defender al césar dentro del Senado. Sabía que Leto no perdonaba ni siquiera las ofensas involuntarias. Pero, si así se sentía

satisfecho, mejor para todos. No quería tenerlo como enemigo en ninguna circunstancia. Pensó que Pértinax tenía toda la razón. No te ofende aquel a quien no le permites que te ofenda. Descubrió que le daba exactamente igual que ahora Leto tomara el papel de consejero. Nadie iba a quitarle su sitio y Pértinax confiaba plenamente en él. Empezó a pensar que Pértinax no era un viejo estúpido, como muchos creían, sino que, en algunas ocasiones como esta, hablaba por su boca la sabiduría de Marco Aurelio. Se sintió feliz y liberado. Aquella intervención de Leto no mermaba en ningún caso sus indudables cualidades como consejero. Reaccionó sin rencor, disculpando por completo aquella intromisión en sus competencias. Esa desafección estoica le permitió apoyar las palabras del prefecto sin reservas:

—Leto lleva toda la razón, césar. Es una ocasión de oro.

A Leto le agradó la ayuda y le hizo gracia aquello de «ocasión de oro». Efectivamente, si algo le sobraba a Juliano era oro.

—Concierta una cita con los tres —dijo a Eclecto—. Asistirán también mi mujer y mi suegro, para que el encuentro sea aún más familiar.

Ahora sí, Leto, plenamente satisfecho, dejó que el camarlengo cumpliera con sus funciones.

—Sabia decisión, césar. Estoy seguro de que Eclecto planificará ese encuentro a la perfección.

Todos sonrieron satisfechos, pero el prefecto del pretorio estaba doblemente satisfecho.

Pértinax estaba casado con Flavia Ticiana, pero aquel había sido, desde el principio, un matrimonio de interés. La pareja se llevaba bien, aunque hacían vidas aparte. Toda Roma lo sabía y al propio césar no le había importado reconocerlo delante del propio Senado. Por eso, la plebe se divertía haciendo chistes sobre la esposa y su amante, un citaredo, un músico que tocaba el arpa y que la deleitaba siempre que la esposa deseaba amenizar sus largas noches en soledad, mientras el marido trabajaba, viajaba o dormía, que eran las actividades que, según ella, lo ocupaban por completo. Aquella mujer era hija de Flavio Sulpiciano, un buen amigo de Pértinax, más o menos de su edad, que se la había ofrecido en matrimonio para afianzar así una alianza política y social en la que ambos ganaban. Suegro y pareja entendían y aceptaban así la situación, desde hacía tiempo, sin más pretensiones. El matrimonio mantenía una relación que estaba asentada en el interés de los hijos y la protección del patrimonio familiar antes que en los verdaderos sentimientos humanos.

Juliano conocía aquella circunstancia y no le parecía extraña. Sin ir más lejos, el enlace que ahora iba a producirse entre su hija Didia Clara y su futuro yerno Cornelio Repentino era también una boda de interés. Y para sellarla de forma más sólida aún, el rico senador deseaba algo más que la mera exhibición de una fortuna fabulosa. Quería también impresionar a su yerno. Convencerlo de que él, el riquísimo Juliano, era también un hombre de la máxima influencia política, conocido del propio césar, a cuyo palacio imperial asistía como si fuera un amigo íntimo suyo. Cuando el atriense, el fiel Herodiano, les ayudó a descalzarse y les ofreció ropa más cómoda, no quedaron impresionados lo más mínimo, a pesar de que todos en palacio se habían esforzado por ofrecerles lo mejor. Después de que los esclavos les lavaran las manos y los pies con agua aromatizada con azahar y romero, tampoco les llamó la atención el lujo escultórico de las estancias o los ricos tapices que la decoraban. Juliano y su familia estaban acostumbrados a mucho más. Pero lo que sí les impresionó fue la guardia pretoriana custodiando cada rincón de palacio, cada sala, con sus uniformes brillantes de gala, la sensación de protección, de seguridad, que emanaban todas las estancias. Por los anchos pasillos vigilados por obedientes pretorianos, Juliano sí caminaba realmente gozoso, pavoneándose como un dios, convencido de que merecía de sobra todo aquel despliegue marcial y mirando, de vez en cuando, a su

yerno con gesto altivo, como diciéndole: ¿Te das cuenta de la suerte que tienes, joven? ¿Has visto quién soy yo, qué suegro más maravilloso, rico y poderoso vas a tener? Y el joven, ambicioso como él, envidioso y acomplejado, más bajaba la cabeza aún, y más sonreía ante el gesto soberbio de su suegro, que ahora se complacía echándole un brazo sobre los hombros, como invitándolo a aquel banquete de arrogancia del que la familia de Juliano se estaba atiborrando.

Penetraron en una amplia sala con lujosos triclinios en forma de U donde ya los esperaban Pértinax, Sulpiciano y Flavia. Los lechos se habían dispuesto alternativamente, de forma que Flavia pudiera hablar más fácilmente con la hija de Juliano, Sulpiciano con su prometido y así quedar aquel riquísimo senador en el puesto más cercano al emperador.

—Buenas tardes, Pértinax.

Lo dijo con familiaridad, sin emplear los títulos de césar o dómine, para evidenciar más aún su soberbia. Miró por un momento al yerno y enseguida escuchó la bienvenida del emperador:

—Bienvenidos. Es un placer contar con vuestra compañía. Sentaos.

Los invitados tomaron asiento en los triclinios asignados y mientras intercambiaban las primeras palabras de saludo, los esclavos comenzaron a servir el famoso *mulsum*, a base de vino y miel, para traer enseguida los primeros platos.

La *gustatio* era fresca y variada, a base de lechuga, olivas, rábanos, puerros, alcachofas y huevos duros envueltos en hojas de ruda.

Juliano miró toda aquella comida con displicencia. Sulpiciano se atrevió a recomendarle:

—Probad, Juliano, las acederas aliñadas con este vinagre de Piceno. Es excelente.

El rico senador exhibió una sonrisa sardónica. Estaba acostumbrado a manjares más refinados, como las mejores croquetas de jabalí engordado con higos secos, vino y miel o las trufas, champiñones, almejas y ostras de la mejor calidad. No le gustaba el vinagre, por considerarlo áspero y vulgar, y, por eso, solía aderezar la *gustatio* con miel de dátiles. Pero no quería ofender a sus anfitriones. Al menos no por el momento.

—Por ahora me basta el vino, Sulpiciano. Me reservo para la *prima mensa*.

La esposa de Pértinax quiso ser también amable con el rico senador:

—También podéis tomar vino dulce, vino dorado del Ática, cerveza egipcia o vino aromatizado con ajenjo.

Juliano sonrió para sus adentros. ¡Beber cerveza o vino dulce! ¿Pero entre qué panda de palurdos estaba? ¿Cómo era posible que aquella familia de garrulos hubiera llegado a lo más alto del Imperio? Definitivamente, Roma estaba degenerando. Esta vez no se aguantó,

pero respondió con sutileza, para evidenciar ante todos, y ante Flavia Ticiana la primera, que su paladar estaba destinado a productos más exquisitos.

—Con este vino es suficiente, señora. Como agradecimiento a su amabilidad les haré llegar algunas botellas de mi mejor *conditum paradoxum*. Es un delicioso vino mezclado con miel, pimienta negra, laurel, dátiles, lentisco y azafrán, todo ello en su proporción justa. En ocasiones, cuando el tipo de manjar que le acompaña requiere una mezcla más homogénea, mis esclavos me hacen una variedad exquisita con agua de mar, colofonia y brea. Os haré llegar de las dos.

—Gracias —respondió escuetamente la esposa de Pértinax que, apenas iniciada la cena, estaba ya deseando retirarse de la cercanía de aquel presuntuoso y refugiarse en brazos de su citaredo.

La hija de Juliano, que conocía la soberbia y grosería de su padre por sufrirlas diariamente y por compartirlas, ya que ella era del mismo temperamento, no olvidó que estaban sentados a la mesa del césar y quiso elogiar los primeros platos:

—La *prima mensa* es exquisita, Ticiana, muy bien presentadas la col, albóndigas, y habas con jamón. Me encanta además ese cabrito de leche acompañado de espárragos camperos y huevos.

Por lo menos aquella niña mostraba más educación que el padre, pensó la esposa de Pértinax. Siguieron hablando las mujeres y ya no intervinieron más en la conversación de los varones, que pronto derivaría por los escollos de la política. El primero que atacó, no al cabrito de leche, sino al asunto más importante que le había llevado allí fue Juliano:

—Agradezco mucho esta invitación, Pértinax. Ha sido una ocasión perfecta para presentarte a mi futuro yerno.

—Tengo gusto en ello, senador —respondió el césar—, y estaré muy feliz de que la boda de tu hija cuente con el carruaje más lujoso de palacio, porque, más allá del hecho en sí, has sido generoso a la hora de paliar la bancarrota del Estado.

Juliano estaba feliz, aquel viejo ignorante no se daba cuenta de que no se trataba de generosidad, sino de inversión. Respondió directo, pero con fina impostura:

—Estoy aquí para ayudaros, césar —mintió—, para fortalecer vuestro poder en el Senado. Vos fuisteis muy generoso también al no aceptar para vuestra esposa el título de Augusta ni para vuestro hijo el de sucesor que os ofrecí.

—No debía aceptar esa propuesta, Juliano, aunque te la agradezco.

—Hicisteis bien, césar. Ahora, pensándolo más fríamente, veo claro que hicisteis bien.

El senador seguía mintiendo para engañarlo. Había decidido que convenía adularlo, para que cayera más fácilmente en la trampa que le

estaba tendiendo:

—Os adorna la sabiduría, Pértinax, y eso nos llena de ilusión y esperanzas a todo el Senado. Ahora veo que no era necesario aceptar esos nombramientos. Y los senadores hemos apreciado vuestra falta de ambición, vuestro deseo firme de servir a la patria, nada más. Hicisteis bien.

—Gracias, Juliano. Me agrada que lo comprendas.

—Pero ahora, césar, hay que pensar en que necesitáis hombres que os apoyen sin fisuras, como yo lo hago.

—Sí. Es cierto.

—Y en el Senado los hay, y los habrá cada vez más. Pero no olvidéis el ejército, césar. Hay dos cuerpos armados en la ciudad de Roma que debéis controlar y controláis. Uno es el de la guardia pretoriana, el más importante: el fiel Leto está al mando y con ese hombre estaréis seguro.

A Pértinax le sorprendió que Juliano apoyara a Leto. Los senadores desconfiaban de aquel militar, que había sido prefecto del pretorio también en tiempos de Cómodo. No se esperaba que a Juliano le gustara aquel nombramiento. Por eso preguntó:

—Pero, el cónsul Falcón no estaba de acuerdo en que Leto continuara en su cargo.

—Estaba equivocado —zanjó Juliano—. Estaba completamente equivocado. Es demasiado joven. No le hagáis caso. Sé que ya ha cambiado de opinión. Yo mismo le hice ver su error.

—Me sirve de mucho esa gestión que estás haciendo entre algunos senadores, Juliano —dijo Pértinax sinceramente agradecido.

—Y que seguiré haciendo, césar —dijo un Juliano que sabía ser agradable y lisonjero cuando era preciso—. Pero hay otro cuerpo armado en Roma, el comandado por el *praefectus urbi*, el prefecto de la ciudad, mucho menor, pero también importante. Hasta ahora estaba bajo vuestro mando. Ahora que vos habéis ocupado el puesto de emperador, el cargo ha quedado vacante. Hay que nombrar a alguien de vuestra máxima confianza. Y ese hombre no puede ser sino el propio Sulpiciano, aquí presente.

El suegro de Pértinax casi dio un salto de su triclinio. No esperaba aquella propuesta en una cena informal, pero el brillo de la ambición lo cegó ya desde entonces. Al césar también le había sorprendido aquella proposición. Entendió que tenía derecho moral y legal para disponer de ese cargo, que él mismo había dejado vacante. Si la moción se hubiera lanzado en el Senado, que es donde la esperaba, podría haber tenido más tiempo para pensar si su suegro era la persona más indicada o no dentro de su círculo de confianza. Pero dicho así, en aquella cena íntima y con Sulpiciano testigo de todo, le parecía que aquella idea era la más viable en las actuales

circunstancias. Respondió favorablemente.

—Lo veo bien, Juliano, pero no sé qué dirá el Senado al respecto.

—En la próxima sesión —aseguró Juliano— lo nombrarán formalmente. Lo garantizo. Siempre que vos, Sulpiciano, estéis dispuesto a aceptar el cargo —dijo mirando ahora al suegro del emperador.

—Lo aceptaré con gusto —afirmó.

¿Cómo no iba a aceptar él el cargo?, pensaba. El suegro de Pértinax estaba encantado, ilusionado de que por fin aquel matrimonio le trajera algo bueno. Por eso había respondido sin dudar:

—Pues no se hable más, y acabemos ya con este cabrito —concluyó Juliano sonriendo.

Todos comieron, pero el rico senador, que apenas probó su plato, se reía una y otra vez al recordar su último comentario: cuando proponía *acabar con ese cabrito*, no se refería a la comida que le habían servido aquellos palurdos, estaba pensando en Pértinax, en cómo acabar con él, en cómo sustituirlo por un emperador de verdad, un hombre de alcurnia, de dinero, de poder. Un hombre que supiera organizar al menos un banquete de categoría y no aquella merienda de plebeyos a la que lo habían invitado. Por eso, ahora que ya había conseguido su principal objetivo, se relajó un poco. El cargo que iba a ocupar Sulpiciano le serviría para minar la imagen virtuosa del césar; con este nombramiento podría propagar por todos los rincones de Roma que Pértinax colocaba a su familia en los principales puestos del poder, que iniciaba su reinado con el nepotismo de otros déspotas, sirviéndose de las estructuras del Estado para su propio beneficio. Sí. El objetivo estaba plenamente cumplido. Juliano se relajó un poco, se envalentonó y quiso censurar la pobreza de aquella comida delante de su yerno, que asistía a aquella reunión de altura como un mero espectador, sin atreverse siquiera a abrir la boca.

—¿No comes cabrito, Cornelio? —preguntó el futuro suegro.

—Sí, Juliano —se excusó—, es que estaba absorto en la conversación.

El joven era sincero, pero el senador había hecho la pregunta para humillar a sus anfitriones.

—Estos jóvenes de hoy solo están acostumbrados a lo bueno. No saben agradecer los dones sencillos que nos ofrece la naturaleza.

Pértinax estuvo a punto de creerse las palabras de Juliano y comenzar a hablar de la importancia de la sobriedad. Tuvo suerte de que el patricio siguiera hablando, ya casi en un monólogo cínico:

—Claro. Está mal acostumbrado —siguió el rico senador—. Cuando viene a mis propiedades puede elegir el plato, de entre todos los animales salvajes de pelo y pluma que poseo, de mis pajareras de aves de presa, de mis criaderos y viveros de agua dulce y salada donde se

encuentran las mejores anguilas y morenas, los más sabrosos rodaballos, las cigalas de mayor tamaño incluso que las que traen de Libia o Esmirna. Este muchacho se come mis excelentes truchas, que mis esclavos alimentan con higos secos para que les engorde el hígado. Y cuando prefiere carne, pide el exquisito asado de cerdo que preparan los mejores cocineros del Imperio, cebado en mis propiedades con higos secos, vino y miel, para que engorden incorporando ese delicioso sabor a sus carnes. En mi casa —prosiguió ya con evidente soberbia a pesar de la ironía—, todos los días se cocinan las recetas de Apicio. Los manjares más exclusivos. Cuando se me antoja, comemos sesos de ruiseñor, lenguas de flamencos, bogavantes y doradas, francolines y papafigos, ostras del Canal de la Mancha en salmuera. Nos reclinamos en un triclinio de rosas para deleitar no solo el gusto, sino también la vista, con espectáculos únicos; el oído, con los mejores músicos del Imperio; el tacto, por eso los siervos más hábiles nos masajean el cuerpo y lo relajan; y también el olfato, impregnando la nariz con las mejores fragancias. La comida es el culmen de todos estos placeres. Ayer mismo, sin ir más lejos —sentenció—, comimos vulvas de cerda rellenas del *garum* hispano más exquisito y aromatizadas con *silphium*.

Mientras el futuro suegro hablaba, Cornelio Repentino se había comido todo el cabrito, pensando que Juliano hablaba en serio. No se daba cuenta de que él había sido la excusa perfecta para humillar a sus anfitriones, para echarles en cara la sencillez de los platos, su falta de estilo y de dinero. Cuando llegó la *secunda mensa*, los postres, nadie se atrevió a hablar de comida. Juliano gozaba con aquella feroz humillación, pero aún quería más. Por eso dejó en la mesa las uvas, peras y manzanas que le ofrecieron para centrarse en dos deliciosos pastelillos de miel. Pértinax se alegró de que su invitado mostrará placer al comer, al menos, el postre. Se sentía incómodo ante el relato de los platos exclusivos a los que estaba acostumbrado el senador, pero no ofendido, porque él no consideraba valiosa ni importante aquella retahíla de exquisiteces. Le bastaba la comida fresca y nutritiva, sana y bien cocinada. Por eso le alegró el último comentario de Juliano:

—Quiero agradecer tu hospitalidad y tu comida, césar. Por eso me despido ya. Solo quería que conocieras a Cornelio Repentino, mi futuro yerno, y le dieras algún consejo en esta vida matrimonial que se dispone a iniciar.

Juliano estaba disfrutando realmente de aquella reunión. Las palabras del césar lo llenaron aún más de orgullo.

—Joven —comenzó Pértinax como el orador que se dispone a iniciar un discurso moral—, vas a casarte con una rica patricia, hija de mi amigo Juliano, que fue colega mío en el desempeño del consulado

y que me sucedió hace ya muchos años en el ejercicio de otras valiosas magistraturas. Cuídala y respétala, pues te casas con la hija de mi colega y sucesor.

Juliano abandonó el palacio imperial henchido como un pavo real. Paseaba por las suntuosas estancias en dirección al más rico de los carruajes, pensando que él era el mejor hombre de Roma, que aquel palacio y aquella vida habían sido levantados para él, que toda la guardia pretoriana que lo honraba por donde pasaba, lo hacía por sus propios méritos. En su ensoñación de poder y de soberbia, pensó que todo aquello le pertenecía por derecho propio.

21. DIEZ VESTIDOS

Leto había preparado un despliegue especial para llevar los vestidos a las habitaciones de Servilia. Aquello representaba un gran triunfo para él, la demostración de que sus decisiones valían tanto o más que las del propio emperador. Así le resultaría más fácil ganarse la ayuda de aquella influyente mujer a la hora de desbancar a Pértinax.

—¡Qué maravilla!

La joven no pudo disimular su satisfacción al ver cómo los esclavos entraban y salían de sus habitaciones para colocar en orden aquellos maravillosos vestidos tal como habían sido expuestos para la subasta.

—¡Qué maravilla! —volvió a repetir.

Cuando los esclavos terminaron su trabajo salieron para dejar solos a Leto y Servilia. La mujer estaba exultante de gozo.

—Son preciosos, Leto, ¡y no son seis, sino diez!

El prefecto sonrió complacido. Así es como se forjan las lealtades, pensó.

—Aún no sé cómo has logrado salvarlos de la subasta —dijo mientras acariciaba la seda de uno rojo púrpura, impresionante.

—No ha sido fácil —contestó sin saber todavía cómo iniciar la conversación.

Servilia no solo tenía ojos para los vestidos, también se había dado cuenta de que Leto quería decirle algo, pero no sabía por dónde empezar. Entendió que, como de costumbre, tendría que ser ella quien tomara la iniciativa.

—¿Cuál quieres que me pruebe primero?

Se despojó de la túnica, a la vez que sacudía su pelo rizado y rubio para que le cayera sobre los pechos. Quedó casi desnuda a la vista de Leto, con una simple fascia de púrpura que le cubría el pubis. Servilia entendía que, cuanta más ropa se quitara ella, más desnudo quedaría Leto en su presencia. El prefecto no esperaba aquella visión y se demoró con fruición en el pelo abundante y rubio, rizado y voluminoso, que en otro tiempo, en las orgías de Cómodo, aquella mujer se hacía espolvorear en polvo de oro, como el propio césar, para parecer más divina y deslumbrante aún. Ahora, aquellos cabellos de oro cubrían escasamente los generosos senos, bien dibujados y, aunque los movimientos de la hetera eran muy medidos, bastaban para balancear sus rizos, que se paseaban voluptuosos por aquellas curvas perfectas de las que Leto no podía apartar su mirada.

—Vamos, Leto, decídete. ¿O es que no quieres que me pruebe ninguno?

El prefecto dejó de contemplar el ombligo de Servilia, que le parecía la copa de Eros, los bien torneados muslos, las caderas elegantes, para mirar, ahora sí, los ojos azules de la mujer, inteligentes, sarcásticos, expresivos. Entendió que tenía que reaccionar y quiso empezar por la verdad.

—Estaba admirando tu belleza, Servilia. Te he observado varias veces en las orgías de Cómodo y sabía que eras una de las concubinas más hermosas, pero nunca te había visto tan de cerca y con tanto detalle.

—¿Y te gusta lo que ves?

—Mucho.

—Eso está bien, Leto. A veces pienso que las personas deberíamos también desnudar nuestras mentes, al igual que nuestros cuerpos. Hablar de nuestras preocupaciones y deseos, de aquello que nos ronda la mente, con confianza, sin tapujos.

Servilia evaluaba la situación con más rapidez y certeza que el varón que la miraba perdido entre sus curvas. Se había dado cuenta de que había hablado de Cómodo y no de Pértinax. ¿Echaría él en falta, también, al igual que ella, aquellos tiempos de lujo y placer? ¿Era eso y su oposición al nuevo césar lo que le hacía ser tan reservado, a él que era el hombre con más poder en palacio? ¿Qué debía temer? ¿Qué reservas podía mantener ante ella, ante su cuerpo desnudo, si no era al único hombre que estaba por encima de él?

—¿Echas de menos los tiempos de Cómodo? —preguntó a bocajarro.

—Sí —respondió con sinceridad.

—Pero tú eres el prefecto, y ahora no tienes por qué limitarte a mirar como en las orgías de Cómodo. Ahora puedes acercarte sin temer la maza de Hércules con la que el anterior césar se complacía en golpear a cuantos se les antojaba. Eres el hombre más poderoso de palacio.

—El hombre más poderoso es el césar.

Al pronunciar esa frase, Leto la había mirado directamente a los ojos y Servilia entendió de inmediato que aquel nuevo emperador le estorbaba y que, por eso, no sabía cómo tantearla, cómo decírselo, ignorante de los vínculos o lealtades que ella pudiera tener frente a Pértinax. Sin duda le habría extrañado la actitud del césar aquella tarde, como le había extrañado a ella. Pero Leto no tenía de qué sospechar. Ella no mantenía ningún vínculo con ese viejo aburrido que había convertido el palacio en un cementerio sin orgías, sin borracheras, juego, drogas, como en los buenos tiempos, los que ella echaba de menos, tanto o más que Leto.

—El verdadero poder, el que a mí me interesa —respondió la hetera avanzando dos pasos y balanceándose con dulzura—, es el de

un hombre capaz de proporcionarme placer, diversión, lujos y vestidos como estos.

Leto estaba empezando a coger confianza. Veía, cada vez más claro, que había muchas posibilidades de que Servilia se pusiera de su parte. Quiso asegurarse yendo más allá, sin dejar de admirar aquellos senos que se balanceaban sin cesar.

—Pero Pértinax te ha concedido la libertad y un puesto de trabajo bien remunerado.

—No me considero en deuda con él. Era más libre y estaba mejor pagada en las fiestas de Cómodo.

Aquella frase, contundente y clara, era la que esperaba Leto. Ahora sí sabía cómo continuar la conversación:

—Echo de menos aquellas fiestas, donde todo estaba permitido. Sexo, drogas…

—¿Drogas? —preguntó Servilia—. ¿Llegaste a probar aquella extraída de un hongo alucinógeno griego que te hacía ver todo púrpura y multiplicaba por diez la potencia sexual?

—La del dios Príapo, la llamábamos los pretorianos.

Era la primera vez que ambos se miraban a los ojos, entusiasmados en el recuerdo de aquellos buenos tiempos, totalmente fusionados en sus deseos. Leto sonrió y miró de nuevo sus caderas, soñando con ser él, ahora, también un dios Príapo. Pero Servilia sabía que no era aún el momento. Quería indagar más.

—Haría cualquier cosa por volver a aquellos tiempos, Leto — soltó Servilia de repente, interrumpiendo los pensamientos lascivos que ya saturaban la mente y el cuerpo del pretoriano—. ¿Y tú, qué harías?

—Cualquier cosa —repitió Leto como un autómata.

—Y seríamos los reyes de las orgías —rio la hetera—. Tú serías como Cómodo y yo como su principal concubina, aquella Marcia que impresionaba a su paso a todos y acaparaba la mirada de los más obscenos.

—Sería maravilloso —repitió Leto, cuyas respuestas no se alargaban ya más de dos palabras.

—Buscas mi complicidad para ese bello sueño, ¿verdad, Leto? —preguntó ya la hetera con la verdad desnuda, sin ropajes, mientras acariciaba el rostro del prefecto con sus suaves dedos rematados en uñas de color púrpura.

—Sí —respondió el varón, no con dos, sino con una sola palabra, como hipnotizado por la suavidad de aquellos dedos púrpuras, los labios rojos como el vino y los ojos azules, enmarcados en un maquillaje celeste que los realzaba más, convirtiéndolos en irresistibles, plenos.

—Eliminar los obstáculos, ¿verdad, Leto?

—Sí —volvió a responder con una sola palabra.

—Cuenta conmigo —respondió la joven dando un paso atrás, dejando a Leto sorprendido, mirándola de nuevo embobado—. No habrá nada ni nadie que nos estorbe. No reconozco más poder ni lealtad que hacia el hombre que me ha regalado estos vestidos deslumbrantes, que me recuerdan tiempos mejores, que me garantizan una pequeña fortuna y me auguran placeres más intensos aún que los que disfrutábamos en tiempos de Cómodo.

Leto seguía mirándola, ya despojado de toda preocupación, entusiasmado por la inteligencia y la belleza de aquella mujer que ahora se recogía el pelo con ambas manos y dejaba, por fin, completamente al descubierto sus senos poderosos, las aureolas divinas como la salida del sol en los días más hermosos de la primavera. Y en ese ensimismamiento, el pretoriano tardó en percatarse del recorrido de la mano derecha de Servilia, rápida en apartar por completo la fascia de púrpura que apenas le cubría el pubis, para presentarse ante él completamente desnuda, girarse lentamente y dirigirse a su dormitorio mientras lo invitaba:

—Y ahora ven a mi cama, Leto, para que ambos vivamos un pequeño anticipo de aquellos buenos tiempos, que volverán… haremos que vuelvan…

22. LA HERMANA MAYOR

A Pértinax le gustaba tener noticias de Claudio Pompeyano, pero su amigo aparecía poco por el Senado debido a la edad y a su delicado estado de salud. Por eso Herodiano, el antiguo atriense de Pértinax y ahora guardián de las puertas de palacio, acudía con regularidad a casa de Pompeyano a hablar con él o, si no era posible, con la propia Clodia, que se había convertido en los ojos y oídos del anciano.

—Pompeyano está cansado y hoy no va a salir de su habitación —le explicó la joven.

Herodiano se había acostumbrado a hablar más con Clodia que con el propio Pompeyano. Y le agradaba aquella circunstancia. Le resultaba más cómodo dialogar con ella, liberta como él, pues la entrevista fluía más directa e informal. Además era una joven inteligente, buena conversadora, conocedora, como nadie podía sospechar, de los asuntos de la política y, sin duda, la persona de mayor confianza de aquel anciano que había sido yerno de Marco Aurelio.

—Espero que se mejore. Hoy especialmente me interesa más hablar contigo primero, Clodia. Se trata de tu hermana.

La joven se puso alerta. Estaba informada de que su hermana era una de las heteras de palacio, pero no sabía ni quería saber nada de ella. Eran tan diferentes como el día y la noche. En este caso, no un día y una noche que se suceden sin conflicto, como ocurre en la naturaleza, respetando sus tiempos y características. Su hermana era una noche que no respeta al día, que tiene celos de su luz, que busca destruirlo en todo momento y a toda costa.

—Bueno —matizó Herodiano—. Mi cometido es comprobar que efectivamente Servilia es tu hermana. Por eso he venido a preguntártelo.

—Sí. Servilia es mi hermana. ¿Por qué quieres saberlo?

La respuesta había sido abrupta, demasiado brusca, desacostumbrada en aquella joven educada y amable. Herodiano sacó varias conclusiones sobre la relación que podía haber entre ambas, como también habría sabido sacarlas Clodia, si hubiera estado en su lugar. Habló con toda sinceridad, como solía hacerlo con aquella mujer.

—Te lo contaré todo, Clodia, para que lo sepas y puedas orientarme. El césar había decidido vender los lujos y prostitutas de Cómodo. Servilia, para salvarse, adujo que era tu hermana y Pértinax, en atención a eso, la ha dejado en palacio como jefa de decoración.

La joven inspiró profundamente y se dirigió hacia una de las sillas sin respaldo que había en la estancia. El atriense se sentó frente a ella.

—Ya entiendo, Herodiano. Primero quieres saber si ha mentido o no. Luego quieres más, descubrir si es fiable o no, conocer a esa mujer y sus intenciones. Si solo quisieras comprobar lo primero, no habría hecho falta que me preguntaras directamente, sabiendo que esta conversación no va a ser de tu agrado ni del mío.

Herodiano siempre se sorprendía del alcance de Clodia, de su capacidad de analizar fríamente cada situación. Pero además, detrás de aquella capa de racionalidad, él percibía que había una mujer sensible y humana, castigada, como todos, por la experiencia humana, pero que había sabido aprender de ella. Por eso se había sorprendido de que tuviera una hermana tan diferente en cualidades y actitudes.

—Lamento incomodarte, Clodia.

—Pero es tu trabajo. Y además haces lo correcto. Debemos pensar en Pompeyano y Pértinax. La última vez que hablamos, coincidíamos en que no iba a ser nada fácil para ellos.

—Así es —corroboró Herodiano.

—Pértinax debe tener cuidado —soltó sentenciosa con la rapidez y potencia de un trueno.

—¿Cuidado?

—Sí. Debe tener cuidado con ella. Te lo explicaré con claridad, Herodiano. Quiero a Servilia. Agradezco que Pértinax la haya salvado. Es mi hermana de padre.

—Mediohermana, entonces.

—Medio o completa, ¡qué más da! Le deseo todo el bien del mundo, pero hay que tener cuidado con ella.

—¿Por qué?

—Porque está enferma.

—¿Enferma? Tiene un aspecto muy saludable.

—Enferma de celos, de envidia, de resentimiento.

—Ya entiendo.

—Mi hermana es una persona peligrosa. No la estoy criticando. No le deseo ningún mal. Pero me has preguntado, porque temes por Pértinax, y quieres la verdad.

—Así es.

—Le dominan la ira y la ambición. Desde pequeña es una persona acomplejada, a pesar de que no lo parezca, y mitiga sus complejos ridiculizando a los demás. Es soberbia y caprichosa. A pesar de sus cualidades, ambiciona y envidia lo que no tiene. Ha traicionado varias veces mi confianza y buscado mi ruina. Si actúa así contra una hermana, ¿qué piensas que puede hacer con los demás cuando le cieguen el lujo, los placeres o la ambición?

—Agradezco la sinceridad desnuda de tus palabras, Clodia.

—Y yo agradezco a Pértinax que la haya salvado, que le busque un trabajo digno, que se preocupe por ella. Lo agradezco más que si lo hiciera conmigo. Pero…

—¿Pero?

—Pero debe mantenerse alejado de ella. Y tú debes protegerlo.

—No me parece tan poderosa ni peligrosa…

—El peligro no tiene por qué venir directamente de ella; puede llegar a través de otros.

—¿Que la manipulen?

—O a quienes ella manipule.

Como de costumbre, Clodia le había dado una información valiosísima. Aquella mujer no solo entendía de política, de la opinión pública o del ámbito militar. Era una magnífica consejera en cuestiones de palacio, en sensibilidades e intrigas. Intuía de dónde podía provenir el peligro. Y lo avisaba, lo ilustraba, con una sagacidad admirable. Quiso Herodiano acabar aquella conversación para no incomodar más a su interlocutora.

—Gracias por la aclaración, Clodia.

Pero la joven dudaba, no estaba segura de que a Herodiano le hubiera llegado toda la información, de que hubiera comprendido la intención de sus últimas palabras. Por eso, aunque le dolía hablar de este asunto, quiso insistir:

—¿Has entendido, Herodiano, en su plenitud, el alcance de lo que te acabo de decir?

Aquella última apreciación sorprendió por completo al atriense. No era habitual que la joven hiciera una pregunta tan directa, tan arriesgada. Si no fuera porque su confianza en ella era completa, Herodiano podría haberse sentido incomodado, incluso podría haberle ofendido esa desconfianza, esa sospecha de que no había atendido o comprendido lo que Clodia quería decirle. Definitivamente, las entrevistas con aquella joven siempre lo dejaban admirado, pero hoy se sentía descolocado, fuera del contexto y tono habitual que solía mantener con aquella mujer.

—Sí, Clodia —le respondió muy tranquilo mirándola profundamente a los ojos, advirtiendo una inquietud que iba más allá de la conversación.

—¿Estás seguro?

El atriense contestó sin dejar de mirarla a los ojos azules, siempre profundos y calmos como el mar de verano, pero ahora encrespados por una súbita tormenta.

—Entiendo que corremos peligro de que sea manipulada o manipule a otros.

La joven respondió como un resorte:

—No a cualquier otro, sino a otros que estén cercanos al poder.

Herodiano guardó silencio concentrado en esa última frase. Sabía que el peligro siempre proviene de aquellos que se mueven en el entorno del poder, senadores, militares, libertos de palacio. Clodia lo vio meditar y quiso explicar aún con más claridad sus inquietudes:

—No me preocupan los cargos oficiales de palacio —continuó la joven—. Sé que vigilas en todo momento y eres muy eficiente.

—Gracias, Clodia.

—Sé que te encargas de abrir y cerrar las puertas de palacio, no todas. Solo las importantes.

Herodiano calló sin dejar de mirar los ojos de Clodia, de admirar su noble porte, a pesar de ser una liberta, sus labios finos y aristocráticos, su pelo recogido que permitía contemplar un rostro hermoso, lleno de inteligencia y carácter. La joven continuó hablando:

—Sé que Pértinax te ha encargado ese puesto porque solo confía en ti. Abrir y cerrar estancias no es oficio indigno. Es la única garantía de que tu hombre de confianza sepa quién entra y sale en todo momento, quién tiene acceso, con quiénes se reúnen las personas importantes de palacio, qué dicen…

—Yo no escucho detrás de las puertas —mintió Herodiano, divertido por aquella exacta reflexión, sonriendo para darle así a la joven la razón no con las palabras, pero sí con los gestos.

Clodia se relajó un poco con ese inteligente sentido del humor que siempre mostraba el atriense, el fiel guardián de las puertas de palacio. Quiso, no obstante, fiada en esa confidencia, en esa conjunción de intenciones y voluntades, hablar ya sin tapujos y soltarlo todo de una vez:

—Vayamos al grano, Herodiano. El guardián de las puertas de palacio es el hombre de más confianza y más cercano al césar.

—Sí.

—Es decir, tú eres el más cercano. El objetivo número uno. El hombre a quien los enemigos de Pértinax querrán controlar.

—¡Nadie me va a controlar!

—¿Ni siquiera una mujer? ¿Una acostumbrada a seducir a los más duros? ¿Una que no conoce el fracaso, que sabe engatusar y controlar a senadores e incluso emperadores?

—¿Como Servilia?

—Por ejemplo.

Ahora era cuando Herodiano había comprendido en plenitud cuáles eran los temores de Clodia: que él pudiera caer en la trampa de Servilia, que pudiera bajar la guardia, descuidar la vigilancia, fallar en la protección de Pértinax. Pero había, en los ojos azules de Clodia, algo más, una inquietud que él pretendía descifrar ahora, mirándola como quien lee en el libro abierto de la vida y el amor. La joven bajó la mirada de repente. Era la primera vez que le desviaba la vista en las

largas conversaciones que había mantenido con ella. En aquellas ocasiones, siempre se miraban a los ojos, sonreían y hablaban como cómplices, como camaradas unidos en una misma misión, en la defensa de hombres como Pompeyano o Pértinax, que eran la esperanza de Roma, pero ahora, por primera vez, Clodia bajaba la vista. ¿Quizá por sentirse descubierta? ¿Es posible que no quisiera descubrir en su mirada que también temía por Herodiano? ¿Por perder a su gran amigo y confidente? ¿O era más que amistad lo que preocupaba a Clodia?

—No me seducen tanto los cuerpos como las almas —sentenció Herodiano.

La joven miró de nuevo al atriense, con intensidad, al escuchar sus palabras y entonces, sí, Herodiano descifró por primera vez en las pupilas de aquella hermosa joven la dulzura de quien se preocupa por el ser amado. Se sintió vulnerable, transparente, ilusionado por pensar que aquel temor de Clodia no se ceñía exclusivamente a Pértinax y su seguridad. Creyó que los sentimientos de la joven incluían una preocupación por él, por sus emociones, por la intimidad que ambos compartían. ¿Podía ser aquello amor? O, en todo caso, ¿podría ser aquello algo que se pareciera al amor? Herodiano se dio cuenta de que la admiración que sentía por Clodia era, desde el principio, algo más que camaradería o amistad. Se dio cuenta de que se detenía en sus ojos, en la dulzura de su rostro, en sus manos pequeñas y proporcionadas, en su figura esbelta, sencilla, que ella procuraba que pasara inadvertida, pero que él miraba, ya conscientemente, con deseo y pasión. Clodia lo había notado al instante. Nunca hasta ahora habían hablado de este tipo de intrigas, de la seducción, de las maniobras de las heteras para alcanzar el poder, del uso del sexo como instrumento de control político. Ahora estaba leyendo en los ojos de Herodiano la profundidad de sus sentimientos, y se alarmó. No quería desvelar el atractivo que siempre le había despertado aquel hombre, la atracción que sentía por él. Por eso se sintió descubierta y quiso replegarse antes que caer vencida en la batalla. Se levantó de golpe, de una forma tan súbita e inusitada en ella, que al atriense apenas le dio tiempo a escuchar mientras salía de la estancia:

—Pues procura, Herodiano, que no te seduzcan cuerpos ni almas a la hora de proteger al césar.

23. EL SENADOR LASCIVIO

Leto estaba entusiasmado con Servilia. Veía que, con su ayuda, volverían los viejos tiempos del placer y la buena vida. Ella le revelaría los puntos débiles de Pértinax. Le ayudaría a acabar con él. En el lecho, completamente relajado, pensaba que el futuro le iba a reparar mejores momentos incluso de los que ya había vivido con Cómodo. Más libre, más poderoso aún. Ahora ese sueño podría hacerse realidad con un emperador títere, uno menos peligroso que Cómodo, uno que no pensara por sí mismo como Pértinax. Necesitaba un candidato cobarde y vicioso que poner al frente del Imperio y que pudiera controlar con facilidad. La hetera parecía leerle el pensamiento:

—No lo dudes, Leto —dijo despacio mientras acariciaba suavemente el pecho desnudo del pretoriano—, le buscaremos un buen sustituto a este viejo…

—¿Uno bueno?

—Sí. Con uno bueno quiero decir uno tonto, pusilánime, cobarde. Uno blando ante los placeres, influenciable, que nos permita controlarlo con facilidad, uno que ocupe el trono como un muñeco de paja. Pero tú serás el emperador en la sombra.

A Leto le encantaba aquella mujer. Su inteligencia, su convicción, su atractivo irresistible. Pero aún tenía dudas:

—No sé dónde buscarlo.

—Tiene que ser senador.

Servilia llevaba razón. No entendía del ámbito militar, pero estaba versada en las intrigas de palacio.

—Solo confío en Juliano; ya te he hablado de él.

La hetera estaba ya al corriente de las inmensas riquezas de aquel senador que no había dudado un instante en gastar doce millones en carruajes y vestidos. Conocía a aquel hombre de vista, como conocía a casi todos los hombres importantes de Roma, y le agradaba que hubiera establecido una alianza con el prefecto.

—Sí, pero Juliano es rico y poderoso. Podremos manejarlo, sin duda, aunque es preferible que él ocupe, como tú, un lugar en la sombra: él desde el Senado, tú desde la guardia pretoriana. Te convendría mejor un candidato más estúpido, menos poderoso.

—Sí —Leto asentía con la cabeza—. Hay otros de los que se rodea Juliano, algunos senadores afines a su persona, que lo siguen como si fueran perros esperando un hueso.

—Jaja —rio Servilia—, ¿cómo se llaman esos perritos?

Leto sonrió. Le excitaba la risa sugerente de aquella mujer que lo envolvía en un rumor de olas y espuma. Le recordaba los años de su niñez en Nápoles, a orillas del mar.

—Falcón y Lascivio.

—¿Lascivo? —quiso jugar con las palabras Servilia.

Rio el pretoriano volviéndose hacia la hetera y celebrando su sentido de humor.

—Se llama Triario Materno Lascivio, pero llevas razón — volvió a reír—, dicen también que es muy lascivo.

—Para hacer honor a su nombre —añadió Servilia—. Estos aristócratas siempre quieren hacer honor… ¿Y el otro?

—Falcón. Ese me criticó el primer día en el Senado —recordó Leto —, pero Juliano me ha dicho que está bajo su total control y que ahora me apoya. Aquella intervención tenía como objeto hundir a Pértinax.

—Y ojalá lo hubiera hundido —remató la hetera llena de resentimiento e ingratitud hacia el hombre que le había regalado la libertad—. Pero sigamos con el lascivo. Creo que es tu mejor candidato.

—¿Seguro?

—Has dicho que es cobarde y vicioso, del círculo de Juliano, y nunca se te ha opuesto.

—Cierto.

—Pues ya está, ahora será también nuestro perrito.

—¿Cómo podré convencerlo para que acepte?

—No hay que convencerlo, hay que obligarlo.

Leto era de la misma opinión que Servilia. Habría que obligarlo, lo difícil es que cayera en la trampa.

—Es difícil sacarlo de su villa o del Senado. Es difícil que acuda a mi cita.

—Porque tú no lo citarás.

—¿Cómo va a venir entonces?

—Yo haré que venga.

Leto, siempre ingenioso a la hora de urdir intrigas, estaba sobrepasado por la seguridad de Servilia, por su capacidad para superar cualquier obstáculo. Dejó que fuera ella la que tejiera el plan:

—¿Cómo?

La mente de Servilia trabajaba rápido, calculando todas las posibilidades, eficaz y segura, siempre que se tratara de maquinar crímenes o inventar nuevos vicios:

—Tú no debes exponerte, Leto. Imagina que ese cobarde no quiere que lo nombremos emperador. Sabe que existe el riesgo de que Pértinax lo descubra. Parte de la guardia pretoriana, lo sabes bien, le es fiel. Por eso tú no debes exponerte.

—Llevas toda la razón, Servilia.

—Por eso seré yo quien lo cite. Si es lascivo, no perderá la ocasión de acostarse con una de las mejores concubinas de Cómodo.

La joven percibió de inmediato, en el brillo de la mirada de Leto, la pasión escondida de unos celos incipientes. Quiso aclararlo todo desde el principio, para que no hubiera error. Cualquier desliz una vez iniciado el camino del crimen podría ser fatal.

—No te preocupes, Leto, tú serás el que siempre me tengas en tu cama.

—Ya lo sé, Servilia —quiso disimular al verse descubierto.

—Solo te amaré a ti, pretoriano. Me reservaré para ti. Pero no olvides que el sexo es un instrumento de poder.

—Sí.

—A Lascivio —y ahora sí empleó su verdadero nombre— no le dará tiempo a mucho. Apenas a admirar unas formas, a acariciar una piel que nunca será suya, a admirar una sonrisa hecha de impostura y disimulo.

Leto quedaba totalmente tranquilo, pero estupefacto ante la inteligencia de aquella mujer, ante su desmedida ambición, exenta de cualquier tipo de escrúpulos. Cada vez le gustaba más. Pero le inquietaba que fuera capaz de leerle el pensamiento: aquella concubina tenía un poder sobrenatural, como el de la bella Circe, que fue capaz de encandilar al propio Ulises.

—Piensa, Leto —remató la hetera—, que, cuando yo me quito la ropa delante de estos senadores es como cuando tú te pones la coraza para desfilar junto al césar. Ponerse o quitarse ropa son dos formas opuestas de realizar el mismo trabajo. Me llevaré a la cama a ese tal Lascivio. Vendrá sin dudar. Tú esperarás a que estemos desnudos en el lecho para entrar con un par de pretorianos. Pero llevarás oculto el rostro.

—¿Para qué?

—Para que no te reconozca, si algo sale mal.

—Muy buena idea.

—Piensa —explicó Servilia— que ese senador es un cobarde. Si quiere huir y denunciar el hecho, al menos que no sepa que has sido tú. Eso te permitiría continuar en las intrigas y en mi cama —le dijo con mirada provocadora.

—¿Crees que aceptará el trono? —dijo el pretoriano pensando en todos los detalles de la conjuración.

—No lo sé. Le haremos una encerrona. Y si no acepta, no podrá escapar.

—Y si me pide tiempo para pensárselo —preguntó el prefecto, que conocía las respuestas dilatorias que solían usar los senadores.

—Cuando tú hayas entrado con los pretorianos, yo me iré y él se

quedará en la cama. Manda que le hable un hombre de confianza tuyo. Tú permanecerás en silencio, para que no te reconozca la voz, con una capucha militar que te tape todo el rostro. Si te pide tiempo para pensarlo, dáselo.

—Le dejaré guardias para que no pueda salir de la habitación.

—Y desnudo —contestó la concubina—. Cuando yo me vaya, déjalo en la habitación sin ropa, completamente desnudo. Así, el digno senador, el honorable aristócrata, no podrá escapar hasta que te conteste. ¿Te imaginas a un senador, un padre de la patria, corriendo desnudo por las calles de Roma?

Rieron ambos y volvieron a jugar dentro de las sábanas.

Ambos, la hetera y el senador estaban completamente desnudos cuando entraron los pretorianos. Tausio y Bellátor iban con la cara descubierta, pero detrás esperaba Leto, con uniforme de soldado raso y una capucha que le tapaba el rostro. No habló en ningún momento. Tausio tenía todas las instrucciones.

Lascivio corrió hacia el montón de ropa que había en el suelo para coger al menos un puñal, pero el filo de la espada de Tausio le cortó el camino.

—Quieto, senador.

Lascivio no se movió, rodilla en tierra, desnudo e inerme, esperó el desenlace de aquella súbita aparición.

—Vuelve a la cama —ordenó el pretoriano.

Bellátor no hablaba, pero no dejaba de mirar a Servilia, comiéndosela con los ojos. Los pretorianos que había elegido Leto estaban al tanto de todos los detalles. Sabían que aquella mujer era un señuelo, que era la amante del prefecto y que había que respetarla en todo momento, pero Bellátor no podía apartar su mirada fija, de loco, clavada como un garfio sobre el cuerpo desnudo de aquella hermosa concubina. Ella, por su parte, se complacía al ver el deseo que despertaba en aquellos rudos soldados, por eso se tapó despacio con la sábana, como quien corre lentamente, sin prisa, una cortina, hasta llegar a su cintura. Ahí la detuvo, dejando sus senos al descubierto. Miró entonces a Leto y el prefecto, a pesar de la distancia, la notó excitada y la vio sonreír, provocadora, dueña por completo de aquella situación, sin más armas que las de su cuerpo desnudo. Suficientes.

—Vuelve a la cama —repitió Tausio.

El senador, aterrorizado, no se había movido a la primera orden. Ahora no dudó en obedecer. Lentamente retrocedió y, en el momento en que se sentaba tembloroso en el lecho, la hetera se levantó por el otro lado de la cama y recogió sin prisa su ropa, agachándose como si fuera Afrodita salida del mar. Acaparó por completo las miradas de aquellos cuatro hombres, pendientes solo de su cuerpo y sus movimientos, a la espera de dilucidar qué iba a pasar allí cuando ella saliera. Así lo hizo por la otra puerta del aposento, sin detenerse a ponerse su vestido, para no alargar más aquella escena que ya estaba incomodando en exceso a Leto.

Solo cuando la concubina cerró la puerta, aquellos pretorianos pudieron continuar con su misión:

—Lascivio —soltó Tausio como un mazazo—, estos y más placeres

podrás disfrutar si aceptas nuestra propuesta.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Crees que lo que ha pasado aquí hoy es casual? —respondió Tausio con otra pregunta.

Lascivio se serenó. Pensó un poco, ahora que podía pensar. Entendió que, si conocían su nombre, sabían también que era senador y patricio. Aquellos hombres no estaban allí para matarlo. De ser así, ya lo habrían hecho. Deseaba saber qué querían proponerle:

—¿Qué queréis de mí?

—Que aceptes el Imperio.

—¿El Imperio?

—Queremos llevarte al campamento pretoriano y nombrarte emperador.

—Pero ya tenemos un emperador —contestó ingenuo el senador.

—Morirá. Y tú serás el nuevo césar.

Lascivio se asustó. ¿Cómo era posible que aquellos soldados no supieran que ese plan era una locura? El Senado no lo aceptaría. El pueblo menos. El ejército que protege las fronteras podría levantarse al ver asesinados a dos césares en tan escaso lapso de tiempo. Quiso ganar tiempo.

—¿Puedo vestirme?

—No.

Aquellos hombres sabían lo que hacían aunque su plan fuera suicida, pensó Lascivio. Uno permanecía callado con la cara tapada, posiblemente el jefe, aunque tenía uniforme de soldado raso. El otro, que parecía mudo, tenía cara de animal y le daba miedo cómo lo miraba. El único que le hablaba sabía muy bien lo que tenía que hacer y contestar. Sintió más miedo aún. Estaba en una situación sin salida. Si se negaba, lo matarían sin dudar. Si aceptaba, estaba seguro de que no llegaría vivo a la noche. Maldita la hora en que decidió salir de sus posesiones, sin escolta, detrás de aquella furcia que lo había vendido.

—¿Qué contestas? —le apremió.

Lascivio respiró hondo para controlar su pánico. Tenía que pensar algo. Ganar tiempo como fuera.

—A ver —quiso aparentar una serenidad que no tenía—. Si lo he entendido bien, queréis nombrarme emperador.

—Así es. ¿Aceptas?

—Pero, si ni siquiera me conocéis.

—Sabemos lo suficiente de ti, Lascivio. Los pretorianos solo queremos recuperar nuestros privilegios, disfrutar de mujeres y vino, revivir los buenos tiempos de Cómodo. Sabemos que tú eres de su cuerda. Te gustan los banquetes, el lujo, las orgías, las drogas, la buena vida, ¡por Zeus! —clamó Tausio en un grito que parecía de ira, pero que era su forma habitual de hablar.

El senador dio un respingo de la cama y se sintió más intimidado aún. Aquellos hombres conocían bien sus gustos pero a él le aterrorizaba que pudieran matarlo en cualquier momento.

—¿No es así? —insistió Tausio—. Te hemos visto en todas las orgías.

—Claro que es así —contestó lleno de pavor—. Me gusta la buena vida.

—Pues ya está —zanjó el pretoriano—. Tú serás el emperador y nos darás todo eso. No hay más que hablar.

—Necesito un poco de tiempo para pensármelo —dijo el senador, con el rostro blanco como la sábana, a punto de entrar en pánico, sin saber si lo iban a matar allí mismo o no.

—Lo sabía —confesó Tausio en su ingenuidad.

El senador se tranquilizó un poco al ver que sus captores habían pensado en esa posibilidad. Si esperaban esa respuesta le darían algo de tiempo, el suficiente como para poder pensar en una solución, para mantenerse vivo algunos minutos más, quizás horas, buscando un hilo de esperanza que lo salvara de aquella situación desesperada. Guardó silencio y el pretoriano continuó:

—Sabía que necesitarías tiempo para decidirte. Pero no podemos darte mucho. Tienes hasta la noche.

—¿Hasta la noche? —preguntó aliviado.

—Sí. Te quedarás aquí, solo, con las puertas cerradas y sin ropa de ningún tipo, para que no se te ocurra marcharte.

—No lo haría, pretoriano —contestó el patricio que parecía haber recuperado el pulso—. Como senador y candidato vuestro que soy os debo una respuesta. Y la tendréis.

—Tienes de tiempo hasta la caída del sol.

—De acuerdo.

Lascivio se apercibió ahora de que no había ropas ni telas en aquella habitación. Sí muebles valiosos, sillas, un par de lujosas mesas y un lecho, pero no había más prendas que las que habían traído la hetera y él, además de las sábanas de la cama. Se dio cuenta de que se llevaban su ropa y sus efectos personales.

—¿Os lleváis mi ropa?

—Sí. Así no se te ocurrirá escapar.

—No puedo quedarme aquí, desnudo.

—Te traeremos ropa cuando volvamos, al anochecer. Mientras tanto habrá guardias apostados en cada una de las puertas, con la orden de matarte si intentas escapar.

—No te preocupes, pretoriano. Soy un senador de Roma y he dado mi palabra. Solo necesito un poco de tiempo para pensar —dijo, aunque apenas le salía la voz del cuerpo.

—Recuerda. Hasta el anochecer.

—Dejadme al menos la túnica.

—No, Lascivio. Te quedas así, como tu madre te trajo al mundo —dijo sonriendo, divertido por el apuro que estaba pasando el senador.

Leto golpeó las puertas y estas se abrieron al momento. Bellátor salió el primero, para sacar de la estancia tanto la ropa de cama como la del senador. Salió después el prefecto y por último Tausio, que dijo a modo de despedida:

—Hasta el anochecer.

Lascivio avanzó hacia las puertas cerradas y se detuvo solo y desnudo en aquella lujosa estancia, cerca de las hojas de bronce que lo encerraban, tan cerca de la salida que pudo escuchar las últimas palabras que pronunciaron aquellos pretorianos.

—¿Y si no acepta?

—Lo cortaremos en trocitos pequeñitos para dar de comer a los peces del Tíber.

Y las risotadas de aquellos hombres se le metieron en el cuerpo hasta darle escalofríos.

—¡¿Un senador desnudo corriendo por las calles de Roma?!

Si no fuera el propio Herodiano quien le estuviera contando aquello, Pértinax no lo habría creído nunca.

—Ha llegado completamente desnudo a palacio —explicó el atriense—. Los pretorianos lo detuvieron en las puertas; no sabían qué hacer. He salido de inmediato y le he dicho a uno que se quitara el capote militar y se lo pusiera al senador. Ahora está en la sala contigua, esperando a que lo recibáis.

—¡Que entre! —respondió Pértinax completamente perplejo.

Y entró el senador Triario Materno Lascivio, patricio de alta alcurnia, semidesnudo, con un capote militar que apenas lo tapaba, descalzo y muerto de miedo.

—¡Por todos los dioses, Lascivio!

El miedo no había paralizado su lengua, sino todo lo contrario. Aquel hombre, acobardado y humillado, comenzó a hablar con más soltura que si estuviera pronunciando un discurso en el Senado.

—Quieren derrocaros, césar. Me han encerrado en una habitación, desnudo para que no pudiera escapar. Querían obligarme a aceptar el Imperio. He saltado por la ventana, corrido desnudo por las calles de Roma, hasta llegar aquí, a contároslo, césar, a pedir que salvéis mi vida…

Pértinax reaccionó de inmediato. Detuvo la verborrea de Lascivio con una mano y avanzó varios pasos hacia la puerta cerrada para decir:

—Herodiano, llama a Leto. Y trae una toga.

—Sí, señor —respondió el guardián de las puertas desde el otro lado.

—Lascivio —dijo ahora a Pértinax, que quería información clara y rápida—, ¿quiénes son los conspiradores?

—Pretorianos.

—¿Quién los comanda?

—Un encapuchado. Ni le he visto el rostro ni he oído su voz. Hablaban dos pretorianos.

—¿Qué te han dicho?

—Que aceptara el Imperio. Me han dicho que tú ibas a morir, que no les sirves como emperador, que desean uno que no les robe los privilegios de antaño, que traían dos cosas, una en cada una de sus manos, en una el Imperio, en otra la muerte, si no lo aceptaba.

—¿Y tú qué has hecho, Lascivio?

—Me he cagado de miedo, césar. Literalmente.

De haber sido otra la ocasión, Pértinax se habría reído, pero ahora estaba muy serio.

—¿Qué les has respondido?

—Para ganar tiempo y poder avisaros, les he dicho que me lo tenía que pensar.

—Has hecho bien. ¿Y qué más?

—Nada. En cuanto me han dejado un instante solo, he saltado a un patio de la casa y he escapado por la ventana de la cocina. No he parado de correr hasta llegar aquí.

—¿Te han desnudado para impedir que escaparas?

—Bueno, no exactamente.

—No entiendo nada, Lascivio —clamó Pértinax.

—Acudía a una cita.

—¿Por eso estabas desnudo?

—Sí, césar.

—Ahora lo entiendo.

En ese momento Herodiano golpeó la puerta y dijo:

—Leto le espera, señor.

—¡Que entre!

Cuando se abrieron las puertas y el prefecto del pretorio vio allí dentro a Lascivio, semidesnudo, con un basto capote militar cubriéndole los genitales, se quedó tan sorprendido que no supo cómo reaccionar. Se detuvo en el umbral desconfiado, sin saber qué estaba ocurriendo allí, si habría o no soldados detrás de él dispuestos a cortarle la cabeza, como en tiempos de Cómodo le sucedió a Perenio o a Cleandro. Se puso lívido de repente y solo Pértinax evitó que su reacción fuera más sospechosa aún:

—Leto —le dijo—. Deberás investigar una conspiración. Han secuestrado a Lascivio y planeaban asesinarme.

Leto guardó silencio, pero tuvo el tiempo suficiente para pensar un poco y reponerse de la sorpresa. El senador no lo conocía, no le había visto el rostro ni oído su voz. Las siguientes palabras del césar lo calmaron un poco más:

—No te preocupes, Lascivio. Leto se encargará de nuestra seguridad. Es nuestro prefecto del pretorio, hombre fiel y con mando sobre todos los soldados. Sabrá descubrir y castigar esta acción.

—Por supuesto, césar —acertó a responder el pretoriano—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó aún con la voz quebrada.

Lascivio no podía hablar. Era la primera vez que ambos veían a un senador en esas circunstancias, tan asustado y humillado. El césar no quiso que aquel hombre pasara más vergüenza ante el pretoriano y quiso resumir:

—El senador acudió a una cita amorosa. Era una encerrona. Le

ofrecieron el Imperio. Pensaban matarme y colocarlo a él en el trono. Escapó desnudo, para avisarme.

—¿Quién era el cabecilla?

—No lo sabemos —respondió Pértinax.

—Lo averiguaremos —afirmó Leto disimulando—. Haré una profunda investigación y rodarán las cabezas de los responsables. ¿Qué más datos hay?

—Pocos más, ¿verdad, Lascivio? —el patricio bajó la cabeza en señal de asentimiento—. Él te dará la dirección y cómo fue convocado a esa casa. Por ahí empezarás la investigación. Redobla la vigilancia en palacio.

—No os preocupéis, césar —respondió un Leto que ya había recobrado su tono habitual, ahora más cargado de doblez e impostura —. La redoblaré. La guardia es fiel. Han debido ser cuatro pretorianos borrachos descontentos por lo que creen es la pérdida de sus privilegios. Lo resolveremos.

Ahora sí, Lascivio se atrevió a hablar, asustado como estaba, sin haberse repuesto del miedo y la vergüenza que había pasado.

—Eso es lo que dijeron —dijo ahora el senador—, que querían alguien que les devolviera sus privilegios.

—¿Y qué más dijeron? —se atrevió Leto, que sabía perfectamente lo que le habían dicho.

—Que me llevarían al campamento pretoriano, me vestirían con la púrpura imperial y me nombrarían emperador.

—Leto —intervino Pértinax francamente incómodo—, no entiendo cómo estos soldados no respetan sus juramentos. Debes hablarles claro y castigar la más mínima falta de disciplina.

Al prefecto del pretorio no le importaba aquel reproche. Sabía que tenía el poder en sus manos y, si el césar se sentía inseguro, más provecho sacaría él de esa inseguridad. Le contestó astuto, como siempre:

—Serán castigados, césar —afirmó con rotundidad—. Pero este desagradable suceso debe enseñarnos a ser prudentes con el ejército. Es un cuerpo clave para mantener el poder. Hay que ganárselo.

—Ya le hemos dado doce mil sestercios, ¿les parece poco?

—Aún no los han cobrado.

—Pero los cobrarán.

Leto sabía que no debía tensar la cuerda demasiado, aquel viejo césar era duro y correoso, difícil de acorralar. Por eso contestó más sumiso, conciliador.

—Los pretorianos serán fieles a ti, césar. Esto ha sido, sin duda, un desagradable incidente, un puñado de locos que ha intentado una estupidez, pero, para evitar problemas futuros…

—¿Qué? —preguntó Pértinax.

—Para prevenir actos de este tipo, césar, nos vendría bien mantener las prerrogativas del ejército, no suprimir aquellas ventajas que ganaron antes de tu llegada al trono. Eso te haría popular entre ellos y evitaría que alguien en el futuro prestara oídos a locos como los de hoy…

Pértinax iba a replicar, pero prefirió morderse la lengua. Lo primero era descubrir y castigar a los conjurados. Después ya hablarían. Pero no tuvo que decir nada, porque Lascivio, apremiado por el miedo, se apresuró a intervenir:

—César —suplicó—, mi vida corre peligro. Tengo que desaparecer de Roma por un tiempo. Temo que esos pretorianos quieran vengarse de mí. Necesito vuestra ayuda.

—No te preocupes, Lascivio —le dijo mientras contemplaba con lástima cómo el miedo y la vergüenza tenían anulado a aquel hombre.

Otra persona, en su lugar, se habría burlado de aquel cobarde libidinoso, como revancha por tantos años en que los patricios lo denigraron por innoble y le criticaron sus bajos orígenes, a pesar de su valía, de los incontables servicios que había prestado al Estado. Otro en su lugar habría disfrutado con la humillación de aquel aristócrata, pero Pértinax se conmovió. Pensó ahora primero en la dignidad de aquel senador y por eso llamó a su fiel atriense:

—Herodiano, la toga.

Y mientras el propio Lascivio se vestía una toga ribeteada en púrpura, para recuperar un poco la dignidad perdida, Pértinax siguió dando instrucciones que garantizaran la seguridad de aquel patricio:

—Herodiano, te encargarás de que este hombre salga cuanto antes de Roma. De incógnito. A un lugar seguro, lejos de aquí, donde permanecerá el tiempo necesario hasta que se descubra y castigue a los culpables. Quiero que mientras tanto goce de la máxima seguridad y protección.

—Así se hará, césar —acató el guardián de las puertas de palacio, la persona de más confianza de Pértinax, mientras el patricio, ya algo más repuesto del terrible susto, se ajustaba con mimo y satisfacción la banda púrpura que orlaba su toga de senador.

26. LOS PRIVILEGIOS DE LOS PRETORIANOS

En la siguiente sesión del Senado, Pértinax quiso reaccionar para evitar el descontento del ejército, que había estado a punto de organizar una conjura, pero también para mantener el apoyo del Senado y el pueblo, que hasta ahora le era fiel.

—Senadores —anunció a la Curia—, quiero pedir vuestra aprobación para las próximas medidas que beneficiarán al ejército, al pueblo y al Senado.

—Nosotros, como siempre, los últimos —criticó Falcón al oído de Juliano.

—Un césar que quiere contentar a todos —respondió el rico senador— acaba por no contentar a ninguno.

Guardaron silencio para escuchar la propuesta del césar. Las primeras medidas beneficiaban al Senado: abolir los procesos de lesa majestad, castigar a los delatores y respetar todos los testamentos devolviendo lo robado por Cómodo. Las demás no les importaban mucho y los senadores no tendrían inconveniente en aprobarlo todo, siempre que no tuvieran que poner dinero para el resto de iniciativas.

—Propongo también hacer efectivos al pueblo los donativos y congiarios que prometió Cómodo.

Se produjo un murmullo entre los senadores propiciado por el silencio del césar. Así dejaba un tiempo para que aquellos patricios digirieran la propuesta. Sabía que aceptarían aquella ayuda para la plebe, porque el resto de medidas les favorecía ampliamente y ellos eran los máximos interesados en que todo saliera adelante. No obstante, Falcón quiso ponerlo en apuros, pues sabía que las arcas estaban casi vacías:

—No hay dinero para tanto gasto, césar. Debes imponer tributos a la plebe.

—No pienso hacerlo.

—Sería cuestión de mantener e incluso incrementar los impuestos que Cómodo pensaba cobrar a los ciudadanos.

—Esa medida también debe ser abolida.

—Pero el Estado está en bancarrota —insistió Falcón.

—Sería injusto —respondió Pértinax— abolir todas las infames medidas del anterior emperador y mantener esos impuestos que el pueblo no puede pagar.

—Pero no hay dinero, césar. Así tendremos un Estado pobre.

—Mejor tener un Estado pobre —respondió Pértinax— que amontonar riquezas a través de la injusticia e infamia.

Juliano le indicó a Falcón que se sentara y este obedeció al instante. Se acercó entonces a su oído y le dijo:

—Déjalo, no repliques.

Falcón acató sin rechistar, pero Juliano quiso añadir algo más:

—Deja que los contente: pueblo, Senado, ejército…; que cada estamento tenga su parte y siga reclamando más: cuando todos tiran de la manta, esta acaba por rajarse.

Pértinax observó con alivio cómo Falcón se sentaba y cedía. Le costaba mucho trabajo y disgustos sacar adelante iniciativas justas y humanas que, en otro tiempo, el Senado habría votado por unanimidad. Ahora el egoísmo y el odio se respiraban por cada rincón de la Curia. Pértinax inspiró hondo y lamentó la distancia que había entre aquellos patricios y los que vivieron en tiempos de Marco Aurelio. Él pretendía llevar a cabo las iniciativas del emperador filósofo, pensaba cada día en actuar como lo hubiera hecho él, buscaba la ecuanimidad y la justicia, mostraba a cada uno de los senadores el mismo respeto y aprecio que reservaba a los miembros de su propia familia. Y, por el contrario, en ellos solo encontraba egoísmo y resentimiento. Algunos patricios aprovechaban la más mínima ocasión para ponerlo en apuros, llevarle la contraria incluso en lo más obvio, lanzarle pullas e indirectas que, a veces, casi rozaban la ofensa. ¡Qué tiempos tan diferentes a los de Marco Aurelio, apenas veinte años atrás! Aún recordaba cómo el día en que el Senado nombró césar a Marco, él les dijo que solo aceptaría el trono si era nombrado también su hermano con las mismas competencias y poder que él mismo. Los patricios desconfiaban de Lucio Vero, no querían dos emperadores en el trono. Creían que pronto surgirían las desavenencias entre ambos hermanos. Estaban seguros de que un reino no se puede compartir. Se equivocaron. Ambos reinaron en completa armonía y aquella medida salvó al Estado. Era la primera vez que se veía en el trono de Roma a dos césares, con los mismos poderes. Y esa decisión la impuso Marco, cuando aún no era césar, sin levantar la voz, con amabilidad, pero con firmeza. Cuando posó su mirada sobre aquellos patricios, todos se dieron cuenta de que aquel hombre llevaba razón, de que no estaba en el trono por ambición, sino para servir a Roma. Aquellos senadores lo contemplaron con los mismos ojos con que veinte años atrás vieron a su padre adoptivo Antonino Pío defender ante el Senado la divinización de Adriano. Entonces los padres de la patria querían vengarse de aquel césar viajero y le vetaron los honores de la apoteosis. Antonino los miró con rostro triste. Les dijo, con inmensa pena, que si consideraban injustas y crueles las decisiones de Adriano no habría que cumplir esta tampoco: que él fuera su sucesor. Y puso el cargo en manos de la Curia. Aquellos patricios temieron el vacío de poder, la guerra civil, la

dictadura del ejército. Y todos a una votaron en la misma sesión la apoteosis de Adriano y la entronización de Antonino. Eran césares divinos, con autoridad moral, venerados por su pueblo y el Senado, respetados por el ejército, como le ocurrió a Marco el día en que los soldados se rebelaron pidiendo más dinero, un aumento de paga por su victoria sobre los Ubios. Y entonces Marco los miró a la cara y les dijo que no, que ellos habían cumplido con su obligación, con su deber, sin más y que por eso se les pagaba. Aquellos hombres rudos apretaron los dientes, pero Marco no cedió. Les dijo que apartar dinero del Estado para engordar sus bolsillos suponía el hambre del pueblo, quitarles el pan de la boca a sus mujeres e hijos. No habría paga extra. Y los soldados callaron y obedecieron. Como obedeció el Senado a la legalidad, cuando pocos años después el héroe de Persia, el general Avidio Casio, se levantó en armas contra Marco Aurelio. Entonces el emperador filósofo, en lugar de batallar con el golpista, se dirigió antes a Roma, convocó el Senado y les dijo que si consideraban a Casio mejor césar que él, le cedería el puesto. No quería una guerra civil. No estaba obsesionado con ostentar el mando supremo. Solo quería servir a Roma de la mejor manera. Y los senadores apreciaron su generosidad, su pureza de alma. Le exigieron que fuera a combatir al golpista, porque él era el legítimo emperador. Y lo hicieron por unanimidad, con completa sinceridad, en el ejercicio de su libertad. Así también obraron los soldados. Cuando supieron que Marco vivía y que los rumores de su muerte eran una mentira que había servido a Casio para levantar con más facilidad el ejército de Siria, entonces no dejaron que las tropas de Marco, siempre victoriosas, atacaran al general levantisco: sus propios soldados le cortaron la cabeza y se la enviaron a Marco, que lamentó los estragos que causan el egoísmo, la codicia y la ambición de poder.

Pero los tiempos habían cambiado mucho. Desde el primer día de su reinado, en que quiso ceder el mando a Pompeyano primero y a Glabrión después, Pértinax había notado que muchos senadores no eran sinceros cuando parecía que lo apoyaban. Muchos se resistían a medidas que beneficiaban a todos. Aunque no lo dijeran, lo despreciaban por sus bajos orígenes. Algunos incluso habían conspirado contra él. El viejo general, ahora césar, no lo entendía. Él estaba llevando a cabo la misma política que Marco Aurelio. Cada noche pensaba en qué haría el emperador filósofo en su situación y procuraba actuar de este modo. Pero sus esfuerzos no daban resultado. El mundo en que se movía Pértinax era ya diametralmente opuesto al que había vivido veinte años atrás. El dolor que sentía ante tanto egoísmo se había transformado en pena, frustración, desencanto. Y esos últimos sentimientos debía ahora transformarlos en abono. Pértinax debía continuar su camino como si fuera el héroe trágico de

un drama griego: aunque toda su acción estuviera destinada al fracaso, él debía seguir adelante, sin flaquear, como lo hizo Marco Aurelio hasta el último de sus días. No importaba que el destino le tuviera preparado el fracaso, el dolor o la muerte. Pértinax tenía que seguir luchando, como Héctor, como Aquiles, incluso aunque los mismos dioses lo abandonaran; aunque lo abandonara la razón, como a Áyax.

Pértinax entendió que con un Senado hipócrita y egoísta no podía perder el apoyo del ejército. La última conjura había salido de las filas de los pretorianos descontentos. Necesitaba ganar tiempo, congraciarse con los soldados, contentarlos hasta que pudiera hacerse dueño de la situación y estabilizar el Imperio.

—Y para terminar, padres de la patria —continuó Pértinax—, querría proponer una última medida.

Los senadores guardaron silencio esperando, por fin, que el césar terminara de anunciar sus propuestas, votarlo todo y recoger el dinero que a ellos le correspondía, que era la parte del león. Pértinax también tenía ganas de terminar y, antes de pronunciar su última frase, miró a la bancada en que se sentaba Falcón, preguntándose si iba a seguir incordiando o no, si aquella sesión se alargaría aún más, para agotarlo a él y acabar con la paciencia de toda la Curia. Vio que Juliano se acercaba al oído de Falcón a amonestarle y confió en que aquel hombre pudiera frenar el acoso a que lo sometía aquel joven senador.

Juliano hablaba muy bajito al oído de Falcón:

—¿No sabes lo que toca ahora?

—No.

—¿No sabes cuál es la última propuesta?

—¿Cómo voy a saberla, si no la ha dicho aún?

—¡Qué ingenuo eres, Falcón! Piensa un poco. Si la primera propuesta era agradar al Senado con la restitución de todo lo que era nuestro y más aún, ya sabes el resto.

—¿El resto?

—Sí, la segunda propuesta: agradar a la plebe.

—Si la acaba de presentar.

—¿Y ahora qué queda, Falcón?

—No sé.

—¡Ay, Falcón! ¿Qué harías si no estuviera yo aquí?

El senador bajó la cabeza en señal de sumisión ante aquel rico patricio, que era en realidad el amo de la Curia.

—Mira, Falcón —dijo por fin—, atiende. Verás como ahora toca la parte más importante, la que ha dejado para el final.

—¿Por qué para el final?

—Porque es la más jugosa, Falcón. Esto es como cuando te atiborras de comida exquisita en tus fincas de Sabina. ¿Tú no dejas el

plato más exquisito para el final?

—Claro.

—Pues aquí igual, Falcón. Ahora viene el plato exquisito, el más importante, el verdadero motivo por el que hoy estamos aquí: agradar al ejército.

Falcón entendió que la última medida de Pértinax era la clave de todo, su necesidad más perentoria, conseguir el apoyo de los pretorianos. Ese era el objetivo real de toda aquella sesión del Senado.

—Ahora lo entiendo.

—Muy bien, Falcón. Lo has hecho muy bien hasta ahora. Lo has puesto contra las cuerdas. Pero ahora callarás la boca y votarás a favor.

—Así lo haré, dómine.

Cuando Juliano daba una orden tan expeditiva, la respuesta solo podía ser acatar, sin resquicio de duda o titubeo, acatar al instante. Falcón lo sabía y así lo hizo.

—La situación actual, senadores —dijo, por fin, Pértinax—, la situación, digamos, de descontento, entre los soldados me aconseja ratificar todas las concesiones hechas por Cómodo a los pretorianos.

Falcón miró con rostro admirado a Juliano, que esbozó una sonrisa, mientras comenzaba a aplaudir y con él todos en el Senado. Falcón también.

—Eso es por lo del cobarde de Lascivio —sentenció el rico senador —. El césar le ha visto las orejas al lobo. Sabe que los pretorianos lo odian y tiene miedo de ellos. Por eso quiere ganárselos como sea.

—Ese estúpido de Lascivio. Ni su mujer sabe dónde está —comentó Falcón.

—Bueno, poco ha cambiado en su casa —quiso hacer un chiste Juliano—: antes su esposa no sabía en qué cama estaba y ahora no sabe en qué ciudad está.

Rieron, como solían, disimuladamente, girando sus rostros para que no los vieran desde la tribuna.

—Ese Lascivio es un idiota —dijo ahora Falcón—. Yo en su lugar habría aceptado.

—No te preocupes, senador —contestó Juliano—. No te preocupes. Tendrás tu oportunidad.

27. EL GOLPE DE FALCÓN

—¡Tenías que haberme consultado, Leto!

—¿Consultado?

—Sí.

El prefecto del pretorio sabía perfectamente de lo que Juliano estaba hablando. Bajaba la cabeza avergonzado por aquel fracaso estrepitoso y por el escándalo de haberse visto un senador corriendo desnudo por las calles de Roma. El patricio lo había intuido todo desde el principio, sabía que aquel movimiento no podría haberse producido sin el conocimiento de Leto, pero hablaba sereno, conciliador.

—Ha sido muy improvisado. Sin calcular las consecuencias —prosiguió el rico senador.

—Lleváis razón, dómine —reconoció el prefecto, pero no dijo más, porque no quería confesarle a las claras su participación en la conjura.

—Eso nos desprestigia a todos, Leto. Yo te habría dado una mejor opción.

—¿Una mejor opción?

—Sí —respondió Juliano—. ¡Qué vergüenza ver correr desnudo por las calles a un senador de Roma! Cobarde y estúpido, pero senador —desvió la atención.

—Lamentable —respondió el prefecto lacónico.

—¿Conocías a Lascivio? —preguntó ahora directamente Juliano.

—No exactamente. Pero creo que era de vuestro círculo en el Senado.

—Sí —corroboró Juliano—, aunque no es un hombre entero ni fiable. Lascivio siempre ha sido un pusilánime, un senador sin arrojo ni valor. Yo te habría dado una mejor opción —repitió mirándolo profundamente a los ojos.

Leto le devolvió la mirada, primero de alarma, pero, cuando Juliano le sonrió conciliador, cómplice, entendió que aquel patricio lo sabía o intuía todo y que, sin él, no podría hacer triunfar nunca una conjuración contra Pértinax. El senador le estaba hablando claro: tenía que dejarse ya de ambigüedades.

—Aún estamos a tiempo —se atrevió el prefecto.

Juliano entendió que era el momento de hablar abiertamente, sin tapujos. Él siempre tendría menos que perder que Leto. Sabía que el césar nunca condenaría a muerte a un senador, por graves que fueran sus delitos, en cambio, las cabezas de los pretorianos podían rodar en cualquier momento.

—¡Claro que sí! Estamos a tiempo. Pronto tendremos otra oportunidad.

—¿Cómo estáis tan seguro, Juliano?

—Mira, Leto. Este estúpido césar ha jurado en la Curia, delante de todos, que nunca castigará con la muerte a ningún senador. Y me lo creo. Quiere repetir aquella concordia de Marco Aurelio, durante cuyo reinado no fue condenado nunca senador alguno. Incluso uno, que mató a su propio padre, fue exiliado a una isla porque no merecía convivir con los seres humanos.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Pértinax no condenará nunca a ningún senador —prosiguió Juliano—, *haga lo que haga* —recalcó esto último—. Por eso habrá una y cien oportunidades de derrocarlo, de conspirar contra él, de asesinarlo, pero no lo olvides, Leto, el candidato ha de ser siempre un senador.

—Lleváis toda la razón —acató.

—Y para no gastar munición en vano, debes consultarme a mí. Yo te daré el mejor candidato, uno que no salga corriendo como un cobarde por las calles de Roma, desnudo, como su madre lo trajo al mundo.

Ambos sonrieron, ya completamente cómplices en su empeño de matar al césar.

—Espero vuestras instrucciones, Juliano.

Ahora el riquísimo senador se acercó al pretoriano y le pasó el brazo sobre los hombros, se acercó y habló en un tono más confidencial.

—Hay que quitar a este viejo palurdo del trono, y poner en su lugar a un senador que podamos manejar bien, uno que ostente el Imperio, pero que nos obedezca: a ti en el ámbito militar, a mí en el senatorial.

A Leto le encantaba aquella idea, que le permitiría seguir viviendo la vida de lujo y placeres a la que estaban acostumbrados con Cómodo, sin peligro, con un emperador títere y el Senado totalmente bajo control. El pueblo no contaba, sería fácil reprimirlo por la fuerza de las armas, cuando fuera necesario, o con la fuerza del dinero que les aportarían los senadores.

—¿Habéis pensado en alguien?

—Falcón.

Leto lo sospechaba, pero no le había gustado su primera intervención en el Senado. Juliano lo sabía y lo leyó ahora también en los ojos del prefecto:

—No te preocupes. Lo controlo como a mi mano derecha —y se la mostró extendida, firme—. Si el primer día habló de ti, fue para criticar a Pértinax, para minar su imagen ante el Senado. Muerto el palurdo, te será fiel.

—Si es tu candidato, por mí está bien —aceptó Leto.

—Ese hará lo que tú y yo le digamos. Estate tranquilo. Lo único que hay que hacer es ponerlo en el trono, con garantías.

—Y ese, ¿no saldrá huyendo como Lascivio?

Ambos rieron, no como un prefecto y un senador, sino como dos vulgares soldados que estuvieran acantonados en una sucia taberna de la Subura.

—No —respondió Juliano al fin—. Este está deseando. Sabe que su vida no corre peligro si fracasa la conjura, que no fracasará, porque la planearemos bien.

—Soy todo oídos.

—Pues escucha, Leto. Primero esperaremos unos días a que empiece a escasear el trigo en Roma.

—¿Cómo?

—No te preocupes, yo controlo la cadena de distribución.

—Bien.

—Cuando empiece a faltar trigo, el césar tendrá que resolver el problema. Visitará en persona el puerto de Ostia. Allí comprobará que hay grano suficiente y dará órdenes extraordinarias de distribución.

—¿Cómo sabes que lo hará así?

—Porque todos estos césares clementes, que gobiernan para el pueblo, que se preocupan de la plebe como si fueran sus padres progenitores, todos estos son previsibles. Su ingenua bondad los hace previsibles. Te digo que irá a solucionarlo en persona, antes de que su pueblo pase hambre.

—¿Y entonces?

—Entonces te encargarás de levantar a los soldados, a tus afines, a los de confianza, bastarán trescientos, y nombraréis emperador a Falcón en el campo de Marte.

—¿Y Pértinax?

—Esos mismos trescientos se abalanzarán sobre él antes de que entre en Roma y le darán muerte.

—Es un plan muy bien organizado, Juliano —reconoció el prefecto —, pero ¿y si fracasamos?

—No fracasaremos —atajó—. Pero en todo caso tenemos guardadas las espaldas.

—¿Cómo?

—En el peor de los casos, tú como jefe del pretorio dirás que no has podido evitar el levantamiento de un tercio de la guardia pretoriana. Yo y todo el Senado te avalaremos. No sufrirías daño ni perderías tu puesto.

Leto respiró tranquilo, sabiendo que, si el plan fracasaba, al menos él no padecería las consecuencias.

—Yo, como senador —prosiguió Juliano—, diré que no sabía nada.

Ni yo ni nadie en el Senado. Es más, si fracasa la conjura, aprovecharemos para desgastarlo. Le echaremos en cara que esta revuelta es fruto del descontento militar que él, como césar, no ha sabido atajar. Le diremos que es su responsabilidad, que no está haciendo bien su trabajo. Y, si es necesario, lo acosaremos en la sesión del Senado hasta sacarle los colores a ese viejo estúpido, que no se atreverá con ninguno de nosotros.

—¿Y Falcón? —preguntó Leto, aunque no le importaba en absoluto lo que pudiera sucederle a aquel hombre.

—El césar no lo condenará a muerte.

—¿Seguro?

—Seguro. En todo caso al exilio.

—¿Y si nos delata?

—No lo hará nunca.

—¿Por lealtad?

—No. Por miedo —contestó Juliano—. Ese hombre sabe que Pértinax no lo condenará a muerte, pero más seguro está aún de que, si me traiciona, su fin será terrible. Me conoce perfectamente y sabe que no tendré piedad con él.

Leto sintió un escalofrío al observar la mirada fija, felina, de aquel senador. Supo que estaba dispuesto a matar a Falcón y a cualquiera que pensara en traicionarlo. Donde no llegaba su poder, alcanzaban sus riquezas. Y mayor que ambas era su crueldad.

—¡Eso es poder! —concluyó con admiración el pretoriano.

—Y ese poder lo ostentaremos pronto tú y yo, Leto. Juntos acabaremos con el viejo cuervo y volverán los tiempos de placeres y buena vida. No te preocupes por Falcón ni por nadie que no seamos tú y yo.

—No me preocupa Falcón, dómine. Es solo un instrumento de poder…

—Exacto. Es un mero utensilio, igual que el dinero, un medio para alcanzar el poder. Si el golpe fracasa, él será la pieza clave que nos permita alejar las sospechas de nosotros mismos, como en los ritos religiosos.

—¿En los ritos?

—Sí, Leto. En toda empresa debe haber siempre una víctima expiatoria, como en los ritos religiosos —respondió con una sonrisa irónica el riquísimo senador—. Cuando los romanos hacemos un sacrificio a los dioses, hay que matar en el altar una víctima, un toro, un buey…, que calme y satisfaga la inquietud de los dioses, y la nuestra propia.

—Así es, Juliano.

—Así evitamos la ira de los dioses, entregando a una víctima que los aplaque.

El prefecto sonreía y agitaba la cabeza en señal de aceptación, de comprensión de aquel ejemplo que el senador le daba, para que entendiera perfectamente el papel que cada uno tendría en la conjura.

—Además —prosiguió el senador—, si el plan fracasa, que no fracasará, tendremos la ocasión perfecta para comprobar si este viejo césar se atreve o no a condenar a muerte a un miembro de la Curia.

28. LA CARESTÍA DE TRIGO

«Que no te seduzcan cuerpos ni almas a la hora de proteger al césar». A Herodiano se le habían quedado grabadas aquellas palabras de Clodia, que iban más allá de lo que parecía. A él no le seducía el cuerpo de Servilia, pero sí el alma de la hermana. Por eso acudía más de lo habitual a casa de Claudio Pompeyano, con la esperanza de ver a Clodia, hablar con ella, observar sus ojos profundos, su pose educada, sus palabras bien pensadas, medidas, equilibradas, como todo su cuerpo y su mente, para contemplar sus gestos y formas, que se mostraban sin desmesura, sin desproporciones, con la fuerza serena e inequívoca de la armonía clásica, que él tanto admiraba.

—El césar ha tenido que viajar a Ostia, para resolver el problema de suministro de trigo —comentó como era habitual en él, poniendo a la joven al tanto de lo que ocurría en palacio.

Clodia asintió. Claudio Pompeyano era un hombre que llevaba muchos años en lo más alto del Estado. Sus libertos, unos conocidos, otros no, le proporcionaban abundante información que él ahora ponía al servicio de Pértinax, para ayudarlo en lo posible ante la difícil situación que se le presentaba. La joven era su persona de máxima confianza. Siempre que Pompeyano salía a la calle, se apoyaba en aquella bella mujer para subir o bajar las escaleras. Y la plebe, que gustaba de criticar con malicia las vidas de los poderosos, iba propagando por las tabernas y los barrios que a aquel viejo, en los últimos años de su vida, le gustaba rodearse de jovencitas como ella, que parecían discretas, pero a saber qué hacía el viejo libidinoso dentro de su mansión con tantos siervos y siervas, a ver si no iba a ser como Tiberio, cruel y vicioso, ya de mayor. Y decían que aquel Pompeyano que fue cornudo de joven, cuando estuvo casado con Lucila, la hija ninfómana de Marco Aurelio, quería ahora, de viejo, rodearse de chicas y de orgías, cuando ni siquiera podía ya subir y bajar escaleras sin ayuda. Claudio Pompeyano sabía lo que se rumoreaba por las calles de Roma, pero no quería llevarle la contraria a la plebe. Todo lo contrario, alimentaba aquellas murmuraciones porque le interesaba. Conseguía así dos objetivos: el primero que nadie sospechara del abundante número de libertos que trabajaban para él, no para sus vicios, sino para proveerlo de información. Además, así tenía entretenida a la plebe, que no se dedicaría a chismorrear sobre las actividades del anciano o de su fiel Clodia, si tenía chismes más jugosos y salaces de los que burlarse.

—Claudio Pompeyano está preocupado por el episodio de Lascivio

—informó Clodia—. ¿Se sabe quiénes fueron los responsables?

—Leto ha ejecutado a los dos pretorianos que le tendieron la trampa. Por lo visto ha sido una iniciativa particular de ese par de estúpidos.

Clodia guardó silencio, pero Herodiano supo que aquello no acababa de convencer a la joven. Él tampoco estaba muy convencido, aunque sabía que Leto hacía bien su trabajo. No era fácil tener controlados a los soldados, dados a la buena vida y los vicios durante los últimos doce años. Muchos de ellos se rebelaban contra la disciplina impuesta por Pértinax.

—Sí —comentó la Clodia al fin—. Ha sido una estupidez, un golpe improvisado, pero es un mal indicio.

—¿En qué sentido?

—Demuestra que hay un sector del ejército que está descontento y está dispuesto a actuar.

—Sí —tuvo que reconocer el atriense.

—Entre los senadores —continuó la joven—, la mayoría apoya a Pértinax, pero no debemos olvidar que Cómodo mató a muchos patricios de la época de su padre y los sustituyó por gente como él, viciosa y podrida de ambición.

—Hay un sector del Senado que también es hostil a Pértinax, quieres decir.

—Exacto —corroboró la chica—. Y, por si fuera poco, ahora comienza a escasear el trigo en el mercado.

—Por eso ha tenido que ir Pértinax al puerto de Ostia, a comprobar qué sucede.

—Solo nos faltaba que la plebe pasara hambre. No me gusta, Herodiano. No me gusta todo esto. Se está sumando el descontento del ejército, del Senado y el pueblo. Por ahora son minoría, pero cuando surjan los problemas de verdad, como este del abastecimiento de trigo, la situación puede llegar a ser muy peligrosa.

—¡No quiera la diosa Fortuna que se sume el descontento de todos! —exclamó Herodiano, que era un hombre muy religioso.

Pero Clodia no pensaba en la diosa Fortuna. Entendía que las cosas no suceden por azar, al menos no cuando se van sumando, uno a uno, todos los factores que contribuyen a un hundimiento, a una fractura, como la que se estaba produciendo en los últimos días. Todo se precipitaba de una forma muy sospechosa: primero un intento de usurpación, luego el egoísmo de los senadores y, ahora, una repentina carestía del trigo. Pensó que Herodiano no estaba ágil. Se comportaba como un ingenuo. Aquel hombre siempre había sido sagaz. Lo admiraba por ello. También era educado y atractivo, pero a ella no le interesaba el atractivo de los hombres en estos momentos. No quería que le interesara. Se debía a una causa más importante aún, la defensa

de su antiguo amo, el varón a quien más admiraba. No quería descuidar su atención ni un instante de su cometido, y mucho menos buscarse un amante o peor, un marido, otro amo a quien servir. Con Pompeyano era libre, disponía de su propia vida. ¿El amor? Para qué quería el amor si iba a conducirle de nuevo a la esclavitud. Herodiano llevaba días mirándola de un modo distinto y ella, intuitiva y perspicaz, había leído en las pupilas dilatadas del atriense como en un libro abierto. Pero, ninguno de los dos podía permitirse el lujo del amor en estos momentos. Eso podía poner en peligro a sus patronos, hacer que bajaran la guardia, que no fueran ya los ojos y oídos atentos a todo lo que pasaba a su alrededor, que disminuyera el nivel de eficacia en su labor. Ella se debía a algo más alto, más importante que sí misma o su felicidad. Las palabras de Herodiano la sacaron de todas aquellas reflexiones inoportunas:

—Lo de la escasez de trigo ha sido un golpe de mala suerte.

A la joven le molestó que aquel hombre no viera más allá. Por eso reaccionó con una dureza no habitual en ella:

—Herodiano, no seas ingenuo. ¿No te das cuenta de que aquí hay algo raro?

El atriense se quedó sorprendido por una respuesta tan abrupta, desacostumbrada en ella, demasiado impulsiva y directa. Guardó silencio y permaneció atento a las palabras de la joven:

—Vamos a ver —quiso explicar Clodia—, ¿por qué hay escasez de trigo en el mercado?

—Pues, porque no hay cantidad suficiente para la demanda — respondió Herodiano algo molesto por la obviedad de la pregunta.

—Bien. ¿Tú no sabes que hace pocas semanas llegaron los barcos de Egipto cargados de grano?

—Sí. Hace menos de un mes.

—Entonces los graneros del puerto de Ostia deben estar repletos.

—Sí —pensó ahora con más agudeza el atriense, que también conocía los cargamentos de trigo y la capacidad de almacenamiento de los graneros que abastecían Roma—. Debe haber bastante más de dos tercios de su capacidad total.

—Si el trigo se encontrara lejos… —siguió reflexionando Clodia—. Pero ¿a qué distancia se encuentra Ostia de Roma?

—Diecisiete millas —respondió Herodiano sin dudar.

—¿Y cuánto se tarda en recorrer diecisiete millas?

—Pértinax ha tardado hora y media —respondió el atriense.

—¿Entonces por qué falta grano? —la pregunta cayó ahora como una losa.

Herodiano guardó silencio, pensando. La joven continuó:

—Si falta trigo en el mercado es que alguien está dificultando su distribución.

—¿Quién?
—Alguien que tenga poder.
—¿Para qué? —preguntó Herodiano que ya sí había entrado de lleno en la conversación.
—Esa es la pregunta —dijo Clodia, satisfecha—. ¿Para qué? Piensa, Herodiano, que el césar va a tardar menos de un día en resolver la situación. Los precios bajarán a partir de mañana. No hay tiempo para que los especuladores hagan una fortuna.
Ahora el atriense ya estaba lúcido. Sus comentarios comenzaban a ser certeros:
—Si alguien ha acaparado el grano para hacer subir el precio y forrarse, como en tiempos de Cómodo, no sacará mucho provecho. Los precios y el abastecimiento van a estar controlados en uno o dos días. ¿Por qué entonces esta maniobra?
—Si no es por dinero, es por el poder —respondió Clodia.
La joven había acertado. Sospechó desde el principio que aquella escasez de trigo era artificial, que perseguía un objetivo. No era la especulación, porque esta tendría muy corto recorrido. La intención era otra. Esa inquietud la había alarmado y la había llevado a poner en movimiento a todos los libertos de Pompeyano, para que averiguaran qué podía haber detrás de esto, qué era lo que se estaba moviendo en Roma. Les había dicho que le comunicaran urgentemente lo que descubrieran, en cualquier momento, a cualquier hora, de madrugada o incluso aunque estuviera reunida con Claudio Pompeyano. Y los servicios de información de que disponía no solo eran eficaces, sino obedientes.
Se oyeron golpes en la puerta de la estancia y al momento entró un liberto.
—Clodia, un asunto urgente.
Herodiano se quedó perplejo por el atrevimiento de aquel liberto, pero la joven había dado órdenes claras, inapelables. Le sorprendió escucharla en otro tono distinto al que usaba con él, más autoritario, más dueño de la situación:
—¿Atanágoras?
—Sí —respondió aquel hombre mirando con desconfianza a Herodiano.
—Hazlo pasar.
El liberto obedeció, aunque Herodiano había intuido que su presencia allí lo molestaba. Mientras Atanágoras entraba y volvían a cerrarse las puertas, Clodia habló:
—Herodiano. A mí también me ha resultado sospechosa la carestía de trigo. He hecho uso del servicio de información de Claudio Pompeyano. Había dado orden de que me comunicaran de inmediato si se averiguaba algo. Debe tratarse de un asunto de máxima

importancia y urgencia.

Atanágoras se adelantó y se detuvo apenas a dos metros de los interlocutores. Quedó callado, mirando al suelo, pero ya se habían cruzado instantes antes las miradas de ambos hombres, y Herodiano había leído en sus ojos la desconfianza de aquel liberto hacia él.

—Tengo información, ama.

A Herodiano le extrañó que se refiriera a Clodia como ama. ¿Qué poder tenía aquella mujer en la mansión de Pompeyano? ¿Qué estatus? ¿Qué relación podía haber entre el viejo general y ella para que aquel liberto la llamara *ama*?

—Dime.

—Información delicada, ama, confidencial.

Herodiano volvió a mirar a aquel hombre y el atriense sintió deseos de salir de allí. Estaba harto de oír la palabra *ama* y observar la mirada de desconfianza de aquellos libertos. Se sintió incómodo por primera vez en casa de Claudio Pompeyano. Hizo ademán de levantarse y salir.

—Quédate, Herodiano —y la voz de Clodia le pareció autoritaria, como la que emplea el ama de la casa, pero más dulce que la que usaba con los libertos.

—Escucha, Atanágoras —dijo ahora la joven—. Este hombre es la persona de máxima confianza de Pértinax. Es quien está llamado a avisarlo de cualquier peligro, a proteger su vida como yo protejo a Pompeyano. A partir de ahora confiarás en él y no tendrás reparos en hablar en su presencia.

Aquellas palabras desmontaron por completo la desconfianza del liberto. El griego miró ahora con franqueza a Herodiano, con camaradería y espíritu de colaboración. El atriense observó la sinceridad desnuda de aquel hombre y se sintió de nuevo acogido, al fin. Apenas fue un segundo, Atanágoras lanzó su mensaje como el soldado la jabalina:

—Mañana quieren nombrar a Falcón emperador en el campo de Marte.

29. DESCUBRIMIENTO DE LA CONJURA DE FALCÓN

El alfarero se acercaba lentamente al puerto de Ostia por la *Via Portuensis*, hacia la desembocadura del Tíber en el mar Tirreno. Había recorrido diecisiete millas desde que cruzó, poco antes del mediodía, el *Pons Aemilius* con intención de abandonar Roma, en un carro ligero que portaba poca mercancía. La suficiente como para no despertar sospechas a la salida de la ciudad y en los controles que los pretorianos tenían dispuestos a lo largo del camino.

Dejó la carreta a la entrada de la urbe, desenganchó el caballo y montó sobre él, para recorrer ya como un ciudadano más el Foro, el teatro y las termas de la ciudad. Se apartó del camino que llevaba al Templo de la Tríada capitolina, Júpiter, Minerva y Juno, para cabalgar despacio por los lugares menos transitados en dirección al Faro, construido en tiempos de Claudio junto al puerto antiguo, que se abría en semicírculo para abrigo de los barcos cargados de trigo, mercancías y materiales de construcción que se enviaban directamente a Roma. Se adentró en el camino que recorría el canal en su margen derecha, para llegar al puerto que construyó Trajano, más moderno y amplio, hexagonal, comunicado con el de Claudio, que entonces estaba cubierto de arena. El césar hispano lo había hecho dragar y enlazar con este nuevo que construyó más al norte, dotando a la capital del Imperio de unas infraestructuras básicas para su progreso y supervivencia.

Allí, junto a los almacenes de grano se encontraba Pértinax dando las instrucciones oportunas para el rápido abastecimiento de trigo. Los funcionarios no se explicaban cómo el cereal no había llegado puntual a los mercados. Ellos habían cumplido su trabajo y temían la ira del emperador.

—Dómine, os juro que yo mismo he dado el visto bueno a las partidas, todas las mañanas, la cantidad necesaria…

El encargado hablaba con nerviosismo. Aunque conocía de oídas la buena disposición del césar, estaba asustado, sabiendo que cualquier error en la distribución podía tener consecuencias fatales en Roma, originar revueltas, motines por hambre, algo que ponía en serio peligro a los emperadores y que Cómodo siempre había castigado con crueldad.

—En qué momento dejáis de tener control sobre el grano —preguntó Pértinax con serenidad, sin querer poner nervioso al funcionario.

—Dómine —se inclinó un poco más—, ya le perdemos la pista a la

salida de la ciudad, en la Vía Portuensis. Desde ahí lo custodian los soldados hasta la propia Roma.

—¿Y una vez allí?

—Se almacena hasta su distribución.

—Bien. Escucha, Celso —el funcionario se sorprendió de que el césar conociera su nombre. Era la primera vez que le ocurría en doce años.

—A sus órdenes, dómine.

—Encargarás a dos operarios que acompañen el próximo envío, que será doble, por todos y cada uno de los itinerarios que ha de recorrer el cereal. Irán protegidos por varios pretorianos y solo responderán ante mí.

—Así se hará, señor.

—Nadie les impedirá realizar este encargo. Son órdenes directas del emperador.

—Así se hará, señor.

—Cuando lleguen esta noche a Roma, esos hombres de tu confianza dormirán en el mismo sitio que el grano. Quiero que no le pierdan ojo ni un instante. A la mañana siguiente uno se asegurará de que llegue a los mercados y otro permanecerá con el trigo restante.

Mientras el césar daba las instrucciones oportunas, el alfarero se había despojado de una saya de labrador y se le veía bien vestido, con ropas sencillas pero porte distinguido. Los soldados le impidieron el acceso. Él habló antes de que lo interpelaran.

—Soy liberto de palacio, pretorianos. Mi nombre es Herodiano. Necesito hablar con el emperador inmediatamente.

Pértinax lo vio desde lejos y lo reconoció al momento. Bastó un gesto para que lo dejaran pasar y el césar avanzó hacia él sorprendido.

—¿Qué haces aquí, Herodiano?

—Debo hablar con vos a solas.

Ambos se apartaron de funcionarios y soldados caminando a lo largo del canal que comunicaba los puertos de Claudio y Trajano. Apenas estuvieron a cincuenta metros de ellos, Herodiano comenzó:

—Debes volver cuanto antes a Roma. Falcón va a ser nombrado mañana emperador por los pretorianos.

—¡Maldita sea! —clamó Pértinax irritado—. Los soldados están descontrolados…

—Y algunos senadores les siguen el juego, césar —aclaró el atriense.

—¡Maldita sea! —volvió a repetir Pértinax—. ¿Está bien organizado el golpe?

—Creo que sí. Un centenar de pretorianos quieren nombrarlo en el campo de Marte y luego presionar al resto.

—Y tendrán un plan para matarme, supongo…

—Seguramente.

—¿Cuándo piensan hacerlo? —preguntó Pértinax ahora más calmado.

—Mañana por la mañana.

—Lo tienen bien pensado —aclaró el césar—. Mi plan es quedarme aquí hasta que llegue el cargamento de trigo a Roma esta noche y lo distribuyan mañana por la mañana. Yo llegaría al mediodía. A esa hora ya habrán nombrado a Falcón y a mí me esperarían en la *Via Portuensis*, en cualquier recodo del camino, antes de llegar a la ciudad.

—Esta vez lo han planeado bien, césar. Y no sabemos el alcance, ni cuántos hay implicados en la conjura, ni quiénes. Por lo visto piensan sublevar a unos trescientos.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Gracias a Clodia, césar. Ella sospechó desde el principio y puso en marcha toda la red de espías de Pompeyano.

—¡Gran mujer! —exclamó Pértinax—. Inteligente y valiente. Sería mejor emperatriz que mi esposa Flavia Ticiana.

Herodiano sabía de los amores de Ticiana con el citaredo y de la negativa de Pértinax a que fuera nombrada Augusta. Por eso no le debería haber molestado aquella broma con la que el césar quería relajar un poco la tensión. Estaba también de acuerdo en que Clodia era una gran mujer, pero no pudo evitar la punzada de los celos al oír aquello de labios del propio Pértinax. El césar observó el rostro serio del atriense y pensó que estaba preocupado por aquella conspiración que habría que combatir con cuidado.

—No te preocupes, Herodiano —quiso tranquilizarlo—. Tenemos la información oportuna. Lograremos abortar el golpe antes de que se produzca.

Pero el atriense no estaba preocupado por la situación. Había tenido tiempo de urdir un plan durante el viaje. Ahora dejó sus inquietudes personales a un lado y habló así:

—César. Efectivamente. Hay que abortarlo. Propongo que marchemos con todos los soldados que aquí os acompañan hacia el Campamento pretoriano. Llegaremos esta noche, antes de que puedan reaccionar. Les exigirás obediencia mientras algunos pretorianos detienen a Falcón. Todo ocurrirá esta misma noche, cuando estén desprevenidos.

—Así lo haremos —entendió al momento el césar que el plan estaba bien diseñado—, pero debemos ser prevenidos. ¿Has dicho que iban a servirse de trescientos pretorianos?

—Sí, aproximadamente.

—Son muchos.

—Así es.

—Eso quiere decir —aclaró Pértinax— que debe haber varios

mandos en el golpe. No sabemos si aquí mismo, incluso entre los pretorianos que me acompañan hay conjurados.

Herodiano cayó en la cuenta de que no había pensado en esa posibilidad.

—Tienes razón, césar.

—Haremos lo que dices. Iremos de inmediato al campamento pretoriano, directamente, pero solo con una docena de hombres.

—No será peligroso —preguntó el atriense.

—No. Bastarán doce. Y sé quiénes serán. Soldados de honor que vivieron los tiempos dulces de Marco Aurelio. Confío en el centurión también. Pero ese se quedará aquí para asegurarse de que nadie salga del campamento y pueda avisar a los conjurados.

—Excelente idea, césar.

—Prepárate. Partimos en media hora.

Pértinax convocó a aquellos trece hombres en el campamento. Dio las instrucciones al centurión y allí quedaron dentro, hasta el amanecer, todos excepto los doce elegidos por Pértinax, que cabalgaron con Herodiano a galope, para llegar, ya de noche, al campamento pretoriano en las afueras de Roma. Nadie sabía que el césar viajaba casi solo y a esas horas por la *Via Portuensis*. Llegó directamente a los *castra praetoria* y ordenó que abrieran los accesos. Pértinax creyó revivir, en aquellos momentos, la noche en que le ofrecieron el Imperio. Entró por las mismas puertas y se dirigió al mismo estrado para convocar a la legión. Pero se sentía más seguro que en aquella otra ocasión, en que no tenía certeza de cómo iban a reaccionar los pretorianos. Ahora podría apelar a su juramento, a su dignidad de soldados. La mayoría haría honor a sus obligaciones para con él. Leto, pensaba, haría el resto. Y los trescientos dispuestos para la conjura quedarían en muy pocos, absorbidos por más de dos tercios de pretorianos que lo apoyarían. Además, muchos de aquellos trescientos ni siquiera sabrían lo que iba a ocurrir mañana. Solo los mandos, en el momento oportuno, darían la orden y ellos cumplirían con lo que les exigieran, como siempre habían hecho. Cuando Pértinax subió al estrado, Leto, totalmente desprevenido, salía de su tienda pretoria abrochándose aún el uniforme. Antes de que pudiera reponerse del susto, escuchó la voz áspera y marcial de Pértinax:

—Soldados, os habla vuestro emperador.

Todos lo ovacionaron, formados como estaban, en centurias. El césar sabía cómo hablarles:

—He venido aquí, de noche, de improviso, porque hay un senador que conspira contra mí. Ahora lo están deteniendo en su casa y mañana, en la Curia, no será nombrado emperador, como espera, sino humillado y condenado en el propio Senado de Roma.

Había dicho lo último elevando el tono, con genio, y los soldados

respondieron con orgullo, hostiles a aquellos senadores que se creían con derecho a todo.

—Ese vil senador —gritó ahora con más fuerza Pértinax— piensa que puede comprar vuestro juramento de fidelidad hacia mí. Ese estúpido senador cree que puede mancillar el honor de un soldado. No lo hará. Pagará su delito. Yo me encargaré de ello.

Los soldados lo ovacionaron. Solo les importaba su odio a los senadores, a aquellos que ahora vivían como dioses, mientras a los soldados les faltaban las orgías y los vicios de antes. Pértinax sabía cómo hablarles, como reconducir su odio hacia ellos para convertirlo en lealtad hacia sí mismo. Vio que era suficiente y decidió acabar la arenga:

—Leto se encargará de custodiar al prisionero, el senador Falcón, el traidor que ha querido humillar a los pretorianos y a toda Roma. Ahora doscientos soldados me conducirán hasta el palacio imperial y el resto permaneceréis aquí, dispuestos a lo que sea necesario, como siempre, por el honor de Roma, por el honor de los pretorianos.

Con aquel grito del césar volvió la ovación unánime de aquellos soldados orgullosos, mientras Letro tragaba saliva sin aún haberse repuesto del susto.

Juliano estaba asombrado de que Pértinax hubiera podido descabezar el golpe con tanta rapidez y eficacia. Antes de que los conjurados pudieran realizar ningún movimiento, en plena noche, los pretorianos habían detenido a Falcón en su propia casa. El césar había dormido en el palacio imperial, custodiado por una guardia de doscientos soldados que iban a escoltarlo aquella mañana al edificio del Senado, donde se celebraría una reunión extraordinaria para condenar a Falcón. Cuando Juliano se encontró con Leto en los pasillos de la Curia, el senador no pudo aguantar su ira:

—¡Por Zeus! Este viejo correoso es duro de matar.

El prefecto del pretorio estaba realmente irritado por el fracaso de la conjura. Le había atenazado el miedo cuando oyó decir en el campamento que el césar estaba a las puertas. Apenas le dio tiempo a vestirse y salir como un rayo de su tienda pretoria cuando vio a Pértinax ya subido al estrado, dirigiéndose desde lo alto a la legión, formada a toda prisa en la explanada. Le invadió el pánico. No sabía lo que había descubierto Pértinax, qué hacía allí a aquellas horas de la noche, cómo es que no estaba en Ostia supervisando el suministro de trigo. Solo se fue calmando a medida que escuchó el discurso de Pértinax y se dio cuenta de que seguía confiando en él, que no había descubierto su implicación en la conjura. Se tranquilizó entonces, pero el odio y la ira que sentía hacia aquel hombre se iban acrecentando por momentos, y no habían dejado de crecer, ni siquiera ahora, que hablaba con Juliano.

—No me explico quién ha podido avisarlo —se lamentó Leto—. Me he llevado un susto monumental.

—No me extraña.

—Esto se está convirtiendo en un asunto personal.

—No te precipites, Leto —el tono de Juliano era cortante y peligroso como una daga bien afilada—. Hemos subestimado a este viejo palurdo. Habrá que ir más despacio.

—¿Más despacio? —el prefecto apenas podía disimular su odio.

—Sí —dijo el senador como si aquello fuera una orden—, más despacio. La próxima vez no fallaremos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo voy a diseñar cada detalle del plan.

—Estoy ansioso por acabar con este viejo. Quizás, en una ocasión en que esté a solas con él…

—No —zanjó Juliano—. Mantén la calma. Trágate tu odio y velo

digiriéndolo despacio. Así es mejor: mordiéndote la lengua, masticando el odio, pensando con frialdad, procediendo sin piedad cuando llegue el momento. No se te ocurra dar ningún paso sin mi permiso. Yo te diré cuándo y cómo debes actuar.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto tú seguirás al mando del pretorio como si nada. Y vete ya, que está a punto de llegar ese viejo infame y tengo que prepararle un buen vapuleo en el Senado.

Leto se apartó de inmediato y Juliano mandó llamar entonces a Loliano Genciano. Él diría en la sesión lo que Juliano tenía preparado, porque el riquísimo senador no podía exponerse, debía seguir dando buena imagen entre los partidarios de Pértinax, debía seguir disimulando delante de ellos, pero sobre todo delante del césar, para que este siguiera confiando en él, para que, en el momento preciso, él pudiera clavarle el puñal, con sus propias manos o por medio de otros. Y ese acto, el de la eliminación de aquel césar plebeyo, de aquel emperador a quien aborrecía más que a nadie, se llevaría a cabo con completas garantías. Esta vez sí. Él se encargaría de todo. Pero, para alcanzar ese objetivo, eran otros, como Genciano, los llamados a ser su correo, su dedo acusatorio, el subordinado destinado a tender las trampas oportunas en que habría de caer aquel césar que olía a ajo y aceitunas baratas.

Pértinax entró al Senado con rostro apesadumbrado. Caminó con dignidad hacia el centro de la sala para dirigirse a los patricios y lamentó delante de la Curia la traición de Falcón, su decepción por que fuera uno de los senadores quien se había postulado para el Imperio, quien había querido aprovechar su ausencia de Roma para levantar al ejército. Cuando el césar terminó de hablar, Genciano sabía perfectamente lo que tenía que decir:

—Es un deshonor que un senador haya intentado el golpe de Estado. Su castigo debe ser la muerte. Pero esto no se habría producido, césar, si no fuera porque los soldados campan a sus anchas sin control, están insubordinados, se amotinan porque no han cobrado.

Un calor intenso subió hacia el rostro de Pértinax, que no pudo evitar ponerse rojo de cólera ante aquellas palabras que lo culpaban a él del descontento del ejército y, por tanto, en última instancia, del intento de golpe de Estado. La ira apenas le dejaba hablar, pero quiso serenarse. Sabía que la falta de control conduce a la desgracia. Respiró hondo un par de veces y procuró calmarse antes de tomar la palabra. Comenzó exponiendo hechos objetivos, para no caer en aquella infame provocación.

—Los soldados han cobrado la mitad de lo prometido, seis mil sestercios. Y a final de año cobrarán el resto. No es justo que me

acuséis de tacaño o de no cumplir con mis obligaciones de pago a los pretorianos. Cuando me hice cargo del Imperio, hace apenas dos meses, había en las arcas solo un millón de sestercios y, sin embargo, he repartido entre los soldados tanto como les dieron Marco Aurelio y Lucio Vero, a quienes se les dejó en el erario dos mil setecientos millones.

Aquellas cifras eran inapelables y los senadores aceptaron sin rechistar los argumentos de Pértinax, como no podía ser de otro modo. Genciano torció el gesto, pero esperaba aquella reacción. Por eso quiso tenderle la siguiente trampa que había previsto Juliano:

—En una cosa tiene razón, Pértinax. Es inadmisible que Falcón haya planeado una conjura. Debemos declararlo enemigo público y condenarlo a muerte.

El césar lo vio con claridad. No iba a dejarse llevar por el impulso, y decidió actuar con sensatez. Había prometido no ejecutar a ningún senador, bajo ninguna circunstancia. Esta no iba a ser la excepción. No habría excepciones.

—No quieran los dioses que ningún senador sea condenado a muerte mientras yo gobierne —dijo con firmeza.

—¿Ni siquiera con justo motivo? —insistió Genciano.

—No.

—¿Ni siquiera —insistió de nuevo— haréis una excepción y condenaréis a muerte a este senador, que es culpable del máximo delito?

—No.

—¿De intentar asesinarte, césar?

—Ni siquiera así —respondió Pértinax—. No estoy dispuesto a manchar la pureza de mi púrpura con la sangre de un senador.

Toda la Curia escuchaba con la máxima atención aquel diálogo, aquellas preguntas que lanzaba Genciano y que el césar contestaba sin duda alguna, con completa seguridad. El senador carecía ya de argumentos que lanzar contra el césar. No había podido responsabilizarlo de la anarquía militar que se avecinaba, ni tampoco había conseguido una condena a muerte, que habría manchado la imagen de Pértinax en el Senado y habría hecho temer por su vida al resto de los senadores, como ocurrió en tiempos de Cómodo. Genciano se vio perdido, vencido. No sabía por dónde seguir y, en un instante de debilidad, miró a Juliano. Este reaccionó con prontitud. Le hizo un gesto inequívoco de que se acercara y se sentara junto a él. Los patricios permanecieron atentos a la reacción del senador, y más que nadie el propio césar. En aquel silencio sepulcral que se produjo, todos pudieron escuchar la primera palabra que Juliano le dirigió a aquel patricio impertinente:

—¡Calla!

Pero solo pudieron escuchar la primera, no el resto, que Juliano pronunció en voz baja y con su mano derecha cubriéndole la mitad inferior del rostro:

—Calla. Este viejo ya nos ha indicado el camino. No hay peligro alguno. Conspiraremos hasta acabar con el cuervo.

Solo la primera palabra había resultado claramente audible. Juliano la había pronunciado en voz muy alta y además con un gesto tan inequívoco que incluso el propio Pértinax la había leído en los labios del senador. Pero no pudo escuchar ni intuir las frases que le siguieron. Pensó que tenían como objeto recriminar el excesivo celo de Genciano, castigar su soberbia y su falta de moderación. El césar respiró tranquilo. Se sintió satisfecho de que, al menos, Juliano hubiera frenado así, con su autoridad, la ferocidad de su oponente, la impertinencia de aquel senador que había querido responsabilizarlo de todo lo que estaba ocurriendo.

El césar miró de nuevo a Juliano con un gesto de agradecimiento, sin saber que estaba derrochando amabilidad con el peor de sus enemigos.

31. LOS CONSEJOS DE CLODIA

Siempre que podía, Pértinax visitaba a Claudio Pompeyano en su rica *domus*, no lejos del palacio imperial. No ocurría muy a menudo, porque el viejo senador se encontraba muchas veces indispuesto, debido a su edad y su mala salud. En esos casos, solían ser sus personas de confianza, Clodia y Herodiano, quienes hablaban entre ellos, para luego transmitir a sus patronos la información oportuna. La relación entre los dos libertos siempre había sido fluida y de plena confianza. Conversaban con mayor sinceridad y cercanía incluso que la que tenían Pompeyano y Pértinax. Hoy que sus jefes estaban reunidos, podrían pasear tranquilamente por el atrio mientras aquellos hablaban de política y economía. A Herodiano le gustaba debatir con Clodia sobre todo tipo de asuntos, porque aquella mujer tenía un sentido común y una clarividencia que no dejaban de asombrarlo. Se sentía atraído por ella desde hacía tiempo, pero no quería evidenciarlo, para no perder su confianza. No sabía cómo iba a reaccionar aquella liberta intuitiva e inteligente, pero tampoco sabía cuánto tiempo más podría él aguantar sin desvelar aquel sentimiento que había ido creciendo en su corazón, despacio, pero con firmeza, como la suave brisa que se levanta sin prisa para ir fortaleciendo su impulso poco a poco hasta convertirse en un viento continuo e intenso.

—Es un patio precioso el de la casa de Pompeyano, ¿verdad, Herodiano? —la joven lo sacó de sus reflexiones. El atriense no había reparado en las hermosas columnas corintias que rodeaban aquel atrio limpio y ordenado en torno al *impluvium* central, acordonado de rosales bien cuidados.

—Precioso —reconoció.

Cuando su mente divagaba, Clodia solía devolverlo a la realidad con una frase o un comentario de ese estilo. A él no le molestaba, todo lo contrario. Le gustaba centrarse en los asuntos presentes, no dispersarse en reflexiones que no iban a llevarlo a ningún sitio. Pero le sorprendía, y también le agradaba, observar cómo aquella joven lo entendía hasta el extremo de que parecía que le leyera el pensamiento. Por eso se sentía también atraído por ella. No solo por su refinada belleza, sus movimientos reflexivos y comedidos, que le parecían llenos de una armonía divina y plena, también le gustaba sentirse entendido, comprendido, apoyado en los momentos en que lo necesitaba. Y esa sensación es la que siempre le suscitaba aquella hermosa mujer.

—Hoy sabemos de qué van a hablar nuestros patronos, Herodiano —comenzó la joven, como de costumbre, con la verdad desnuda, sin dobleces ni temor a expresar ante él pensamientos que le resultarían más difíciles de desvelar ante Pértinax o Pompeyano.

El atriense la miró con afabilidad y ella se sintió a gusto. Aquella forma de ser le resultaba muy útil. Más aún, agradable. Podía hablar con ese hombre como si estuviera hablando consigo misma. Se sentía escuchada y admirada. Él atendía a sus reflexiones con respeto y hasta con veneración. Y eso le producía una sensación de bienestar, de placidez, que la impulsaba a desear que se produjera cuanto antes otra entrevista en la que pudiera disfrutar de su compañía. Pero Clodia tenía miedo de ir más allá. No quería profundizar en esa relación, explorar hasta qué punto aquello era una intuición fallida, comprobar si aquel sentimiento, que dejaba aflorar el atriense, fuera cercano o parecido al que ella había empezado a sentir por él desde que lo vio mirarla con esos ojos de ciervo herido, con esa mirada fija de admiración y deseo. ¿Sería eso amor? ¿Estaría ella también cayendo en esas redes invisibles con que los dioses atenazan a los mortales para fundir sus almas y sus cuerpos en una unidad primigenia? Ahora fue Herodiano quien la sacó de aquellas reflexiones que le habían hecho perder el hilo de la conversación.

—¿Y de qué crees que van a hablar Pértinax y Pompeyano?

Clodia pareció despertar de un sueño y volvió, por completo, al principal objetivo de aquella entrevista:

—Van a estar de acuerdo en perdonar a Falcón.

—Así es.

—¿Tú también estás de acuerdo?

—Claro.

—Pues yo no.

Aquella contundencia asombró a Herodiano, que quiso saber más.

—¿Por qué?

La joven tomó aire con determinación como quien va a tener que realizar un esfuerzo repentino y echó hacia atrás su cabello rubio en un gesto que agradó a Herodiano. El atriense se quedó mirando embobado las ondas de su pelo, el movimiento enérgico de su cabeza en un giro que tensaba los músculos de su cara, acentuando la belleza del mentón, la delicadeza de la nariz y los labios, el azul intenso de sus ojos. Ella se dio cuenta y al instante se ruborizó. Prosiguió con rapidez la conversación, para no evidenciar su pudor, y poder taparlo con la exposición de sus argumentos:

—Falcón debe ser castigado, si no, intentarán otra conjura y así hasta conseguir su objetivo.

Aquellas palabras devolvieron de inmediato a Herodiano a la realidad, *conseguir su objetivo* significaba atentar contra la vida del

césar.

—Pértinax ha jurado no condenar a muerte a ningún senador —contestó a la defensiva.

—Sí, Herodiano. Pero la situación es muy peligrosa. El ejército está desbocado, sin control. Apoyan un golpe en cuanto encuentran un senador dispuesto.

—Esto ha sido una excepción.

—No seas ingenuo, Herodiano —zanjó Clodia—. Primero intentaron poner a Lascivio en el trono. Es verdad, fue una improvisación, pero ahora, el golpe de Falcón estaba bien preparado.

—Sí. Es cierto.

—Y si Pértinax no lo impide, el próximo estará mejor preparado aún.

—¡Los dioses no lo quieran!

—Si Pértinax no lo evita —insistió—, quien ha estado detrás de estos dos conatos intentará el tercero.

—¿Crees que detrás de las dos conjuras está la misma persona?

—Por supuesto.

Herodiano miraba con asombro a Clodia, tan capaz de analizar la situación, tan convencida de entender lo que allí estaba ocurriendo. Se sentía afortunado de escucharla, de aprender de ella a valorar las situaciones en su justa medida, en su límite exacto.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó.

La joven quería transmitir sus sospechas con claridad. Intentó explicarlo desde el principio:

—Los pretorianos han apoyado en poco tiempo dos conjuras senatoriales. La segunda no era una improvisación. Iban a implicar a trescientos soldados. Eso quiere decir que nadie controla al ejército, es decir, que el prefecto no está haciendo su trabajo.

—¿Leto? —preguntó Herodiano.

—Ese es uno que está fallando. Y en las relaciones con el Senado, otro que falla es Eclecto, el camarlengo. Los dos están fallando.

—¿Quieres decir que sospechas de la implicación de ambos?

—No sospecho ni dejo de sospechar nada —se defendió—. Digo que están fallando.

Había que reconocer que las palabras de Clodia no carecían de cierta lógica. Estuvieran implicados o no en las conjuras, lo cierto era que Leto no había sabido frenar a los pretorianos y que Eclecto no había conseguido ganarse a todo el Senado, hacerles comprender a aquellos patricios que el único que les podía garantizar su seguridad y bienestar era Pértinax. Efectivamente, había que buscar las causas de lo que estaba pasando. Dos conjuras en tan escaso espacio de tiempo no podían deberse a la casualidad. Era cierto. Había algo que estaba fallando.

—Y los senadores también están fallando —prosiguió la joven—. No todos, pero un sector del Senado está maniobrando contra Pértinax.

—Matar a Falcón no solucionará nada —arguyó Herodiano, que había entendido en toda su dimensión el razonamiento de la joven.

—Y no matarlo dará alas al siguiente senador ambicioso para que se preste a otra conjura, una mejor preparada, una en que la vida de Pértinax corra verdadero peligro.

Herodiano la miró con temor. No quería, por nada del mundo, que su patrón estuviera expuesto, corriera riesgo de que lo asesinaran. Y menos aún que pudiera perder la vida por culpa suya, por su negligencia, por su falta de celo en la defensa de su persona, algo que para él era sagrado. Clodia se dio cuenta de la mirada de preocupación de su interlocutor; no quería alarmarlo, pero tampoco que bajara la guardia.

—Mi opinión es que hay que castigar a Falcón —concluyó.

—Y Pértinax lo hará, pero con el destierro.

Y ante el rostro de contrariedad de la joven, el atriense intentó explicarlo.

—Piensa, Clodia, que el césar no puede condenar a muerte a un senador. Su programa de gobierno es volver a la época de libertad de Marco Aurelio. Eso exige clemencia, moderación en el ejercicio del poder. Si condena a Falcón, aunque este lo merezca, sus enemigos en el Senado acabarán con su prestigio…

—¿Prestigio? —lo interrumpió la joven—. Sabes perfectamente que ese grupo de soberbios solo admiran a los de su clase. Ya te has olvidado de los años en que éramos esclavos.

—Claro que no.

—Pues con Pértinax pasa algo parecido. No olvidan que su padre fue esclavo y luego liberto, como nosotros. Lo tachan de vulgar, de plebeyo, de un hombre bajo y ruin. Ese es el prestigio que le otorga el Senado.

—No podemos convertirlo en un tirano por venganza.

—No es venganza. Es justicia. Es defensa propia.

—Escucha, Clodia —dijo Herodiano con firmeza—. Sabes que Pértinax no condenará nunca a muerte a un senador. No va a renunciar a sus ideales por muchas conjuras que se le presenten.

Aquellas palabras zanjaron la discusión. Ambos libertos sabían que aquello era verdad. Al menos, la joven tenía la certeza de que Herodiano le contaría a Pértinax sus preocupaciones, pero comprendía que sería en vano. Quiso tantear otras vías:

—¿Y qué pasa con Leto y Eclecto?

—¿Sospechas de ellos?

—Quizás.

—No seamos injustos, Clodia. Ellos fueron quienes lo colocaron en el Imperio.

—Puede que hayan cambiado de opinión.

—No tenemos pruebas. Que sean torpes no quiere decir que sean culpables.

—¿Confías en ellos?

Herodiano pensó antes de hablar. Hasta ahora no había sospechado de ninguno de los dos, pero quiso analizar los hechos con objetividad.

—No tengo mucha relación con ninguno de los dos. He hablado algo con Eclecto, menos con Leto.

—Pero tú eres el que abre y cierra las puertas —observó la joven con sagacidad.

Herodiano comprendió al instante lo que Clodia quería decir. Él conocía ciertos movimientos de palacio, sabía con quiénes se reunían, podía sospechar, intuir.

—He coincidido con Eclecto en un par de ocasiones —comenzó el atriense—. Cuando le hablo de Pértinax, cuando recuerdo los tiempos gloriosos de Marco Aurelio, el camarlengo no se resiste. Veo que aprecia la virtud del césar, su sincero deseo de hacer un buen trabajo, de buscar la paz y el progreso de Roma. Creo que es fiel.

—¿Y Leto?

—De Leto no estoy tan seguro. Es un hombre escurridizo, difícil, hermético.

—¿Con quién suele reunirse?

—Los habituales, la gente que tiene que tratar por su cargo. Nadie especial.

—¿Senadores?

—No lo he visto reunirse nunca con Lascivio o Falcón. Acaso con Juliano, en un par de ocasiones.

—¿Mujeres?

Herodiano no quería decirle que Leto y su hermana eran amantes. Sabía que aquel asunto la ponía nerviosa. Por eso le había ocultado, hasta hoy, las características de aquella relación. Pero Clodia notó que el atriense tardaba unos segundos en responder. Decidió insistir:

—No es que me interese la vida privada de nadie, Herodiano. Pero tú sabes que las mujeres de la corte sirven a veces de correo, de conexión entre personas que no se ven, pero que colaboran entre sí, que tienen intereses comunes.

—Bueno, Clodia —dijo por fin—, lo cierto es que Leto y tu hermana son amantes.

—¿Amantes? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? —preguntó alarmada.

—No quería molestarte.

—¿Molestarme? No has entendido nada, Herodiano. Aquí no

importan nuestros sentimientos, sino saber qué pasa en palacio, transmitirnos información suficiente para proteger en lo posible a Pértinax y sus intereses.

—Lo siento.

—A partir de ahora vigilarás a Leto. Hay que asegurarse de que no conspira contra Pértinax.

—Así lo haré, Clodia. De veras, lo lamento. Creí que no era importante —quiso disculparse de nuevo.

—Claro que es importante —le censuró la joven—. Necesito tener toda la información. Mis sentimientos no importan.

Al escuchar aquello, Herodiano miró los ojos tristes de Clodia y no pudo reprimirse más:

—A mí sí me importan.

Y Clodia, acostumbrada a leer en la mirada de los hombres los sentimientos que procuran esconder, leyó claramente en los ojos de Herodiano, no la admiración o el deseo, sino el amor. El amor profundo y sincero. Y se asustó. No podía permitirse aquel lujo. No podía fallar en su misión, ni tolerar que aquel hombre fallara, por su culpa, en la suya. No podía mermar el raciocinio de aquel varón, distraer su atención de la sagrada misión que lo había traído allí, la defensa de Pértinax, de su vida, de su legado. Por eso se replegó, antes de perder la batalla o de hacérsela perder a él.

—Ya salen Pértinax y Pompeyano de la reunión.

—Clodia…

—Escucha, Herodiano —lo interrumpió mientras desaparecía por una de las arcadas del patio—. Lo único que debe ocupar tu mente ahora es proteger a Pértinax, por encima de todo. No pierdas de vista a Leto.

El guardián de las puertas de palacio se quedó plantado en mitad del atrio, como una Dafne a la que le hubieran salido raíces profundas bajo sus pies. Clodia había desparecido y, efectivamente, Pértinax acababa de salir de la reunión.

32. ALTA TRAICIÓN

Herodiano estaba cada vez más atento a las reuniones que Leto mantenía en el palacio imperial, pero aquella tarde no pudo seguirle el rastro, porque fue el prefecto del pretorio quien acudió de incógnito a la residencia del senador Juliano, para que le aconsejara sobre los siguientes movimientos que debía emprender.

—Te he hecho venir, Leto, para darte las últimas instrucciones.

—¿Las últimas, dómine?

—Sí, el fin de Pértinax está cerca.

Leto permaneció sentado, pero arrugó el gesto en señal de desconfianza. El Senado no había conseguido la condena de Falcón y, por tanto, no había conseguido minar el prestigio de Pértinax en la Curia. Si se producía el golpe, debería ejecutarlo el ejército, prácticamente sin ayuda.

—Sé que piensas que hemos fracasado en el Senado, Leto, pero te equivocas. Ahora el ejército odiará más al césar y lo hará en su totalidad.

El prefecto no entendía bien aquello último. Los pretorianos estaban divididos entre los partidarios de Pértinax y los que lo odiaban a muerte. Pero la proporción era casi de la mitad y esto le obligaba a ser muy cauto a la hora de elegir a los hombres destinados a participar en una conjura.

—¿En su totalidad, dómine? —inquirió esperando el argumento.

—Sí. Ahora todos estarán contra Pértinax.

—¿Cómo lo conseguiré, señor? —preguntó de nuevo Leto, que no entendía cómo podría volver a todos los pretorianos contra el césar.

—Del mismo modo que Cómodo consiguió domar al Senado.

El prefecto aguardó a que el rico senador se explicara mejor.

—Mira, Leto —prosiguió—, cuando Cómodo encontraba alguna excusa para matar senadores, nunca ejecutaba a los suyos, sino a aquellos que aún seguían fieles a la ética de su padre.

—Es cierto.

—Claro que es cierto. Así fue liquidando a los pocos consejeros que quedaban de la época de Marco Aurelio y fue colocando en el Senado a sus amigos, a sus partidarios, a quienes compartían con él juegos y prostitutas en sus orgías.

—Era una maniobra muy inteligente.

—Así es, y tú harás lo mismo entre los soldados.

—¿Cómo?

—Muy fácil, Leto. Cuando el césar te ordene purgar a los

pretorianos, ejecutar a los culpables de esta rebelión. Lo harás. Pero no matarás a los tuyos, a los partidarios de la conjura, sino a los fieles a Pértinax, a todos los mandos que aún lo apoyan. Dirás en todo momento que son órdenes del césar. Y entonces, cuando el resto vea a quiénes ejecuta ese viejo desgraciado, cuando comprueben a quiénes manda a la muerte deshonrosa y vil este emperador palurdo, entonces, ya no habrá dudas sobre qué bando elegir. Quedarán muy pocos que aún apoyen a Pértinax. La inmensa mayoría de los pretorianos desearán definitivamente su muerte. Y la conseguirán —sentenció.

Leto quedó admirado de la inteligencia perversa de aquel hombre. Miró el filo agudo de su mirada y sintió alarma. No le gustaría tener a aquel patricio de enemigo en ningún campo de batalla.

—Me parece un plan magnífico, senador.

—Claro que lo es —respondió con soberbia. Y ahora Juliano no le aportó ya argumentos, sino órdenes —. Lo tendrás todo preparado para el día del sacrificio.

—¿Sacrificio?

—Sí. Te diré cómo atentaremos contra Pértinax. Será el mismo día en que el césar se disponga a sacrificar en el templo de Esculapio.

—¿Qué día será ese?

La información que poseía Juliano era detallada, exacta. Por eso respondió sin dudar:

—El 28 de marzo, antes del 21 de abril en que serías cesado.

—¿Cesado? —preguntó alarmado Leto.

—Sí, Leto, cesado. Porque ni tú, ni Eclecto, ni los libertos imperiales, ni todos los antiguos colaboradores de palacio, los sirvientes de Cómodo que aún siguen en sus puestos, los cargos intermedios, ninguno de vosotros sabe lo que yo sé. El emperador quiere cesaros el mismo día 21 de abril, el día que coincide con el aniversario de la fundación de Roma, el día en que Pértinax quiere que comience oficialmente su reinado, un reinado de esplendor que devuelva a Roma el brillo de otros tiempos, la época dorada de Marco Aurelio y, bla, bla, bla… todas esas tonterías que tú ya conoces.

Leto no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—¿Cómo puedes pensar, Leto, que se me escapa algo de lo que ocurra en la corte? —respondió Juliano con otra pregunta—. ¿Crees que no sé con quién te reúnes, quiénes son tus apoyos o con quién te acuestas? Todo es transparente para mí, prefecto. Por eso yo debo ser tus ojos y tus oídos, tu cerebro y tu custodio, tu protector, el hombre que te encumbre a lo más alto, porque a mí no se me escapa nada de lo que ocurre en el Senado, o en el palacio o en cada una de las calles de Roma. Todo lo tengo bajo mi control. Sé lo que ha ocurrido, lo que ocurre y lo que ocurrirá. Por eso debes confiar plenamente en mí,

Leto, obedecer mis consignas, seguir cada una de mis indicaciones. Así llegarás a lo más alto.

El prefecto sabía que Juliano era muy aficionado a las artes mágicas, a los rituales extranjeros de adivinación, pero también tenía poder, redes de espionaje; su dinero llegaba a todas partes, como había podido comprobar el día que lo conoció en el palacio imperial y se saltó con sus riquezas todas las normas de la subasta. Entendió que aquel hombre le estaba dando una lección. Estaba dejando claro su dominio sobre él y sobre todos, sin violencia, con la lógica desnuda del poder.

—Estoy admirado de vuestro control, señor.

Juliano sonrió complacido. Así le gustaba a él, que lo reconocieran como lo que era: el amo, el varón que todo lo controla con la fuerza de su dinero y su poder. Le gustaba que sus subordinados, los inferiores, fueran conscientes del lugar que ocupan en el mundo, de la inmensa distancia que les separaba del amo, de él, del hombre más poderoso de Roma. El mensaje había llegado alto y claro. Ahora no le importó continuar con los detalles.

—Anota esa fecha en tu cabeza, Leto: 28 de marzo. Casi un mes antes de tu previsto cese, que nunca se hará efectivo, porque el césar morirá antes.

Leto no quiso inquirir más para no incomodar a Juliano, pero el senador leyó la pregunta en sus ojos y aquel día quería ilustrarlo, explicarle claramente todos los detalles.

—Te preguntas por qué matarlo casi un mes antes y no un poco más tarde, por qué no esperar a unos días antes del cambio de cargos, esperar a que esté más confiado, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Pues no, Leto. Lo haremos el 28 de marzo, porque, a primeros de abril, Pértinax redoblará la vigilancia en torno a su persona, preparará los sustitutos, entre ellos el tuyo, y se hará cada día menos accesible, más difícil de matar. El día será el 28, el día del sacrificio.

Leto entendió que su único cometido era acatar los mandatos de Juliano, conocer exactamente, como buen militar, las órdenes que le comunicara, obedecerlas sin preguntarse nada, sin plantearse ninguna duda. Aquel patricio ya lo había pensado todo por él. Sus preguntas, a partir de ahora, serían solo técnicas, con vistas a cumplir su misión de la forma más profesional y eficaz posible.

—¿Cómo será el sacrificio?

—El que quiera hacer Pértinax delante del templo quedará frustrado, pero luego habrá otra víctima, esta vez en el palacio imperial, por fin, y ese segundo sacrificio tendrá éxito.

Leto estaba un poco perdido con aquel doble sentido, pero lo entendió. Por un lado estaba el sacrificio como rito religioso y, por

otro, el asesinato de Pértinax, como si fuera una víctima que inmolaran no ya en un altar sagrado, sino en un palacio civil. Aun así, no le gustaban las metáforas ni las alegorías, prefería las órdenes sencillas, claras, unívocas. Pero no mostró ningún gesto de incomodidad. A veces, a Juliano le gustaba hablar como si fuera un oráculo. Y él estaba dispuesto, ahora más que nunca, a respetar todos y cada uno de los caprichos de aquel riquísimo senador. El patricio se dio cuenta de ambas cosas, de la confusión del prefecto y también de su sumisión. Disfrutaba de ambas cosas. Quiso aclarar un poco las ideas del prefecto sin abandonar su tono profético:

—Primero se sacrificará un gallo delante del templo de Esculapio, para que después podamos, por fin, sacrificar al cuervo.

Ahora Leto lo entendió perfectamente. La alusión al cuervo era inequívoca. Juliano estaba hablando de asesinar a Pértinax después de aquel rito religioso. El senador leyó de inmediato la comprensión en los ojos y el gesto del prefecto, que se relajó al fin, ya con pleno conocimiento de las órdenes. También quiso explicarle cada uno de los pasos que habría que dar:

—Pero para que lo sepas todo, escucha, Leto, escucha y aprende todos los detalles del plan.

33. EL SACRIFICIO DE PÉRTINAX

Al alba del día 28 de marzo, Pértinax tenía previsto hacer un sacrificio ritual al dios Esculapio en la entrada del Templo de Asclepio, delante del pueblo de Roma, para suplicar por la salud de todos y por la del Imperio.

La comitiva discurría lentamente hacia la zona de inmolación en la *lustratio*, la primera fase de aquel rito religioso tan importante para los romanos y en especial para Pértinax, un hombre muy supersticioso que veneraba a todos los dioses y procuraba siempre consultarlos y agradarlos en todas y cada una de las actividades personales o públicas que se disponía a emprender.

La procesión avanzaba entre danzas y música para proceder primero a la purificación del animal, en este caso un gallo, el gallo de Esculapio, una víctima pequeña, un sacrificio nada complicado, que garantizara al césar el cumplimiento escrupuloso de todos los ritos debidos, sin que nada se saliera del patrón firmemente establecido por la religión romana. De otro modo, la ofrenda no sería agradable a los dioses y estos mostrarían su enojo. Y si algo no necesitaba Pértinax, de ninguna de las maneras, era el enojo de los dioses.

Por eso se tapó la cabeza con una capucha, como los sacerdotes, para no ver ni oír nada, para concentrarse al máximo en el ritual que había que cumplir escrupulosamente, prestando toda su atención a cada palabra, a cada gesto, para no ofender a los dioses, para ganar su apoyo en unos momentos tan delicados para él.

Una vez purificado el animal, el sacerdote comenzó la *praefactio*, ofrendando incienso y vino, que arrojó al fuego para que entrara en el mundo de los dioses. Luego, los ayudantes le ofrecieron la *mola salsa*, una mezcla de trigo triturado y sal que había sido preparada expresamente por las Vírgenes Vestales, y el arúspice la extendió con cuidado sobre el lomo del animal, a la vez que vertía diversas libaciones y vino por la frente y cresta del ave. En un silencio reverencial, total, para que ningún ruido turbara la exactitud de la ceremonia, el victimario cortó el cuello del gallo y, al momento, volcaron la víctima yacente sobre el lomo y la abrieron en canal para examinar sus *exta*, sus órganos internos. Este era el momento más trascendental de toda la ceremonia, en la que el *haruspex* inspeccionaba las vísceras, en especial el corazón y el hígado, para llevar a cabo una lectura del futuro, para saber si los dioses eran favorables o no, si iban a arropar a Pértinax o volverle la espalda con desprecio.

En el momento culminante del ritual, Pértinax permanecía callado, con la cabeza tapada, en un recogimiento reverencial, ajeno a todo lo que no fuera el cumplimiento exacto de aquella ceremonia. Por eso no pudo ver la mirada fugaz que el sacerdote lanzó a Juliano ni el gesto rápido de asentimiento, fugaz también, casi imperceptible, que le devolvió el poderoso senador. El arúspice continuó con su labor: introdujo las manos en el cadáver ensangrentado de la víctima y comenzó a buscar las vísceras, para comprobar que estaban sanas, que todo estaba en su sitio y así dar plena tranquilidad a los romanos que asistían a aquel sacrificio y en especial al césar, que aguardaba el plácet del sacerdote con fe reverencial, con la satisfacción de haber cumplido con todos los requisitos protocolarios, con el aval de sus actos, de su bondad y la pureza de su vida. Recordó los tiempos en que Marco Aurelio suplicaba a los dioses, les rendía tributos y sacrificios, y ellos le correspondían, correspondían a aquel varón excelente, puro, que siempre los veneró, que se sacrificó por Roma, como si él mismo fuera una víctima exquisita ofrecida a los dioses. Aquel hombre puso su vida y todo su empeño al servicio del Imperio. ¡Lo salvó del desastre tantas veces! Ahora, él, tenía que estar a la altura. Debía esmerarse en ser digno de aquel esfuerzo, de aquella vida de sabiduría y trabajo dedicada a la defensa de Roma, a conseguir dignidad y libertad para todos los ciudadanos, a luchar por el bien de los más desfavorecidos, legislar, como hizo Marco, para beneficiar a los esclavos y a las mujeres, a la plebe y a los desahuciados.

Mientras el sacerdote introducía sus manos para inspeccionar las vísceras, buscando el asentimiento divino, él recordó los tiempos en que buscaba el asentimiento de los demás. Siempre se sintió acomplejado delante de aquellos patricios que le echaban en cara sus bajos orígenes. Llegaron a acusarlo falsamente de corrupción, ellos que solo trabajaban para engordar sus bolsillos y a quienes molestaba incluso escuchar el solo nombre de la virtud. Aquel día pensó que su prometedora carrera había llegado a su fin. Fue Claudio Pompeyano quien apostó por él. Sin que supiera a lo que iba, lo llevó a una audiencia con Marco Aurelio y lo dejó allí, delante del emperador filósofo con esta introducción:

—Querido Marco. Vengo a ti hoy, porque tú conoces las debilidades humanas y sabes leer el alma de los hombres. Hoy he traído a tu presencia a Pértinax para que hagas ambas cosas: primero, descubrir la debilidad, la suya o la de sus detractores, pues yo no sé distinguir si son ciertas o no las acusaciones de corrupción que algunos patricios vierten sobre él. Después para que lo mires a los ojos, y me digas qué ves en él.

A Pértinax, que era la primera vez que estaba delante de Marco

Aurelio, le entró un profundo escalofrío de saber que se encontraban en presencia de aquel gran hombre. Cuando el césar se levantó y se le acercó amistosamente, sintió una conmoción profunda. Fueron unos breves instantes hasta que el emperador filósofo clavó sus ojos sobre él, para leer la profundidad de su pensamiento, fijo en sus pupilas como el garfio que atrapa una nave de guerra y no la deja escapar. Pero Pértinax no se sintió atacado, sino consolado por aquella mirada ecuánime, serena, que le inspiró tranquilidad y amor. Al momento el césar volvió a su asiento y dijo a Pompeyano.

—Querido yerno, no basta mirar el rostro de una persona para acercarse a su alma. Por eso, sabiendo que hoy venías para dilucidar esta desagradable cuestión, he ordenado a mis contables que hagan un estudio de los gastos concretos que han motivado las acusaciones contra este hombre.

Ambos visitantes observaron con atención cómo el césar se giraba para alcanzar unos pergaminos que sobresalían de una de las estanterías cercanas.

—Los números cuadran —soltó de repente—. No hay nada extraño en la gestión de Pértinax. La debilidad humana no es la suya, sino la de sus acusadores, que envidian su buena disposición, su esfuerzo sincero en servir al Estado. En cambio, algunos de sus detractores son patricios que, en el ejercicio de sus cargos, pueden haber sisado algo, traficado con información que conocen antes de que sea de dominio público, beneficiado de algún modo a unos y privilegiado unas acciones sobre otras. A corregir esos vicios dedico muchas energías, Pompeyano, a detectar y castigar esos comportamientos, para que solo ejerzan sus cargos las personas que lo merecen, los honestos, los que tienen una vocación sincera de servir al Estado. En todo caso, cuando se produce corrupción, esta queda reflejada en las cuentas. Aquí no la ha habido.

—Me alegro de lo que me dices, Marco —dijo el yerno.

Pértinax abrió aún más sus ojos, admirado por la sabiduría y la bondad de aquel césar. Más sorprendido se quedó al escuchar el resto de la alocución.

—Pero es cierto —continuó Marco— que en los ojos se puede leer el alma de los hombres. Y en la de Pértinax no solo hay honestidad, también hay dolor.

El aludido casi dio un salto de su asiento. ¿Qué sabía aquel hombre del dolor que sentía? ¿Qué sabía él de su vida más allá de unos datos intrascendentes, de los cargos y destinos desempeñados? ¿Qué podía leer en su mirada? Pértinax estaba turbado, porque era muy religioso y prestaba atención a los presagios, a los vaticinios, a cualquiera de las formas en que los dioses se comunican con los mortales. Y aquel varón, el emperador filósofo, el gran Marco Aurelio, se le antojaba un

ser excepcional, capaz de estar más cerca de los dioses que muchos adivinos y sacerdotes que conocía.

—Hay un dolor —prosiguió— que él sabrá mitigar muy pronto, desde hoy mismo. Lo acogerá en su corazón, no ya con rencor o resentimiento, como hasta ahora, sino con la comprensión de la naturaleza humana, del error de la ignorancia, de la pequeñez de quien quiere infligírselo y ya no podrá hacerlo más, a partir de hoy.

Pértinax ni pestañeaba, Pompeyano atendía con verdadera emoción.

—El dolor —continuó como si hablara un oráculo— fue lo que le dio la vida: el dolor de su madre en el parto, el de su padre al verlo partir en busca de su futuro, el dolor de aquel gramático en que se convirtió después, al ver cómo los padres de sus alumnos despreciaban su oficio, él, que se esmeraba más que nadie en enseñar virtud a sus pupilos cuando ni sus propios progenitores estaban dispuestos a hacer ese esfuerzo. Todo ese dolor es lo que nos ha llevado hasta aquí, varones. Y de él nos enorgullecemos.

La pausa de Marco Aurelio invitaba a que participaran aquellos dos hombres, pero ninguno de ellos, entusiasmado como estaba en la reflexión del césar, se atrevió a interrumpirlo. Bastaron unos segundos y el emperador continuó:

—Pértinax —le dijo ahora interpelándolo directamente—, el dolor que sientes hoy por saberte acusado falsamente, ese que ahora te ahoga, es igual que tu dolor, Pompeyano —dijo ahora mirando a su yerno—, igual que el mío. ¿Falsas acusaciones? ¿Desprecio? ¿Traición? Todo ese dolor, compañeros, lo transformaremos en abono para dar fruto, para dar fruto nosotros, el mejor de los frutos, como hacen los olivos de mi Bética, de mi Córdoba lejana, que crecen retorciendo sus ramas para ofrecer, al final, un fruto vivífico, que sostiene la vida de otros. Nosotros seremos también como esa aceituna, que madura al sol para dar lo mejor de sí misma, y que, llegada a la sazón, cae elogiando la tierra que le dio la vida y dando gracias al árbol que la produjo.

Desde el momento en que mantuvo aquella trascendental entrevista, Pértinax no dejó de desempeñar importantes cargos bajo los gobiernos de Marco Aurelio y Cómodo. Había llegado a lo más alto sabiendo aprender de su dolor, trabajándolo con humildad hasta convertirlo en abono, como le dijo aquel día el emperador filósofo. Por eso veneraba a aquel hombre, como veneraba todo lo divino, la naturaleza, los dioses, las señales del destino. En su mente, profundamente religiosa, esperaba ansioso la culminación del sacrificio en honor al dios Esculapio, delante de su templo, delante del pueblo de Roma, Y entonces volvió de sus pensamientos para darse cuenta de que el final de aquel ritual parecía demorarse en exceso.

Algo no estaba saliendo bien. Miró al sacerdote y lo vio nervioso, inquieto, buscando en el animal una señal que no encontraba. Las manos llenas de sangre sobre la víctima muerta en el altar. Sin apartar sus dedos de aquel cadáver, el arúspice miró al césar con un gesto tenso. El emperador volvió a pensar que algo estaba saliendo mal, pero no quiso hablar. Prefirió perseverar, callar, seguir allí, al pie del altar, esperando a que los adivinos terminaran su trabajo, aguardando a que los dioses hablaran. Pero los dioses ya habían hablado. Fue el sacerdote quien, por fin, rompió aquel espeso silencio:

—No encuentro el lóbulo derecho del hígado, césar.

Pértinax tenía miedo de que los dioses lo hubieran abandonado. Después del sacrificio, tenía pensado acudir al Ateneo a escuchar declamar a un poeta amigo suyo. Eran muchas las actividades culturales en las que el césar se implicaba por un doble motivo: impulsar las letras y el conocimiento por un lado, y disfrutar también de una de sus grandes aficiones, aquellas conferencias, exposiciones, declamaciones poéticas, literarias, filosóficas, que le parecían siempre el alimento nutricio del alma en las noches de invierno, porque Marco Aurelio también le había enseñado que la vida tiene sus inviernos, sus momentos de duda y crisis, sus instantes de dolor. Esa era su intención, pero Pértinax decidió anular todas las actividades previstas para ese día, en el convencimiento de que los dioses no le habían dado su beneplácito tras aquel sacrificio fallido. Las divinidades no habían sido favorables y él, en justa consecuencia, respetuoso siempre con la voluntad de los dioses, resolvió volver al palacio imperial y trabajar allí durante toda la mañana. Temía por la estabilidad del Estado, por la rebeldía que habían demostrado los pretorianos, y más ahora, que había castigado con la pena capital a los culpables. Por eso, pensó en mandar un emisario que negociara con ellos, que los tanteara, que recogiera sus quejas y reclamaciones, que pudiera hablar con ellos cara a cara, pero con la distancia necesaria de no estar dirigiéndose directamente al emperador. Envió a su suegro Sulpiciano, que había sido nombrado prefecto de Roma. Lo acompañaría su hombre de confianza, Herodiano, el guardián de las puertas. Ambos se encargarían de acudir aquella mañana a los *castra praetoria* a hablar con los pretorianos mientras él se reunía en palacio con Leto y Eclecto.

Juliano era quien estaba detrás de todo lo que había ocurrido aquella mañana frente al Templo de Esculapio. Él había sobornado a los arúspices para que el sacrificio resultara fallido y Pértinax cambiara de planes. Sabía que era un hombre respetuoso con las divinidades y que anularía todos sus actos públicos aquella mañana. El día anterior, ya le había dado a Leto las instrucciones oportunas. El prefecto sabía con antelación lo que iba a ocurrir y estaba avisado de que Pértinax volvería al palacio imperial. Fue entonces cuando le indicó la conveniencia de que Sulpiciano se dirigiera solo, sin tropas, al campamento, a sincerarse con los soldados.

—Es mejor que vaya solo a hablar con los pretorianos, sin que esté yo, césar. Así tendrá más autoridad, por ser prefecto de Roma y suegro del propio emperador.

Pértinax creyó que aquello era una buena idea. Al no estar Leto, Sulpiciano podría realizar mejor su misión.

—Me parece bien.

—César —insistió Leto que veía cómo se desplegaba sin dificultad todo su plan—, ya que no pensáis ir al Ateneo, podríamos devolver a vuestra escolta al campamento pretoriano.

Leto miró con desconfianza. Se sentía seguro rodeado de aquellos doscientos hombres, que eran soldados escogidos, en su mayoría fieles a Pértinax. Entre ellos se encontraban los que lo acompañaron desde Ostia a Roma para frustrar el golpe de Falcón.

—No estoy muy seguro —le contradijo Eclecto—. Siempre es bueno tener una protección extra en el palacio.

El prefecto también había sido aleccionado por Juliano sobre lo que tenía que responder en ese caso. La solución no era otra que jugar con la superstición de Pértinax.

—Eclecto lleva razón —comenzó Leto para torcer enseguida el argumento—, pero no en las circunstancias actuales, no después de lo que hemos visto hoy.

Incluso el propio camarlengo se dio cuenta de la impresión que esas palabras causaron en el césar. Aquel hombre tan supersticioso estaba realmente impresionado por el hecho de que el sacerdote no hubiera encontrado el hígado de la víctima. Era un mal augurio. Un hecho gravísimo que anunciaba la desaprobación de los dioses.

—No entiendo por qué debemos prescindir de este cuerpo de guardia —dijo el camarlengo dirigiéndose directamente a Leto.

—Los dioses no son benévolos hoy —respondió—. ¿Para qué tener tanta gente armada cuando no vamos a salir de palacio? Es mejor que se reúnan con el resto en el campamento pretoriano y así puedan escuchar todos las palabras de Sulpiciano.

El camarlengo observó cómo el césar asentía y quiso, al menos, protegerse con aquellos mismos hombres de los que se sirvió el emperador el día del golpe de Falcón.

—Al menos que nos acompañen esos doce fieles que nos apoyaron cuando la conjura de Falcón. Ellos siempre te han traído buena suerte, césar —argumentó Eclecto, que también aprendía rápido.

—Que se queden esos y que el resto vuelva al campamento pretoriano —ordenó Pértinax.

Así se hizo. Los casi doscientos soldados que acompañaban el séquito del césar volvieron al campamento para asistir a la reunión con Sulpiciano. Pero no fueron todos los llamados a escucharlo, porque las órdenes secretas de Juliano eran que trescientos hombres escogidos por Leto, los que más odiaban al césar, salieran por la parte de atrás del campamento justo cuando Sulpiciano entrara por las puertas para entrevistarse con los pretorianos. Así se hizo. En el

momento acordado, cuando todo parecía estar más tranquilo y sin que nadie lo esperara, los conjurados salieron a la carrera del campamento y se dirigieron contra Pértinax con las lanzas en ristre y las espadas desenvainadas.

Llegaron a la colina del palacio imperial sin que nadie se les opusiera o informara de aquel hecho, por sorpresa y sin dejar apenas tiempo de reacción. Pero los accesos estaban bloqueados y eran lo suficientemente sólidos como para contener a los golpistas, que no traían material alguno con que poder derribar aquellas puertas de bronce cerradas a cal y canto. Dentro había muchos libertos y una veintena de soldados que serían suficientes para contener a aquella horda de mercenarios hasta que llegara ayuda desde el campamento pretoriano. El prefecto se encontraba reunido con el césar y el camarlengo. Era cuestión de resistir. Pero, cuando los trescientos rebeldes se acercaron, algunos libertos de palacio, que estaban avisados, comenzaron a abrirles las puertas, y el resto, cuando vieron las intenciones que traían aquellos soldados, no dudaron tampoco en facilitarles el acceso, tanto en los portones de palacio, que les abrieron de par en par, como también en otras entradas menores por las que penetró aquella turba de pretorianos desbocados cuyo único objetivo era matar al césar. Aquellos libertos ni siquiera habían avisado a Pértinax: era muy grande el odio que sentían hacia él. A pesar de llevar casi tres meses en el poder, el emperador había dejado en sus puestos de mando y al servicio de palacio a los mismos cortesanos depravados que había heredado del reinado de Cómodo. Con aquel césar degenerado habían vivido la degradación, el lujo y los vicios más hondos, que fueron el triste emblema de aquellos tiempos. Se habían zambullido durante doce años en una espesa ciénaga de bacanales y vino. Y ahora, todos ellos echaban en falta el hedonismo dulce y salvaje de aquellos días de perversión y desenfreno. Por eso ninguno de aquellos cortesanos se opuso a los rebeldes. Antes bien, en su rencor, jalearon a los soldados para que dieran muerte a Pértinax y consumaran cuanto antes el crimen.

Fue la esposa del césar la que penetró sin avisar en las estancias en que su marido permanecía reunido con Leto y Eclecto.

—Pértinax —gritó. Y al momento los tres hombres la miraron atónitos—, viene una turba de soldados para matarte.

El emperador guardó silencio mientras miraba fijamente a su esposa. Tras unos segundos, respiró hondo y dirigió la mirada más allá, como si dilucidara sobre un asunto que requiriera una honda reflexión. Leto estaba callado, esperando, conocedor de aquella conjura que él mismo había desenvuelto con ayuda de Juliano. Eclecto no quería hablar antes que el césar, pero no pudo aguardar más:

—¿Cuántos son, Ticiana? —se atrevió a preguntar.

A aquella mujer no le importaba el protocolo. Respondió como si le hubiera preguntado su marido.

—Muchos. Al menos trescientos.

Eclecto miró a Leto con una mirada inquisitiva, que le pedía explicaciones, por ser él el prefecto de la guardia, el jefe directo y responsable de aquellos pretorianos. Él apartó la mirada y preguntó directamente a Ticiana:

—¿No serán los doscientos que protegían al césar esta mañana, que han vuelto para custodiarlo? —dijo Leto astuto, con intención de confundirlos a todos y restar así margen de reacción al emperador.

—Nada de eso —respondió taxativa la esposa del césar—. Estos no traen intenciones amistosas. Vienen con la lanza en ristre y las espadas desenvainadas. Están echando abajo las puertas que no les abren. Vienen asalvajados, violentos, arrasando todo a su paso. Esta gente viene a matarte, Pértinax —dijo mirando fijamente a su marido.

—Gracias, Ticiana —respondió ahora el césar—. Lo resolveremos. Vete directamente a casa de tu padre a informar a la familia de este suceso. Cuanto antes. Sin dilación.

La esposa abandonó con prisa la estancia, sin ni siquiera despedirse. Dentro quedaron los tres hombres que ya comenzaban a escuchar el ruido que hacían los sicarios en su camino hacia la sala principal donde Pértinax, hasta hacía unos segundos, despachaba asuntos de gobierno con sus dos colaboradores de confianza. Eclecto fue el primero en hablar:

—Debéis huir cuanto antes, césar. Escapar por una de las salidas secretas de palacio con los pocos fieles que tenemos y poneros bajo la protección del pueblo.

Los pretorianos estaban ocupando los pórticos de palacio y apenas quedaba tiempo para reaccionar. Pértinax los vio desde la estancia superior que ocupaba y los miró con tristeza. No había miedo ni dolor en su corazón. Solo tristeza. A pesar de que Eclecto le insistía en que se marchara, él no quiso huir ni ocultarse. Decidió mandar a Leto para que calmara a aquellos soldados. Él era su oficial superior y, por tanto, el más indicado para detener aquel levantamiento y exigirles la debida disciplina.

—Háblales desde lo alto de las escaleras, Leto. No tengas miedo. Yo saldré a apoyarte, como aquel día de mi nombramiento, en que acudimos al campamento tú y yo juntos, para convencer a los soldados de la necesidad de obedecer, de acatar la voluntad de los dioses, el destino de Roma. Háblales desde lo alto de las escaleras —repitió—. No les muestres temor ni turbación. Recuérdales su obligación. Debes apelar al honor del soldado. A la sagrada obligación de respetar sus juramentos. Diles que no habrá represalias. Ve sin miedo, Leto.

Pero aquel pretoriano no tenía miedo, sino ambición; no sentía turbación, sino codicia; no le movía el honor del soldado, sino los vicios perdidos, el dinero de los poderosos, la lujuria y la degeneración de otros tiempos, que él echaba en falta, como lo hacían todos aquellos salvajes, que ya subían por las escaleras de palacio que conducían a la estancia en que se encontraba el césar.

—A las órdenes, dómine —mintió por última vez a aquel hombre honesto, mirándolo apenas unos instantes.

En vez de cumplir las órdenes del césar, Leto comenzó a bajar despacio los escalones, desarmado, junto al pasamanos ornado en oro de aquella escalera monumental. Los soldados lo reconocieron al instante y le abrieron un estrecho pasillo que atravesó para escapar por detrás del pórtico con la cabeza cubierta. Mientras descendía todos los rebeldes guardaron silencio esperando una orden, curiosos por saber si aquel jefe suyo, el prefecto, tenía algo que decirles, alguna última recomendación que hacerles. Y mientras aquel hombre esquivaba a los soldados y huía de palacio, todos pudieron escuchar claramente sus palabras:

—Salud, soldados. Acabad con la misión que habéis venido a cumplir.

Eclecto no salía de su estupefacción, sabía que Leto era cruel y traicionero, pero nunca habría esperado aquel comportamiento indigno, tan canalla, hacia un hombre que lo había respetado y escuchado en todo momento, un césar que había puesto su confianza en él, con generosidad. Y él, en cambio, le pagaba con la traición y el engaño. Pértinax ya lo había leído en sus ojos cobardes. Cuando clavó su mirada en él y le dijo «ve sin miedo», no pudo ver reflejado su rostro barbado en las pupilas del prefecto. Y lo que más le había preocupado a Pértinax no era la falsedad que emanaba de la faz hipócrita de Leto, ni su mirada huidiza, ni el brillo de la traición. Lo que más le había preocupado era no haber podido verse en los ojos del prefecto. No haber provocado un mínimo destello en el iris de ese subordinado traidor y cobarde. Como si su ser ya no fuera capaz de generar un reflejo, como si aquella ausencia fuera una funesta premonición, un indicio de que su vida se apagaba, de que quizá se hubiera apagado ya, y el tiempo concedido por los dioses inmortales hubiese llegado a su fin.

No le habría importado morir ochenta y seis días antes, cuando no era más que un veterano soldado de Roma. En esos tiempos seguía vivo solo por inercia, alimentado por el sano orgullo de haber sido uno de los mejores y más honestos generales de su idolatrado Marco Aurelio. Su lealtad fue siempre de acero. A pesar de haber padecido la tiranía de Cómodo, de haber presenciado crímenes y perversiones que parecían no tener fin, nunca había levantado la mano, ni tan siquiera

la palabra, contra el tirano, por honestidad y por respeto a la memoria de su padre, el sabio, el emperador filósofo.

Ochenta y seis días antes, aquella plomiza noche del 31 de diciembre de 192, en que sus ocas lo avisaron del peligro, a Pértinax no le habría preocupado en absoluto la muerte. Es más, la esperaba. La esperaba aquella noche en su villa como quien espera ansioso la visita de un amante misterioso. Y aguardaba el estremecedor beso de la muerte como quien no se resiste a un amor destructivo, sino que se entrega plácidamente en sus brazos. Como el navío intrépido y veterano que ha surcado ya todos los mares y encuentra en el fragor de un mar proceloso el sentido y cumplimiento de su destino, la inminencia de un naufragio anunciado. Y lo habría aceptado entonces, complacido y gustoso, aquella inesperada noche del 31 de diciembre, en que le ofrecieron el poder supremo. Aquel día no le habría importado morir, pues nada tenía que perder. Pero ahora, casi tres meses después, estaba al frente del Imperio y quería vivir para dar cuerpo a sus proyectos.

El ruido de espadas lo devolvió a la realidad. Los soldados habían ocupado casi toda la escalinata. Apenas quedaba tiempo para reaccionar. Leto se había rodeado de aquellos doce fieles y le insistía en que huyera. Otros le animaban a esconderse. Pero Pértinax quiso afrontar el problema con valentía, con la misma actitud con que acometió todas las tristes batallas que protagonizó en el frente del Danubio. Cuando vio avanzar a los rebeldes, les salió al paso desarmado y quiso disuadirlos.

—¿Qué locura es esta, soldados? No os dejéis llevar por la ceguera, pretorianos —gritó mientras permanecía con actitud digna y moderada, sin dejar traslucir señal alguna de temor.

Los mercenarios se detuvieron, sin atreverse a avanzar, sorprendidos por la audacia del emperador. Contemplaron el rostro sereno de Pértinax. Los años no le habían hecho perder su aire marcial ni habían reblandecido el vigor de sus músculos. El emperador, anciano pero valiente, les plantaba cara en el mismo instante en que los rebeldes se disponían a penetrar en sus estancias privadas. La mirada serena, alta la frente, serio su semblante, barba espesa y canosa bajo unos ojos vívidos y grandes.

Aprovechando la sorpresa que había provocado en los rebeldes, Pértinax continuó hablando. Todos le escucharon sobrecogidos:

—La muerte no es penosa en un hombre como yo, que ya ha llegado con honor a una edad avanzada y espera el final sin miedo. Pero en vosotros el crimen será nefando, porque vuestra sagrada misión es proteger la vida del emperador. No manchéis vuestras manos con mi sangre, soldados. Sería una impiedad terrible, comparable solo a un parricidio. Matar a este anciano, vuestro césar,

sería como matar a vuestro propio padre, y además acarrearía la ruina de Roma y la de vosotros mismos. Si algo reclamáis, hablad. Si pensáis que la muerte del anterior emperador fue responsabilidad mía, os diré que yo no tomé parte en ella, pues como soldado le serví hasta el último día. Como debéis servir vosotros. Haced honor a vuestro juramento, pretorianos. Tened por cierto que si el Senado me nombró césar fue para restablecer la dignidad de Roma y restituirle el brillo que mostró en tiempos del divino Marco Aurelio.

Nadie esperaba que aquel anciano inerme tuviera el arrojo semejante de hacer frente a trescientos soldados armados hasta los dientes, que se mostraban hostiles y violentos, como si fueran a enfrentarse a un enemigo de Roma en las peligrosas fronteras del Imperio. Algunos pretorianos, al escuchar estas palabras, se sintieron avergonzados. Mantenían sus ojos bajos. Hubo varios que volvieron a envainar las espadas y se disponían a retirarse desde el momento en que oyeron el nombre de Marco Aurelio. Quedaba todavía un resquicio de luz en sus corazones: el recuerdo de aquellos tiempos honestos aún lograba imponerse sobre la codicia y la corrupción.

Pero entre aquellos trescientos, había muchos hombres a quienes solo movían el vicio y el crimen. De ellos, los más osados eran los que componían la cohorte de Tausio. En ese instante, sin que nadie lo esperara, su jefe dio una orden y ellos se movieron a derecha e izquierda, abriendo un ancho pasillo para que el propio Tausio pudiera arrojar su jabalina, que se clavó en el pecho de Pértinax. Agarrado a la balaustrada de oro para no caerse, el emperador supo que estaba herido de muerte. Se cubrió la cabeza invocando a Júpiter vengador, mientras Eclecto daba un salto adelante para matar a dos de los compañeros de Tausio y herir a otros tantos. Los doce fieles saltaron como leones tras él. No les importó enfrentarse a trescientos hombres sin más armas que su gladio y consiguieron formar una barrera delante del césar herido. Pero fueron barridos por la turba, aplastados por una multitud de soldados que los arrasaron. Las primeras decenas de mercenarios se echaron encima de Pértinax y lo apuñalaron varias veces. Le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica para llevarla al campamento pretoriano.

Perpetrado el crimen, los legionarios se retiraron al campamento a todo correr, por temor a la venganza del pueblo. Al llegar a los *castra praetoria*, cerraron las puertas y todos los accesos, quedándose en el interior, donde estaban Sulpiciano y Herodiano, a quienes sorprendió aquel revuelo repentino. Alarmados por el griterío, sin saber lo que había ocurrido, ambos se aproximaron a las puertas y fue entonces cuando el atriense vio la cabeza de Pértinax clavada en una pica en lo alto de los muros. Se detuvo en seco, sin creer lo que estaba viendo, mientras la guardia se colocaba en las torres para disponerse a la

defensa por si el pueblo los atacaba. Cayó de rodillas y ahogó un grito de dolor tapándose la cara con las dos manos. A Sulpiciano le invadió el terror. Pensó que su cabeza sería la siguiente en lucir al lado de la de Pértinax en lo alto de aquellas murallas y quedó mudo de espanto.

LIBRO III

Sulpiciano y Herodiano no se creían lo que estaban viendo. Aquellos pretorianos habían vuelto al campamento con la cabeza de Pértinax clavada en una lanza y nadie se atrevía a vengar ese asesinato. El resto de los soldados comenzó a gritar y a ovacionar a los asesinos, a reír y a burlarse del muerto; corrían todos hacia el muro norte, donde habían clavado la pica con la cabeza del anciano, y parecía que el campamento estaba de fiesta. Herodiano creyó que iba a volverse loco. Respiró muy seguido para calmar la ansiedad y miró con estupefacción las cohortes de soldados que marchaban en desorden, cruzándose unas con otras, hacia el lugar de donde procedían los gritos. Estaba aún de rodillas, desplomado en el suelo como si hubiera caído tras un enorme esfuerzo, y estuvo a punto de ser pisado por los soldados que se aglomeraban, de no haber sido por Sulpiciano, que lo cogió por los hombros y lo arrastró hasta un rincón del campamento. Desde allí vieron algo que les pareció y les parecería insólito hasta el último día de sus vidas. Observaron cómo un grupo de pretorianos llamó a aquellos que tenían mayor potencia de voz, aquellos que a gritos se imponían sobre el fragor del combate y les dijeron que se subieran a lo alto de los muros y pregonaran a coro que el Imperio estaba en venta, que entregarían el trono al mejor postor, a quien más les pagara. A ese lo conducirían al palacio imperial bajo la protección de sus armas y lo convertirían en emperador.

Nadie hacía caso ya a Sulpiciano. Todos miraban la cabeza arrancada de Pértinax. Y el suegro pensó en huir, pero sabía que no llegaría lejos, pues las puertas del campamento permanecían cerradas y fuertemente vigiladas para evitar cualquier reacción que pudiera haber en contra de los pretorianos por parte del pueblo o del Senado. Pero no hubo reacción alguna. Nadie acudía a las puertas del campamento para pedir reparación o venganza. El pueblo, lleno de temor, se retiró a sus casas, y muchos senadores se marcharon de la ciudad, buscando protección en sus posesiones en el campo. Nadie reaccionó ni quiso reaccionar contra aquella legión armada que había atentado contra su emperador. Todos en Roma escucharon, atónitos, el mensaje de los pretorianos. La noticia de que el Imperio estaba en venta. El rumor llegó incluso a la casa de Juliano, que estaba al tanto de cada detalle de la situación. Comía en ese momento con su mujer e hija.

—Papá. Han matado al césar —se asombró la hija de Juliano cuando un esclavo le dio la noticia tras haberle servido un exquisito

plato de sesos de estorninos.

—A la hora convenida. Son puntuales —comentó cínico.

—¿Cómo sabías que iba a ocurrir?

—Mis adivinos son los mejores del mundo.

Era cierto. Aunque Juliano no conocía el atentado por sus augures, sino porque él mismo lo había planeado. El rico senador era un hombre muy supersticioso, aficionado a las artes mágicas, a la adivinación del futuro, a los oráculos y las cartas astrales. Por eso Didia Clara se lo creyó. No era la primera vez que había asistido junto a su padre a diversos ritos mágicos en su propia casa. Juliano no comentaba nada de política con su esposa e hija. Solía hablar con ellas de temas insustanciales, pues no las consideraba fiables ni lo suficientemente inteligentes como para conocer y preservar los secretos e intrigas del poder.

—Dicen —intervino ahora la esposa— que el Imperio está en venta.

—Sí —respondió Juliano—. Posiblemente lo compre Sulpiciano, el suegro del difunto Pértinax, un hombre más manejable, que dejará hacer…

—¿Y por qué no tú, papá?

—¿Yo qué? —le preguntó mirándola como si fuera tonta.

—Tú podrías pujar. Tienes más dinero que nadie y, así, yo sería la hija del césar.

A ver si, después de todo, aquella niña no iba a ser tan tonta, pensó el padre. ¿Por qué no dar el paso definitivo? ¿Por qué no tomar el primer puesto en lugar de seguir siendo el poder en la sombra? Él lo merecía, más que nadie. La idea le tentaba, pero Juliano sabía perfectamente que era más seguro manejar los hilos desde lejos, dejar que otros ostentaran el puesto, para que, si algo salía mal, fueran sus cabezas las que aparecieran clavadas en una pica y no la suya. No había que arriesgarse en vano. El verdadero poder no debe aparecer visible, para que la plebe no conozca quién los maneja de verdad. Hay que poner en la primera línea a muñecos de trapo, estúpidos y engreídos que crean que tienen el mando, hasta que hombres como él lleguen y les digan lo que tienen que hacer. Y si no cumplen, que rueden sus cabezas y ocupen otros el lugar, como ahora debía hacerlo Sulpiciano.

—No —respondió Juliano—. Posiblemente Sulpiciano ya haya sido nombrado césar.

—Pero es tu destino, papá.

—Si lo fuera, los dioses me lo habrían mostrado a través de los presagios.

—Y te lo han mostrado, papá —insistió la hija—. ¿No recuerdas el día que cenamos en el palacio imperial?

El patricio quedó mudo por un momento. Él estaba siempre atento

a cualquier prodigio de los dioses, a cualquier síntoma o indicio de que las divinidades hablaban. A menudo les preguntaba, como a un oráculo, incluso a los dioses foráneos o extranjeros, sobre el porvenir, sobre su futuro, para alcanzar mayor poder o garantizar su seguridad. Escrutaba el vuelo de las aves y examinaba cualquier detalle que pudiera pasar inadvertido a ojos profanos. Tenía una legión de sacerdotes y esclavos que se fijaban en todos esos pormenores, pero era cierto que, el día en que cenaron con Pértinax y su familia, solo estaban presentes los comensales. Podía habérsele pasado por alto algún detalle, que la estúpida de su hija hubiera advertido, porque los dioses, a veces, se manifiestan a través de los tontos, de los niños, de los ingenuos. Estaba dudando y no recordaba ningún hecho memorable, por eso quiso escuchar lo que tenía que decirle su hija:

—¿A qué te refieres? —preguntó con interés.

A Didia Clara se le encendieron los ojos. Por fin su padre parecía interesado en una conversación suya. Había algo que quería saber, algo que solo ella había advertido. Se sintió importante por primera vez en su presencia, incluso apreciada. Por eso demoró algo su respuesta, porque estaba saboreando aquel instante y porque no se creía que lo que ella tuviera que decir provocara un interés tan claro, tan evidente, en su padre. Pero este quería saber y quería saberlo ya.

—Despierta, estúpida. ¿Dime a qué te refieres?

Aquellas palabras la sacaron súbitamente de sus reflexiones y con miedo lo soltó todo, de golpe:

—«Cuídala y respétala, pues te casas con la hija de mi colega y sucesor».

—¿Eso qué es?

—Lo que respondió el césar.

Ahora Juliano recordaba perfectamente la conversación. Cuando le pidió a Pértinax unas palabras para su futuro yerno Cornelio Repentino, el césar respondió exactamente eso, pero se refería al ejercicio del consulado. Aquella niña estúpida había malinterpretado sus palabras, pero antes de que pudiera rebatirla, la esposa entró en la conversación.

—Es verdad, Juliano. Lo recuerdo perfectamente. Le dijo que tú serías su colega y sucesor. Es un presagio de que estás llamado a sucederle en el trono.

—No creo —respondió el senador—. Pértinax se refería a que fui colega suyo en el consulado y sucesor en el gobierno.

—Tú conoces bien los oráculos, esposo. Y sabes que a los dioses les gusta jugar con las palabras. Pero es cierto que hablan por boca de los muertos o de los que van a morir pronto. Y Pértinax ha durado cuatro días.

Juliano tampoco tenía en gran estima la inteligencia de su esposa,

como no la tenía en la de nadie, porque él era el más astuto, el más sagaz, el hombre que había triunfado en la vida, pero en algo tenían razón aquellas dos mujeres: los dioses son caprichosos. Hablan por boca de muertos y moribundos, les gusta usar frases de doble sentido. Y cuanto más pensaba en ello, más recordaba que aquella conversación había tenido lugar en el palacio imperial, y que el césar no había hecho referencia al pasado en ningún momento. Hablaron de futuro, de una boda futura, de un yerno futuro, ¿por qué no de un Imperio futuro? ¿De una futura sucesión? Dudaba y mientras más dudaba, más le iba atrayendo la idea de ostentar directamente el poder, ser admirado abiertamente por todos. ¿Por qué permanecer en la sombra cuando podía disfrutar del brillo y el reconocimiento de su superioridad? ¿Por qué no recibir la admiración, incluso la veneración, de toda Roma? Pasar a la historia, ser divinizado a su muerte, sembrar la semilla de una nueva dinastía que gobernara el Imperio. Y él sería el llamado a inaugurar esa nueva edad de oro, ese dominio no visto hasta ahora. Se iba sumergiendo cada vez más en ese sueño de poder para no despertar ya más. Y su hija y esposa no quisieron turbarlo, distraerlo de sus pensamientos. Callaron sumisas, como lo habían hecho siempre, hasta que Juliano reaccionó:

—Me haré dueño del poder —dijo con determinación—. Si el Imperio está en venta, nadie podrá disputarme el puesto. Llama a Cornelio.

La orden se cumplió al instante y Cornelio Repentino se plantó allí en el tiempo justo que tardó el suegro en cambiarse de ropa. Marcharon ambos al Senado y encontraron las puertas cerradas, pero Juliano sabía que las guardaban los tribunos Publio Floriano y Vectio Apro, a quienes les dijo que había decidido pujar por el trono. Aquellos hombres se pusieron inmediatamente a sus órdenes y los cuatro se dirigieron al cuartel pretoriano. Una vez allí no los dejaban entrar, pues en ese momento Sulpiciano pronunciaba una arenga con la que intentaba convencer a los soldados de que lo nombraran emperador:

—Hay que recomponer la situación, soldados —gritó Sulpiciano—. Urge nombrar inmediatamente sucesor, antes de que el pueblo o el Senado provoquen una revuelta. Hoy me dirijo a vosotros como única autoridad al mando, como prefecto de Roma, en ausencia de Leto, el prefecto del pretorio. Y como tal os pido el Imperio.

Al oír la palabra Imperio, los pretorianos escucharon aún con más atención y se impuso un silencio sepulcral. Ya habían cesado las voces que anunciaban que el trono estaba en venta. Faltaba ahora saber cuánto iba a ofrecer aquel hombre, si es que no había más candidatos.

—Os garantizo vuestros privilegios e inmunidad. Siendo suegro del anterior emperador la transición será tranquila. Si me nombráis ahora

mismo, pagaré como *donativum* la misma cantidad que mi yerno Pértinax.

Esa era la parte del discurso que esperaban los pretorianos. No era mala oferta: inmunidad, privilegios y la misma paga, sin contar los seis mil que ya habían ingresado de Pértinax. No era mal negocio, pero desconfiaban de aquel hombre, de que, una vez nombrado emperador, quisiera vengar la memoria de su yerno. Antes de que pudieran decidir, mientras meditaban en mitad de aquel silencio con que Sulpiciano había terminado su discurso, se oyó un grito que llegó distorsionado desde fuera de las murallas.

—Oro y plata... Dinero... Todo el que queráis…

Vectio Apro, uno de los tribunos que acompañaban al rico senador, fue el encargado de repetirlo, con voz tan potente como la de quienes, antes, habían gritado desde lo alto del muro que el Imperio estaba en venta:

—Juliano os promete todo el oro que queráis, si lo nombráis emperador.

Los soldados se entusiasmaron con aquella oferta y avanzaron en tropel hacia la muralla para escuchar mejor lo que tenía que decirles Juliano, pero los gritos de aquel hombre no se oían bien y los pretorianos no se fiaban de lo que contara un simple oficial. Por eso el otro tribuno les alcanzó una tablilla firmada por Juliano, con su sello senatorial, en que les prometía recuperar la memoria de Cómodo, restablecer los honores y estatuas que el Senado había quitado, y devolverles a ellos toda la libertad de acción, privilegios y lujos de que habían gozado durante el mandato de Cómodo. En la última línea les prometía que daría a cada soldado más dinero del que esperaban recibir, y que para hacerlo efectivo no tardaría sino el tiempo de hacerlo traer desde su casa.

Tausio y sus secuaces no habían querido abrir las puertas por temor a un ataque del pueblo o de tropas reclutadas por el Senado. Ni siquiera ahora quisieron arriesgarse. Por eso hicieron bajar una escalera desde lo alto del muro, ansiosos por conocer la cuantía del dinero que les ofrecía aquel riquísimo senador. Juliano subió por ella y llegó a lo alto de la muralla, no lejos de donde ondeaba la pica que portaba la cabeza de Pértinax. La miró con un gesto de asco cuando estuvo arriba y entonces repitió su oferta:

—Daré a cada pretoriano más dinero del que espera pedir o recibir.

Sulpiciano vio en peligro no solo el trono, sino su propia vida. Aquello era una lucha a muerte en la que el perdedor sería barrido, posiblemente condenado por haberse atrevido a competir con el futuro césar. Decidió entrar en la subasta, aunque sabía que las armas de este combate a muerte eran el oro y la plata. Y de eso, Juliano tenía mucho más de lo que pudiera él conseguir sumando su

patrimonio personal y las arcas del Estado, ya algo repuestas tras la política económica de su yerno en estos tres últimos meses.

—Yo también os ofrezco dinero, soldados —gritó, y todos se volvieron hacia él. Algunos preguntaron:

—¿Cuánto?

—Catorce mil.

Hubo un murmullo de aprobación. Aquello era más de lo que había prometido el anterior césar, y sumado a los seis mil que ya tenían, los convertiría en hombres ricos. Juliano escuchó las palabras de Sulpiciano con tranquilidad: sabía que su competidor no tenía ese dinero. Ni le importaba. Lo único que importaba era que él había sido admitido en aquella subasta y que todos los pretorianos lo escucharían con atención desde el lugar que ocupaba en lo alto de aquella muralla monumental de los *castra praetoria*. Estaba ahí, arriba, donde él siempre había querido y debía estar. En el lugar que le pertenecía. Y ahora no iba a dejar escapar la ocasión.

—Dieciocho mil.

Los pretorianos lo escucharon atónitos. Aquel rico senador ofrecía una fortuna y sabían que tenía dinero de sobra para hacer efectivo el pago de inmediato. Un sudor frío pobló la frente arrugada de Sulpiciano, que quiso ofrecer más, aunque sabía que no tenía ese dinero.

—Veinte mil —gritó con desesperación, sabiéndose perdido.

Juliano sonrió, y aquella sonrisa de arrogancia no pasó desapercibida a ninguno de los pretorianos que componían aquella legión de sicarios. Todos fijaron sus ojos en él. Y lo vieron allí arriba, altanero, con aire de suficiencia, con completo dominio de la situación. Tardó poco en gritar, completamente ensoberbecido:

—Veinticinco mil.

Y por si fuera poco hacía gestos con las manos indicando que ofrecía cinco mil sestercios más por cabeza, de golpe, con insolencia, como el día que compró los vestidos a Servilia en las subastas de palacio.

Sulpiciano se hundió por completo. No tenía dinero para subir la puja y todos los sabían.

—¿No pujas más, Sulpiciano? —gritó Juliano desde lo alto del muro, con soberbia, cínico—. Lo entiendo perfectamente.

Todos los pretorianos callaban para poder oír con detalle las palabras de aquel hombre que les ofrecía una suma jamás vista, con la prepotencia de un césar todopoderoso. Por eso pudieron escuchar perfectamente lo que dijo a continuación:

—Claro, ¿cómo vas a pujar si no tienes ni quince mil sestercios? Yo en cambio sí los tengo, eso y más. Por eso pagaré veinticinco mil —repitió y todos callaron con veneración como si fuera un dios quien

hablaba— y tardaré en pagar el tiempo que me lleve ir a mi casa a por el dinero.

Un rumor de ambición, como el sonido de un hormiguero en plena actividad, bullendo por todos los rincones, invadió aquel campamento pretoriano que aún estaba pendiente de las palabras de Juliano.

—Ofrezco veinticinco mil —repitió desafiante.

Sulpiciano bajó la cabeza en señal de derrota.

—¿Nadie puja más? —gritó Juliano ensoberbecido—. No. Claro que no. Nadie puja más porque nadie os dará más, pretorianos. Porque nadie tiene más dinero que yo. Yo seré vuestro emperador. Os he prometido veinticinco mil, pero subiré mi propia oferta: os daré 30.000 —pujó aquel hombre por encima de sí mismo en una verdadera bacanal de soberbia y delirio.

Terminó con una frase:

—Mañana seréis ricos…

Con un griterío atronador, los pretorianos lo condujeron al centro de la explanada para nombrarlo emperador. En ese momento, Juliano eligió a dos prefectos en sustitución de Leto: Julio Flavio Genial y Tulio Crispino y les dijo que dejaran ir a Sulpiciano. Era inofensivo. El suegro de Pértinax se marchó humillado junto al fiel Herodiano, a pie, con la cabeza baja, como dos desheredados harapientos. Al menos habían salvado la vida. Mientras salían del campamento, comenzó a celebrarse una asamblea militar, donde los pretorianos hicieron efectivo el nombramiento de Juliano como nuevo césar.

36. LA NUEVA CLEOPATRA

Después de ejecutar los usuales sacrificios imperiales en el campamento, Juliano fue escoltado por una guardia muy numerosa, mucho más de lo habitual, porque los soldados eran conscientes de que estaban imponiendo por la fuerza y contra la opinión del pueblo y el Senado a un candidato que les había pagado una fortuna, un hombre que no tenía más méritos para ostentar el puesto de césar que el haberlo comprado como quien compra una vil mercancía en el mercadillo más apestoso de la Subura. Por eso temían la ira del pueblo y la reacción del Senado. El convencimiento del crimen que cometían los hizo prudentes. Los pretorianos se colocaron la armadura completa y marcharon en filas cerradas, en orden de batalla, listos para combatir, si era preciso. Colocaron a Juliano en el centro de la formación, como solían disponerse las antiguas tropas persas en torno a su rey o sus sátrapas, y protegieron sus cabezas con los escudos y las lanzas, por si les arrojaban piedras o tejas desde las casas mientras desfilaban con el nuevo césar hacia el palacio imperial. Allí lo llevaron sin que la plebe se atreviera a oponerse, pero todos callaban, apretaban los dientes y miraban desconfiados, en un silencio tenso, sin vitorear ni ovacionar al nuevo emperador, como era habitual hacerlo a su paso. Por el contrario, desde lejos los más osados comenzaron a gritarle maldiciones e insultos, recriminándole que había alcanzado el Imperio a cambio de dinero. Los pretorianos, para anular los alaridos esporádicos de aquellos rebeldes, voceaban más fuerte aún el nombre de su emperador, el de su familia y cantaban a coro el apelativo con que sería conocido aquel hombre entre los soldados. Gritaban cada vez más fuerte Juliano-Cómodo, queriendo evidenciar que aquel senador iba a ser un segundo Cómodo, el césar que los devolvería a aquellos años de placer y orgías, de vino y buena vida, de los que gozaron sin freno durante el reinado de Lucio Aurelio Cómodo. Avanzaban los pretorianos orgullosos y altivos, amenazantes como los matones de las tascas de los barrios bajos, groseros como los clientes de los más sucios burdeles. Y levantaban los estandartes con las imágenes de Cómodo, dando alaridos, para intimidar al pueblo y especialmente a los senadores. Estos últimos callaban asustados, sin saber quién sería el próximo en perder la cabeza. Y los soldados avanzaban ufanos, sintiéndose verdaderos dueños de Roma, corrompidos, podridos ya por una insaciable y vergonzosa codicia, envilecidos por el desprecio de la dignidad imperial. Esos vicios de antaño fueron sus maestros. Y afianzaron aquella convicción de que

todo lo podían con la fuerza de la violencia, porque nadie osaba castigar a quienes habían asesinado a traición a un viejo emperador y porque nadie había sabido detener aquella infame subasta y venta del Imperio. Esos pésimos ejemplos calaron ya definitivamente en las almas de los pretorianos. El ansia de dinero y el desprecio por sus emperadores fueron los que sustituyeron las virtudes que antes habían adornado el honor y el cumplimiento del deber. Engalanados con esos nuevos valores, condujeron a Juliano al palacio y lo sentaron en el trono. El nuevo césar se aposentó despacio, con arrogancia, levantando la barbilla y mirando por encima del hombro a todos los pretorianos que lo custodiaban con sus uniformes de gala. Aquel despliegue sin precedentes, soldados, siervos, libertos, aquellos miles de personas que estaban allí para agasajarlo, atentos solo a él, esperando un gesto, una simple palabra, para servirlo como a un dios, aquella sensación que experimentó mientras se sentaba en el trono imperial fue la que sedujo a Juliano y le proporcionó un placer del que hasta ahora no había gozado.

—Soy más grande que Julio César —exclamó para sí, saturado de soberbia.

Aposentado ya en el trono, entraron dos esclavos para agasajar al nuevo emperador. Llevaban sobre sus hombros una alfombra nueva, ornada con hilos de oro y púrpura. La dejaron a sus pies y el mayor de ellos dijo:

—César, os traemos un regalo, el mismo que hicieron al propio Julio César en Alejandría y que dio inicio a la cumbre de su poder.

A Juliano le gustaban las sorpresas de este tipo, los juegos que pudieran divertirlo o entretenerlo. Por eso los dejó hacer, deteniendo con un gesto a los pretorianos que lo custodiaban cuando al desenvolver aquella alfombra apareció una bella mujer.

—Muy ingenioso —rio Juliano—. Esta es la Cleopatra que se rinde a César. Me gusta, pero hoy no necesito heteras ni mucho menos Cleopatras, pues gozo del poder absoluto.

—Así es, mi señor —se atrevió por primera vez Servilia—. Gozáis del poder absoluto y os serviré, en todo, para que lo mantengáis.

Para que lo mantengáis, aquellas palabras hicieron pensar a Juliano. Más difícil que conseguir el mando es saber mantenerlo, dar los pasos precisos para afianzarse en él, para dominar y controlar todos los resortes del poder. Aquellas cuatro palabras denotaban que aquella mujer no era una concubina cualquiera. Sabía elegir las palabras, y eso solo estaba al alcance de unos pocos. La vio vestida con uno de los preciosos vestidos que regaló a Leto y entonces lo entendió todo. Él tenía buena memoria para todo aquello en lo que gastaba su dinero. Conocía, como si los estuviera viendo, cada uno de los diez vestidos que había comprado para el prefecto por diez veces su valor. No

necesitaba saber a qué mujer estaban destinados. Bastaba con verlos después, puestos una sola vez en el cuerpo de una concubina, de una hetera o de una esposa, para conocer su destinataria y, por tanto, la debilidad de aquel hombre. Y ahora estaba viendo uno de aquellos fabulosos vestidos, bien plantado sobre el cuerpo de aquella hermosa mujer, apenas arrugado tras la escenita de la alfombra. Servilia se dio cuenta de que Juliano la observaba, pero no la miraba con lascivia, ni siquiera con esa babosería de viejo, que ella conocía tan bien. El césar le miraba el vestido, observaba los detalles de fino encaje, los hilos de oro y plata, y supo de inmediato que lo había reconocido, como era su intención cuando se lo puso aquella tarde para hacer el papel de Cleopatra ante el nuevo césar. Aquel viejo era más hábil y menos ingenuo que Pértinax. Supo desde ese momento que podría hacerse un hueco en aquel reinado, medrar a la sombra de aquel otro emperador, no solo con su cuerpo, sino traficando con la información de que disponía. Por eso quiso tomar la iniciativa una vez más:

—Os agradezco los vestidos, césar.

Definitivamente aquella mujer no era una vulgar hetera. Había sabido leer su mirada, y a Juliano le gustaba la gente que sabía leer miradas, leer augurios, predecir el futuro, conocer el pasado y el futuro. Le gustaba la gente que podía informarle de cosas, porque la información se compra con dinero y la información es poder.

—Los compré cuando no era césar —respondió.

—Entonces los agradecí y ahora los agradezco mucho más, amo.

Esa última palabra, *amo*, le encantó a Juliano. No porque la pronunciara con ese tono pícaro y seductor que tan bien funcionaba en aquella concubina. Le gustó que le llamara amo, en lugar de césar o emperador, porque aquello suponía una mayor sumisión incluso. Ella sería su esclava, a partir de ahora. Se le estaba ofreciendo. Sabía que, a partir de ahora, él sería el amo, y ella estaba buscando su sitio, prosperar al lado del nuevo poder. Pero ¿qué podía entregar ella a cambio? ¿Qué podía ofrecer que pudiera interesarle? Aquella mujer, aparentemente, no era sino un cuerpo más de los seiscientos que componían las habituales orgías de Cómodo.

—¿Dónde está Leto? —Juliano fue directo.

—Leto es el pasado, amo.

—¿El pasado?

—Tengo entendido que has nombrado dos nuevos prefectos del pretorio.

—Así es.

—Entonces, él ahora no es nadie.

—Cierto. Pero tú has sido hasta hoy su colaboradora y amante.

—Hasta hoy.

Juliano entendió perfectamente. Servilia quería cambiar de amo.

Pero ¿qué iba a sacar él de todo aquello? La hetera calibró la situación y supo que tenía que explicarse para no aburrir a aquel hombre acostumbrado a no perder el tiempo.

—Hasta hoy, sí, amo —repitió Servilia la palabra *amo* una y otra vez, porque se había dado cuenta de que a Juliano le agradaba oírla —. Pero Leto es el pasado, un pasado peligroso del que habrá que protegerse. Yo os serviré en todo. Os informaré de todos los detalles íntimos y no tan íntimos de palacio. Conozco este ambiente a la perfección. Sabéis que he pertenecido a las orgías de Cómodo, que he participado en la pantomima de Lascivio, que conozco los resortes, los detalles necesarios, los datos que puedo facilitaros para vuestro total dominio en palacio.

—Sí. Todo eso lo sé. Y también que has ocupado hasta hace poco la cama de Leto —adujo el nuevo césar desconfiado.

—Nunca hubo amor ni sentimiento alguno entre nosotros, amo, que no fuera la ambición. El sexo es un instrumento de poder y ahora estoy aquí para serviros.

—Y me servirás —contestó Juliano convencido—. Pero, dime… antes has dicho que Leto representa un pasado *peligroso*.

—Así es, césar. Sé que estáis pensando en que vuestro primer cometido es afianzar la fidelidad de los pretorianos. Por eso habéis nombrado a otros prefectos del pretorio. Y habéis hecho bien. No se os olvida que Leto mató a Cómodo y que los pretorianos adoran a Cómodo, hasta el punto de que gritan por las calles vuestro nombre asociado al de aquel emperador. Os llaman Juliano-Cómodo.

—Así es, Servilia.

A la hetera le sorprendió que aquel hombre conociera su nombre. Era evidente que hablaba con alguien bien informado y astuto.

—En todo eso y más os serviré, amo.

—¿En conseguir que Leto no sea un pasado peligroso? —indagó Juliano.

A Servilia le estaba gustando aquel hombre. Iba directo al asunto. Sin pudor. Sin escrúpulos.

—Por supuesto, amo. En eliminar ese peligro.

A Juliano le parecía que aquella mujer, si no fuera porque era una vulgar concubina, estaría a la altura de ser su esposa, una esposa hábil, despiadada, sin escrúpulos, como él. Le gustaba. Decidió que se serviría de ella.

—Escucha, Servilia. Habrás de eliminar ese peligro para mí, si es que quieres servir bien a tu amo.

—Contad con ello, césar. Yo serviré de cebo para eliminar ese peligro, en atención únicamente a mi amo, siempre, con completa fidelidad hacia él.

Juliano inspiró complacido. Aquella mujer tenía toda la razón. A

partir de ahora Leto era un estorbo. Con su muerte los pretorianos pensarían que estaba vengando el asesinato de Cómodo. Con eso y treinta mil sestercios confiarían plenamente en él.

—Puedes retirarte, Servilia. A partir de ahora te llamaré Cleopatra.

—Sí, amo.

37. HE VENIDO HASTA AQUÍ SOLO

Aquella misma tarde, poco después de que Juliano se hubiera aposentado en el palacio imperial, los pretorianos lo condujeron al Senado con un despliegue de tropas apabullante. Casi toda la legión estaba implicada en la protección del césar. Muchos pretorianos controlaban las calles y los accesos por donde marcharía la comitiva hacia la Curia. El propio emperador estaba protegido por las tropas más aguerridas, fuertemente armadas como si fueran a entrar en combate de un momento a otro. Los senadores acudieron sin dudar a la cita. Ninguno de ellos se atrevió a quedarse en casa, unos por ser clientes de Juliano, el resto por temor a sus represalias, porque conocían el carácter de aquel hombre, cobarde pero vengativo. Quedarse en casa en las actuales circunstancias podría haber levantado las sospechas del nuevo césar, a quien todos conocían bien. Así que, finalizados el baño y la cena, los senadores se abrieron paso entre las apretadas filas de pretorianos para entrar en la Curia y escuchar allí el discurso que tenía preparado Juliano, un discurso nada alejado de lo que era habitual en él, lleno de impostura, engaño y cinismo:

—Veo que necesitáis un gobernante, senadores.

Comenzó y todos callaron. En efecto, necesitaban un gobernante, pero no uno presuntuoso y canalla como él.

—Necesitáis un césar y nadie mejor que yo para gobernaros.

Ningún senador se atrevía ni siquiera a pestañear, ni a moverse de sus asientos. En cada fila, a derecha e izquierda de los escaños, había pretorianos armados que les impedían cualquier movimiento. Los soldados tenían las espadas desenvainadas y cada uno de aquellos patricios pensó que, si contradecía al césar, recibiría una cuchillada mortal. Así que todos callaban en un silencio sepulcral para escuchar las palabras de Juliano:

—Enumeraría todas y cada una de las ventajas que poseo para este cargo, si no me conocierais ya y no estuvierais familiarizados con mi forma de actuar.

Los senadores temblaron al escuchar aquellas palabras, que suponían una amenaza en toda regla. Muchos de ellos habían podido experimentar qué tipo de hombre era aquel, un ser cruel y vengativo, implacable contra los disidentes, feroz a la hora de no admitir oposición ni contrariedad alguna. Si cuando era senador se comportaba de tal manera, no sabían a qué no se atrevería ahora como césar.

—He venido sin necesidad de muchos soldados, porque no necesito al ejército para proclamarme emperador. Estoy aquí solo.

Los patricios callaron y apretaron los dientes. ¿Cómo que solo? Tenía doscientos pretorianos dentro de la Curia y el resto de la legión fuera, todos ellos armados hasta los dientes, feroces y violentos, decididos a defenderlo a cualquier costa, porque los había comprado como en una infame subasta.

—Tengo autoridad moral porque soy el mejor y más capaz del Senado.

Todo aquello se lo tenían que tragar los patricios, los mismos que se burlaron de Pértinax, aquellos que lo miraron por encima del hombro debido a sus humildes orígenes. Eso y más tuvieron que tragarse los senadores, de boca del más corrupto de todos ellos, un hombre que había sido reo en varios juicios por prevaricación, acusado por magistrados que estaban allí, ahora callados y sumisos, aterrorizados, temiendo por sus vidas.

—He venido para que podáis ratificar lo que los pretorianos me han entregado: el Imperio. Por eso he venido solo.

Y toda la Curia miró asombrada al numeroso cuerpo de guardia que rodeaba cada uno de los escaños. ¿Qué tipo de burla era aquella? Y mientras se preguntaban aquello, la palabra *solo* rebotaba en el interior de sus mentes como un eco feroz, tan violento como aquellos soldados armados hasta los dientes que estaban intimidando a los padres de la patria. Juliano había rodeado por completo el Senado con tropas fuertemente armadas como si hubieran puesto sitio a un enemigo y tenía a gran número de soldados en la propia sala donde se celebraba la reunión, cada uno de ellos comprados al precio inapelable de treinta mil sestercios.

—Ya conocéis qué tipo de hombre soy.

Sobraban las palabras porque, al apelar al conocimiento de la clase de hombre que era, estaba amenazando directamente a cada senador. En todos provocó dos sentimientos inmediatos que se entrelazaban, no sabemos cuál con más fuerza: el miedo y el odio.

Juliano fue nombrado emperador. En la misma sesión, su esposa Malia Escantila y su hija Didia Clara recibieron el título de Augustas. En el mismo acto, su yerno Cornelio Repentino fue nombrado prefecto de Roma en sustitución de Sulpiciano, que se había marchado de la capital y daba gracias a los dioses por haber salvado la vida.

La reunión fue corta, sin intervenciones, sin un mal gesto y con grandes ovaciones y aplausos. Los senadores no quisieron cansar al nuevo césar y Juliano fue conducido de nuevo al palacio imperial para cenar. Allí nadie había tocado nada. El servicio estaba dispuesto a ofrecerle la misma comida que los cocineros habían preparado para Pértinax aquella noche y él ordenó que se la sirvieran en una sala

contigua a aquella en la que aún se encontraba el cadáver insepulto de Pértinax, sin cabeza, con la lanza aún clavada en el pecho y su cuerpo lleno de cuchilladas. Nadie había retirado nada, ni arreglado el desorden, ni limpiado la sangre abundante del suelo. Solo se habían llevado los cadáveres de Leto y sus doce valientes junto a los de más de una veintena de pretorianos caídos en la refriega. Cuando Juliano se hubo sentado a la mesa con su hija, su esposa y sus libertos de confianza, exigió que le trajeran los primeros platos.

—¿Qué es esto?

—Asado de cerdo, señor.

—¿Esto es lo que comía Pértinax por la noche?

—Sí, césar.

—¡Comida de pobres!

Y Juliano tiró el plato al suelo con violencia. El esclavo estaba asustado y no pudo evitar dirigir su mirada hacia la sala contigua, cuya puerta entreabierta daba acceso a la estancia en la que aún se encontraba el cadáver de Pértinax. Temió que el muerto se irritara con aquella ofensa de un césar a otro césar y, reponiéndose del susto, comenzó a retirar del suelo los manjares vertidos y limpiar de inmediato la grasa que había manchado los coloridos mármoles.

—Rápido, id al mercado a por algo decente. Una comida digna de un césar. Quiero marisco y pescado. Ostras, lenguas de flamencos y bogavantes. Que traigan vino de mi casa, lo que bebía este viejo plebeyo era peor que el agua de fregar.

Obedecieron al instante mientras los acompañantes de Juliano reían a carcajadas.

—No me extraña que haya muerto ese tal Pértinax —dijo ahora a modo de burla—, si comía y bebía así de mal.

Las risas llenaron la estancia mientras Juliano se mofaba del difunto. Dio las últimas instrucciones cuando ya le estaban cocinando lo que había pedido:

—Comeremos manjares, como dioses, y luego jugaremos a los dados —dijo mirando a sus libertos—. Que venga Pílades, el pantomimo, para divertirnos con su arte y para que baile mientras comemos.

Estaba pletórico cuando escuchó un ruido tras las puertas y unas palabras que llegaron muy claras a pesar de la distancia.

—¡Quiero ver al césar!

A Juliano le molestó aquella interrupción, pero sentía curiosidad por saber qué pasaba. Ordenó a un liberto que se informara de quién era aquella persona y para qué quería verlo. Al poco, entraron por la puerta dos pretorianos que agarraban al hombre por los brazos. Uno de ellos apuntaba su gladio sobre la yugular del cautivo.

—Este es quien quiere veros, césar, pero no nos dice para qué —

anunció un pretoriano.

Juliano observó con detenimiento a aquel harapiento de aspecto deplorable, con los cabellos mesados, la mirada perdida y la cara sucia de barro. A pesar de que su ropa era basta y humilde, lo reconoció al instante:

—Espera —dijo Juliano—, yo te conozco. Tú eres el guardián de las puertas.

Herodiano asintió y el nuevo césar se extrañó de que aquel hombre no hubiera huido como Sulpiciano.

—Estás hecho un mendigo, sucio y mal vestido.

—Esto es todo lo que soy: un poco de carne, un breve hálito vital, y la inteligencia que me habita —respondió el atriense.

—¿Por qué no has escapado como Sulpiciano? ¿Crees que soy tan necio que voy a mantenerte en el puesto? Todos los hombres de confianza de Pértinax o desaparecéis de inmediato de mi vista o perderéis la cabeza, como ese viejo césar —y Juliano señaló por primera vez a la estancia contigua, porque en ningún momento se le había olvidado que, en aquella sala, descansaba el cadáver del anterior emperador.

—No me importa la muerte, Juliano, sino cumplir mi deber.

—Ahora soy césar. Me llamarás *césar* o perderás la cabeza, como tu amo.

—He venido a cumplir una misión que va más allá de los césares o de los muertos, Juliano.

El emperador iba a dar orden de matar a aquel insolente, pero al escuchar aquellas palabras se estremeció. Fue entonces cuando por primera vez lo miró directamente a los ojos. Y los vio perdidos, como si observaran un más allá inefable que él no podía ver. Le recordó la vez que se entrevistó con un adivino ciego, experto en el arte de predecir el futuro. Entendió que Herodiano no tenía miedo a morir. Lo hipnotizaba esa mirada de total impasibilidad y pensó que aquel hombre quizá ya estuviera poseído por los dioses del inframundo. Dudó y prefirió seguir hablando con aquel atriense un poco más:

—¿Estás preparado para morir?

—Sí.

—¿Y no temes que dé orden de que te degüellen ahora mismo?

—No temo que me dañes, Juliano, porque serás tú quien te perjudiques. Crees que lo diriges todo, pero no es así. No dejes que te sigan zarandeado, como marioneta, los instintos egoístas.

—¿Zarandeado yo, que soy el ser más poderoso del mundo?

—La vida es un torbellino. No te dejes zarandear.

—No hay torbellino que hunda mi gloria o riqueza, que son los mejores bienes.

—Muerte y vida, gloria e infamia, dolor y placer, riqueza y

pobreza, todo eso acontece indistintamente a las personas buenas y malas porque, efectivamente, no son ni bienes ni males.

Juliano se estaba asustando ante la imagen de aquel hombre, impertérrito, ajeno a toda amenaza o soborno. Lo veía como aquellos dementes que contemplan el futuro, que revelan la verdad de los dioses, justo instantes antes de morir. En ese instante, Juliano recordó el episodio de la bruja Ericto, que revivió un cadáver para que le pronosticara el futuro. Había visto representar una vez aquella escena de la *Farsalia* en un teatro y se había sentido sobrecogido por el terror. Aquel muerto tenía la mirada ida, igual que ahora la tenía Herodiano. El mismo gesto, la misma confianza y tranquilidad, la misma imagen de aquel cadáver era la que transmitía en este momento el guardián de las puertas. Quizá aquel hombre estuviera ya custodiando las puertas del Averno y le hablara desde ese límite entre el mundo de acá y el del más allá. Juliano sintió un escalofrío. Era aficionado a los adivinos, a los ritos mágicos y a los augurios. Y aquel ser que tenía enfrente parecía enajenado, inspirado o dominado por los dioses. Quiso ponerlo a prueba y amenazarlo de nuevo con la muerte:

—El mal es la muerte y tú estás a punto de recibirla:

—Acepto la muerte como algo natural —dijo Herodiano despacio y sereno—. No voy a portarme como un niño malcriado y morir gruñendo, sino agradecido de corazón a los dioses y la naturaleza, que son la misma cosa.

—Hablas como un loco trastornado por la ira.

—La ira nos aleja de nuestra naturaleza racional, de nuestra humanidad. El fin de los seres racionales es obedecer la razón. He aprendido a controlar y aguantar los impulsos negativos.

—Hablas como si vieras el futuro.

—Quien ha visto el presente, todo lo ha visto —dijo mirando con amargura la puerta entreabierta donde aún reposaba el cadáver de Pértinax—: el tiempo es un río y una corriente impetuosa de acontecimientos. Apenas alguien se deja ver y muere, se presenta otro y también muere.

Juliano estaba realmente incómodo oyendo tantas veces la palabra muerte. No se le quitaba de la cabeza la imagen de aquel adivino ciego. Exclamó:

—Pareces uno de mis adivinos caldeos hablando de la muerte.

—Los caldeos predijeron el fin de muchos, y también a ellos les alcanzó el destino. Alejandro, Pompeyo y Julio César, después de haber arrasado hasta los cimientos tantas veces ciudades enteras y destrozado en orden de combate numerosas miríadas de jinetes e infantes, también ellos acabaron por perder la vida.

—Solo hablas de muerte, ¿es eso a lo que has venido?

—No. He venido a llevarme el cadáver de Pértinax.

—Aún no he decidido qué hacer con él.

—Cava en tu interior. Dentro de ti se halla la fuente del bien, y es una fuente capaz de brotar continuamente, si no dejas de cavar.

—¿Para qué quieres el cadáver? —preguntó Juliano.

—Para darle sepultura.

—Llévatelo y déjame en paz. Ayudadle —ordenó a los soldados.

—La cabeza —dijo Herodiano.

—¿Qué cabeza?

—La cabeza de Pértinax. También la necesito. Aún ondea en las murallas del campamento pretoriano.

—No me irrites, maldito criado, o haré que tu cabeza ruede ahora mismo por estas baldosas.

—Harás bien, Juliano. Mi cabeza no clamará venganza. No soy nadie ni mi espíritu será lo suficientemente poderoso como para venir a reclamarte nada. Pero la cabeza de Pértinax, si no hoy, mañana será la cabeza de un dios, y esa sí tendrá poder suficiente como para venir desde el mundo de los muertos a atormentar a los vivos.

—¡Maldita sea! —gritó Juliano fuera de sí—. ¡Que traigan inmediatamente la cabeza de Pértinax y dejen que este hombre entierre su cuerpo completo!

Mientras salían corriendo los libertos encargados de cumplir aquella orden con la mayor rapidez posible, Herodiano siguió hablando, sereno, como si lo hiciera desde el más allá:

—Sepultaré su cuerpo entero en la tumba de sus antepasados.

A Juliano no le importaba dónde lo iba a enterrar. Solo quería quitarse ya de encima aquel cadáver que se le estaba atragantando cada vez más.

—¡Que se den prisa! —insistió el césar.

—Gracias, Juliano.

Al césar ya no le importaba que aquel vagabundo, que en otro tiempo fue el guardián de las puertas de palacio, le llamara Juliano o césar o amo o lo que fuera. Ahora sentía una gran angustia teniendo allí aún el cadáver de Pértinax, en la sala contigua, por no saber si aquello le iba a acarrear la ira de los dioses o la venganza de los espíritus insepultos. Solo quería que aquel muerto desapareciera de la mejor forma, borrar cuanto antes la memoria de Pértinax, comenzar con buenos augurios su nuevo reinado. En el mínimo de tiempo posible entregaron el cuerpo completo a Herodiano, que se lo llevó con tristeza y veneración, como si fuera el cadáver de la mujer que amaba, la misma que le había recriminado amargamente que no hubiera estado con Pértinax en el momento en que lo habían asesinado. La misma que lo miró a la cara con un desprecio que se le clavó en el corazón como una daga de hielo, la que torció el gesto al verlo, dolida por la muerte del anciano y decepcionada por la torpeza

de Herodiano. La misma que le dijo que no quería volver a verlo en la vida. Y él, que ya estaba seco por el asesinato de Pértinax, acabó de agostarse por la incomprensión de la mujer que amaba, por la dureza de sus palabras, por aquel golpe, que se añadía al de la muerte de su amigo, y que lo convertía, también a él, en un cadáver. Doce extraños y un camarlengo dieron su vida por Pértinax, mientras él, que era a quien le competía estar allí y entregar el primero su vida, se encontraba lejos, en otra misión, porque había dejado al anciano desprotegido, al albur de necios y canallas, abandonado, como las hojas secas de otoño que barre un violento temporal.

38. SALUTATIO

A la euforia de los primeros momentos le sucedió el temor. A Juliano no le había sentado bien la cena del día de su coronación. Se había levantado pensando que no podría revertir el odio que le guardaban el Senado y el pueblo. Pensaba ahora que tampoco estaba seguro de la completa fidelidad de los pretorianos, que solo lo apoyarían mientras vieran brillar el oro. Se sentía aquella mañana como un césar sentado en un trono de arenas movedizas. Por eso, cuando los senadores acudieron al palacio imperial a presentarle sus respetos y a felicitarlo por el nombramiento, él los recibió con gran cariño y saludó a cada uno de ellos de acuerdo con su edad y categoría. A algunos los trataba como si fueran sus hijos, a otros como si fueran su padre. Y eso, en un principio, tranquilizó un poco a quienes temían la venganza de aquel hombre. Pero no bajaron la guardia, porque todos sabían que aquel comportamiento era fingido y que debían andarse con cuidado. Los patricios disimularon su animadversión hacia él, pero el pueblo, por el contrario, no escondió en ningún momento sus verdaderos sentimientos hacia Juliano. Y estalló en el momento en que el nuevo césar se disponía a hacer un sacrificio en honor al dios Jano junto las puertas del Senado. Los pretorianos fueron los primeros en advertir el brillo de tres estrellas que aparecieron de repente rodeando al Sol. Eran tan diferentes que los soldados las miraban y comentaban que aquello era indicio de que algún terrible destino caería sobre el emperador. Días después, muchos pronosticaron que aquellas tres estrellas correspondían a los generales de Britania, Siria y Panonia, a Albino, Nigro y Severo, comandantes con tropas a su cargo, y que aquella visión era el presagio de que se avecinaba una terrible guerra civil. Pero, en aquel momento no supieron cómo interpretar el prodigio, aunque la plebe se dio cuenta del fenómeno y de la inquietud que provocaba en los pretorianos. Ya antes de que aparecieran aquellas estrellas brillantes, el pueblo había mostrado a Juliano, a las puertas de la Curia, un gesto hosco y hostil en lugar de ovacionarlo, como era lo habitual, pero ahora que olieron la preocupación de los pretorianos ante aquel prodigio se exacerbaron aún más. Y de pronto se oyó un grito:

—¡Parricida!

Los pretorianos buscaron de inmediato la procedencia de aquel chillido, pero la palabra se repitió desde diversos sitios una y otra vez:

—¡Parricida!… ¡Parricida!…

Aquellos gritos no solo pusieron nervioso a Juliano; interrumpieron

drásticamente el sacrificio a Jano. El césar indicó al sacerdote que continuara con la ceremonia, pero antes de que pudiera hacerlo sonó un grito, esta vez a coro:

—Ladrón del Imperio.

Juliano no podía disimular su irritación y así se lo hizo ver al pueblo. Levantó las manos con gesto amenazador, pero no quería un enfrentamiento con la plebe antes de entrar al Senado y, por eso, penetró raudo por las puertas de la Curia para intentar sofocar con su ausencia aquella cascada de gritos. Una vez dentro, habló con suavidad y prudencia a los senadores, disimulando el profundo malestar que sentía.

—Agradezco de corazón vuestro apoyo, patricios —dijo mirando a las bancadas con respeto, con una humildad que aquellos hombres no habían visto nunca en él.

—Agradezco vuestro nombramiento y el honor que me hacéis con el título de padre de la patria.

Todos los allí presentes conocían a Juliano. Entendían que si se había ganado a los pretorianos con dinero, ahora quería ganarse al Senado con promesas, con favores, con una amabilidad fingida. Por eso todos desconfiaban de él, pensando que pretendía engañarlos. Glabrión fue el primero en hablar. Claudio Pompeyano no estaba. No volvió a asistir a ninguna reunión del Senado desde el día que mataron a Pértinax.

—El Senado te ofrece, césar —anunció protocolariamente el anciano—, una estatua de oro para honrar el inicio de tu reinado.

Juliano sonrió para sí. Aquel vejestorio, que se creía descendiente del propio Eneas, que se vanagloriaba de pertenecer a una de las estirpes más nobles de Roma, creía que iba a engañarlo, a él, que era quien había tendido la trampa a Pértinax, la misma celada que ahora quería lanzar sobre él, para evidenciar su soberbia y arrogancia, y así hacerlo quedar mal ante el Senado. Aquel anciano pacato, en su delirio senil, pensaba que le iba a dar a él lecciones de insidia política. ¡Qué estúpido! De modo cínico, sin perder la sonrisa, respondió:

—No es necesario que me concedáis una estatua de oro o plata, padres de la patria. Es suficiente con una de bronce.

Quería imitar la sencillez de Pértinax, las virtudes de aquel a quien él mismo había ordenado asesinar, la nobleza de espíritu de un hombre cuyo puesto siempre envidió y ansió, de un buen césar a quien en todo momento criticó por sus bajos orígenes. Pero el Senado sabía que aquello era una pura impostura, un engaño, un disimulo, una falsa modestia. Juliano no era un personaje desconocido para ellos, que llevaban toda la vida tragándose la soberbia y la crueldad de aquel hombre. Los aristócratas estaban convencidos de que el nuevo césar quería parecer clemente y amable porque sabía que casi todos

senadores le eran hostiles, pero había algo más: el miedo y la superstición. El sacrificio frustrado al dios Jano a las puertas de la Curia y el reciente enfrentamiento con la plebe lo habían preocupado aún más, lo obligaban a ser prudente y comedido. Mientras abandonaba la sala, Juliano lo pensó bien. En realidad, solo contaba con las fuerzas armadas, que lo protegían en todo momento e intimidaban a los opositores. Por eso había sido amable con los senadores y los había tratado con una deferencia desacostumbrada en él. Cuando volvió a salir a la calle para ser escoltado desde la Curia hasta el Capitolio, el pueblo le cerró el paso.

—¡Apartad, malditos! —esta vez Juliano sí se puso nervioso y no pudo aguantar la ira.

—Ladrón del Imperio —volvieron a insultarlo—. ¡Parricida!

Juliano pasó de la ira al miedo. No quería un enfrentamiento abierto con la plebe y menos en esos momentos. Fingió que atenuaba su irritación para mostrar algo de clemencia.

—No digáis tonterías y dejad paso. Ahora os repartiré algunas monedas de oro.

Pero la plebe estaba realmente soliviantada y no quería más migajas. Se había corrido la voz de que Juliano había mandado matar a Pértinax porque este quería corregir los crímenes de Cómodo. Decían que el césar muerto era un hombre honesto que había tomado medidas para beneficiar al pueblo, ofrecerle medios de subsistencia, eliminar los tributos que impuso Cómodo, repartir tierras. Y todo aquello era verdad. Muchos ya habían sido beneficiarios de aquellas disposiciones y se había notado el cambio de tendencia en los ochenta y siete días que duró el reinado de Pértinax. Algunos ciudadanos comenzaron a hablar de las líneas generales de aquella política frustrada mientras Juliano permanecía en el interior del Senado y los comentarios habían corrido de boca en boca. Los ánimos de los plebeyos se enardecieron aún más cuando vieron a aquel insolente de Juliano salir con pompa exagerada de la Curia y desfilar por Roma como si fuera un dios omnipotente. Sintieron que con aquel ofrecimiento, con esas monedas que iba a tirarles, quería comprarlos también a ellos, darles las migajas que le sobraban de haber comprado a senadores y pretorianos, arrojárselas al suelo desde su arrogancia, como si arrojara bellotas a los cerdos.

—No lo queremos —gritaron unos.

—Os daré dinero —repitió el césar.

—No queremos tu dinero —respondían agresivos—. No lo cogeremos.

Juliano lamentó no viajar ese día con un par de bolsas de monedas de oro. Ya no usaba desde hacía tiempo dinero en efectivo. Su sola presencia era garantía de pago. Más aún ahora, que era césar, un césar

rico no como Pértinax, que era un pobretón y un tacaño. Todos sabían que su palabra era dinero contante y sonante. Sus libertos firmaban recibos y cartas de pago que valían tanto como el oro. Pero aquellos sucios plebeyos no entendían de papeles. Si hubiera tenido un par de bolsas de monedas de oro, las habría arrojado a las calles, lejos, a uno y otro lado, como un rey Midas, y aquellos desarrapados se habrían tirado al suelo a recogerlas, se habrían peleado y empujado entre ellos para coger el mayor número posible, y a él lo habrían dejado marchar erguido y ufano, por el centro de la vía, sin problemas, hacia el Capitolio y el Circo.

La cuestión era que ahora no tenía efectivo, por eso volvió a prometer:

—Me traerán dinero de casa y os daré algunas monedas de oro.

Pero el pueblo estaba harto de promesas y la ira, como si fuera una brisa cálida, se extendía poco a poco por el populacho, que la respiraba con afán y se enardecía cada vez más:

—No lo queremos. No lo queremos.

Los gritos eran cada vez más unánimes y numerosos. Entonces, los edificios circundantes empezaron a devolver el eco de aquellos clamores como si fueran voces de ultratumba. Todo comenzó con una leve reverberación para convertirse pronto en un ronco rugido que asustó a Juliano. El rico senador ya no pudo controlar entonces su miedo. Recordó, en ese momento, las palabras de Herodiano, el cadáver sin cabeza de la estancia contigua a aquella en la que cenaba sesos de estorninos, el aspecto siniestro del guardián de las puertas, que parecía un Edipo ciego y vagabundo. Juliano sintió un escalofrío y comenzó a temblar conforme la reverberación de aquellos gritos iba creciendo en intensidad. Los plebeyos de las primeras filas se dieron cuenta y, al verlo dudar, comenzaron a gritar más fuerte aún, provocando un eco verdaderamente ensordecedor. Juliano perdió el control por completo y dio orden a los pretorianos de que mataran a los que estaban más cerca para dar un escarmiento y detener aquel alud de gritos que le estaba reventando la cabeza. Entonces, los pretorianos, sin dudar, arremetieron contra las primeras filas de plebeyos y la matanza fue atroz. Aquello irritó aún más a la plebe, que ya no dejaría de insultar a Juliano y ensalzar a Pértinax, invocando a los dioses vengadores y maldiciendo a los soldados. Muchos ciudadanos resultaron heridos y muertos en aquella refriega. La desbandada fue general y los plebeyos huían despavoridos sin ni siquiera recoger a los heridos. Cuando el paso estuvo expedito, los pretorianos escoltaron al emperador hasta el Circo para asistir a los espectáculos de inauguración de su reinado. Y entonces la plebe sí pudo recoger a los muertos uno a uno y seguir alimentando su ira contra aquel tirano. Aquel episodio les recordaba los peores años de

Cómodo, que asesinaba a plebeyos y también a senadores a capricho, como en aquella ocasión en que ordenó disparar flechas en el anfiteatro contra un nutrido grupo de plebeyos que se habían reído de él. Todos vieron que volvían aquellos tiempos de terror. En esta ocasión, los ciudadanos se replegaron, pero guardaron su rabia hasta que Juliano llegó al Circo y ocupó su puesto. También se acomodaron en sus asientos los senadores y los pretorianos que rodeaban al césar, mientras se iban llenando los graderíos de los distintos estamentos. Cuando por último entró la plebe, muchos comenzaron de nuevo a gritar contra Juliano. Algunos incluso empezaron a lanzar piedras y el ejército tuvo que emplearse a fondo para sacar de allí al césar. El pueblo, en franca rebelión, había tomado las armas que cada cual tenía a mano y se dirigía en masa al Circo. Los pretorianos ya habían apartado de allí a Juliano con rapidez y eficacia, con idea de llevarlo al palacio imperial o incluso al campamento pretoriano, si la cosa se complicaba. La masa se siguió congregando en el Circo, con más confianza ahora que los soldados se habían ido. Se reunieron allí con intención de seguir resistiendo y responder al ataque que los pretorianos habían iniciado en las calles, pero Juliano se limitó a retirarse a palacio y no quiso mandar a las tropas, para no iniciar una verdadera guerra civil. En espera de acontecimientos, la plebe se atrincheró en el Circo y varios miles pasaron allí la noche y el día siguiente sin comida ni bebida, gritando hasta desgañitarse que alguien avisara a los ejércitos de la frontera, que llamaran a Pescenio Níger y a las tropas de Siria, para que vinieran en su ayuda y acabaran con aquel impostor.

Al tercer día, comenzaron a sentir los estragos del sueño y el hambre. Estaban agotados por el griterío, por el ayuno y por la falta de agua. Se dispersaron. El ambiente se calmó, pero la plebe no abandonó su hostilidad hacia Juliano ni tampoco la esperanza de que las legiones de las provincias se rebelaran contra aquel canalla que tenían por emperador.

Una semana tardó Herodiano en recorrer las más de setecientas millas que había entre Roma y *Carnuntum*, donde se encontraba el gobernador de Panonia con sus tropas. Cuando lo condujeron a presencia de Severo, tenía un aspecto aún más deplorable que el día en que acudió al comedor de palacio a pedirle a Juliano el cadáver de Pértinax.

—¿Traes noticias urgentes del Senado? —inquirió inmediatamente Severo.

—Traigo noticias de Pértinax.

Herodiano había pronunciado esas palabras con intención, para que el gobernador lo reconociera por la voz y el gesto. Lo miraba ahora de frente esperando que se acordara de las veces en que había visitado a Pértinax en su casa y luego en palacio, donde él siempre le había abierto las puertas.

—Ahora te recuerdo —dijo Severo—. Tú eres el atriense, el guardián de las puertas de palacio. ¿Qué noticias traes del emperador?

—Malas. Ha sido asesinado por la guardia pretoriana —dijo con una mirada profunda donde la pena y la ira se confundían.

Severo comprendió el aspecto desaliñado de aquel hombre. Seguramente había cabalgado día y noche hasta llegar a entregar esta noticia, gravísima sin duda. Quiso saber más.

—Cuéntamelo todo, atriense —dijo con preocupación.

Y Herodiano citó las conjuraciones y el asesinato del emperador. Habló de la subasta del Imperio, del rechazo del pueblo hacia Juliano. Dijo que Roma estaba al borde de una guerra civil.

—¿Juliano no pone orden? —preguntó Severo.

—Ni tiene *potestas* ni *auctoritas* —respondió Herodiano en un lenguaje que conocía perfectamente el gobernador—. El poder militar lo tiene gracias a que ha comprado con dinero a los pretorianos, autoridad moral no tiene ninguna, todo el mundo sabe que el nuevo césar se ha aupado al trono por la fuerza del dinero, pasa su tiempo en lujos y borracheras, sin preocuparse de los asuntos públicos.

—¿Y el pueblo?

—Lo odia —añadió el atriense—. Además, la plebe culpa a Juliano de estar detrás del asesinato de Pértinax.

Severo sabía que, de aquel hombre de confianza de Pértinax, estaba sacando una información más detallada y fiable que la que podía aportarle cualquier emisario que viniera de Roma, pero desconfiaba de cualquier juicio de valor. Solo le interesaban los hechos desnudos,

desprovistos de toda emoción, para evitar que cualquiera como Herodiano pudiera intentar dirigir sus acciones, manipularlo en algún sentido.

—Eso son conjeturas, supongo… —arguyó.

El guardián de las puertas entendió las reservas del gobernador, pero él no había llegado hasta allí a exponer la simple verdad desnuda de los hechos. Desde que vio la cabeza de Pértinax clavada en una pica, su alma dio un quiebro, un cataclismo del que nunca llegaría a recuperarse. Solo podía conciliar el sueño por las noches leyendo el libro que le había regalado Pértinax pocos días antes de morir, como si fuera una funesta premonición. Y aquel libro, las *Meditaciones* de Marco Aurelio, era como un escudo, lo único que lo mantenía atado a este mundo. Aquella tarde, en el campamento pretoriano, Herodiano entendió la verdad desnuda de los hechos, que no era otra que su propio fracaso: le había fallado a su amigo y patrón, al hombre al que estaba dispuesto a defender con su vida. Entendió, sin necesidad de que Clodia se lo echara en cara horas después, que había descuidado aquello que suponía su deber más sagrado. Por eso ahora no iba a exponer los hechos desnudos a Severo. Había llegado hasta allí para expresarle sentimientos y obligaciones, emociones y deberes, convencerlo de la necesidad de vengar la injusticia y refrenar la anarquía militar que amenazaba con una verdadera guerra civil.

—Te diré, Severo, lo que no son conjeturas —se atrevió en un tono demasiado arrogante para su posición—. La cabeza cortada de Pértinax, ondeando en una pica, lejos de su cuerpo decapitado, que reposaba lejos, precisamente en la sala contigua adonde Juliano tomaba su cena aquella noche. El cuerpo insepulto, la subasta del Imperio, la vergüenza de Roma y la amenaza de guerra civil. Todo eso no son conjeturas.

El gobernador no se sintió ofendido por aquel arranque de dignidad, sino sorprendido. Siempre le había gustado la gente que hablaba con sinceridad, aunque él empleaba la doblez y la diplomacia cuando era necesario. Entendía que aquel hombre buscara venganza, que hubiera viajado sin descanso, pero le molestaba que quisiera soliviantarlo, enemistarlo, malquistarlo contra el nuevo césar, contra ese Juliano cobarde que él había conocido en sus días de senador y que ahora ostentaba el cargo de emperador. Severo no era persona que se arredrara por nada, era ambicioso y daría los pasos que hubiera que dar, pero no iba a permitir que un vulgar atriense le indicara lo que tenía que hacer.

—Ya he recibido el mensaje, Herodiano. Puedes marcharte — respondió con displicencia.

—No he terminado aún, Severo.

Aquel hombre iba a conseguir irritarlo, después de todo.

—Termina de una vez —ordenó.

Y ahora Herodiano entendió que él no tenía derecho a molestar a aquel hombre, a lanzarlo contra Juliano, a inculcarle sentimientos de odio, venganza o ambición. Supo que estaba siendo injusto con el gobernador y quiso rectificar.

—Lamento molestarte, Severo. No he venido para inducirte a nada. Siempre que has acudido a casa de Pértinax, has sido amable con él. Sé que lo apreciabas sinceramente. Te debo una disculpa.

El gobernador respiró hondo y supo que aquel hombre hablaba con el corazón en la mano. Admiró su sinceridad. Se relajó y siguió escuchando.

—Debes disculpar mi actitud —insistió Herodiano—. Procede del dolor y la mala conciencia. Mi único cometido era defender la vida de Pértinax y he fracasado.

—Estabas lejos, Herodiano —quiso consolarlo—. No pudiste evitarlo.

—Pero no debí retirarme de Pértinax, no debí dejarlo solo ni un solo instante.

—Cumpliste con sus órdenes. Nada más.

—Gracias, Severo. No te molestaré más ni te robaré más tiempo. Solo he venido a decirte que el pueblo, cada vez más hostil, aprovecha cualquier ocasión en el Circo o el Teatro para insultar a Juliano y están invocando el nombre de Pescenio Níger como protector.

—¿Níger? —preguntó, ahora sí, alarmado.

En cualquier sitio en que se congrega la plebe, lo abuchea e invoca a Pescenio Níger como defensor del Imperio romano y protector. Piden que venga cuanto antes de Siria a deponer a Juliano.

—¿Me estás diciendo la verdad? —preguntó desconfiado.

—Cualquiera te lo podrá corroborar. Lo hacen a menudo, en el Circo, hay miles de testigos.

—Eso sí es verdaderamente grave —reconoció el gobernador.

—No he venido hasta aquí para animarte a la rebelión, Severo. Pero sí para anunciarte todo lo que necesitas conocer.

—Sabes que eso lo cambia todo, ¿no?

—He creído mi obligación informarte cuanto antes —respondió el atriense sin contestar directamente a su pregunta—. No busco manipularte para que vengues a Pértinax. Juliano morirá en todo caso. Lo he visto en sueños. Si no es por tu mano lo será por la de Níger.

Severo entendió que aquel hombre llevaba razón. El curso de los acontecimientos derivaría sin dudar en la muerte de Juliano, fueran Níger o él quienes se alzaran con el poder.

—¿Por qué me has avisado a mí en vez de a Níger?

La respuesta de Herodiano, desnuda como toda la verdad que salía de sus labios, hizo comprender a Severo definitivamente lo que debía

a ese atriense.

—Dos días antes de que yo saliera de Roma, habían partido emisarios hacia Siria.

—¿Avisan a Níger y no me avisan a mí? —se enfadó Severo.

—Me ciño a los hechos —respondió Herodiano.

—Y ¿por qué crees que el Senado no me ha informado de lo que pasa?

Ahora, a Severo, ya no le interesaban los hechos desnudos, desprovistos de emoción, de opinión. Ahora quería saber qué pensaba aquel hombre, que había sido consejero de Pértinax, guardián de las puertas de palacio, conocedor de los entresijos de la política en Roma. Ahora sí le interesaba su opinión.

—Es posible —respondió Herodiano— que el Senado haya decidido esperar un poco, para no darte la ventaja del tiempo.

El atriense llevaba razón. Las tropas de Panonia eran las más cercanas a Roma. Níger tardaría el doble de tiempo en llegar hasta allí, o más.

—¿Y qué consigues tú, Herodiano, dándome esa ventaja del tiempo, si de todas maneras Pértinax será vengado? ¿Qué más te da que sea mi espada o la de Níger la que acabe con ese cobarde de Juliano?

—Cualquier espada me sirve, Severo, cualquier espada que acabe con Juliano. ¿Pero qué espada servirá mejor a Roma? ¿Quién debe empuñar esa espada en bien de Roma?

—No entiendo adónde quieres llegar, Herodiano —contestó Severo algo confuso—. Desde la última vez que nos vimos hablas de un modo diferente, más enigmático y filosófico.

—Desde la muerte de Pértinax solo hallo consuelo en el pensamiento de Marco Aurelio.

—¿Marco Aurelio?

—Sí, ¿recuerdas cuando dice que la abeja no es nada sin la colmena?

Severo pensó que aquel atriense se había vuelto loco. ¿Qué tenía que ver el destino de Roma con abejas o colmenas? Ahora lo miró a los ojos con más detenimiento y vio que aquel hombre, efectivamente, no era el mismo de antes. Tenía la mirada más perdida, más dispersa. Parecía confuso. Herodiano se dio cuenta de que Severo lo observaba desconcertado y quiso explicarse:

—Disculpa, Severo. Desde que murió Pértinax me siento un poco trastornado, tengo sueños premonitorios, solo me saca de este estado de turbación la lectura de las *Meditaciones* de Marco Aurelio. He decidido venir hasta aquí porque fue precisamente en esta ciudad donde el emperador filósofo acabó la redacción de su libro.

—¿Solo por eso?

—Por eso y por lo de las abejas.

—No entiendo nada, Herodiano.

—Te lo explicaré, Severo. Tú y yo somos la abeja y Roma es la colmena. Yo no soy importante, como no lo eres tú o Juliano o tu tribuno, comparados con Roma, con el conjunto del Imperio. He venido hasta aquí a darte la ventaja del tiempo, por si es posible evitar una guerra civil.

—Ya entiendo. Quieres velar por la colmena.

—Eso es.

—Y no te importa qué abeja acabe con Juliano, sino la que mejor proteja la colmena.

—Así es, Severo. La guerra civil es la ruptura de la *concordia hominum*, de la concordia humana. Es el mayor mal, lo que destruirá Roma en el futuro.

—¿Y piensas que, si yo llego antes, se evitará la guerra civil?

—Ojalá.

—¿Es eso lo que has visto en sueños? —preguntó Severo que también era un hombre muy supersticioso.

—No exactamente.

—¿Qué es lo que has visto, Herodiano? Cuéntamelo, por favor.

El guardián de las puertas respiró hondo y respondió con la mirada perdida:

—En sueños veo una y otra vez a Juliano, aterrorizado, mirando a una espada que se acerca a él, despacio, pero inapelable. Y él pregunta, pregunta algo, angustiado, pero no puedo oír lo que dice.

40. EL SUEÑO

La noticia del asesinato de Pértinax le había llegado a Severo en el crepúsculo, pero no quiso difundirla por el campamento hasta la mañana siguiente. Aquella noche trabajó hasta tarde, escribiendo cartas y consolidando apoyos. Por la mañana, el rumor del asesinato de Pértinax comenzó a extenderse por los barracones, de modo que los soldados ya sabían lo que había ocurrido cuando el gobernador los hizo formar y les habló así:

—Esta noche he tenido un sueño premonitorio, soldados.

Los legionarios callaron expectantes. Sabían que Severo era un hombre supersticioso, que prestaba atención a los oráculos y los augurios. Todos ellos también lo eran. Observaban con veneración los mensajes de los dioses, expuestos como estaban diariamente a las vicisitudes de la guerra y la milicia.

—Anoche estaba inquieto —continuó—. Me acosté tarde y caí profundamente dormido. Entonces vi un caballo negro, alto y poderoso, enjaezado con *phalerae* imperiales de oro, montado por Pértinax, que cabalgaba a lo largo de la Vía Sacra en Roma. El sol se levantaba a su espalda, ofreciendo, con los primeros rayos, una aureola en torno al rostro del emperador, ese gran general que fue nuestro compañero de armas. Todos os acordáis de él, ¿verdad?

Un clamor de admiración, entreverado de odio por la muerte de aquel gran soldado y emperador, se levantó como un torbellino desde las bocas de aquellos miles de legionarios hasta el cielo. Cuando se hizo de nuevo el silencio, Severo continuó:

—Veía en sueños la majestuosidad de Pértinax, subido a su caballo negro, con discos de oro, a la entrada del Foro, justo en el lugar donde tienen lugar las asambleas del pueblo. Y entonces, soldados, vi cómo el caballo lo derribaba de su montura.

Todos sabían que Pértinax había sido derribado del poder, asesinado en una conjura. El sueño de Severo era, sin duda, una profecía, un aviso de los dioses, que les anunciaba la muerte del emperador. Siguieron escuchando atentos, con una veneración marcial y religiosa a la vez.

—Allí estábamos delante todos nosotros, soldados. Estas tres legiones y yo al mando. Y todos vimos cómo el caballo derribaba a Pértinax y él desaparecía como tragado por la tierra. Y ese hecho es cierto, soldados, porque esta misma mañana han llegado emisarios de Roma que anuncian el asesinato de Pértinax. Ha muerto el emperador. Se lo ha tragado la tierra. Eso mismo lo vi yo en sueños, con todos

vosotros. Es un aviso de los dioses, un mensaje que han querido enviarnos antes de que la noticia corriera por el campamento.

Severo se detuvo un momento para que los legionarios pudieran desahogar su tristeza por la muerte de Pértinax. Les había confirmado que el emperador había sido asesinado, pero, además, había algo más importante que aquella mera noticia: él quería recordarles su figura, hablarles de un hombre que conocían bien, situarlos en la verdadera trascendencia histórica de ese asesinato.

—Todos lo conocisteis bien. Lo conocía todo el Imperio, todas las legiones, pero en especial vosotros, los soldados de Panonia, los de Iliria…

Así era. Aquellos legionarios habían luchado con Pértinax, hombro con hombro. Recordaban perfectamente su gobierno y sus años de comandante a las órdenes de Marco Aurelio. En aquellos tiempos, el viejo general había levantado con ellos muchos trofeos victoriosos sobre los germanos. Las campañas en que el propio Pértinax combatió con ellos a las órdenes del emperador filósofo constituían la época más gloriosa de la legión, los tiempos en que aquellos soldados habían evidenciado su valor, y Pértinax entre los primeros. En su época de general y gobernador de las provincias ilirias, aquel hombre, que ahora había sido asesinado cobardemente por los pretorianos, había dado muestras inequívocas de una valentía sin límites en los enfrentamientos contra el enemigo. Allí estaba ahora Severo para recordarlo y también para, de paso, servirse de todo aquello.

—El enemigo lo temía —prosiguió—. Temblaba incluso al escuchar su propio nombre. Era oír la palabra Marco Aurelio o Pértinax y retrocedían acobardados, sometidos por el valor de nuestro comandante, de su fe ciega en la victoria. Aquel hombre nunca nos decepcionó.

Asentían los soldados, vencidos por aquel recuerdo, tristes de que los tiempos gloriosos quedaran lejos, y más aún ahora, tras el asesinato de Pértinax, de un valiente general que representaba la parte más brillante del orgullo militar que sentían aquellos legionarios.

—No solo venció al enemigo con valor y arrojo extraordinarios —prosiguió Severo—. También os mostró a todos vosotros su benevolencia y su honradez, su comportamiento humano, su mando moderado y ecuánime.

Ecuánime era una palabra que los devolvía a otros tiempos. Era el consejo que dio en su lecho de muerte Antonino Pío a Marco Aurelio, ecuanimidad.

—La pérdida de Pértinax es una tragedia para todos nosotros —cambió el tono Severo—, y más aún la forma en que ha muerto.

Los legionarios se tensaron de inmediato al escuchar esas últimas palabras *la forma en que ha muerto*. Se volvieron con las orejas

erguidas, como el lobo que aguza la mirada y el olfato ante una situación desconocida, quizá peligrosa. Si los soldados ya guardaban silencio para escuchar a su general, ahora se dejó de oír incluso su respiración. Callaban todos y atentos mantenían sus rostros, mientras su comandante comenzó de nuevo a hablarles después de una breve pausa, desde aquella elevada tribuna en que solía pronunciar sus arengas militares. Tras estas emotivas palabras, parecía que Severo se disponía a acabar su discurso:

—Así que ya lo sabéis, legionarios. Es cierto. El emperador Pértinax ha sido asesinado. Lo sabemos ahora oficialmente, aunque yo ya lo había visto en esa visión profética que os he contado. El resto del sueño no es necesario que lo conozcáis, aunque no deja de darme qué pensar…

Severo no podía dejarlos así. Los soldados querían saber qué pasaba en aquel sueño premonitorio, cómo acababa. Necesitaban conocer todos y cada uno de los detalles, comprender qué mensaje les mandaban los dioses. Se inquietaron cuando vieron a su comandante bajar la cabeza pensativo, volver a levantarla para mirarlos con tristeza, como el padre mira a los hijos que han de enfrentarse a las dificultades, solos, inermes, sin saber qué les deparará el futuro. Y lo vieron levantar una mano para indicar que podían retirarse, que había terminado de decirles lo que tenía que decir, pero los legionarios no se movieron de su sitio, querían saber más, necesitaban saber más. Fue un tribuno de confianza de Severo, con quien había hablado la noche anterior, quien subió tres peldaños de la escalera y gritó, con una potencia tal que pudieron escucharlo todos los legionarios reunidos en aquella explanada:

—Severo, necesitamos saber cómo acaba el sueño.

—Sí… Sí —gritaron todos los soldados con un chillido atronador, casi desesperado.

Severo los miró con tristeza, como si no quisiera hablar. Y los legionarios seguían gritando sí… sí… ¿Cómo iban ellos a desconocer un hecho de tal trascendencia? Los dioses habían hablado a través de aquel sueño profético. Habían vaticinado la muerte de Pértinax, la caída del caballo, su asesinato en Roma. Y ellos tenían que saber más. Necesitaban conocer todo el mensaje. Aquellas eran palabras de dioses, indicios, señales que les importaban, que les concernían directamente, que les afectaban de lleno. Por algo los dioses se habían manifestado en sueños a través de su comandante, de Severo, del hombre que los conducía a la victoria, que protegía sus vidas, el responsable de su dignidad y honor como soldados. Los legionarios querían saber más, tenían que saberlo todo.

—Soldados —gritó el comandante levantando la mano y todos callaron.

Severo sabía que, iniciada la aventura, introducidos en aquel sueño del que todos eran partícipes, aquellos hombres no se resistirían a conocer el resto, a meterse de lleno en ese sueño compartido. Les había dicho que ellos estaban allí, con él, con Pértinax y su caballo negro. También era su sueño, el de todos ellos. Faltaba que los legionarios lo hubieran soñado también, pero no importaba. Él lo había soñado por todos.

—De acuerdo. Os lo contaré, soldados. Os lo contaré hasta el final —anunció.

Se serenaron de repente y volvieron a callar como tumbas, esperando el desenlace de aquel sueño premonitorio.

—Pértinax cayó del caballo y se lo tragó la tierra. Todos lo vimos con espanto. El caballo quedó allí, solo, con el sol brillando sobre su grupa. Y entonces sucedió…

Severo parecía haber entrado en trance. Lo vieron con la mirada perdida y el cuerpo tenso, como si las divinidades lo poseyeran, como lo veían siempre que oficiaba un sacrificio a los dioses antes de la batalla. Nadie se atrevió a interrumpirlo ni a gritar que prosiguiera. Respetaron aquel momento de recogimiento, de éxtasis, esperando que continuara, cuando él quisiera, cuando los dioses le indicaran.

—Luego —comenzó de nuevo con voz lúgubre—, el animal avanzó hacia mí y me presentó la grupa para que me subiera a su montura. Yo no sabía qué hacer, pero una fuerza sobrenatural fue la que me levantó sobre su lomo y de pronto me vi encima, cabalgando sobre aquel caballo negro, conducido lentamente hasta llegar al Foro, donde aquel soberbio animal se detuvo, sosteniéndome en alto, para que todos pudierais verme.

Los legionarios creían estar viendo en aquel momento la imagen de Severo sobre el caballo negro. Estaban estupefactos. Por eso no reaccionaron cuando su comandante descendió del estrado al tiempo que pronunciaba las últimas palabras.

—Tengo que pensar, soldados, sobre este aviso de la providencia. Esta tarde volveré a convocaros en asamblea.

41. LOS HOMBRES DE SEVERO

Severo no se había dirigido a los soldados de improviso y sin calcular las consecuencias. Ya la noche anterior, antes de tener aquel extraño sueño, había tanteado sus opciones. Se reunió en su casa con un grupo de no más de veinte hombres, compuesto por los comandantes de las legiones, los tribunos y la élite de los campamentos. Todos eran personas de su máxima confianza. A veces se congregaban así, de noche, para tratar determinados temas de conversación. Hoy, el orden del día era más urgente.

—Varones —anunció Severo—, a partir de mañana lo sabrán los soldados, pero esta noche solo vosotros conoceréis la noticia. Han asesinado a Pértinax.

Aquellos militares escucharon la noticia sin pestañear. Estaban acostumbrados y preparados para afrontar cualquier circunstancia. Pocas cosas, a aquellas alturas de su vida y su carrera, podían pillarlos por sorpresa. Pero lo que Severo dijo a continuación podía ser la excepción.

—No contentos con el crimen. Han subastado el Imperio.

—¿Subastado? —preguntó el primer sorprendido.

—Lo han vendido al mejor postor. A Didio Juliano, que ha pagado veinticinco mil por cabeza.

Aquellos hombres encajaron esta sorprendente noticia apenas con un resoplido. En seguida volvieron al tema en cuestión:

—Eso demuestra la situación de abandono que sufre el Imperio, sin nadie que lo gobierne con autoridad. La degeneración llevada al máximo límite —dijo uno.

Las intervenciones eran breves, bien pensadas. Ninguno de ellos estaba allí por casualidad. Eran los consejeros de Severo, los hombres de quien más se fiaba, los más honestos hacia su persona. Por eso le gustaba convocarlos y escuchar sus opiniones, que ellos expresaban con libertad, pensando solo en el bien de su líder.

—¿Han sido los pretorianos? —preguntó otro.

—Sí —respondió Severo.

Ese era el tono de aquellas conversaciones. Frases breves, preguntas directas, respuestas contundentes. Primaba la pura información sobre

la retórica. La efectividad y rapidez, como cuando hay que dar una orden clara en mitad del combate.

—Eso lo agrava —dijo un tribuno—. Pero facilita tu labor, dómine.

—¿En qué sentido?

—Hay que castigar la deslealtad de los pretorianos. Han manchado su juramento de fidelidad con la sangre imperial —respondió.

—Y eso exige expiación —confirmó otro.

—Ese es un argumento —aclaró un tercero.

—Exacto —comentó otro tribuno—. Y la vergonzosa venta del Imperio es otro crimen nefando que habrá que castigar. Es necesario restablecer el orden.

—Y para ello —comentó un oficial—, alguien tiene que vengar el deshonor y la vergüenza, perseguir y castigar a los asesinos de Pértinax.

—¿Y quién será? —aquellos hombres hablaban como si fueran el coro de una tragedia griega, sincronizados, comprendiendo todos, como si de un solo cuerpo se tratara, el hilo de la reflexión de cada uno de ellos.

—¿Quién está llamado a vengar este crimen? —repitió un tribuno.

Todos sabían quién iba a ser el que se alzara con el Imperio, el comandante que llegaría a Roma a vengar el crimen de Pértinax y la vergüenza de la subasta. Los camaradas de Severo le estaban preparando el camino y los argumentos.

—Será el más preparado —dijo uno. Y ya todos siguieron en cascada.

—El que está más cerca de Roma.

—Un varón entusiasta y bien dotado para las tareas de gobierno.

—Acostumbrado a la vida dura.

—Un buen comandante, como lo fue Pértinax.

—Que resiste fácilmente las fatigas.

—Un hombre perspicaz en la reflexión.

—Y rápido en la ejecución de los proyectos.

—¡Severo! —gritaron cinco o seis de ellos a coro.

—¡Severo! —gritaron ahora todos.

—Lo he entendido perfectamente, varones —dijo ahora Severo—. Tengo argumentos. Y todo lo que habéis esgrimido formará parte del rumor que mañana corra entre los barracones. Vosotros os encargaréis de ello.

Los hombres de Severo asintieron. Aquello era una orden y sería cumplida a rajatabla. Como todas las órdenes que salían de la casa del comandante. Ellos le habían indicado el camino, le habían mostrado las premisas sobre las que basaría su actuación, su postulación para el Imperio. A partir de ahora, había que honrar la memoria de Pértinax. Castigar a quienes se habían atrevido a asesinarlo de forma tan cruel.

Severo no necesitaba más pretextos. Ya tenía suficientes justificaciones para alzarse. Sabía que debía simular que no le movía su aspiración al Imperio ni el ansia de poder, sino el deseo de vengar el asesinato de un emperador como aquel, digno y querido por el ejército que comandaba. Aquel atriense, el guardián de las puertas de palacio le había dado todas las claves. Era un hombre astuto. No solo se había dirigido hacia él porque era el comandante más cercano a Roma. Sabía que las legiones que comandaba eran las más fieles al difunto Pértinax, aquellas que habían combatido con el viejo general y ganaron con él tantas batallas. De esta forma se aseguraba la venganza sobre Juliano y la restitución del honor de Pértinax. Y eso era lo único que le importaba a aquel fiel atriense. No necesitaba dinero ni poder. Él ya estaba por encima de todo eso. Lo supo desde el momento que lo vio controlar su ira, comprender la situación con ecuanimidad, citar a Marco Aurelio. Sin duda, aquel Herodiano era uno de los hombres que habrían merecido estar allí, junto a él, formando parte de ese pequeño consejo de Estado que se reunía casi todas las noches en su casa. Al guardián de las puertas solo lo movía el cumplimiento del deber, el restablecimiento de la justicia, como si aquel Herodiano, triste y desastrado, fuera el personaje doliente de una tragedia griega que solo buscara el restablecimiento del orden, más allá del dinero y el poder, por encima del bien y del mal, desde el convencimiento de que debía cumplir ese último compromiso con el muerto. Le resultó muy curioso aquel hombre. Y muy valioso. Por eso lo había despedido con amabilidad cuando se marchó, horas antes de que se produjera la reunión con los consejeros de Severo.

—Te agradezco que hayas venido hasta aquí, Herodiano, a darme esta importante noticia. Ahora retírate a descansar. Puedes bañarte en mis propias termas. Luego comerás y en unos días…

El atriense era un hombre educado, a quien no le gustaba interrumpir a sus interlocutores, pero había aprendido a hablar cuando era necesario, sin miedo, como siempre lo hizo Marco Aurelio.

—Mi misión ha acabado aquí, general. Deseo emprender hoy mismo el camino a Roma.

—¿Hoy mismo? Pero si llevarás días sin dormir.

—Duermo, mi general, al abrigo de las estrellas cuando el sueño me vence. De camino, me alimento de lo que me ofrece la naturaleza. Deseo regresar cuanto antes a Roma.

Severo entendió que no iba a convencerlo de lo contrario.

—Llevarás tres de mis mejores caballos, equipamiento de campaña y víveres para diez días. Pero, Herodiano, ¿querrás responderme a una última pregunta?

Al atriense le agradó el respeto que le mostraba el general. No lo necesitaba, podía encajar cualquier insulto, cualquier agresión. Había

aprendido de Marco que no importa lo que otras personas nos hacen o dicen, sino el pensamiento que nosotros nos hacemos de ello. Respondió con sinceridad.

—¡Claro que sí, Severo! Pregunta.

—¿Qué hay en Roma tan urgente para ti?

—No faltar de allí mucho tiempo seguido. Merodear por las calles, velar por la seguridad de una mujer, que me sigan viendo por el palacio imperial…

—¿Puedes moverte aún por palacio?

—Sí. Los pretorianos me tienen por loco. Y me dejan tranquilo. Ya sabes, Severo, que todos respetan a los locos. Juliano no quiere echarme, por miedo, por pura superstición. Le parezco un adivino o un visionario. Pululo como un mendigo, como un Edipo ciego, por los patios.

—A mí me pareces más un Tiresias que un Edipo —lo interrumpió Severo sin pensar lo que decía.

—¿Tiresias?

—Sí.

—El adivino ciego que habita el inframundo —reflexionó Herodiano—. Quizá lleves razón, Severo. Vivo en una especie de inframundo. Duermo en pasadizos oscuros que solo yo conozco; soy como un hurón maldito, escondido en las madrigueras del palacio imperial.

—Regresa, Herodiano. Regresa a ese palacio —respondió Severo con un brillo fugaz en los ojos—. Mantente vivo y alerta hasta que lleguen mis espías, los hombres que irán a Roma en avanzadilla para preparar la venganza de Pértinax.

—No me mueve la venganza, Severo. Solo la justicia.

—Eso es Herodiano. Eso es lo que he querido decir. Hasta que mis hombres puedan restablecer la justicia.

Herodiano respetaba las motivaciones de cada cual. Él obedecía a su propia naturaleza, a su escala de valores, a su necesidad de restablecer la justicia. Si, para ello, Severo iba a sacar a relucir su ambición de poder o su calculada venganza, no le importaba qué impulsos encendieran el alma de cada cual. Él tenía que cumplir su deber y lo estaba haciendo:

—Estaré en Roma cuando me necesites, Severo.

Y se marchó con la misma naturalidad y falta de ambición con la que había llegado. El general permaneció pensativo. Ahora, tras haber conocido a aquel hombre y con los consejos de sus oficiales de confianza, sabía lo que tenía que hacer. Había que encender los deseos de venganza de todos aquellos que combatieron con Pértinax, mostrarse él como si estuviera poseído por una grave indignación, y hacer creer a los demás que solo lo movía la voluntad de restablecer la

justicia y castigar el asesinato de Pértinax. Envió cartas a los varones más poderosos de Panonia, despachó mensajes a las provincias vecinas y buscó la alianza de los reyes de los pueblos del Norte sometidos a Roma. A todos ellos se los ganó sin dificultad con su persuasión y con promesas. Severo era un hombre hábil, experto en el arte de simular e inspirar confianza, y no ahorraba ningún compromiso o incluso juramento, aunque fuera necesario violarlo al día siguiente, si con ello conseguía obtener una ventaja mayor. No le costaba ningún esfuerzo que su boca pronunciase lo que no sentía su corazón. Escribió cartas conciliadoras a todos los jefes y gobernadores de las provincias ilirias. Con facilidad consiguió atraerlos a su causa. Reunió tropas de todas las regiones limítrofes y tomó el nombre de Severo Pértinax, apelativo con que complació tanto a los ilirios como a la plebe de Roma, por el recuerdo de Pértinax, de su bondad y su injusto crimen.

42. LA ARENGA

A la caída de la tarde, Severo convocó a los soldados en el campo donde se pasaba revista a las tropas y, subiendo a una tribuna que le habían preparado, pronunció estas palabras:

—¡Os admiro, soldados!

Los legionarios no esperaban este comienzo. Si había alguno despistado, dejó de estarlo. Todos callaron y permanecieron atentos a la espera de saber por qué su comandante sentía admiración por ellos.

—Vuestra fidelidad y respeto a los dioses —prosiguió Severo— la demostráis a diario y más hoy, que os veo indignados por el asesinato de Pértinax.

Muchos estaban indignados, y si alguno no lo estaba, comenzó a estarlo al escuchar aquellas palabras, al conocer que esa justa indignación es la que el general admiraba en todos y cada uno de ellos.

—Aquellos canallas que lo han asesinado sirven al lujo, no al honor del soldado. Son cobardes, indignos de su uniforme, carentes de valor y de hombría, que, en cambio, a vosotros os sobra.

Los legionarios prorrumpieron en una ovación cerrada, sonora, certera como una flecha que, sin aspavientos, da en la diana.

—Por eso os admiro, soldados. Por vuestro valor y obediencia, que yo comparto con todos vosotros, porque soy uno de vosotros.

Los soldados estaban atentos, satisfechos de aquella muestra de respeto y aprecio por su esfuerzo, de solidaridad y camaradería; siguieron escuchando con satisfacción las palabras de Severo:

—Siempre hemos obedecido a los emperadores. Sé que recordáis los tiempos en que Marco Aurelio gobernó este Imperio con gran dignidad. Todos lo tratábamos con admiración. Le ofrecimos nuestro valor y obediencia a aquel gran césar, hoy dios, que supo luchar contra los bárbaros y vencerlos, a ellos y a lo demás: al enemigo en el campo de batalla, a las dificultades, a la adversidad e incluso a la peste. Luego, el Imperio cayó en manos de Cómodo. Se cometieron muchos errores, que algunos achacaron a su juventud, pero, en todo caso, aquel era el hijo de Marco Aurelio, descendiente de Trajano, un césar de la más noble cuna, nacido para la púrpura. Y lo respetamos por eso y por la memoria de su padre. Sus yerros siempre me inspiraron más compasión que odio, pues no se los atribuí a él, sino a los aduladores de su entorno, a aquellos consejeros canallas que eran cómplices de sus infamias. Pero, después, la alegría nos invadió cuando hace tres meses el Imperio volvió a manos de un venerable

anciano, Pértinax, comandante en esta misma frontera. Todos lo conocisteis. ¿Os acordáis de él, soldados?

Los legionarios asintieron con ilusión. Sentían un gran orgullo de haber compartido tienda de campaña y frente de batalla con aquel hombre que había llegado a ser emperador. Severo quiso centrarse en ese sentimiento de aprecio hacia el gran general.

—Recuerdo perfectamente el día en que Marco Aurelio le ordenó detener una incursión de sármatas en el bajo Danubio. Pértinax marchó a toda prisa y llegó con una legión justo en el momento en que los bárbaros estaban a punto de cruzar el río en balsas rudimentarias, donde cabían diez o doce soldados. Aquellos malditos sármatas aprendieron ese día una buena lección.

Los legionarios escuchaban con atención. Algunos veteranos fueron testigos de aquellos hechos y lo recordaban con orgullo. Los más jóvenes atendían entusiasmados.

—Mientras el grueso de la legión tomaba posiciones para abortar el desembarco, Pértinax observó que tres balsas muy adelantadas al resto estaban llegando a la orilla. Sin dudar marchó con doce de sus más fieles a galope tendido para cubrir aquella media milla y llegar al río antes de que arribaran. Seis de sus hombres saltaron sobre la primera balsa y otros cinco sobre la segunda, para echar a los sármatas al río, pero la tercera avanzó para tomar tierra. ¿Sabéis lo que pasó, legionarios?

Solo unos pocos lo sabían. El resto quería saber qué pasó con aquella tercera balsa. Si pudo desembarcar y tomar posiciones. Decían *no* una y otra vez esperando que el general terminara el relato.

—Solo quedaban Pértinax y su tribuno. Sin bajarse del caballo, ambos saltaron sobre aquella tercera balsa. Pértinax descabalgó en el aire y cayó sobre la ruda madera, su caballo resbaló y arrastró a varios bárbaros. Y mientras el tribuno aguantaba a algunos sármatas, Pértinax fue echando de la balsa uno a uno a aquellos diez bárbaros, asombrados, acobardados, ante la figura de un gigante de barba rizada, ojos grandes, frente alta y arrugada, luchando como un viejo león, con un gladio en la mano y toda la fuerza que da el honor de un verdadero romano. Con esa fuerza echó uno a uno a los bárbaros al río y evitó el desembarco.

Muchos veteranos asentían. Fueron testigos de la hazaña y se sentían orgullosos de recordarla. Los demás miraban a su general y a sus compañeros con un sentimiento de pundonor y solidaridad, que era lo único a lo que podían aferrarse aquellos hombres, que vivían a diario circunstancias tan duras. Severo prosiguió:

—Ese era Pértinax, un hombre de valor y hombría, como todos vosotros, un general que llevamos en nuestro corazón, un camarada ejemplar, con el que hemos compartido tantas batallas. Y todas

acabaron en victoria. ¿Verdad que os acordáis de Pértinax, soldados, del tristemente asesinado Pértinax?...

Aquella no era una pregunta retórica. Severo hizo una pausa y los legionarios prorrumpieron en un grito de orgullo y dolor a un mismo tiempo. El general les permitió expresar ese dolor, los miró en derredor y pudo oler la rabia que no sabían contener. Severo se tomó su tiempo. Dejó que aquellos soldados recordaran al camarada asesinado, su cabeza arrancada de un modo tan cobarde, dejó que se encendieran poco a poco con el fuego de la venganza. Y en el momento oportuno, levantó la mano para pedir la palabra y gritar.

—Esos pretorianos…

Cuando callaron todos, prosiguió:

—Esos pretorianos de Roma no habían combatido con él. No habían sangrado junto a él, luchando hombro con hombro, con las armas del valor y de la hombría. Esos sucios pretorianos —y veía cómo sus soldados se iban encendiendo de ira— no respetaron su dignidad ni su valía. Nos lo han matado, soldados. Nos lo han matado a traición. Y han vejado su cadáver. Lo sabéis bien. Sabéis que han clavado su cabeza en una pica y la han paseado por Roma como si fuera un trofeo, como si fuera la cabeza de un león o un jabalí. Han mancillado la cabeza del venerable Pértinax, aquella que se erguía en la batalla y acobardaba al enemigo con su sola presencia. Cuando los dacios atisbaban desde lejos el rostro severo de Pértinax, los enemigos temblaban. Esa cabeza dio órdenes de combate y cosechó aquí las mejores victorias, de las que nos enorgullecemos nosotros y toda Roma. Y esa cabeza, soldados, esa es la que han vejado esos sucios pretorianos…

El griterío de los legionarios fue ahora atronador. Si hubieran tenido allí delante a los asesinos de Pértinax, los habrían masacrado sin piedad, los habrían despedazado como bacantes furibundas, como erinias de la venganza. Si hubieran tenido a mano a los pretorianos los habrían destrozado. Los soldados estaban exasperados. Costó ahora más trabajo que volvieran a guardar silencio, para que Severo pudiera terminar su discurso:

—Y además, este gran Imperio nuestro, que se extiende por tierra y mar, ha sido comprado en subasta por un hombre que es odiado por el pueblo y el Senado de Roma. ¡Y ese mercader de tronos se atreve a reclamarnos obediencia! Habéis oído bien. Ese cobarde que se ha lucrado del asesinato de Pértinax, si es que no lo ha planeado él mismo, ¡nos reclama obediencia!

Un rumor de desaprobación se alzó bronco, agresivo, hostil contra aquel mercader de tronos que se creía capaz de poder comprar el honor de un Imperio. Severo continuó:

—Vosotros me conocéis bien, soldados. Yo siempre he obedecido a

los emperadores…, pero a los legítimos como Pértinax, no a quien ha comprado con oro a los pretorianos en una subasta infame. Escuchadme bien, legionarios. Yo no estoy dispuesto a rendir obediencia al asesino de Pértinax. ¿Y vosotros?

Un *no* rabioso salió de las bocas tensas y sedientas de sangre de aquellos tres mil soldados nacidos para la venganza. Porque, en ese instante, creían que habían nacido para eso, que el sentido de su vida, de su milicia, de las heridas y la sangre vertida en la defensa de aquella dura frontera era, no obedecer, sino vengar al anciano general. Severo esperó un poco; sabía que los legionarios estaban convencidos, pero quería más:

—Mis informes me dicen que, la noche del asesinato, ese tal Juliano cenó en la sala contigua de palacio, mientras el cadáver de Pértinax permanecía insepulto a pocos metros. Ese hombre es un cobarde, un asesino, que se cebaba como un cerdo mientras la cabeza de Pértinax ondeaba en una almena, sucia de barro y sangre. ¿Vamos a consentir esta ofensa, soldados?

—¡Nooooo! —el grito unánime y atronador se oyó en toda la ciudad de *Carnuntum*.

—Acabaremos con esos cobardes, que, cuando nos vean llegar a Roma, se cagarán de miedo. Esos sucios pretorianos, aunque se decidan a combatir, no tendrán ninguna oportunidad. Vosotros les lleváis ventaja, en conjunto, por vuestro número, y, uno contra uno, por vuestro valor. Vosotros os habéis ejercitado en el campo de batalla en continuos combates contra los bárbaros, y estáis acostumbrados a soportar todo tipo de fatigas, a despreciar fríos y calores, a cruzar ríos helados y a beber agua teniendo que romper el hielo en lugar de sacarla simplemente de un pozo; también os habéis ejercitado en el arte de la caza. Y contáis con tan excelentes recursos para el valor, que nadie, aunque quisiera, os podría hacer frente. La piedra de toque de los soldados es el esfuerzo, no la vida muelle de mujerzuelas que llevan esos pretorianos borrachos. Ninguno de ellos resistirá ni siquiera vuestro grito de guerra, cuanto menos vuestro ataque. Sois el último baluarte, legionarios. La única esperanza del Imperio. Después de este crimen cobarde, después de asesinar y vejar al anciano Pértinax, nadie ha reclamado venganza, nadie se ha atrevido a salir de su territorio ni a afrontar el riesgo de marchar hacia Roma. Solo en vuestra mano está vengar al gran general, el hombre que combatió con Marco Aurelio, el que luchó hombro con hombro junto a cada uno de vosotros. Legionarios, sois los llamados a vengar el asesinato de Pértinax: lo he visto en sueños. Los dioses nos lo predicen. Vamos a acabar con ese canalla que ha comprado el Imperio, a vengar a Pértinax, a salvar la dignidad y el orgullo de ser romanos. Por eso, soldados, por eso he tomado una decisión. Esta tarde he tomado una

decisión. Los dioses me exigen venganza. Y la tendrán. Marcharé a Roma a vengar a Pértinax, a salvar nuestra dignidad de romanos en el mismo momento en que me nombréis emperador:

—¡Imperator… Imperator… Im-pe-ra-tor…! —estos gritos también se oyeron en toda la ciudad de *Carnuntum*.

43. SEISCIENTOS

Después de este discurso los soldados aclamaron a Severo como emperador y le añadieron los nombres de Augusto y Pértinax. Veían a su comandante decidido y resuelto, por eso a aquellos legionarios de frontera el corazón se les llenó de entusiasmo sabiendo que iban a vengar a Pértinax y convertir a su general en césar. Severo convocó en su casa, al anochecer, a sus hombres de confianza. Comenzaron a hablar como solían, sincronizados y en perfecto orden:

—Hay dos posibles competidores —comenzó un tribuno—: Albino y Níger.

—Pero Severo tiene ventaja —comentó otro—. Sus tropas son las más cercanas a Roma.

—Las noticias de Roma nos llegarán antes.

—Y podremos desplazar el ejército más deprisa que ellos.

—Albino es el siguiente más cercano, pero está destinado en Britania y tiene que cruzar el mar, lo que lo retrasará bastante.

Aquellos soldados hablaban uno detrás de otro, en orden, completando o añadiendo lo que el anterior había expuesto. Ahora habló el comandante:

—Más aún porque la noticia le llegará cuando estemos a mitad de camino.

Los hombres se sorprendieron ante este último comentario de Severo. En lugar de preguntar, analizaron sus palabras con detenimiento. Su general tenía un plan. Iba a actuar muy rápido, con mucha más agilidad que sus competidores, pero no entendían aún cómo: era muy difícil desplazar un número de tropas tan grande en tan poco tiempo. Otro tribuno continuó:

—Níger tardaría más del doble de tiempo que Albino en venir desde Siria. Además, no puede descuidar la frontera por la amenaza del Imperio persa, mucho más peligrosa y necesitada de efectivos que la nuestra.

Severo era muy consciente de la situación, que sus fieles estaban desgranando paso a paso. Repasaban las ventajas con que contaba, la más importante su cercanía a Roma, lo que le permitiría presentarse por sorpresa antes que cualquier otro y ser nombrado césar por el Senado. Ganar tiempo era crucial. Debía actuar, por tanto, antes de que sus competidores pudieran reaccionar.

—Seremos más rápidos que ellos —contestó Severo—. Más de lo que cualquiera pueda creer. No llevaré una ni dos legiones contra esos pretorianos. Escogeré a seiscientos hombres.

—¿Seiscientos? —preguntaron tres o cuatro a coro.

—Sí. Solo seiscientos. Mis seiscientos mejores soldados, los más rápidos y aguerridos. Y, por supuesto, todos vosotros.

Aquellos hombres atendían como si fueran uno. Su comandante estaba hablando y manejaba ya toda la información necesaria. Había tomado una decisión y a ellos solo le quedaba conocer su papel y llevarlo a cabo con la máxima eficacia, como siempre habían hecho.

No preguntaron por qué seiscientos, ni por qué no más o menos. El general había hablado y todos entendieron que seiscientos soldados de élite eran suficientes para acabar con aquellos pretorianos y deponer a Juliano. Sabían que con aquellos efectivos tardarían la mitad de tiempo en llegar a Roma. Lo que no sabían es que Severo, al amanecer, partiría con todos ellos a marchas forzadas, sin quitarse ni de día ni de noche la armadura, ni permitir que ninguno de aquellos seiscientos hombres se la quitara, hasta que estuvieran en Roma. Cruzó Panonia en pocos días y se plantó en la frontera de Italia antes de que los propios ciudadanos de aquellas comarcas tuvieran noticia de que iba a llegar. Leto fue el primero que le dio a Juliano la noticia de que Severo había sido nombrado emperador por las tropas. Había recibido los informes de Aquilio, el encargado del espionaje en Roma.

—¿Severo? —preguntó Juliano.

—Sí, dómine.

—¿Estás seguro de lo que dices, Leto?

—Completamente, césar. Severo se ha levantado con las tropas de Iliria.

Aquella noticia preocupó enormemente a Juliano, que conocía de primera mano la fuerza y el número del ejército ilirio.

—Me lo podía esperar de Albino y de Pescenio Níger, pero no creí que Severo se atreviera. Es un gobernador que me debe mucho y al que siempre he ayudado en sus ambiciones.

—Ahora lo quiere todo, césar.

Aquella reflexión preocupó aún más a Juliano, que ya estaba al borde de la desesperación. Pensaba que Severo avanzaba con todo su ejército y él no sabía cómo pararlo. No contaba con el apoyo del Senado, si no era a base de amenazas. Tampoco confiaba en el pueblo, que lo odiaba. Sabía que ellos no iban a detener a Severo sino, posiblemente, a recibirlo como un libertador. Su única esperanza era que los pretorianos lo detuvieran:

—Los pretorianos lo pararán, Leto —dijo sin convencimiento.

—Así lo espero, dómine, pero debe ser un cuerpo sin fisuras.

—¿Sin fisuras?

—Quiero decir que os sea fiel por completo, que sepan que sois la única alternativa a sus intereses.

—Ya les he dado veinte mil sestercios. Solo faltan diez mil que los

aportaré pronto.

—Cuanto antes, dómine —se atrevió—. Antes de que Severo emprenda su marcha hacia Roma.

Juliano se sintió incómodo: no le gustaba que lo apremiaran. Pero supo que Leto estaba en lo cierto. Se dio prisa en reunir dinero de todas partes, de su propia fortuna y de las de sus amigos. Se apropió de todo el dinero que había en el tesoro público y en los templos y quiso ganarse el apoyo de los soldados mediante ese reparto. Los pretorianos aceptaron de buen grado el dinero, pero no por ello se sintieron más unidos a Juliano, sino que consideraban que se les pagaba una deuda que tenía hacia ellos, no un nuevo donativo que los obligara hacia su persona.

Mientras tanto, y sin que en Roma se supiera, las tropas de Severo ya se habían puesto en marcha. Avanzaban libres de impedimenta, lo más ligeras posible. Contaban con dinero y provisiones para el viaje, porque la idea era no detenerse en ningún momento hasta llegar a la capital del Imperio. Aquellos seiscientos soldados iban comandados en grupos de a treinta por los hombres de confianza de Severo que se reunían cada noche en su casa para establecer la planificación estratégica. Todos, oficiales y soldados rasos, aguantaron con valor las penalidades del viaje. Aquellos legionarios eran los más duros y no solían quejarse de nada. Pero su comandante los puso a prueba: Severo ordenaba cada día que se acelerara el paso, sin parar en ningún sitio ni conceder un descanso, salvo breves pausas para que los soldados tuvieran un respiro y pudieran reanudar la marcha cuanto antes. Era muy importante llegar a Roma de improviso, sin que Juliano y sus pretorianos tuvieran tiempo de reacción. El factor sorpresa sería decisivo para la victoria; también la inseguridad de aquel césar que había comprado el Imperio, a quien Severo conocía bien, igual que a Leto, el prefecto del pretorio de tiempos de Cómodo. También había visto alguna vez a Aquilio, el jefe del espionaje en Roma, que era quien suministraba información de primera mano al propio Leto. Pero, en esta ocasión, ni él mismo supo del avance de las tropas de Juliano hasta que estuvo en suelo itálico. Así se lo transmitió a Leto y este a Juliano.

—Hace cuatro días que entró en Italia, dómine.

—Imposible —respondió Juliano.

—Ya debe estar cerca de atravesar los Alpes.

—Leto —añadió el césar desconfiado—, tus fuentes están equivocadas.

—No es posible, césar.

—¿Cómo va a estar en Italia si no puede haberse enterado tan pronto de la muerte de Pértinax ni avanzar tan rápido? ¿Quién te ha pasado esa información?

Leto no era partidario de revelar el nombre de sus informantes. Eso lo dejaba en una situación de inferioridad, lo hacía menos útil, más prescindible. Y algo así, en las actuales circunstancias, podía ser letal.

—El servicio de espionaje.

—¿El servicio de espionaje? ¿Quién en concreto?

Ante una pregunta tan directa, Leto no podía dejar de contestar.

—Aquilio.

Juliano se paró a pensar. Se trataba del jefe del espionaje en Roma, un hombre sin escrúpulos que había llegado a matar a un buen número de senadores en tiempos de Cómodo. No era del tipo de personas que suele equivocarse.

—Ha cometido un error —insistió Juliano—. No hay ejército en la tierra capaz de cubrir esa distancia en tan poco tiempo. En llegar a los Alpes, Severo tardaría más de un mes. Y en llegar a Roma desde ahí, por lo menos otro.

—Así sería con un ejército de dos o tres legiones, césar, pero Severo trae un destacamento menor.

—¿Cuántos?

—Seiscientos.

—¡Seiscientos! —exclamó—. Ese Severo está más loco de lo que creía.

—Pero corren como diablos, dómine.

—Aun así tardarán casi dos meses en llegar.

—Son tropas muy rápidas y motivadas, césar. Severo se los ha ganado. Comparte sus mismas fatigas, usa cada noche una tienda sencilla y todos los días se lleva a la boca la misma comida y bebida que los soldados rasos.

—No me interesan las costumbres castrenses de ese golpista, Leto.

—Lo digo, dómine —se excusó—, para que sepáis que vienen a marchas forzadas. No se quitan la armadura ni para dormir. Paran lo justo. Son capaces de plantarse aquí en veinte días.

—Imposible.

—Esos soldados comen y duermen con su general. Aunque Severo ha sido nombrado emperador por sus legiones, en ningún momento hace ostentación de lujo imperial, sino que comparte las asperezas del viaje con todos ellos.

Aquel comentario molestó a Juliano. Aunque no era esa la intención de Leto ni estaba en condiciones de permitirse el lujo de ofenderlo, el césar se irritó con aquellas palabras. Entendió que el comportamiento de Severo era muy distinto al suyo propio. Su enemigo era capaz de despertar el entusiasmo de sus soldados, él, en cambio, se ganaba el odio de los pretorianos día a día. Severo se comportaba como uno más de sus compañeros de armas, soportaba con ellos las mismas fatigas y, en muchas ocasiones, era el primero en

afrontar las dificultades. Él, en cambio, vivía en una existencia de lujo y placer que lo hacía odioso a todos los estamentos: pretorianos, senadores y plebe.

—Dices que han entrado en Italia —disimuló su enojo.

—Así es, césar.

—¿Y cómo es que el pueblo no lo ha detenido, no se ha rebelado, al menos no ha demorado su avance?

—Cuando lo vieron aparecer, les entró un gran temor, césar. Piensa que no están acostumbrados a ver un ejército en aquellas tierras desde hace decenios, aunque sea poco más de media legión.

—¿Nadie se ha atrevido a impedirles el paso?

—No, césar.

—¿Por qué?

—Quizá por cobardía, dómine.

Pero Juliano sabía que no solo era por eso. Quería que Leto se lo dijera, por eso insistió:

—¿Y qué más?

El antiguo prefecto del pretorio miró a aquel hombre con disimulada displicencia. Ya no era el rico senador que un día lo impresionó hasta el extremo de someterse a él y su dinero como si fuera un dios. Ahora lo veía como era en realidad, un petulante y un engreído, pero si quería oírlo se lo diría. Al fin y al cabo era su obligación:

—Nadie se ha atrevido a enfrentarse a ellos y menos cuando se enteraron de que se trataba de las tropas de Severo. Menos aún cuando se enteraron de que el ejército de Panonia lo había nombrado césar, y menos todavía por el nombre que ha adoptado.

—¿Qué nombre?

—Severo Pértinax.

Juliano se estremeció al escuchar esa respuesta. Supo, al oír de nuevo el nombre de Pértinax, que Severo se disponía a vengar el crimen del anciano emperador. Pensó que aquello era una maldición por no haber dado honrosa sepultura al cadáver del anterior césar, por haber cenado junto a la estancia donde reposaba el cuerpo sin cabeza de su enemigo, por haber vejado y humillado al muerto. Menos mal que aquel estúpido atriense, iluminado por la visión profética, se había llevado el cadáver para no echar sobre él mayores maldiciones aún, pensó.

—¿Y qué hacen los ciudadanos? ¿No defienden a su césar legítimo, que soy yo?

Leto ya estaba desbordado, y cuanta más cobardía apreciaba en Juliano, más gana le daba de decirlo todo, sin filtros, con la verdad desnuda que tanto amedrentaba a aquel hombre.

—Los ciudadanos de las urbes por donde pasa Severo le salen al

paso con coronas de laurel y le abren las puertas de sus casas.

—¡Bastardos!

Leto podía haberse quedado ahí. Pero siguió hablando, aunque Juliano no le había preguntado:

—La plebe invita a los soldados de Severo a descansar y aprovisionarse, pero el general tan solo se detiene el tiempo necesario para obtener auspicios favorables en sus sacrificios a los dioses y para dirigir unas breves palabras al pueblo, antes de ponerse en camino a toda prisa hacia Roma.

Juliano ya no quiso saber más y ordenó a su interlocutor que se retirara. Leto respiró aliviado. Se había ahorrado más detalles. Detalles innecesarios, pero que habrían puesto de peor humor al césar. No se imaginaba que Juliano estaba acobardado y ese miedo lo volvía tan peligroso como un animal acorralado. Mientras Leto salía de la estancia, el césar lo miró con desprecio. ¡Qué se creía aquel estúpido!, pensó. Porque participó en la conjura que acabó con la vida de Cómodo, ¿se creía hábil, sagaz, imprescindible? Juliano meditó sobre lo que le había dicho, sobre sus palabras, especialmente las últimas. Aquel hombre se había extralimitado. Incluso al hablar de Severo, parecía que lo hacía con simpatía, con admiración. Juliano cada vez veía más claro que aquella hetera llamada Servilia tenía razón. Leto era prescindible, sacrificable. Más aún en las actuales circunstancias. Más aún ahora que Severo había jugado la baza de añadir a su nombre el de Pértinax, para presentarse ante el pueblo como el vengador del anciano césar. Pero él se le adelantaría. Si alguien iba a vengar la memoria de aquel palurdo a quien él ayudó a asesinar iba a ser él mismo, para alzarse como el defensor de su figura y ganarse así la voluntad del pueblo. Y para ello, ¿qué mejor que acabar con Leto? ¿Qué mejor que abocarlo a la muerte, para evidenciar ante la plebe su respeto por el anterior césar y robarle así esa baza de propaganda a su adversario? Sonrió con malicia mirando la puerta por donde había salido el antiguo prefecto del pretorio. Los días de Leto estaban contados.

¿Por qué depender de Leto cuando podía ir directamente a las fuentes de las que se nutría?, pensó Juliano. ¿Por qué aguantar más tiempo a aquel estúpido cuando él, el césar, podía convocar directamente al jefe del espionaje en Roma?

—Conozco la información que has pasado a Leto, Aquilio. A partir de ahora, todos los detalles me los transmitirás a mí personalmente.

El espía entendió al instante que había sido ascendido. Si él iba a informar directamente al césar sobre cuestiones de inteligencia, eso implicaba dos consecuencias. La primera su propio ascenso a un puesto más alto, más cercano al poder; la segunda es que Leto dejaba de ser útil. No le gustaría estar en su pellejo. Tenía experiencia suficiente bajo los anteriores césares para saber que, si un exprefecto ya no es útil, su vida no vale nada.

—A las órdenes, césar.

Aquilio estaba dotado para caer bien a los poderosos. Su respeto, su amabilidad, su servilismo le abrían el camino del éxito en ese ámbito, pero su carácter encerraba también otra naturaleza contraria a esta misma. Con los condenados a muerte, con los desfavorecidos por el poder, era implacable, cruel. Había asesinado, sin contemplaciones, con más o menos dolor según se le ordenara, a excónsules y senadores. Juliano lo sabía y estaba dispuesto a servirse de este hombre en los tiempos difíciles que se le presentaban. También se serviría de él como consejero.

—¿Crees que Severo ha llegado a los Alpes?

—Aún no. Pero tardará poco en llegar.

A Juliano le gustaba que le dieran respuestas concretas, breves, claras. Quiso saber si aquel hombre también sabía argumentar.

—¿Cuáles crees que serán sus pasos y cuáles darías tú en mi lugar para neutralizarlo?

La pregunta no era fácil, pero Aquilio estaba más que preparado para responderla, esta y otras más complejas.

—Severo busca llegar a Roma lo antes posible. El factor sorpresa es su única baza. La rapidez. Yo en tu lugar, césar, sacaría el ejército de pretorianos y lo colocaría ocupando el paso de los Alpes. Esa cordillera altísima se levanta como una muralla y constituye la mejor defensa de Italia. La naturaleza nos ha dotado del regalo de una fortificación indestructible. Bastará taparle el acceso, frenarlo en los Alpes. Si logramos detenerlo ahí, perderá la ventaja que tiene sobre Albino y Níger y sus seiscientos soldados no valdrán nada.

Definitivamente aquel hombre también sabía argumentar, pero Juliano no se atrevía a marcharse de la ciudad. Aquí tenía al Senado, a todas las instituciones a su servicio. Sentía miedo hacia Severo y se veía más seguro en Roma, al abrigo de todos los que lo rodeaban.

—Plantearemos la defensa aquí en Roma —anunció Juliano.

Aquilio percibió el error. Pero, detrás del tono imperativo de esta frase, también percibió el miedo en los ojos de Juliano, el convencimiento de que Severo era mejor general que él, que su sola presencia y sus seiscientos soldados valían el doble de los mil mercenarios que hoy protegían al césar.

—A la orden.

Su opinión no contaba, solo debía expresarla cuando se la pidieran. Sabía, por experiencia, que cuando un césar habla, solo queda obedecer.

—Ordenaré a los pretorianos que se armen y ejerciten. También cavarán trincheras delante de la ciudad.

Aquello era otro error. Era mucho más difícil defender con mil efectivos todo el perímetro de la ciudad de Roma que tapar los pasos de los Alpes, pero Aquilio había visto el miedo en los ojos de Juliano. Y ante un hombre acobardado, es inútil argumentar.

—A la orden, césar.

A Juliano le gustaba aquel hombre. Aunque no compartiera sus opiniones, era obediente y conocía su oficio. Quiso tantearlo y ver si podía ir más allá.

—¿Qué medidas sugieres a nivel de política interior?

—Contra Severo, entiendo.

—Por supuesto.

—Varias, césar. La primera obligar a los senadores a que lo declaren enemigo público. También enviaría a senadores consulares para que intenten convencer a los soldados de abandonar el partido de Severo.

—No me fío de ellos.

—No tienen que ser hombres de confianza, césar. Bastará con que retrasen algo la llegada de Severo, que sirvan de obstáculo a su rápido avance, que siembren la duda entre sus filas.

Juliano entendió que aquel centurión no era el jefe del espionaje por casualidad. Tenía un conocimiento profundo de la política romana y de las debilidades de cada cual. Era astuto y podía llegar a ser cruel. Le gustaban aquellas virtudes.

—Haremos ambas cosas.

—A la orden.

Al decir Aquilio *a la orden* estaba ofreciéndole a Juliano el triunfo y la autoría de aquellas ideas, como si fuera el césar el que lo hubiera planeado todo y ordenara su ejecución. Hasta cierto punto era así,

pensó el emperador. Él era la cabeza pensante, quien tomaba o no las decisiones. Sus consejeros solo hablaban en voz alta y le aportaban la información suficiente para que él pudiera dictaminar y resolver. Juliano estaba satisfecho. Aquellas dos medidas podrían frenar el avance de Severo. Iba a despedir a Aquilio, pero vio que aquel hombre quería hablar:

—¿Algún otro detalle que quieras comentar antes de marcharte?

—Sí, si no es molestia, césar.

A Juliano le agradaba el tono comedido de aquel espía, su capacidad para esperar el momento oportuno, la facilidad con que expresaba, sin palabras, su necesidad de manifestar algún consejo u observación más.

—Adelante.

—Me habéis preguntado por posibles medidas de política interior, césar.

—Así es. Y pondré en marcha las dos que has comentado — afirmó Juliano.

—Hay otras dos, si me permitís el atrevimiento…

Aquella frase sorprendió al césar. No esperaba que pudieran adoptarse más medidas ante la llegada rápida de Severo. Poner al Senado en contra declarándolo enemigo público y enviar legaciones que hicieran mella entre sus soldados le parecía más que suficiente para frenarlo.

—¿Cuáles?

—La primera es complementaria a las dos anteriores, césar. No hay que descartar, como en muchas ocasiones se ha hecho antes, la posibilidad de que algún senador de la legación administrara un veneno a Severo.

La idea le pareció excelente. No se perdía nada y, si lograba eliminar a Severo, acabaría con el problema de raíz.

—No descartaremos esa opción —concluyó Juliano satisfecho.

Durante unos segundos, el césar esperó la última medida que proponía aquel astuto espía. Hasta ahora le habían gustado las tres primeras. Pero cuando fijó sus ojos en los de Aquilio, vio la indecisión, la duda de saber si aquella última medida iba a agradar o no al césar, si iba a ser demasiado arriesgada para él, o si lo más arriesgado, en las actuales circunstancias, era callar.

—¿Qué más, Aquilio?

El espía sabía desde el principio que iba a decirlo. No era hombre a quien le gustara dejar cabos sueltos. Conocía bien los recelos de la corte, las envidias, las intrigas del poder, que no solo se gestaban en las altas esferas, sino también a niveles más bajos, entre los consejeros, prefectos y heteras, entre todos aquellos que podían acercarse al césar y medrar bajo su sombra. Quiso comenzar desde

otra perspectiva, para tantear al césar.

—Evitar una quinta columna, césar.

Ese era uno de los principales cometidos de Aquilio, no solo el espionaje, sino el contraespionaje, detectar a los posibles colaboradores del enemigo que estuvieran en Roma y pudieran trabajar para Severo.

—¿Ya te encargas de eso, no?

—Por supuesto, césar. Mis fuentes controlan al pueblo y los pretorianos. Sabemos qué peligros puede haber y los tenemos neutralizados, pero no dentro de palacio.

Juliano se alarmó. No había pensado que dentro del mismo palacio imperial, entre sus servidores, pudiera haber agentes de Severo. La posibilidad lo llenó de más miedo aún y Aquilio, hábil y rápido en leer en los gestos y la mirada los sentimientos de los hombres, se dio cuenta de que había dado en la diana, de que todo sería, a partir de ahora, más fácil para él.

—¿Dentro de palacio?

—Son solo sospechas, césar. No hay pruebas de traición entre tus más cercanos.

Pero Juliano ya estaba aterrorizado con la sola idea de que alguien pudiera traicionarlo, trabajar para Severo, intentar acabar con él antes de que él pudiera hacer lo propio con aquel general golpista. Empezó a ponerse nervioso y contestó con rabia:

—¡Maldita sea! Dime lo que estás pensando, Aquilio. No podemos tener el enemigo en casa.

El espía supo, por la reacción de su superior, que todo iba por buen camino. Contestó muy tranquilo y sin asomo de duda:

—Exacto, césar. No podemos tener el enemigo en casa. No podemos correr ese riesgo, aunque solo hablemos de sospechas. Sospechas bien fundadas, al menos en lo que respecta a mi experiencia acumulada en estos últimos años.

Aquilio vio cómo Juliano se iba encolerizando poco a poco. Necesitaba que le dijera cuanto antes qué estaba pensando. Supo que el césar iba a estallar y, antes de que lo hiciera, lo soltó de repente, como un rayo:

—Leto. Se trata de Leto.

Juliano se tranquilizó al momento. Ya había pensado en eliminar al exprefecto. También se lo había sugerido Servilia. No se fiaba de aquel hombre, por eso lo había sustituido por Aquilio.

—Ya había pensado en eso —afirmó.

—Me alegro, césar. Y os felicito por vuestra sagacidad. Habéis sido el primero en atisbar ese peligro.

Aquilio conocía los resortes de la retórica y los ponía en práctica. Sabía que, si se quería convencer a alguien de algo, lo mejor era

exponer la idea de forma indirecta, para que el interlocutor la hiciera suya y creyera que se le había ocurrido a él. De esta forma, la decisión se asumía como propia y se llevaba hasta el final. El espía conocía también la naturaleza humana, las debilidades y vicios de los hombres, también los de Juliano, que eran abundantes y notorios.

—¿Por qué ves a Leto como un peligro, Aquilio? —quiso profundizar el césar.

—Por lo mismo que vos, césar. Si me habéis llamado para que ocupe su lugar, para que os informe de todo sin necesidad de ese intermediario, es porque no lo veis necesario.

—Exacto.

—Y cuando alguien no es necesario, es prescindible.

—Así es.

—Y más aún si puede albergar odio o rencor por haberse quedado sin ese puesto. Los hombres como él son resentidos y están dispuestos a todo para recuperar el poder perdido. Eso lo hace peligroso.

—Así es —confirmó Juliano—. Peligroso.

—Hasta el extremo de que busque unirse a Severo y convertirse en esa quinta columna dentro de palacio.

—Exacto.

—Además, césar —insistió Aquilio—, acabar con él será una buena baza de contrapropaganda.

—¿En qué sentido?

—Sabéis cómo se ha hecho llamar Severo, ¿verdad?

—Sí. Severo Pértinax.

—En efecto, césar. Y entre el pueblo y su ejército lo llaman *el vengador de Pértinax*.

Juliano estaba molesto, pero siguió escuchando al espía.

—Por tanto, asesinar a Leto os dará a vos ese título que quiere robaros Severo. Todo el mundo sabe que el exprefecto estuvo implicado en la conjura que acabó con la vida de Pértinax. Al matar a Leto, os convertiréis, vos, en el verdadero vengador. Y ese rumor lo haremos circular por el pueblo y, sobre todo, por el exterior de Roma. El apoyo a Severo bajará conforme se vaya acercando a la capital, hasta el extremo de que ya no será considerado vengador de nadie, sino un simple golpista.

—Todo eso ya lo había pensado yo, Aquilio —respondió Juliano presuntuoso.

—Por supuesto, césar.

—Y había pensado servirme de Servilia para acabar con él. Al estilo de la encerrona que le hicieron al senador Lascivio —rio ahora con sadismo.

—Magnífica idea, césar. Y mejor si caen los dos.

—¿Los dos?

—Sí. Esa hetera llamada Servilia es otro peligro. Si es capaz de vender a Leto, que ha sido su amante y su benefactor, que la ha elevado hasta lo más alto… ¿a qué otra persona no será capaz de vender, cuando llegue la ocasión? ¿Confiáis tanto en ella como para estar seguro de que no os entregará a Severo, si le interesa más? Ese tipo de mujeres, césar, solo busca venderse al mejor postor. Estando Severo tan cerca, no nos conviene mantener ese otro peligro *vivo* —dijo haciendo hincapié en la última palabra.

—Los dos entonces —sentenció Juliano —. Prepáralo bien, Aquilio. Sin fallos.

—Por supuesto, césar. No habrá el más mínimo fallo. La concubina lo citará en su cuarto pensando que vamos a matarlo solo a él. Cuando acabemos con uno, liquidaremos a la otra. Con los dos fuera de palacio, se acabó la quinta columna.

—¡Se acabó la quinta columna! —repitió el césar como un loro, feliz por sentirse más seguro, completamente seguro.

Aquilio pidió permiso para retirarse. Había cumplido todos los objetivos ante aquel estúpido emperador. Ya era su mano derecha, sin competidores, sin nadie que pudiera hacerle sombra. Ahora mandaba más que los propios prefectos del pretorio. Salió de aquella estancia imperial, sonriendo con malicia.

45. ENEMIGO PÚBLICO

Aquella sesión del Senado tenía como objetivo único nombrar a Severo enemigo público. Era el primer paso para acabar con él, pero Juliano siempre quería más. No le bastaba haber amenazado la noche anterior a los senadores, uno por uno, para que votaran por unanimidad la condena a Severo. Ahora, quería más:

—Habéis actuado en bien de la República, padres de la patria, nombrando a Severo enemigo público, pero nuestro mensaje debe ser más contundente aún. Propongo que los soldados que lo secunden sean declarados también enemigos públicos.

Aquello era una verdadera estupidez. Además de innecesario era poco práctico. Perdía su sentido y su fuerza declarar a media legión de hombres enemigos públicos. Aquilio no estaba presente cuando Juliano improvisó esta absurda petición, pero no hacía falta. Le informarían pocos minutos después de la sesión de todos y cada uno de los detalles de la misma. También allí, dentro de aquellos muros, tenía espías. En todo caso, no habría podido cambiar la actitud del emperador. Ya se había dado cuenta de que, cuando aquel hombre se obcecaba en algo, lo mejor era no llevarle la contraria.

—Propuesta aceptada, césar, por unanimidad.

El secretario le anunció lo que quería oír. Y los senadores se sorprendían cada día más de la estupidez de Juliano. Nunca fueron nombrados más enemigos públicos en la historia de Roma. Por si fuera poco, el césar pidió que fueran enviados consulares a los soldados de Severo para que los persuadieran de que abandonaran el partido de aquel golpista y lo aceptaran a él como único emperador. Por supuesto, los senadores votaron a favor, de nuevo y por unanimidad, pero nadie se ofrecía voluntario para ir. Aquella era una medida inútil que no conseguiría nada más que poner en peligro la vida del senador elegido para tal misión.

—¿Nadie se presenta voluntario?

Los senadores llevaban tiempo obviando a Juliano. Lo habían visto una y otra vez en la Curia amenazándolos, pero luego no cumplir sus amenazas. Sabían que no podía prescindir de ellos, porque los necesitaba, pero, además, se habían dado cuenta de que el temor que sentía ante Severo lo tenía atado de pies y manos.

—Irás tú, Vespronio Cándido.

Todos sabían que aquella era una elección desafortunada. Cándido era el hombre menos indicado para tal fin. Era un viejo consular que concitaba el odio de los soldados por haber demostrado que era cruel

y mezquino. Aunque siempre había sido partidario de Juliano, quiso que rectificara:

—Me tenéis disponible para cualquier otra misión, césar. Pero no soy el más indicado para llevar esta a buen término.

—¿Por qué? —preguntó Juliano a quien ya le subía el fuego por la frente, pronto a sufrir uno de sus acostumbrados ataques de ira.

—He sido muy duro con los soldados del Ilírico. No tengo buena prensa entre ellos.

—Pues mejor.

—Me tachan de cruel, césar. Me detestan. Y la misión consiste en convencerlos de que abandonen a Severo…

—Irás y no se hable más —sentenció el césar.

Calló Cándido y callaron todos, pero en ese silencio estuvieron por primera vez unidos tanto los partidarios de Juliano como sus detractores. Porque todos veían ahora con claridad que el emperador desbarraba, que se había convertido en un hombre insensato. El miedo y el poder lo habían vuelto más estúpido de lo que ya era antes. Durante el poco tiempo que llevaba en el trono, había aminorado sus virtudes y acrecentado sus vicios. A marchas forzadas. Por si no fuera suficiente, prosiguió:

—Y Valeriano Catulino te acompañará. Él será quien reemplace a Severo al mando de las tropas.

Catulino no podía creer lo que estaba oyendo. Y, con él, el resto de senadores. Definitivamente, aquel césar vivía en el absurdo. ¿Con qué fuerza, con qué autoridad pensaba que dos simples consulares iban a parar un ejército de seiscientos hombres? ¿Por arte de qué prodigio, de los que Juliano era tan aficionado, Severo iba a dejar que lo sustituyera al mando de sus seiscientos fieles un viejo consular, decrépito y desconocido, cuando él se había alzado como emperador delante de sus legiones? ¿Cómo, bajo qué fuerza, bajo qué amenazas iba Severo a ceder, cuando tenía a su mando las tres legiones del Ilírico más las de las provincias vecinas, cuyo apoyo se había asegurado antes de partir, conformando unos efectivos cercanos a dieciséis legiones? Cuando Aquilio tuvo noticia de todo aquello, no solo comprobó que Juliano era el cruel, el sádico, el intrigante cobarde que ahora ocupaba el trono; tuvo también la certeza de que estaba bajo las órdenes de un idiota. Lo que no podía esperar era el colofón de todo este conjunto de despropósitos. Lo supo aquella misma tarde, cuando el césar lo llamó a su presencia.

—Aquilio. Sabrás que Severo ha sido nombrado enemigo público.

El espía se sintió tentado de responder otra cosa, pero conocía bien a los necios como Juliano. Si le llevaba la contraria, era capaz de buscar otro confidente. Y él ocuparía el lugar destinado a Leto y Servilia. Quizás antes que ambos. Aquilio era un superviviente, un

hombre acostumbrado a calibrar el grado de estupidez de sus interlocutores. Por eso no quiso llevarle la contraria a aquel déspota ni criticar las absurdas medidas que había impuesto en el Senado.

—Así es, césar.

—Y también los soldados que lo secunden.

—Bien.

Apretó los dientes y sonrió. Aquilio estaba acostumbrado a disimular con la mejor sonrisa en las peores circunstancias.

—He enviado a dos excónsules, Cándido y Catulino, para que hagan entrar en razón a esos soldados.

—Cumplirán su misión, césar.

—Y hay algo más —dijo feliz Juliano, como si aquella idea que se le había ocurrido fuera a resolverlo todo.

—¿Qué más, césar?

Aquilio había hablado con fingido interés, aunque, en verdad, no tenía ninguna curiosidad por saber cuál iba a ser aquella última ocurrencia de Juliano. Él le había propuesto declarar a Severo enemigo público y acabar con Leto. Solo eso. El resto, lo que el césar había añadido, mermaba la fuerza de estas decisiones, que eran las realmente importantes. Todo eso lo meditaba sin dejar traslucir su pensamiento, esperando a ver qué quería decirle el césar.

—La última medida, la mejor, la definitiva —exclamó Juliano lleno de entusiasmo.

—¿Cuál, césar?

—Tú irás con ellos para envenenar a Severo.

Aquilio disimuló perfectamente la punzada que sintió en la boca del estómago al escuchar semejante idiotez. Toda Roma sabía que él, el jefe del espionaje, había envenenado a senadores y militares en tiempos de Cómodo. Para hacer un trabajo de ese calibre, de modo eficiente, hacía falta alguien desconocido, de quien no se sospechara, alguien cercano a Severo en Roma. Él podría haberlo encontrarlo, si aquel estúpido césar se lo hubiera permitido, si hubiera sido capaz de escuchar un buen consejo. A aquel hombre se le había ido la cabeza y Aquilio sabía que, si hubiera alguna posibilidad de hacerlo entrar en razón, de explicarle con detenimiento por qué no era una buena idea que fuera él en persona el ejecutor, habría conseguido llevar a buen término la operación. Y habría logrado también velar por la seguridad y la vida de aquel idiota, como lo hizo con todos y cada uno de los césares que tuvo a su cargo. Pero Juliano estaba condenado. El miedo lo tenía atenazado y anulaba su capacidad de raciocinio. Lo veía en sus ojos paranoicos, en el gesto de terror que adoptaba su rostro cuando oía el nombre de Severo. Si había decidido acabar con Leto por un capricho, no dudaría ni un instante en acabar con él si le llevaba la contraria. Al poder tiránico, a los estúpidos endiosados

como él, solo se les podía decir lo que querían oír. Y eso precisamente fue lo que hizo Aquilio, pero con más astucia, echando mano de un último intento por ver si aquel imbécil se daba cuenta del error, por ver si aún tenía la suficiente inteligencia como para saber rectificar:

—Es una idea excelente, césar. Tengo gran experiencia en envenenamientos. En el pasado llevé a cabo muchos por orden de Cómodo. Toda Roma lo sabe.

En esa última frase, el espía dejaba caer precisamente eso, que igual que Juliano, Severo y toda Roma sabían que él era un envenenador oficial, que había matado a cónsules e incluso generales. Su imagen estaba quemada. El efecto sorpresa era nulo. Es más, en muchas ocasiones, cuando se celebraba un banquete al que él asistía, Aquilio se divertía observando el miedo que provocaba a su alrededor. Incluso en los ámbitos más seguros, en tiempos de Pértinax, lo miraban con desconfianza. Nadie quería comer a su lado. Los senadores llevaban a sus propios *probadores* para que tomaran el alimento o la bebida antes, y asegurarse así de que no había preparado ningún envenenamiento contra ellos. No sabían que hay venenos que actúan horas después de haber sido ingeridos. Él los conocía bien, pero, si quería envenenar a alguien, debía mantenerse en segunda fila, dejar que otro ocupara el primer lugar. Miró de nuevo a Juliano esperando que el césar captara la ironía, pero aquel hombre estaba ya negado, para ironías y para todo lo demás.

—Pues mejor así. Tú envenenarás a Severo.

—A la orden, césar. Los envenenamientos son mi especialidad. Toda Roma lo sabe.

Lo dejó caer otra vez, por ver si se daba cuenta de su error, pero Juliano ni siquiera se extrañó de que repitiera aquella frase. Estaba tan ensoberbecido, tan orgulloso de que se le hubiera ocurrido aquel plan infalible, que no era capaz de ver más allá.

—Partirás con Cándido y Catulino. Pero antes de irte deberás terminar el trabajo.

—¿Qué trabajo? —preguntó el espía.

—Leto.

Aquilio sonrió. Por fin algo salía bien. Acabar con su competidor le cubría las espaldas. Le permitía viajar en busca de Severo sin dejar aquel peligro latente en palacio. Acabando con Leto y su concubina, podría irse sin dejar cabos sueltos, sin que su posición corriera riesgos dentro del palacio imperial. Aquella era la única buena noticia. La única que beneficiaba su posición. Decidió, en ese instante, que se encargaría personalmente de aquel trabajo. No quería ni podía permitirse un error. Luego, cuando contactara con Severo, ya decidiría cómo salvar el pellejo, cómo salir airoso de aquella difícil situación. Entonces tendría ocasión de buscar una salida, porque él era un

superviviente y, hasta el momento, había sabido resistir mientras césares y senadores sucumbían. Volvió a sonreír y Juliano lo interpretó como un tributo a su persona, como el reconocimiento de que era un gran estratega, un hombre a la altura del puesto que desempeñaba, un senador llamado a ser césar y a derrotar a aquel general que se había atrevido a levantarse contra él. Aquilio lo envenenaría. Y muerto Severo, ya no habría obstáculos para él. Sometería a su voluntad al Senado y al pueblo de Roma, contaría con la adhesión del ejército y los pretorianos. Juliano pensó que estaba llamado a ser un dios. Solo le faltaba verlo en una de las profecías, en uno de cualquiera de los numerosos ritos mágicos que celebraba en su casa. Solo le faltaba la confirmación de los dioses, las visiones de un augurio. Seguiría intentándolo, seguiría escrutando la voluntad de las divinidades para anticiparse al futuro, para ver muerto a Severo, si fuera posible incluso antes de que el veneno de Aquilio acabara con él.

—Por supuesto, césar. Antes de irme acabaré el trabajo.

—Eso es. Puedes marcharte.

—A la orden.

Juliano había decidido que el enfrentamiento con Severo tendría lugar en Roma. Ordenó a los prefectos del pretorio que entrenaran a las tropas. De esa forma, pretendía que las pusieran a punto para el combate y les inculcaran, a marchas forzadas, la disciplina que a aquellos soldados les faltaba desde hacía más de diez años. No había tiempo que perder. Mientras se acercaba el enemigo a toda prisa, había que salir al campo y fortificar las torres. Pero la mayoría de aquellos pretorianos eran hombres inactivos, corrompidos por los placeres y, como Tausio y los suyos, reacios a los ejercicios militares.

—Yo no pienso cavar zanjas y correr a diario diez millas —protestó Tausio.

—Ni yo —dijo Vírux—, que lo haga el baboso ese de Juliano, arrastrándose como una lombriz.

Todos rieron a carcajada limpia, mientras buscaban la forma de librarse del pesado trabajo que se les venía encima.

—Cavar es oficio de plebeyos —se quejó Bellátor.

Aquel comentario estúpido, como los de los demás, le dio, en cambio, una idea a Tausio.

—Eso es. Es oficio de plebeyos. Lo harán ellos en nuestro lugar.

—¿Qué harán? —preguntó Bellátor.

—Cavar.

—¿Cómo? —dijo ahora Vírux.

—Les pagaremos por ello.

—Todos los pretorianos del grupo prestaron ahora el máximo de atención. Veían la posibilidad de librarse de ese trabajo tan desagradable. Tausio terminó de exponer su idea:

—No olvidéis, camaradas, que ahora nos sobra el dinero. A nosotros y a todos los pretorianos. Les pagaremos a los plebeyos para que hagan nuestro trabajo y, mientras tanto, nosotros nos iremos a la taberna, a beber y a jugar.

Un comentario de aceptación surgió de aquel grupo de pretorianos, que se cerraron más aún en derredor, para escuchar el plan de Tausio.

—Es más, camaradas. A nosotros nos saldrá gratis.

—Los soldados se relamían de gusto escuchando esas palabras; se acercaron más a Tausio mientras Vírux le preguntaba:

—¿Cómo?

—Muy fácil. Haremos negocio con todo esto. Piensa que la legión entera se encuentra en la misma situación que nosotros. A ninguno le apetece cavar zanjas todo el día, hacer instrucción y todas esas

tonterías que se le han ocurrido a Juliano, ¿verdad?

—Así es —respondieron sus amigos.

—Pues lo harán los plebeyos en nuestro lugar, al precio que esté el jornal.

—Por mí de acuerdo —se adelantó uno.

—Nos sale barato —corroboró otro.

Todos estaban conformes en librarse del trabajo. Tenían dinero de sobra para eso y más. Y como ellos, habría cientos dispuestos a hacer lo mismo.

—Escuchad —dijo Tausio—. Cada uno de nosotros se pondrá en contacto con una centuria. Elaboraréis una lista con los nombres de aquellos que quieran ser sustituidos y les cobraréis una comisión por el trabajo. Incluso sacaremos dinero extra para el juego y el vino.

Aquello de sacar dinero extra para sus juergas y borracheras los ilusionó aún más, pensando que volvían los viejos tiempos de vino y orgías.

—Esta misma tarde —continuó Tausio ya lanzado—, me acompañarán Vírux y Bellátor. El resto que vaya haciendo la lista.

—¿A dónde iremos? —preguntó Vírux.

—A la ciudad, a ver a nuestros enlaces entre la plebe. Esos que a veces nos han hecho algún trabajo sucio —le dijo a su compañero guiñándole un ojo.

—Sí. Esos cumplen bien —añadió Bellátor sonriendo.

—Negociaremos con ellos —continuó Tausio— la paga y el número de personas que nos sustituirán en estos trabajos.

—¿Y cómo los haremos pasar por nosotros? —preguntó Vírux. Todos los demás escuchaban atentos.

—No será difícil —respondió Tausio—. Los prefectos van a hacer una lista con los nombres de quienes tenemos que hacer instrucción cada día. Cada plebeyo contratado dará el nombre del pretoriano que se le asigne y hará nuestro trabajo. Por días. Según el número de gente que haya que sustituir. Así de sencillo.

Aquellos pretorianos acostumbrados a la pereza y el vicio encontraron en esta estratagema la forma de evadir el trabajo que se les reclamaba. La mayoría optó por pagarse un sustituto y el resto hizo la vista gorda, pues no era la primera vez que realquilaban o subcontrataban a alguien para que hiciera los trabajos más onerosos que les correspondían a ellos. Llevaban años con este tipo de prácticas y los mandos dejaban hacer, porque todos se beneficiaban de aquella corrupción generalizada. Incluso los que controlaban las listas, cuando un plebeyo sustituto se hacía pasar por alguien que conocían, no decían nada. Apuntaban la asistencia y nada más. Sabían que, al final, recibían su parte, su compensación, sus pequeños placeres y una buena jarra de vino cuando acababan su labor. Aquellos pretorianos

vivían desde hacía años en una situación de privilegio, de inacción y de vicio muy difícil de corregir, porque participaban en mayor o menor medida de los réditos de aquella vida degenerada. Todos actuaban como cómplices unos de otros y compensaban mutuamente los esfuerzos: hoy por ti, mañana por mí.

Otra medida que ideó Juliano para aterrorizar a los seiscientos soldados ilirios que avanzaban hacia Roma fue usar los elefantes que se emplean en las procesiones para que llevaran sobre sus lomos torres y hombres, pensando que así sembraría el desconcierto en la caballería enemiga por el aspecto y tamaño de aquellos animales contra los que no tenían costumbre de combatir. En efecto, muchos soldados ilirios ni tan siquiera habían visto a aquellos seres, y el césar pensaba que serían un arma definitiva que provocaría el pánico entre las filas de Severo. Pero aquellos eran elefantes de Circo. No estaban acostumbrados a cargar aquellas torres que les resultaban muy pesadas. Ni siquiera querían llevar encima a los propios conductores y se revolvían echándolos fuera. Los pretorianos no sabían cómo entrenar a aquellos animales ni tampoco ponían esfuerzo en ello, pues requería mucho tesón y trabajo, y aquellos hombres estaban aflojados de tanto llevar una vida fácil, entre lujos, vicios y borracheras. No era gente hecha a la fatiga, como las tropas de Severo, que avanzaban sin parar y ya habían atravesado los Alpes. No se habían quitado la armadura desde que salieron de *Carnuntum*. Soportaban la extenuación, las marchas forzadas, el hambre y la sed con la misma determinación que su general, ahora nombrado emperador, que comía con ellos el rancho militar el poco tiempo que paraban a descansar y dormía en las mismas tiendas incómodas que el resto de soldados. Aquellos seiscientos veteranos iban a morder, como lobos, las carnes tiernas de vino y delicias de aquellos pretorianos desacostumbrados a la disciplina militar. Eso lo veían todos menos Juliano. Y los pocos que aún le eran fieles se dieron cuenta de que aquel hombre estaba fuera de la realidad. No era capaz de atisbar siquiera el desastre que se le avecinaba. La mayoría lo soportaba a la espera de la llegada de Severo. Incluso los propios pretorianos estaban despreocupados. Al fin y al cabo, llegara el césar que llegara, ellos seguirían allí en Roma, viviendo esa vida de disipación y placer que era su día a día. Les daba igual cambiar de amo. No sabían que su fin se acercaba, como el de Juliano.

La idea de emplear los elefantes de Circo como arma de guerra fue otro fracaso más de un Juliano que caminaba de error en error. Aquilio lo vio desde un túmulo poco elevado que le servía para supervisar aquellos movimientos. No le hicieron falta los informes de sus subordinados, pues dedujo con facilidad lo que el pueblo opinaba de las maniobras. Bastaba observar a lo lejos la reacción de la plebe,

congregada para contemplar aquel adiestramiento militar caótico y desordenado. La gente se burlaba de los pretorianos al ver a los elefantes rabiosos, tirando torres y conductores por el suelo, chocando contra las defensas y tropezando en las zanjas. Pero Aquilio advirtió otro sentimiento más entre los plebeyos: era miedo, al ver a aquellos hombres, caballos y elefantes en tan gran confusión. Sabían que, tarde o temprano, esa frustración se cebaría en ellos. Los pretorianos estaban sobrepasados, sudorosos, impotentes ante unos animales tan descomunales e ingobernables. Y se iban encolerizando más y más hasta pagar su ira con cualquiera con que se toparan. El pueblo odiaba a aquellos pretorianos, pero también los temía, porque no se fiaban de lo que pudieran hacer las tropas contra ellos, movidas por la cólera y la impotencia. Los senadores, en cambio, sí se reían a gusto, liberados ya de todo temor, porque sabían que Juliano no se atrevería contra ellos antes de que llegara Severo. No podía malgastar uno de los pocos recursos que le quedaban: el apoyo de la legalidad, del Senado, que había nombrado enemigo público a Severo. En estos días Juliano era amable e incluso servil con los patricios, porque sabía que los necesitaba. Y ellos se ensoberbecían. Ahora, al ver las maniobras militares, se reían a gusto. Comprobaban que los pretorianos no eran ni sombra de lo que fueron: no hacían nada digno de su nombre, se habían convertido en un conjunto de soldados gordos y borrachos, desacostumbrados al trabajo, que no serían obstáculo para las tropas de Severo. De todo eso se dio cuenta Aquilio al observar simplemente la reacción de unos y otros. Más tarde, sus fuentes le informarían de que, durante aquellos días, toda la ciudad se dedicaba a fabricar armas y prepararse para la guerra, pero no por ello dejaban de criticar que Juliano hubiera convertido Roma en un campamento, como si estuviera en territorio enemigo, en lugar de salir a enfrentarse a Severo. Los senadores se burlaban continuamente de sus absurdas y cobardes decisiones. Según supo después, lo que más risa les produjo fue la fortificación del palacio imperial con enrejados y fuertes puertas. Creía aquel césar acobardado que, en caso de derrota, podría encerrarse allí y salvar la vida. Aquilio pensó que lo peor de todo era que llevaban razón. El emperador iba de error en error y no se dejaba asesorar. Y esa obcecación los ponía a todos en peligro. Él tenía que maquinar algo, ante una situación tan absurda, abocada al fracaso, anárquica y carente de la más mínima planificación. Pensando sobre aquel túmulo no dejaba de observar a unos y a otros. Y entonces vio a Herodiano subido al tejado de un ala de palacio, en un rincón apartado y oscuro. A cualquiera le habría pasado inadvertido, pero no al ojo entrenado de Aquilio. El espía lo observó con detenimiento. Había conocido a aquel atriense durante los tres meses escasos en que Pértinax fue emperador. Era el fiel guardián de las puertas, el hombre

que servía al césar con veneración, pero ahora se había convertido en un vagabundo, desaseado y con el pelo largo, que deambulaba como un fantasma por los rincones de palacio. Todo el mundo sabía que estaba allí, pero pocos lo veían. Dormía en pasadizos que solo él conocía y la mayoría pensaban que era un adivino caldeo, un personaje misterioso, un vate o un augur. Los pretorianos lo respetaban por orden de Juliano, que le temía como temía a todo lo relacionado con el más allá. Aquilio, en cambio, no creía en dioses ni augurios. Si de él hubiera dependido, no habría permitido a un loco como ese vagar por los pasillos de palacio. Era un riesgo innecesario. Un posible espía. Un elemento descontrolado. Pero todos coincidían en que aquel hombre era un trastornado inofensivo. Si Juliano quería tenerlo pululando por allí como un iluminado, era su problema. No iba a discutir con el césar por un asunto de tan poca trascendencia.

Leto se andaba en todo momento con pies de plomo. Sabía que Juliano desconfiaba cada vez más de él y sospechaba que su vida estaba en peligro. Desde hacía tiempo, solo esperaba la ocasión para partir al encuentro de Severo y ponerse a su servicio. Aguardaba el momento con la mayor de las precauciones. No se fiaba de nadie, ni siquiera de esa Servilia que tanto le debía. Por eso, cuando lo citaba para el sexo, siempre la obligaba a ir a una estancia de palacio que él conocía bien, con una cama que tenía el cabecero junto a un pasadizo oculto que se abría y cerraba con rapidez. Si alguien echaba las puertas abajo para sorprenderlo, a él le daría tiempo suficiente para escapar, aunque fuera desnudo, como aquel senador que eligieron como primer candidato a suceder a Pértinax. En esos casos, no solía llevar escolta, porque la puerta cerrada y la proximidad al pasadizo secreto le daban suficiente seguridad.

—¿Ha entrado solo?

—Sí, Aquilio —respondió el centurión.

El jefe de los *frumentarii* había descubierto el error. Sabía que aquella estancia de palacio solía ser la que elegía Leto para sus entrevistas con Servilia. Era una torpeza. Si quieres evitar emboscadas has de cambiar ruta y lugar a diario. Él había aprovechado esa falla de seguridad para instalar personalmente un juego de espejos que se conectaban por los pasillos y le permitían vigilar la entrada desde lejos, sin que nadie pudiera detectar su presencia.

—Echaréis la puerta abajo por sorpresa.

—A la orden, Aquilio.

Aquellos dos centuriones *frumentarii* eran los más eficientes y veteranos del cuerpo. Sabían cumplir su trabajo con profesionalidad y eficacia. Primero darían tiempo a la pareja para que entrara en faena. Cuando lo vieran oportuno, echarían abajo las puertas y matarían directamente a Leto, sin darle ocasión a reponerse de la sorpresa. Aquilio siguió dando instrucciones:

—Acabaréis primero con Leto, sin contemplaciones. Yo me encargaré de la mujer. Ninguno saldrá vivo de la estancia.

—A la orden.

Los tres esperaban agazapados, a pocos metros de la puerta por donde había entrado Leto hacía unos minutos. No había otra salida. En poco tiempo Aquilio habría cumplido la importante misión que debía resolver antes de marchar en busca de las tropas de Severo. Envenenarlo sí se le antojaba mucho más complicado, muy difícil, una

operación que podía considerarse un suicidio, en las actuales circunstancias. Pero hoy tocaba asesinar a Leto, y eso iba a ser un juego de niños.

Permanecían los tres atentos, con todos sus sentidos puestos en aquellas puertas cuando a Aquilio le pareció que se deslizaba una sombra fugaz y sigilosa por la esquina más retirada de los pasillos que tenían a su espalda. Había sido una intuición más que una percepción, aunque vaga. Ni siquiera lo había visto de reojo, pero su instinto lo alertó.

—Esperad un minuto.

Aquilio dio varias rápidas zancadas hacia aquellos pasillos y, al llegar al extremo, sí pudo apreciar el bulto de alguien que doblaba la esquina precisamente como una sombra, con la máxima discreción, sin hacer el más mínimo ruido. Tanto sigilo no era propio de esclavos ni de pretorianos. Volvió sobre sus pasos y ordenó a sus *frumentarii*.

—Aguardad diez minutos y entrad vosotros dos. Matad a Leto sin contemplaciones. Y esperadme dentro hasta que yo regrese.

Los *frumentarii* asintieron con el gesto y permanecieron allí apostados mientras Aquilio se dirigía al lugar por donde había visto escapar aquella figura. Tardó apenas dos minutos en llegar. No le fue difícil, pues la sombra misteriosa que perseguía había dejado abiertas cada una de las puertas por donde pasaba. Con el gladio en la mano, Aquilio penetró en una sala estrecha, sin muebles, donde una persona le daba la espalda concentrado en la pared como quien mirara por una ventana.

—Herodiano —el espía lo reconoció al instante—. No esperaba encontrarte aquí.

El guardián de las puertas no se volvió. Permaneció mirando a la pared, dando la espalda a Aquilio, con el pelo largo y enmarañado que le caía sobre la espalda y un *gladius* en la mano derecha.

—Te he visto merodear por los pasillos de palacio —continuó Aquilio mientras cerraba la puerta—, pero nunca armado con una espada.

El atriense no necesitaba darse la vuelta para saber a qué distancia se encontraba aquel hombre, siguió mirando la pared y respondió sin temor:

—Hoy necesito mi espada, Aquilio. Es la primera vez que la empuño desde que murió Pértinax.

Hasta el espía pudo oler la tristeza infinita que albergaban aquellas palabras. Aquilio no necesitó ver el rostro del atriense para percibir con total nitidez el grado de dolor que entrañaba el recuerdo de Pértinax. Supo que aquel hombre no estaba allí por casualidad.

—Te mueves con un sigilo envidiable, Herodiano, digno de mis mejores agentes —siguió estudiándolo mientras avanzaba despacio, en

posición de combate, alerta todos sus músculos, sin dejar que se notara la tensión en sus palabras. La reacción del atriense lo desarmó:

—Que no te asusten ni mi sigilo ni mi espada, Aquilio. No van contra ti.

El espía estaba a tres metros, dispuesto a apuñalar en breve. El atriense tuvo que hablar:

—Solo te pido que no me acuchilles todavía. Espera a que mate a Leto.

Aquilio se quedó paralizado. ¿Cómo sabía aquel hombre que había venido a matar a Leto? ¿Y cómo iba a matarlo allí, tan lejos de la estancia donde yacía con Servilia, de cara a la pared? El atriense intuyó su desconcierto y repitió su mensaje:

—No me importa que me apuñales por la espalda. Ya estoy muerto. Estoy muerto desde que vi la cabeza de Pértinax ondear en las murallas de los *castra praetoria*. Solo estoy aquí para matar a Leto.

—Leto está lejos de esta estancia, en una habitación con Servilia —reaccionó Aquilio al fin.

—Así es —respondió el atriense—. Pero cuando tus *frumentarii* echen abajo las puertas, él dará un salto hacia el pasadizo que tiene junto al cabecero de la cama. Logrará entrar en un estrecho pasillo y cerrar el acceso antes de que tus hombres lo apuñalen. Quince metros lo separan de esta salida que tengo delante, donde encontrará la muerte. Él se cree seguro, piensa que puede escapar. Pero no sabe que yo soy el guardián de todas las puertas y que hoy he cogido mi viejo gladio para matarlo.

Aquilio no salía de su asombro. Miró ahora con detenimiento la pared, de la que el atriense había descolgado un tapiz y pudo apreciar una estrecha ranura. Aquel hombre decía la verdad. Se encontraban ante una salida oculta. Él estaba ya a un metro de Herodiano y este no había hecho ademán de defenderse. Permanecía allí plantado, impertérrito, obsesionado con que no se le escapara su presa, la única que le importaba aquella tarde.

—Si es verdad lo que dices, Herodiano, déjame a mí guardar esa puerta. Yo soy y debo ser su ejecutor. Retírate al otro extremo de la habitación y deja tu gladio en el suelo. No quiero sorpresas. Siempre podrás rematarlo, si fallo.

—No fallarás, Aquilio.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Lo he visto en sueños.

¿Seguro?

—Claro. Todos los detalles. Por eso he dejado las puertas abiertas, para que pudieras llegar hasta aquí, como en el sueño.

Aquilio estaba desconcertado. No sabía qué pensar, o bien aquel hombre estaba loco de remate o realmente estaba dotado de visiones

proféticas. Sus razonamientos no eran absurdos. Habría bastado que hubiera cerrado un par de puertas y su rastro se habría borrado. Prefirió seguir escuchando lo que tenía que decir:

—Retírate y dime qué más has visto en el sueño.

Herodiano se apartó al extremo de la estancia y dejó el gladio en el suelo, lejos de la entrada del pasadizo. Notó cómo el *frumentarius* tomaba posiciones delante de la puerta oculta y, antes de que comenzara todo, le dijo:

—Lo he soñado varias veces, Aquilio. El sueño es lento, avanza despacio, a veces dura toda la noche, pero hoy todo va a ser más rápido. En un instante, tus hombres echarán la puerta abajo. Oirás el ruido desde aquí y notarás cómo ese canalla de Leto abre y cierra la puerta, corre unos metros y sale por ahí. La puerta abre a tu izquierda. Si das un paso a tu derecha le podrás apuñalar en el corazón en cuanto abra de golpe. Caerá desnudo. Se irá del mundo como llegó a él, sin oro ni gloria, pero más despojado de honor y humanidad que cuando su madre lo trajo a la luz. Y vagará por los infiernos, por los lugares reservados a los traidores y canallas, en un suplicio sin fin. Entonces, en el inframundo, mirará todos los días con envidia a Pértinax, a quien traicionó y abandonó a pesar de que él le dio su confianza. Lo verá dialogar con Marco Aurelio en los Campos Elíseos y sentirá pena de su propia ignorancia.

Aquilio lo miró con desconfianza, sin saber si hablaba con un loco o un visionario. No le dio tiempo a pensar mucho más. El atriense le dijo de pronto:

—Silencio. Escucha. Todo va a comenzar.

De repente un estruendo. Ruido de abrir y cerrar puertas. Aquilio apretó el *gladius* y adelantó la pierna izquierda para tener un punto de apoyo firme. Cuando la puerta se abrió, la espada se clavó certera, sin dudar, con la fuerza de un destino inapelable, sobre el pecho desnudo de Leto, cuya cabeza cayó sobre el hombro acorazado de Aquilio para poder ver, en un último instante de conciencia, la mirada implacable de Herodiano, el guardián de las puertas, el pobre loco que vagaba por palacio, contemplándolo con un rostro de pena infinita, no de satisfacción por la venganza cumplida, sin asomo de alegría, solo con una pena inmensa por la infinitud de la ignorancia humana.

Los *frumentarii* no dejaban de golpear la pared por donde había desaparecido Leto, sin saber que su jefe ya tenía en sus manos la cabeza del exprefecto. El guardián de las puertas se había acercado despacio y arrastraba el cuerpo hacia dentro del pasadizo.

—Dejaremos aquí el cadáver, Aquilio. Sin evidencias.

—Perfecto —respondió el *frumentarius*, aliviado por la rápida resolución de aquel trabajo y la buena disposición del atriense.

Ambos penetraron en el pasadizo y cerraron el acceso por donde había querido escapar Leto. Herodiano iba primero, para calmar cuanto antes a los hombres de Aquilio, que seguían golpeando la pared por donde se les había escapado su presa.

—No os preocupéis, soldados —gritó el atriense—. Todo está resuelto.

—Abre —gritaron los *frumentarii* sin saber a quién se dirigían.

Herodiano abrió la puerta para que lo primero que vieran los pretorianos fuera a su jefe con la cabeza de Leto en su mano izquierda.

—Todo está resuelto —dijo Aquilio mostrando la cabeza.

Al instante aquellos centuriones se serenaron y dejaron el acceso libre para que ambos hombres entraran en la estancia, donde estaba Servilia, aterrada, con un tajo que le recorría el rostro y del que aún manaba sangre.

Guardaron sus espadas por indicación de su jefe, pero ambos soldados miraban extrañados a Herodiano. Uno de ellos lo reconoció, por ser aquel que apuntaba con su *gladius* a su yugular el día en que el atriense acudió a enterrar el cuerpo de Pértinax. Al guardián de las puertas tampoco le pasó inadvertido aquel rostro y lo reconoció al instante. No olvidaba nunca una cara y menos en aquellas circunstancias.

—Aquilio —dijo el centurión—, conozco a este hombre. Es quien reclamó el cadáver de Pértinax a Juliano.

—Sí. Lo sé —respondió el jefe—. Me ha avisado del escondrijo de Leto. Gracias a él no se nos ha escapado. A partir de ahora es de nuestra confianza —dijo mirando a ambos—. Acabad con esa mujer y vámonos.

—No todavía —los detuvo Herodiano—. No sabemos si Servilia morirá hoy u otro día —y los tres *frumentarii* lo miraron perplejos. ¿Qué se creía aquel loco harapiento, dando instrucciones como si fuera el emperador?

—Mis órdenes no se discuten —dijo muy serio el jefe de los espías.

—Ni las discuto ni me atrevería nunca a discutirlas, Aquilio. Se trata del destino y de la muerte.

—¿Y qué tiene que ver eso con que matemos o no a esta mujer?

—Soy el guardián de las puertas.

—De palacio —quiso matizar Aquilio.

—Y del Averno —sentenció Herodiano.

Los tres agentes lo miraron sin saber si era un poseso o un temerario. Tenía fama de visionario y todos le respetaban la vida por órdenes del césar. Recordaron, en ese momento, que aquel hombre era el único a quien temió Juliano, el único a quien le había permitido llevarse el cadáver de Pértinax. Algún sentido debía haber en todo eso. Se produjo un denso silencio, que solo interrumpió el sollozo de Servilia, que estaba desnuda, con un tajo que le recorría la cara, llorando bajo las sábanas ensangrentadas.

El guardián de las puertas ahora se dirigió a ella:

—Estarás muerta en seguida, y aún no eres ni sencilla, ni imperturbable, ni vives sin miedo a que puedan dañarte, ni cifras tu valor en la práctica de la justicia.

—No quiero morir.

—No temas a la muerte; antes bien, acógela gustosamente, en la convicción de que esta también es una de las cosas que la naturaleza quiere.

—No puedo quitármela de la cabeza —gritó histérica.

—¡Cómo en un instante desaparece todo: en el mundo, los cuerpos mismos, y en el tiempo, su memoria!

Aquilio miraba desconcertado al atriense. ¿Cómo era posible que aquel hombre estuviera citando palabra por palabra a Marco Aurelio, cuya obra él conocía bien?

—¡Cómo es todo lo sensible, y especialmente lo que nos seduce por placer o nos asusta por dolor o lo que nos hace gritar por orgullo; cómo todo es vil, despreciable, sucio, fácilmente destructible y cadáver! —prosiguió Herodiano como en trance.

Todos habían callado con un silencio reverencial. Servilia miraba con ojos idos, fuera de sí, pero aflojada como un muñeco de trapo, absorta ahora en las palabras de Herodiano como si estuviera escuchando al sacerdote que le abriera las puertas del más allá.

—Soldados —dijo ahora Herodiano dirigiéndose a los varones—, cuando se entra por las puertas del mundo de los muertos, solo penetran las almas, aire incorpóreo. No necesitan los difuntos riquezas ni pueden trasladarlas al más allá. Coged esas joyas, las piedras preciosas de los vestidos —dijo rajándolos con su espada. Y las esmeraldas cayeron al suelo, las perlas, las joyas y los retazos con hilos de oro y plata—. Coged estas riquezas y dejad a esta mujer, que aunque viva, hace tiempo que es cadáver.

—¿Tú te encargarás de darle muerte? —preguntó Aquilio.

—El destino decidirá si vive o muere, pero os juro por todos los dioses que no volveréis a verla en vuestra vida.

Sabían que aquello era una profecía y los tres confiaban plenamente en sus palabras. Los *frumentarii* cogieron las joyas esparcidas por el suelo, las esmeraldas y perlas. Hasta el propio Aquilio había dejado la cabeza de Leto en el suelo para tomar su parte de aquel pequeño tesoro.

—Id ahora a cobrar la recompensa por la cabeza de Leto —les propuso mientras agarraba de los pelos sucios de sangre la cabeza del exprefecto y se la ofrecía a Aquilio.

—¿Y tu parte? —preguntó el jefe.

—Mi parte es la vida o la muerte de esta mujer. Partirá ahora mismo al Hades o esta tarde a Siria. De todos modos, podéis decirle a Juliano que está muerta. Si no la mato yo ahora mismo, morirá de otro modo; pero, en todo caso, ni Juliano ni vosotros la volveréis a ver nunca más.

—¿Y qué dirá Severo, si triunfa? —preguntó Aquilio, que no acostumbraba a dejar cabos sueltos—. ¿No nos recriminará que la hayamos dejado con vida?

—Severo me conoce —dijo el atriense sin miedo—. Dile que actuaste según mi consejo y hallarás un lugar de honor en el nuevo régimen.

—¿Nuevo régimen?

—¿No sabes que Juliano ya es otro cadáver y que Severo ocupará su puesto?

Aquilio estaba cada vez más convencido de que aquel hombre hablaba con la verdad desnuda con la que se expresan los dioses a través de los oráculos y los prodigios. Quiso aprovechar la ocasión, ver si acaso aquel ser podía aportarle alguna luz en los tiempos oscuros que se le presentaban.

—Y tú, guardián de las puertas —le dijo a Herodiano—, tú, que predices el porvenir, ¿has visto mi futuro? —preguntó Aquilio persuadido ya de los poderes proféticos de aquel hombre.

—Vivirás.

—Sabes que he de ir hacia Severo, de parte de Juliano —insistió.

—Vivirás —repitió Herodiano.

—Pero..., tengo una misión que cumplir.

—Salvar la vida será tu única misión.

En la duda e incertidumbre de Aquilio, Herodiano vio que la misión a la que se refería era muy peligrosa. Conociendo sus antecedentes, dedujo que consistía en atentar contra la vida de Severo.

—Guardián, no sé cómo decírtelo… —prosiguió el espía sin saber cómo aclarar la cuestión, con el respeto y la veneración con que se

pregunta a un oráculo.

—Sí sabes, Aquilio, pero no quieres hacerlo abiertamente.

Aquilio bajó la mirada. Parecía un niño avergonzado a los ojos de Herodiano, inofensivo y frágil, aunque a cualquier otro le hubiera aterrorizado la visión de aquel formidable centurión que agarraba la cabeza ensangrentada de Leto con su mano izquierda y sostenía un *gladius* en la derecha.

—Has pedido un vaticinio y lo tendrás, Aquilio.

El hombre atendió con una veneración religiosa que hasta ahora no había sentido hacia ningún adivino, mago o sacerdote de ninguna religión, propia o extranjera. Escuchó, aún con desconfianza en su futuro, sin saber todavía cómo iba a salvar la vida tras su entrevista con Severo.

—¿Buscas tu destino, verdad? —insistió el atriense.

—Sí.

—Pues has de ir a ver a Severo. Allí tomarás una decisión que salvará tu vida. He visto en sueños que el general sobrevivirá para llegar a Roma y acabar con Juliano. Tú tomarás una decisión, como te he dicho. Y Severo confiará en ti.

—¿Y si peligra mi vida?

—Cuando veas peligrar tu vida le dirás que conoces al guardián de las puertas. Eso deberá bastar.

—Gracias, vate —pronunció Aquilio con respeto reverencial.

—Y ahora te exhibirás por todo el pueblo con la cabeza de Leto, como si tú fueras el único responsable de su muerte, incluso como si todo hubiera sido idea tuya.

—¿Eso no me perjudicará?

—Solo ante los pretorianos que mataron a Pértinax, a quienes no volverás a ver vivos, porque todos aquellos que planearon y participaron en la muerte del anciano césar morirán de forma violenta antes de que aparezcas de nuevo por Roma.

Quienes permanecían en aquella habitación estaban estupefactos escuchando las palabras proféticas de aquel hombre, la manera categórica de expresarse, la seguridad que irradiaba. Sin duda, aquel ser se encontraba realmente loco o poseído por la divinidad. Aquilio estaba desconcertado. No entendía, en todo caso, por qué debía pasear la cabeza de Leto por las calles de Roma.

—¿No bastará con que le lleve la cabeza a Juliano?

—Después. Primero paséate por Roma, que todo el pueblo te vea. Necesitas testigos.

—¿Testigos?

—Miles de testigos que divulguen por Roma la noticia de que tú fuiste el vengador de Pértinax. Miles de testigos que te vean llegar luego junto a Severo, y tú entonces dirás que actuabas por orden de

Severo, porque Severo y no Juliano ha sido y será el verdadero vengador de Pértinax.

Aquilio empezaba a entender. Aquello sería una baza más para ganarse al próximo césar.

—Así es, Aquilio —le leyó el pensamiento Herodiano en el brillo de sus ojos—. Cuando Severo te pregunte por qué te ha de dejar vivir, tú le dirás que eres su garantía: la garantía de que Severo sea llamado vengador de Pértinax y no Juliano.

Todos callaban, porque ya estaba todo dicho. Herodiano quiso terminar ya aquella conversación.

—Idos y cerrad la puerta. Dejadnos solos a esta mujer y a mí, porque estoy viendo ya cómo se le abren las puertas del Hades.

Los *frumentarii* habían abandonado la estancia sobrecogidos. Servilia estaba aterrorizada:

—Mentiré, robaré, haré lo que sea si me perdonáis la vida — rogó la prostituta.

—Si no es verdad, no lo digas. Si no es correcto, no lo hagas.

—No quiero morir —dijo entre lágrimas, con la sangre seca sobre el tajo que le cruzaba la cara.

Servilia reaccionó por un instante. Se le ocurrió empuñar las únicas armas que tenía a mano, las que siempre le habían servido hasta ahora, las únicas que poseía bajo las sábanas ensangrentadas, las de su carne desnuda. Destapó su cuerpo y adoptó una postura salaz, con la esperanza de que Herodiano se fijara en la blancura de sus irresistibles formas y el pubis dorado antes que en el rostro partido, rojo y negro de sangre seca, que la desfiguraba.

—Si no es correcto, no lo hagas —repitió Herodiano sin dejar de mirarla a los ojos, con la espada en la derecha y una faz de absoluto desprecio.

La hetera se sintió, por primera vez en su vida, verdaderamente humillada. Nunca se había visto más vil y sucia que ahora, delante de aquel venerable augur que la miraba con asco, convencido de que no había entendido nada. Sintió vergüenza. Fue consciente de que había cometido un grave error que podía costarle la vida. Se tapó de inmediato y suplicó.

—Perdón, Herodiano —ahora la disculpa sí era sincera.

La concubina lo conocía por su verdadero nombre de los tiempos en que reinó Pértinax. Servilia no olvidaba nunca un nombre, menos ahora a las puertas de la muerte.

—Ya no soy Herodiano, ni el guardián de las puertas de palacio, sino un alma en pena, que abre las puertas del Hades a otros, porque los dioses no me dejan entrar todavía por ellas.

Servilia creyó que estaba hablando precisamente con la propia muerte, convencida de que aquel diálogo tendría un desenlace fatal. De repente se sintió tranquila, atisbando claramente su final. Sin nada que perder.

—¿Y estás aquí para abrirme las puertas del Hades hoy a mí, verdad? —preguntó ahora, por primera vez, sin miedo.

—Es lo más probable —respondió Herodiano sin dejar de mirarla con unos ojos de melancolía donde se resumía toda la tristeza del mundo.

—¿Por qué no has dejado entonces que me maten los soldados? ¿Para prolongar mi sufrimiento?

—El sufrimiento no es importante, si no trae conocimiento.

—Me odias y por eso quieres acabar con mi vida.

—El odio y la ira nos alejan de nuestra naturaleza racional, de nuestra humanidad. Por eso he aprendido a controlar los impulsos negativos y hacer el bien.

—¿Y la muerte es un bien?

—Muerte y vida, gloria e infamia, dolor y placer, riqueza y pobreza, todo eso acontece indistintamente al hombre bueno y al malo, porque, efectivamente, no son bienes ni males.

—No quiero morir.

—No desdeñes la muerte, que es el descanso de la impronta sensitiva, del impulso instintivo que nos mueve como títeres, de la evolución del pensamiento, del tributo que nos impone la carne.

—No quiero morir —repitió Servilia agotada por el dolor y el miedo.

—¿No te das cuenta de que no importa lo que tú quieras o no quieras? Eres una pequeña alma que sustenta un cadáver, como decía Epicteto.

—No he leído a Epicteto.

—Es evidente. Y si has leído algo, no has entendido nada. Toda tu vida has sido una gruta oscura, pero antes de morir has de ver la luz, aunque sea por un instante fugaz.

—No sé de qué luz me hablas.

—Cava en tu interior. Dentro se halla la fuente del bien, y es una fuente de luz que no deja de brotar, si no dejas de cavar.

—Nunca he visto esa luz.

—Porque la has buscado en las cosas de fuera. Esa luz te habría cegado si hubieras mirado alguna vez la vida con inteligencia. Habría bastado que leyeras a Marco Aurelio.

—Era una niña cuando gobernaba. Apenas he vivido. Voy a morir tan joven…

—Todos morimos jóvenes, Servilia. Piensa qué pequeña parte de tiempo se ha asignado a cada uno, qué rápido se desvanece y en qué diminuto terrón del conjunto de la tierra te arrastras.

—Sí.

—Considera —prosiguió Herodiano— todas esas cosas e imagina que nada es importante, sino actuar como tu naturaleza te indica. Ahora tendrás que elegir.

—¿Elegir?

—Sí. Elige morir, si eres ya cadáver irreparable, o existir para la inteligencia y la bondad, renacer a otro mundo, vivir feliz los días que te queden.

—¿Feliz? ¿Rodeada de lujo y placer?

—No has entendido nada, Servilia. ¿No ves cuántos años anduviste sin rumbo, y en ninguna parte hallaste la vida feliz, ni en las envidias, ni en la soberbia, ni en la riqueza, ni en el lujo, ni en los placeres? ¿No ves cómo todo eso te ha desequilibrado, te angustia, te hace infeliz, te arroja ahora a los brazos de la muerte?

—¿Entonces, cómo ser feliz?

—A quien no le importa pensar qué ocurre en el alma de otro se le hace muy difícil el camino a la felicidad.

—Y tú sabes lo que ocurre en el alma de otro.

—En la de muchos. Y en la tuya también.

Servilia estaba convencida de que aquel hombre decía la verdad. Cuando Herodiano la observaba con sus ojos grises de adivino ciego, todo su cuerpo se estremecía. Lo miró ahora con miedo, sin poder zafarse de esos ojos proféticos, por primera vez vencida en su soberbia, humillada, sobrecogida por un temor religioso y reverencial. Ella que siempre se burló, descreída de dioses y hombres, tuvo miedo de aquellas palabras.

—¿Y qué ocurre dentro de mi alma?

—¿Tienes que preguntarlo en vez de mirar dentro?

—No soy capaz de ver claro. Menos aún ahora.

—Pues es ahora cuando más claro deberías ver. Ahora, a las puertas de la muerte.

Servilia tembló estremecida, porque comprobó que, a la vez que Herodiano pronunciaba estas palabras, agarraba con más fuerza aún el puño de su *gladius*, con firmeza, con determinación.

—Acaba de una vez.

—No solo veo lo que ocurre ahora —continuó Herodiano como si no la hubiera oído—, sino lo que ha ocurrido desde que eras esa niña mimada, caprichosa, que creció al abrigo de otros que te amaban, para tratarlos luego con soberbia y arrogancia.

—No sé por qué lo he hecho.

—Porque, en el fondo, siempre has sido consciente de tus carencias, de tu inferioridad. Pero has sido cobarde para afrontarlo, para mejorar. Has carecido de la virtud, de la humildad, de la voluntad e inteligencia para intentar construirte como mejor persona. Has sido siempre egoísta y arrogante, soberbia y cruel, porque en el fondo te sabes inferior.

—¿Qué he de hacer? —preguntó vencida, viéndolo claro por primera vez, avergonzada por tantos años de egoísmo e ignorancia.

—Ama, y pasa el resto de tu vida amando a las personas en quienes confías, con toda tu alma.

—Es tarde.

—No. No lo es, si logras entenderlo. La felicidad radica en hacer lo

que quiere la naturaleza.

—¿Y qué es eso?

—Lo que nos es propio como seres humanos: la razón y el amor. Nada será bueno para ti si no te hace más justa, más sensata, valiente y libre.

—No sé qué camino tomar —dijo con sinceridad la hetera.

—Elige morir ahora y renacer para los demás, para sanar todo el daño que has ocasionado a tu hermana, a tus semejantes, a ti misma.

—¿A mi hermana? ¿Qué sabes tú de mi hermana?

—Todo lo que tengo que saber.

Aquella respuesta la desconcertó aún más.

—¿Por dónde he de empezar?

—Empieza por ella, por tu hermana, a la que siempre has odiado por sentirte inferior a ella. Tu impotencia y envidia te han llevado a criticarla, a tratarla con desprecio y arrogancia. Ella ha sido una de tus primeras víctimas.

Servilia arrancó a llorar con desesperación. Nadie le había dicho de forma tan clara y contundente cuál era su verdadero carácter, sus errores, la estupidez de toda una vida, una verdad a la que nunca se había enfrentado, una certeza que, en ninguna otra circunstancia que esta, a las puertas de la muerte, habría estado dispuesta a admitir, porque suponía el reconocimiento de que la torpeza y la maldad habían sido el timón que había dirigido casi toda su vida.

—Después de tantos años… —dijo como si hablara para sí. Herodiano continuó como si no la hubiera oído:

— Empieza por amar a los más cercanos. Empieza ya, para convertirte un día en un alma buena y sencilla. ¿Llegarás alguna vez a estar satisfecha, sin necesidades, sin echar nada de menos, sin ambicionar nada, sin desear placeres? ¿Sabrás dar el amor a los demás sin arrogancia y con sinceridad? De ti depende ser feliz, si estás dispuesta a hacer el esfuerzo.

—Lo haré, Herodiano, lo haré.

Y por primera vez aquella mujer sintió vergüenza de estar desnuda y ensangrentada delante de aquel santo varón, que cada vez que le hablaba, parecía que le estuvieran hablando aquellos dioses en los que había empezado a creer.

50. SEVERO SE ACERCA

Juliano había enviado a uno de sus prefectos, a Tulio Crispino, hacia el punto estratégico de Rávena, para frenar allí el avance de Severo. Con él viajaban Aquilio y los dos excónsules elegidos por el césar, cada cual con su estrambótica misión. La única medida acertada había sido mandar a Crispino con trescientos hombres, a los que se irían sumando otros tantos reclutados en las ciudades por donde pasaran hasta igualar los seiscientos del adversario. Con ellos y los marineros de la flota, doblarían fácilmente los efectivos del enemigo. Aquilio lo sabía. Conocía bien Rávena y pensó que aquella ciudad sería la tumba de Severo. Nunca podría tomarla y menos aún con la mitad de tropas que Crispino. Situada a poco más de doscientas millas de Roma, Rávena era la sede de la poderosa flota imperial romana, un lugar idóneo para detener la aventura de Severo. Por muy aguerridos que fueran aquellos seiscientos hombres que traía de Iliria, nunca podría tomar aquel puerto militar protegido por sólidas murallas y rodeado de ciénagas y pantanos, lo que lo hacía inaccesible por tierra y mar. La ciudad era autosuficiente y poseía un acueducto de más de cuarenta millas de largo construido en época de Trajano. Aquel lugar era precisamente donde Julio César reunió sus tropas antes de cruzar el Rubicón, importante puerto sobre el Adriático que abría y cerraba el acceso a la parte oriental del Imperio.

Mientras se acercaban a la ciudad, pensó que Herodiano se equivocaba. En Rávena, Severo encontraría su derrota. Él, que siempre fue un hombre frío y analítico, se había dejado llevar por la personalidad arrolladora del atriense, y le extrañaba aquel síntoma de debilidad. El antiguo guardián de las puertas de palacio estaba equivocado. No era posible que Severo saliera victorioso de aquella empresa. Si decidía estrellar a sus seiscientos fieles contra los muros de Rávena, morirían todos, aplastados por el doble de efectivos y la solidez de las murallas. Si, por el contrario, se decidía a pasar de largo, conforme avanzara hacia Roma, se encontraría atacado por un doble flanco, el de Juliano en la capital y este otro de Rávena que había dejado a sus espaldas.

Ya se encontraban a un par de millas de la ciudad cuando Crispino vio al oeste un contingente de doscientos jinetes que los miraban desde un túmulo.

—¿Quiénes son, centurión? —preguntó el prefecto a su subordinado.

—Son soldados de Severo, señor.

Crispino guardó silencio asombrado de que aquellos hombres estuvieran tan cerca de Rávena. Los esperaba mucho más lejos y esa velocidad inesperada en su avance lo alertó.

—Estamos entre ellos y la ciudad, ¿verdad?

El centurión asintió. Sacó un mapa del lugar y señaló un arroyo que tenían a su izquierda.

—Ellos están en ese túmulo, nosotros tras el río. Rávena, aquí detrás —señaló con el índice—, a unas dos millas.

—Les cerramos el paso, ¿verdad?

—Sí, prefecto.

—Escucha, centurión. Les daremos una lección a esos insolentes. Cruzaremos el arroyo con cuatrocientos hombres. El resto quedarán en los márgenes del río por si algo sale mal y debemos retirarnos. Acabaremos con esa avanzadilla de Severo antes de que pueda aproximarse a la ciudad.

Los preparativos se hicieron con rapidez, mientras el enemigo observaba la maniobra desde el pequeño túmulo al otro lado del río. Aquilio también observaba desde la otra ribera, junto a los excónsules y la comitiva diplomática que acompañaba las tropas. Era una buena idea la de Crispino: mermar las fuerzas de Severo aprovechando el número superior de pretorianos que iba a enfrentarse a ellos. Además estaba la victoria moral. Barriendo a aquellos soldados o a una parte de ellos, la noticia de la derrota del general golpista llegaría a todas partes de Italia y contribuiría a terminar con su aventura.

Cuando todo estuvo listo, los excónsules y Aquilio recibieron la orden de marchar despacio hacia la ciudad de Rávena mientras las tropas de Crispino acababan con aquellos jinetes. El *frumentarius*, experto también en cuestiones de estrategia militar, había observado que los hombres de Severo no huían, sino que se disponían a la lucha. No era lo más razonable. Crispino lanzaría contra ellos el doble de soldados, cubiertos por otros doscientos que guardaban las márgenes del río con un buen número de arqueros. Supo que el prefecto, con aquella escaramuza, lograría acabar con un tercio de las tropas de Severo, que quedaría aislado, sin apenas efectivos, posiblemente abocado al fracaso, a que acabaran allí mismo los días de aquel general que se había atrevido a levantarse contra Juliano con solo seiscientos hombres. Aquilio avanzó lentamente hasta quedarse el último para observar al menos el inicio de aquel enfrentamiento. Cuando llegó a una loma desde donde se contemplaba por igual la ciudad de Rávena, al este, y el campo de batalla, al oeste, se detuvo allí, erguido sobre su caballo, para atisbar el desenlace bélico, que comenzaba en esos momentos.

Mientras los cuatrocientos hombres de Crispino avanzaban en bloque con la caballería en las alas, Aquilio observó cómo los

doscientos de Severo se lanzaban en tres grupos a galope tendido con dos jabalinas cada jinete, sujetando las riendas con la izquierda y las lanzas con la derecha. Pudieron acercarse sin peligro y a una velocidad endiablada, porque Crispino no llevaba arqueros, sino que los había dejado a todos protegiendo la retirada junto al río. Todo ello lo previeron los hombres de Severo que dividieron la caballería en dos lenguas, como las de una serpiente, las dos por los flancos, y además una columna central algo más retrasada que las laterales, pero bien formada y con gran solidez. Cuando estuvieron a la distancia adecuada, los jinetes soltaron las riendas y agarraron la primera jabalina para arrojarla sobre el enemigo. Así, en carrera, llovieron las primeras lanzas, que sorprendieron a los soldados de Crispino y los obligaron a cerrarse en el centro, separándose de sus propios jinetes, desacostumbrados a aquel tipo de lucha. Entonces avanzaron por los flancos los hombres de Severo y todos arrojaron la segunda andanada de jabalinas esta vez sobre la caballería del adversario, que, desarbolada y mermada, no pudo soportar la embestida que le venía por los flancos ni tuvo tiempo para disparar sus propias lanzas, que ahora eran un estorbo en la lucha cuerpo a cuerpo. La desbandada fue general y los pretorianos de Crispino, a pesar de su superioridad numérica, se encontraron sin caballería que les cubriera los flancos.

—Cerrad filas, cerrad filas —gritó el propio prefecto para evitar el desastre.

Aquilio vio desde la lejanía la pulcritud y perfección de la maniobra de las tropas de Severo. Con la mitad de efectivos habían masacrado a la caballería y ahora encerraban en una estrecha bolsa de metal y escudos a más de trescientos pretorianos que no tenían espacio ni para moverse.

—Hacia atrás, hacia atrás —gritó Crispino que veía cómo la caballería enemiga los estaba cercando por los flancos.

Los pretorianos retrocedían torpemente, desacostumbrados a luchar en campo abierto, sin espacio, sin el entrenamiento suficiente que les hubiera permitido soportar las fatigas, los golpes y el calor sofocante, resbalando en su propia sangre, que manaba de los cortes de sus brazos, de las heridas producidas y de los propios golpes que se daban al no tener margen de maniobra y casi de movimiento. Crispino se dio cuenta de que estaban perdidos. La única salvación consistía en ponerse a tiro de sus arqueros en el río.

—Despacio hacia el río. Sin dejar huecos. Cerrad filas, cerrad filas.

Faltaban pocos metros para que los cubrieran sus arqueros. Era cuestión de aguantar unos minutos más, verter un poco más de sangre para salvar el pellejo.

—¡Que no nos cerquen por completo! Atrás, atrás.

Aquilio contemplaba el desastre desde la loma y no podía creer lo

que estaba viendo. Con una fuerza inferior a la mitad, los hombres de Severo estaban masacrando a los pretorianos, a aquellas que en otro tiempo fueron tropas de élite, hoy mercenarios torpes, embrutecidos por la buena vida y el vino. Pero no había que quitarle mérito al enemigo. Luchaban como leones. Cada uno de los veteranos de Severo daba cinco cuchilladas por cada golpe de un pretoriano. Parecían máquinas de combatir aquellos doscientos jinetes que estaban haciendo retroceder a más de cuatrocientos soldados. Antes de ponerse a tiro de arco, sonó una tuba honda que recorrió todo el valle y que procedía de donde vinieron aquellos hombres de Severo. De repente, como si fuera una tormenta o un rayo que se levanta de improviso, todos los jinetes a una volvieron grupas y retrocedieron a galope tendido hacia el lugar del que salieron.

Crispino los vio retirarse con un solo ojo, porque el otro lo tenía tapado por un hilo de sangre que le manaba de la frente. Los pretorianos se quedaron allí quietos, sin saber qué hacer durante unos instantes. Aquilio dio media vuelta y giró el caballo para dirigirse a la fortificada ciudad de Rávena. Ya había visto bastante por hoy.

Poco antes de que la comitiva compuesta por los exconsulares y el propio Aquilio llegara a la ciudad de Rávena, fueron alcanzados por todo el grueso de las tropas. Crispino lucía un aparatoso vendaje sobre la frente.

—¿Te han herido, Crispino? —preguntó Aquilio haciéndose de nuevas.

—Sin importancia.

—¿Todo bien?

El prefecto no tenía ganas de hablar, y menos a aquel *frumentarius* que todo el mundo conocía, jefe del espionaje de Roma, envenenador profesional, presumido y oscuro. Por eso no quiso reconocer el fracaso aunque, sin duda, su interlocutor se enteraría más tarde de los pormenores de la escaramuza.

—He tenido días mejores.

—¿Habéis acabado con ellos?

—Han huido.

—¿Bajas?

—Mira, Aquilio —dijo el prefecto casi perdiendo la paciencia—, los informes se los daré a Juliano, no a ti.

El *frumentarius* estaba realmente divertido, pero su rostro no dejaba atisbar el más mínimo sentimiento.

—Disculpa, Crispino. No quería incomodar.

Cabalgaron en silencio unos minutos hasta llegar a los muros de la ciudad de Rávena. Entonces Aquilio quiso ser conciliador:

—Estos muros serán la tumba de Severo. No podrá pasar de aquí.

La idea alegró algo a Crispino, que sabía que defender aquella plaza

sería mucho más fácil que enfrentarse a su enemigo en campo abierto. También halló cierto consuelo Aquilio, en aquellos muros, porque veía que, aunque dotado de soldados profesionales y eficaces, Severo estaba abocado al fracaso. Nunca podría tomar aquella ciudad ni hacerse con la flota que albergaba. Quizá, consciente de su fracaso, haría caso a los excónsules enviados por Juliano y se rendiría. Eso le beneficiaba porque, en ese caso, no tendría que intentar envenenarlo o negociar con él. Ninguna de las dos ideas le atraía. Severo no era un ingenuo y, posiblemente, acabaría con él antes de darle la oportunidad de acercarse. Aquilio sabía que, cuanto antes se produjera el fracaso de aquel general golpista, mayores garantías habría para su seguridad, porque de algo estaba seguro, del fracaso de Severo. Aquel sueño profético de Herodiano, esa historia de que el general sobreviviría hasta llegar a Roma y acabar con Juliano, era una más de las alucinaciones de esos adivinos, que han perdido la cabeza y se la iban a hacer perder también a él, que siempre había sido un hombre frío, analítico, racional.

Los excónsules fueron los primeros en llegar a los muros y reclamar el paso.

—Abrid las puertas a los excónsules de Roma. Abrid en nombre del emperador.

Todos quedaron mudos de espanto cuando vieron a Severo en lo alto de la muralla:

—¿Qué emperador? —gritó.

Ni los excónsules, ni Aquilio, ni Crispino, ni uno solo de los pretorianos vencidos en la reciente escaramuza junto al río se atrevieron siquiera a respirar.

—Aquí ya está el emperador, el único emperador, el que ha sido nombrado por las tropas, el vengador de Pértinax, yo, Septimio Severo.

Y todos callaron como muertos. Crispino sudaba. Aquilio recordaba ahora todas y cada una de las palabras de Herodiano. Juró que no dudaría de aquel hombre ni una vez más.

—Volved a Roma, pretorianos. Y decidle al bufón que habéis puesto en el trono que sus días están contados.

Los pretorianos, que tan insolentes habían sido con Juliano, ensoberbecidos y arrogantes por creerse más poderosos que un emperador, no se atrevieron ni a murmurar.

—Vuelve a Roma, prefecto —dijo ahora dirigiéndose a Crispino, a quien había reconocido por sus insignias militares—. Y dile a tu colega y a todos los pretorianos que no habrá perdón para ellos hasta que entreguen a todos y cada uno de los asesinos de Pértinax.

No esperó contestación. Se retiró de las murallas y dejó a todos aquellos hombres desolados y avergonzados al pie de los muros.

Crispino ya había arriesgado su propia vida y la de sus soldados en aquella escaramuza junto al río. Ahora era el turno de los senadores y de Aquilio. Allí mismo, delante de las murallas se lo dijo a los tres:

—Señores, mi misión ha terminado aquí. Ahora empieza la vuestra.

Ni el *frumentarius* ni los senadores pudieron objetar nada a las palabras del prefecto. Dueño Severo de Rávena, ellos tenían que quedarse y transmitir el mensaje de Juliano. El pretoriano ni siquiera aguardó respuesta. Dio media vuelta y se marchó por donde había venido. Allí quedaron los tres hombres con sus bagajes, sus caballos y esclavos, pero completamente desprotegidos. En manos de Severo, les esperaba posiblemente la muerte, pero negarse a obedecer las órdenes de Juliano suponía una ejecución segura, más aún cuando se enterara de la derrota de sus pretorianos, cuando le informaran de que su enemigo se había apoderado de la flota de Rávena y de que la ciudad y el puerto se habían pasado a Severo sin luchar.

Los excónsules miraron a Aquilio con desconfianza y se apartaron de él para poder hablar con mayor libertad. El *frumentarius* entendió perfectamente la maniobra y les adivinó el pensamiento. No dejaba de observarlos mientras hablaban, de leer sus labios y sus gestos. Aquellos hombres no eran idiotas y sabían perfectamente que Severo se reiría de lo que tenían que decirle. Estaban poniéndose de acuerdo para pasarse al bando del general, para engrosar sus filas y ofrecerles su dignidad senatorial, de modo que Severo contara también con cierto apoyo institucional. Los senadores siempre habían sabido venderse bien. Salvarían el pellejo. Pero ¿qué tenía él que vender a Severo? ¿Qué iba a ofrecerle quien no tiene nada sino un turbio pasado de crímenes y envenenamientos? Siguió pensando mientras se abrían las puertas de la ciudad y los soldados los desarmaban antes de dejarlos entrar. Los tres fueron custodiados por el centro de la urbe hasta llegar al palacio que ocupaba Severo. El general los recibiría ahora mismo, de uno en uno. Aquilio se temió lo peor. Primero entró Vespronio Cándido, sudoroso y temblando de miedo. Pero salió pronto, con el rostro visiblemente aliviado. Incluso sonrió a Valeriano Catulino, que fue el siguiente en entrar. Tardó lo mismo en salir que su predecesor, también con rostro relajado y tranquilo. Cuando llegó el turno de Aquilio, los excónsules lo miraron como quien mira a un reo condenado a muerte. No sabían a qué venía ni cuál era su misión. Pero sí sabían que aquel centurión no tenía nada que dar a cambio de salvar la vida. Se abrieron las puertas y dos soldados lo cogieron cada

uno de un brazo y lo condujeron adentro. El *frumentarius* observó cómo los hombres del general guardaban el pasillo por donde él era conducido con las espadas desenvainadas. Se detuvieron a unos diez metros de Severo, el único que permanecía sentado en la sala, sobre un trípode militar sencillo, pero con más majestad y poder que si estuviera sentado en un trono. El comandante fue el primero en hablar:

—Supongo que no querrás que perdamos el tiempo, ¿verdad, Aquilio?

El espía se estremeció. Aquel hombre no solo conocía su nombre, sino, posiblemente, también sus intenciones.

—No os haré perder el tiempo, césar. Seré breve.

—No me has entendido, Aquilio. Quiero decir que ambos sabemos a qué has venido. Puedes ahorrarte la pantomima y aceptar directamente tu destino.

El *frumentarius* observó cómo los hombres que hacían el pasillo habían dirigido, de forma casi imperceptible para él, las espadas hacia su cuello. Supo perfectamente a qué se había referido Severo al decirle que no perdiera el tiempo. Su destino ya estaba fijado, dijera lo que dijera.

—Acepto la muerte como algo natural, césar. Pero quizá, antes de partir, pueda aportarte algo de información.

Severo estalló en una sonora carcajada. También sonreían los hombres que apuntaban a su yugular.

—Siempre me ha encantado la habilidad que tenéis los *frumentarii*, incluso en los peores momentos, para urdir, engañar, ganar algo de tiempo y esperanza para seguir traicionando, envenenando, unas veces con palabras, otras literalmente.

Aquilio sabía que no saldría vivo de aquella entrevista, pero al menos le satisfizo poder intercambiar algunas palabras de inteligencia con quien iba a ser su ejecutor.

—¿Creéis, sinceramente, césar, que tenía la intención de cumplir las órdenes de Juliano?

—¿A qué has venido, si no?

—A desvelaros su plan.

—¿Ahora que te has visto descubierto?

—¿Cómo no ibais a descubrirlo? Toda Roma conoce mi pasado. Juliano me ha enviado a una muerte segura. Mi única salvación era deciros la verdad.

Severo sabía que era muy probable que aquel hombre fuera sincero, pero, en todo caso, no podía dejar vivo a alguien tan peligroso sin tener certeza absoluta de su fidelidad.

—Sabes que eso no importa, Aquilio. No puedo arriesgarme.

—Sí. Lo sé —reconoció.

—Lo que no entiendo es por qué no te has negado a venir — dijo Severo, a quien no le caía tan mal el hombre que iba a matar en unos instantes.

—Un césar está acabado cuando no se le puede decir que no. Juliano está asustado, paranoico. Observa cómo tampoco los senadores han podido negarse, y su misión era más absurda incluso que la mía.

—Cierto —reconoció Severo.

—Fijaos en Vespronio Cándido. Venía a anunciaros vuestra condena como enemigo público. Y no solo eso. Os debía decir que también todos los soldados que os apoyan serán declarados enemigos públicos.

—Sí.

—No puede haber mayor estupidez. ¿También va a declarar Juliano enemigos públicos a las dieciséis legiones que os apoyan en las diferentes provincias que habéis ganado para vuestra causa?

—Sí. Una gran estupidez —reconoció Severo.

—Eso demuestra lo perdido que está Juliano. Y por si fuera poco, Valeriano Catulino venía para levantaros de esa silla y sentarse él en vuestro lugar. Venía a hacerse cargo de vuestro ejército con su sola presencia de hombre enclenque, que camina y parece que se va a romper una cadera, frente a miles de soldados fuertemente armados que os defenderán hasta la muerte.

—¿Cómo sabes que me defenderán hasta la muerte?

—Me basta ver cómo han luchado junto al río en inferioridad de condiciones y atisbar el brillo feroz en la mirada de estos veinte hombres.

—¡Te ha dado tiempo a contarlos! —rio divertido Severo, pero también asombrado de la capacidad de observación de aquel espía.

—Es mi oficio, césar.

—Lástima que tengas que morir.

—Lo entiendo —reconoció Aquilio—. Al menos, los senadores pueden ofreceros su apoyo. Hablar en vuestro favor a sus compañeros en Roma. Ir preparando vuestra llegada a la capital y vuestro futuro nombramiento como césar, pero yo no tengo nada que ofrecer…

—Estás muy seguro de que me nombrarán césar.

—Sí. Un poderoso adivino me lo ha confirmado.

—Ahora sí que me sorprendes, Aquilio. Te creía hombre de hechos, no de suposiciones ni profecías.

—Hasta hace poco, césar. Pero ese visionario me ha transformado. Solo se ha equivocado en una cosa.

—¿Cuál?

—Me dijo que saldría vivo de esta entrevista.

Severo volvió a estallar en una carcajada. Estaba divirtiéndose con

aquella conversación. Espías, política, intriga y ahora, uno de sus temas favoritos: adivinos y oráculos.

—Has tirado tu dinero, Aquilio —se burló sin malicia—. Yo te habría recomendado a un adivino de verdad. Tengo varios al servicio de mis legiones.

—No vaticina por dinero, césar —corrigió con humildad—. Es una especie de iluminado, pero ha llegado a convertirse casi en un amigo. Hasta los mejores cometen errores. En todo lo demás ha acertado.

—Dime en qué —preguntó Severo por curiosidad.

—Me anunció algo que solo me he creído cuando he llegado a los muros de esta ciudad.

—¿Qué?

—Me dijo que Juliano era un cadáver y que tú serás el próximo césar.

—Gracias, pero eso no te salvará la vida.

—Lo sé, césar.

—¿Qué más te dijo?

—Que tú sobrevivirás para llegar a Roma y matar a Juliano.

—En todo eso, me gusta. ¿Qué más?

—Me dijo que paseara la cabeza de Leto por las calles de Roma.

—¿Para qué?

—Para que todos vieran que yo lo había matado bajo tus órdenes y no las de Juliano.

—¿Cómo iba a creer eso el pueblo?

—Porque todos me verían entrar contigo cuando llegaras a Roma.

Severo volvió a reír sacudiendo la cabeza con admiración.

—Eres increíble, Aquilio. Con esta pantomima que te inventas, estás intentando hacerte imprescindible, venderme algo para poder salvar el pellejo. ¡Qué ingenio tienes!

—Te digo la verdad, Severo. Ese hombre me dijo que, así, tú serías el vengador de Pértinax, título que ha intentado robarte Juliano asesinando a Leto.

—¿Y qué tiene que ver tu augur con la muerte de Leto?

—Si no hubiera sido por él, se me habría escapado.

—Ahora resulta que el adivino es un ágil corredor —rio Severo, divertido por toda aquella historia.

—No, césar. Se limitó a decirme por dónde iba a huir Leto. Me indicó la salida de un pasadizo por donde pretendía escapar.

Severo cambió el gesto. Su pregunta fue directa, certera:

—¿En palacio?

—Sí.

—¿Y ese hombre conoce los pasadizos de palacio?

—Sí. Él dice que es el guardián de las puertas de palacio y del Averno.

—¿Estás hablando de Herodiano? —preguntó muy serio Severo con la mirada fija y afilada, como las espadas que apuntaban a su yugular.

Aquilio recordó ahora las palabras exactas del atriense. Las reprodujo de memoria:

—Así es. Se trata de Herodiano, el que antaño fue atriense de Pértinax. Me dijo que cuando viera peligrar mi vida te dijera que conozco al guardián de las puertas.

Severo se levantó de su asiento de un salto. Avanzó sin miedo hacia Aquilio y con la mano derecha hizo una señal a sus hombres para que apartaran las espadas del cuello del espía.

—¿Me estás diciendo la verdad? —encaró Severo a Aquilio mirándolo profundamente a los ojos.

—Sí, césar.

—No mientas.

—Nadie miente a las puertas de la muerte.

—¿Qué viste en su mirada, Aquilio? Descríbeme los ojos de Herodiano la última vez que lo miraste a la cara.

El *frumentarius* habló sin pensar:

—Eran los ojos de un adivino ciego, los ojos grises de un Tiresias, donde cabe todo el dolor del mundo.

Severo respiró profundamente y se dirigió a uno de sus hombres:

—Casio, di a los senadores que vuelvan a Roma a defender mis intereses. Que le digan a Juliano que rechazo sus términos y que Aquilio ha perdido la cabeza por traidor.

—A la orden.

El espía esperaba el golpe que acabara con él, de pie, sin inmutarse. Dejó que su mirada vagase por los amplios ventanales desde los que se veía el puerto de Rávena, para que su última visión fuera el azul del mar. Espero unos instantes y escuchó de nuevo las palabras de Severo.

—Aquilio, ve con mis hombres por aquella puerta. Los senadores no han de verte hasta que hayan abandonado la ciudad.

—¿Cómo?

—Nadie debe saber que vives hasta que entremos en Roma.

—No entiendo nada, césar.

—Claro que lo entiendes, Aquilio: el guardián de las puertas acaba de salvarte la vida.

52. LAS VÍRGENES VESTALES

Juliano esperaba las noticias de Rávena convencido de que allí acabaría la aventura de Severo. Antes de que volvieran sus emisarios, ya había decidido renovar y embellecer las estancias de palacio. En sus dormitorios, había hecho cubrir los lechos con colchas de oro y adornar las paredes con finos tapices persas. Para celebrar la derrota de Severo, había dado orden de preparar festines de distintos colores según el día: el próximo sería de color verde, al siguiente verdemar y después azulado. Era la primera vez que Juliano estaba entusiasmado en mucho tiempo, porque esperaba buenas noticias y quería festejarlas por todo lo alto. Había insistido en que prepararan vino aromatizado con almáciga y poleo y que fabricaran un vino rosado más oloroso del habitual, a base de trozos de piñas resinosas. Se servirían, además, en los próximos banquetes morcillas de ostras, langosta, cangrejo y quisquillas, que comería él, con sus invitados, en unos triclinios de plata cubiertos de rosas, bajo pórticos donde ya colgaban lirios, violetas y jacintos.

Herodiano estaba al tanto de todas estas excentricidades, aunque procuraba no dejarse ver por los pasillos de palacio. Sabía que no tardarían en volver los mensajeros que había enviado el césar y quería tener los oídos y los ojos bien abiertos, por si Severo necesitaba su ayuda en cualquier momento. Se daba cuenta de que Juliano no era capaz de prever la situación ni parecía interesado en preparar la defensa. Aquel hombre cruel que, antaño, había sido hábil y eficaz en el crimen, ahora dedicaba su tiempo exclusivamente al lujo y el placer, olvidado de todo, evadido de sus responsabilidades, inmerso en la vida fácil y ostentosa que siempre había llevado. Se había vuelto más extravagante aún de lo que ya era: solo nadaba en piscinas rociadas con perfumes o azafrán y únicamente se acostaba en lechos con pelo de liebre o con las plumas que las perdices tienen debajo de las alas.

Todo ese tren de vida y manías se le atragantó el día en que Tulio Crispino regresó a Roma. Juliano no lo esperaba tan pronto ni tampoco que hubiera perdido a más de un centenar de soldados en aquella misión. El césar se llenó de temor y desesperación cuando le contaron que Severo se había apoderado de Rávena y estaba a doscientas millas de Roma.

—¿Cómo has permitido que entre en Rávena?

—Ya estaba allí cuando llegué, césar —se defendió Crispino—. Nos recibió desde lo alto de las murallas.

A Juliano no le entraba aquello en la cabeza. Severo había recorrido más de seiscientas millas en un tiempo imposible. Comenzó a pasear de un lado a otro de la estancia como si fuera un animal enjaulado.

—¿Cómo ha podido llegar tan pronto? —preguntó el césar.

—No lo sé. Viaja con caballería legionaria. Ha debido venir a marchas forzadas.

—¿No habéis podido atentar contra él?

—Imposible. No nos pudimos ni acercar.

—¿Y las bajas?

—Antes de llegar a la ciudad, entablamos combate con parte de sus tropas y pusimos en fuga a sus jinetes —quiso excusarse el prefecto.

Juliano no preguntó más por ese combate. No le importaba nada más que ver muerto a Severo. Crispino se sintió aliviado. Habría sido muy difícil justificar más de cien bajas frente a ninguna del enemigo.

—¿Y no han podido atentar contra Severo los emisarios? —preguntó Juliano.

—Fueron los únicos a quienes se permitió entrar en Rávena, pero fracasaron.

—¿No hizo caso a los excónsules?

—No, césar. Fueron despedidos por Severo sin apenas escucharlos y se nos unieron de regreso a Roma a los pocos días.

—¿Y Aquilio?

—Aquilio tuvo peor suerte, césar. Me dicen los excónsules que perdió la vida en el intento.

A Juliano no le importaba que aquel hombre hubiera muerto, sino que no hubiera conseguido su objetivo.

—Ni para eso ha servido ese estúpido espía.

El prefecto calló, pero no le gustó aquel comentario egoísta de Juliano. A él tampoco le caían bien los *frumentarii*, y menos aquel, conocido jefe de espías, que hacía las veces de envenenador y sicario cuando era preciso. Pero aquel hombre no dejaba de ser un soldado que había marchado a una misión casi suicida y había muerto en cumplimiento de su deber. Merecía algo de respeto. Mientras rumiaba la mezquindad del césar, Juliano continuó:

—¿Y esos estúpidos senadores no han conseguido tampoco nada?

—Absolutamente nada —respondió el prefecto.

—¡Vaya montón de inútiles! —volvió a quejarse Juliano.

Todo esto lo escuchaba Herodiano, que permanecía al otro lado de la pared, en un pasadizo estrecho, sin apenas moverse ni respirar para no delatarse. Se movía con sigilo por todas las estancias y prestaba atención a todo lo que ocurría en palacio. Procuraba no dejarse ver. Sabía que Juliano le temía y había dado orden de que no lo molestaran. Era como un fantasma que vagaba lejos del césar y así era

como quería tenerlo el emperador, lejos. Él, en especial estos últimos días, no se arriesgaba a salir de sus escondrijos cuando los soldados estaban cerca. Se reservaba para ser útil a Severo. Y le extrañaba que hubiera dado muerte a Aquilio, tal como estaba escuchando de labios del prefecto. Pero en la guerra es muy fácil cometer errores. Aun así, no le dio crédito a aquella información. Algo le decía que estos dos hombres, Aquilio y Severo, estaban llamados a colaborar el uno con el otro. Le extrañaba que el prefecto no hubiera vuelto con la cabeza de Aquilio, si era verdad que Severo había acabado con él. Esa era la forma habitual de proceder en estos casos, si es que el oponente quería acobardar a Juliano y mandarle el mensaje inequívoco de que había descubierto su traición.

Herodiano siguió escuchando. Eso le permitía corroborar los hechos y adelantarse a los movimientos. Había conseguido forjarse una imagen muy fiable de la situación en Roma. Intuía que el comportamiento paranoico y opulento de Juliano ya le había deparado el desprecio de los pretorianos y el odio del pueblo. Pero ahora, sospechaba también que los senadores que habían vuelto de su entrevista con Severo estaban convenciendo al resto de los patricios de que debían apostar por ese otro césar. Esto último lo pudo comprobar el propio emperador en la siguiente sesión del Senado, donde los padres de la patria fueron testigos de otra estrambótica reunión en que Juliano pedía imposibles:

—He tomado una decisión, senadores. Una comisión formada por un gran número de vírgenes vestales y sacerdotes saldrá de Roma, acompañada de todos vosotros para interponerse al paso del ejército de Severo y convencerlo de su impiedad. Le rogaréis con las sagradas cintas desplegadas por el suelo que no avance contra Roma. Le diréis que dar un paso más sería un matricidio, un crimen horrendo contra la patria y los dioses.

Ya hacía tiempo que los patricios no se tomaban en serio las palabras de Juliano. Lo habían visto comportarse de modo demasiado amable con ellos, cuando su carácter siempre había sido arrogante y cruel. Sabían que tenía miedo de Severo, y por eso actuaba incluso de modo servil con los senadores. El pueblo no perdía ocasión de demostrarle su odio y los pretorianos eran los únicos que lo apoyaban. Mientras hubiera dinero.

—Vosotros, sacerdotes, vestales, senadores, vosotros lo detendréis con vuestra sagrada autoridad. Haréis retroceder a ese comandante que no respeta a su césar.

Solo faltaba que el cobarde de Juliano mandara a las vírgenes vestales y a los sacerdotes a frenar al justo general que venía a acabar con aquel emperador degenerado y cobarde. Los senadores solían escucharlo y darle la razón, para evitar problemas, pero aquel día

algunos de ellos se permitieron también el lujo de la insolencia:

—Con permiso, césar.

Se había levantado Plaucio Quintilo, que antaño fue cónsul y ahora desempeñaba el cargo de augur.

—No quiero interrupciones —cortó Juliano.

Pero el senador no estaba dispuesto a callarse, porque no tenía miedo. El único que estaba aterrorizado en aquella sala era el césar.

—No interrumpo nada. Estamos tratando un asunto político y religioso a la vez. Pues bien, tengo algo que decir, porque, como bien sabes, he sido cónsul y ahora augur, con lo cual creo poder hablar en nombre de todos.

Los senadores asintieron visiblemente y Juliano, que siempre había sido un hombre supersticioso, y ahora más, no quiso polemizar con aquel augur, que vigilaba el vuelo de las aves e interpretaba los designios de los dioses. Más calmado, le preguntó:

—¿Qué tienes que decir?

—Me opongo a esa decisión —soltó Quintilo como un mazazo.

—Es una orden.

—Pues me opongo a esa orden.

A Juliano comenzó a temblarle la barbilla. ¿Cómo se atrevía aquel viejo senador, ahora sacerdote a llevarle la contraria? Iba a hablar, pero no le salía la voz del cuerpo. Juliano se iba llenando de ira y el augur aprovechó esos instantes para argumentar.

—No deben salir las vírgenes vestales ni los sacerdotes ni tan siquiera los senadores a combatir o persuadir o asustar a un comandante al frente de su ejército. Ese no es nuestro cometido.

—Vuestro cometido será el que yo diga —gritó Juliano como un niño enfurruñado.

—No —rebatió el augur—. Pues los dioses de Roma son los primeros que nos han enseñado que no debe regir el Imperio un hombre incapaz de enfrentarse con las armas contra su enemigo.

Juliano no esperaba aquella respuesta. ¡No podía ser! Aquel patricio lo estaba llamando cobarde delante de todo el Senado. No hizo falta más ni los senadores dieron ocasión a que Juliano respondiera. La inmensa mayoría aprobó las palabras del augur. El césar miraba con ojos de loco a todo el mundo, pero a nadie le importaba ya ese hombre. No esperaron a que diera por finalizada la sesión. Los padres de la patria fueron saliendo en orden y sin prisas de la Curia, sin ni siquiera mirar al emperador, a quien parecía que iba a darle un ataque. Entonces Juliano hizo llamar al prefecto Julio Flavio Genial, porque apenas contaba con Crispino desde que regresó vencido de Rávena. Lleno de ira, le pidió que enviara soldados desde el campamento pretoriano para que redujeran a los senadores a obediencia o, si no, los masacraran allí mismo. El prefecto no era un

hombre torpe y, de inmediato, se dio cuenta de la estupidez de aquella resolución. Esperó un poco a que se calmara Juliano y, sin miedo, le dijo:

—Esa decisión os perjudica, césar.

Juliano no esperaba que aquel oficial también le llevara la contraria. Pero se estaba quedando sin gente que obedeciera sus órdenes. Quiso serenarse y preguntar:

—¿En qué sentido?

Resultaba curioso que él, simple militar, tuviera que explicarle al césar cuestiones básicas de mando y política. Intentó hacerlo de la forma más sencilla posible:

—No podéis masacrar al Senado, césar. Es quien os ha nombrado emperador.

—Sí.

—Y es quien ha declarado enemigo público a Severo.

—Ya lo sé.

—Entonces perderíais vuestra legitimidad, una de las pocas ventajas que os quedan frente a Severo.

Juliano entendió que estaba atado de pies y manos. No dijo nada. Miró las puertas de la Curia con desesperación y vio salir a los últimos senadores. No sabía qué hacer. Necesitaba una señal del futuro, una pista, una guía que le enviaran los dioses a través de las profecías.

—Volvemos al palacio imperial —ordenó el césar dando por finalizada la conversación.

El prefecto entendió que le daba la razón y dispuso la tropa para que acompañara al emperador por las calles de Roma.

Juliano tenía ganas de regresar a palacio cuanto antes. Necesitaba conocer lo que el destino le deparaba. Tenía que indagar la voluntad de los dioses. Ver el futuro. Y lo precisaba urgentemente. Necesitaba de forma imperiosa oír la voz del más allá. No le quedaba tiempo. Tendría que recurrir a los espejos.

53. EL ESPEJO

Juliano siempre se había rodeado de adivinos y nigromantes. Era un fervoroso practicante de todo tipo de ritos mágicos, incluso los más nuevos, los extranjeros, los más ajenos a la cultura romana. Conocía las artes de la hechicería y gastaba a diario mucho dinero consultando los hados y pagando caras ceremonias ilegales donde incluso algunas personas perdían la vida. Aquello era un delito prohibido por las autoridades romanas, pero Juliano siempre había sabido saltarse esas normas, más aún ahora que era emperador y que dictaba leyes a capricho. Había realizado en palacio muchos hechizos con conjuros profanos, pero no se había atrevido hasta ahora con el más potente de todos ellos, un rito mágico asirio-egipcio en que se inmolaban seres humanos delante de un espejo. La ceremonia era complicada, pero permitía conocer algún desastre futuro de antemano y poder evitarlo.

Juliano hizo que trajeran inmediatamente a su presencia a Arnufis, era uno de los mejores taumaturgos del mundo en ejercer la catoptromancia, aquella disciplina mántica oriental que permitía ver el futuro en un espejo. El césar necesitaba imperiosamente recurrir a aquellas artes, ahora que se encontraba en una situación desesperada.

El adivino llegó con su larga barba rizada, de hebras negras y rojas, bajo unos ojos negros, que destacaban sobre el maquillaje de polvo de plomo con que se había hecho cubrir toda la cara, incluso las cejas. Llevaba un gorro frigio, levantado como si fuera una torre sobre su cabeza, de un azul intenso, que contrastaba con el amarillo fuerte de su vestido, todo de seda, orlado en púrpura. Sus movimientos eran extraños y ligeros, como si sus pies, calzados con finas sandalias, no pisaran la tierra, sino que levitaran sobre ella. El suyo era un andar más cercano a la danza que al caminar propio de los sirvientes de aquella casa, que, aunque sigilosos, no dejaban de ser terrenales. Arnufis, en cambio, exhalaba un vaho de espiritualidad por cada uno de los poros de su piel. Su rostro parecía el de un oráculo; su voz, suave y monótona, se volvía áspera y violenta cuando oficiaba algún rito mágico. Juliano lo interpeló directamente. No tenía tiempo que perder:

—Arnufis. Es urgente. Tenemos que invocar el espejo.

Desde que entró en la sala, el adivino ya había leído la inquietud y el nerviosismo en el rostro demacrado del césar. Había llegado a conocer bien sus reacciones en el poco tiempo que llevaba en palacio.

—¿Qué queréis saber? —preguntó yendo directamente a la cuestión.

—El futuro… cómo acabar con Severo… cómo proteger mi vida…

Era evidente el nerviosismo de su cliente, que hablaba atropelladamente. Arnufis quiso serenarlo un poco, para poder actuar con más precisión.

—Todo lo descubriremos, césar. El espejo te lo dirá todo. Piensa que la catoptromancia permite ver hechos pasados, presentes o futuros.

—Me interesa el futuro, el futuro inmediato. La forma de matar a Severo.

—Se hará, césar. Se hará. La adivinación del espejo también permite descubrir a tus enemigos, observar lugares lejanos e incluso identificar a los que practican otras disciplinas mágicas contra ti.

—¿También eso?

—Sí.

—Me interesa. Estoy seguro de que Severo usa magia negra contra mí.

—La ceremonia que te propongo logrará descubrirla y anularla. El espejo es la fuerza mágica más potente que existe. Incluso se puede invocar a espíritus.

—¿Sí? —preguntó Juliano asombrado.

—No solo eso. El rito permite convocar a demonios y malos espíritus y, si es necesario, incluso encerrarlos dentro de los espejos.

—Magnífico. Si es tan potente logrará acabar con Severo.

—Por supuesto, césar.

—Prepáralo todo, Arnufis. Sin reparar en gastos.

—No se trata solo de dinero, césar…

El egipcio adoptó un gesto de decepción, para indicar a Juliano la dificultad que entrañaba realizar una ceremonia de este tipo.

—¿Qué necesitas?

—Tú conoces bien las artes mágicas, dómine. Los dioses manifiestan el futuro sirviéndose de médiums, individuos receptivos a través de los que habla la divinidad. Este rito precisa de substancias y personas especiales.

—Soy el césar y todo lo puedo, Arnufis. ¿Qué substancias?

—Por de pronto necesitamos un hongo alucinógeno que crece los días de luna llena y que llega a provocar la muerte. Es el mismo que la bruja Ericto dio a un cadáver para que le revelara el futuro, la visión del inframundo.

—Para mí, será fácil conseguirlo.

—No me preocupa la substancia, césar. Sé dónde encontrarla. Se llama hongo de Dionisos.

—¿Qué te preocupa, pues?

—El médium. Debe tener unas características especiales y…

—¿Y qué?

—Antes he comentado que la substancia provoca la muerte.

—Bueno, no será la primera vez que un esclavo dé la vida por su señor.

—César, el vidente no puede ser esclavo. Debe ser romano, libre, y que tenga entre seis y ocho años de edad.

—Basta de peros, Arnufis. Te he dicho que el césar todo lo puede. Dime cómo se desarrolla el ritual.

Viendo el adivino que no había dificultad en sacrificar a un niño, ni en encontrar las drogas, ni en pagar lo que fuera necesario para ocultar aquellos ritos mágicos, le contó a Juliano lo que quería saber.

—Los niños libres son los únicos videntes receptivos, césar. Primero se les administra la substancia, el hongo de Dionisos, que excita su facultad profética y conecta al vidente con las potencias sobrenaturales. Como su destino es morir, cuenta lo que ve en las puertas del más allá, entre un mundo y otro, cuyo límite es el espejo. Los muchachos entran en estado de trance con los ojos vendados y, en el momento oportuno, se les quita la cinta de los ojos y se les pone delante del espejo. Ahí ven reflejada la observación profética y cuentan la verdad de lo que ven, tal cual, porque los niños tienen espíritu puro y, por ello, son los médiums apropiados para este rito tan delicado. Antes de quitarle la venda de los ojos, yo mismo susurraré a la oreja del chiquillo las fórmulas mágicas oportunas que propiciarán el acto adivinatorio. Son palabras de evocación y sugestión pronunciadas en antiguo egipcio, la lengua de los faraones.

—¿Y podremos ver el futuro?, ¿lo que va a pasar con Severo?

—Lo verá el niño, que nos lo contará tal como es.

—¿Y qué pasa si el futuro es adverso, si es contrario a mis intereses?

—Lo cambiaremos, césar. El espejo permite varias cosas: la primera anular la magia que se pueda estar usando contra vos, la segunda descubrir el futuro y cambiarlo si conviene hacerlo.

—Adelante, Arnufis. Esta noche, la próxima noche. Lo antes posible.

Aquella misma noche, todo estuvo dispuesto en una de las estancias privadas del césar. Secuestrar a un niño y conseguir una poción de aquel veneno había sido cuestión de horas. La guardia pretoriana tenía orden de no interrumpir de ningún modo el desarrollo de aquella ceremonia e impedía el acceso a las habitaciones privadas en que se estaba celebrando. Dentro solo se encontraba Arnufis, con dos ayudantes y el propio césar, que ocupaba un cómodo asiento desde donde veía al niño, ya con los ojos tapados, y al espejo delante de él. De esta manera podía observarlo todo a un tiempo, aunque Arnufis había insistido a Juliano en que solo vería en el espejo la figura del muchacho, porque el médium era el único que podía contemplar el

futuro reflejado en él. Arnufis llevaría la dirección de todo aquel rito y daría las claves y la interpretación al césar.

El niño, de unos siete años de edad, de pelo negro rizado y bien vestido, había comenzado a divagar por el uso de las substancias que ya le habían administrado. Empezó a cantar con voz quebrada, pronunciando palabras sin sentido y tambaleándose a izquierda y derecha. Los asistentes de Arnufis lo sujetaron de los brazos y el adivino egipcio dio inicio a la ceremonia:

—Atento, césar. Todo va a empezar.

Un temor reverencial invadió a Juliano, acostumbrado a todo tipo de artes mágicas, pero que nunca había presenciado un rito tan atroz. El niño estaba en trance, divagando, con los ojos vendados. Los asistentes de Arnufis lo sujetaban de los brazos y, cuando el mago egipcio quería que el muchacho atendiera a sus palabras, clavaba un pequeño punzón que tenía en la mano derecha sobre uno de sus brazos provocándole un grito de dolor.

—¡Agg!

El niño prestó ahora toda la atención a Arnufis, que susurraba a sus oídos palabras pronunciadas en una lengua extraña, con fórmulas mágicas que facilitaban el acto adivinatorio. El chiquillo escuchaba con esmero y asentía como si entendiera todas y cada una de aquellas palabras proféticas.

—Quitadle la venda de los ojos —ordenó Arnufis.

El niño se quedó pasmado mirando su imagen delante del espejo. Abría y cerraba los ojos como quien no acierta a ver nítido, como quien tiene la mirada perdida. Arnufis apuñaló de nuevo otro brazo.

—¡Agg!

—¿Qué ves?

—Las puertas, las puertas…

—¿Qué puertas?

—Las puertas del infierno.

—Mira dentro. Mira dentro —ordenó Arnufis.

El niño adelantó el cuello hacia delante haciendo un esfuerzo por ver en el espejo. Sudaba mucho, temblaba como si le fueran a dar convulsiones. De pronto soltó un grito:

—¡Socorro!

—¿Qué ves, niño?

—La guerra, la muerte, sangre.

—¿Ves un ejército? —preguntó Arnufis.

El chiquillo no respondió. Se quedó mirando el espejo con la mirada ida, con el corazón latiéndole como si se le fuera a salir del pecho. Otra punzada lo hizo responder:

—¡Agg! Sí, un ejército, soldados, guerra, sangre.

—¿Están entrando en Roma?

—Sí, entrando en Roma.

—Descríbeme a su general, ¿cómo es?

—Pelo negro y rizado, barba larga, fuerte, ojos hundidos, negros.

—¿Le llaman Severo?

—Sí. Sí. Le llaman Severo. Cabalga sobre un caballo negro. Va hacia el palacio imperial, matando gente. Sus soldados…

—¿Dónde está el emperador?

El niño abrió y cerró los ojos haciendo un esfuerzo infinito. Muy pronto, respondió:

—Está en el palacio. El césar está en el palacio.

—¿Lo ves?

—Sí. Lo veo.

—¿Se enfrenta a Severo?

—No. Huye. Está huyendo.

—¿De quién?

—De los soldados. ¡Que lo cogen! ¡Que lo cogen!... —al niño parecía que le iba a dar un ataque.

Juliano asistía a todo aquello verdaderamente aterrorizado. Le parecía estar viendo cómo aquellos soldados lo perseguían por los pasillos de palacio. Estaba completamente sugestionado. Sudaba también como aquel muchacho, que estaba al borde del colapso.

—¿Lo han cogido? —preguntó Arnufis.

El niño no hablaba. Los sirvientes del adivino egipcio lo sujetaban por los brazos, parecía un muñeco de trapo roto.

El último pinchazo fue más profundo. El chiquillo apenas se quejó:

—¡Agg!

—¿Qué ves? ¿Qué ves?

Sin fuerzas, a punto de desfallecer, el niño dijo:

—El soldado ha entrado en palacio.

—¿Solo uno?

—Sí. Solo uno.

—¿Y el césar?

—Está muerto.

—¿Qué dices? —gritó Arnufis sin poder disimular una mirada de alarma.

—Él césar está muerto —corroboró el niño.

Arnufis miró por un momento el rostro demacrado del emperador y quiso tranquilizarlo.

—Ahora cambiaremos ese futuro, césar.

Arnufis agarró al muchacho por los hombros y le gritó:

—¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

El niño, desfallecido, apenas acertó a responder en un hilo de voz:

—Dame la mano.

—¿Qué? —preguntó el adivino.

El muchacho no respondía. Arnufis clavó de nuevo el punzón sobre uno de sus brazos. El niño no contestó, ni se quejó. Estaba completamente muerto.

—Lleváoslo —ordenó a sus subalternos.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? —preguntó Juliano verdaderamente aterrorizado.

Arnufis tenía que pensar algo, rápido.

—¡La mano!

—¿Cómo que la mano?

—Ha dicho que para cambiar el futuro, para evitar vuestra muerte y vencer sobre tus enemigos, habrás de darle la mano.

—¿Darle la mano a quién?

—A Severo.

—¡No entiendo nada, Arnufis! —gritó el césar desesperado.

—El niño ha dicho «dale la mano». Eso te salvará y condenará a Severo. Dale la mano, césar, es decir, ofrécele la paz, ofrécele compartir el poder. Los dos, dos coemperadores, como en tiempos de Marco Aurelio y Lucio Vero. Ofreciéndole compartir el poder salvarás la vida y mantendrás el Imperio. Ese es el camino que te indican los dioses. Eso es lo que te recomienda el espejo, césar.

Juliano quedó pensativo. Respiró hondo y se fue tranquilizando poco a poco. El espejo le había aconsejado congraciarse con Severo y ofrecerle el cogobierno. A menos, los dioses y el destino le indicaban un camino de salvación.

Juliano había visto por fin una salida. En lugar de masacrar al Senado, como había sido su primera intención, pidió a la asamblea que redactara un documento oficial del máximo nivel:

—Senadores. Sabéis que solo pienso en el bienestar de Roma. Por eso os traigo hoy una nueva proposición.

Los padres de la patria se tomaban a risa las últimas propuestas de Juliano. Aquel hombre no era ya ni sombra de lo que era. Si antes lo temieron por su astucia y su crueldad, ahora se burlaban abiertamente de él. Si antes envidiaron el poder omnímodo que le proporcionaba su dinero, ahora despreciaban los lujos de que se rodeaba, las colchas de oro que cubrían sus camas, las prostitutas engalanadas con perlas y esmeraldas que amenizaban sus noches de juerga y dados. Aquel césar era ahora un hombre vencido, humillado, servil, a quien ni el dinero ni el poder le servían de nada, porque todos entendían que Severo tardaría poco en llegar y que nadie iba a defenderlo cuando llegara.

—Mi propuesta es repartir el Imperio con Severo, para así evitar una guerra civil.

Los senadores no esperaban aquello. ¡Compartir el poder Juliano, el ser más egoísta y pagado de sí mismo de toda Roma! Él, que no compartía ni las migajas que caían de su mesa. Los patricios pensaron que era otro engaño y callaron. Pero Silio Mesala quiso agradarlo, a él, a quien tanto debía, y dijo:

—Una medida muy inteligente, césar.

Juliano agradeció el gesto. Era consciente de que los senadores lo despreciaban cada vez más abiertamente. Pensó que era lo menos que tenía que hacer Mesala, a quien él había dado su puesto en el Senado. Aquel hombre había sido condenado por Pértinax cuando fue gobernador de África, por corrupción, avaricia y licenciosidad. Fue el propio Juliano quien lo rehabilitó y lo introdujo en su círculo de confianza. Todos aquellos a quienes criticó Pértinax eran merecedores de su confianza, aunque fueran corruptos y degenerados, como el propio Mesala, o quizá por eso.

—Gracias, Mesala. Sé que hablas en nombre de todos.

Las risas de los senadores incomodaron a Juliano, que se sentía aborrecido y odiado por la mayoría de patricios que componían aquella asamblea. El día que pudiera librarse de Severo ajustaría cuentas con aquellos arrogantes aristócratas. Volverían los tiempos en que todos comerían de su mano, de sus sobras, temerosos de su poder y su dinero. Ahora, tenía que seguir disimulando.

—Pues, bien —continuó el césar—. Os pido que redactéis un documento oficial para repartir el Imperio y ofrecer el cogobierno a Severo.

Callaron los senadores, valorando en su justa medida aquella propuesta. No les parecía una mala idea a corto plazo. Eso podría aplacar a Severo y frenar la guerra civil que se avecinaba. Pero en el largo plazo, la medida sería inútil, porque los generales Albino y Níger se verían tentados a tomar también el poder. ¿Por qué iba a obtener el cogobierno Severo y no ellos? ¿Por haber llegado antes a Roma? Ellos también tenían legiones a su cargo con que hacer valer su fuerza. Si Juliano había comprado el Imperio con dinero y su protección sobornando a los pretorianos, por qué no iba a merecer el trono otro hombre como él, con más tropas a su cargo, con más méritos, con la misma falta de autoridad que Juliano. Nadie acataba ya la potestad del Senado y, así las cosas, no había leyes que respetar ni legitimidad que oponer ante cualquier golpista. Los senadores sabían que la guerra se cernía sobre Roma de modo irreparable, que Juliano gobernaría solo hasta que llegara un nuevo tirano, y después cualquier otro que fuera capaz de masacrar al resto con la fuerza de la violencia. Eso era en lo que se había convertido el Imperio de la mano de corruptos y ambiciosos como Juliano.

—¿Estáis dispuesto a compartir el poder con Severo? —preguntó Plaucio Quintilo, que desconfiaba de las intenciones del césar.

—Sí, como en tiempos de Marco Aurelio y Lucio Vero.

Plaucio Quintilo pensó que aquello era una verdadera ofensa a la historia de Roma. ¿Cómo se atrevía aquel degenerado, aquel plutócrata sin escrúpulos, a comparase con el divino Marco Aurelio? Aquellos tiempos representaron la Edad de Oro del Imperio, la de los buenos gobernantes que solo pensaban en la estabilidad del Estado. Cuando Marco Aurelio fue proclamado emperador por el Senado, no quiso aceptar el cargo si en el mismo acto no se nombraba coemperador a su hermano adoptivo Lucio Vero, con el mismo rango y prerrogativas que él. Ese acto de generosidad, como todos los que mostró el emperador filósofo a lo largo de su vida, no podía compararse con la vileza de los tiempos actuales, con personajes ambiciosos, crueles, canallas, como aquel Juliano al que ya aborrecían todos.

—¡Qué generosidad la vuestra, césar! —no pudo aguantarse Quintilo, a quien le quedaba el recurso de la ironía—. ¡Compartir el poder! Vos, que sois césar por méritos propios y que seguiríais siéndolo sin peligro hasta el fin de los tiempos.

Hasta el propio Juliano entendió la sutileza de aquella ironía y supo que Quintilo se estaba burlando de él, una vez más.

—Así evitaremos una guerra civil —se defendió el emperador.

—Que vosotros ganaríais sin lugar a dudas, césar —continuó Quintilio—. Estoy seguro de que, en cuanto Severo llegara a ver vuestra apostura, vuestro aire marcial, la fuerza y la valentía que emana de vuestra mirada, se acobardaría y retrocedería de nuevo hasta las fronteras de Iliria, sin atreverse siquiera a combatir.

Juliano tragó saliva. Quintilo lo estaba llamando otra vez cobarde, pero ahora, de otra manera distinta a la de la última sesión del Senado. Los patricios reían verdaderamente divertidos por la ocurrencia del augur.

—Redactad el documento y no se hable más —pidió cansado, tragándose su orgullo.

—Una última pregunta, césar.

Juliano estaba ya hastiado. Quiso terminar de una vez.

—Sé breve, por favor.

Plaucio Quintilo, al igual que el resto de los senadores, sabía que Juliano no era sincero. Posiblemente aquello era otro engaño, otra treta para salvar el pellejo, porque todos en Roma sabían que, cuando Severo apareciera a las puertas, Juliano sería hombre muerto. No lo querían ni el Senado ni el pueblo. Si se mantenía en el poder aún, era simplemente por obra de los pretorianos, que también lo despreciaban y se burlaban de él. Además, los senadores sabían que los soldados no estaban bien entrenados para resistir el ataque de las tropas de Severo. Tanto ellos como el pueblo conocían ya el desastre de los pretorianos en la escaramuza junto a Rávena. Estaban al corriente de que, con la mitad de efectivos, las tropas de Severo endosaron una vergonzosa derrota a los pretorianos y les causaron importantes bajas. Juliano se había convertido en un títere, un muñeco engalanado con oro a quien nadie respetaba ya. Todos lo sabían, y por eso sospecharon que la idea de ofrecer el cogobierno era una pantomima, un último intento de asesinar o envenenar a su oponente, como ya había pretendido hacer en Rávena.

—¿Queréis que hagamos una copia del documento donde dejemos en blanco el nombre del coemperador?

—No entiendo —dijo perplejo Juliano—. ¿Una copia para qué? ¿En blanco para qué?

—Por si Severo muere de repente.

—¿Por si muere?

—Sí, césar. Pensad, por un momento, que ese hombre muere por algún motivo, algo que coma y le siente mal o por simple capricho de los dioses. Hoy estamos aquí, mañana allí, ya sabéis… Con una copia del documento podríamos añadir otros nombres, el de Albino o el de Níger, por ejemplo.

Juliano se llenó de ira. Aquella burla era insufrible. ¡Qué ocurrencia! Un documento en blanco para rellenar con el nombre de

otros generales. ¿Qué se creía? ¿Que iba a ofrecer el cogobierno a todos? ¿De qué lo estaba acusando? ¿De que iba a envenenar a Severo cuando pudiera y hacer lo mismo con los otros generales? Se fue encendiendo más sin saber cómo responder a aquel escarnio. Mesala se dio cuenta y quiso intervenir antes de que la sesión se le fuera de las manos.

—Propongo que redactemos ahora mismo el documento, senadores.

Los patricios dejaron de reír y miraron a Mesala con el convencimiento de que era un aguafiestas. Pero, bien pensado, era mejor así. Ya habían firmado todo tipo de documentos. Uno más no importaba. Les daba lo mismo que la intención de Juliano fuera engañar o no a Severo. El césar quería un documento oficial de ofrecimiento de coimperio y lo redactarían al momento. Todos tenían ganas de acabar ya.

Ver a los senadores cumpliendo al final lo que deseaba tranquilizó un poco a Juliano. Prefirió callar y dejar pasar todas aquellas burlas y risas. Estaba atado de pies y manos. Severo tardaría poco en presentarse en Roma y quería hacerle llegar aquel documento lo antes posible. Se lo llevaría el propio Crispino, con instrucciones muy claras: las de atentar contra Severo, por ver si podía tener éxito donde Aquilio había fracasado. Efectivamente, su intención real no era compartir el poder. Ni Severo lo aceptaría. ¿Por qué iba a quedarse con la mitad del Imperio cuando le bastaba alargar la mano para tomarlo entero? Juliano creyó que había encontrado la solución y que este segundo intento de envenenamiento tendría éxito, pero no sabía que varios agentes del enemigo ya estaban dentro de la ciudad indagando en todos los detalles de palacio, en contacto con algunos senadores que asistían a las reuniones de la Curia, tanteando los ánimos en los barrios más populosos de Roma, en las termas y teatros, en las tabernas de la Subura. Los hombres de Severo habían contactado con espías que Aquilio conocía bien y que ya, desde hacía días, trabajaban para Severo, no para Juliano. Ellos fueron aportando la información que necesitaba. Aquellos agentes se habían infiltrado incluso en el campamento pretoriano. Trabajaban con completa independencia unos de otros y pasaban sus informes a una sola persona. Aprovecharon parte de la infraestructura de vigilancia que tenía Aquilio. Solo unos pocos espías. Los de plena confianza. Entre ellos estaban los dos centuriones que le ayudaron a acabar con la vida de Leto. Ellos les comunicaron que Herodiano seguía vivo, oculto en los pasadizos secretos de palacio, en las cloacas y en los dobles fondos de algunas estancias, robando la comida que sobraba de las cocinas de palacio, como un fantasma sigiloso que escuchara detrás de las paredes. Los hombres de Severo supieron también que el pueblo se mostraba inquieto por la proximidad del ejército, que ya estaba a

menos de cien millas de Roma, pero, en el fondo, los ciudadanos estaban a su favor, pues acusaban a Juliano de cobardía. De los otros generales se habían olvidado, en especial de Níger, a quien habían invocado en un principio cuando se atrincheraron en el Circo, pero al que no le perdonaban que no hubiera acudido ya en su ayuda, que se demorara tanto en tomar una decisión. No le disculpaban su excesiva tardanza, como si no le interesara derrocar a aquel canalla que había comprado el Imperio. La plebe, por el contrario, elogiaba la rapidez de Severo y sentía admiración por él al enterarse de la prontitud con que había llegado a Rávena, de la valentía de su escasa tropa, de la rapidez de su avance.

55. LOS INFILTRADOS

Mientras Juliano inventaba este tipo de engaños y obligaba al Senado a firmar los documentos, las tropas de Severo no perdían el tiempo. Sus hombres ya controlaban los caminos y marchaban a toda prisa hacia Roma. Una avanzadilla de veteranos se había infiltrado en la ciudad, a escondidas, durante la noche, sin armas y con el aspecto de simples particulares. Tenían una misión muy clara: hacer llegar a los pretorianos las cartas de Severo en que les prometía inmunidad al resto si entregaban a los asesinos de Pértinax. Habían entablado relación con un oficial que era amigo íntimo del general, llamado Veturio Macrino, pretoriano de confianza que siempre había mantenido ocultas sus simpatías por Severo. Más aún en las actuales circunstancias. Él gozaba de acceso al palacio imperial y tenía como misión contactar con Herodiano. Por eso recorría, cuando no había nadie, las distintas estancias de palacio y, una vez dentro, con las puertas cerradas, se paseaba por el perímetro de las paredes y susurraba siempre lo mismo:

—¡Guardián! ¡Guardián de las puertas! ¿Estás ahí?

Sabía que Herodiano se ocultaba en los dobles fondos, los pasadizos, las paredes, aunque era posible que aquel atriense hubiera muerto, pues hacía tiempo que nadie lo veía aparecer como un fantasma por los pasillos de palacio. Pero Veturio tenía una misión, y era un hombre muy concienzudo.

—¡Guardián! ¡Guardián de las puertas! ¿Estás ahí?

La primera vez que lo oyó, Herodiano no hizo caso. Se mantuvo quieto, sin apenas respirar, para no delatarse aunque estaba a pocos centímetros de aquel hombre que susurraba a las paredes. Lo estudió. Se dio cuenta de que repetía aquella operación en distintas salas de palacio, en pasillos, en lugares apartados, siempre reiterando el mismo estribillo. A veces era él quien lo buscaba para estudiarlo, para intentar descubrir sus intenciones.

—¡Guardián! ¡Guardián de las puertas! ¿Estás ahí?

Herodiano barajaba dos posibilidades: o bien aquel militar era un enviado de Juliano, que se había cansado de él y pretendía matarlo, o bien era un emisario de Severo dispuesto a comunicar algún mensaje. No quiso arriesgarse en vano, pero, al segundo día de verlo vagar por las estancias de palacio susurrando como un loco a las paredes, aprovechó que aquel hombre se sentaba un momento para descansar en un trípode que había junto a un tabique para ser él quien en esta ocasión susurrara a las paredes.

—¿Quién busca al guardián?

Veturio dio un salto y encaró la pared por donde había escuchado la voz.

—Severo.

—Tú no eres Severo.

—Vengo en su nombre.

—Demuéstralo.

Le habían insistido en que al guardián de las puertas había que decirle siempre la verdad. Y aquel hombre era un profesional que sabía cumplir correctamente las órdenes.

—Solo me han dado una palabra en clave, guardián —dijo casi con veneración.

—¿Cuál?

—Tiresias.

Herodiano recordó que Severo era quien, por primera vez, le había dicho que tenía la mirada de un Tiresias, aludiendo a aquel augur, adivino ciego de la ciudad de Tebas que aparece en el canto XI de la Odisea, en que Ulises visita el Hades para consultar a su espíritu de qué forma podrá regresar a su patria Ítaca. Aquella clave bastaba, pero quiso poner a prueba a aquel hombre.

—Responde a una pregunta.

—¿Cuál?

—Dime si Aquilio está vivo o muerto.

—Vivo —respondió sin dudar.

Herodiano lo sabía. Sabía que Aquilio estaba destinado a entrar con Severo en Roma, a arrebatarle a Juliano el título de vengador de Pértinax, porque él no era vengador, sino asesino del gran general, del hombre honesto que pudo haber gobernado el Imperio y haberlo salvado de la corrupción y el crimen, que lo estaban pudriendo por dentro.

Herodiano salió por una puerta cercana y Veturio se alarmó. Cuando vio sus ojos de loco ciego, su pelo largo, enmarañado, que le llegaba a la cintura, la cara sucia de polvo y un gladio en su derecha, creyó que efectivamente era el propio Tiresias quien salía de las profundidades del infierno para revelarle el destino de los hombres, la verdad de la vida y la muerte, los caprichos del destino y de la condición humana. Se quedó paralizado delante de él, sin saber qué decir.

—¿Qué quiere Severo? —preguntó Herodiano, que se movía con inusitada agilidad entre aquellas paredes y ya había comprobado que la puerta estaba cerrada y nadie al otro lado.

—Hacer llegar una carta a los pretorianos.

—¿Una carta sobre qué?

—No estoy autorizado a revelarlo.

Veturio era un profesional. Su cometido era entregar a los pretorianos un mensaje, pero no debía desvelar su contenido, ni siquiera a aquel atriense, aunque le habían indicado que podía tener plena confianza en él. Por experiencia sabía que no se puede tener plena confianza en nadie. Cualquiera, en cualquier momento, puede apuñalarte por la espalda, los hombres de este mundo o los que vienen de otro, como aquel guardián de las puertas de palacio o de las del Averno.

—Tú eres pretoriano —indicó Herodiano, que se había fijado en el uniforme de aquel militar—. Estás dentro. Eres el más indicado para hacerles llegar esa carta.

—Pero necesito tu ayuda, guardián. Pues no sé a quién entregarla y a quién no.

Aquel pretoriano era muy reservado. Herodiano entendió que habría que sacarle la información sin que él mismo lo supiera.

—¿Y a quién te ha dicho Severo que la entregues?

—A todos los que no participaron en el asesinato de Pértinax ni tienen lazos con los asesinos.

Eso bastó a Herodiano para saber exactamente qué quería Severo de él y cuál era el contenido de la carta.

—Bien, pretoriano. Te diré lo que has de hacer.

Veturio escuchó con atención, pero con desconfianza. Aquel hombre apenas tenía información sobre la misión que le había llevado allí y ya se atrevía a aparentar que conocía todos los detalles de la operación. Lo miró a los ojos y sintió un escalofrío. Efectivamente eran ojos grises, de loco, de adivino ciego, pero de una profundidad que había visto en pocos hombres.

—Tú no trasmitirás directamente el mensaje —indicó Herodiano—. El contenido de la carta es peligroso para ti y tú estás llamado a desempeñar otras funciones antes de la llegada de Severo.

—Mi general me ha indicado que esta es mi misión...

—Escucha —lo interrumpió—. El mensaje lo difundirán entre los pretorianos los dos *frumentarii* que ayudaron a Aquilio a acabar con Leto. Te daré sus nombres.

Severo le había ordenado expresamente que hiciera todo lo que le ordenara el guardián de las puertas. Y él nunca se cuestionaba las órdenes, pero le había asombrado que su general tuviera una fe tan ciega en aquel varón. Había llegado a pensar que era uno de esos adivinos, vividores, hombres con carisma y personalidad arrolladora capaces de embaucar a cualquiera, incluso al propio Severo.

—Solo yo conozco y debo conocer el contenido del mensaje — intentó defenderse el pretoriano.

—Ahora lo conocerán también estos dos soldados. Piensa que no debes exponerte. Hay otras funciones que cumplirás más adelante. La

oferta la plantearán los *frumentarii*.

La palabra *oferta* puso en alerta al pretoriano. ¿Cómo podía saber aquel hombre que la carta de Severo incluía una oferta? Él no había pronunciado en ningún momento esa palabra. Era muy cuidadoso en su oficio. Nunca había cometido un error de estas características y ahora tampoco.

—¿Qué oferta? —preguntó con un nudo en la garganta.

—La oferta que propone Severo a los pretorianos. El contenido de la carta. Tú lo conoces.

—Pero tú no, guardián… —se atrevió Veturio.

Herodiano quiso terminar ya con aquel juego y habló claro:

—Mira, pretoriano —dijo de golpe—, tú y yo sabemos que la carta de Severo ofrece inmunidad a los soldados si entregan la cabeza de los asesinos de Pértinax. El perdón a cambio de que apresen y ajusticien a esos criminales.

Veturio no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía aquel hombre conocer el contenido de un mensaje secreto? Era imposible. Entendió que era verdad todo lo que le habían dicho sobre él. Aquel ser era muy extraño y desconcertante. Algunos decían que guardaba las puertas del inframundo. Conocía el pasado y el porvenir. Tenía conexión con los dioses, adivinaba el futuro y sabía cuándo los demás decían la verdad o mentían. Herodiano intuyó la confusión de aquel hombre y continuó:

—Por supuesto, la carta no debe llegar a manos de los asesinos, ni de aquellos que los protegen, de sus cómplices y ayudantes. Te daré una lista de cincuenta nombres.

—¿Cincuenta?

—Cincuenta y dos para ser exactos. El primero de todos, el jefe, Tausio.

Veturio estaba un poco perdido. Herodiano siguió dando instrucciones:

—Déjame cuanto antes pergamino y tinta en esta misma habitación. Podrás volver al día siguiente y te lo tendré todo preparado.

—¿Todo preparado?

—Te daré la lista de los cincuenta y dos.

—¿Quiénes son esos cincuenta y dos? —comenzó a reaccionar el pretoriano.

—Aquellos a los que nunca ha de llegar la carta. Los cincuenta y dos que participaron en el asesinato de Pértinax, el primero es quien arrojó la pica sobre su pecho. Los otros lo remataron o ayudaron a hacer el pasillo para que Tausio lanzara la jabalina que acabó con su vida. Esos cincuenta y dos son los pretorianos que van a sucumbir los próximos días de muerte violenta, los que pagarán el nefando crimen

de Pértinax, los hombres malditos a los que espero, uno por uno, para abrirles las puertas del Infierno. Esos son los cincuenta y dos.

Veturio estaba realmente impresionado. No pudo resistirse a preguntar, vencido por la curiosidad:

—¿Cómo podrás revelarme sus nombres?

—Los tengo todos dentro de la cabeza —respondió Herodiano—. Podría dictártelos ahora mismo de memoria, uno por uno, si tuvieras aquí pergamino y pluma.

—¿Cómo has podido…?

—No indagues, pretoriano, en las profundidades del alma, en los designios de los dioses. No indagues más, pretoriano. Conozco cada uno de esos cincuenta y dos nombres porque no dejo de verlos escritos en sangre cada día y cada noche. Los tengo continuamente en la cabeza, duermo y tengo pesadillas viendo sus nombres uno a uno, hasta completar el número maldito de cincuenta y dos. No me he dedicado a otra cosa en los últimos meses que ando vagando como un fantasma por los escondrijos de palacio, por las cloacas, por las tabernas y las calles. No vivo para otra cosa. No indagues más, pretoriano.

Veturio tembló al contemplar de nuevo a aquel hombre y no preguntó más. Se quedó callado como un muerto, sin poder aguantarle la mirada. Estupefacto. Observando cómo aquel guardián de las puertas de palacio y de las puertas del Averno desaparecía por una abertura diferente de aquella por la que había salido minutos antes.

56. LA TRAMPA

Veturio había quedado realmente impresionado por la entrevista con Herodiano. Le había hecho llegar el pergamino y la tinta y el guardián de las puertas se lo había devuelto con puntualidad. Había decidido hacerle caso. No sabía a qué se refería cuando le avisaba de que tendría que dedicarse a menesteres más altos que a los de divulgar la carta de Severo entre los pretorianos, pero, en todo caso, decidió seguir sus instrucciones. Juliano, por su parte, había conseguido por fin el documento del Senado, la misiva oficial que otorgaba el cogobierno a su rival. Faltaba buscar la forma de hacérselo llegar y al césar no le quedaba nadie de confianza para aquella misión salvo Crispino.

—Eres el hombre indicado —reconoció con amabilidad Juliano.

Crispino estaba satisfecho al ver el grado de confianza que el césar tenía en él. Muestra de ello era poner en sus manos el desarrollo de la negociación entre Severo y Juliano, un asunto delicado, que él sabría llevar a cabo con éxito y que le resultaba, a primera vista, menos peligroso que enfrentarse directamente a las tropas de Severo, más aún tras la última experiencia al respecto, de la que seguía resentido su amor propio.

—Agradezco la confianza, césar.

—Eres el hombre que necesito, Crispino. Negociarás la paz con Severo. Le ofrecerás gobernar conjuntamente el Imperio. Debes convencerlo de que es lo mejor, de que yo lo dejaré hacer y así, ganará el Imperio sin tener que enfrentarse en el futuro a otros generales como Albino y Níger.

—Juntos seréis más fuertes, césar —quiso intervenir Crispino.

Juliano lo miró con suficiencia. Aquel prefecto no conocía realmente sus intenciones. Tendría que hacer un poco de pedagogía. Ilustrarlo un poco más. Despertar su codicia y ganarlo para su causa. Para la suya, en exclusiva.

—En eso te equivocas, Crispino. El poder no se puede compartir. De eso sabían mucho los reyes persas. ¿Conoces la historia de Ciro?

—Algo he oído, césar —mintió.

—Sabrás que entre los reyes persas heredaba el trono el primogénito, el mayor. Y para evitar que sus hermanos le disputaran el poder, los dejaban ciegos.

—¿Ciegos?

—Sí. Los cegaban para que no supusieran una competencia para el primogénito. Y hacían bien. ¿Sabes lo que le pasó a Artajerjes?

—¿Artajerjes?

—Sí. El hermano mayor de Ciro. El primogénito que heredó el trono a la muerte de Darío.

Crispino temió que Juliano lo descubriera en la mentira, pero siguió disimulando.

—Ah, sí. Artajerjes. Claro.

—Vamos, Crispino. Si no tienes ni idea de quién era Artajerjes. Ni has leído la *Anábasis*, el famoso libro de Jenofonte.

—Perdón, césar. Es que la vida militar no nos deja mucho tiempo para lecturas…

—Calla y escucha —ordenó Juliano con autoridad—. El rey Darío murió y dejó el trono al hijo mayor Artajerjes, pero el hermano menor se rebeló. Ciro quiso arrebatarle el trono.

Crispino se mantuvo callado, muy atento, escuchando aquella historia que le contaba el césar, pero que a él no le importaba lo más mínimo.

—Con esto —siguió Juliano— te quiero demostrar que el poder no se comparte. Ni siquiera entre hermanos. El poder solo puede tener un único dueño. Y ese soy yo. ¿Lo entiendes?

—Sí, césar, pero Severo…

—Severo debe morir. Sin más.

—Pero, el documento de cogobierno…

—Es una trampa, maldita sea. ¿Cómo te crees que voy a compartir el poder con ese estúpido? Escúchame con atención.

—A tus órdenes, césar.

—Bien. Primero te reunirás con Severo y le ofrecerás el cogobierno. Llevarás el documento oficial del Senado y procurarás alargar la negociación.

—Sí, césar.

—Él no se fiará al principio, pero tú actuarás con amabilidad. Intentarás ganarte su confianza. Harás caso de sus peticiones y se las irás concediendo una por una.

—Bien, césar.

—Alargarás la negociación dos o tres días. En ese tiempo le mostrarás tu deseo por seguir sirviéndolo como prefecto del pretorio. Ya sabes lo que tienes que decirle: que te tiene a su disposición, que él es a quien Roma necesita, porque Juliano controla el Senado, pero él controlará al pueblo y al ejército, etcétera, etcétera. ¿Lo entiendes?

—Sí, césar. El objetivo es que se confíe. Concederle lo que pida. Ser amable con él durante un tiempo. ¿Y luego?

—Asesinarlo a la más mínima oportunidad.

Crispino se estremeció de repente. No esperaba que todo fuera una nueva maniobra para asesinar a Severo. Y menos aún que ahora fuera él el encargado de llevarla a cabo. Juliano estudió su reacción. Se dio

cuenta de que Crispino era consciente de la tremenda responsabilidad que caía sobre sus hombros. Sabía que él debía triunfar donde otros como Aquilio habían fracasado. Quiso tranquilizarlo antes de que albergara dudas.

—Con el documento del Senado, Severo creerá que la oferta va en serio. Sabe que estoy desesperado. Es lo más lógico. Salvar la mitad del Imperio antes de perderlo todo. Eso le dará confianza. Tú te lo ganarás. Tendrás verdaderas opciones de acabar con él por el veneno, en una de las numerosas comidas que compartiréis, o clavándole un puñal mientras se quede dormido o baje la guardia o esté despistado. Si consigues tu objetivo te cubriré de oro. Volverás como único prefecto del pretorio. Te estarán esperando en tu casa, cuando vuelvas, dos millones de sestercios.

Crispino no había visto ni siquiera imaginado tanto dinero junto en toda su vida. Sabía que Juliano cumplía su palabra. Si aquella misión tenía éxito, se convertiría en uno de los hombres más ricos de Roma, mantendría su poder, optaría incluso al patriciado y a los gobiernos. Aquella era la oportunidad de su vida. No se lo pensó.

—Cumpliré hasta el final, césar. Me ganaré la confianza de Severo y acabaré con él.

Juliano estaba exultante de alegría. Sabía que este plan era realmente bueno. La oferta de compartir el trono era demasiado tentadora como para que Severo la dejara pasar. No solo le permitía acceder al poder; posiblemente el general lo quisiera todo para sí. Lo que más atraería a su oponente sería saber que podría librarse fácilmente de Juliano cuando Albino y Níger ya no fueran una amenaza, y conseguir así el poder completo sin lucha ni peligro, sin exponerse. Estaba claro que la oferta era demasiado atractiva como para que la rechazara desde un principio. Eso permitiría a Crispino negociar los términos de ese ofrecimiento, todos y cada uno de los detalles del cogobierno. Sin prisas. Le daría el tiempo que necesitara. Y en ese pacto, en esa negociación, Crispino se iría acercando cada vez más a Severo, hasta compartir su intimidad y familiaridad. Cuanto más se confiara el general, más fácil sería acabar con él. Juliano estaba muy contento. Agradeció a los espíritus que le hubieran indicado el camino. Ese Arnufis y su adivinación por los espejos le habían dado la victoria al fin sobre su enemigo. Le habían salvado la vida. Miró de nuevo a Crispino con una sonrisa y contestó:

—Vas a tener éxito, Crispino. Lo he visto en mis ceremonias mágicas. No tengas prisa. Tómate el tiempo que necesites hasta que veas a Severo confiado. Espera el momento oportuno y acaba con su vida. Te esperan la riqueza y los honores sin fin. Tantos que no podrás agotar la felicidad y los placeres que caerán sobre ti, aunque los dioses te concedan la vida más longeva.

—Así lo haré, césar. Despacio y con eficacia.

—Eso es. Partirás mañana mismo. Ahora necesito que me des el nombre de un pretoriano para que ocupe tu vacante en tu ausencia. Alguien obediente y sin ambiciones.

—¿Para nombrarlo prefecto del pretorio?

—Sí. Alguien que ocupe tu puesto solo hasta que tú vuelvas. No quiero depender ahora de un solo prefecto.

—Entiendo, césar.

—Necesito otro que te sustituya —continuó Juliano como si no lo hubiera oído—. Tú tardarás lo que sea necesario. No hay prisa. Cuando vuelvas, depondré a los dos y te nombraré a ti solo como único prefecto del pretorio y serás, además, uno de los hombres más ricos de Roma.

—Gracias, césar.

—Un nombre. Alguien gris, obediente, sin ambiciones. Alguien que mantenga a raya al otro prefecto del pretorio hasta que vuelvas.

—Veturio Macrino puede ser una buena opción.

Herodiano, que estaba escuchando toda la conversación en el hueco de un falso pilar que había en una esquina de la estancia, hizo gala de su acerado autocontrol para no dejar escapar un suspiro de sorpresa. No esperaba que los dioses justicieros fueran tan amables con él, con un simple mortal fracasado que se escondía en los falsos techos y tabiques de aquel suntuoso palacio imperial.

—¿Veturio Macrino? —preguntó Juliano.

—Sí, césar.

—Bien. Notifícale el nombramiento esta misma tarde. Mañana hablaré con él.

Cuando, aquella tarde, Crispino le dio la noticia a su sustituto, Veturio se sobrecogió. No le pasó por aquel momento otra imagen por la cabeza sino la de Tiresias. Él ya no le llamaba Herodiano, ni el guardián de las puertas, ni el guardián del Averno. Veturio lo llamaba directamente Tiresias, porque no podía quitarse de la cabeza la mirada sobrecogedora de aquel adivino ciego desde que salió de aquel doble fondo de la pared, con sus ojos de loco, su pelo largo y sucio, enmarañado, la cara salvaje, pero la mirada limpia y la palabra justa, bien modulada, de elegante expresión. Supo que todo había sido fruto de su magia. Él conocía muy bien la figura de Tiresias, famoso adivino de la mitología griega, conocido por sus profecías y por tener la capacidad de transformarse en mujer o en varón alternativamente. La diosa Atenea lo cegó cuando la vio bañándose desnuda. Y luego, a instancias de la madre, que le rogaba una y otra vez que le devolviera la visión, decidió atenuar el castigo y concederle el don de poder hablar con los pájaros. Tiresias fue el último hombre que hablaba con las aves. Y cuando viajó al más allá, continuó viendo allí el porvenir,

desvelando augurios. Allí lo encontró Ulises, cuando descendió al Averno y acudió a visitar su espíritu. Entonces le suplicó que le indicara el camino de vuelta a su patria, a su querida Ítaca, donde le esperaba su esposa Penélope. Le suplicó ayuda a Tiresias. Y el adivino ciego, el hombre que hablaba con los pájaros, con las aves de buen augurio, el augur, consoló al héroe y le indicó el camino. También a él, en este momento, el guardián de las puertas le había indicado el camino. Este otro Tiresias que se ocultaba en los dobles fondos de las paredes de palacio le había dado las claves, las instrucciones para convertirse ahora en prefecto del pretorio y poder cumplir así, con mayor eficacia y garantías de éxito, la labor que le había encomendado Severo. Estaba satisfecho y se apartó de sus pretorianos para servirse una copa de vino y celebrar aquella buena noticia. Se aproximó a la esquina de la estancia donde había una jarra y varios vasos y se sirvió con generosidad. Casi se le cayó el vaso de las manos cuando oyó un susurro al otro lado de la pared.

—Veturio.

Aunque estaba acostumbrado a que le hablara Tiresias desde las falsas paredes, en aquella ocasión le dio un buen susto, pues no esperaba tenerlo allí, tan cerca.

—Sí —dijo acercándose al máximo a la pared.

—Envía esta misma tarde un mensajero a Severo.

—¿Esta tarde?

—Sí. Antes de que parta Crispino mañana con la embajada.

—Bien.

—Es una trampa.

Veturio escuchó con atención.

—Crispino tiene orden de matar a Severo. Es una trampa. Que ese mensaje llegue a Severo antes que Crispino.

—Llegará —confirmó Veturio con aplomo. Y Herodiano supo que aquel mensaje llegaría.

—Nada más, Veturio. Enhorabuena por tu nombramiento.

También le sorprendió que aquel hombre supiera algo que le habían comentado instantes antes, en un patio de palacio, lejos de paredes o pasadizos. Ya empezaba a ver como algo normal el hecho de que aquel adivino supiera leer el futuro. El nuevo prefecto quedó pensativo, intranquilo, alarmado por aquella súbita aparición. Dejó el vaso en la mesa. Ya no tenía sed. Esa misma tarde enviaría al mejor de sus emisarios con una carta personal para Severo.

57. EL RECHAZO DE LA OFERTA

Cuando tres días después de haber salido de Roma, Crispino se aproximaba a *Arretium*, fue informado de que Severo ya se encontraba con sus tropas en la fortaleza de la ciudad. El prefecto se sorprendió de nuevo de la velocidad de avance del enemigo. Se encontraba ya a unas cien millas de Roma, algo inconcebible teniendo en cuenta que no hacía mucho había descansado en Rávena. Pero Crispino sabía que los movimientos demasiado apresurados tienen sus riesgos. Severo avanzaba muy rápido, pero esa prisa, esa urgencia por llegar a Roma, sería su tumba. Entendía que aquel apresuramiento obedecía a una ambición por llegar cuanto antes al poder, al deseo perentorio de derrocar a Juliano, a sus ansias de dominio. Y eso lo hacía vulnerable. Esa urgencia, esa necesidad de hacerse con el trono de Roma, lo volvería menos cauto, más confiado, de modo que su labor resultaría más fácil. Aquel general se confiaría y él, llegado el momento, podría acercarse lo suficiente como para matarlo, envenenarlo, cumplir su misión y convertirse en uno de los hombres más ricos de Roma. Por eso, cuando llegó a la fortaleza donde se alojaba Severo, solicitó una audiencia mostrando a todos un pergamino imperial con bordes de oro, plegado, en su mano derecha, como única arma que esgrimir ante su adversario. Pidió a los soldados ver al césar, porque le traía un documento oficial del Senado de la máxima importancia. Los hombres de Severo ya sabían lo que decía aquel escrito, pero aparentaron sorpresa y lo invitaron a pasar. Crispino avanzó por una alfombra hacia el interior del palacio sintiéndose poderoso con aquel documento en su mano; recorrió un pasillo sin darse cuenta de que la alfombra que pisaba era como aquella que en su tiempo pisó el rey Agamenón cuando volvió de Troya. Esta vez no hubo una Casandra que le avisara del peligro. No le esperaba dentro una esposa despechada y rencorosa por el crimen de una hija. Dentro estaban los hombres de confianza de Severo, avisados, eficaces en la misión que se les había encomendado. Por eso, sin que Crispino lo esperara, al hacer un leve giro por el estrecho pasillo, varios gladios se clavaron en su pecho y espalda sin que ni siquiera pudiera ver por dónde le venían los golpes. Murió sin darse cuenta de nada. Y con la profesionalidad de un acto muchas veces meditado y realizado, los soldados de Severo cortaron la cabeza del prefecto y la enviaron rápidamente a Roma, con la intención de que llegara en un máximo de dos días y sembrar así el pánico entre los hombres de Juliano.

—Dómine —le avisó un liberto a Juliano—, el prefecto Loliano

Ticiano quiere hablar con vos.

Veturio sabía con antelación lo que traían los emisarios de Severo. Por eso hoy se encontraba en la otra punta de Roma supervisando, supuestamente, el suministro de grano, para así encontrarse lejos de aquel macabro escenario. Había dado orden a algunos de sus pretorianos de que recibieran la cabeza de Crispino y la entregaran al otro prefecto. La operación se realizó entre los propios soldados que estaban a su mando, pues casi la mitad del cuerpo ya estaba a favor de Severo y, por eso, cuando Ticiano tuvo aquel macabro envío en sus manos no pudo identificar quiénes la habían entregado.

—¡Que pase! —Juliano estaba feliz aquel día, pensando que sus planes se estaban llevando a cabo según lo previsto.

Loliano Ticiano entró en aquella sala maldiciendo su suerte. El otro prefecto se encontraba lejos. Le tocaba a él tener que dar las malas noticias al césar, aquel hombre a quien casi nadie caía bien, que en los últimos días se había vuelto más insoportable, más petulante y cobarde aún. Pasó a la estancia con aire marcial, ocultando en una cesta la cabeza de Crispino.

Cuando Juliano lo vio, se le cambió el semblante. De inmediato dirigió su mirada hacia la cesta y ya no dejó de mirarla. Comenzó a sentir un miedo indisimulable.

—¿Qué traes ahí?

Ticiano no se anduvo con remilgos ni disimulos.

—La cabeza de Crispino.

Juliano se agarró las sienes con ambas manos como si fuera a volverse loco.

—¡Nooooo!

Comenzó a mesarse los cabellos y la barba, desesperado, lleno de miedo. De un golpe tiró las copas de oro que reposaban sobre una pequeña mesita a su izquierda, con pastelillos de miel exquisitos que permanecían allí por si el césar quería picar algo entre horas. La jarra, las copas, los platos y la comida, todo rodó por los suelos mientras Juliano entraba en pánico y se desahogaba de aquella impresión que lo había sacado de sí.

—¡Maldita sea!

Ticiano permanecía de pie, quieto, erguido, sin sacar la cabeza de aquella cesta. No era necesario. Había que esperar a que al césar se le pasara aquel ataque de ira y se mantuvo serio e inalterable, como quien aguarda con paciencia que se le pase el enfado a un niño caprichoso.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? —preguntó al fin.

—Los hombres de Severo —respondió Ticiano— envían esta cabeza como toda respuesta.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —volvió a gritar Juliano.

El césar respiró hondo, agarrado a los brazales de oro del trono que ocupaba. Comenzó a rasgar las ricas ropas de púrpura que vestía y se quitó de la cabeza una diadema de oro y esmeraldas, como si su peso le resultara ya insoportable.

—¿Quién la ha traído? —preguntó al fin.

—Una cadena de soldados, césar. Primero la han entregado a unos, luego a otros, al final a mis hombres. Los emisarios estaban vestidos de pretorianos y han desaparecido antes de que mis mandos supieran lo que contenía la cesta.

—¡Maldita sea! Ni siquiera podemos cortar las cabezas de los mensajeros —se quejó Juliano.

No importaba esa cobarde venganza, pensó Ticiano, que era un soldado de honor. Sin pensarlo dos veces sacó la cabeza de la cesta y se permitió el lujo de hacer un comentario.

—¡Pobre Crispino! No merecía este final.

—¡Qué pobre ni pobre! Un desgraciado es lo que era. Un torpe que no ha sabido hacer bien su trabajo.

Ticiano calló porque sabía que debía callar, pero aquellas palabras resultaban ofensivas a todo el ejército, a todo el cuerpo de pretorianos, a él también, como prefecto, como colega de aquel Crispino que había hallado una suerte tan funesta. Observó la cabeza y vio que el enemigo la había cuidado, limpiado, eliminado los restos de sangre. La mirada de su antiguo amigo era una mirada de sorpresa. Se veía que Crispino había encontrado la muerte sin esperarlo, sin violencia. Había sido una ejecución limpia. Nada de sufrimiento ni atisbo de tortura. El enemigo había sabido tener la dignidad que no estaba demostrando el propio césar, por quien aquel hombre había muerto. Se sintió sucio por haber cogido el dinero de aquel canalla, de aquel patricio cobarde que no era capaz de valorar la honestidad de un militar que había sacrificado su vida por él. Tuvo ganas, por primera vez, de dejarlo todo e irse a engrosar las filas de Severo, o de cualquier otro antes que de las de Juliano.

—Ya actuó como un cobarde en Rávena —continuó el césar humillando al muerto.

—César —quiso mediar Ticiano—, cuando llegó allí, Severo ya había tomado la plaza.

—Pero fracasó en la batalla junto al río. ¿Crees que no sé lo que pasó? Toda Roma se burla de los pretorianos.

—Es cierto que Crispino se vio sorprendido por la rapidez de la caballería, pero mantuvo la posición y logró hacer huir al enemigo.

—¿Hacerlo huir? Perdió más de cien soldados por ninguno de Severo.

Ticiano no iba a discutir de estrategia con aquel hombre y menos, teniendo en cuenta que Severo había sabido sorprender a Crispino y

derrotarlo. Pero, en su fuero interno, Ticiano pensaba que su colega había actuado como debía, salvando su ejército y encajando aquel golpe como mejor pudo. Prefirió callar porque no le quedaba otro remedio, pero el césar, envalentonado por el silencio del prefecto, se atrevió a ir más allá.

—Estos pretorianos gordos y viciosos no son ni sombra de lo que fueron en otro tiempo. Ellos se vanaglorian de ser el cuerpo de élite del Imperio, pero no son más que unos vagos, unos sucios que no hacen sino beber y jugar. No se ejercitan en el combate, no se mantienen en forma, por eso fracasaron, por eso fracasó Crispino.

Ticiano no podía permitir que se pusiera en duda la valía de los pretorianos, el honor de todo el cuerpo. Estaba realmente molesto y mantenía la calma a fuerza de paciencia y entrenamiento militar.

—Los pretorianos están preparados para combatir, césar —se limitó a decir.

—¡Preparados! —pronunció con desprecio Juliano—. Igual de preparados que ese Crispino —dijo señalando con un dedo artrítico la cabeza cortada del prefecto.

Ticiano volvió a mirar asombrado el rostro de Crispino, por si se le había pasado por alto algún detalle. Lo vio, como antes, limpio, digno, sin asomo de cobardía, con una expresión de serena sorpresa, el gesto noble, el rictus serio, las venas del cuello suturadas para que se conservara con la mayor dignidad.

—Mira su cara sucia de cobarde —insistió Juliano—. Seguramente se ha rajado delante de Severo, le ha confesado todo. Habrá suplicado por su vida. Y ese canalla de Severo me manda la cabeza para asustarme, para decirme que no quiere pactos conmigo, que no quiere el cogobierno, que lo quiere todo…

—Estoy seguro de que Crispino ha cumplido su deber, césar. Habrá sido descubierto…

—¿Descubierto? ¿Tan pronto? —y entonces, Juliano reparó por primera vez en el poco tiempo que había transcurrido desde que Crispino abandonó Roma y el día de hoy, en que estaba contemplando su cabeza cortada, como mensaje inequívoco que le mandaba Severo. Mensaje terrible, premonitorio. Fracaso de él y de todos. ¿Dónde estaba ese maldito Arnufis y su pantomima del espejo? Pensó que se le iba la razón otra vez, que iba a volverse loco, pero fue Ticiano quien intervino para responder a esa última pregunta: ¿tan pronto?

—Han pasado cinco días desde que Crispino partió de Roma, césar.

Ese dato hizo volver a Juliano a la realidad. Cinco días. Muy poco tiempo para un viaje de ida y vuelta a Rávena.

—¿Cinco días? Imposible —respondió Juliano.

—Cinco días, césar —corroboró el prefecto—. Eso quiere decir que Crispino ha tardado dos o tres días en llegar a Severo. Y él menos

quizás en mandarlo de vuelta.

Mandarlo de vuelta era un buen eufemismo para referirse a aquella cabeza cortada, aviso de lo que había de venir y de lo que pensaba Severo del documento que le llevaba de su parte. Pero Juliano no estaba para pensar mucho. Prefirió preguntar.

—¿A qué distancia está Severo?

—No lo sabemos seguro, césar, pero podemos deducirlo.

—¿Deducirlo?

—Sí. Pienso que Crispino tardó tres días en llegar a Severo. Ese mismo día lo mató y lo envió de vuelta, más rápido, empleando solo dos días.

—Sí, seguramente ha ocurrido así —aceptó Juliano.

—Crispino pensaba recorrer treinta millas diarias. Es posible que Severo se encuentre a unas cien millas de Roma, en *Arretium*. Enviaré *exploratores* para comprobarlo, pero podemos darlo por hecho.

—Está demasiado cerca —dijo Juliano con los ojos inundados de pánico.

—Prepararemos la defensa, quiso tranquilizar el prefecto.

—Necesitamos refuerzos, Ticiano. Más hombres.

—Tenemos una legión, césar.

—Pero no están preparados. Quiero gente habituada a luchar, profesionales de matar, hombres hechos a combatir.

Ticiano no estaba dispuesto a escuchar más insultos al cuerpo de los pretorianos. Apretó los dientes y deseó no haber estado allí, haber sido él y no Veturio quien se encontrara aquel nefasto día en la otra punta de Roma, lejos de aquel palacio imperial y aquel césar canalla que ni siquiera sabía respetar a los suyos. Mientras pensaba en su mala suerte, sin saber qué responder, escuchó la propuesta de Juliano.

—Hay que armar a los gladiadores de Capua.

—Son esclavos, césar.

—Pero necesitamos más hombres, todas las fuerzas posibles, todo aquel que pueda portar un arma. Los gladiadores servirán.

—No son soldados. Suelen dar problemas —quiso defenderse el prefecto.

—Estarán a tu mando. Tú los alistarás. A los que veas preparados. Promételes la libertad. Dales armas y que masacren a Severo en cuanto lo vean asomar por las puertas de Roma.

Las órdenes no se discuten, pensó Ticiano, que lo que más deseaba era acabar aquella conversación y dar honras fúnebres a la cabeza de Crispino.

—A la orden, césar.

—Retírate.

Pocas órdenes como esa cumplió Ticiano con más gusto y ganas.

58. ¿QUÉ HE DE HACER?

La cabeza de Crispino había anulado, de raíz, el decreto de oferta de cogobierno que había firmado el Senado. Juliano estaba completamente desamparado, sin saber qué hacer. Por eso convocó de nuevo a la Curia, aunque temía sus burlas:

—¿Qué he de hacer, senadores?

Ni siquiera los afines a Juliano se atrevían a hablar. Todos lo habían abandonado ya. Aquel hombre era un títere, un muñeco, un remedo de emperador que a nadie convencía y a quien nadie se tomaba en serio.

—Nada ha funcionado, senadores. ¿Qué he de hacer?

Nadie contestaba. Juliano era ya un cadáver. El silencio de toda la Curia habría sido suficientemente elocuente para alguien que aún mantuviera un atisbo de racionalidad. Si el césar pensaba que estaba acabado, el camino más digno era buscar por sí mismo la muerte, pero Juliano, cuando preguntaba qué debía hacer, no estaba pensando en salvar su dignidad ni estaba reconociendo su gigantesco fracaso. Seguía queriendo el poder. Pensaba que aún había una salida, una solución a aquel desastre. Por eso los senadores callaban, porque sabían que era inútil razonar con aquel hombre.

—¿Qué he de hacer, senadores?

Juliano se comportaba como un animal acorralado, por eso los senadores no querían ser demasiado hostiles o descarnados con él. No sabían qué reacción podía tomar ese césar paranoico cuando se diera cuenta de que todo estaba perdido y le esperaba la muerte. La última vez estuvo a punto de llamar a los pretorianos para que usaran la violencia y el crimen contra el Senado. No querían tentar a la suerte de nuevo.

—¿Qué he de hacer, senadores? —preguntó de nuevo sin obtener respuesta.

—¿Qué opinas, augur? —preguntó ya a la desesperada.

Plaucio Quintilo no tenía hoy ganas de ironías. La situación era penosa, incluso el propio Juliano daba pena. El césar tenía que estar verdaderamente angustiado para preguntarle a él y exponerse a otra sesión de escarnio como la última. Quiso evadir la cuestión de la mejor manera posible.

—No se me ocurre nada, césar.

Juliano miró a la Curia con un rostro de pena infinita, de verdadera desolación. No era el hombre que dos meses atrás había compartido escaño con ellos. Ya no era el rico senador, orgulloso, sagaz,

prepotente y soberbio, que los había criticado con descaro, que se había creído tan poderoso como para comprarlo todo con su dinero, comprar mujeres, eunucos, políticos, militares e incluso comprar un Imperio. Ahora no le servía para nada su dinero. Estaba abandonado y despreciado por todos. Juliano no era ya sino el preludio de un cadáver, un hombre acabado, a quien la muerte se le acercaba con avaricia. Y él no podía sobornar a la Parca, no podía comprarla como había comprado todo en los últimos años de su vida. Ahora, aquel varón, antaño poderoso y soberbio, era simplemente un pobre desgraciado, un ser desesperado y cobarde que suplicaba una salida a los mismos a quienes había despreciado hacía poco.

—¿Qué puedo hacer, senadores?

Nadie contestó.

—¡Por favor!

Aquellos senadores, que creían que lo habían visto todo de Juliano, no dejaban de asombrarse. *Por favor*. ¿Cuándo había sido la última vez que habían oído decir a Juliano, por favor? Nunca. Nunca habían escuchado esa frase de sus labios. Por eso a todos sorprendió el colofón desesperado de aquella piltrafa humana en que se había convertido aquel césar, el hombre que, solo dos meses atrás, había comprado un Imperio.

—¡Por favor, senadores! ¿Qué puedo hacer? Mesala, Quintilo…

Resultaba más incómodo escuchar las súplicas de Juliano que tragarse su arrogancia. No pudieron aquellos patricios aguantar más y el augur, pensando que debía tomar la iniciativa, quiso, al menos, rellenar aquel silencio desagradable.

—No sabemos qué hacer, césar. Lo último, ofrecerle el cogobierno, no estaba tan mal pensado —dijo Quintilo por salir de aquella agonía, aunque el comentario se le atragantó en la garganta, como si tuviera que tragar entero un trozo de carne salada.

—Pero no ha servido. No ha servido para nada —replicó Juliano—. Ese ingrato me ha devuelto la cabeza de Crispino por toda respuesta.

Todo el mundo sabía en Roma lo de la cabeza de Crispino. Y lo interpretaban justamente como lo que era: un desprecio total a la figura de Juliano. Y en Roma, casi todos estaban de acuerdo en ese ultraje. El pueblo se burlaba de él, los pretorianos lo trataban con desconsideración, pero eran mercenarios bien pagados y aguantaban los ascos que les producía aquel césar cobarde; el Senado estaba harto también de Juliano, pero disimulaba, como todos, esperando la llegada inminente de Severo.

—No quisisteis salirle al paso, mandar a los sacerdotes y las vírgenes vestales…

—No habría servido de nada, césar —quiso atajar Quintilo.

—No. No habría servido —confesó el emperador desesperado,

vencido por completo.

Hasta al mismo Quintilo le daba lástima aquel hombre y ese sentimiento, del que participaban casi todos, lo compartieron incluso los partidarios del propio Juliano. Se dieron cuenta de que los demás senadores no hacían sino defender los intereses de la aristocracia, su propia supervivencia en un mundo que cambiaba a marchas forzadas. Ya no importaban el poder y el dinero, que tanto habían admirado en Juliano, si la consecuencia de todo aquello era la decadencia y la degeneración, la pérdida de sus bienes, de sus privilegios de clase y el establecimiento del poder omnímodo del ejército. ¿De qué le servían ahora a Juliano el dinero y el poder frente a la llegada de las tropas de Severo? Los patricios entendieron que habían apostado por el hombre equivocado, que aquel césar era ya un cadáver, que tenían todos que trabajar en conjunto para salvar los pocos privilegios que pudieran salvaguardar. La imagen de Juliano desesperado, acabado, como un torpe rey Midas a punto de ser defenestrado, los unió a todos en sus intereses comunes. Y desde aquel día, todos en masa, lo abandonaron esperando su final. No les importaba lo más mínimo si llegaba de manos del propio Juliano o de la espada de Severo. El final estaba fijado por el destino, inexorable, inapelable.

—¿Qué he de hacer, senadores? —repetía aquel hombre como una triste letanía.

Cualquier patricio de los que ocupaban aquellos escaños habría sabido lo que hacer ante la situación desesperada en que se encontraba Juliano. Todo había acabado. Severo se presentaría en pocos días en Roma. Los pretorianos no podrían contenerlo. El pueblo estaba contra él. El Senado también. La única solución digna era que él mismo acabara con su vida. Los senadores no sabían por qué no lo había hecho ya.

—No veo solución —dijo Quintilo.

No podían decirlo más claro. Aquellos patricios estaban siendo honestos con Juliano. Le indicaban que todo estaba perdido y que solo le quedaba abandonar esta aventura con un mínimo de dignidad.

—¡Pues he venido aquí a que me deis una! —reclamó como un niño enfurruñado.

Juliano abandonó de repente el tono triste y deprimido que había esgrimido hasta ahora para volver unos ojos de ira hacia las bancadas de los senadores, que lo miraban con estupefacción. Muchos pensaron que, en verdad, a Juliano se le había ido la cabeza. No era capaz de ver la realidad, de reconocer que todo estaba perdido. El césar continuó, ahora más agresivo.

—¡He venido aquí a que me deis una solución!

Plaucio Quintilo se sentó sacudiendo la cabeza. No podía creerlo. Aquel memo pensaba que aún podía salir victorioso de la situación.

Era inútil incluso sentir lástima por Juliano. Aquel hombre no había aprendido nada.

—¿Mesala?

Ni siquiera Mesala estaba dispuesto ya a disimular.

—No se me ocurre nada, césar.

Juliano siguió enfurruñado, sentado en su asiento, mirando ahora con hostilidad a los senadores que cuchicheaban entre ellos, ya todos conformes, juntos, unidos ante aquel estúpido que se negaba a reconocer la realidad.

—Quintilo —lo interpeló directamente—, ¿hoy no se te ocurre nada? Tú, que eres tan ocurrente.

Ahora el tono era provocador. Al augur le llamó la atención que Juliano pasara de un abatimiento general a este estado de agresividad con que ahora se dirigía hacia él. Pensó que lo mejor era hablar sin ironías, con sinceridad.

—No veo solución, césar. Quizá solo os quede una baza.

—¿Cuál? —preguntó Juliano con interés.

—Renunciar a la púrpura.

—¿Estás loco? —gritó fuera de sí—. ¿Renunciar yo a la púrpura? Nunca. Nunca renunciaré al Imperio. ¿Crees que soy un pusilánime como ese necio de Claudio Pompeyano, que ha renunciado dos veces a la púrpura?

Se hizo un silencio sepulcral. Claudio Pompeyano no había vuelto al Senado desde el día que mataron a Pértinax. Apenas salía de su casa y, desde entonces, no había asistido ni a una sola sesión del Senado. Pero aquel hombre, antiguo yerno de Marco Aurelio, gozaba de un respeto reverencial en la Curia y en toda Roma. Juliano demostraba ser un miserable al insultarlo en público sin que él estuviera presente ni pudiera defenderse. Los patricios miraron al emperador con desprecio. En sus ofensas evidenciaba su propia mezquindad.

—Pero me has dado una idea, Quintilo —dijo de pronto el césar.

Los senadores miraron a Juliano como quien mira a un paranoico. No dejaban de asombrarse de lo que había cambiado aquel hombre en dos meses. Siempre había sido un canalla y un intrigante, pero ahora se había convertido en un maniaco, un obseso que no razonaba como antes, que carecía del sentido común y de la astucia de antaño, un césar neurótico y obnubilado por el miedo a perder el poder y la vida. Esperaban cualquier cosa de él, por eso permanecieron atentos, curiosos por saber qué nueva idea se le había ocurrido.

—Si Severo no acepta el cogobierno, ofreceré la púrpura a Claudio Pompeyano.

Aquello era una nueva estupidez. ¿Cómo iba a aceptar Pompeyano la púrpura, cuando la rechazó de manos de Marco Aurelio y Pértinax en las mejores condiciones? ¿Cómo iba a aceptar ahora la púrpura de

manos de un emperador tiránico y acabado como Juliano, cuando la había rechazado de manos de los mejores? Si en el pasado se excusó diciendo que estaba viejo y casi ciego, ¿cómo iba ahora, pasados estos años y sufrimientos, a estar en mejores condiciones que antes? Los patricios volvieron a rumorear entre ellos, muchos sacudían la cabeza en señal de desaprobación, pensando que Juliano estaba verdaderamente alelado o desesperado, pero que, en todo caso, no regía bien. El césar interpretó inmediatamente la desaprobación de los senadores y se irritó aún más:

—¿Creéis que no aceptará? Pues claro que aceptará. Lo obligaré, si es necesario.

Muchos temieron entonces por la vida de Claudio Pompeyano. Estaban seguros de que aquel hombre, anciano y a las puertas de la muerte, no iba a claudicar ante el miserable de Juliano. Renunciaría con honor, para evidenciar la tiranía, la mezquindad, la ruindad de aquel césar arrogante y cobarde. Sabían que Pompeyano daría una muestra de pundonor y orgullo a una Roma que se hundía en la degradación más honda. Sería el canto de cisne de otros tiempos, el último brillo de aquella época de esplendor y ética en el gobierno de Roma. Iban a ser testigos del último atisbo de nobleza desde las muertes de Marco Aurelio o Pértinax, pero sentían lástima por el fin inminente de aquel anciano venerable, que les recordaba lo único noble que quedaba de aquella Roma, esa que, en tiempos del emperador filósofo, dio ejemplo de dignidad al mundo.

59. LA TERCERA RENUNCIA

Juliano llamó a Claudio Pompeyano al palacio imperial para obligarlo a que aceptara el título de coemperador, pero no sabía que Herodiano se le había adelantado desde el día que mataron a Leto y él salvó la vida de Servilia. Cuando los pretorianos cercaron su casa y entraron para obligar al anciano a acudir a la audiencia, solo encontraron allí a la fiel Clodia, que había mantenido todos estos días la ficción de que el yerno de Marco Aurelio vivía aún allí. Cuando los pretorianos la llevaron a presencia de Juliano, el césar no pudo reprimir su ira contra ellos:

—¡Estúpidos! Os he ordenado que traigáis a Pompeyano, no a su niñera.

Clodia avanzaba con dignidad, vestida como una matrona romana y portando en sus manos sendos documentos donde se apreciaba el sello de Pompeyano.

—Solo se encontraba ella en la casa, césar —respondieron los soldados.

—¿Estáis seguros?

¡Cómo no iban a estar seguros! Aquel hombre estaba hablando con profesionales. Los pretorianos se tragaron aquel comentario absurdo y respondieron con la inteligencia que le faltaba a su líder.

—Completamente seguros, césar. Hemos rodeado la casa. La hemos registrado palmo a palmo. Hace días que allí dentro no vive nadie salvo esta mujer.

—¡Maldita sea! —gritó Juliano que no esperaba aquella jugada.

Clodia permaneció de pie, erguida y mirando al frente, esperando las preguntas del césar, que no se hicieron esperar.

—¿Dónde está tu amo, maldita? —se dirigió a ella, por fin.

—No es mi amo, césar. No tengo amo.

—¿Cómo que no? Eres una simple esclava.

—Os equivocáis, césar. Llevo muchos años siendo liberta y, desde hace unas semanas, soy ciudadana romana, hija adoptiva de Claudio Pompeyano, heredera de su apellido y patrimonio.

—¿Cóoomo? —gritó Juliano con los ojos saliéndoseles de las órbitas.

—Tal como demuestra este documento —y le alargó uno de los pergaminos que portaba.

Juliano no hizo ni siquiera ademán de querer comprobarlo. Resopló y se echó hacia atrás.

—¿Dónde está tu amo?, te digo.

—Mi padre.

—Pues tu padre, ¡maldita sea! ¿Dónde está Claudio Pompeyano?

—Lejos, césar.

Juliano parecía que iba a estallar. Le daba igual que el viejo hubiera adoptado como hija a aquella mujer o no. Iba a cortarle su bonita cabeza. Iba a torturarla, vengarse de ella, acabar con su vida cuando le diera la gana, cuando le sacara toda la información.

—¿Dónde, maldita, o rodará tu cabeza ahora mismo?

—En Siria, césar —respondió Clodia muy tranquila.

—¿En Siria?

—Sí. Se fue hace tres semanas, césar. A atender sus negocios allí.

Si era verdad que Claudio Pompeyano estaba en Siria, se le había escapado por completo. Juliano no tenía poder allí, ni siquiera tenía poder fuera de Roma. Mucho menos en Siria, donde gobernaba Pescenio Níger, el hombre con más legiones a su cargo, aquel a quien el pueblo había invocado para que se hiciera cargo del Imperio.

—¿Me dices la verdad?

—Sí, césar.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me ha avisado de que se iba?

—No era necesario, césar.

—¿Cómo que no era necesario? Tengo un ofrecimiento urgente que hacerle. Tengo que hablar con él…

—Todo está previsto césar —lo interrumpió Clodia y dejó al emperador estupefacto, mirándola con enorme asombro.

—¿Previsto?

—Sí, césar. Este otro documento que porto es un acta notarial, firmada por Claudio Pompeyano, que me faculta a mí, como hija suya y consejera legal, a hablar en su nombre sobre cualquier asunto de la máxima importancia política, incluso con el emperador.

—¿Un acta notarial?

—Con plenos poderes, césar. Hablando conmigo es como si hablarais con Claudio Pompeyano en persona. Los acuerdos a que lleguéis conmigo serán como si los hubierais firmado con el propio Claudio Pompeyano.

Juliano no estaba dispuesto a tratar con aquella mujer. Así se lo hizo ver.

—Ha huido. ¡Maldita sea!

—No ha huido —refutó con energía Clodia, deteniéndose en cada sílaba con insolencia—. No ha huido —repitió—. Claudio Pompeyano nunca ha huido de sus responsabilidades. Es un hombre valiente, de honor. Por eso estoy aquí yo. Para responder en su nombre a cualquier ofrecimiento, pacto, indicación o cualquier otra cuestión legal que le atenga.

—No pienso hablar contigo —se defendió Juliano como un niño

enfurruñado.

—Entonces deberéis esperar a que vuelva de Siria.

—¡Que vuelva inmediatamente! —ordenó Juliano sin saber lo que decía.

Clodia sonrió ante la estupidez de aquel hombre. Estaba satisfecha porque sabía que había cumplido su misión; había conseguido lo que quería: poner a salvo a Pompeyano. Lo que le pasara a ella a partir de ahora no le importaba lo más mínimo. Estaba incluso disfrutando de la necedad de aquel césar fanfarrón y cobarde. Contestó con lo obvio:

—El viaje desde Siria a Roma tardará al menos dos semanas. No sé si disponéis de tanto tiempo, césar.

Juliano se dio cuenta de que había caído en una trampa. ¿Cómo iba él a esperar dos semanas cuando Severo se encontraba a dos o tres días de Roma?

—No puedo esperar. Necesito su respuesta ya.

—Pues yo os la daré, césar —volvió a insistir Clodia.

Juliano se sabía vencido. Lo único que le quedaba era aceptar aquella única solución a que lo habían abocado. Plantear su ofrecimiento a aquella mujer. Convencerla de que firmara la aceptación del cogobierno. Esa era su única salida.

—Escucha bien, muchacha —dijo al fin—. Deberás firmar un documento según el cual Pompeyano acepta el cogobierno.

—Imposible.

—¿Cómo que imposible? —gritó Juliano fuera de sí.

—Claudio Pompeyano, antes de partir, me aclaró que nunca aceptaría ninguna responsabilidad política y menos cogobernar el Imperio.

—Yo se lo ordeno.

—Y él lo rechaza, césar. Dice que es muy anciano y que tiene la vista cansada.

—No acepto un no por respuesta.

—Pues la respuesta es no, césar. Es un hombre muy anciano, casi ciego. Rechazó la púrpura dos veces, y ahora no duda en rechazarla por tercera vez.

—Escucha, muchacha —dijo Juliano ahora muy tranquilo—, o firmas ese documento o perderás la vida.

—No puedo firmarlo, césar. Menos aún cuando Pompeyano me ha dado indicaciones expresas de que no acepta el trono.

—¡Firma!

—No firmaré, césar. ¿No entiendes que ni estoy dispuesta a firmar ni de nada serviría que firmara? Claudio Pompeyano no acepta tu ofrecimiento ni lo aceptará jamás. Si pudiera, te diría desde Siria que rechaza tu oferta. Pero ni siquiera podrán llegarte emisarios desde allí antes de que se presente Severo con sus tropas.

Ese último comentario y la irrefutable argumentación de Clodia, que demostraba a Juliano que estaba completamente perdido, acabaron con la poca paciencia que le quedaba al césar y entonces estalló en una sorda venganza, en un intento de aplacar con el crimen y la violencia toda la frustración que se alojaba en él.

—Serás responsable de que tu amo haya huido.

—Ni es mi amo ni ha huido.

—Ha huido de mí —insistió el césar.

—No puede huir de quien no tiene poder sobre él.

—Vas a morir, de todas maneras —condenó Juliano, a quien comenzaba a dolerle terriblemente la cabeza—. Y vas a morir ahora mismo.

En esos momentos se fue haciendo cada vez más audible un alboroto que venía de fuera, de la otra parte de las puertas por las que había entrado Clodia, apresada por los pretorianos. Se oía cada vez con más nitidez algo que se asemejaba a una discusión y, de pronto, un grito lúgubre que no parecía de este mundo. Juliano creyó que se estaba volviendo loco y entonces preguntó a uno de los pretorianos.

—¿Qué es esto? ¿No oyes un ruido afuera?

—Sí, césar.

—Pero ¿cómo es posible? Esto es una casa de locos. Tienen que rodar cabezas. Hoy tienen que rodar cabezas.

—Sí, césar —respondieron los pretorianos al tiempo que desenvainaban sus espadas.

—Mirad a ver quién es.

Uno de aquellos soldados se dirigió a la entrada con el *gladius* en la mano y abrió la puerta. A pocos metros había otros dos pretorianos que cerraban el paso a un hombre desarmado.

—¿Quién es? —preguntó el césar desde su trono.

—Un mendigo, césar.

—¿Un mendigo?

—El antiguo guardián de las puertas.

Al oír aquello, Juliano se quedó paralizado de terror. No esperaba volver a ver aquel espectro. Había dado orden de que no lo mataran, porque sospechaba que aquel desgraciado se convertiría en un alma en pena que lo torturaría sin cesar. Lo había visto en sueños y también se lo había advertido un adivino caldeo que había consultado para tal fin. Le dijo que el espíritu de aquel hombre, el guardián de las puertas, era un alma atormentada que buscaba la muerte para torturar a los vivos, para presentarse en sus sueños, en su intimidad, en su soledad y ulular al oído, maldecirles, buscarles la ruina y la desgracia. Por eso había dado orden de que no lo mataran, de que no liberaran aquel espíritu maligno que buscaba desatarse de las cadenas humanas para poder torturarlo desde el más allá. Aquel era un hombre maldito, con

ojos de loco y aspecto de Erinia, de diosa de la venganza. No quería verlo más. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que supo de él y se había ilusionado con la idea de que se hubiera marchado de palacio. Pero, por lo visto, aquel hombre seguía allí, como una aparición maldita, como un genio perverso que lo atosigaba, que lo buscaba en los peores momentos. Juliano quería que se fuera, que desapareciera de su vista, que se marchara; le daría lo que quisiera, dinero, riquezas, pero que se fuera ya, por favor. Los pretorianos esperaban una orden. Al fin, el césar preguntó:

—¿Qué quiere?

Dentro del absoluto silencio que se había producido, Herodiano pudo oír perfectamente desde la distancia cómo el emperador formulaba la pregunta y, al otro lado de las puertas entreabiertas, gritó:

—¡Quiero a esa mujer!

Juliano no reaccionó y Herodiano aprovechó el momento de confusión para aparecer en el umbral de las puertas y volver a gritar.

—¡Quiero a esa mujer!

—Sujetadlo, que no entre —gritó Juliano lleno de terror.

Los pretorianos lo habían cogido por los brazos y lo retenían en el umbral de las puertas. Juliano, ahora sí, podía verlo desde el fondo de la estancia. Le sobrecogió aún más la visión terrorífica de aquel hombre, su cabello enmarañado, largo y rizado, sucio de mechas grasosas hasta la cintura, el rostro barbado, surcado por arrugas, sus cejas pobladas, sus ojos de loco, grises, profundos, como los de un adivino ciego. Estaba descalzo, como un salvaje, y todo su cuerpo parecía el de un Prometeo encadenado, sufriente pero poderoso, quieto pero en tensión, apagado pero a punto de arder. Juliano no quiso mirar más y apartó la vista como quien la retira de un sol cegador en los días de máxima luz, como quien siente que el resplandor le hace daño en los ojos y amenaza con dejarlo ciego.

—¿Qué quieres, maldito? ¿Qué quieres? —le preguntó en un ataque de pánico.

—Quiero a esa mujer —repitió el guardián de las puertas.

—¿Muerta?

—Viva. ¡Maldita sea! —respondió Herodiano—. Viva o ahora mismo desato todas las almas en pena, todos los espíritus malditos sobre ti, césar…

—¡Que se vayan los dos! ¡Rápido! ¡Que se vayan los dos! ¡Por todos los dioses! —ordenó Juliano a los pretorianos en un último acto de desesperación.

60. CLODIA Y HERODIANO

Juliano solo quería perderlos de vista y ellos tardaron muy poco tiempo en desaparecer. Al doblar una esquina de los pasillos de palacio, se introdujeron en una entrada oculta y allí permanecieron unos segundos sin hacer ruido para que los pretorianos no sospecharan nada. Pasado el peligro, Herodiano la invitó con un gesto a bajar por una rampa profunda que comunicaba con un largo y estrecho pasillo tenuemente iluminado con candiles de aceite.

—¿Vives aquí, Herodiano? —preguntó la muchacha con apenas un hilo de voz.

—Puedes hablar sin miedo, Clodia —le respondió—. Estamos en el subsuelo, a más de tres metros bajo los mármoles y los cimientos de las cocinas de palacio.

La joven, que iba delante, se giró un poco para contemplar el rostro sereno del guardián de las puertas. Vio sus ojos grises, perdidos, su pelo enmarañado, que casi se tragaba todo el rostro, tiznado y barbudo. Aquel hombre no parecía el mismo con el que tantas veces había hablado en casa de Claudio Pompeyano. Lo miró con pena y un profundo agradecimiento a la vez. Y no se le ocurrió decir otra cosa:

—Aquí casi no se puede respirar.

—Es un lugar de paso, Clodia. Voy encendiendo y apagando las lucernas según lo uso o no. Hay escasa ventilación, pero es un lugar muy útil para desplazarse de un lado a otro de palacio.

—Ya veo por qué tu rostro y tu cuerpo están tiznados. El humo de los candiles se pega a las paredes.

A la luz de estas palabras, Herodiano fue consciente por primera vez de su aspecto. No sabía que su cara estaba manchada por el humo, pero sí que no se cuidaba la barba ni el pelo, largo y enmarañado. Debía tener la apariencia de un salvaje y, en ese momento, sintió vergüenza de mostrarse ante Clodia de esta forma.

—Ya no soy el liberto de Pértinax, su atriense, el guardián de las puertas de palacio. Ya no soy ese hombre que cuidaba su presencia y su higiene, así como todos los detalles que concernían a aquel gran general y luego emperador. Ahora no soy ni sombra de lo que era. Me he convertido en un salvaje que se esconde en estas grutas, sucio y tiznado de humo. Un triste espectro al que toman por loco o adivino. Lamento presentarme ante ti de esta manera, Clodia.

La muchacha se arrepintió de haber hecho esa observación. La proximidad de Herodiano no le incomodaba en absoluto, aunque tuviera ese aspecto tan inusitado en él. Por el contrario, se sentía feliz

y agradecida de haberlo visto, de poder hablar con él, de que le hubiera salvado la vida.

—No importa tu aspecto, Herodiano —le dijo con una sonrisa—. Tú sigues siendo el mismo de siempre. El hombre que me ha salvado la vida. Aquel con quien conversaba tantas veces en casa de Pompeyano. No importa que tengas la cara tiznada o el pelo descuidado. La profundidad de tus ojos alberga un alma hermosa y ahí es donde radica la verdadera belleza.

—Gracias —contestó Herodiano emocionado—, pero desde que murió Pértinax ya no soy el guardián de las puertas de palacio, sino un hurón ciego que recorre estas madrigueras, condenado a vivir en estas grutas como si fuera un Cíclope maldito, una persona que no espera ya gran cosa de la vida.

La muchacha lo miró con una profunda tristeza. Aquel hombre, con las ropas rotas y el rostro tiznado, se le antojaba un titán, un héroe que había sabido sobrevivir y asustar con su temple al mismísimo Juliano. No iba a permitirle aquel sentimiento de pena.

—Me has salvado la vida. ¿Te parece poco?

El tono enérgico, que le recordaba a las últimas conversaciones que mantuvo con ella en casa de Pompeyano, lo estimuló. Herodiano la miró a los ojos, a esos ojos azules y hermosos que le devolvían la alegría perdida.

—Haberte sacado de allí es mi único orgullo.

—No me has sacado de ningún sitio. Me has salvado la vida.

—Al menos en eso…, no te he fallado —dijo con tristeza.

Clodia recordó la última conversación que había mantenido con Herodiano, el mismo día en que mataron a Pértinax. Había sido muy dura con él. Lo responsabilizó de haber estado lejos y no haber hecho todo lo posible por defender a su patrón.

—Aquel día fui injusta contigo, Herodiano. Tú no fuiste responsable del asesinato de Pértinax.

—Le fallé.

—No fallaste a nadie. Y yo fui una estúpida al reprochártelo, sin saber que tú ya te culpabas de su muerte desde que viste su cabeza en lo alto de los muros.

—No quiero recordar aquello —gimió Herodiano apartando la vista.

—Pues debemos recordarlo. Tú y yo. Los dos. Debes recordar que el propio Pértinax te ordenó acudir con Sulpiciano al campamento pretoriano.

—Debí haber desobedecido aquella orden.

—No podías.

Herodiano no contestó. Avanzaron unos metros más y llegaron a una estancia más amplia, con una mesa vieja y una silla robusta.

Sobre la mesa solo había un libro, restos de pergamino y un tintero con una pluma al lado. Allí se respiraba mucho mejor.

—Siéntate en la silla, Clodia.

—¿Y tú?

—Yo me echaré en este rincón, sobre la manta. Es el lugar donde suelo dormir.

Clodia miró a aquel oscuro ángulo de la habitación y vio una tela raída, extendida sobre el duro suelo, como si aquello fuera un lecho improvisado. Sintió una amarga tristeza al saber que Herodiano dormía allí, en unas condiciones infrahumanas, sobre el duro suelo y sin apenas ventilación. La inundó una pena tan profunda que el propio Herodiano la sintió como suya. La miró ahora con los ojos mustios, húmedos, próximos al llanto y le dijo:

—No estés triste, Clodia.

La joven miró aquellos ojos grises, que no le parecieron los de un adivino ciego sino los de un visionario, un hombre que ha mirado más allá de la apariencia física de las cosas y ha sabido descubrir lo que hay detrás, los sentimientos que albergan otras miradas. Sus ojos revelaban una profunda inteligencia, una comunión sentimental y emotiva, pero parecían querer verter alguna lágrima.

—Herodiano, ¿estás llorando?

—De felicidad, Clodia. De sabernos vivos tú y yo. De saber que esta misma noche te conduciré por estos pasadizos hasta fuera de palacio. Y saldrás al campo. Te dirigirás a tu casa y emprenderás camino a Siria, donde estarás segura, con Claudio Pompeyano.

—Vente a Siria conmigo —y los ojos de la joven eran tan elocuentes como las palabras que salían de su boca.

—Aún este ciego Edipo tiene cosas que ver en Roma.

—¿Como qué?

—La muerte de Juliano.

La mujer lo contempló con admiración. Aquel hombre sabía lo que tenía que hacer. Lo expresaba con amabilidad, pero con firmeza. Estaba segura de que no conseguiría hacerlo cambiar de opinión, pero lo intentó de nuevo:

—Juliano afrontará su propio destino. Tú ya has hecho todo lo que debías. Ahora debes venir conmigo a Siria.

—Escucha, Clodia. Tú, al menos, has sabido proteger a Pompeyano. Lo has apartado del peligro. Te has anticipado…

—Te has anticipado tú, Herodiano. Si no me hubieras enviado a mi hermana con el mensaje de partir a Siria…

—Pero tú lo has llevado a cabo.

—Todavía no sé cómo pudiste obrar ese cambio en mi hermana —dijo Clodia con unos ojos abiertos de asombro y admiración hacia aquel hombre, que abría las puertas de palacio como ahora estaba

abriendo las de su corazón.

—En cada uno de nosotros se halla la fuente del bien.

—Sigo sin entenderlo —contestó Clodia—. Cuando la vi llegar a casa suplicante, humilde, vestida con sencillez, me creí que era una trampa. Di orden a los libertos de que controlaran los accesos, que vigilaran la casa, que buscaran dónde estaban escondidos los pretorianos. Creí que aquello era una emboscada para matar a Claudio Pompeyano.

—Servilia tuvo que morir para nacer de nuevo a otra vida. No estaba seguro de que fuera a ser capaz de hacerlo.

—Es otra. Sin duda, mi hermana es otra. No me lo explico.

—Todos podemos llegar a ser otros, Clodia, si somos capaces de renacer, de transformarnos en una versión mejor de nosotros mismos. Hace falta mucha fuerza e inteligencia para obrar ese milagro, como dices, esa transformación, pero la fuente del bien se encuentra en cada uno de nosotros y es una fuente que no deja de brotar, si no dejamos de excavar.

—Servilia me trajo tu mensaje —contestó Clodia—. Me dijo que me marchara a Siria con Pompeyano. Me avisó de todo esto que ha pasado hoy. Luego me habló de su infancia, de lo estúpida y cruel que había sido siempre conmigo. Me pidió perdón una y mil veces, con sinceridad, con humildad, con amor. He recuperado una hermana que creía perdida para siempre.

—Debiste haberte marchado con ellos a Siria —soltó Herodiano como un reproche.

—Tenía que quedarme, Herodiano.

—Entenderás entonces que yo también deba quedarme en Roma hasta la muerte de Juliano, hasta ver cómo cada uno de los que participaron en el asesinato de Pértinax pagan su nefando crimen con su propia vida. Es lo único que me dará paz.

—Tú no tienes la culpa de aquello, Herodiano —volvió a insistir—. Nadie puede cambiar el destino.

—Lo sé.

Clodia miró profundamente los ojos de Herodiano y leyó en ellos la calma, la ecuanimidad. Sus palabras eran sinceras. La joven entendió, en el remanso sereno de aquella mirada, que él ya sabía que el crimen de Pértinax no había sido culpa suya. Sus ojos le decían que hacía tiempo que había encajado todo aquello y mucho más. Aquel hombre ya no era el atriense que la escuchaba con veneración aquellas tardes en que hablaban en casa de Pompeyano y que iba siempre detrás de sus argumentos. No era el mismo de antes. Se había transformado también, y le sorprendía la fuerza que albergaba este nuevo Herodiano. Entonces miró por primera vez la mesa sencilla que constituía el único mobiliario de aquella cueva en que vivía el

guardián de las puertas y vio el libro que reposaba sobre ella.

—*Las Meditaciones* —exclamó.

Herodiano se levantó de un salto al oír aquello. Al instante preguntó:

—¿Has leído a Marco Aurelio?

—Por supuesto —respondió Clodia, al tiempo que tomaba el volumen entre sus suaves manos sin pedir permiso para ello.

Herodiano observó cómo la joven abría con delicadeza las hojas de pergamino cosidas y ojeaba con veneración algunos pasajes del libro como si acariciara un objeto valioso. Al fin preguntó:

—¿Lo has leído?

—Varias veces —respondió Herodiano—. Gracias a eso no me he vuelto loco aquí, en estas grutas oscuras.

La joven dejó de mirar el libro para posar su mirada en las pupilas del atriense, dilatadas a pesar de la falta de luz. Comenzó a entender muchas cosas de las que habían pasado allí.

—¿Se lo has dado a leer a mi hermana? —preguntó con una sonrisa.

—No —respondió divertido Herodiano, que ahora, por primera vez en mucho tiempo, sonreía ante la ocurrencia de la joven—, pero es como si lo hubiera leído.

Clodia no entendía qué quería decir el atriense. Pero estaba intrigada. Quería saber qué había detrás de aquel cambio súbito en la personalidad de Servilia, una transformación que había esperado mucho tiempo, por la que había suplicado a los dioses, pero de la que ya había perdido la esperanza desde hacía años.

—¿Qué quieres decir?

—Tu hermana no ha leído a Marco Aurelio, pero, en mis conversaciones con ella, conversaciones entre la vida y la muerte, entre las puertas de palacio y las del Averno, he hablado siempre por boca del emperador filósofo. Las palabras que he cruzado con ella en esos trascendentales momentos han sido citas y pensamientos que alberga ese libro.

—¿Y el pensamiento de Marco Aurelio es el que ha obrado ese cambio en Servilia?

—Podemos decir que sí.

Clodia pensó por un instante en lo que acababa de escuchar y quiso ir más allá.

—Y, ¿podemos decir que, también en ti, ha obrado una transformación?

—¿Me ves transformado, Clodia?

—No eres el mismo de antes.

—Nadie puede bañarse dos veces en el mismo río.

—Lo entiendo, Herodiano. Lo entiendo. Gracias a Marco Aurelio

has comprendido que no eres culpable de la muerte de Pértinax. Has acumulado la fuerza suficiente para seguir viviendo, para luchar por la justicia, para salvar la vida de Pompeyano y la mía propia.

—Así es, Clodia. He aprendido a sobrellevar mis cargas. A seguir luchando. Con la mente limpia, sin miedo, sin complejo de culpa.

—¡Somos títeres del destino!

—Solo si nos resistimos a él, Clodia —corrigió Herodiano—. Solo si nos enfurruñamos como niños caprichosos, pretendiendo cambiar lo que no está en nuestra mano cambiar.

La hermosa mujer atendió con todos sus sentidos. Aquel pensamiento le pareció muy poderoso, pero estaba segura de que no estaba en *Las Meditaciones*.

—¿Me estás diciendo que el destino no nos maneja a su antojo?

—El destino no es un niño antojadizo, Clodia —respondió el guardián—. Si logras acompasarte a él, hacerlo tuyo, fundirte con su fuerza, deja de manejarte para viajar contigo en la misma dirección.

—Me resulta difícil de entender todo esto, Herodiano —confesó la joven con sinceridad—, pero me alegro de que este pensamiento te haya ayudado a sobrevivir.

—Me ha liberado de angustias y temores.

—Te creo. He visto hace poco cómo te has dirigido a Juliano. He comprobado que no tienes miedo. Ningún temor. Es increíble, pero lo he contemplado con mis propios ojos. Veo que te has liberado del miedo. Pero no sé de qué tipo de angustia hablas, Herodiano. ¿Qué angustia has logrado sofocar con la lectura de Marco Aurelio?

—La angustia de la culpa.

—¿Por la muerte de Pértinax?

—Así es, Clodia. No me he logrado liberar del miedo y la angustia hasta entender por qué sucede lo que sucede.

—¿Y por qué ha pasado todo esto, Herodiano? ¿Por qué Cómodo ha hundido la prosperidad y la dignidad de Roma? ¿Por qué han asesinado vilmente a Pértinax? ¿Por qué el canalla de Juliano ha comprado en subasta el Imperio? ¿Por qué sucede todo esto, Herodiano?

—Las cosas pasan por culpa de la ignorancia humana, por ausencia de sabiduría, por falta de voluntad y esfuerzo. A Servilia le esperaba el mismo destino que espera a Juliano, pero ella ha sabido rectificar a tiempo, buscar la felicidad a través del bien. No se ha dejado arrastrar. En cambio, Juliano...

—¿Qué pasará con Juliano?

—El tiempo es un río y una corriente impetuosa de acontecimientos.

—¿Quieres decir que le espera la muerte?

—La muerte es consecuencia de la vida y toda vida está circunscrita

a un período de tiempo limitado. Pero no pienses más en Juliano y piensa en nosotros.

Clodia no esperaba aquel cambio radical de rumbo. Se daba cuenta de que Herodiano llevaba, en todo momento, la iniciativa de la conversación y que ella apenas podía sino seguirle.

—¿Nosotros?

—Sí. La sabiduría consiste en aprovechar la vida sin amargura y con serenidad.

—Pero nos amenazan los peligros, la muerte…

—No pienses en el momento en que la Parca venga a buscarnos, Clodia. Ese día la miraremos sin temor, como aliada del destino. La miraremos como mira el amor a la muerte, con la certeza de que le sobrevive. Porque la Parca, en cambio, siempre contempla con envidia al amor, con ansia de eternidad, ambicionando la hermosura de la que carece, la ausencia de miedo, la luz cegadora que posee ese sentimiento y que le hará sentir resquemor al pensar en las tinieblas en que ella vive su muerte eterna y la de los demás. No pienses, Clodia, el tiempo que la Parca nos tiene destinados, ni si son muchas o pocas las primaveras que nos esperan. Muchos pequeños granos de incienso se encuentran sobre el mismo altar; uno se consumió antes, el otro más tarde; y nada importa la diferencia. Aprovecha la vida, pensando lo menos posible en el día de mañana.

—Vente conmigo a Siria, Herodiano —dijo Clodia vencida, con unos ojos azules, tiernos, en los que se reflejaba la inmensidad del mar.

—Debo quedarme en Roma hasta ver la muerte de Juliano.

—Te esperaré en Siria, Herodiano. Allí te esperaré. En casa de Pompeyano.

—Y yo iré a buscarte pronto, cumplido mi destino, para vivir contigo todos los días que me concedan los dioses inmortales.

Herodiano rodeó a Clodia con sus brazos y la besó intensamente, con un beso sobrecogedor que despertó el deseo y la pasión en cada uno de los poros de su piel. Aquel contacto la transportó a un mundo nuevo, desconocido, arrebatador. Clodia tuvo entonces el convencimiento de que, efectivamente, aquel hombre no era el mismo con quien hablaba de política en casa de Pompeyano, cuando Pértinax aún vivía.

61. EL DEBATE

Mientras el prefecto Ticiano se encontraba en Capua alistando gladiadores para Juliano, llegó la noticia de que Severo estaba ya muy cerca de Roma. Sin convocar al emperador ni contar con él, los padres de la patria se congregaron en sesión extraordinaria del Senado por orden de los cónsules.

—Único punto en el orden del día —anunció el secretario—: expectativas en la sucesión del Imperio.

Aquel órgano de gobierno, anulado por el ejército y el césar, actuaba de forma eficaz cada vez que sus miembros trabajaban con libertad y al margen de presiones políticas. Ese día se reunieron con prontitud y obraron en perfecto orden. Les beneficiaba el hecho de que los pretorianos no cercaban el Senado amenazantes, ni había ninguno dentro de la Curia —como en otras ocasiones sí los había habido—, ni estaba allí el césar, con sus amenazas y paranoias.

—*Patres* —tomó la palabra el cónsul—, debemos deliberar qué hacer en las actuales circunstancias. Juliano no sale del palacio imperial ni deja de lamentar su suerte. Los *exploratores* y *frumentarii* nos informan de que Severo se encuentra a menos de una jornada de Roma. Ha aminorado el paso, pero mañana puede estar aquí.

Un murmullo de inquietud recorrió las bancadas de los senadores. El cónsul había resumido la situación y esperaba propuestas. El primero que tomó la palabra fue el augur Quintilo, que se había destacado los últimos días por su hostilidad hacia Juliano.

—Senadores, hoy no estamos aquí para defender nuestros intereses personales, sino para pensar en el bien de Roma. Estoy dispuesto a aceptar la mejor solución. Por eso querría escuchar antes lo que Mesala tenga que decir.

Mesala no esperaba que su oponente le cediera la palabra tan pronto. Actuó con desconfianza y hostilidad.

—¿No tienes ninguna propuesta que hacer, Quintilo? ¿O prefieres escucharme a mí antes para intentar refutarme y volver a criticar al césar?

El augur no albergaba malas intenciones. Habló con sinceridad:

—Entiendo tus reservas, Mesala, pero no hay ninguna trampa oculta en mis palabras. Solo tristeza. Pena por la situación a la que hemos llegado. El asesinato de Cómodo nos llenó a todos de alegría, acababan tiempos de tiranía en que todos corrimos peligro, tú también Mesala, recuérdalo. Luego vino Pértinax, la esperanza de que todo volviera a la normalidad, el hombre que nos recordaba los años

gloriosos de Marco Aurelio. Pero aquel sueño se frustró. Si Juliano hubiera sido un buen césar, si hubiera accedido al poder de forma más honesta, yo habría sido el primero en defenderlo. Y si esa es tu propuesta, cónsul, estoy dispuesto a pensarla y meditarla con detenimiento.

A Mesala le extrañó aquel gesto conciliador, pero ni él ni los senadores que siempre apoyaron a Juliano pensaban ya que aquel césar estuviera preparado para sacarlos del apuro. Así lo expresó hablando con la misma sinceridad que había mostrado el augur.

—Agradezco tus palabras, Quintilo —dijo Mesala cambiando por completo de actitud—. En estos difíciles momentos debemos actuar unidos, pensar en nuestros intereses como Senado, pero también, por encima de todo, pensar en Roma. No voy a defender hoy a Juliano, como en tantas ocasiones he hecho, porque aquel que en otro tiempo fue un inteligente y hábil senador, ahora se encuentra fuera de la realidad, paralizado por el miedo y el terror, esperando a que llegue Severo, sin actuar ni tomar las medidas oportunas. Sus más cercanos le hemos propuesto que renuncie al Imperio y ceda todo el poder a Severo, para salvar su vida y evitar un baño de sangre, pero Juliano se niega, una y otra vez, y lo único que hace es encerrarse en palacio y lamentar su mala suerte. No deja de consultar a adivinos y magos, en unos ritos extraños, oficiados por sacerdotes extranjeros, con ceremonias ilegales que no voy a describir porque las conocéis y son la comidilla de toda Roma. Sinceramente, *patres*, no creo que apoyar a Juliano sea la mejor opción.

Todos asintieron conmovidos por la honestidad de Mesala, el primero Quintilo, que no esperaba aquel arranque de dignidad en su oponente.

—Gracias, Mesala. ¿Implica eso que debemos apoyar a Severo, senadores?

Otro murmullo de confusión recorrió las bancadas del edificio en que los patricios deliberaban sobre lo que debía hacerse. Se levantó Glabrión, el hombre que había apoyado a Pértinax en su día y que, tras su muerte, no había vuelto a hablar en el Senado. Ahora avanzaba hacia el centro del hemiciclo despacio, como si le supusiera un tremendo esfuerzo, pero envuelto en la dignidad que albergaban sus años de servicio y su rancio abolengo.

—¡Senadores! —y todos callaron para escuchar lo que tenía que decir aquel venerable anciano—. Hoy me siento emocionado al ver que dejáis de lado vuestras rencillas personales para, por fin, velar por el bien de Roma.

Los patricios bajaron la cabeza avergonzados. Ellos también eran responsables de la debacle en que había caído el Imperio. Con su actitud egoísta habían favorecido la aparición de césares tiranos, como

Cómodo o Juliano. Con su odio, sus rivalidades, sus intereses particulares habían ayudado a mermar el poder del Senado, a convertirlo en una cámara servil, pacata, obediente a cualquier césar que los amenazara con el ejército o los pretorianos. Aceptaron de buen grado la crítica de Glabrión, de aquel hombre que había callado durante tanto tiempo, pero que ahora quería hablar.

—Me emociona ver a los distintos sectores del Senado coincidir en el respeto al adversario. Me alegra ver cómo escuchan sus propuestas, cómo se miran unos a otros como los hermanos que somos, que siempre hemos sido, que nunca deberíamos dejar de ser. Solo hay una madre común a todos, y esa es Roma. No nuestro dinero, nuestro poder, nuestra ambición. ¡Mirad a dónde ha llevado todo esto a Juliano! Pero hoy vosotros habéis aprendido la lección.

Los senadores entendieron cuánta razón llevaba aquel hombre. Supieron por fin, pues lo habían sufrido en sus propias carnes, que, con la concordia, todas las cosas crecen, pero con la discordia decrecen. Los patricios esperaban la continuación del discurso de Glabrión, pero él solo pronunció una frase más:

—Lo que me temo es que sea demasiado tarde.

El anciano guardó silencio e hizo ademán de regresar a su escaño para sentarse, pero los senadores lo interpelaron antes de que se marchara. El primero fue Quintilo:

—¿Por qué tarde, Glabrión? Hoy hablamos con el corazón en la mano. Mesala y yo estamos dispuestos a trabajar juntos. Estoy conforme en aceptar vuestras propuestas, en que adoptemos una misma línea de actuación.

—Explícate, Glabrión —intervino también Mesala—. Hoy no te escuchamos como un rival, sino como el venerable anciano, hombre con experiencia, que nos habla con el corazón en la mano, como un padre que ha callado largo tiempo y que ahora no tiene más objeto que decir la verdad, que buscar la mejor salida para nuestra patria.

Glabrión, conmovido por las palabras unánimes de quienes antes habían sido encarnizados rivales, asistiendo, por fin, a una concordia fructífera y generosa entre senadores, quiso corresponder y decidió decirlo todo, sin tapujos:

—Gracias, senadores. Soy un hombre viejo que quizá mañana no vuelva a ver la luz del día. Pero hoy, en esta sesión, me habéis hecho el regalo de vuestra concordia. Me iré de este mundo con el recuerdo de la hermandad entre senadores, del trabajo generoso y solidario que mostráis ahora, de la búsqueda del bien común que nos enseñó Marco Aurelio y que, hasta el día de hoy, habíamos olvidado. Os diré, en compensación, todo lo que pienso.

El anciano avanzó con paso cansado hasta el centro del hemiciclo y los senadores lo escucharon con el máximo respeto.

—Siento lástima por Juliano —dijo Glabrión—. No merece este final. Durante su vida entera, siempre ha creído que el dinero lo puede todo y su ambición lo ha cegado, lo ha hundido en la desesperación y el temor, hasta el extremo de que él, un hombre astuto e inteligente, con fuerza y tesón, no es ahora sino un muñeco de trapo sin voluntad y sin criterio. No se le puede convencer de que abandone el poder. Se aferra al error y todos sabemos que le espera la muerte a manos de Severo o de alguno de sus secuaces, de los que ya está llena Roma entera; porque no lo dudéis, senadores, los hombres de Severo hace tiempo que se pasean por nuestras calles, por el palacio imperial e incluso por el campamento pretoriano.

Los patricios reconocieron la sagacidad de aquel anciano, que tenía razón en todos y cada uno de los puntos que había expuesto.

—¿Eso implica que deberíamos nombrar a Severo césar, para evitar así una guerra civil? Creo que de nada servirá, senadores. También nosotros hemos nombrado césar a Juliano por la presión de los pretorianos, porque sus espadas apuntaban a nuestro cuello. Y, al hacerlo, al transigir, hemos perdido nuestra legitimidad. ¿Qué os hace pensar que Albino o Níger no se encaminarán a Roma con sus legiones para deponer a Severo? Y cada uno de ellos, u otros, que vengan después, exigirán igualmente que los nombremos césar apuntando sus gladios hacia nuestros cuellos, si es necesario. ¿Qué legitimidad tiene este Senado para nombrar a alguien césar, cuando hemos avalado a un hombre que ha comprado el Imperio con dinero?

Un profundo silencio se adueñó de aquellos muros hasta el punto de que no se oía absolutamente nada. Solo lo interrumpió el leve crujido de una madera del viejo techo, que en otra ocasión habría resultado imperceptible.

—Cuando llegue el momento —prosiguió Glabrión—, nombraremos césar a Severo. No nos quedará otro remedio. Pero eso no salvará a Roma de una guerra civil.

Nadie se atrevía a interrumpir al anciano. Mesala y Quintilo se miraron. Este último hizo un gesto a su compañero cediéndole la palabra.

—¿Qué debemos hacer entonces, Glabrión? —preguntó Mesala.

—Nada, compañeros. No podemos hacer nada, porque la decisión no está en nuestra mano. Hace tiempo que nosotros no ponemos ni quitamos césares. Lo hace la violencia y la intriga. El poder está en manos del ejército y de los pretorianos. Ellos son los que impondrán un nuevo césar. A nosotros solo nos queda esperar. Esperar a ver qué hacen los pretorianos. Esperar a ver si defienden a Juliano o lo sacrifican, si luchan contra Severo o se unen a él, si deponen a Juliano o buscan a otro césar que les guste más o les pague más o les dé más seguridad ante una guerra contra Severo. Solo podemos esperar a que

se definan los pretorianos.

Ahora sí, el venerable anciano se dirigió a su asiento sin que nadie lo interpelara. Todos rumiaron aquellas sensatas palabras. Glabrión llevaba razón. El Senado no tenía poder sobre el ejército o los pretorianos. El cónsul clausuró la sesión y todos volvieron apesadumbrados a sus casas.

Cuanto más se acercaban las tropas de Severo, más angustia sentía Juliano de sentirse solo frente a él. En esta tesitura, necesitaba el apoyo de todos los estamentos, pero le obsesionaba por completo ganarse el favor del pueblo. A los pretorianos los tendría bajo su control mientras corriera el dinero, y el Senado, aunque hostil hacia él, no podría perjudicarlo. Aquella cámara de gobierno ya no tenía el poder de antaño. Su fuerza era casi testimonial, simbólica. De ella había obtenido los documentos necesarios, su nombramiento, su legitimidad. Siempre que mantuviera el mando sobre los militares, tendría a aquellos viejos patricios bajo su control. Pero la plebe era más impredecible y menos domable. Más peligrosa. Queriendo congraciarse con ella, comenzó a pregonar por toda Roma que había dado muerte a Leto para vengar a Pértinax, pues aquel era quien había maquinado su asesinato. Pero los plebeyos sabían que Leto obedecía órdenes, que gozaba de apoyos y que el propio Juliano era quien había estado detrás de aquel crimen y se benefició de él. Por eso lo despreciaban desde el principio, y más ahora, que se mostraba acobardado y servil. No olvidaban que, al principio de las revueltas, había dado orden de disparar contra ellos, provocando la matanza de muchos ciudadanos. A pesar de estas evidencias, Juliano vivía en la irrealidad, en la fantasía de un reinado que había perdido ya. Pensaba que todo lo olvidarían con engaños, que recobraría la fidelidad y el apoyo del pueblo a cambio de dinero. Por eso salió a las calles, fuertemente protegido por los pretorianos, para arrojar algunas bolsas de monedas a aquellos plebeyos cuyas voluntades también quería comprar.

La gente se fue agolpando al paso del césar, que, con ostentación, procedía a sacar las monedas con parsimonia para hacer ademán de que las iba a arrojar. Esperó a que se aglomerara más gente y en ese momento tuvo que escuchar las quejas:

—¿Qué vienes a comprar hoy? ¿Crees que vas a sobornar a la Parca?

Aquella pregunta lo devolvió a la realidad. Su dinero cada vez le servía menos. El oro con que se había abierto paso en todos los momentos trascendentales de su vida parecía no tener valor ahora ante la propia muerte. A ella no podía comprarla. No podía pujar por su vida como hacía dos meses había pujado por el Imperio. Tuvo miedo de que aquella pregunta, que parecía una maldición, se hiciera realidad. Gritó entonces lleno de temor:

—He ordenado buscar y ejecutar a los asesinos de Pértinax. ¿No es eso lo que queríais?

Los ciudadanos callaron. Sabían que Aquilio se había paseado por las calles de Roma con la cabeza de Leto clavada en una pica, pero también sabían que, con todo aquello, solo pretendía halagarlos para evitar que se pasaran al bando de Severo.

—Solo falta la concubina Marcia, a la que también he condenado a muerte. Pronto veréis por las calles su cabeza clavada en una lanza.

Al tiempo que hacía este macabro anuncio, Juliano comenzó a arrojar monedas a derecha e izquierda como un rey Midas que reparte migajas de su oro a la plebe hambrienta. Muchos se agacharon a recogerlas, pero otros desconfiaban de aquel césar. Era muy grande el odio que habían acumulado contra él. Uno de ellos se atrevió a gritar:

—¿Y cuándo veremos tu cabeza en una pica?

Juliano miró espantado sin saber de dónde había surgido aquel alarido. No le dio tiempo a descubrirlo porque otro grito surgió a su espalda.

—Tú eres el asesino de Pértinax.

Miró hacia atrás con gesto de pánico y casi perdió el equilibrio en el suntuoso carro que lo transportaba por las calles. Los pretorianos habían avanzado en dos filas para crear un perímetro de seguridad a su alrededor. Eran hombres expertos en defender al césar de la ira de la plebe y sabían anticipar las ocasiones de peligro. Juliano aún no lo había percibido, pero aquella iba a ser una de ellas.

—¡Que venga Severo, el vengador de Pértinax! —clamó otro en el lado opuesto.

Juliano había perdido el control. Gritaba como un poseso que mataran a esos canallas, pero los pretorianos no sabían quiénes eran y estaban más preocupados por el enorme revuelo que se había levantado. El prefecto Ticiano observó que la plebe se apartaba del camino para coger piedras y dio orden inmediata de que algunos pretorianos subieran al carro para proteger al césar con sus escudos y el resto cargaran contra los plebeyos para evitar que arrojasen los proyectiles. No le dio tiempo a más y la primera andanada de piedras voló hacia el carro. Los pretorianos cubrieron al césar con sus escudos y el prefecto ordenó una rápida retirada hacia el palacio imperial. Aquel día no hubo más incidentes con la plebe, pero cualquiera se daba cuenta de que Juliano resultaba odioso a todos, incluso a los pretorianos, que lo veían débil y cobarde. Cuando la comitiva se atrincheró dentro de los límites del palacio y se encontró lejos del peligro, Juliano quiso arengar a los soldados para conseguir al menos su fidelidad, ya que la del Senado y el pueblo las tenía completamente perdidas.

—Esos plebeyos pagarán su crimen. Esos malditos. Gracias a

vosotros, pretorianos, someteremos al populacho. Habéis protegido bien a vuestro césar. Y el césar sabrá ser generoso con vosotros.

Los pretorianos permanecían en formación por pura disciplina y porque sus dos prefectos del pretorio, Veturio y Ticiano, se encargaban personalmente de que cumplieran con su deber. Todos sabían que quedaba poco por aportar de aquellos treinta mil sestercios que prometió Juliano, apenas un quinto del total. Y eso los comprometía con aquel hombre que tan bien les había pagado.

—Queda por abonar un quinto de vuestra paga. Seis mil sestercios que haré efectivos esta misma semana. Pero vuestra fidelidad y el celo que ponéis en la defensa de mi persona valen más. Cuando derrotemos a las tropas de Severo encontraréis más pagas, más beneficios y privilegios, tal como merecéis.

Los pretorianos escuchaban con respeto, pero también con desconfianza. Estaban hartos de palabras. Todavía no habían recibido todo el *donativum* ofrecido por Juliano y ahora les prometía más. Pero antes había que vencer a Severo. Tendrían que jugarse la vida contra un adversario muy poderoso. Algunos de los que estaban allí ya habían sido derrotados por sus tropas en Rávena y tenían constancia de que el enemigo estaba bien adiestrado. Habían comprobado que el césar tampoco contaba con el apoyo del pueblo ni del Senado. Se encontraban solos, por tanto, en la defensa de aquel emperador, porque sabían que las tropas de fuera de Italia obedecían a Severo y que los soldados de Umbría e incluso algunos de la propia Roma ya se habían pasado a su bando. Los pretorianos lo siguieron escuchando desconfiados, sabiendo que lo más probable es que el reinado de aquel césar cobarde llegara pronto a su fin.

—Yo soy quien ha vengado el crimen de Cómodo, vuestro querido Cómodo, acabando con Leto y Marcia, que perpetraron aquel asesinato.

Hacer ese comentario en aquellos momentos fue otro grave error de Juliano, que ya desvariaba sin control. Habría bastado con el dinero, que era por lo único por lo que los pretorianos seguían allí. Todos sabían que Juliano fue uno de los grandes beneficiados de aquel asesinato, pues estuvo a punto de perder la vida bajo el reinado del hijo de Marco Aurelio. En sus años de senador, maquinó en todo momento contra Cómodo y luego contra Pértinax. La tropa también sabía que Leto estuvo bajo sus órdenes, porque el antiguo prefecto había sobornado en su nombre a muchos pretorianos, oficiales, mandos e incluso soldados rasos. Aquel comentario les desveló a las claras lo que ya sabían, que Juliano era un falso, un impostor, un mentiroso que los dejaría tirados a las primeras de cambio. Por lo menos Severo no engañaba a nadie. Ya había infiltrado agentes entre los mismos pretorianos, que les prometían inmunidad si entregaban a

los asesinos de Pértinax. No era aquel un mal negocio. Evitaría una batalla que tenían prácticamente perdida. No merecía la pena defender a aquel césar, canalla y cobarde, que era ya un cadáver viviente. El Senado se había reunido a sus espaldas. Lo despreciaba abiertamente. Era un césar sin poder, un emperador que aún no había sido depuesto oficialmente, pero sí de facto.

—Yo soy el vengador de Cómodo.

Juliano insistía en ello para congraciarse con los pretorianos, pero no se daba cuenta de que, hacía pocos minutos, había dicho a la plebe, delante de todos ellos, que era el vengador de Pértinax. No podía ser el vengador de Pértinax, que obró contrariamente a Cómodo y que se benefició de aquella muerte, y a la vez ser también el vengador de Cómodo. Aquello resultaba una clara contradicción, obvia incluso para los pretorianos más rudos. Por eso, ya nadie confió en aquel espantajo de césar, aunque no les quedara más remedio que defenderlo, por ahora. Juliano no entendía que a los soldados no les preocupaba, en estos momentos, vengar a Cómodo, sino salvar su situación, y que incluso estaban pensando que, llegado el caso, podrían pactar con Severo, el llamado a convertirse en el nuevo emperador, el general que venía con tropas más numerosas y mejor entrenadas.

—Y volverán los tiempos del placer y el lujo, del vino y las mujeres, del juego y las bacanales, tal como tuvisteis en tiempos de Cómodo —prosiguió Juliano sin saber que ya no convencía a nadie.

Los prefectos del pretorio eran hombres expertos en su oficio, conocedores de los sentimientos de la milicia, hábiles a la hora de leer las emociones de aquellos rudos soldados, primitivos y básicos, pero no estúpidos. Ambos se dieron cuenta de que aquellas palabras no calaban en el ejército, no convencían a los pretorianos. Se miraron entonces como por instinto y ambos se comunicaron sin necesidad de palabras. Ticiano no sabía que Veturio era un agente de Severo, pero estaba convencido de que pensaba igual que él, que veía con claridad que Juliano era hombre muerto, que no tenía ningún futuro, y que debían tomar una decisión. Encontró en la mirada de Veturio la confirmación de lo que pensaba, la aceptación de que Juliano era un estúpido, un césar cobarde y acabado que no sabía sino quejarse y lamentarse, pero que no hacía nada por defender su trono. Es como si se diera por vencido antes de luchar. Había sido humillado por Severo, que había despreciado su oferta de compartir el Imperio. Aquel general que venía con las tropas de Iliria ni siquiera se había dirigido a él, sino directamente a los senadores y los pretorianos, con determinación y fortaleza, sin miedo y con el convencimiento de que, nada más llegar a Roma, se haría con el poder. Los prefectos sabían que aquello era lo más probable. Ni sus tropas iban a ser rivales para las de Severo, ni contaban con el apoyo del pueblo y el Senado, sino

todo lo contrario. Juliano por fin había terminado de hablar y se dirigía al interior del palacio imperial. Ticiano volvió a mirar entonces a Veturio y, a pesar de la distancia, observó cómo aquel le devolvía la mirada y le hacía un gesto de asentimiento. Bastaba para saber que aquel hombre estaba de acuerdo con él. Juliano estaba abocado al fracaso y la guardia pretoriana, cebada ya con suficiente dinero aportado por el césar, no iba a apoyar a aquel perdedor. Todos los soldados lo tenían claro. Solo faltaba que ellos, los prefectos del pretorio, tomaran una decisión. Las dos opciones estaban cada vez más claras: o defender a aquel cadáver político llamado Juliano, o bien aceptar la oferta de inmunidad que les ofrecía Severo a cambio de entregar a los asesinos de Pértinax. Los juegos se habían acabado. Las tropas de aquel general a las puertas de Roma los habían devuelto a todos a la realidad. En la mirada de aceptación de su colega, en sus ojos fijos y su cabeza inclinándose suavemente hacia arriba y abajo en señal de asentimiento, aquel hombre le estaba diciendo lo evidente: había que aceptar la oferta de Severo.

63. LOS DOS PREFECTOS

Las distintas ciudades por donde pasaba Severo le iban mostrando su apoyo. Gran cantidad de soldados de aquellas tierras se pasaban a su ejército sabiendo que engrosaban el bando del futuro vencedor. También se sumaron a él muchos en la propia capital, pero, cuando corrió la voz de que el general avanzaba al frente de sus tropas con Aquilio, aquel que antaño paseó la cabeza de Leto por las calles de Roma, muchos indecisos que lamentaron profundamente el asesinato de Pértinax se pasaron al bando de Severo, al comprobar que él era el verdadero vengador de aquel buen césar, que encontró tan triste fin. Todos los pretorianos conocían ya la oferta de Severo, que más que una oferta era una orden: tener bajo control y vigilados a los asesinos de Pértinax. Y, aunque los que participaron en aquel crimen se movían con cuidado y precauciones, porque sabían que estaban en el punto de mira, no podían sospechar que el prefecto conocía los nombres de cada uno de ellos, sus destinos, el lugar que ocupaban en el campamento y tampoco que llevaban varios días bajo vigilancia. Seguían haciendo su vida sin cortapisas de ningún tipo, bebían, jugaban, disfrutaban y se libraban de los trabajos y maniobras sin que nadie los amonestara, pero estaban en todo momento bajo vigilancia, todos, los cincuenta y dos que participaron de una y otra manera en el crimen. Juliano seguía viviendo en la fantasía, sin saber que los dos prefectos del pretorio ya lo habían abandonado:

—Preparadlo todo —les ordenó aquella mañana en que supo que ya habían llegado las tropas de Severo.

—Así se hará, césar —contestaron ambos y se retiraron.

Al salir por las puertas de aquella suntuosa estancia en que Juliano creía que seguía siendo un césar, los dos prefectos se miraron como el día anterior, cuando tuvo lugar el desastroso discurso de Juliano. Veturio fue el primero en hablar, decidido a jugarse el todo por el todo.

—¿Qué te pareció la arenga del césar? —preguntó con cara de aburrimiento para ofrecerle a su colega la ocasión de sincerarse.

Ticiano no estaba aún completamente seguro y no quería dar un paso en falso.

—Supongo que igual que a ti —respondió cauto.

Aquel hombre no quería comprometerse, al menos no de forma tan directa. La experiencia le había enseñado a ser precavido. Cuando un césar nombraba dos prefectos del pretorio, lo hacía para que uno desconfiara del otro, para que se vigilaran mutuamente y así sentirse

él más resguardado, más protegido, creyendo que evitaba, o al menos dificultaba, que ambos se pusieran de acuerdo en descabalgarlo del poder. Pero Veturio se encontraba resuelto aquella mañana en que todos sabían que las tropas de Severo estaban acampadas a las afueras de Roma. Poseía toda la determinación necesaria, porque en caso de dificultad estaba dispuesto a acabar con aquel hombre allí mismo, si fuera necesario. Cerca se encontraban, disimulados al final de aquel largo pasillo, un par de pretorianos con órdenes precisas: acabar con la vida de su colega si él fracasaba. Si había un enfrentamiento entre ambos, Ticiano no debía salir vivo de allí. Los planes de Severo tenían que verse confirmados y se confirmarían, pero todo resultaría más fácil con la ayuda de Ticiano.

—A mí me pareció mal —soltó a bocajarro.

Ticiano lo miró asombrado por su falta de discreción. Miró a un lado y otro de aquel largo pasillo y no vio a nadie. Observó que su colega mantenía la mano derecha apoyada fuertemente en la empuñadura de su *gladius*, preparado para cualquier desenlace. El arrojo de Veturio no lo inquietó. Más bien lo tranquilizó. Ambos debían trabajar juntos y con determinación en aquella difícil tesitura.

—Pues eso —respondió—. A mí también me pareció mal.

Veturio aflojó la presión sobre su espada y relajó su cuerpo. Una sonrisa amable dio más confianza a su colega en el mando. La respuesta no se hizo esperar.

—La mayoría de los pretorianos está con nosotros.

—¿Estás seguro? —preguntó Ticiano.

—Sí. Por completo. Es más, el Senado ya habría depuesto a Juliano si no fuera porque teme nuestra reacción.

—Si lo hubiera hecho, todo sería más fácil —apuntó Ticiano.

—Lo hará en cuanto arrestemos a los asesinos de Pértinax.

Ticiano estaba desbordado por la rapidez con que su colega manejaba el asunto. Lo miró directamente a los ojos y le preguntó.

—¿Cómo estás tan seguro?

La sonrisa de Veturio le indicó que aquel hombre sabía más de lo que parecía saber.

—Escucha, Ticiano —le dijo—, todo esto se hará sin derramamiento de sangre. Estará resuelto en una hora, antes de que Severo se acerque a la ciudad.

—¿Cómo? —preguntó el prefecto sabiendo ya que su colega tenía un papel destacado en aquella operación.

—Uno de nosotros detendrá a los implicados en el asesinato de Pértinax y el otro se lo comunicará al cónsul Silio Mesala, que se encargará de las cuestiones administrativas.

—¿Cuestiones administrativas?

—Convocará al Senado, depondrán a Juliano y nombrarán césar a

Severo.

—¿Así de fácil?

—Sí.

—¿Y cómo daremos con los asesinos de Pértinax, si no sabemos ni siquiera cuántos intervinieron en el crimen?

—Son cincuenta y dos.

Aquella afirmación tomó por sorpresa a Ticiano. En cualquier otra circunstancia habría podido sospechar que la propuesta de su colega era un farol, un plan improvisado o la esperanza de un visionario. Pero aquel hombre manejaba información detallada de la conjura contra Juliano, datos que no podría conocer, si no fuera un agente de Severo. Sabía que entre los propios pretorianos había muchos infiltrados, pero nunca sospechó que su colega en el mando fuera uno de ellos.

—¿Cómo sabes que son cincuenta y dos?

—Tengo sus nombres, sus puestos, su localización. Están bajo vigilancia desde hace más de una semana.

Ticiano pensó que había sido una suerte sincerarse con Veturio. Aquel hombre, sin duda, era un agente de Severo. Ponerse ahora de su lado le permitiría salvar la vida y el cargo. No podía sospechar que la suerte de Juliano estaba echada desde hacía tiempo y que casi todo en Roma se encontraba bajo el control de Severo, que manejaba los hilos a distancia mediante hombres como su colega en el mando. Ticiano quiso aprovechar la ocasión para mirar por su propia seguridad.

—¿Severo respetará su promesa?

—Te lo garantizo —lo tranquilizó su colega—. Respetará la vida de todos los pretorianos. Las nuestras las primeras. Solo morirán los cincuenta y dos canallas que asesinaron a Pértinax. Es lo justo.

Efectivamente era lo justo. Les gustara o no aquel emperador a los soldados, había que restablecer la legalidad y el honor del cuerpo. Aquellos hombres traicionaron su juramento. Merecían morir, pero a Ticiano le asaltó la duda. Si los asesinos de Pértinax merecían la muerte por atentar contra un césar, ¿no la merecerían ellos también por atentar contra Juliano?

—Es lo justo, pero lo mismo podrán decir de nosotros después, si ejecutamos a Juliano.

—No es lo mismo, Ticiano —aclaró Veturio—. No es lo mismo. Aquellos hombres actuaron por su propia cuenta asesinando a Pértinax. Nosotros no. Será el Senado el que decida deponer de su puesto a Juliano.

—¿El Senado? —preguntó el prefecto que ya veía una salida fácil a todo esto.

—Sí. Los senadores serán quienes quiten el nombramiento a este césar y otorguen el trono a Severo. Nosotros solo cumpliremos nuestro

deber: obedecer al Senado y al próximo césar. Somos el cuerpo de protección del emperador, del vigente, del que nombre el Senado. Ese es nuestro cometido.

Ticiano entendió que todo estaba bajo control y la dignidad del cuerpo quedaba salvaguardada. Aunque no le importaba lo que le pudiera ocurrir a Juliano a partir de ahora, se le ocurrió preguntar:

—¿Morirá Juliano?

—Francamente, estimado colega. No me importa. Si quieres mi opinión: creo que sí. Es lo más probable. Pero Juliano solo morirá si es condenado por el Senado o por el nuevo césar. Si muere lo hará solo, abandonado por todos, se quitará la vida o lo hará algún verdugo en su lugar. En todo caso, nosotros nos mantendremos al margen de todo.

—Y a salvo —colmató Ticiano.

—Así es.

Los dos hombres se miraron confiados. Chocaron sus diestras cogiéndose del antebrazo con lo que suponía firmar aquel acuerdo que beneficiaba a todos.

—Solo falta repartirnos el trabajo —indicó Veturio a quien no le gustaba perder el tiempo—. Uno detendrá a los cincuenta y dos, otro irá a hablar con el cónsul.

La respuesta estaba implícita en el comentario de su colega. Ticiano no era un ingenuo. Agradeció el gesto y respondió de inmediato:

—Gracias, Veturio. Creo que lo mejor es que tú te ocupes de esos hombres. Los conoces y los tienes bajo vigilancia. Te resultará fácil apresarlos en el campamento pretoriano. Yo esperaré aquí en palacio. Cuando me envíes noticia, iré a ver al cónsul Silio Mesala y le transmitiré la decisión de los soldados.

—No tardaré, Ticiano —y, sin más, se marchó por aquel largo pasillo sin que su colega viera que, al doblar la esquina, se le unían dos pretorianos más y que los tres marchaban aprisa a los *castra praetoria*.

64. SENADORES Y PRETORIANOS

Cuando Ticiano recibió la noticia de que Veturio había apresado a todos los responsables del asesinato de Pértinax, marchó a casa del senador Silio Mesala, que ejercía las funciones de cónsul. Aquel hombre había sido puesto en el cargo por el propio Juliano, que siempre se había rodeado de personas que pudiera manejar y que le fueran fieles frente a Pértinax. Con Silio Mesala lo tuvo fácil, pues aquel senador había sido condenado por el propio Pértinax, al demostrarse los delitos que había cometido durante su gobierno de África. Era un patricio avaro, como el propio Juliano, corrupto hasta la saciedad, licencioso y amigo de lujos y placeres. Y con él había contado durante los últimos meses, hasta el punto de haberlo nombrado cónsul, máxima autoridad detrás del emperador. Ahora, Mesala sabía que Juliano estaba acabado y que los senadores como él tenían que buscar una vía de supervivencia ante los tiempos que se presentaban. El prefecto Ticiano le ofreció ese camino:

—Vengo a comunicaros, cónsul, que los asesinos de Pértinax han sido detenidos.

—¿Detenidos? —preguntó Mesala, que no esperaba aquella visita ni aquel anuncio.

—Sí, están bajo arresto, a la espera de juicio.

El cónsul estaba algo desorientado. Uno de los prefectos del pretorio le anunciaba que habían apresado a aquellos hombres, tal como Severo había exigido. Eso implicaba que los soldados se plegaban a las órdenes del comandante que se había levantado contra Juliano y que abandonaban al césar a su suerte.

—¿Quién ha dado la orden?

Ticiano lo miró con hostilidad y el cónsul se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Recordó las palabras de sus compañeros en el Senado y supo que aquella pregunta estaba de más. Desde hacía tiempo, la Curia no era la que resolvía, sino el ejército, les gustara o no a los senadores. Pero todos disimulaban y seguían alimentando la ficción de que el Senado era el que tomaba las decisiones. Aquella mirada del prefecto lo intimidó, porque al militar no le había gustado la pregunta. El objetivo era que el Senado asumiera el cambio de régimen, la responsabilidad de todo aquello, pero Ticiano no podía decirlo así de claro. El oficial mantuvo la calma y buscó la mejor respuesta: era un hombre que conocía bien la política de Roma y no se iba a dejar manejar por aquel estúpido senador.

—El Senado, cónsul. El Senado es quien dio la orden. ¿No lo

recordáis?

El prefecto se permitía el lujo de burlarse de él y Mesala se revolvió como un animal herido. Sabía que los senadores no pintaban nada ya en aquella Roma de césares impuestos por las armas, pero no quiso ceder tan fácilmente.

—¿El Senado? Pero eso fue hace dos meses, antes de que…

—Las órdenes se cumplen, más tarde o más temprano —interrumpió Ticiano conciliador para evitar que la conversación discurriera por derroteros más incómodos.

Mesala guardó silencio y decidió ser cauto. El prefecto le estaba dando una información útil. Le avisaba de las intenciones de los pretorianos, que no eran otras que abandonar a Juliano y apostar por un nuevo césar. Aquellos soldados no querían la guerra civil, como tampoco los senadores. En esto podían coincidir todos, pero estaba claro que los pretorianos deseaban evitar las consecuencias de ese abandono, de ese cambio de bando, y conseguir que fuera el Senado quien asumiera la responsabilidad de los hechos.

—Bien —respondió lacónico.

Ticiano entendió que había cumplido su misión. Tenía noticia de que Mesala era un senador afín a Juliano, uno de sus hombres, y a eso achacó esa resistencia inicial. Pero el cónsul cedía, porque ambos sabían que, a aquellas alturas, nadie en Roma apoyaba ya a Juliano; incluso sus más íntimos lo habían abandonado. En el fondo, él había venido a hacerle un favor, a avisarlo de que también los pretorianos abandonaban a Juliano. Toda Roma sabía que la decisión última de mantener o no a aquel títere en el trono dependía de la guardia y no de aquellos senadores engolados y arrogantes que, en realidad, solo estaban esperando la autorización de los soldados para deponer a Juliano y nombrar césar a Severo, como era su intención. Eso evitaría una guerra civil. Ticiano esperó unos segundos, pero el silencio de Mesala le indicó que ya estaba todo dicho.

—Por mi parte, nada más, cónsul —terminó la entrevista el prefecto—. El Senado sabrá lo que debe hacer.

Imposible hablar más claro, pensó Mesala, que asintió con el gesto y vio cómo Ticiano se marchaba por donde había venido. Entonces el cónsul puso en marcha a sus libertos y no perdió tiempo en convocar al Senado, esta vez en el Ateneo.

Mientras, en el campamento pretoriano, ya había cincuenta y dos hombres encerrados en el calabozo. Ni siquiera Tausio conocía el nombre de todos ellos. Cuando vio al propio Veturio aparecer en su barracón con media docena de pretorianos supo de inmediato a qué venía. Dejó los dados y corrió a su camastro para coger su *gladius*: no iba a permitir que lo apresaran tan fácilmente. Además, estaba rodeado de al menos diez compañeros que jugaban y bebían con él y

pertenecían a su círculo de confianza. Varios de ellos eran cómplices suyos, aquellos que habían perpetrado el crimen de Pértinax bajo su mando y, por tanto, tenían el mismo interés en defenderse que él. Aquellos mercenarios estaban sobre aviso. Hacía días que les habían llegado rumores de que Severo quería sus cabezas, pero no sospechaban que sus propios compañeros estuvieran dispuestos a venderlos al enemigo, pues sabían que todos se habían aprovechado de aquel crimen y habían degustado los lujos y placeres que les habían correspondido después. Antes de que Tausio diera dos pasos en busca del arma, un pretoriano que estaba junto a él lo agarró por la espalda y otro le puso un puñal en el cuello. El belga quedó inmovilizado, sorprendido por la rapidez de aquellos hombres, y solo pudo ver de frente cómo el prefecto Veturio se acercaba. Entonces se giró lentamente y pudo comprobar cómo sus diez compañeros también estaban inmovilizados con gladios o puñales apuntando a sus pechos y cuellos. Ninguno de aquellos reos se había dado cuenta de que los demás pretorianos que los acompañaban en aquel barracón eran hombres de Veturio y tenían instrucciones claras sobre lo que debían hacer aquel día.

—¿Qué es esto? —acertó a decir Tausio.

El prefecto no tenía por qué contestar y no contestó. Miró a sus subordinados y dio la orden:

—Lleváoslos.

Tausio entendió que estaba perdido. No sabía si lo matarían allí mismo o esperarían órdenes de Severo. Quiso intentar salvar el pellejo *in extremis*.

—Prefecto, colaboraré a cambio de mi vida, por favor.

Veturio lo miró con desprecio. Aquel hombre se había mostrado muy valiente a la hora de matar a un anciano desarmado, pero, ante su muerte inminente, evidenciaba ser un cobarde.

—¿Colaborarás? —preguntó el prefecto.

—Lo que sea.

—¿Como qué? —quiso jugar con él Veturio.

—Delataré a quienes participaron en el asesinato de Pértinax. ¿No es eso lo que queréis? ¿No es eso lo que exige Severo?

—¿Estás dispuesto a delatarlos a todos a cambio de tu vida? — preguntó el prefecto.

—Por supuesto.

Veturio miró ahora a los diez compañeros que habían compartido con Tausio borracheras y orgías. Los miró a la cara con rostro inquisitivo y observó la estupefacción que los dominaba, al saberse vendidos por su jefe, traicionados por aquel compañero de juergas que decía ser su amigo.

—Eres el más cobarde de todos —exclamó con desprecio.

—Sí, prefecto. Soy un cobarde, pero quiero vivir.

Todos los soldados que había en aquel barracón militar entendieron que aquel hombre era un ser despreciable. Veturio no necesitaba su información, pero quiso insistir, desnudar más aún su cobardía ante aquellos pretorianos.

—Te las dabas de muy valiente cuando mataste a Pértinax.

—Yo arrojé la lanza, prefecto, pero otros muchos los remataron. Yo te daré los nombres.

—¿De todos?

—De todos, prefecto.

—¿También de tus íntimos amigos? ¿De Vírux? ¿De Bellátor?

—Sí. Y de todos los demás, prefecto.

—¿De los cuarenta y nueve restantes?

Tausio estaba sobrepasado por aquella pregunta que lo desconcertaba. Solo acertó a repetir.

—¿Cuarenta y nueve?

—Sí, Tausio. Contándote a ti, fuisteis cincuenta y dos los que participasteis en el asesinato de Pértinax. Así que, si restamos a Vírux, Bellátor y a ti mismo, quedan cuarenta y nueve criminales más.

—¿Cincuenta y dos? —Tausio estaba completamente desbordado.

—Cincuenta y dos —corroboró el prefecto—. Ni uno más ni uno menos.

—Debe haber un error, prefecto —reaccionó por fin el pretoriano —. Te puedo dar el nombre de veinte o veinticinco que fueron los que remataron a Pértinax.

—Pero hubo más, Tausio. Hubo más cobardes como tú, canallas que te abrieron el pasillo a una orden tuya, ese pasillo que te dio vía libre a Pértinax, el que te permitió arrojar la lanza que acabó con su vida.

El belga callaba. Estaba sudando y no sabía qué decir.

—¿Me darás todos esos nombres, Tausio? —insistió Veturio—. ¿Acaso los sabes de memoria?

—No, prefecto —confesó—. Pero podría investigarlo.

—¿Investigarlo?

—Sí, prefecto. No sé el nombre de todos los que abrieron el pasillo. Era un grupo de camaradas y les dije que a una orden mía se apartaran para acabar con Pértinax. Conozco el nombre de algunos de ellos, pero te los daré todos…

—¿Cómo?

—Les preguntaré a otros. Te diré a quiénes torturar. Haré memoria, prefecto, hasta llegar a cincuenta y dos o a sesenta o los que queráis. Por favor, respetad mi vida.

Aquellos hombres, tanto los reos como los captores, miraban a Tausio con desprecio. Lo vieron entonces, por primera vez, como era

en realidad: un juerguista fanfarrón y presumido, bebedor y pendenciero, jugador, vago, sucio y presuntuoso, un cobarde dispuesto a torturar, matar y vender a sus propios camaradas.

—¿Me pides que respete tu vida? —preguntó Veturio con estupor.

—Sí, prefecto, por favor, os lo suplico, respetad mi vida.

—Igual que tú has respetado la de hombres más honestos que tú, ¿verdad, Tausio? ¿Has respetado tú la vida de un césar al que debías proteger? ¿Has respetado la vida de un anciano valiente que ha sangrado en todas las fronteras en defensa de Roma, que ha gobernado con dignidad el Imperio? ¿Has respetado tú su vida, Tausio?

El pretoriano calló avergonzado. Entonces Veturio sacó un pergamino y comenzó a leer.

—Estos son los nombres de a quienes quieres traicionar. Te los puedo leer uno a uno. No cincuenta ni sesenta. Cincuenta y dos, exactamente. Aquí están todos y cada uno de los canallas que intervinieron de una u otra forma en el crimen. ¿Esta es la información que me quieres ofrecer? ¿Estos son los hombres que quieres sacrificar por salvar la vida, canalla? ¡Si ni siquiera sabes todos los nombres! Yo los tengo aquí, los cincuenta y dos, contigo encabezando la lista.

Tausio no podía sostener la mirada del prefecto. ¿Cómo era posible que tuviera una lista con todos los nombres? ¿Cómo era posible que tuviera esa información tan detallada, tan concienzuda? No le quedaba nada que ofrecer a cambio de su vida. Estaba abatido, aterrorizado. No dejaba de sudar. Veturio dio la última orden:

—Lleváoslos.

65. EN EL ATENEO

El cónsul Silio Mesala no perdió el tiempo. Reunió al Senado en el Ateneo para comunicar a los patricios la decisión de los soldados. Comenzó con la solemnidad de otros tiempos:

—Padres de la patria, os he reunido de urgencia aquí en el Ateneo para comunicaros lo más rápido posible la noticia que me ha traído el prefecto del pretorio. Los soldados han arrestado a todos los que colaboraron en el crimen de Pértinax.

Un murmullo de sorpresa y alivio a la vez recorrió las largas bancadas en que se sentaban los patricios. No era habitual que se reunieran en el Ateneo, pero, en casos de urgencia y necesidad, lo habían hecho allí y también en el Templo de la diosa Concordia.

—Hace dos días —prosiguió el cónsul— tratábamos este asunto en el Senado. Entonces vimos que no podíamos decidir nada hasta que se pronunciaran los pretorianos. Pues bien, *patres*, ya se han pronunciado.

Los senadores volvieron a levantar un murmullo de inquietud, aunque todos sabían que lo único que podían hacer era corroborar las acciones de los pretorianos y ganarse el favor del futuro césar.

—Aunque todos sabemos lo que hay que hacer —continuó Mesala —, cedo la palabra a Glabrión para que nos dé las pautas oportunas.

Al decir esto último, el cónsul no había mirado a Glabrión, sino al augur, a aquel Quintilio, hace poco rival, ahora el hombre con quien compartía las decisiones en un deseo de concordia que quizás llegaba tarde. El augur asintió con la cabeza y entonces Mesala invitó con el gesto a Glabrión a subir a la tribuna. El anciano se levantó fatigosamente del asiento y se dirigió con aire de cansancio al centro de aquel espacio dedicado en otro tiempo a las actividades culturales, a las declamaciones de poesía y oratoria, a las conferencias sobre ciencia y filosofía. Sus palabras salieron como si fuera el leve crujido de las viejas maderas de aquel edificio:

—Varones, hoy, cuando he entrado en el Ateneo, me he sentido sobrecogido por el recuerdo.

No esperaban los senadores que el viejo patricio comenzara a hablar de sus recuerdos personales, creyeron que desvariaba algo por la edad, pero muy pronto se dieron cuenta de la sabiduría que encerraban sus palabras.

—Me ha venido a la memoria el día en que murió Pértinax. Recordaréis que esa mañana tenía previsto acudir aquí, al Ateneo, a escuchar un recital de poesía.

Entonces todos entendieron la calidad e intención de aquel recuerdo. El anciano senador quería hablarles de algo más que de las decisiones que habrían de tomar aquella tarde.

—¿Recordáis a Pértinax conversando de gramática con su amigo Valeriano? ¿Recordáis a Marco Aurelio disertar sobre filosofía y leyes? ¿Os acordáis de cómo ambos acudían con frecuencia a tertulias literarias o declamaciones de poesía?

Claro que se acordaban. Tanto Marco Aurelio como Pértinax tuvieron siempre grandes inquietudes culturales, no solo por motivos personales: estaban seguros de que la cultura debía formar siempre parte del poder.

—¿Cuántos de vosotros acudís hoy a las tertulias literarias, fomentáis la cultura o promovéis la ciencia? ¿Cuántos de vosotros, senadores, lo habéis hecho en estos últimos doce años?

Todos y cada uno de los senadores entendieron que aquello no era una pregunta menor, ni que Glabrión estaba hablando solo de literatura. El viejo senador les hablaba de valores, de ética, de cómo el poder no se puede ejercer con ambición estúpida, sino con filosofía e inteligencia, como hicieron Marco Aurelio y Pértinax. Les estaba echando en cara su desprecio por la cultura, su actitud ante el poder, su sumisión, su ambición, su avaricia y cómo ese desprecio por la cultura nos aboca a la decadencia social, política, económica y militar.

—¿Lee poesía Juliano? ¿Lee Severo?

Todos guardaron un silencio sepulcral. Sabían lo que venía a continuación.

—Pues no esperéis que ni uno ni otro sean mejores emperadores que Pértinax.

Aquella afirmación cayó sobre ellos como una losa. El viejo Glabrión, quizá en la que podía ser su última intervención en una sesión del Senado, les estaba diciendo que aquella decadencia también era responsabilidad de todos ellos.

—Recuerdo, senadores —continuó el anciano—, el día en que Pértinax se presentó con humildad ante esta asamblea. Todos vosotros estabais aquí y lo recordáis igual que yo. La mayoría lo despreció por sus orígenes humildes. Pocos le abristeis con generosidad los brazos. Lo dejasteis hacer pensando solo en vuestros intereses particulares. ¡Aquel era un buen césar, senadores! ¡Un hombre que quiso seguir las huellas de Marco Aurelio!

Los patricios bajaron la cabeza avergonzados, ellos también eran responsables de la debacle de Roma, de la subasta del Imperio y de la degeneración reinante. Habían cedido a su egoísmo, a sus rivalidades, a su bienestar, siempre puesto por delante del bien común, de un sincero beneficio para su patria. Ahora era tarde para lamentaciones.

—Dejamos pasar a un buen césar, compañeros. No lo apoyamos lo

suficiente. Nos dejamos llevar por los beneficios que nos prometía Juliano, abandonamos la cultura por el dinero, el bien común por nuestro interés personal, el cumplimiento del deber por engordar nuestro patrimonio y nos dejamos llevar por la arrogancia, la desvergüenza, el ansia por humillar a nuestros rivales políticos, en lugar de luchar todos juntos por Roma, de tratarnos en esta asamblea con respeto y espíritu de colaboración.

A aquellos patricios no les quedaba más remedio que tragarse todas y cada una de las palabras de aquel anciano. Los senadores se observaron unos a otros, algunos con lágrimas en los ojos. Otros miraban a sus rivales con gesto de arrepentimiento. Ahora se daban cuenta de que no valían nada como senadores, que pertenecían a un cuerpo que carecía ya de poder, que eran simplemente un apéndice subordinado al poder militar, a los pretorianos, a los generales, a los césares que ya no nombraban ellos, sino los soldados de las legiones que defendían la frontera o los pretorianos que se dejaban comprar y vender por el mejor postor.

—Aquellos grandes emperadores tuvieron afán por la cultura —prosiguió Glabrión—. Y eso los hizo mejores, porque el interés por la cultura, senadores, no es aburrimiento ni sosería. El afán por el bien común no es estupidez ni torpeza. No es mejor ni más hábil el que se enriquece a costa de empobrecer al resto, el que destaca y quiere destacar por el brillo de su oro y no por el de sus virtudes. Aquellos que solo piensan en su beneficio y su riqueza a costa de todo, labran nuestros campos con sal y arruinan el futuro, como todos nosotros hemos colaborado en arruinar el futuro de Roma porque, os pregunto de nuevo, senadores: ¿leéis poesía, vosotros? ¿Leen Juliano o Severo?

El silencio de Glabrión obligó a algunos a pronunciar un tibio «no».

—Pues claro que no, *patres*. Algunos de ellos incluso se vanaglorian de no haber leído nunca un libro. ¿Creéis que entre esos hombres encontraréis a un Marco Aurelio?

Este otro silencio volvió a obligar a algunos senadores a pronunciar otro forzado «no».

—Pues eso es lo que quiero decir con este súbito ataque de memoria, *patres*. Cuando os recuerdo que Pértinax quería asistir al Ateneo el día en que fue asesinado, estoy diciendo que ni Juliano ni Severo serán buenos césares, como él sí lo fue. Hemos aceptado a uno y aceptaremos al otro porque ejercen la violencia contra nosotros, porque nos fuerzan, nos obligan y nos coaccionan, con desprecio a nuestro honor y nuestra dignidad. Pero lo merecemos, *patres*. Lo merecemos. ¿Acaso correspondimos a Pértinax, que sí nos trató siempre con respeto y dignidad?

El silencio se hizo tan espeso que ni siquiera se oyeron crujir las maderas de las vigas del techo o las paredes.

—Eso es lo que hemos conseguido con la discordia, senadores. Ahí tenéis los frutos —concluyó Glabrión.

Los senadores sabían que el anciano patricio, el hombre más honesto de la asamblea, se disponía a acabar su discurso, pero no solo querían reproches, también soluciones.

—Hemos despreciado a los que nos trataron con respeto, porque los creíamos débiles e inferiores. Y, por otro lado, nos hemos sometido a los soberbios, que nos han tratado con violencia. Eso pasa por no leer, *patres*, por no valorar la cultura y la educación, los valores, la ética, el cumplimiento del deber, por no tener el coraje suficiente como para defender nuestra libertad, por someterla al dinero y al poder, por vendernos para ser más que los demás, por ambición, por codicia, cuando lo único que te hace mejor es la cultura, el respeto y la educación. Cuando fallan esos valores, todo el edificio del buen gobierno se viene abajo. Y nos arrastra, como ha arrastrado a Juliano y nos arrastrará a todos.

Glabrión hizo ademán de haber terminado su discurso. Quintilio miró con desesperación a Mesala y este entendió que debía interpelar al anciano:

—No termines aún, Glabrión —le dijo el cónsul, y el anciano se detuvo ante aquel ruego.

Todos los senadores miraban a Mesala, querían que el veterano senador les diera una solución, un camino que seguir: querían una luz en medio de tanta oscuridad.

—Aceptamos tus reproches —prosiguió Mesala—. Nos los merecemos. Pero necesitamos saber qué hacer, necesitamos tu opinión.

El anciano volvió sobre sus pasos y se situó de nuevo en el centro de la sala. Avanzó como si aquello le supusiera un gran esfuerzo. Estaba cansado de la edad y la fatiga, pero, ante todo, de tanta torpeza.

—Nada os diré que no sepáis todos y cada uno de vosotros, senadores. Ante la situación presente el Senado no puede sino tomar tres decisiones, todas obligadas, forzadas, porque los pretorianos y Severo no nos están preguntando nada, no nos están pidiendo nuestra opinión. Ellos, simplemente, nos están obligando a dar carta de naturaleza legal a lo que ya han conseguido por la fuerza de las armas.

Y así era. Aquel cuerpo que en otro tiempo dio leyes al mundo ahora solo quería engordar sus bolsillos, cebarse con los manjares del poder, elevarse sobre sus enemigos. Habían ido perdiendo peso en aquella Roma que se encaminaba hacia la decadencia. Y no pudieron rebatir ni una sola de las palabras de aquel viejo senador. Pero querían una solución. Estaban tan perdidos que ni siquiera sabían qué medidas tomar ni en qué orden. El cónsul Mesala insistió de nuevo:

—¿Cuáles son esas tres decisiones que hemos de tomar, Glabrión?

—Las diré en orden, Mesala: la primera condenar a muerte a Juliano, la segunda nombrar emperador a Severo, y la tercera rendir honores divinos a Pértinax.

66. LA MUERTE DE JULIANO

Cuando Severo llegó a las puertas de Roma, una delegación de magistrados y líderes del Senado le salió al paso para rendirle honores y entregarle un documento en que lo nombraban emperador único. Severo lo leyó con atención y aceptó las honras que le tributaban los senadores, pero desconfiaba de todos y de todo. Por eso se dirigió al cónsul Mesala, que encabezaba aquella delegación.

—¿Dónde está Juliano?

Severo sabía que aquel patricio era uno de los hombres de Juliano. Que él hubiera sido el encargado de entregarle su nombramiento como césar no había sido una mala idea, por cuanto le indicaba que todos, incluso sus partidarios, habían decidido abandonarlo.

—Juliano se encuentra en el palacio imperial, césar —y le alargó otro documento.

—¿Qué es esto? —preguntó Severo antes de abrirlo.

—La condena a muerte de Juliano.

Severo lo miró profundamente a los ojos y el cónsul apartó la mirada avergonzado. Al menos el Senado había hecho lo que correspondía, pensó el militar. Abrió el documento y lo leyó por lo alto. La siguiente pregunta no se hizo esperar.

—¿Ha sido ejecutada esta sentencia? —preguntó el nuevo césar queriendo saber si Juliano vivía aún o no.

—Todavía no, césar. Hemos pensado que os corresponde a vos, en calidad de Imperator…

—Mesala había hablado con miedo, sin saber si Severo quería que Juliano estuviera ya muerto antes de entrar en Roma o si prefería encargarse él de la ejecución. Todos los pasos debían estar bien medidos, para que la llegada del nuevo césar no supusiera un baño de sangre entre las filas del Senado, siempre en peligro desde los tiempos de Cómodo. Miró a su interlocutor para intentar descifrar su pensamiento y vio que Severo sonreía. Eso lo tranquilizó.

—Bien —respondió sin más.

Severo pensó que, de nuevo, el Senado había hecho lo correcto. No importaba si aquellos hombres no habían ejecutado a Juliano por cobardía o por falta de iniciativa. El caso es que le beneficiaba. A él le convenía hacerse cargo de aquella situación y además, prefería ajusticiar personalmente a Juliano y a los pretorianos que asesinaron a Pértinax, para presentarse ante el pueblo de Roma como el restaurador de la ley y el orden, el vengador de los crímenes perpetrados, la nueva legalidad.

—¿Y la guardia pretoriana? —preguntó Severo.

—Ha arrestado a los asesinos de Pértinax y se ha retirado al campamento pretoriano.

—¿No protege a Juliano? —insistió.

—No, césar. Ese hombre ha sido depuesto y condenado. Ahora se encuentra en el palacio imperial. Solo. Abandonado por todos.

Al ver Severo que la guardia había abandonado a Juliano, se levantó con rapidez de su asiento y avanzó hacia la entrada de la tienda de campaña en que había recibido a la delegación. Allí hizo un gesto a su tribuno militar de máxima confianza, que se acercó de inmediato. Bastaron pocas palabras para que el soldado montara en su caballo y se dirigiera a palacio con la misión de matar a aquel cobarde senador que se había atrevido a comprar el Imperio en pública subasta.

El tribuno cabalgó por las calles de Roma y todos los ciudadanos lo miraban desde sus casas. Sabían que era un enviado de Severo y conocían perfectamente la misión que tenía encomendada. El militar llegó pronto al palacio imperial y comprobó que no había guardias en las puertas, que estaban abiertas de par en par. Penetró por los amplios pasillos de palacio y observó que no había nadie del servicio en las estancias que conducían a la sala del trono. Todos los esclavos, libertos, criados o concubinas se habían recluido en sus habitaciones, en las cocinas, en sus dormitorios y habían dejado abiertas todas las puertas que conducían a la sala donde Juliano se quejaba amargamente. Sus gemidos se oían desde lejos y fueron una pista inconfundible para que aquel hombre cumpliera con eficacia y rapidez su misión. El tribuno caminaba con paso firme y seguro, sin descuidar su espalda, comprobando, en cada quiebro de los pasillos y las estancias que recorría, que no había nadie, sin soldados, sin vigilancia, sin pretorianos que pudieran estorbarle el paso. Avanzaba armado solo con un gladio en la mano derecha. Era suficiente para cumplir la tarea que Severo le había encomendado. Al girar el último pasillo para encarar la sala del trono le pareció escuchar un crujido casi imperceptible a su espalda y se giró de repente, como un tigre rabioso dispuesto a matar sin piedad, a lanzarse contra quien le saliera al paso. Pero no había nadie allí. Se detuvo unos instantes en posición de alerta, para escuchar, y solo hubo silencio, unos segundos de espeso silencio, rotos únicamente por un nuevo gemido de Juliano, que ahora estaba muy cerca, tras una puerta entreabierta, a menos de veinte metros de aquel tribuno que permanecía al acecho, con sus cinco sentidos, vigilante y en guardia. El soldado se giró de nuevo para encarar a su víctima y avanzó con cautela. Cuando penetró en la estancia en que se encontraba Juliano, comprobó que aquel hombre estaba completamente solo. No había nadie escondido tras la entrada

ni detrás de los espesos cortinajes que cubrían los amplios ventanales de aquella suntuosa estancia. Cuando cerró las puertas para cubrirse las espaldas, Juliano se dio cuenta de que había entrado alguien. Él estaba en el suelo, gimiendo y llorando, abandonado por todos, con el pelo desordenado y lágrimas en los ojos, desluciendo con esa imagen de desolación las ricas ropas que lo vestían: la toga finísima, bordada en oro y plata, ribeteada en púrpura, con esmeraldas y piedras preciosas que parecían mostrar una Gorgona en su pecho. Juliano se arrastraba por el suelo, cubierto de mármoles de fantasía, blanquísimos, de colores exóticos, entre columnas monumentales de pórfido y, al ver al tribuno, se dibujó en su rostro una faz de pánico y de dolor que habría conmovido a la misma muerte si hubiera sido ella quien empuñara la espada en lugar de aquel militar. Juliano supo al instante que aquel hombre no era de los suyos. No era un pretoriano, ni siquiera un soldado de Roma. Le bastó observar el uniforme lleno de polvo del camino para saber que era un enviado de Severo. No le vio el rostro duro ni la mirada asesina ni la fuerza con que empuñaba su gladio para asestar el golpe fatal, definitivo, solo gritó entre lágrimas:

—¡Clemencia!

Y el soldado avanzaba lento pero inexorable, como el río que se precipita a su desembocadura o la nieve que cae sobre la montaña.

—Por favor, suplico la clemencia de Severo.

El tribuno avanzaba despacio, sin perder ni un solo detalle de aquella estancia, sin apartar la vista de su presa.

—¡Por todos los dioses! Quiero hablar con Severo. ¡Clemencia!

Aquel hombre tenía órdenes claras y taxativas. No estaba allí para hablar y sus labios no se despegaron ni para respirar.

—Pero ¿qué mal he hecho? —suplicaba Juliano levantando su mano izquierda hacia aquel soldado que se acercaba sin prisa, pero con determinación de hierro.

—¡No he hecho nada malo!

El tribuno no estaba allí para hablar ni argumentar. Hoy era el puño armado de la muerte, instrumento de la venganza, brazo ejecutor que iba a castigar la insolencia y vileza de querer comprarlo todo con dinero, incluso un Imperio.

—Contéstame, por favor —gritó aterrorizado Juliano al ver que aquel soldado no dejaba de avanzar con su gladio desenvainado.

Nadie contestó.

—¿Qué he hecho mal? ¿Qué he hecho mal?

Fueron las últimas palabras de Juliano antes de que el tribuno asestara un golpe directo con su espada, que se clavó en el corazón de aquel hombre que había querido comprar un Imperio, en su delirio de pensar que todo podía comprarlo con dinero.

Cuando el tribuno llevó la cabeza de Juliano a Severo, el nuevo césar supo que se haría con el poder sin derramamiento de sangre. Le preguntó a su subordinado por todos los aspectos de la ejecución. Era uno de sus mandos de mayor confianza.

—No había soldados, ni libertos, ni pretorianos en palacio, césar. El trayecto estaba expedito. Nadie se interpuso en mi camino.

Severo miró satisfecho a aquel tribuno, que había cumplido su misión a la perfección. Fijó su atención en los ojos de su subordinado y encontró la mirada menos limpia de lo habitual, tensa, huidiza. Él era un jefe que conocía muy bien a sus más fieles. Se reunía con ellos a menudo, comía y convivía con ellos. Y aquel era uno de sus hombres más cercanos. Por eso no le costó leer su inquietud:

—Aun así, te veo dudar.

—Es solo una intuición, césar.

—Cuéntamela.

—En ningún momento encontré obstáculo alguno. Nadie se cruzó en mi camino, pero, cuando atravesaba el último pasillo, me pareció escuchar un ruido a mi espalda. Me giré, pero no había nadie.

—Ese palacio está lleno de ratas —afirmó Juliano mientras ofrecía vino a su tribuno de confianza.

—Debía ser una rata muy grande, césar —afirmó dando un buen trago.

Ambos sonrieron y Severo bebió también.

—Hay más, césar.

—Cuéntame.

—Cuando asesté a Juliano el golpe definitivo…

—¿Sí?

—Me pareció escuchar un suspiro de alivio, profundo, poderoso, como un alma en pena que por fin descansa de su suplicio, como si fuera un espíritu que ha vagado cien años sin poder entrar a las puertas del Averno y que, pasado el tiempo necesario, puede reposar al fin.

—Quizá fuera el último estertor de agonía del muerto.

—No, césar. Juraría que no fue eso. Parecía un fantasma que suspirara de alivio, de satisfacción, de felicidad. No había nadie en la sala, salvo el muerto y yo.

—Te creo, tribuno.

—Os lo confieso porque sabéis que no creo en espíritus, césar. Me conocéis bien. Si tuviera que luchar contra la misma muerte, lo haría sin miedo, sin superstición, mordiéndole la desnuda calavera si fuera necesario.

—Lo sé. No debe inquietarte esa sensación.

—Pero me inquieta, césar. Nunca hasta ahora me habían engañado mis sentidos.

—¿Y temes que te estés haciendo viejo?

—Temo no estar a la altura, césar. No responder con mis cinco sentidos como siempre, aguzados al máximo, sin resquicio de duda o ambigüedad.

En ese momento Aquilio se presentó con una carta que entregó a Severo. Este la leyó. Era muy breve. Sonrió y continuó la conversación con su oficial.

—Estás a la altura, tribuno. Más de lo que crees.

El militar también conocía bien a Severo. Supo que su comandante tenía una información que él desconocía.

—No entiendo, césar —quiso indagar el soldado.

—He recibido una carta de tu fantasma. Los ruidos fueron reales. Primero un crujir de una viga por dentro del pasillo por el que transitabas. Había un hombre por un pasadizo interior que seguía tus pasos, sin ánimo hostil, solo para comprobar que hacías tu trabajo.

—Eso me tranquiliza, césar —contestó el tribuno que había oído hablar de ese espectro que vagaba por los pasadizos ocultos del palacio imperial—. ¿Se trata acaso del guardián de las puertas?

—El mismo, tribuno —aclaró Severo—. Y en esta carta de despedida me confiesa que, cuando mataste a Juliano, no pudo sofocar un suspiro de alivio. Tal como has dicho, su espíritu quedó libre, por fin, con aquella muerte.

—¿Dónde estaba ese hombre, césar? ¿O ese fantasma?

—Hombre o fantasma, ¡qué más da dónde estaba! Lo importante es dónde va a estar a partir de ahora.

—¿Lo dice la carta?

—Sí, camarada —respondió Severo, que sabía que su oficial merecía aquella confidencia—. Lo dice. El guardián de las puertas se dirige a Siria.

Guardó silencio y respiró hondo. Había leído que Herodiano iba en busca del amor perdido, de una mujer que lo amaba con una fuerza que él mismo, ya emperador, siempre envidiaría. Aquel hombre no temería nunca más las puertas del Averno, porque iba en pos de la verdadera felicidad.

—¿A Siria? —volvió a preguntar su subordinado.

—Sí. A Siria.

—¿Tiene allí otra misión?

—Sí, quizá la más importante de su vida.

FIN

EPÍLOGO

Juliano fue degollado por un solo soldado como un reo vulgar el dos de junio de 193. Su reinado duró menos que el de Pértinax, solo 66 días. Había vivido cincuenta y seis años y cuatro meses. Severo entregó el cadáver a su esposa Manlia Escantila y a su hija para que le dieran sepultura y ellas lo enterraron en la tumba de su bisabuelo, a cinco millas de Roma, en la vía Labicana.

Severo se hizo con el trono tras unas terribles guerras civiles en que derrotó a sus dos oponentes: a Pescenio Níger en Siria y a Clodio Albino en Galia. Logró instaurar su propia dinastía, la de los Severos, y él gobernó entre los años 193 y 211. Con su reinado se hunde aún más el poder del Senado frente al ejército. Ordenó matar a docenas de senadores bajo la acusación de corrupción. Detrás de ello se escondía también una purga política con la que consiguió debilitar aún más al Senado, eliminando a los opositores y colocando en su lugar a personas afines que lo apoyaron sin reservas. Ejecutó a los asesinos de Pértinax y disolvió el cuerpo de los pretorianos, sustituyéndolo por una guardia personal compuesta por elementos de su propio ejército. No se fiaba de los pretorianos, que habían demostrado tener enorme poder y ningún prejuicio a la hora de asesinar a emperadores como Pértinax o abandonar a Juliano a su suerte. Con la llegada de Severo y su dinastía, Roma se convertirá en una dictadura militar.

ANEXO HISTÓRICO

LA SUBASTA DE ROMA: VERDAD HISTÓRICA Y FICCIÓN NOVELADA

Se puede novelar sin tergiversar la historia, respetando en todo momento el desarrollo de los hechos, la mentalidad y usos de aquel tiempo, para que el lector disfrute de acciones y personajes a la vez que conoce no solo lo que ocurrió, sino por qué. Ese es mi concepto de novela histórica y el que aparece en estas páginas. Los hechos históricos sobre los que se apoya la novela ocurrieron en realidad, tal como atestiguan las fuentes, especialmente Herodiano, Casio Dion y la *Historia Augusta*. Estas son las que me han servido de eje central para contar los hechos. Son los tres testimonios históricos de época romana más completos y fiables que existen. Especialmente la *Historia* de Casio Dion, en sus libros 73 y 74. El historiador desempeñó el cargo de senador en tiempos de Cómodo, Pértinax, Juliano y Severo, con lo cual es un testigo único de aquellos tiempos. Es cierto que defiende a ultranza a Severo, que es quien le concede su primer consulado en el año 204. Ocupó ya desde entonces cargos políticos de importancia hasta culminar con su segundo consulado en el 229 bajo el reinado de Alejandro Severo, el último de la dinastía. También es parcial en cuanto que defiende los intereses del Senado y es enemigo de los équites y libertos. Algunas de sus afirmaciones pueden ser puestas en duda, pero es uno de los testimonios más fiables con que contamos. Otra fuente de primera magnitud es el historiador Herodiano, un testigo fidedigno como Casio Dion, o más incluso, pues, aparentemente, es más imparcial. Escribió una *Historia romana* que comienza con la muerte de Marco Aurelio. Fue importante funcionario de la administración imperial y vivió el reinado de todos los emperadores que aparecen en la novela. Le hemos dado el mismo crédito que a Casio Dion. En tercer lugar, la *Historia Augusta* es también un testimonio válido, no tan fiable como los dos anteriores, pero tampoco tan sospechoso como la historiografía moderna pretende. Julio Capitolino se encarga de narrar el reinado de Pértinax, y Elio Espartiano el de Juliano y Severo. Es cierto que muchas cartas y discursos son inventados y que hay numerosos errores en nombres y fechas, anacronismos y contradicciones, pero el testimonio de sus autores no es insignificante ni debe ser despreciado por ello. Hay muchos detalles que aportan luz a esta época histórica y que aparecen corroborados por Casio Dion y Herodiano entre otros. Las referencias a presagios y augurios, que pueden parecer casi de literatura fantástica al lector de hoy, no son invenciones ni una broma de los autores. Muchos de aquellos presagios están documentados en otras fuentes históricas y obedecen a la mentalidad mágica y supersticiosa de la

época, extraña para quien no la conoce bien, pero no por ello falsa ni inventada. Esas son las tres fuentes históricas en que me he basado preferentemente, más allá de las referencias de Aurelio Víctor, Aulo Gelio, Tertuliano o Eutropio, entre otros, además de la historiografía moderna que aparece en la bibliografía final.

Los personajes que intervienen en la novela son, en su inmensa mayoría, históricos y están descritos según las fuentes. Solo se han inventado los de Clodia y Herodiano, libertos que sirven a los personajes históricos Pompeyano y Pértinax, y el de la concubina Servilia, que también es ficticia. Los diálogos y algunas acciones en que intervienen la mayoría de los personajes también son inventados, pero se ha hecho de forma verosímil y sin ocultar o cambiar de ningún modo los hechos históricos que tuvieron lugar.

En el libro I se narra el nombramiento de Pértinax como emperador. Lo cierto es que, tras el asesinato de Cómodo, la mejor opción que tenían los asesinos era poner en el trono a este candidato. Había desempeñado cargos con el anterior emperador. Era respetado por el Senado y el pueblo. También por el ejército de las fronteras donde había combatido al mando de Marco Aurelio y su hijo. Por tanto, los conspiradores Eclecto, Leto y Marcia pensaron en Pértinax como sucesor. Aquella madrugada del uno de enero de 193 en que Narciso estranguló a Cómodo en su bañera, los conjurados ocultaron el crimen a la guardia pretoriana e hicieron desaparecer el cadáver del emperador envolviéndolo en una manta y atándolo en un bulto que algunos esclavos se llevaron de allí como si fueran viejos enseres que iban a sacar de la habitación (Herodiano, II.1). Los hechos transcurrieron como se cuenta en la novela: los soldados no sospecharon nada y el cadáver de Cómodo fue sacado esa noche en un carro, posiblemente en dirección a villa Quintiliana. Allí ocultaron el cuerpo todo el tiempo que fue necesario y, acto seguido, decidieron dirigirse a casa de Pértinax para ofrecerle el Imperio. El general los recibió con la sospecha de que tenían intención de acabar con su vida. Les abrió el portero, cuyo nombre desconocemos (Herodiano, II.1). Aquí he querido inventar el nombre de Herodiano, un personaje que ha cobrado mayor importancia a medida que avanzaba la novela. El apelativo es también un juego literario. Está tomado del nombre real del historiador Herodiano, citado previamente como una de las tres fuentes históricas principales para el conocimiento de esta época histórica y que describe en su libro con detalle el episodio en que los pretorianos llegan a casa de Pértinax. El atriense les abrió y anunció al viejo general la visita de Leto y Eclecto, prefecto y camarlengo de Cómodo respectivamente, personajes históricos que estuvieron implicados en todos los hechos que cuenta la novela. El anciano los esperó sin levantarse del lecho, pensando que lo más probable es que vinieran a asesinarlo. Es ficción que tuviera una espada oculta para defenderse, que le avisaran las ocas y muchos diálogos que surgen entre los personajes, pero las circunstancias tuvieron lugar de un modo muy aproximado. Cuando le ofrecieron el Imperio, lo primero que hizo fue desconfiar de ellos como se cuenta en la novela. No era la primera vez que Cómodo simulaba una conjura para descubrir senadores descontentos y asesinarlos. Por eso Pértinax decidió enviar a un hombre de confianza para que viera el cadáver de Cómodo y le corroborara los hechos. Todos los demás acontecimientos narrados en el libro I ocurrieron en realidad. La aceptación del pueblo y el Senado, los gritos de la plebe contra Cómodo en términos groseros e insultantes y, ante todo, la buena disposición del pueblo. El precio de los productos bajó y Pértinax quiso volver a poner en pie la institución de los *alimenta* de tiempos de Marco Aurelio. Con ello se ve que la población se vio beneficiada por el nuevo césar. De hecho, el historiador Casio Dion lo llama «el más amigo del pueblo» (Casio Dion 74.3.4).

La plebe lo apreciaba, pero, por el contrario, los pretorianos se oponían a él, por temer que podrían acabarse sus privilegios y la vida de lujo que habían llevado hasta entonces. Por eso las fuentes históricas hablan de que el nombramiento los

sorprendió en un principio (Casio Dion 73.1.3, Herodiano, 2.2.9 y Julio Capitolino en la *Historia Augusta,* Pért. 4.7). Todos ellos comentan que Pértinax fue proclamado emperador por los pretorianos con reticencias porque temían perder los privilegios de los que habían gozado bajo Cómodo. En cambio, el nuevo césar fue aceptado por el Senado con alegría: era el candidato idóneo para ellos, pues pretendía volver al buen gobierno y a la disciplina de tiempos de Marco Aurelio. Puso orden en las cuentas, pero le criticaban por avaro, por eso le llamaban *cuervo* (*Historia Augusta,* 9.5). Las fuentes hablan de su honradez, generosidad y rectitud. Subastó esclavos y bienes inútiles de Cómodo para pagar a los pretorianos seis mil sestercios y cien denarios por cabeza al pueblo (*Historia Augusta,* Pért. 8.2 y 7.8). Puso cuidado en la distribución de trigo, devolvió préstamos, pagó sueldos, respetó herencias.

También procuró remediar los estragos de Cómodo en el terreno político, administrativo y judicial. Benefició a los senadores, perjudicados por aquel nefasto emperador, abolió las condenas injustas, pero redujo los honores de aquellos favoritos de Cómodo encumbrados a los máximos cargos sin haber pasado por los cauces legales, y con ello se ganó un gran número de adversarios en el Senado. Entre ellos hemos decidido incluir a sus enemigos Falcón o Juliano y otros de su entorno como Silio Mesala. Todos estos senadores existieron en realidad en tiempos de Pértinax, aunque en la novela se les otorga un papel más directo en las conjuraciones del que aparece en las fuentes históricas. En todo caso, es evidente que fueron las intrigas de algunos senadores como ellos, junto al desprestigio entre los pretorianos y el odio de los libertos, los que hundieron en poco tiempo su reinado.

Hay que tener en cuenta que lo que se proponía no era tarea fácil. Los doce años del reinado de Cómodo habían hecho mella en Roma y no era sencillo revertir la situación en tan poco tiempo. Pértinax tenía ideas propias; con Leto se enfrentó muy pronto (*Historia Augusta,* 10.8.9), pero el nuevo césar cometió el error de no sustituir a los antiguos libertos ni cargos de Cómodo. Parece que su intención era hacerlo el 21 de abril, aniversario de la fundación de Roma, fecha que quería hacer coincidir con el principio de su reinado (*Historia Augusta,* Pért. 12.8). Fue tarde. Antes de ese día se conjuraron para matarlo. Tenía a los poderosos libertos imperiales en contra, porque Pértinax los acusaba de haber robado grandes riquezas. Además, su rectitud les molestaba; también el hecho de que recortara el presupuesto de palacio a la mitad. Tanto ellos como los pretorianos vieron peligrar su vida de lujo y riquezas. Lo dice claramente la *Historia Augusta*: «Reprimió con gran dureza a los libertos de palacio provocando así un odio implacable en este estamento» (*Historia Augusta,* Pért. 13.9). Casio Dion, que fue testigo de aquellos hechos, dice que la conjura que acabó con su vida fue organizada por Leto y la guardia pretoriana (Casio Dion 73.8.) y se permite explicar por qué: «Como, ahora, ni a los soldados se les permitía ya saquear más, ni a los libertos imperiales entregarse a sus excesos, ambos lo odiaban con crueldad». Es cierto que los pretorianos estuvieron en contra de Pértinax desde el primer momento (*Historia Augusta,* Pért. 6.4-5) y, ante la amenaza que esto suponía, el césar quiso contentar a los soldados prometiéndoles los mismos privilegios que tuvieron en tiempos de Cómodo. Pértinax pretendía aplacar al ejército, pero este era ya insaciable y no respetaba la autoridad del emperador ni del Senado.

Al nuevo césar le preocupaba, en un principio, la reacción de los senadores, pues procedía de una familia plebeya y desconocida. Es cierto que se dirigió al Templo de la Concordia y allí se reunió con Claudio Pompeyano (*Historia Augusta,* Pért. 4.10), que era gran amigo suyo. Aquí introduzco otro personaje ficticio, Clodia, liberta de Pompeyano, que tendrá un papel importante en el desarrollo de la acción de la novela. Por lo demás, los hechos históricos se respetan, hasta el extremo de que casi todo lo que cuentan las fuentes sobre este periodo histórico aparece en el libro. Es

cierto que Pértinax entró en el Senado con humildad, sin que le precediera el fuego sagrado ni ninguna otra exaltación del poder imperial. La Curia no puso reparos en su nombramiento. Lo aclamaron y saludaron llamándolo Augusto y emperador. Dice la *Historia Augusta* que ofreció el Imperio a Manio Acilio Glabrión, tomándolo de la mano para que ocupara el trono en su lugar. Este hombre había sido cónsul dos veces. Era uno de los senadores más distinguidos y había sido consejero de Marco Aurelio. Cuentan también las fuentes que ofreció el trono a Claudio Pompeyano, pero este renunció a la púrpura y el Senado nombró césar a Pértinax. Lo escoltaron hasta el templo de Júpiter. Cumplieron allí con los sacrificios y ritos oportunos para conducirlo, por último, al palacio imperial.

Cómodo fue declarado enemigo público. El pueblo quiso vengarse del déspota y la primera reacción fue insultarlo: querían arrastrar su cadáver y despedazarlo, como habían hecho poco antes con sus estatuas. Pértinax no quiso alimentar la furia y la rabia del populacho. Les informó de que el cadáver ya había sido enterrado. Lo llamaban maldito infeliz y tirano. Para burlarse de él inventaron apelativos como «parricida», «gladiador», «verdugo», «auriga» o «el matarife del Senado». En el anfiteatro la plebe cantaba ahora las canciones que antes entonaba para agradar a Cómodo, pero cambiando la letra para reírse de aquel emperador paranoico y vulgar que se vestía con ropas coloridas como las de las prostitutas. Cantaban estribillos que satirizaban a aquel monstruo, sin miedo, sabiendo que se habían librado de un tirano y que aún no tenían nada que temer de su sucesor. Fiados en esa libertad de expresión, aprovecharon al máximo estos primeros días para sacudirse de encima aquella dura represión que habían sufrido. El libro I acaba con la subida al trono de Pértinax, aquella difícil madrugada del uno de enero de 193 en que fue nombrado césar. Todos los personajes que aparecen son históricos excepto los ya citados Herodiano y Clodia. Incluso el propio Tausio, que ejecutó el asesinato de Pértinax, existió en realidad. No así sus amigos Bellátor y Vírux, que son nombres inventados, pero que encajan perfectamente en los usos y modos de aquellos pretorianos de finales del siglo II d. C.

El libro II cuenta aquellos 87 días de reinado también con respeto riguroso a la verdad histórica. Incluso hemos procurado reflejar frases reales como «cuando lo haya merecido», que fue pronunciada por Pértinax para renunciar al nombramiento de su hijo con el título de César. También es cierto que no aceptó el título de Augusta para su esposa Flavia Titiana (*Historia Augusta,* Pért. 6.9), la cual tenía amores con un citaredo, algo que era objeto de rumores y burlas entre el pueblo.

Son también hechos históricos la subasta y venta de los objetos de lujo de Cómodo, de sus siervos y heteras (*Historia Augusta,* Pert. 8.2 y 7.8), también las conjuras, tal como se cuenta en la novela. Los pretorianos intentaron llevar al trono al senador Lascivio, que escapó desnudo y se refugió en el palacio imperial, se lo contó todo a Pértinax y escapó de Roma (*Historia Augusta,* Pert. 6.4-5). Falcón también conspiró contra él (*Historia Augusta,* Pert. 10.1 y Casio Dion 73.8). Esos personajes son históricos y los hechos en que se vieron implicados ocurrieron en la realidad. Solo hay aquí otro personaje inventado, Servilia, la hermana de Clodia, que sirve para adobar las intrigas contra Pértinax y el ambiente de lujo y vicio que se vivía en la corte imperial.

El emperador no quiso castigar al senador Falcón aunque el Senado estaba proponiendo condenarlo a muerte. Como paso previo, ya se disponían a declararlo enemigo público, pero Pértinax se levantó y exclamó (Casio Dion 73.8): «No quieran los dioses que ningún senador sea condenado a muerte mientras yo gobierne, ni siquiera con justo motivo». Las fuentes históricas avalan todos estos hechos. También que Leto estaba maniobrando en la sombra para derrocarlo. Aprovechó el intento de golpe de Falcón como un pretexto para apartar del mando a muchos de los soldados que eran fieles al nuevo césar. Fingía que aquellos oficiales eran

relevados del mando por orden del emperador. Y así iba despertando el odio y la desconfianza de los soldados hacia su persona, algo fácil de hacer porque los pretorianos nunca confiaron en aquel viejo general, sino que la mayoría le fue hostil desde el principio. Sin que Pértinax lo esperara, más de doscientos pretorianos, según Casio Dion (Casio Dion 73.9), trescientos según la *Historia Augusta* (*Historia Augusta,* 11.1), los más audaces y quienes más echaban en falta los tiempos fáciles de Cómodo invadieron el palacio con las espadas desenvainadas. Su muerte se produjo tal como se cuenta en la novela, con algún diálogo ficticio, pero conservando en todo momento la esencia de los hechos históricos. Leto escapó porque estaba implicado en la conjura. Eclecto murió defendiendo al césar con valentía. A Pértinax lo mató efectivamente Tausio, arrojando una lanza contra su pecho, y el resto de los pretorianos lo remató. Le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica (*Historia Augusta,* Pert. 14.7). Así murió aquel emperador, en un último intento por restaurar el orden en un Imperio que se precipitaba hacia la anarquía y la guerra civil. Algunos historiadores dicen que no comprendió, aunque era un hombre de amplia experiencia práctica, que, en una situación tan catastrófica como en la que se encontraba Roma, no se podía reformar todo a la vez. Las cosas necesitaban más tiempo y más diplomacia. Tenía 67 años y había reinado solo ochenta y siete días. Tras él se produjo la subasta del Imperio, en la forma y términos que describe la novela a partir del libro III.

El libro III abarca desde el día 28 de marzo de 193, en que los pretorianos asesinan a Pértinax y subastan el Imperio, hasta el día 2 de junio de 193, en que Juliano es ajusticiado como un reo vulgar y muere solo, abandonado por todos, tal como se cuenta en la novela y pronunciando exactamente esas últimas palabras: «Pero ¿qué mal he hecho?» (Casio Dion 73.17). Salvo los personajes ficticios como Servilia y el protagonismo de Herodiano, también inventado, el resto de los hechos y personajes están documentados, tanto el precio pagado en la subasta del Imperio, cuya puja ganó Juliano por 25.000 sestercios aunque luego dio 30.000 (*Historia Augusta,* Did. Jul. 2.4ss), como el posterior levantamiento de Severo, los intentos de Juliano por envenenarlo primero, por compartir el poder con él después, las maniobras de los infiltrados de Severo y su promesa de que no habría revanchas si entregaban a los asesinos de Pértinax. Aquel general que comandaba los ejércitos de Iliria quiso presentarse, efectivamente, como el vengador de los anteriores césares asesinados y de la vileza de la subasta del Imperio, en un deseo de reivindicarse como la persona destinada a serenar aquel caos en que había caído Roma. Por eso, cuando subió al poder, aceptó del Senado el nombre de Pértinax (*Historia Augusta,* 15.2). Y también quiso presentarse como el vengador del crimen de Cómodo, pues llegó a buscar y ejecutar al propio Narciso, a quien echó a los leones, pues todos los demás que intervinieron en el asesinato del hijo de Marco Aurelio ya habían muerto: Marcia y Leto ejecutados por Juliano, Eclecto cayó defendiendo a Pértinax.

Los personajes históricos se comportan como aparecen descritos en las fuentes, incluso físicamente, pero es posible que Juliano se presente en la novela como más intrigante y taimado de lo que en realidad pudo ser. No es cierta la escena de compra de los vestidos ni la de la cena en casa de Pértinax, pero es muy verosímil que fuera un hombre muy confiado en su riqueza, de otro modo no se habría dejado convencer para pujar por el Imperio.

La imagen de Juliano como riquísimo senador corrupto no carece de fundamentación histórica. Su figura es muy interesante. No era un desconocido en Roma ni en las élites del poder. Su padre fue el famoso jurista Publio Salvio Juliano, uno de los abogados más importantes durante el reinado de Adriano. Este hombre, que pujó por el Imperio en la subasta que organizó la guardia pretoriana, había sido educado en casa de Domicia Lucila, madre de Marco Aurelio. Desempeñó los cargos de cuestor y edil en época del emperador filósofo. Después de ejercer la pretura en

162, estuvo en Germania en la actual Maguncia al mando de la legión XXI *Rapax*. En el 170 fue gobernador de la provincia *Gallia Belgica* durante cinco años y en ambos destinos se comportó con dignidad y sin que nadie reprochara su labor. Frenó las incursiones de los caucos, pueblos de Germania que habitaban junto al río Elba. Por esa acción fue premiado con el consulado por Marco Aurelio en el 175, año del levantamiento de Avidio Casio. En 176 y 177 fue gobernador de Iliria, lo que indica que fue fiel a Marco Aurelio y mantuvo su confianza. En 178 fue gobernador de Germania inferior. Regresó a Roma y fue nombrado administrador de los alimentos de Italia, ya en tiempos de Cómodo. Este cargo depende directamente del emperador, gestiona el suministro de trigo, almacenamiento, transporte, excedentes y entre sus funciones se encuentran la compra de cereales, la jurisdicción sobre el precio y la posibilidad de sancionar a los funcionarios que manipulen el comercio de trigo. En este momento se pudo producir un cambio sustancial en la forma de entender y practicar el poder por parte de Juliano. Mientras ejercía este importante cargo bajo Cómodo, pudo enriquecerse ilícitamente. Son conjeturas, pero las fuentes indican que es justamente al inicio del reinado de este emperador cuando comienzan las sombras sobre su carrera militar y las sospechas de corrupción en los puestos que desempeñó. De hecho, en esta época, Juliano fue acusado por un soldado de la flota de conspirar contra la vida del propio Cómodo. Pero el emperador no lo condenó, a pesar de que había matado a muchos senadores, ciudadanos distinguidos y poderosos bajo el delito de alta traición. No le habría importado acabar con uno más, pero dejó en libertad a Juliano y condenó a su acusador. O estaba muy seguro de su honestidad, o Didio Juliano ya es un hombre corrupto, delator, que le hace servicios a Cómodo a cambio de inmunidad. De hecho, después de este incidente gobernó Bitinia, pero ya con fama de corrupto. Fue cónsul con Pértinax y luego lo sustituyó en el proconsulado de África. Más tarde fue procónsul de Asia, en dos fases, durante los años 188-190 y 192-193.

Los presagios que se narran en la novela pueden parecer fruto de la fantasía, pero no lo son tanto: están tomados de las fuentes historiográficas, incluida la ceremonia del espejo en que morían niños que actuaban como médiums (*Historia Augusta,* Did. Jul. 7.10-11) y (Casio Dion 73.16). En tiempos de Roma los emperadores creían en la magia y en los ritos de este tipo. Los presagios como el del caballo negro de Pértinax o el sueño de Severo (Herodiano II 9.5) están tomados de las fuentes historiográficas, con lo cual la sugestión que sentían en aquella época, el miedo a los espíritus y la creencia en la astrología no es una exageración ni un recurso literario: pertenecían a las creencias de la sociedad en aquellos tiempos. Los romanos de la época tenían profundos sentimientos supersticiosos y creían en esta clase de augurios como fundamento del hecho de que aquellos hombres alcanzaran la púrpura, porque eran personas fuera de lo normal que obtenían el poder supremo sobre el mayor Imperio que había sobre la tierra. Magia, superstición y religión estaban mezcladas en una misma creencia y esa es la intención del autor cuando presenta a Herodiano, el guardián de las puertas, como un personaje entre la magia, la superstición, el espiritismo, la religión y la filosofía. Su figura, a este respecto, puede estar exagerada, sobre todo en lo que respecta al temor reverencial que le muestran algunos personajes de la novela, pero tiene base real. Todos los emperadores consultaban a sus astrólogos, incluso algunos como Adriano fueron expertos en la materia y elaboraron sus propias cartas astrales. Pedían vaticinios e iban acompañados de sacerdotes y adivinos que intentaban ponerlos en comunicación con la intención de los dioses. Está documentado que, el día en que mataron a Pértinax, él hizo un sacrificio frustrado (*Historia Augusta,* Pért. 11.2ss) y, por ello, no fue al Ateneo, como era su intención, y regresó al palacio imperial donde fue asesinado. Los juegos de palabras como el presagio que animó a Juliano a pujar por el Imperio eran habituales «honra a mi colega y sucesor» (*Historia Augusta,*

Pért.14.5). La mayoría eran explicaciones *a posteriori* de por qué aquellos hombres habían alcanzado el Imperio.

También es cierto que la esposa de Pértinax tenía amores con un citaredo (*Historia Augusta,* Pert. 13.8), músico que tocaba la cítara, una especie de lira o arpa, y que la gente lo criticaba porque aquel chisme era de dominio público y a él parecía no importarle. Los demás detalles de la vida privada y del devenir político de Pértinax y Juliano aparecen en las fuentes historiográficas. Pueden estar magnificados en alguna ocasión, manejados de forma interesada y dialogados en conversaciones entre personajes ficticios, pero obedecen en esencia a lo que nos transmiten las fuentes históricas.

Sobre los excesos culinarios de Juliano, la *Historia Augusta* dice que fueron falsos (*Historia Augusta,* Jul. 3.9), que eran solo un rumor, pero me he dejado llevar por un testimonio más fiable, Casio Dion, por ser, como hemos dicho, un senador que vivió en primera persona los reinados de Cómodo, Pértinax, Juliano y Severo. Él asistió a las sesiones en la Curia y conoció aquellos hechos. Comenta que Juliano, el día en que pujó por el Imperio, «se hartó de comer aquella noche mientras el cadáver de Pértinax aún yacía en el edificio y después se puso a jugar a los dados. Entre quienes lo acompañaron aquella noche, se encontraba el pantomino Pílades» (Casio Dion 73.13).

GLOSARIO

Adriano. Emperador romano (76-138) nacido en Itálica (hoy Santiponce, Sevilla). Sobrino de Trajano, ayudó a consolidar sus logros y a organizar con gran inteligencia el Imperio. Modernizó el aparato administrativo. Fue un hábil político y diplomático. Consolidó la paz y reforzó las fronteras.

Anquises. En la mitología, príncipe troyano amante de Venus, de cuya unión nació el héroe Eneas.

Antonino Pío. Emperador Romano (86-161). Tío y padre adoptivo de Marco Aurelio, a quien garantizó el trono por mandato de Adriano.

Apolo. Hijo de Zeus y Leto es uno de los dioses más importantes del panteón grecorromano. Dios de la luz y la razón, de las artes y la belleza, de la armonía y el equilibrio.

Aquiles y Héctor. Héroes protagonistas de la guerra de Troya, que cuenta Homero en su *Ilíada*.

Area Concordiae. Es el amplio espacio que rodea el Templo de la Concordia levantado en la parte oeste del Foro romano y que simboliza la concordia y la unidad del pueblo romano.

Asclepio. Esculapio en latín. Es el dios griego de la medicina y la curación.

Atenea. Diosa importante de la mitología griega, Palas Atenea representa la sabiduría y la estrategia guerrera. Fue adorada desde muy antiguo como diosa de Atenas y en su honor se construyó el Partenón. En Roma fue adorada también bajo el nombre de Minerva.

Atriense. Sirviente de mayor rango y confianza en una *domus* romana. Su nombre procede de atrio, patio de la casa, recinto que está junto a la entrada. Por eso, al atriense de Pértinax, Herodiano, se le llamará luego guardián de las puertas, cuando realice esa función en palacio. A su cargo estaba el resto del servicio y tenía potestad y autonomía para organizar la administración de la casa.

Atrium. Patio de una *domus* o casa romana.

Avidio Casio. General Romano que tuvo un papel destacado en la victoria sobre Persia. En el año 175 se levantó en armas para usurpar el Imperio. Murió asesinado por sus propios soldados antes de que tuviera que enfrentarse a Marco Aurelio.

Bética. Provincia romana que se corresponde aproximadamente con la actual Andalucía, en el sur de España. Los romanos la llamaron así por su río Betis, actual Guadalquivir. Con capital en Córdoba (*Corduba*), fue una de las provincias más ricas, cultas y florecientes del Imperio.

Caduceo. Es una vara de olivo con guirnaldas que llevaba el dios Mercurio, Hermes griego.

Calendas (lat. *Kalendae*). Primer día de cada mes en el calendario romano. De este término proviene nuestra palabra calendario.

Carnuntum. Capital de la provincia romana de Panonia a orillas del Danubio entre las actuales ciudades de Viena y Bratislava.

Casandra. Princesa troyana hija de Príamo, que tenía la capacidad de adivinar el futuro, pero la maldición de que nadie la creyera.

Castra praetoria. Cuartel de la Guardia pretoriana situado en las afueras de Roma.

Catilinarias. Obra de Cicerón en que se recogen los discursos que escribió y declamó en el año 63 a. C. siendo cónsul. En ellos explica cómo descubrió y frustró el golpe de Estado que había planeado el aristócrata Lucio Sergio Catilina.

Catoptromancia. Antigua forma de adivinación oriental vigente también en los tiempos de Grecia y Roma según la cual se podía ver el futuro en un espejo.

Ceres. En griego Deméter. Madre de Proserpina, es la diosa de la agricultura, la fertilidad y las cosechas. De su nombre proviene nuestra palabra *cereal*.

Cicerón. Marco Tulio Cicerón, ilustre político, escritor y orador que fue importante cónsul en los últimos años de la República romana.

Clámide. Capa corta usada en Grecia y Roma, de tela ligera, llevada de lado y con un cierre al hombro.

Concordia (diosa). Harmonía en griego, es la diosa del acuerdo, del entendimiento, opuesta a la diosa Discordia.

Córdoba. En latín *Corduba*, antigua capital de la prestigiosa provincia romana Bética.

Cornu copiae. Cuerno de la abundancia. Representado como un cuerno de cabra del que no dejan de brotar frutas y flores. Es símbolo de la prosperidad y varias diosas aparecen representadas con él, en especial la diosa Fortuna.

Dafne. Ninfa griega cuya leyenda aparece narrada en las *Metamorfosis* de Ovidio: Apolo se enamora de Dafne y la persigue, pero ella no lo desea y pide a su padre Peneo, divinidad fluvial, que la convierta en árbol. Dafne queda transformada en laurel, al que se abraza Apolo lamentando su amor frustrado.

Damnatio memoriae. Condena a la memoria que decretaba el Senado romano contra un enemigo del Estado que consistía en borrar su nombre de todas las inscripciones, monumentos o cualquier imagen suya para condenarlo al olvido. Muchos emperadores recibieron esta pena.

Denario. El denario (de donde proviene nuestra palabra «dinero») es la moneda típica romana y vale cuatro sestercios.

Diana. Hermana de Apolo, hija de Zeus y Leto, es diosa romana de la caza, de la luna y protectora de la naturaleza. Asociada a la griega Artemisa.

Domiciano. Tito Flavio Domiciano, último emperador (81-96) de la dinastía flavia. Las fuentes lo presentan como un tirano parecido a Calígula o Nerón. Fue asesinado en una conjuración senatorial.

Dómine-Dómina. Amo-Ama; Señor y Señora en latín. De ahí proceden en español los términos dueño-dueña, don-doña, dominar, dominación, etc.

Domus. Casa urbana romana donde vivía la clase privilegiada.

Donativum. Cantidad de dinero que el emperador regalaba a los soldados con motivo de su nombramiento. Con el tiempo llegará a ser una especie de soborno para comprar la obediencia y lealtad de la guardia pretoriana.

Eneas. Héroe troyano hijo de Afrodita y Anquises, protagonista de la *Eneida* de Virgilio. Tras huir de la destruida Troya, llegó a las costas de Italia y se casó con Lavinia, la hija del rey Latino. Fundó la estirpe de la que luego nacerían Rómulo y Remo, fundadores de Roma.

Epicteto. Filósofo griego que vivió un tiempo en Roma como esclavo y que llegó a ser una de las figuras más importantes del estoicismo romano.

Esculapio. Asclepio en griego. Es el dios romano de la medicina y la curación.

Estoicismo. Corriente filosófica fundada por Zenón de Citio muy aceptada en Roma. Se considera que la libertad, la tranquilidad de espíritu y la felicidad se consiguen dedicándose a una vida en que primen los principios de la razón y las buenas virtudes.

Farsalia. Es el título de la obra épica del poeta cordobés Lucano, sobrino de Séneca. A pesar de su prematura muerte —fue condenado por Nerón a los 25 años de edad —, su genialidad le convirtió en uno de los grandes escritores de la literatura latina. La obra hace referencia a la batalla de Farsalia, que enfrentó a César y Pompeyo en la famosa guerra civil romana.

Fortuna. Según la mitología romana es diosa de la suerte, ya sea buena o mala.

Frumentarius. Espía al servicio del Estado romano. En un principio los *frumentarii* eran oficiales del ejército encargados de proveer de grano a las legiones. De hecho, en latín *Frumentum* significa trigo. Pero el hecho de que aquellos hombres se movieran con libertad por todos los campamentos del Imperio les permitió tener contactos, acceder a información y convertirse con el tiempo en un cuerpo de espionaje potente que usaron todos los emperadores desde Augusto. Podían ir de incógnito y hacer trabajos de crimen de Estado, envenenamientos, crímenes políticos, etc., al servicio del emperador.

Garum. Exquisita salsa de pescado que podía ser de diferentes tipos. La mezclaban con vino, vinagre, pimienta, aceite o agua y les servía como aliño o complemento de otros platos. Era muy apreciada en Roma.

Gladius. Gladio. Espada corta romana adaptada de las hispanas. Mide aproximadamente medio metro y es de hoja recta y ancha. De la palabra *gladius* proviene el término gladiador.

Gorgona. Monstruo femenino de la mitología griega con pelos de serpientes cuya mirada convertía en piedra.

Gustatio. En la comida romana equivale a nuestra entrada o aperitivos.

Hades. Dios griego del mundo de los muertos que designa también el propio lugar sobre el que gobierna, siendo sinónimo de morada de los muertos o muerte.

Haruspex. Harúspice. Sacerdote de la antigua Roma encargado de inspeccionar las vísceras de los animales sacrificados para predecir, adivinar o consultar augurios sobre el futuro o la voluntad de los dioses.

Héctor. Príncipe troyano hijo de Príamo, héroe de la guerra de Troya enfrentado a Aquiles.

Hércules. Heracles en griego. Dios de la fuerza. Hijo de Júpiter, se ganó la inmortalidad acometiendo sus doce trabajos. Algunos de ellos tuvieron lugar en la actual Andalucía (Bética), donde era muy venerado.

Iliria. Provincia romana también llamado *Illyricum* que corresponde a las actuales

Croacia, Bosnia, Herzegovina, Montenegro y parte de Albania.

Impedimenta. Bagaje o equipaje del ejército romano.

Impluvium. Es una especie de depósito rectangular en forma de alberca o estanque, destinado a recoger el agua de la lluvia y situado en el atrio de la casa romana.

Jano. Antiguo dios romano bifronte, con dos caras que miran en sentido contrario. Es dios de las puertas, de los finales e inicios. Por eso se le consagró el primer mes del año: *Ianuarius*, de donde procede nuestro nombre «enero». Se le invocaba al comenzar una guerra y las puertas de su templo permanecían abiertas hasta que acabara.

Juliano. Didio Juliano fue un famoso cónsul y gobernador romano, hijo del ilustre jurista Publio Salvio Juliano. Juliano fue emperador durante poco más de dos meses gracias a la subasta del Imperio. Murió asesinado en el año 193.

Juno. Esposa de Júpiter, equivalente a la griega Hera. Diosa del matrimonio y la maternidad.

Júpiter. Dios de todos los dioses según el panteón romano. Identificado con el Zeus griego.

Lacerna. Capa colocada sobre la túnica similar a la pénula, pero abierta por delante y recogida con un broche al hombro. Se colocaba sobre la toga o cualquier otro vestido. Tenía capucha y las clases aristocráticas la usaban de púrpura.

Latona. Madre de Apolo y Diana tras sus amores con Júpiter, asimilada a Leto en la mitología griega.

Lucio Vero. Hermano de Marco Aurelio. Fue coemperador junto a él hasta su muerte en 169.

Lustratio. Ceremonia romana de purificación previa a un sacrificio u otros ritos religiosos. El rito solía consistir en circular alrededor del lugar cantando himnos, música y danza con los animales que iban a ser sacrificados.

Marte. Dios de la guerra en la mitología romana asimilado al Ares griego.

Mercurio. Hijo de Júpiter, mensajero de los dioses. Es un dios romano equivalente al Hermes griego. Algunos de sus atributos son el comercio, la elocuencia y la adivinación.

Minerva. Diosa romana de la sabiduría equivalente a la Atenea griega. Es hija de Júpiter y representa el arte de la guerra y la protección de la ciudad de Roma.

Missio praetoria. Licenciamiento que obtiene un soldado pretoriano por haber cumplido su tiempo de servicio.

Mola salsa. Mezcla de trigo triturado y sal que preparaban las vírgenes vestales y que se esparcía sobre el lomo del animal que iba a ser sacrificado a los dioses.

Nerón. Emperador romano (37-68) asociado a la tiranía y el autoritarismo. Después de los primeros años de prosperidad gracias al buen gobierno de Séneca, su carácter se tornó autócrata y criminal. Asesinó a su madre, hermanastro, esposa, etc. Condenó a muerte a muchos personajes importantes de la época, entre ellos a los intelectuales cordobeses Séneca y Lucano. Fue obligado a suicidarse tras un golpe de Estado en el año 68.

Nerva. Emperador romano (96-98) nombrado tras el asesinato de Domiciano. Adoptó como hijo a Trajano, que le sucedió en el trono.

Panonia. Antigua provincia romana que corresponde hoy, en su mayor extensión, a Hungría y, en parte, a Eslovaquia, Austria, Eslovenia, Croacia, Serbia y Bosnia-Herzegovina.

Pénulas. Capa de una pieza, de forma oval y con capucha similar a un abrigo.

Pons Aemilius. Uno de los puentes más antiguos de Roma que cruzaba el Tíber conectando el centro de la ciudad con la Vía Aurelia.

Praefactio. Rito religioso de sacrificio grecorromano consistente en ofrendar a los dioses vino e incienso antes de inmolar una víctima en el altar.

Príamo. Último rey de Troya, padre de Héctor y uno de los personajes más importantes de la *Ilíada* de Homero.

Pronaos. Espacio semiabierto con columnas situado delante de un Templo romano o griego y que precede a la naos o cella, que es la parte interior del santuario.

Quiridotas dálmatas. Las quiridotas son túnicas de manga larga propias de los pueblos asiáticos y celtas que vestían los troyanos. Las de estilo dálmata procedían de Dalmacia, provincia romana en la costa del mar Adriático que hoy ocupa la actual Croacia, Montenegro, Bosnia y Herzegovina.

Rávena. Ciudad romana sede de una importante base naval situada en el noroeste de la península italiana, a pocos kilómetros del mar Adriático. En el año 402, el emperador Honorio la convirtió en capital imperial por la solidez de sus murallas y por ser excelente nudo de comunicación.

Salud. Antigua diosa romana de la salud y la seguridad, no solo del individuo, sino del Estado.

Sellae. También llamada *sella castrensis*, es una silla militar romana de tijera, plegable, hecha de madera y con asiento de cuero.

Septimio Severo. Emperador romano que alcanzó el trono después de las guerras civiles que siguieron a la muerte de Pértinax. Venció a Pescenio Níger en Siria y a Clodio Albino en la Galia, en la batalla de Lyon.

Siria. Importante provincia romana de Asia Menor, anexionada por Pompeyo en el 64 a. C.

Subura. Era el barrio más poblado y pobre de Roma. Situado al este del Foro entre el Esquilino y Viminal. Constaba de una larga calle dividida en tres tramos: Fauces Suburas, Subura Mayor y Clivus Suburanus.

Tablinum. Despacho de una *domus*.

Trajano. Emperador romano entre el 98 y el 116. Primer representante de una dinastía hispana procedente de la Bética, que se conoce con el nombre de antonina o de los antoninos.

Tríada Capitolina. Grupo de tres de los dioses más importantes de la religión romana: Júpiter, Juno y Minerva.

Triclinium. Comedor romano con camillas en forma de U, llamadas *lectus summus, imus* y *medius*.

Túnica. Prenda romana de vestir básica, rectangular, sin sisa, cuello en curva, a veces mangas. Puede ceñirse con un cinturón de cuero o cíngulo.

Venus. Afrodita griega. Es diosa del amor, de la sensualidad y la belleza.

Vesta-vestales. Sacerdotisa importante de la mitología romana que rinde culto a Vesta, diosa del hogar, del mundo interior y de la fidelidad, correspondiente a la Hestia griega.

Via Portuensis. Calzada romana construida en el siglo I d. C. que conectaba la ciudad de Roma con el puerto de Ostia.

Zeus. Dios de todos los dioses según el panteón griego. Identificado con el Júpiter romano.

BIBLIOGRAFÍA

Alföldy, G. (1974) The Crisis of the Third Century as Seen by Contemporaries. *Greek, Roman and Byzantine Studies*, Durham, v.15, p.104.

Appelbaum. (2007). Another Look at the Assassination of Pertinax and the Accession of Julianus. *Classical Philology*, 102(2), 198-207.

Barnes, T.D. (1978). *The Sources of Historia Augusta.* Bruxelles. Latomus.

Birley, A. R. (1969). *The Coups d'Etat of the year 193*: BJ CLXIX.

Birley, A. R. (1987). *Marcus Aurelius: A Biography.* London. Batsford.

Cortés Copete, J. M. (2015). «Paideía e Imperio: una reflexión sobre el valor de la cultura como fundamento del dominio imperial», *Anuario de la Escuela de Historia Virtual* 6.8, 10-30.

Dio Cassius. (1914). *Roman History*, translation by Earnest Cary, Harvard University Press, London. Loeb Classical Library, Vol IX.

Dowling, M. B. (2006). «The Clemens Tyrannus: Clemency and Cruelty under the Julio-Claudians», en *Clemency and Cruelty in the Roman World*, Ann Arbor: The Classical Michigan Press, 169-218.

Eutropio, Falque, E., & Aurelio Víctor, S. (1999). *Breviario*. Gredos.

Frontón. (1992). *Epistolario.* Palacios Martín (intr. y trad.). Madrid. Gredos.

Garzón Blanco, J. A. (1984). «El emperador Publio Helvio Pertinax en las fuentes. Estado de la cuestión». *Baetica*. Estudios de Arte, Geografía e Historia 7, 195-210. Málaga. Universidad de Málaga.

Garzón Blanco, J. A. (1990). *El emperador Publio Helvio Pertinax y la transformación política del año 193*. Málaga, Universidad de Málaga.

Gelio, Aulo. (2009) *Noches Áticas*. Santiago López Moreda trad. Madrid, Akal.

Gibbon, E. 2012. *Decadencia y caída del Imperio romano,* traducción de José Sánchez de León. Gerona. Ediciones Atalanta.

Gonçalves. (2007). «Septímio Severo e a Consecratio de Pertinax: rituais de morte e poder». *História* (São Paulo, Brazil), 26(1), 20-35.

Gritti. (2018). *Titus Flavius Claudius Sulpicianus (PIR2 F 373): l'aspirazione imperiale di un senatore «degno»*. Storicamente, 14(1).

Herodiano. (1985). *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, traducción de Juan Torres Esbarranch. Madrid. Gredos.

Highet, G. (1954). *La Tradición Clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*, 2 vols., México. Fondo de Cultura Económica.

Historia Augusta. (1989). Picón García, V., Cascón Dorado, A. (ed.). Madrid. Akal.

Hohl, E. (1965). *Scriptores Historiae Augustae*, vol. 1, Lipsiae. Teubner.

Marco Aurelio. (1977). *Meditaciones,* traducción por Ramón Bach Pellicer e introducción de Carlos García Gual. Madrid. Gredos.

Marco Aurelio. (2007). *Meditaciones,* Cortés Gabaudán y Rodríguez Gervás (intr. y trad.). Madrid. Cátedra.

Martin. (1992). Pertinax, un empereur favori des hommes et des dieux. *Bulletin de la*

Société nationale des antiquaires de France, 271.

Matthews, J. F. (1996). «Gibbon and the Later Roman Empire: causes and circumstances», en R. McKitterick y R. Quinault (eds.), *Edward Gibbon and Empire.* Cambridge. Cambridge University Press.

Molinier-Arbo. (2012). *Des cris à la Curie: les acclamationes senatus de la Vie de Commode dans l'Histoire Auguste.*

Mouchova, B. (1969). *Omina mortis in der Historia Augusta*: Bonner Historia-Augusta-Colloquium, 11-149.

Montanelli, I. (1985). *Historia de Roma*, Barcelona. Plaza & Janés.

Noyen, P. (1955). «Marcus Aurelius, the Greatest Practician of Stoicism», *L' Antiquite classique*.

Philippides. (1984). Herodian 2.4.1 and Pertinax. *The Classical World,* 77(5), 295-297.

Picard. (1959). Pertinax et les prophètes de Caelestis. *Revue de l'histoire des religions*, 155(1), 41-62.

Rostovtzeff, M., López-Ballesteros y de Torres, L. (1981). *Historia social y económica del Imperio romano*. Madrid. Espasa-Calpe.

Sancho Gómez, Miguel. (2011). «El prefecto del pretorio: una figura dominante de la política romana en el siglo III (192-284)», *Potestas* 4.

Syme, R. (1968). *Ammianus and the Historia Augusta.* Oxford. Oxford University Press.

Syme, R. (1971). *Emperors and Biography: Studies in the Historia Augusta.* Oxford. Oxford University Press.

Thomson, M. (2012). *Studies in the Historia Augusta.* Bruxellex. Latomus.

Cuando en 2018 mi editor Javier Ortega apostó por S*éneca, la sabiduría del Imperio*, me dijo que el libro tendría largo recorrido, y no se equivocó. Apostó también por mi novela *El amo de Roma,* y ahora por esta, *La subasta de Roma*, que pueden considerarse una duología, aunque se lean aparte o en orden inverso. Quiero expresar, pues, este triple y sincero agradecimiento a Javier Ortega, un titán de la escritura y la edición, por su fe e inapelable instinto.